3 1761 08166220 7

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO 11. NUM. 124.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

ABRIL 1899

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

462644

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 11
no. 124-26

LA VISPERA DE PASCUAS

En 187....., un sábado santo.

Hacía ya tiempo que reinaban las tinieblas sobre la tierra sosegada. Templada aún por el calor del día y acariciada por la brisa vivificante de una helada nocturna de primavera, parecía respirar con desahogo á plenos pulmones. Su hálito exhalaba blancas nieblas, que, á modo de nubes de incensarios, formando mil juegos bajo la bóveda tachonada de estrellas, subían hacia el cielo majestuoso en busca de la fiesta que venía.

Todo estaba en calma. La ciudad de N....., impregnada de la frescura de la noche, había quedado en silencio, aguardando á que sonase la primera campanada en la torre de la catedral. La ciudad no dormía, sin embargo. A través del velo húmedo de las tinieblas, enmedio de la sombra de las mudas y desiertas calles, adivínase una discreta expectación. De cuando en cuando pasa algún trabajador aislado á quien la fiesta estuvo á punto de sorprender encorvado penosamente sobre su ruda faena; un coche de punto rueda con estrépito..... y otra vez renace la calma. Pero todas las ventanas están iluminadas y resplandecen. La vida, abandonando las calles, se ha refugiado en el interior, en las mansiones suntuosas y en las modestas viviendas. En la ciudad, en el campo, sobre la tierra

toda, se cierne el soplo invisible de la festividad que se aproxima, de la Pascua de Resurrección.....

La luna se hallaba bajo el horizonte, y la ciudad estaba envuelta en la sombra de un ancho cerro, coronado por un imponente casarón cuyo triste perfil dibujaban sobre el azul estrellado rígidas y severas líneas de extraño corte. En la opaca obscuridad de los muros se distinguía con trabajo la negra boca del portalón. En las cuatro esquinas del edificio se alzaban cuatro torres, cuyos remates puntiagudos se destacaban sobre el fondo del firmamento.

Pero ahora de las alturas de la catedral baja un sonoro tañido, deslizándose por la atmósfera melancólica de la noche que despierta..... En pos del primer toque, un segundo, un tercero..... E inmediatamente, de diversos puntos y en tonos variados, tocan y cantan las campanas, y van dilatándose sus voces. Los repiques se mezclan, se funden en una armonía grandiosa, original, y, animados de un blando vaivén, parecen girar en los aires..... Del lúgubre edificio, que proyecta en la ciudad su negra silueta, suben también sones frágiles y cascados, que tiemblan enmedio de la noche, como míseros, incapaces de unirse al acorde vigoroso de los otros y de subir con él hacia las alturas estrelladas.

El retumbo de las campanas cesa..... Las ondas se han desvanecido en el espacio. Pero el silencio de la noche no recobra sus derechos instantáneamente: todavía, durante largo rato, se cree oir en las tinieblas un eco vago y moribundo, como vibración de cuerda invisible tendida en los aires..... Se han apagado las luces de las casas, y relumbran las ventanas de las iglesias. Una vez más va á saludar la tierra la antigua fórmula de victoria, de paz, de amor y de fraternidad.

***

Allá arriba, en el sombrío portal del edificio siniestro, han rechinado los cerrojos. Un pelotón de soldados, cuyas armas

resuenan en las tinieblas, va á relevar á los centinelas nocturnos. Se dirigen hacia los ángulos del edificio y se detienen un instante junto á los que están de guardia; del grupo de hombres, que es como una masa de sombra, se destaca una forma con paso cadencioso, mientras que el centinela relevado va á perderse en el montón negro y confuso..... Luego el relevo vuelve á emprender su marcha y sigue dando la vuelta á la alta muralla que cerca la prisión.

A la parte de Poniente va á quedar de centinela un recluta nuevo. Sus movimientos descubrían aún la hilaza rústica; su rostro de adolescente expresaba esa atención sostenida de un novicio que va á asumir por primera vez la responsabilidad de una función importante. Dió frente á la muralla; dejó resbalar el fusil, cuya culata resonó en el suelo; avanzó dos pasos, y, dando media vuelta, se paró arrimado al centinela, pegando hombro con hombro. El último volvió ligeramente la cabeza y transmitió las recomendaciones reglamentarias en el tono habitual.

—¡De esquina á esquina..... mucha atención..... no dormirse ni dormitar!—decía con rapidez.

El recluta escuchaba con la misma atención sostenida. Por sus ojos pasaba una sombra inexpresable de tristeza.

—¿Comprendido?—preguntó el cabo.

—Sí, comprendido.

—¡Con que abre el ojo!—volvió á decir el primer soldado en tono severo.—Y después, más amistosamente:—No es nada, Fadeieff, no te asustes. ¡Qué! tú no eres una mujerzuela..... No se trata del diablo para que tengas tanto miedo.

—¿Por qué ha de ser el diablo?—preguntó candorosamente Fadeieff, que añadió pensativo:—Yo mismo no podría decir lo que siento..... Tengo un peso en el corazón, amigos.....

Esta confesión, de una sencillez casi infantil, arrancó una carcajada al grupo de soldados.

—¡Vaya un rústico de nuestras campiñas maternas!—refunfuñó el cabo con lástima desdeñosa.

Y mandó secamente:

—¡Rompan!.... ¡Marchen!

El relevo se alejó con paso cadencioso hasta desaparecer detrás de la esquina. El ruido de las pisadas no tardó en extinguirse.

El nuevo centinela, con el fusil al hombro, empezó á pasearse lentamente, siguiendo la muralla.....

*
* *

Al sonar la última campanada, empezó á animarse el interior de la prisión. Ya hacía mucho tiempo que aquel triste y tenebroso edificio no había conocido noche tan agitada. Las puertas de las celdas se abrían unas tras otras, como si el repique de las campanas hubiese sido la gran voz de la libertad. Los hombres, con sus «jalates» pardos, marcada la espalda con el fatal pedazo de paño de color (1), iban de dos en dos por los pasillos, formando largas filas, y entraban en la iglesia, resplandeciente de luz. Las dos filas avanzaban á derecha é izquierda, y subían y bajaban las escaleras, llenando el edificio con el estruendo confuso del pisoteo, del cual sobresalían el chis-chás de las armas y el choque de las cadenas de hierro. Una vez en la iglesia, que era espaciosa, se dirigían hacia espacios rodeados de rejas. Allí se apiñaban silenciosos. Sólidos barrotes de hierro cuadriculaban también las ventanas de la iglesia.....

La prisión quedaba vacía. Sólo las celdas de las cuatro torres angulares habían permanecido cerradas con sus sólidos cerrojos. Cuatro presos aislados se paseaban tristemente por esos zaquizamíes redondos, parándose de cuando en cuando á la puerta, á fin de oir algún trozo del canto que llegaba hasta ellos y que escuchaban con avidez.....

---

(1) Ese hábito de los presos es una especie de bata, y lleva cosido por detrás un retazo de paño de color en figura de as de oros.—*N. del T.*

Sin embargo, en una de las piezas comunes había quedado un enfermo acostado en la cama de tablas. El inspector, enterado de esa enfermedad repentina, fué á ver al preso en cuanto sus compañeros marcharon á la iglesia. Se inclinó hacia él y miró sus ojos, fijos y alelados, que brillaban extraordinariamente.

—¡Ivanoff! ¡Oye, Ivanoff!—llamó el inspector.

El preso no se movía. Balbuceaba palabras ininteligibles con voz ronca, abriendo trabajosamente sus labios congestionados.

—¡Mañana á la enfermería!—ordenó el inspector.

Y salió, dejando á la puerta un vigilante. Este examinó atentamente al calenturiento, y dijo, meneando la cabeza:

—¡Eh! ¡Gandul, gandul! Me parece, amigo, que has terminado tu carrera.

Opinando que ya no hay nada que hacer, se va hacia la iglesia, y colocándose junto á la puerta cerrada, empieza á seguir la misa, cayendo de bruces sobre el suelo á cada paso, y haciendo sus reverencias.

Las divagaciones incomprensibles del paciente, interrumpían el silencio de la desierta estancia. Era un hombre no viejo todavía, fornido y musculoso. Repasaba en el delirio los últimos sucesos de su vida, y una expresión de sufrimiento contraía sus facciones.

La fatalidad ha jugado una mala pasada al vagabundo. Ha corrido mil verstas al través de la taiga (1) y de los montes abruptos; ha afrontado mil peligros y soportado todas las privaciones. Le aguijaba la nostalgia abrasadora, y una sola esperanza era su guía: «Tornar á ver á los suyos..... aunque no fuese más que por un mes, por una semana..... pasar un instante á su lado..... y después venga lo que quiera.» Y á unas cien verstas del pueblo natal echaron mano sobre él, y le restituyeron á la prisión.....

(1) El bosque virgen.—*N. del T.*

Pero ahora cesa de divagar. Sus ojos se dilatan; su respiración es más tranquila. Sueños más risueños pueblan su cabeza abrasada.

..... La taiga susurra..... Conoce ese murmullo regular, armonioso, libre. Ha aprendido á distinguir la voz de todo el bosque y la palabra de cada árbol. Allá, muy arriba, resuena el tupido y espeso ramaje de los pinos majestuosos..... Los abetos dejan oir murmullos lentos y vibrantes. El jovial y bullicioso alerce agita sus ramas flexibles. El álamo tiembla; su tímido follaje palpita..... El ave selvática silba; el riachuelo huye, turbulento y alborotador, por las quebradas pedregosas, y la nube de urracas locuaces, sabuesos de la taiga, se cierne en los aires, y sigue el camino que toma el vagabundo, escondido entre los matorrales, para atravesar el bosque (1).

El enfermo se sintió como acariciado por el aire libre de la taiga. Se incorporó y suspiró profundamente. Fijó delante de sí los ojos, quedó atento, y brilló de repente en su mirada un destello de razón..... El vagabundo, ese forzado cuya profesión es fugarse, veía delante de sí un fenómeno increíble: una puerta abierta.....

El poder del instinto sacudió todo su cuerpo, debilitado por la fiebre. Toda huella de desvarío desapareció al punto, ó, por lo menos, su delirio se concentró en una idea única, que surgía del caos de sus pensamientos como un brillante rayo de luz: «¡Solo! ¡y la puerta abierta!.....»

De un salto estuvo en pie. Parecía como si todo el calor de su cerebro congestionado hubiese afluido á sus ojos, á su mirada fija, tenaz, terrible..... Alguien, á lo lejos, sale de la iglesia y deja abierta la puerta durante un instante..... Las

(1) Los vagabundos de Siberia aseguran que las maricas acompañan por encima de la taiga á los fugitivos que atraviesan los matorrales. En otro tiempo, cuando la ley autorizaba la caza de los vagabundos, los cazadores buriatos se dejaban guiar de los gritos de esos enjambres para dar con la pista de los fugitivos.—*N. del A.*

ondas del cántico armonioso, suavizado por la distancia, llegan á los oídos del vagabundo; luego van apagándose y se extinguen..... Una expresión de enternecimiento se difunde por su pálido semblante, se empañan sus ojos y surge en su espíritu aquel cuadro que, tanto tiempo há, su sueño acaricia: una noche tranquila, el susurro de los pinos que inclinan sus ramas sobre la antigua iglesia del pueblo natal..... la gente amiga, luces en el río y..... aquel mismo canto..... Para oirle allá, enmedio de los suyos, va á apretar el paso.....

Durante ese tiempo, al extremo del corredor, junto á la puerta de la iglesia, rezaba el celador fervorosamente y se inclinaba hasta el suelo al hacer sus reverencias.....

***

El reclnta novicio, armado de su fusil, pasea por delante de la muralla. Enfrente de él se extiende, hasta el confín del horizonte, una tersa llanura, apenas desembarazada de sus nieves. Un leve viento la recorre, agita las plantas secas, que murmuran, y llena el alma del soldado de calma y melancolía.

El centinela se paró de espaldas á la pared, dejó resbalar el fusil hasta el suelo, y con las manos sobre el cañón y la cabeza apoyada sobre las manos, quedó sumido en abstracción profunda. Aún no acertaba á explicarse por qué estaba él allí, en aquella noche solemne, víspera de Pascuas, con un fusil, arrimado á una muralla, frente á aquel campo desierto. Todavía era en todo un verdadero campesino; muchas cosas, que para los soldados son familiares, no le entraban á él; y no sin razón le bromeaban, llamándole paleto. Hace tan poco que era libre, dueño de su hacienda, de su tierra, de su trabajo..... y ahora, á cada paso, á cada movimiento, le sobrecogía un terror instintivo, inexplicable, sin causa, domando su natural rústico á las asperezas de la severa disciplina.

Siquiera, en aquel momento estaba solo..... La perspectiva del campo desierto, donde se perdían sus miradas, y el silbido

de las plantas secas que agitaba el aire, le sumían en una especie de sopor, y ante los ojos del joven soldado pasaban imágenes familiares y queridas..... También él ve su aldea; sopla allí el mismo viento, brilla la iglesia con sus luces, y por encima de ella se columpian las copas verdes de los obscuros pinos.

A ratos parece volver á la realidad presente, y en sus ojos pardos, perplejos, podría leerse esta pregunta: ¿Qué hay? ¿Por qué este campo? ¿Por qué este fusil, esta muralla?.....» Ese estado de conciencia no dura más que un instante; enseguida el vago murmullo del viento de la noche vuelve á presentarle los cuadros del país natal, y otra vez se adormece el soldado, apoyado en su fusil.....

Cerca del sitio que ocupa el centinela, en lo alto del muro, aparece una masa sombría: la cabeza de un hombre..... El fugitivo contempla el campo que se extiende hacia el horizonte, y la línea, apenas esbozada, del bosque lejano..... Su pecho se dilata; aspira con todos sus pulmones el libre y fresco hálito de la noche protectora. Se cuelga de las manos, y se deja resbalar suavemente por la tapia.....

*
* *

Suena el repique alegre de las campanas, despertando la noche silenciosa. Dentro de la prisión se abre la puerta de la iglesia: la procesión religiosa desfila por el patio, y salen de la nave oleadas de cantos y armonías. El soldado se estremece, se yergue, se quita el kepis para santiguarse, y..... al levantar el brazo hacia la frente, permanece helado de espanto..... El vagabundo acababa de tocar el suelo, y huía á todo correr á través de los campos.

—¡Alto! ¡alto!..... ¡querido! ¡amigo!.....—exclama el centinela, levantando el fusil con terror.....

Aquel miedo latente que no há mucho le oprimía y le hacía temblar, toma cuerpo, cae sobre él, surgiendo de aquella

forma vaga, espantosa, que huye y se aleja. «¡El servicio, la responsabilidad!.....» Esas dos palabras cruzan como un relámpago por el cerebro del centinela. Se echa el fusil á la cara y apunta al fugitivo. Antes de tirar, cierra piadosamente los ojos.....

Y otra vez se cernía por encima de la ciudad, girando en los aires, el concierto variado de repiques que confundían sus himnos sonoros..... y otra vez se agitaba y estremecía la campana cascada de la prisión, gimiendo como pájaro herido. De dentro salían como armoniosos efluvios que arrastraba el viento de las campanas, los primeros acordes del canto glorioso: «¡Cristo ha resucitado!»

De repente, sobresaliendo por encima del campaneo, retumba un tiro fuera de las tapias..... Enseguida le responde un gemido, un débil grito de agonía, un lamento indecible. Y durante segundos todo vuelve á quedar en silencio.....

Sólo el eco lejano, por encima del campo desierto, repite, como un triste murmullo, las últimas resonancias de la detonación.

WLADIMIRO KOROLENKO.

BAJO LOS AUSTRIAS

DE LA CRIMINALIDAD EN CASTILLA

CABEZA DE ESPAÑA

Y DEL ESTADO DE LAS COSTUMBRES SOCIALES EM MADRID, SU CORTE

DURANTE EL REINADO DE FELIPE II

(Continuación.)

ASPECTO MORAL DE MADRID

El Maestro Pedro de Medina, el Doctor Diego Pérez de Mesa, el pedagogo Juan López de Hoyos (1) y el médico

(1) *Real Appa | rato, y svmptooso | recebimiento con que Madrid (como casa y morada de su M.) rescibió á la | Serenissima reyna D. Ana de Austria, viniendo a | ella nueuamente despues de celebradas sus felicis | simas bodas.....* | Dirigido al Illustriss. y Reuerendiss. Cardenal don | Diego de Espinosa, Obispo y señor de Sigüença, | Presidente del Consejo real, inquisidor apostólico | general, en los reynos y señorios de España, etc. | Compuesto por EL MAESTRO | IUAN LÓPEZ DE HOYOS, cathedrático del | Estudio desta felice y coronada | villa de Madrid | con privilegio | Impreso en la coronada villa de Madrid. | 1572.

Fol. 5 vto.—Cap. II de lo que Madrid hizo y preuino para la venida de Su Magestad.

Fol. 17 vto.—Cap. V de la venida de Su Magestad á Madrid.

También debe verse de LÓPEZ DE HOYOS su *Historia y relación verda | dera de la enfermedad, felicissimo tránsito y sumptuosas exequias fúnebres de la Serenissima | Reyna de España Doña Isabel de Valois*, nuestra Seño | ra..... Impreso en la muy noble y coronada villa de Madrid | en casa de Pierres Cosín, á la espalda de la Victoria | Año de MDLXIX.

de S. M., Christóbal Pérez de Herrera (1), nos describen el Madrid de su tiempo, desde 1543 hasta 1598, no como lo bosquejan la novela y la comedia á la sazón contemporáneas, sino en la forma, aunque embrionaria, como su conocimiento es útil al estadista y al hombre de ciencia. Pérez de Mesa esperaba, según su rápido incremento, que pronto sería una de las mayores de Europa, y ponderaba la majestad de infinitas casas de grandes del reino y de otros caballeros y hombres ricos, que se fabricaban cada día. Respecto á tratos, mercaderías y oficios, no tenía ya que envidiar en su tiempo á otros pueblos industriales y mercantiles, y en las nuevas vías y calles públicas, por donde la urbanización se iba extendiendo, las industrias agremiadas que en cada una de ellas prevalecían, solían darlas los nombres que muchas han conservado hasta casi nuestro siglo; de aquí las denominaciones de las calles de juboneros, de calceteros, de bordadores, el portal de los paños, la ribera de los curtidores. Los mercaderes ricos se establecían en la puerta de Guadalajara y en la calle Mayor, y cuantos hablan del Madrid de aquel tiempo pintan como una maravilla de riqueza la joyería y platería estacionada en estos últimos parajes. El autor á quien aquí se sigue, añade: «De oficios mecánicos es cosa que pone admiración la grande muchedumbre que hay y la riqueza de todos ellos, repartidos por todo el pueblo. Yo no sé de otro pueblo en el mundo donde por sólos sus oficios sean, sin otros tratos y haciendas, ricos los zapateros, los jubeteros, sastres, calceteros y los demás oficios semejantes que hay en Madrid, donde en pocos días vemos enriquecer tanto hasta los taberneros y los demás tratantes bajos, que se atreven á llamar *compadres* á los Condes de sus tierras, de donde poco antes salieron ellos á pie tras un asnillo cargado de buena dicha, con que entraron en esta villa

(1) Pérez de Herrera: *Discursos del amparo de los pobres*..... Madrid, por Luis Sanchez, 1598.

de Madrid bien madre de tantas gentes como á ella van á hacer fortuna».

Ya existían por aquel tiempo los acaparadores de abastos de la villa no sólo en Madrid, sino en los pueblos de sus cercanías, y aunque no haya datos precisos por los que se pueda apreciar el continuo y rápido incremento de la población de cinco en cinco ó de diez en diez años, y aunque sea una exageración inadmisible la de D. Luis de Zapata, señor de Cehel, que en su famosa y curiosa *Miscelánea* ponderando el gentío de Madrid hacia 1580, en que era corregidor el claro y honrado caballero D. Alonso de Cárdenas, le atribuyó un concurso de novecientas mil personas legas de confesión, que Madrid nunca ha tenido, no habiendo pasado á fin del siglo XVI de unas cien mil almas de todos estados y edades, esta cifra se presta á un justo cálculo de proporción, atendiendo que dos solos acaparadores, uno de vino y otro de trigo, en la inmediata villa de Pozuelo, pedían ciertas bonificaciones y franquicias contra la pragmática de 1557 que tasaba á nueve reales la fanega de trigo y á una cantidad muy inferior el cuero de vino, y que tenían en almacén el uno cuarenta mil fanegas de aquel cereal, y el otro veinte mil arrobas del Méntrida y San Martín. También, aunque han desaparecido la mayor parte de las construcciones urbanas que se remontaban á aquel tiempo, y aun las residencias señoriales de los Lassos y Clavijos, inmediatas á los muros de San Andrés, aunque no la torre y casa de los Lujanes, aun subsisten, bien que reformadas y mutiladas en la plaza de la villa, las casas que construyó para sí aquel tristemente célebre secretario del Rey Antonio Pérez, adúltero con la Princesa de Eboli, aleve y asesino con Escovedo, desleal con su monarca, á quien servía, y traidor con la patria que le dió cuna, de costumbres desarregladas, dado á goces y placeres, ambicioso de poder sin tasa, mendigo de consideración y avaro de regalos, en cuyo menaje ó mobiliario había camas y sillas, braseros, arcas y mesas de plata; de quien en la almoneda que se hizo de los bienes que se le con-

fiscaron, por un solo brasero dieron los milaneses sesenta mil ducados, y cuyo lecho, terminado en pilastras babilónicas del mismo metal, remataban por unos ángeles de escultura con letra en la mano que decía: «*Entra paso: duerme Antonio Pérez.*» Por último, como datos de la extrema suntuosidad de aquella corte, reflejada en las costumbres que los siglos han transmitido hasta nosotros, formando uno de los aspectos tradicionalmente característicos de Madrid, ya Pérez de Mesa escribía que, así porque cuando el Rey Felipe II se hallaba en esta población, su mayor recreo y el de las Infantas sus hijas era el paseo diario al monasterio de Atocha, como por el aliciente del sol en el invierno y el de gozar el fresco en el verano, era cosa de ver el concurso continuo de gente que bajaba á las alamedas del Prado de San Jerónimo, y la multitud de bizarrísimas damas, de bien dispuestos caballeros y de muchos señores y señoras principales, que *en coches y carrozas* bajaban á él todas las tardes y en las noches del estío á deleitarse de muchas buenas músicas que había *sin daños, perjuicios, ni deshonestidades por el buen cuidado y diligencia de los Alcaldes de la corte*».

LOS ALCALDES DE CASA Y CORTE DE SU MAJESTAD

Estos Alcaldes eran la más noble personificación de nuestra justicia civil: á ellos y á sus ministros estaba enteramente confiada toda la policía moral de la población; cuidaban lo mismo de los abastecimientos, procurando su abundancia y baratura, que del orden público y del enjuiciamiento criminal. Tenían facultades legislativas en todo lo político y disciplinario; sus autos, que siempre se concordaban en la audiencia de la cárcel real y se publicaban por pregones, constituían jurisprudencia, y aunque en las causas de los delitos comunes sentenciaban con arreglo á las leyes codificadas y sancionadas por el Rey, eran del mismo modo ejecutivas las penas que

ellos imponían en sus disposiciones privativas de su autoridad, las cuales abarcaban toda la escala del derecho establecido, desde la multa, el extrañamiento temporal y la prisión del cuerpo, hasta la muerte.

No holgarán aquí algunos ejemplos de lo que era la amplitud de esta prerrogativa que les concernía. Como medida de policía estaban prohibidas las pullas, cantares y palabras deshonestas: su pena para los contraventores consistía «de cada cien azotes y destierro de la corte por un año.» Se prohibieron por los Alcaldes las reuniones y concurso de gentes en la calle pública ó en la plaza, después de anochecer, para comprar ni vender: la pena diez días de cárcel y la pérdida de lo que se comprase ó se vendiese. Todos los años, en los días inmediatos á la festividad del *Corpus Christi*, se mandaba por pregón, en nombre de los Alcaldes de Casa y Corte de Su Majestad, «que ninguna ni algunas personas de qualquier estado ó condicion que sean, no sean osados de andar á cauallo ni en coche por donde vuiere de andar ó vuiere andado la Procesión del Santíssimo sacramento despues de auer salido de la yglesia de Santa Maria hasta la bvelta á ella, so pena de perdicion de los coches y caualgaduras en que fuesen y que los apeasen y quitaran públicamente de ellas y de diez días de cárcel.» Por otro bando de 6 de Junio de 1586 «los señores alcaldes de la casa y corte de su magestad don alonso agreda, Valladares Sarmiento y pero brauo de Sotomayor mandaron notificar á todas las personas que tienen compañías de representaciones no traigan en ellas para representar ningun personaje muger ninguna, so pena de zinco años de destierro del rreyno y de cada cient mil maravedís para la cámara de su magestad».

Indudablemente estas disposiciones no tenían sino un sentido local de policía, dentro de la órbita en que gira la autoridad subjetiva que después se ha conferido á todas las municipalidades; pero en 1575 la Sala de Alcaldes redactó y promulgó unas ordenanzas más vastas y generales, que también al comienzo de cada año se hacían públicas por pregón *para*

la buena gobernación de esta corte, y estas ordenanzas penetraban más de lleno en todas las esferas del derecho penal á la sazón vigente. Por el primer capítulo se mandaba «que ninguna ni algunas personas sean osadas de blasfemar, ni jurar, ni renegar de Dios, nuestro Señor, ni de su bendita Madre, ni de sus Santos, so pena de que le corten la lengua y le den cien azotes.» Por el capítulo segundo se mandaba «que ninguna persona sea osado de echar mano á las armas en esta corte, so pena que le corten la mano, y si hiriere con las dichas armas, muera por ello.» En este mismo espíritu legal están concebidos los setenta y nueve capítulos del *Pregón general para la buena gobernación de esta corte*, abarcando en su conjunto todos los extremos de la más perfecta disciplina civil. Cuando las transgresiones que contra estos mandatos se cometían no pasaban de la categoría de faltas, instruíanse los procesos en montón, y desde el año 1582 en los índices y estadísticas de las causas que la Sala formaba, aparecen como su complemento las denominaciones generales sobre los que contravenían los autos del Gobierno, y la detención momentánea de mujeres escandalosas, vagabundos y gariteros.

El acto de la prisión de los presuntos reos, como no fueran cogidos *in fraganti*, aunque, como en las constituciones modernas no existiera entre nosotros el *habeas corpus*, estaba lejos de ser arbitrario ni consentido á los ministros de menor graduación: de modo que para evitar los abusos de éstos, en 23 de Julio de 1586, se dispuso por la Sala de Alcaldes, que «por cuanto por muchos autos y penas en ellos puestas, está mandado á los alguaciles de esta corte que no prendan á ninguna persona sin preceder mandamiento ó mandado de los dichos señores Alcaldes, ó hallándolas *in fraganti* delito, y hallándolos, que los lleven ante uno de los dichos señores Alcaldes á dar cuenta de la dicha prisión *antes de meterlos en la cárcel*, no lo han guardado ni cumplido, y de ello han resultado y resultan muchos inconvenientes y daños á muchas personas; para el remedio de ello, mandamos se notifique á los

dichos alguaciles hagan cumplir lo sobredicho, como les está mandado, y no prendan sin mandamiento, ni hallándolos *in fraganti* delito sin llevarlos ante los dichos señores Alcaldes, so pena de suspensión de sus oficios por dos meses y dé cada veynte ducados para los pobres de la cárcel.» Hasta la visita les estaba prohibida, sin previo mandato, de taberneros, bodegoneros, pasteleros, posadas y otros oficios semejantes.

El tipo del Alcalde de Casa y Corte, como la justicia del Rey Don Felipe formó á este magistrado, se caracteriza fielmente en el retrato que D. Luis de Zapata nos dejó trazado del Licenciado Alarcón. Tenía muchas letras, gran conciencia y más de treinta años de servicios en las Audiencia de Su Majestad cuando murió. «En todos los cuales años—escribe Zapata—ningunó le recusó en ningún pleito, ni hallaron en él causa, ni le acusó en ninguna visita nadie, pues veía venir las tempestades y nublados de los visitadores de los tribunales, sin se le dar nada como un buen pastor seguro desde un monte alto como el Tésalo Olimpio, donde no alcanzan á subir los nublados. No tuvo nunca más ni menos hacienda en tanto tiempo, que cuando entró á servir su cargo. No tenía amigo ni enemigo, ni devoto mercader, ni oficial, ni vendedor, ni cortador de carne; y á sus compradores mandaba que no dijesen cuyos eran, porque no les vendiesen las cosas, para contentarle, más barato. De sus pocos criados á todos los amaba igualmente y á sus próximos, sin en su gracia y favor aventajar á nadie. Nunca pretendió pasar adelante, ni hizo por donde volver atrás, ni acrecentó hacienda. Ni debía, ni le debían nada. En fin, era un espíritu recto en un cuerpo de bronce ó de mármol, sin nada moverle ni alterarle. De los presentes trataba muy pocos, sino con los Alcaldes y Jueces sus compañeros en conversaciones públicas y generales, y de los ausentes con nadie. Así, cuando murió, tuvo al justo para enterrarle: que ni él al mundo, ni el mundo á él se dejaron á deber nada. Fue llevado en hombros de sus admiradores, y lo que hallaron más en su recámara fueron tres ó cuatro arcas

llenas de cartas de Príncipes y señores, sin las haber visto, ni leído, ni respondido á ellas, como se las dieron, cerradas y selladas: como el que para hacer justicia no había menester ruegos y para dejarla de hacer ningunos bastaban» (1).

LOS PROCESOS DE LOS ALCALDES.—ELEMENTOS DE INVESTIGACIÓN Y CRÍTICA

La nueva constitución dada á los tribunales de justicia dependientes del Real Consejo de Castilla y de su Sala de Gobierno de los Alcaldes de Casa y Corte, ofrece por base principal de estudio el archivo de sus causas criminales. Los procesos, desgraciadamente, no existen ya. Según refiere el Alcalde que fue de dicha Sala, D. José María de Zuaznávar y Francia,

---

(1) El tipo de este magistrado español, que bajo los Reyes Católicos hizo famoso á Francisco de Vargas, bajo Felipe II al Alcalde Ronquillo, y después de la gran crisis de dos siglos, hicieron resucitar de nuevo los Campomanes y Floridablanca bajo Carlos III y Carlos IV, y hasta la guerra de 1808, mereció los elogios de D. Francisco de Quevedo, en el soneto que escribió como inscripción al sepulcro *del buen juez*, D. Berenguel Daoiz, y que dice así:

Si cuna y no sepulcro pareciere
Por no sobreescribirme el que aquí yace,
Huésped, advierte que en la tumba nace
Quien, como Berenguel, á vivir muere.
El que la toga que vistió vistiere
Y no le imita en lo que juzga y hace,
Con este ejemplo santo se amenace:
El que le sigue, su blasón espere.
Falleció sin quejosos, ni dinero:
Enterróle el Consejo, y entornado
En él quedó el consejo más severo.
Edificó vivienda amortajado:
No edificó para vivir logrero;
¡Por él nadie lloró!.... y hoy es llorado.

caballero de la orden militar de Montesa y de San Jorge de Alfama, en un folleto que con el título de *Noticias para literatos* publicó en 1834 en San Sebastián, imprenta de Ignacio Ramón Baroja, á mediados del siglo anterior fueron vendidos al peso por papel viejo todos los anteriores al año 1700, desde el de 1542, en que empezó á formarse. Pero siendo gobernador de dicha Sala el Sr. D. Andrés de Valcárcel Dato, del Real y Supremo Consejo de Castilla, mandó hacer de ellas un *Inventario general* y un *Índice* de los libros de acuerdo y autos de dicha Sala, que es lo único que se conserva en nuestro Archivo Histórico Nacional. Por rara casualidad se encuentra en el *Inventario* algún apunte, ó de las sentencias que recayeron, ó de las penas que debieron sufrir algunos de los delincuentes incursos en ellas; pero para apreciar la criminalidad de los tiempos que comprenden, la calificación y clasificación de los delitos que arguyen el cuadro moral de aquellas sociedades desde el reinado de Carlos V hasta el final del siglo XVII y los demás elementos de la antropología criminal, atendiendo en qué proporción cada clase social de las en que á la sazón se hallaba dividida la población de España, principalmente en las provincias de Castilla y especialmente en la villa y corte de Madrid, contiene el *Inventario* datos suficientes y preciosos que se prestan á una estadística completa y á las deducciones que de ella puede sacar un espíritu crítico estudioso y ladino.

Otro estudio no menos importante surge también de estos documentos con relación á la *Historia de la criminalidad en España*, de la que apenas se encuentran indicios, y mucho menos noticias documentarias, ni aun en los libros de textos que sirven para la enseñanza pública de nuestra juventud en las Universidades: este estudio consiste en la manera paulatina cómo las nuevas instituciones de la justicia criminal se inician en los últimos años del reinado del Rey-Emperador, y los lentos pasos con que prosiguen desenvolviéndose bajo el Rey Felipe II hasta que en Madrid, con el asiento definitivo de la corte, se establecen de la misma manera estable y definitiva sus tribu-

nales, se unifican y metodizan las leyes para su más fácil aplicación en el nuevo Código de la *Recapitulación* y se reforma todo el edificio de la justicia civil por medio de las visitas y residencias, las nuevas ordenanzas del Rey y su vigilancia personal en esta parte tan importante del gobierno de los pueblos.

El *Inventario general de las causas originales* custodiadas en el archivo de la Sala de Alcaldes, no contiene documentos de este género anteriores al año 1542; mas de este año sólo se había archivado un proceso contra nueve vecinos de la villa de Oñate, sobre haber quitado y quebrado la vara á Rodrigo de Albis, Alcalde de la Hermandad en dicha villa, y haberle inferido públicamente otras injurias. Siguió la causa en virtud de comisión de S. M. el Dr. Ortiz, Alcalde de Casa y Corte, y en grado de revista y compilación conocieron después en ella los Alcaldes Ronquillo, Montalvo y Castilla. Y como de la inscripción del *Inventario* no se obtienen más noticias, queda la duda del lugar donde fue instruído y siguió sus trámites este proceso, ignorándose si la Sala de Alcaldes del Consejo de Castilla funcionaba ya por aquel tiempo en Madrid, en Valladolid y en cualquier otra capital del reino. Tampoco se puede averiguar el número, el nombre, la condición social ni otros datos importantes de los procesados. Solamente se conoce el hecho criminoso, que no sólo arguye la agresión de hecho y el desacato contra una autoridad, como el Alcalde de la Hermandad de Oñate, cuya institución por los Reyes Católicos se había fundado como un poderoso instrumento de represión para garantir el orden público en las poblaciones, la seguridad en los caminos y en los campos y la persecución más tenaz al bandaje, uno de los problemas sociales más arduos que había que resolver en Castilla desde el siglo XV, así por el estado de anarquía en que estuvo el reino bajo el reinado de D. Juan II y de D. Enrique IV, y hasta la batalla de Toro, como posteriormente con los judíos escapados de los rigores de la expulsión, los moriscos distribuídos más tarde por todas las provincias y que huían de los pueblos por conservar su habla, sus

trajes y sus ritos, y después del advenimiento de Carlos V con los insumisos escapados de las alteraciones populares de Castilla y de Valencia, de las que los señalados por sus excesos y antecedentes para pasto de la horca y del patíbulo, buscaban en la libertad de los campos seguro para su vida, y en los asaltos de los caminos remedio á su necesidad La Hermandad, que era la institución activa creada contra estos conflictos, no podía menos de ser el blanco del odio de los criminales, así como merecía el respeto de los hombres de bien, y el proceso de 1542 hubiera ofrecido un buen documento de estudio si hubiera sido conservado hasta nosotros. Más adelante veremos que esta misma institución también llegó á corromperse, y la estadística criminal objeto de este estudio nos ofrecerá buen número de sus Alcaldes y ministros, cuyos excesos fueron objeto del procesamiento criminal y de la pena de horca.

De 1542 á 1550 existía en el archivo de la Sala de Alcaldes una gran laguna, pues hasta este último año no se vuelve á registrar otra nueva causa, la formada contra Matías de Santiago y Christobal de Cabezon, por haber dado una cuchillada en la cara á Isabel Larrea. Otro salto viene después desde 1550 á 1557, que fue el segundo año del reinado de Felipe II, por la renunciación que de su corona en él hizo en vida el Emperador su padre. El proceso de 1557 era también motivado por cuestión y heridas, apareciendo como reo Francisco Martínez. Este escaso número de causas criminales relativas al fuero ordinario por aquel tiempo, ¿cómo debe interpretarse? ¿Era que la Sala de Alcaldes todavía no las conservaba en sus archivos? Esta suposición no puede admitirse, conociendo las cédulas expedidas para la conservación de los instrumentos públicos desde 1488 por los señores Reyes Católicos. ¿Era que la Sala no remitía á sus archivos sino aquellos procesos en que graduaba un interés especial? Entonces, ¿cómo se conservaron el de 1550 contra Matías de Santiago y Cristóbal de Cabezón, y el de 1557 contra Francisco Martínez, ambos por heridas y sobre cuestiones insignificantes? No cabe admitir

que se encuadernaran en los archivos de los escribanos del crimen, porque existiendo aún estos archivos, en ellos se encontraran; de suerte que hay que reconocer un estado social en el que la delincuencia era poco frecuente en Madrid, y esto concuerda con la importancia que tenía esta población antes de que Felipe II estableciera en ella su corte, su casa y sus tribunales, y que la villa abatiera sus viejos torreones para dilatar su urbanización en la forma prodigiosa con que este hecho se verificó durante los cuarenta y dos años de reinado de este monarca. También prueba la dulzura de las costumbres sociales y de las virtudes públicas y privadas del pueblo primitivo de Madrid, sobre cuyo concepto son unánimes las opiniones de los escritores de aquel tiempo, entre otros las del maestro Alexo de Venegas y del ilustre caballero D. Juan Hurtado de Mendoza, señor del Fresno de Tirote, natural de Madrid y autor de *El buen placer trobado*, que imprimió en Alcalá de Henares en 1550.

EFECTOS DEL AUMENTO DE POBLACIÓN EN MADRID Y DE LA *Nueva Recopilación*.—ESTADÍSTICA DEL CRÍMEN. SU EXÁMEN RACIONAL

Ni Felipe II estableció la capital de su monarquía en Madrid hasta después de 1560 (1), ni la reforma por él emprendida de los tribunales de justicia comenzó á dar sus frutos eficaces por lo menos hasta diez años después de la publicación de su código legal compilado de *La Recapitulación*. Así, en el *Inventario de las causas* de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, no sólo se contienen las lagunas de su archivo de 1557 á 1569, de 1570 y 1571 á 1574 y de 1576 á 1578, en que ya la se-

(1) La aparición ó establecimiento de la imprenta en Madrid, que era ya entonces uno de los hechos más inmediatos á la instalación definitiva de la corte, no se verificó, según PÉREZ PASTOR, hasta 1565.

rie es continua, sino que en este tiempo la progresión de la criminalidad es sumamente lenta, como se demuestra en el cuadro siguiente:

Reinado de Felipe II.—Estadística de la criminalidad común.

AÑOS	Procesos	Reos	Varones	Hembras	AÑOS	Procesos	Reos	Varones	Hembras
1557	1	1	1	»	1586	184	339	282	57
1569	1	2	2	»	1587	164	310	271	49
1570	1	5	5	»	1588	217	444	357	87
1571	1	1	1	»	1589	209	484	412	72
1574	1	2	2	»	1590	192	361	280	80
1576	3	4	2	2	1591	180	465	297	68
1578	2	4	4	»	1592	169	305	239	66
1579	10	18	15	3	1593	114	257	219	38
1580	3	4	3	1	1594	160	351	306	45
1581	14	25	22	3	1595	174	331	248	83
1582	56	101	81	20	1596	132	298	253	45
1583	133	240	188	52	1597	145	329	276	53
1584	149	287	236	51	1598	117	237	202	35
1585	162	306	254	52	1599	167	267	248	29

Hasta el año 1579 la escasa criminalidad en cuyas causas interviene la Sala de Alcaldes del Consejo de Castilla no se presta á los prolijos comentarios de la crítica, puesto que el cuadro que resulta es insuficiente para someterlo á todo estudio de científica especulación. El único proceso que hay inventariado del año 1569 no reconoce por motivo un delito, sino una mera falta: la causa se instruyó contra los *cereros* Baltasar Donaire, Pedro García y otros «por vender cera con mal pabilo y de mala calidad.» Otra causa única había del año 1570 contra el doctor Domingo Spínola, Thomás Gentile, Esteban Spínola, Juan Antonio Gentile y Antonio Mazzotti, apellidos todos que suenan á genoveses, ó al menos á italianos, y que fueron encausados por *resistencia* á la autoridad, y

otro proceso también único correspondía al año siguiente de 1571 contra Juan Claros, por cazar en los bosques del Pardo. Aunque la *resistencia á la autoridad* esté clasificada como delito, no es suficiente para que ante la crítica científica delate el tipo antropológico criminal. La resistencia arguye otra falta anterior, y en el grupo de los incluídos en el proceso de 1570 los apellidos de los presuntos reos revelan pertenecer á clase social distinguida, sobre la que cabe preguntar sobre el origen primordial de su falta: ¿Fue vino? ¿Fue juego? ¿Fue mujer? ¿Fue pendencia? Flamencos, florentinos, milaneses, genoveses, lombardos, tudescos y francos fueron *naciones* extranjeras que vinieron á establecerse en la corte de España y en nuestras ciudades comerciales bajo el incentivo del trato de las mercaderías, y casi no hay población mercantil en la Península donde no dieran hasta sus nombres nacionales á las calles donde tenían sus tiendas, sus bancos, sus oficinas ó sus almacenes. Era gente legalmente honrada.

Después de otra laguna de tres años, un nuevo y único proceso ofrece el de 1574; pero los encausados no pertenecen á la sociedad de Madrid, y por el asunto de la causa se colige que era todavía un conato de reacción á la vida de aquellas parcialidades y bandos de familia en que Felipe II halló divididas muchas poblaciones de España y que él con sus providencias y su constancia procuró extinguir de todo punto. El apunte del *Inventario* es demasiado lacónico y no descubre la importancia del hecho de autos; pero su simple exposición denuncia los méritos relatados. El proceso se hallaba instruído contra D. Sancho de Sande, vecino de Cáceres, y Alonso Rodríguez, «por la cuestión acaecida en la ciudad de Plasencia con D. Luis de Trejo y D. Francisco de Carvajal, de que salió éste herido.» ¿Fue una de aquellas antiguas reyertas producidas por las rivalidades de vecindad ó por las enemistades de familia? ¿Fue un accidente casual? ¿Fue un desafío? Habiendo desaparecido el proceso, estas dudas no pueden ser disipadas.

EL TIPO ANTROPOLÓGICO CRIMINAL.—LA MUJER ANTE EL JUEZ.—LA AVARICIA Y LA FALSEDAD.

Entre las causas inventariadas del año 1576 aparece ya por vez primera un tipo verdaderamente criminal: el de Pedro Pasamar, «laborante de la obra del Real monasterio de San Lorenzo del Escorial.»No puede indagarse si es á este á quien se refiere Baltasar Porreño, autor del famoso libro de los *Dichos y hechos del Rey Felipe II*, del que tantas ediciones antiguas y modernas se han hecho desde 1637, en que extractando la obra histórica de Cabrera de Córdoba se escribió y publicó. El anécdota aludido cuenta que uno de los oficiales más curiosos que el Rey Felipe II tenía en las obras del Escorial habiendo cometido un delito de alevosía, se fugó y escondió huyendo de la justicia que lo perseguía, y que su madre, que también servía en los oficios bajos de la casa real, se presentó al Rey pidiéndole le perdonara en gracia de la habilidad de su industria, en que era único. El Rey no le perdonó, y por toda respuesta dijo á la madre:—*¡Guardad á vuestro hijo no os le ahorquen!*—El proceso de este Pedro de Pasamar se fundaba en haber tratado de dar muerte alevosa á Andrés de León, también operario de las mismas obras del Monasterio, dejando con cuidado una maroma cortada de forma, que al servirle para matarle, se quebrase. De las resultas del proceso criminal no nos queda noticia; pero si es á este reo á quien se refiere el anécdota de Porreño, ya sabemos la pena en que en su ánimo le condenaba el espíritu recto y justo del Rey.

Del año 1576 aún se registran otros dos procesos: uno contra Juana de Vega, por estelionato, y otro contra Catalina Ramos y Pero Sánchez Cordero, por haber depuesto falsamente en la causa que se seguía en la villa de Osuna por el Alcalde Ortega en virtud de comisión del Consejo contra este y otros vecinos de aquella población, á consecuencia de un al-

boroto popular, uso de armas y heridas á unos oficiales reales y soldados, probablemente sobre pago de impuestos. Estos dos procesos ofrecen especial interés, pues en ellos aparece la figura de la mujer criminal, que hasta aquí no había sido denunciada en los procesos precedentes. En una y otra causa, su delito es la falsedad; pero en la primera, el móvil es la avaricia, y en la segunda, el encubrimiento de delitos de que estaba acusado su marido. El delito de *estelionato* es bastante frecuente en el cuadro de la criminalidad que abarca no sólo el reinado de Felipe II, sino todo el dominio de los Austrias; es delito propio de ricos y avaros, y lo cometen personas constituídas en la primer clase social. Es uno de los en que por aquel tiempo con más frecuencia la mujer delinque, casi siempre en causa común con sus maridos, y abochorna y enternece ver comprendidos en él nombres que han merecido los respetos de la Historia. Otro de los delitos más comunes en toda la historia de España, el de *heridas* por pendencia, constituye, finalmente, las dos únicas causas que sentenció la Sala de Alcaldes de Casa y Corte del Consejo de Castilla en 1578: la primera se instruyó contra Juan Hornero y Juan Guillén Basteros, de Madrid; la segunda contra Antonio Buitrago y Diego de Torizes, capitán y guarda respectivamente de los montes y alijares de Segovia, que maltrataron y produjeron lesiones á varios vecinos de la villa de Sacedón. Indudablemente la causa de este proceso debió ser el hurto de leña, costumbre que á duras penas se ha podido refrenar en nuestras poblaciones rurales hasta las desamortizaciones de todas las manos muertas en nuestro siglo. Los pueblos nunca respetaron ciertos aprovechamientos de las propiedades del común, ni aun de las de mayorazgos particulares, y las cuestiones que de aquí surgían siempre se sustanciaron en contra de los encargados en su guarda y vigilancia, por no estar dotados de inmunidades que dieran autoridad á su misión y verse precisados á hacer uso de las armas que llevaban contra las agresiones de que eran objeto.

PROGRESIÓN DE LA CRIMINALIDAD EN MADRID.
COSTUMBRES QUE SE CORROMPEN.—EL MASONISMO DEL CRIMEN.
APODOS Y TATUAGE.

Desde 1578 el *Inventario de las causas originales* del archivo de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, no ofrece nuevas lagunas y presenta una progresión tan rápida en el número de procesos y en el número de reos, que no puede menos de llamar la atención: del año 1579 aparecen 10 procesos y 18 reos de ambos sexos; en 1581 los procesos son 14 y 25 los presuntos criminales; pero esta cifra se elevó al año siguiente á 56 procesos y 101 encausados, y en el de 1583 á 133 procesos y 240 acusados. La progresión, aunque no en tales proporciones, continúa incesante en los años sucesivos y llega á su apogeo en los de 1588 y 1589, en los cuales se registran 217 y 209 procesos respectivamente, y 444 procesados en el primero de estos dos años y 484 en el segundo. Después vuelven de nuevo á descender las cifras de causas y delincuentes, de modo que en el último año del siglo XVI, uno después de la muerte de Felipe II, el número de procesos es sólo de 167 y de 277 el de encausados. Pero así como para el desarrollo creciente de la criminalidad en Madrid se ha tenido en cuenta el creciente aumento de su población desde que fue asentada la corte de España en esta villa y á ella vinieron los criados del Rey, los oficios de república y los tribunales y Consejos supremos de toda la Monarquía; para apreciar el nuevo descenso que se observa desde 1590 á 1599, no puede dejarse de tener presente que después de la pérdida de la *Invencible* y agobiado por sus pesadumbres y por sus padecimientos Felipe II hizo la vida casi continua en el Escorial, desde donde ocurría y despachaba todos los negocios de la Monarquía. Hay que investigar más bien en los insucesos políticos de los últimos años del reinado de este monarca, que á pesar de la conquista de Portu-

gal y de la victoria naval de las Azores, vióse públicamente agredido y degradado por los ingleses en el saco de Cádiz, en el desembarco en la Coruña y en las amenazas contra Lisboa; la paralización que por entonces sufrió el rápido fomento que había tenido el lugar donde fijó el asiento de su corte; pues no á otra causa debe imputarse el descenso simultáneo de la criminalidad.

Las costumbres públicas que con el aumento de la población, producido por tanto número de allegadizos de todas las naciones, habían ido perdiendo su primitiva sencillez, virtud y modestia, ya nunca modificaron el carácter que las imprimió la inmensa avalancha de los aventureros; y cuando á los tres años de la muerte de Felipe II, su hijo y sucesor Felipe III mudó la corte por breve tiempo á Valladolid, los escritores satíricos, que entonces ya levantaban audazmente la cabeza para censurar los actos del público poder, trataron de justificar aquella improvisada y mal discurrida mudanza, fundándola en los estragos de una sociedad que estaba corrompida en sus más íntimas entrañas. En una de estas sátiras, tal vez la más moderada, del maestro Vicente Espinel, á la sazón capellán de la capilla del Obispo, y que hasta ahora ha permanecido ignorada é inédita, el poeta decía:

Por regidores bajos levantados;
Por altos edificios sin cimientos;
Por los dueños tiranos y avarientos;
Por gente honrada en tratos deshonrados;
Por ángeles de Guarda disfrazados;
Por mohatreros viles fraudulentos;
Por los arrendadores de los vientos:
Por tratantes en frutas y en pescados;
Por damas de la liga y valentones;
Por fulleros y casas de este vicio;
Por villanos que matan la esperanza;
Por vagamundos graves y ladrones;
Por lacayos y mozas de servicio;
Por esto y más, es justa esta mudanza.

Al cuadro de la criminalidad de Madrid, que el *Inventario de las causas* de la Sala de Alcaldes ofrece desde 1579 hasta 1599, exactamente corresponde el cuadro social de la corte que el soneto, inédito hasta ahora, del maestro Vicente Espinel describe. El tipo criminal de los estudios de la antropología moderna se encuentra ya por todas partes con sus caracteres distintivos, y si se ignora si todavía *el tatuaje* era conocido y constituía ya el signo indeleble de la masonería del crimen, de la cárcel, del presidio y de la galera, es indudable que ya se hallaba en boga entre la gente bajamente criminal *el apodo,* con cuyo nombre postizo, pero usual, se olvidaba el de pila y el apellido de familia, y se engendraban las auras de la popularidad del delito y del delincuente. De los procesos registrados en el *Inventario* del archivo de la Sala de Alcaldes se extraen los siguientes apodos, entre otros muchos más vulgares ó menos ingeniosos, correspondientes todos á ladrones, cuatreros y rateros, asesinos de oficio, escaladores de moradas, fugitivos de cárceles y galeras, jugadores de ventaja, gariteros, mohatras, alcahuetes, padres de mancebías y rufianes desde 1583 en adelante: á Martín González se le llamaba *Gonzalo Bustos;* á Amaro González, *el Baharí;* á Diego Hernández, *Tocinos;* á Diego Martín, *Fabián Alonso;* á Diego de Andarax Tativí, morisco, *Francisco Hernández; Palomares*, á un Pedro Hernández, efectivo (1); *el Tuerto*, á Juan Pérez; á Antonio Alonso, *Cotonia;* á Juan de Bustamante, *el Espartero*, y Diego de Campos usaba el apodo de *el Bocalán* y el falso nombre de *Antonio Ramírez*. Francisco de Castillo, *el Paje*, era capi-

(1) Algunos de estos criminales, ladrones, rufianes y valentones, llegaron á tener en su tiempo más fama que los más ilustres hombres esclarecidos en las armas y las letras, en el gobierno y en el altar. Vicente Espiñel, en las *Aventuras de Marcos de Obregón*, cita á *Roque Amador*, terror hacia 1570 de la serranía de Ronda. Céspedes y Meneses, en las *Varias fortunas del soldado Píndaro*, dice de este *Palomares*, que era mulato, y que él lo conoció de niño en Sevilla, siendo uno de los *senado-*

tán de una partida de diez y nueve ladrones, que, vestidos de soldados, hacían robos y salteamientos, y Andrés García, *el Ganso,* acaudillaba otros diez y ocho, terror de todos los caminos que rodeaban á Madrid. Juan Moreno se hacía apodar *Don Juan de Austria*, y *Malaespina* Juan Jorge. No había partida de rateros, fulleros y valentones, sin algunos extranjeros de los que no se conocían los apellidos: se llamaban, por ejemplo, Antonio *el Borgoñón;* Gaspar *el Portugués,* Juan *de Florencia,* Juan *el Gabacho*, y á algunos, como *El guapo de la Verdulera,* nunca se le pudo sonsacar su verdadero nombre en los tribunales. Los había caballeros que usaban *Don*, como don Carlos Henríquez, *el Músico cautivo*, ó D. Manuel Bravo de Acuña, á quien llamaban *Mariquita de plata.* No es preciso indicar de qué lado se inclinaban Marcos de Aguilero, *Ojos de cuchillo;* Diego García, *Capa-verde,* ó Baltasar de la Calle, *Busca-ruidos.* Francisco Gómez tenía por sobrenombre *el Nieto de Sansón*, y Francisco Rubio *Rompe-esquinas.* A Francisco Martínez se le decía *Zampabollos*, á Juan Muñoz *Golilla*, *el Gato* á Francisco Romero, *Picanza* á Juan de Medina, *Bruñuelos* á Simón López, *Galafate* á Andrés García, *Barriguilla* á Juan Zapatero, *el Manquillo* á Pedro de Espinosa, *el Toledano* á Juan Bravo, y á Alonso Pérez *el Getón.*

No estaban exentas de este privilegio las mujeres del vicio y del crimen: como Juana de los Reyes, *la Chasca;* Quiteria Rodríguez, *la Guilomba;* doña Agreda de Masa, *la Mal degollada;* Catalina Núñez, á quien decían *Juana la Brava;* Catalina de la Barrera, *Traga-aldabas;* María Hernández, *la Ro-*

---

res de la *gran Germania* que celebraba sus juntas en *el patio de los naranjos,* y de cuyo colegio era archimandrita *Afanador el Bravo*, presidente el famoso Pero Vázquez Escamillas, y los demás senadores Alonso de la Mata, Felices, Miguel de Silva y Gonzalo Geniz. *(Sold. Pínd.* XIV.) Todas las novelas picarescas del tiempo, desde el *Lazarillo de Tormes* hasta las ejemplares de Cervantes, abundan en héroes efectivos de esta estofa.

mera; Damiana Lasa, *la Caballona Machona;* Juana Gálvez, *la Gaitera*, y Juana Bautista, *la Gayamba de Madrid*. En un proceso de ladrones, soldados salteadores, y mancebas y encubridoras de criminales del año 1598, aparece complicada esta última, y una nota que se conserva en el *Inventario de causas* de la Sala de Alcaldes, dice que fue condenada otra vez á mil cuatrocientos azotes en siete tandas, por quebrantamiento de destierro y los demás excesos.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

(Continuará.)

LOS DISCURSOS DE FICHTE

A LA NACIÓN ALEMANA

Los *Discursos* patrióticos de Fichte, popularísimos en Alemania, divulgados entre los hombres de cultura de toda Europa, son casi desconocidos en España, probablemente á causa de no haber sido traducidos al francés hasta 1895. Difícilmente se hallará, no obstante, en todas las literaturas extranjeras de este siglo, una producción cuya lectura nos convenga más, ni que cuadre mejor á nuestro estado presente y al carácter de la crisis nacional en que nos hallamos.

A comienzos del siglo, y á pesar del grandioso florecimiento de su literatura y de su filosofía, el pueblo alemán, desorganizado, corroído en sus clases directoras por el egoismo, la frivolidad y el orgullo, y falto de base en la masa social (inculta é indiferente á todos los grandes intereses de la vida) ofrecía un tristísimo espectáculo, de que los mismos alemanes no se daban cuenta. «En el ejército—dice Philipson,—la ignorancia y el egoismo, sin devoción alguna por el rey ni por la patria; en los funcionarios civiles, disputas, envidias, escasa cultura y todavía menor buena voluntad. Arriba, el deseo de goces y la repugnancia á todo esfuerzo, con una desdeñosa abstención y una tendencia á criticarlo todo, sin aptitud particular para nada.» Aun los más elevados representantes de la vida intelectual—encerrados en la estrechez de una vida entregada al placer solitario del estudio—desconocían el valor social de la inteligencia y la importancia de los problemas nacionales. «¡Dios nos libre del patriotismo!»—decía Goethe.

Napoleón supo aprovecharse de estas circunstancias, para apoderarse lentamente de los distintos Estados alemanes, y

exigir todo lo que le vino en gana al rey de Prusia. El *ultimatum* de Septiembre de 1806 hizo inevitable la guerra; y aunque muchos optimistas creían segura la victoria (y entre ellos el mismo Fichte), muchos también se daban cuenta de la inferioridad del pueblo prusiano y de la debilidad de sus medios de defensa. «El ejército—escribe un autor contemporáneo—formaba una masa desordenada, sin ocupación, ni plan, ni objeto, cuyos generales de nadie recibían órdenes, cuya tropa carecía de pan y municiones, y cuyo general en jefe no sabía él mismo si estaba despierto ó dormía.» «La oficialidad—añade un historiador moderno—entregada á la indolencia y los vicios, estaba afeminada y desmoralizada; la tropa no tenía práctica en los ejercicios, y la disciplina estaba totalmente relajada; el espionaje y los servicios de exploración, tan indispensables en la guerra, no estaban organizados; las reservas y las milicias provinciales sólo existían en el papel; las provisiones se hallaban confiadas á personas sin conciencia.....» Fitchte (1), que á la sazón era profesor en Erlangen, confesaba, no obstante su optimismo en punto á la guerra, que «Prusia había descendido tanto por la incuria de todos en avanzar y tomar iniciativas»; declarando á la vez que en aquella lucha nacional «cada cual debía hacer el sacrificio de su persona.»

El resultado fue la derrota de Jena y la entrada de Napo-

(1) Creemos innecesario detenernos aquí en la biografía de Fichte. Aunque sus obras sean poco conocidas en España, todo el mundo sabe que Fichte es uno de los grandes filósofos alemanes de este siglo, discípulo de Kant, de cuya doctrina se apartó luego, rectificándola en cuanto al problema fundamental del *yo* y el *no-yo*. La importancia que Fichte da á la voluntad, penetra todas las consecuencias de su sistema, y explica las ideas fundamentales de los *Discursos*. Sus *Obras completas (Samtliche Werke)* han sido publicadas en 1845-46 (8 vols.)—Las principales están traducidas al francés. En castellano hay traducción de la *Doctrina de la ciencia* (vols. 36, 37 y 38 de la *Biblioteca económica filosófica*. Madrid, 1887).—Fichte nació en 1762 y murió en 1814.

león en Berlín, en Octubre de 1806. El pánico de la corte y de los funcionarios públicos llegó á un grado increible; pero el exceso del mal trajo la regeneración. La reina Carlota, de ánimo mucho más viril que su marido, secundada en sus propósitos por tres hombres ilustres, el ministro Stein, el jefe del Departamento de Guerra, Scharnhort, y el general Gueisenau, dió el impulso, y la reforma comenzó simultáneamente por el remedio de los males que en la administración pública y en la educación popular habían hecho patentes los sucesos últimos. El mismo rey acabó por comprender que «sólo podía salvarse en la cooperación de *todas las fuerzas vivas de las provincias y de los súbditos que le habían quedado, y reemplazando los funcionarios y jefes corrompidos..... por otros más honrados y patrióticos.*»

Los hombres cultos contribuyeron á la obra, procurando levantar el espíritu del país, con discursos y libros. El teólogo Schleirmacher predicaba sin descanso á la juventud; el escritor Arndt publicaba su obra sobre «El espíritu de la época», que le valió persecuciones de la policía napoleónica; Juan Pablo Richter escribía su *Sermón de paz*, defendiendo la independencia de las naciones; y el ejemplo de España, que poco después se alzó contra los franceses, produjo en Alemania un entusiasmo indescriptible. Acudiendo al fondo de las cosas, se encargó á Fichte que redactase un proyecto de Universidad; y aunque por de pronto no hubo de realizarse su idea, de aquí arrancó la dedicación de Fichte á la obra patriótica que había de llenar los últimos años de su vida. La primera manifestación de su nuevo sentido fue un opúsculo sobre el *Patriotismo*, que publicó en 1807, y en el cual aparecían modificadas sus antiguas opiniones cosmopolitas y se iniciaba su ideal de una «patria alemana». El desarrollo de esta doctrina, sobre la base de una transformación radical en el carácter de su pueblo, mediante una educación nueva—que «elevase moralmente, por su fuerza de voluntad», á las generaciones jóvenes,—formó el asunto de los catorce *Discursos á la Nación alemana*, que durante

el curso de 1807-1808 leyó Fichte en la Academia de Berlín.

El éxito de estos *Discursos* fue inmenso y rápido. Como todos los grandes reformadores, Fichte partía de una censura implacable, franca, decidida, de los defectos presentes, entendiendo que lo primero para la regeneración era darse cuenta exacta de los obstáculos, de las causas de la decadencia, contemplando el mal cara á cara. Pero esta especie de confesión de culpas—desarrollada especialmente en su obra *Caracteres de la época actual,*—con ser ellas muchas y gravísimas, no llevó á Fichte hasta el pesimismo. Apoyado en su vivo sentimiento de la patria y en la fe inmensa que siempre tuvo en la eficacia de la voluntad y del esfuerzo humano, Fichte presenta la regeneración como una obra siempre posible y como el más alto deber de los hombres de buena voluntad. Cuando se lee el cuadro que Fichte traza de la sociedad alemana de su tiempo—tan semejante á la nuestra, que muchos de sus rasgos parecen copiados del modelo de la España de 1898,—no puede menos de pensarse en los pesimistas de ánimo desfallecido, que, como el condenado por desconfiado de Calderón, creen imposible todo remedio ante el espectáculo de los males presentes y se hacen á sí propios irredimibles. Sin embargo, el *optimismo* de Fichte fue el que triunfó; los hechos sancionaron la verdad de su fe y de su doctrina; y esta es la primera enseñanza que de los *Discursos* podemos sacar para la orientación de nuestro espíritu en la crisis presente.

Pero Fichte no se hacía ilusiones. Comprendía bien que la acción del escaso núcleo sano que aún quedaba en el país sería efímera y deleznable, si no buscaba para lo futuro una base social poderosa, si no creaba fuerzas colectivas robustas, que difundieran, ampliaran y continuasen la acción. Los reformadores no debían olvidar que eran sólo una minoría frente á todo un país decaído y viciado. Sus reformas quedarían en el aire si no cuidaban de poner á la masa en condiciones de que las recibiese, se asimilara su espíritu y las convirtiera en realidad viva. El único medio para conseguirlo era educar la juventud

en los nuevos principios. La política patriótica vino á basarse en la politica pedagógica, y buscó en ella, fundamentalmente, la garantía del porvenir de Alemania. Sabido es cómo ha respondido con creces la historia á esta generosa creencia; y en semejante éxito hemos de hallar la segunda y trascendental enseñanza que los *Discursos* ofrecen.

Por último, la obra de Fichte y su eficacia pueden servir para curarnos del prejuicio vulgar hoy reinante, que desprecia los elementos que llama «teóricos» en la labor social, confiando la historia á los que considera «hombres prácticos», en quienes la falta de cultura va unida casi siempre á la de ideal; con lo que la «práctica» resulta mezquina, incoherente y muy inferior á lo que las condiciones naturales de los problemas exigen. Fichte era un «teórico» en toda la extensión de la palabra, un *filósofo* que aplicaba á las cuestiones más positivas los resultados de su reflexión científica; y su idealidad fue lo más *real* y fructífero de todo en aquel movimiento de regeneración, que sin esto hubiera nacido falto de base, de elevación y de poesía, es decir, de las fuerzas que mayor impulso comunican á la «acción» y con más vigor la sostienen.

Al lado de esta triple utilidad que encierran para nosotros los *Discursos*, desaparecen casi los peligros que, sin duda, tienen también sus doctrinas. Estos peligros se refieren á la exageración de la nota chauvinista, que llega hasta convertir al pueblo alemán en el pueblo típico, en la raza escogida, en el único grupo humano que se conserva fiel á su origen y en cuyas manos se halla el porvenir entero de la civilización. El alemán es la humanidad entera: *all-man*, el hombre todo. Semejantes ideas fácilmente se convierten, en su aplicación á la práctica, en orgullo nacional y en pretexto para toda clase de ambiciones. Sin duda Fichte no les hubiera dado esta interpretación abusiva; pero de ellas se ha servido la política prusiana para legitimar sus invasiones y promover en el país una corriente patriotera orientada hacia el engrandecimiento exterior. Basta, para convencerse de ello, leer el prólogo escrito

por Hermann Fichte (hijo del gran filósofo) en la edición popular de los *Discursos*, publicada en 1871.

Este bastardeamiento de la doctrina original del autor no es de temer entre nosotros. Aunque no falten en España chauvinistas, los desastres recientes más bien han inclinado el espíritu público hacia el pesimismo, destruyendo la leyenda de nuestra vanidad y dando gran fuerza en la opinión al principio de que conviene rechazar toda política de engrandecimientos exteriores, para formar dentro de nuestro ámbito natural una nueva vida íntima, de prosperidad y florecimiento interno. La ilusión dominadora, imperialista, que funda la felicidad y la grandeza de las naciones en el triunfo de las armas y la hegemonía militar del mundo, ha pasado ya para nosotros. La sufrimos durante siglos, y aún continuaba hoy día su reflejo pálido, pero suficiente para engañar la vista de los espíritus superficiales. También se ha desvanecido esa luz embustera. Contentémonos con ver desde lejos cómo luchan las naciones que ahora padecen, en toda su fuerza, la misma ilusión que nosotros hemos padecido, y trabajemos por nuestra reforma interior, que ha de darnos fuerzas para cumplir, si es preciso, el único deber que legítimamente puede arrastrar á las naciones á la derivación de sus energías por otro camino que no sea el del trabajo: la defensa propia (1).

RAFAEL ALTAMIRA.

---

(1) La presente traducción se ha hecho sobre la base del original alemán en la edición de la *Universal Bibliothek* (Leipzig, un vol. sin a.) La traducción francesa de León Philippe (París, Delagrave, 1895) ofrece diferencias en la interpretación de algunos pasajes,—á que se acomoda mejor la índole de nuestra lengua castellana,—y en la misma distribución de los párrafos. Nos ha servido, no obstante, de poderoso auxilio para la inteligencia de ciertos trozos en que el pensamiento metafísico del autor presenta dificultades más bien de expresión que de concepto. Hemos suprimido tan sólo algunos párrafos cuya doctrina, sin ser necesaria para el efecto principal de la obra, podrían haber dañado á su franca aceptación por parte de nuestro público.

DISCURSOS Á LA NACIÓN ALEMANA

DISCURSO PRIMERO

INTRODUCCIÓN Y OJEADA GENERAL

Hace ya tres años, durante los meses de invierno, expliqué en este mismo sitio algunas lecciones que luego se han impreso con el título de *Caracteres de la época actual,* y anuncié entonces que las continuaría con estos *Discursos.* Hube de mostrar en ellas que habíamos llegado á la tercera época, en que el interés egoista y material dirige exclusivamente todos nuestros actos; los hombres de la presente generación creerían haber perdido sus caracteres esenciales, si admitieran la posibilidad de obedecer á otros móviles, y esta falsa apreciación de su naturaleza les impide absolutamente pensar en otra línea de conducta.

Ahora más que nunca, desde que los pueblos tienen historia, el tiempo avanza á paso de gigante. Durante los tres años transcurridos, la época cuyos caracteres os expliqué se ha cerrado. Hay en el mundo un lugar en el cual aquel ser egoísta ha perecido por exceso de desarrollo, destruyendo su personalidad y su independencia; y él, que no veía otro fin que su propia persona, se ha visto dominado por un poder extraño (1),

(1) Napoleón.

por un fin ajeno, con el cual no se acomoda en manera alguna. Quien se ha impuesto la tarea de explicar su época, debe seguirla en su evolución y explicar esta otra también. Debo, pues, ahora, considerar como pasado aquel tiempo que entonces llamaba «época actual».

Al perder su independencia una raza, pierde también el poder de modificar el curso de las edades y de dirigir los acontecimientos: si la raza continúa en el *statu quo*, su historia será dirigida por la potencia extranjera dueña de sus destinos; su personalidad quedará absorbida por esta potencia, que la reducirá á contar sus años por los acontecimientos de nacionalidades é imperios extraños. Semejante situación le arrebata toda influencia real sobre la marcha de los tiempos, y sólo le deja la gloria de obedecer. Para salir de este estado, no hay más que un medio: crear de nuevo la nacionalidad, é inaugurar así, en la historia general del mundo, una nueva época, que la nación llenará con su propio desenvolvimiento. Mas como quiera que se halla sometida á un yugo extraño, necesita ante todo reconstituirse fuera del alcance de ese poder, cuidándose de no excitar en lo más mínimo sus recelos; sin lo cual, el propio interés del dominador le obligaría á paralizar aquel desarrollo. Si es cierto que un pueblo así reconstituído puede devolver á la raza que las perdiera su personalidad, su historia y su nacionalidad de otros tiempos, será un deber, para quien quiera prever y preparar el porvenir, exponer los caracteres de un pueblo semejante.

La nacionalidad á la cual me refiero, no es una palabra vana, yo os lo aseguro, y el fin de estos Discursos es daros su retrato vivo, mostrando su esencial naturaleza y sus cualidades propias, é indicando los medios para realizarla. Serán, pues, la continuación de mis lecciones anteriores sobre la época de que os he hablado, puesto que os explicarán qué nueva era puede y debe suceder á la ruina de nuestro antiguo egoismo por una potencia extranjera.

Antes de comenzar, debo exponeros, para que todo quede

claro entre nosotros y nada os pase inadvertido, los puntos siguientes:

1. Voy á hablar puramente para *alemanes*, *de cosas alemanas*, sin cuidarme de las castas que sucesos desgraciados han producido, siglos ha, en esta nación. Vosotros, *honorables oyentes*, vosotros sois, ante mí, en esta sala, los representantes de ese tipo nacional que tanto amo; vosotros seréis el foco visible en que se encenderá la llama de mis discursos; pero mi espíritu evoca junto á sí, dirigiéndose á todos los países por donde ella se extiende, á la parte cultivada de la nación entera; en una ojeada de conjunto, abraza nuestra situación y nuestras relaciones geográficas, y desea ardientemente que en estas frías páginas impresas, única cosa que llegará á los ausentes, quede una parte de esta fuerza viva por la cual mis discursos os impresionarán tal vez, y que de ellas emane un soplo poderoso que en todas partes avive, en los espíritus alemanes, la firme voluntad de obrar. He dicho que hablo exclusivamente para los alemanes, de cosas alemanas. A su tiempo demostraré que ningún otro lazo de amistad ó de nacionalidad, no ha significado nunca nada verdadero: y aun cuando tal hubiese sido, destruído queda todo por virtud de nuestra situación presente y jamás lo recobraremos. La característica del *alemanismo* (1) consiste precisamente en impedir nuestra fusión con cualquier pueblo extraño y nuestra confusión con él, y en crearnos una nacionalidad independiente de todo poder ajeno. En lo que sigue veréis desaparecer las aparentes contradicciones, que tal vez ahora os preocupen, entre estas afirmaciones y otros deberes considerados como sagrados (2).

---

(1) El autor emplea la palabra *Deutschheit* que literalmente es *alemanismo*, aunque este vocablo suene como novedad en nuestro idioma; pero el de *germanismo*, que es conocido, no significa lo mismo, en rigor.—*N. del T.*

(2) ¿Los juramentos de fidelidad al gobierno napoleónico?

Y puesto que hablo únicamente de cosas alemanas, enunciaré, como concernientes á nosotros, principios que, no obstante, apenas se refieren á los que aquí se reunen; y de igual modo extenderé á todos los alemanes cosas que sólo á nosotros nos interesan íntimamente. Mi espíritu, de quien emanan estos discursos, ve ya esa Nación perfecta en que cada ciudadano ha de mirar como suyo propio el destino de los demás; esa Nación puede y debe formarse, si queremos evitar nuestra ruina; mi espíritu la ve aquí nacer, desarrollarse y aparecer al fin completamente realizada.

2. Presumo hablar con alemanes que no se dejan abatir por el sentimiento de las pérdidas sufridas, ni se complacen en este dolor, ó se escudan tras su desconsuelo, creyendo satisfacer así á quien los excita á la acción. Entiendo hablar á ciudadanos que saben dominar un dolor tan legítimo, para reflexionar seria y fríamente, y adoptar decisiones enérgicas: creo hablar, por lo menos, á ciudadanos capaces de hacerlo así. Sé lo que son esos dolores, los he sentido como ninguno de vosotros, y los respeto. Sin duda que no sabría experimentarlos esa masa vulgar que se contenta con beber y comer, preservándose del sufrimiento corporal: para ella, honor, libertad, independencia, son palabras vanas. En cuanto á vosotros, no olvidéis que esos sentimientos deben servir únicamente para excitarnos á la reflexión, á la decisión, á la acción; de otra suerte, nos arrebatarían el poder de reflexionar y las demás fuerzas que aún nos quedan, y ultimarían nuestra ruina, mientras subsistiesen de aquel modo, como testigos vivos de nuestra cobardía y de nuestra indolencia, para demostrar que merecemos nuestra triste suerte. No pretendo, en manera alguna, borrar tales dolores, haciéndoos confiar en socorros venidos de fuera, ó discurriendo locamente sobre todos los sucesos y cambios que el tiempo *pudiera* traer: este procedimiento de ir de aquí para allá en el campo vago é indefinido de las posibilidades, en vez de apoyarse sobre lo necesario; esta manera de confiar la salvación al ciego azar en vez de acudir á las fuer-

zas propias, denuncian por sí mismos su ligereza y su menosprecio de la propia salvación. Aunque así no fuese, tales consuelos y palabrerías no servirían de nada en nuestra presente situación. A su tiempo demostraremos rigurosamente que ningún hombre, ni un Dios siquiera, ni suceso alguno de los simplemente posibles, puede venir en nuestra ayuda: nosotros mismos hemos de realizar nuestra salvación, si aun ésta es posible. Trataré más bien de elevaros sobre esos dolores, presentándoos una idea clara de nuestra situación, de las fuerzas que todavía nos restan y de los medios para llegar á salvarnos. Para ello, he de suponer en vosotros cierto grado de reflexión, una cierta espontaneidad, cierta abnegación; y con oyentes tales creo contar. Mis aspiraciones son, por otra parte, modestas, y no excederán, así lo espero, de la suma de esfuerzos que es dable exigir á los hombres de nuestra época. En cuanto al peligro, es cuestión que ni siquiera planteo.

3. Abrigo, pues, la intención de trazaros un retrato fiel del alemán tal como es, considerado en la situación que actualmente ocupa, y supongo, por de contado, que sois oyentes dispuestos á mirar las cosas cara á cara y por vosotros mismos, en vez de verlas á través de cristales extraños, construídos con todo propósito de falsear la vista, ó inadecuados para ojos alemanes. Además, mis oyentes deben tener el valor de mirar de frente la realidad, de confesarse con franqueza lo que ven, y de vencer toda tendencia que los lleve á forjarse ilusiones acerca de sus intereses propios y á fingirse un cuadro menos aterrador de lo que es la realidad de su estado presente. Ceder á esta tendencia, sería huir vergonzosamente del testimonio de sus propios pensamientos. Es puramente infantil creer que, no viendo el mal en toda su amplitud, ó no reconociendo que se ve tal como es, se le disminuye en la realidad tanto como en la representación. Por el contrario, el hombre viril mira el daño cara á cara, «en los ojos», lo enfoca bien, lo contempla serena, fría, libremente, y analiza sus elementos esenciales. Sólo esta idea clara del mal puede capacitarnos para dominar-

lo y atacarloá pie firme. En efecto: quien carece de certidumbre y de hilo conductor, se consume en dar vueltas alrededor de su enemigo, á ciegas y como en sueños.

¿Y por qué asustarnos de la visión clara de nuestro estado? Nuestra ignorancia no ha de servir para aminorar el mal, del mismo modo que nuestro conocimiento de él no lo agrava: el único modo de llegar á curarlo, es conocerlo. Pero no es este el caso de reprochar las faltas cometidas á los autores de ellas: el desprecio duro, los sarcasmos y las violencias de lenguaje—encaminados á flagelar la cobardía y el egoísmo, y llevándonos (cuando no producen mejora alguna) á detestar sinceramente á quien los emplea, contra el cual se revuelve á veces el ánimo violentamente,—todo eso cabe emplearlo mientras el mal, resultado necesario, no es completo y permite aún alimentar una esperanza de mejoramiento y hasta de curación. Pero cuando el mal se ha cumplido por entero, y es hasta imposible errar más en el mismo sentido, resulta inútil (y hasta perjudicial) persistir en los anatemas contra faltas que ya no es posible cometer. En este caso, no es la moral, sino la historia, quien ha de juzgarnos; y la historia mira la libertad como si no existiera, y juzga los hechos como resultado fatal del estado de cosas anterior. Debemos aquí considerar el presente, sin colocarnos nunca en otro punto de vista en estos discursos.

Considerémonos, pues, únicamente como alemanes; no nos dejemos paralizar por el dolor, y veamos la verdad toda con energía bastante para mirarla de frente. Supongo bien entendidos estos tres puntos; subordinaré á ellos todas mis palabras, y quien quiera que venga aquí con espíritu diferente, no culpe á nadie, sino á sí mismo, de las impresiones desagradables que pudiera experimentar durante estos discursos. Quede dicho de una vez para siempre y bien comprendido. Y ahora paso á mi nueva tarea: la de daros una idea general del asunto de mis discursos.

He dicho, al empezar, que en cierto país ha muerto un pueblo á causa de su egoísmo, perdiendo juntamente su personalidad y la facultad de elegir por sí propio su fin. Esta anulación del egoísmo significa un paso más en la historia: es el hecho que hace posible y necesaria la continuación de mis discursos anteriores, y caracteriza la época actual, de la que debe salir para nosotros una vida nueva en una nación nueva, cosas todas cuya posibilidad he afirmado anteriormente. He aquí el punto de partida de mis nuevos discursos. Debo, ante todo, mostraros cómo y por qué la ruina completa ha salido fatalmente de esa perfección del egoísmo (1).

El egoísmo llega al *summum* cuando se apodera de todos los súbditos, salvo raras excepciones, y luego de los mismos gobernantes, constituyéndose en el único móvil de todas sus acciones. En un Gobierno así, relájanse todos los lazos que unen su propia seguridad á la de otros Estados; un Gobierno semejante abandona el conjunto á que pertenece para no verse turbado en su cobarde reposo; su egoísmo lo ilusiona hasta el punto de hacerle creer que vive en paz en tanto que no ve atacadas sus propias fronteras, mientras en el interior se nota esa blanda y afeminada dirección del Estado que indican las palabras extranjeras «humanidad, liberalidad, popularidad», pero que, en buen alemán, sólo cabe llamar relajación y conducta indigna.

He añadido que, al fin, el egoísmo se apodera de los mismos gobernantes. Un pueblo puede estar completamente corrompido, es decir, ser egoísta (puesto que en el egoísmo está la fuente de todas las demás corrupciones), y, sin embargo, permanecer en pie y realizar incluso actos brillantes, con tal que sus Gobiernos no estén también corrompidos. Hasta pueden éstos vivir en sus relaciones exteriores sin fe ni ley, olvidados de sus deberes y de su honor, con tal que en el interior tengan

(1) Fichte se refiere en estas consideraciones á sus discursos sobre los *Caracteres de la época actual.*

energía para manejar con mano firme las riendas del Estado, haciéndose temer y respetar. Pero cuando el egoísmo llega á ser tan completo como hemos dicho antes, la unidad nacional se desquicia al primer ataque serio. La nación se ha separado *traidoramente* de la raza de que forma parte, y á su vez sus propios miembros la abandonan, no reteniéndoles ya el temor, sino temiendo, en primer término, al extranjero. Cada cual mira á su propia conveniencia, y todo se disloca: los súbditos aislados se aterran; dan al enemigo, sin replicar, con gesto en que se pinta una alegría forzada, lo que daban escatimado y de mala gana á sus defensores, hasta que los gobernantes, vendidos y abandonados por todas partes, se ven obligados á comprar, mediante una sumisión y obediencia completa á los proyectos extranjeros, una especie de prolongación de la existencia; y entonces, los hombres que en las luchas por la patria habían arrojado lejos sus armas, acuden á servir bajo las banderas enemigas y aprenden á combatir valerosamente contra los que fueron sus conciudadanos. De este modo el egoísmo mata al egoísta, yendo hasta el fin de las cosas, y los que no querían obedecer más que á su interés, pasan por que una potencia extranjera les imponga un destino bien diferente del anterior.

Caída en tal grado de servidumbre la nación, no puede levantarse por los medios ordinarios. Fue vana su resistencia cuando contaba con sus fuerzas todas; ¿de qué le serviría tratar de resistirse de nuevo cuando se halla privada de la mejor parte de sus recursos? Lo que hubiera podido ayudarle cuando sus gobernantes sostenían las riendas con mano firme y segura, de nada le serviría ahora, cuando es ilusoria su dirección, puesta en manos del extranjero. Semejante nación no puede ya contar con sus fuerzas propias, y menos aún con el auxilio del vencedor. Sería éste tan imprevisor, pusilánime y cobarde como el vencido, si abandonase las ventajas adquiridas. Caería él también, sin ninguna ventaja para nosotros, porque se convertiría en presa de otro vencedor, y nosotros

vendríamos á ser parte insignificante del botín de guerra. Para que una nación caída tan bajo se levante, es preciso crear por completo un nuevo orden de cosas en el antiguo. Investiguemos, pues, por qué debía caer fatalmente ese orden antiguo. De este modo veremos, *por contraste,* qué principio nuevo levantará á la nación caída y le infundirá vida nueva.

En todas las constituciones anteriores, el ciudadano estaba ligado al cuerpo social por su particular interés, y roto ese lazo, nada quedaba ya que le uniera al cuerpo social. Pero ese lazo no subsistía sino por el temor de los castigos ó la esperanza de las recompensas, por la influencia que sobre los intereses particulares de cada cual ejercía el destino del cuerpo social en la vida presente ó futura. La razón, entregada á los puros cálculos materiales, rompió la unión establecida por la religión entre la vida presente y la futura, presentando como vanas y engañosas imágenes el amor de la gloria y el patriotismo, que el sentimiento moral proponía á falta de otra cosa; por otra parte, la debilidad de los gobernantes, dejando á menudo impune la desobediencia á las leyes, rompió ese lazo del temor que regulaba, conforme á sus intereses personales, las relaciones de los ciudadanos con el todo social; y hasta el lazo de esperanza desapareció, ya que las recompensas no eran otorgadas conforme á los servicios prestados al Estado, dejándose más bien guiar por reglas de conducta muy distintas. La ruptura de estos lazos trajo consigo la dislocación de la unidad social.

El vencedor tiene razón en querer reanudar y fortificar nuevamente esos lazos de temor y de esperanza, para que cada cual coopere al bien de la vida presente; con ello sacará gran ventaja propia, sin ningún provecho para nosotros, porque su interés consiste en utilizar esos lazos para sí, y en no ponerlos á nuestro servicio sino en tanto que le convenga para hacernos servir á sus planes. En una nación de tal modo caída, ninguna utilidad tienen el temor del castigo ni la esperanza de las recompensas, puesto que no es dueña de dirigirse á sí pro-

pia; podrá ella por sí esperar ó temer, pero nadie espera ni teme de ella cosa alguna; sólo le resta hallar un lazo superior al temor y á la esperanza para cooperar al bien general.

Sobre estos móviles materiales del temor y de la esperanza, y próximo á ellos, encuéntrase el móvil espiritual de la aprobación y desaprobación morales, y el sentimiento superior de contentamiento ó reprobación del estado propio y del ajeno. Un ojo acostumbrado á ver á su alrededor limpieza y buen orden perfectos, siéntese penosamente afectado por una simple mancha que ni siquiera advertiría una mirada menos delicada; por el contrario, el hombre habituado á la suciedad y al desorden, se complace en ver esa mancha. De igual manera el ojo interno del espíritu puede ser tal, que el solo hecho de verse á sí propio, y de ver á los que le rodean, vivir sin dignidad y sin honor, le produzca realmente daño, aun sin que se pare á considerar lo que podría esperar ó temer de semejante situación para sus intereses materiales. Este sentimiento penoso, independientemente de todo temor ó esperanza materiales, no dejará tregua alguna á este espíritu mientras no consiga sustituir, en la medida de sus fuerzas, á esta situación desagradable, la que considera preferible. En semejante espíritu, ese móvil de la aprobación y desaprobación liga íntimamente el interés del todo á su propio interés, y su *yo*, que no se siente vivir sino como parte del todo, sólo puede complacerse en un todo que merezca su aprobación. Para un pueblo privado de su independencia, y por tanto, de todo medio de obrar oficialmente por el temor y la esperanza, el único medio infalible de levantarse del fondo de su ruina sería desarrollar, en todos y por todos, esta manera de ver las cosas, confiando á ese sentimiento nuevo y de orden superior el cuidado de su unidad social, de que actualmente nadie, ni hombre ni Dios, se preocupa. El remedio anunciado más arriba consiste, pues, en la creación de personalidades absolutamente nuevas, creación á que han llegado hoy, quizá, algunos privilegiados, pero que no es, ciertamente, ni universal ni nacional. Hay que enseñar

á toda la nación, una vez que su antigua vitalidad se ha extinguido absorbida en la de un pueblo extraño, y hay que enseñarle los medios de vivir con existencia nueva, que le pertenecerá exclusivamente; en una palabra, hay que transformarla por completo, mediante el plan de educación que yo propongo como el único medio de regenerar la nación.

La necesidad de una buena educación para los niños ha sido proclamada á menudo en nuestro tiempo, y aun repetida hasta la saciedad. No vale la pena hablaros ahora de esa necesidad; importa mucho más, creo yo—y no considero esto como superior á mis fuerzas,—tratar de determinar exactamente lo que faltaba al plan antiguo de educación, é indicar por qué medios, absolutamente nuevos, la pedagogía así modificada debe formar á los hombres.

La educación antigua no ha dejado nunca de poner á sus discípulos modelos de buena religión, de buena moral y de buena justicia, á la vez que les exhortaba de tiempo en tiempo á reproducir tales modelos en su vida; pero salvo muy raras excepciones—que no eran causadas por aquella educación, porque de ser así todos los discípulos hubieran obrado igualmente,—los individuos de este modo educados, en lugar de seguir esos preceptos y esas exhortaciones de buena moral, han obedecido á las inclinaciones naturales de su egoísmo, que se desarrollaba á pesar de aquella pedagogía. Esto demuestra, de modo irrefutable, que esa enseñanza puede adornar la memoria con palabras y fórmulas, dar á una imaginación fría é inerte algunos fantasmas sin vida ni realidad, pero que nunca ha podido hacer vivir esos modelos de buena moral en la persona de un alumno de modo que se sintiera arrebatado hacia ese bien por un amor violento y un entusiasmo ardiente capaces de realizarlo; porque ante un sentimiento así, el egoísmo hubiera caído como hoja seca. Esto prueba también que esa educación ha sido siempre incapaz por completo de penetrar hasta las fuentes de la vida real para dirigirla por el buen camino. Sus discípulos, á despecho de esta educación ciega é impotente, se

han formado como han podido, casi en estado salvaje; los más, convertíanse en malos por la fuerza de sus naturales inclinaciones, y sólo algunos favoritos de Dios alcanzaban un buen resultado. Hemos, pues, dado á conocer suficientemente esta educación por sus resultados; cabe prescindir de analizar las raíces de un árbol cuyos frutos, demasiado maduros por desgracia, han caído ya, y yacen en tierra mostrando lo que valía el árbol que los produjo. Por otra parte, la educación antigua no fue jamás un arte de formar á los hombres; nunca se vanaglorió de ello, confesando, por el contrario, que para lograr éxito le era precisa la concurrencia en el alumno de talento ó genio naturales. El arte de formar á los hombres está aún por averiguar, y el hallarlo constituye el problema propio de la nueva enseñanza. Esta nueva enseñanza habrá de sobrepujar á la antigua, penetrando hasta las raices de la vida real. Formará por entero al hombre, en vez de limitar sus aspiraciones, como la antigua, á desarrollar una parte no más del hombre. La educación no será ya, con esto, un accesorio del alumno, sino una parte constitutiva de él.

Adviértase, también, que aquella limitada cultura sólo se dirigía á esa minoría que se conoce con el nombre de «clases directoras», mientras que la gran masa, el pueblo,—que es, en suma, el elemento esencial del Estado,—veíase privado casi enteramente de educación y entregado por entero al azar. Mediante la nueva educación, queremos unir á todos los alemanes en un solo cuerpo, en el cual cada uno de los componentes se sienta ligado y vivificado por el mismo interés; pues si pretendiéramos formar una parte cultivada dirigida por los móviles de la moral, y otra inculta que se apoyase tan sólo en los móviles del temor de los castigos y la esperanza de las recompensas, esta segunda parte no tardaría en volverse contra nosotros mismos. Es, pues, necesario extender á todos la nueva educación, sin exceptuar á nadie, de modo que no sea la cultura de una clase privilegiada dentro del Estado, sino la de la nación entera; y así, esta educación en que cada cual será

guiado hacia el bien por el contentamiento interior, suprimirá todas las diferencias que podrían resultar de los diferentes grados de cultura, mostrándose juntamente como educación nacional y universal.

Más adelante os mostraré que este arte educativo que deseamos ha sido ya descubierto y aplicado antes de ahora; dado lo cual, nos bastará con tomarlo tal como se nos ofrece, cosa que no exige, ciertamente, mayor esfuerzo del que nos es dado hacer hoy día. Decía también que los peligros materiales de esta empresa son nulos, hallándose los mismos que nos dominan interesados en favorecer la ejecución de ese plan, más bien que en estorbarla. Acerca de este punto me expresaré con toda claridad en este primer discurso.

El arte político antiguo y moderno ha multiplicado con éxito los medios de engañar y rebajar moralmente á los vencidos para dominarlos con más seguridad; invenciones engañosas, hábiles mezclas de ideas y de palabras, han servido para calumniar recíprocamente á los príncipes y á los pueblos, para dominar más firmemente, gracias á la división así introducida; se han excitado y desarrollado artificiosamente todas las vanidades y egoísmos, para hacer despreciable al vencido y aplastarlo con apariencias de justicia; pero con nosotros, el empleo de tales medios conduciría á un desastre inevitable. Aparte del temor de los castigos y la esperanza de las recompensas, la cohesión del pueblo extraño con quien nos hallamos en contacto ahora, reposa sobre el sentimiento del honor y de la gloria nacional; pero hace ya largo tiempo que la perspicacia alemana ha visto con toda evidencia que estas son imágenes engañosas, y que la gloria de la nación entera no sirve nunca para curar ó compensar la herida ó las pérdidas que sufre un solo ciudadano, y hemos comprendido claramente que si nuestra vida no tuviese un ideal más elevado nos convertiríamos, sin vacilaciones, en los apóstoles peligrosos de esa doctrina fácil y llena de encantos. Sin aumentar nuestra corrupción, somos ya, naturalmente, una conquista desastrosa,

y sólo nos convertiremos en conquista provechosa siguiendo el plan que os propongo, y el extranjero nos dejará obrar si comprende su verdadero interés.

Mis discursos se dirigen especialmente á la clase culta de Alemania, con la esperanza de que ella los comprenda ante todo, y exhortándola á constituirse desde ahora en portaestandarte de la nueva pedagogía para reivindicar en el mundo su antigua influencia y hacerse digna de vivir en lo futuro. Ya veremos, en la continuación de estos discursos, que hasta hoy todo progreso humano en la nación alemana ha venido del pueblo, y que él es quien se ha preocupado siempre, en primer término, de los grandes intereses nacionales, velando por su salvación y ayudando á su desarrollo. Por primera vez se propone ahora á las clases cultas que cooperen á la educación nacional, tal como debe entenderse; y si aceptan, será también la primera vez que darán muestra de buena voluntad. No debemos perder tiempo en calcular el término con que contamos para tomar la dirección de este movimiento: el asunto está próximo á plantearse ante el pueblo; hállase á punto de resolverse, y ha sido ensayado ya en sujetos populares, y quizá dentro de poco ese pueblo se bastará á sí propio, sin necesidar nuestra ayuda. Si esto llegase á ocurrir, las clases cultas de hoy día, y sus sucesoras, pasarían al rango que hoy ocupa el pueblo, mientras éste se convertiría en una aristocracia nueva, fortalecida con una cultura superior.

Estos discursos se proponen también, como fin general, levantar el ánimo y la esperanza en los corazones abatidos, mezclar algo de alegría á los grandes pesares de la época, y hacernos salir, sin choques bruscos, de estas horas de profundo desaliento. Me represento nuestra época como una sombra que llora sobre su cadáver, de quien un cúmulo de enfermedades la ha separado, siéndole imposible apartar sus ojos de la morada que le fue tan querida, y que busca todos los medios posibles para volver á entrar en el mundo del sufrimiento. Sin duda, las brisas vivificantes del otro mundo, á que ha bajado

la muerta, se acercan á su espíritu y lo rodean de ardientes caricias; voces hermanas la saludan y llaman alegremente; ya despunta en ella como un misterioso deseo y secretas aspiraciones para desarrollar ese ideal á que debe elevarse; pero no tiene aún ni oídos para esas voces, ni sentidos para esos efluvios. Caso de tenerlos, no sabría hacer uso de ellos, ¡tan abismada está en el dolor de haber perdido su cuerpo, con el cual cree haberlo perdido todo, hasta su propio Yo! ¿Qué hacer de ella? Ya luce la aurora del nuevo mundo, dorando las cimas de los montes, precursora del día que se acerca. Yo quiero, hasta donde me sea posible, recoger los rayos de esta aurora y proyectarlos sobre un espejo, en que esa época inconsolable podrá contemplarse á sí propia, recobrando la fe en su vida y reconociendo en él la vitalidad que lleva siempre dentro de sí, á la vez que la mire desarrollarse como en una visión profética. Esta contemplación le hará, sin duda alguna, perder el recuerdo de su vida pasada, y el muerto será conducido al lugar del eterno reposo, sin más lamentaciones.

Juan T. Fichte.

LAS COLONIAS UNIVERSITARIAS

TOYNBEE HALL

LA COLONIA UNIVERSITARIA DE WHITECHAPEL

En la época presente, las cuestiones sociales adquieren de día en día una importancia cada vez más grande. Las *clases* llamadas *directoras* han desempeñado durante largo tiempo el poder político: en estos momentos, las *clases populares* están á punto de apoderarse de él, y ese cambio no puede cumplirse sin provocar profundas perturbaciones en una sociedad como la nuestra. En efecto: un obrero, ¿puede acaso tener motivos verdaderamente serios para amar y respetar el orden social actual? No lo parece. El amor es quien engendra el amor, y hemos hecho por nuestras clases populares todo, todo, excepto amarlas. Hemos hecho leyes para su uso, les hemos impuesto contribuciones, las hemos explotado, las hemos liberado, hemos distribuído entre ellas limosnas, las hemos instruído, las hemos predicado sermones, pero, en el fondo, jamás hemos experimentado por ellas verdadera simpatía.

Aun cuando quepa señalar en ciertas capas de la sociedad un esfuerzo en el sentido de la aproximación, es lo cierto que, en la generalidad de los casos, ricos y pobres, sabios é ignorantes, viven separados, miembros sin duda de un mismo cuerpo, pero unidos por relaciones tan lejanas, que casi han per-

dido la noción de su unidad. ¡Qué contraste más violento el que presentan los barrios aristocráticos y los barrios pobres de Londres! De un lado la riqueza, con todos los goces materiales é intelectuales que procura una civilización avanzada; del otro, la miseria con todo el cortejo de degradaciones físicas y morales que puede entrañar. No debe sorprendernos que la indiferencia de los ricos para con los pobres, y el odio de los pobres para los ricos, sea de aquí en algunos años la causa de conflictos terribles, á menos que las clases directoras no salgan de su apatía, no olviden sus prejuicios y no hagan perseverantes esfuerzos para aproximarse á las clases obreras.

Y aun cuando no mediase tan grave cuestión, ¿no es un deber extricto para las gentes de la vida feliz hacer participar en alguna medida de los bienes de que ellas gozan á los miserables y á los desheredados? No se puede hacer á todos los pobres ricos, pero se puede ayudarles para mejorar su condición. Además, se puede darles medios de gustar dos de los más grandes goces que el hombre tiene sobre la tierra: el que procura la cultura del espíritu y el que proporciona la amistad.

Los jóvenes que salen de nuestras Universidades han podido gustar plenamente esos goces en su vida de colegio, que les ha procurado, no sólo todos los medios de adquirir una instrucción sólida y amplia, sino también la ocasión de relacionarse con gentes inteligentes y cultas y de constituir esas preciosas amistades que duran toda la vida de un hombre.

Algunos de ellos han experimentado la necesidad de no reservar para sí solos tan grandes beneficios, y ese sentimiento generoso ha dado origen al movimiento de la Extensión de la enseñanza de las Universidades, movimiento que ha tenido sus precursores. Pero las diversas ramas de la *University Extension,* en un principio, se han propuesto como fin la organización de cursos y de conferencias. Quedaba algo más que hacer, algo que fundar, enmedio de los barrios más miserables de las grandes ciudades industriales: verdaderos colegios, *colonias universitarias,* destinadas á hacer penetrar hasta las últimas

capas de la población lo mejor que tiene la civilización moderna: su cultura intelectual, moral y social.

Me propongo hablar en este artículo de una de esas «colonias», la de «Toynbee Hall», llamada así en memoria de Arnoldo Toynbee, un joven y caluroso promovedor del doble movimiento en favor de la aproximación de las clases sociales y de la difusión de las luces, muerto antes de haber podido contemplar el desenvolvimiento completo de la obra iniciada por él; sus amigos no han querido que esta obra tuviese otro nombre que el suyo (1).

El fundador de Toynbee Hall, M. Barnett, invitaba á algunos graduados de las Universidades para que fuesen á vivir ciertas temporadas enmedio del East End—uno de los barrios más miserables de Londres,—sin romper, no obstante, con sus amigos y conocimientos del West End, el barrio rico.

Quería que adoptasen una vida modesta, sin lujo, pero á la vez sin austeridad. Para evitar la estrechez de miras que á

---

(1) «Toynbee Hall proviene, en realidad, de dos movimientos paralelos, de dos corrientes simpáticas, pero, á pesar de todo, muy distintas entre sí:

»1.° El punto de partida está en el sentimiento de un deber nuevo: el deber del hombre rico é instruído de enseñar al ignorante y socorrer al pobre. Este sentimiento quizá procede de MM. Maurice y Ruskin; pero no ha logrado un gran desenvolvimiento, no ha adquirido toda su potencia —en Oxford á lo menos—sino gracias al influjo del profesor T. H. Green, muerto en 1892. El fue quien hizo comprender, ó, más bien, sentir vivamente á algunos jóvenes graduados de la Universidad, que no bastaban ya los lamentos, sino que era preciso dar á los pobres una parte efectiva de nuestra vida moral é intelectual. De ahí la resolución tomada por algunos de ellos de ir á establecerse y á vivir enmedio de los pobres del East End de Londres.

»2.° Ahora bien: en ese momento—en 1884—Arnoldo Toynbee murió. Sólo tenía veintiocho años, y, fuera de la Universidad, apenas era conocido. Su salud débil le había impedido conquistar las distinciones más ambicionadas; pero sus amigos, y sobre todo el director de su colegio, el profesor Jowet, habían reconocido en él una gran fuerza de espíritu y un valor original. Así, terminado su bachillerato, invitósele á quedarse como

menudo resulta del aislamiento, les aconsejaba que no viviesen separados, sino que fundasen una especie de club (1) en el cual pudiesen habitar sus miembros. Pedíales que practicasen la renuncia de sí mismos, no imponiéndose mortificaciones corporales, sino consintiendo en asociarse para una obra común con hombres, aun cuando no tuvieran todas sus opiniones políticas ó religiosas, saltando por sobre las divergencias de detalle para asegurar el triunfo de una gran causa.

En la intención de su fundador, Toynbee Hall debía ser una asociación sin color político ni religioso, libre de prejuicios de casta, animada siempre y rejuvenecida por las corrientes de ideas que incesantemente atraviesan las Universidades, y destinada á tender un puente entre las clases directoras y las masas populares. Y es esto, en efecto, lo que da á esta obra su carácter de originalidad y la distingue de los otros centros de instrucción popular dependientes de las Universidades. Se atiende en ella mucho á la enseñanza, á la instrucción; pero lo

---

profesor en el colegio (Balliol), y especialmente á dirigir los estudios de los jóvenes que se preparan para ir á las Indias. Habíase consagrado, sobre todo, á los estudios económicos, donde el punto de vista humano y práctico servían para templar en él poco á poco el punto de vista matemático, financiero y teórico. (Véase, á este propósito, la Memoria del profesor Jowet, al principio del volumen póstumo de Arnoldo Toynbee, *The industrial revolution*).

»Después de su muerte, sus amigos, queriendo perpetuar su memoria, reunieron una suma de unos 75.000 francos. De ella formaron dos partes: la una, que debía servir para crear conferencias de economía social; la otra, reservada con la intención de edificar una gran sala enmedio de algún barrio miserable, sala de conferencias que podía servir también de reunión y de goce social.

»Esas dos tendencias, esos dos esfuerzos, son los que el canónigo Barnett ha tenido la fortuna de hacer converger hacia un fin práctico hasta conseguir la fundación de Toynbee Hall.»—(Nota enviada por M. G. L. Bruce, miembro del *School Board* de Londres, residente de Toynbee Hall.)

(1) En Inglaterra, los clubs no son meros círculos; sus miembros pueden comer en ellos y tener una habitación.

que sobre todo se quiere es fraternizar con los obreros, mezclarse en su vida. Y el pequeño bien que se presta no se considera como una limosna que el rico arroja al pobre. Tal decía el propio Arnoldo Toynbee, poco tiempo antes de su muerte, á los obreros que seguían sus cursos.

Felizmente, para el éxito de esta empresa, desde sus comienzos hasta el momento presente, ha estado bajo la dirección del hombre esclarecido á quien en primer lugar se ocurriera la idea. M. Barnett, fiel á un principio que le era muy querido, se ha impuesto siempre como ley ofrecer á cada miembro los medios de ejercer libremente su actividad según la tendencia natural de sus inclinaciones. Cada cual se hace útil según la naturaleza de las aptitudes recibidas de Dios. Así, lo que llama la atención en la obra de Toynbee Hall, no es tanto el número de los resultados obtenidos, como la extensión del influjo ejercido por los miembros de esta obra, y la variedad de formas bajo que este influjo se manifiesta (1).

---

(1) Breves palabras sobre la constitución legal y la organización financiera de Toynbee Hall:

«Los fundadores se han constituído primero en una especie de Sociedad civil bajo el nombre de *Universities Settlement Asociation* (Sociedad para las colonias universitarias). Tomaron en préstamo, dirigiéndose sobre todo á los amigos de ese movimiento, la suma de 300.000 francos, por la cual pagan 4 por 100 de interés, al mismo tiempo que amortizan poco á poco el capital.

»Con esta suma compraron una antigua escuela industrial en Whetechapel, que adicionada, restaurada y modificada, se ha convertido, de transformación en transformación, en el Toynbee Hall actual.

»Por otra parte, los que sobre todo perseguían la difusión de la enseñanza, el establecimiento de conferencias, han reunido 25.000 francos para edificar una sala de conferencias: esta sala es la única que al principio se llamaba Toynbee Hall: el nombre se ha aplicado poco á poco al conjunto de los edificios: sucesivamente se han añadido la biblioteca y la pequeña sala de estudios.

»De este modo, Toynbee se compone de dos partes: la una mercantil,

Ocurre á veces que alguno acude á vivir en la colonia universitaria únicamente para adquirir esta comunidad de ideas y de sentimientos con los pobres, que un medio tal puede proporcionar tan perfectamente. Pero en la mayoría de los casos no estará, el que acude, largo tiempo allí sin experimentar la necesidad de dedicarse á alguna función útil. No pocas personas se asocian á la obra para poner en práctica un designio filantrópico que han concebido. La institución les proporciona un campo de experiencias, y, en sus comienzos primeros, siéntense alentados por la simpatía de la vasta clientela que con el tiempo se ha organizado alrededor de Toynbee Hall. Muchos de los adheridos, por fin, no aportan más que su buena voluntad, su vocación bien definida. Encuentran siempre trabajo que ejecutar, dánsele las noticias necesarias, y el presidente de la obra, su consejero por excelencia, descubre pronto sus aptitudes particulares.

Algunos de nuestros miembros, dotados de extraordinarias cualidades como administradores, han tomado parte importante en la dirección de los asuntos municipales de la ciudad de Londres. Uno de ellos ha sido elegido miembro del Parlamento por el distrito de Bow; otro ha llegado á ser presidente

---

por decirlo así, la otra caritativa. Hay una casa que comprende habitaciones, en las cuales se instala un cierto número de «colonos» mediante una pensión de 30 á 50 francos por semana—habitación y comida.—Esta casa hece sus gastos, tiene su presupuesto resultante de lo que cada cual paga allí, como pagaría en cualquier otro barrio de Londres. Y luego hay, al lado de esta casa, las obras de utilidad social, que viven sólo merced á las subvenciones procuradas por los amigos de tales obras, entre los cuales están los colonos, con M. Barnett al frente: habitación, calefacción, luz de las salas de conferencias, de estudio y de reunión: gastos de inspección general, sueldos del director y maestro; todo eso se elevaba á más de 75.000 francos el año último. Esta suma es preciso reunirla con los donativos voluntarios, salvo los 8.000 francos provenientes de las Universidades. M. Barnett, por su parte, renuncia siempre á su sueldo en beneficio de la obra.»—(Nota de M. G. L. Bruce).

de una comisión de obras públicas; dos representan los barrios populares en el *School Board* de Londres.

Varios han empleado una gran parte de su tiempo en buscar la solución de la cuestión de las huelgas, sea formando parte de los Comités locales de auxilios á los obreros sin trabajo, sea estudiando las condiciones económicas que llevan á la huelga. La atención de algunos ha recaído sobre el estado deplorable de las viviendas de los obreros; han levantado la opinión pública prestando su auxilio á los inquilinos explotados, han vigilado, criticado á las autoridades encargadas de hacer cumplir los reglamentos sobre la higiene, obligándolas no pocas veces á cumplir con su deber.

Las aficiones militares de algunos de nuestros miembros los han llevado á formar dos ó tres batallones compuestos de muchachos de Whitechapel y de Bethnal Green. Esos batallones están adscritos á los cuerpos de voluntarios del East London y dan resultados muy satisfactorios.

Los ejercicios corporales, tan atractivos para la masa de los estudiantes ingleses, no han sido echados al olvido. Se han creado equipos de foot-ball en las escuelas elementales, surgiendo numerosas asociaciones para el cricket, boxear, el tennis y las excursiones á pie.

Por de contado, la colonia universitaria no ha prescindido de ninguna de las cuestiones que interesan especialmente á los obreros. Ha fundado Sociedades cooperativas para ayudarles á vivir de una manera más económica y más fraternal, para procurarles mercancías de mejor calidad. Ha favorecido los movimientos en pro del ahorro, de la templanza, de la educación; por último, varios de sus miembros han desempeñado un papel activo en las huelgas y ocupado puestos de confianza en los sindicatos de obreros.

Al terminar esta enumeración no puedo pasar en silencio una de las obras mejor conocida y más apreciada de la colonia universitaria: la exposición anual de cuadros que M. Barnett había ya iniciado en una pequeña escala, años antes de la

apertura de Toynbee Hall. Trátase de una exposición de pinturas debidas á los mejores artistas de la Gran Bretaña. Celébrase todos los años en la Pascua, y dura veinte días. Durante este tiempo, la visitan unas sesenta mil personas. Estas personas, la mayoría de las cuales pertenecen á la clase pobre, jamás han tenido el placer de ver otra galería de cuadros. Al efecto, se prepara con cuidado un catálogo descriptivo, muy sencillo, que parecerá hasta infantil á los lectores más cultos. Algunos miembros residentes, y especialmente el presidente de la obra, recorren varias veces la exposición dando explicaciones sobre los diversos cuadros á los grupos que les siguen de sala en sala.

Pero lo mejor de Toynbee no son sus obras, sino su espíritu.

Los miembros residentes han sido, en su mayoría, hombres profundamente persuadidos de que el abismo abierto entre el rico y el pobre, entre el hombre instruído y el ignorante, no sólo es una injusticia cruel para con los individuos, sino una amenaza real contra el Estado. Convencidos, además, de que los prejuicios—los de los ricos y los de los pobres—son demasiado fuertes para que puedan combatirse de raíz por los esfuerzos dispersos de algunos individuos, han procurado en ese cuerpo y en la propia casa, atraerse la amistad de los obreros, mezclarse en sus ocupaciones, pensar con ellos y sentir y obrar como ellos. Este esfuerzo, organizado con el objeto de producir amistosas relaciones sociales entre los miembros de las clases harto tiempo divididas y esparcidas, les ha parecido más importante que toda otra obra política ó religiosa. A decir verdad, trátase de un esfuerzo único en su género, ó, más bien, de la primera señal de un esfuerzo que después ha sido imitado, y que tiende á hacer por Inglaterra lo que la política no hará jamás, lo que la Iglesia misma, por un error fatal, vacila en acometer.

Dentro de algunas docenas de años, las clases pudientes

de la sociedad se encontrarán ante una clase obrera instruída, bien organizada y dirigida por jefes capaces. Entonces esperamos que habrá de efectuarse una revolución pacífica. El poder político no descansará ya en la misma base. Si ese cambio se produce enmedio de luchas y discordias, Inglaterra, en tal momento, se verá perturbada por conflictos frente á los cuales nuestras actuales diferencias no son más que bagatelas. Y ahora se ofrece una ocasión, una ocasión preciosa. Mientras esté la supremacía en manos de hombres que dan un gran precio á la enseñanza y á la tradición del pasado, esos hombres pueden aprender á conocer y comprender á aquellos á quienes será preciso ceder el poder. Además, pueden trabajar en hacerles dignos de la confianza pública.

Aún estamos en tiempo hábil para unir entre sí los elementos de la sociedad por lazos pacíficos. Es esto más importante que tomar puestos en los Consejos y en las Asambleas parlamentarias. Lo que está en pleito es nada menos que la reconciliación del orden nuevo, que comienza con los elementos mejores y más duraderos de una civilización avanzada. Contribuir á esta reconciliación no es, si se quiere, servir al Estado, pero es servir á todo lo que crea y une los elementos constitutivos del Estado.

Acabo de enumerar algunos de los medios por los cuales la colonia universitaria ha tratado de aproximar las clases inferiores de la sociedad á las superiores. Consagraré el resto de este artículo á describir en algunos detalles uno de esos medios de aproximación: la obra de educación popular que tiene por centro Toynbee Hall.

Cuando se deja la tumultuosa calle del Comercio de Whitechapel para entrar en el patio principal de Toynbee Hall, se experimenta una impresión de calma y recogimiento. Este edificio, con sus ventanas de vidrieras, sus muros cubiertos de plantas trepadoras, sus pórticos góticos, su torrecita con reloj, recuerda los viejos colegios de nuestras Universidades. Se con-

templa uno transportado á un pacífico retiro de estudio. Y de hecho, Toynbee Hall cuenta con más estudiantus que el colegio más grande de Oxford ó de Cambridge. Todos esos estudiantes son obreros que, casi todos, vienen del East End de Londres. No pueden consagrar á su educación más que la noche, la tarde del sábado y el domingo, pero su amor por el estudio no disminuye por eso, siendo quizá más celosos en el trabajo, más económicos para sus ratos de ocio, más serios que el promedio de los estudiantes ordinarios.

Todas las noches, hacia las siete, comienzan á llegar. Cuídase siempre de fijar en la puerta el programa del día. A veces, en el salón ó en el comedor, hay velada. Es uno de los residentes, que recibe los miembros de una asociación de que él forma parte. Se ha rogado á cada invitado para que lleve consigo uno ó dos amigos. Uno llega con su compañero, el otro con su madre, un tercero con su novia. La señora de Barnett, ó bien otra dama, hace los honores del salón. Se ha invitado también á los amigos, á los residentes, que llegan de los barrios aristocráticos, y dispuestos á dejar á un lado los prejuicios de casta, en esta casa fundada para el desenvolvimiento del sentimiento de fraternidad.

Los muchachos y las jóvenes de East End encuentran allí, sin exponerse á las tentaciones de la calle, del baile público ó café cantante, la ocasión de pasar una velada agradable y de entablar relaciones en las condiciones mismas de las clases superiores de la sociedad. Distracciones variadas ayudan á pasar el tiempo rápidamente. Las personas que han asistido á esas recepciones, hablan á menudo del placer vivo que procuran á las invitadas. La mayoría de éstas, en efecto, están colocadas en condiciones tales, que las es imposible gozar en su casa del placer de las relaciones sociales. Además, los juegos que nos divierten desde nuestra infancia les son desconocidos, y, cuando por primera vez los aprenden, experimentan un gozo verdadero.

Pero dejemos el salón. Al extremo del patio, en una sala

espaciosa y confortablemente instalada, los estudiantes que llegan directamente á Toynbee Hall desde el taller, esperan la apertura de los cursos. Aquel es el club de los estudiantes, que les está completamente reservado. Los juegos están en él prohibidos. La estancia destínase al descanso y á la conversación. El secretario de los cursos y conferencias está allí constantemente durante la velada, para dar noticias y despachar los billetes de á chelín, que facilitan la entrada en un curso ó á una serie de conferencias. También está en esta sala el cuadro de las asociaciones de Toynbee Hall, con los diversos anuncios á ellas referentes. Así el club no es sólo un lugar de estudio, sino un centro de referencias y noticias. Los estudiantes antiguos encuentran en él también la ocasión de comunicar á los nuevos algo de este espíritu, que hace de todos los estudiantes de Toynbee Hall una sociedad de amigos.

Al salir del club, antes de entrar en la sala de conferencias, subamos por una pequeña escalera que conduce á la biblioteca. Es una sala amplia, que contiene unos siete mil volúmenes, casi todos donativos ó préstamos de los editores, escritores ó amigos de la institución. Esta biblioteca está abierta desde las cuatro de la tarde hasta las diez de la noche, los días de labor, y casi todo el día los sábados y domingos. Aun cuando esta biblioteca está, sobre todo, organizada para hacer préstamos de libros, los lectores encuentran allí una instalación confortable, y el bibliotecario está allí siempre, dispuesto á dar noticias ó informes. Durante las noches de invierno, una gran estufa da á esta pieza un aspecto muy hospitalario, y los estudiantes afluyen á ella.

A las ocho de la noche comienzan los cursos y las conferencias. El establecimiento posee una amplia sala de reuniones. Los cursos de las Sociedades para la Extensión Universitaria se celebran allí tres veces por semana: el martes se dan allí conciertos; el jueves está lleno siempre de obreros, que acuden para asistir á las discusiones: en estas sesiones se permite fumar.

El sábado, hombres de reconocida competencia pronuncian en Toynbee conferencias populares sobre ciencias, literatura, artes y viajes.

Desde la fundación de la obra, se celebran siempre cuatro cursos simultáneamente en Toynbee Hall. Los años en que el estado financiero lo permite, se celebran cinco. Pero nuestros miembros extienden su actividad más allá de los muros del establecimiento, y así hemos podido organizar cursos en los diversos barrios cercanos á Toynbee Hall, utilizando los locales que las municipalidades nos han prestado para este uso, los clubs de obreros, etc., etc. A veces hemos logrado ver funcionar once cursos á la vez en diferentes instituciones. El año último, á consecuencia de la falta de dinero, ha sido necesario limitarlos á ocho, cifra que, por el momento, no podemos traspasar. El término medio de la asistencia durante el último trimestre ha sido de setecientos setenta por semana, lo que supone para cada profesor un auditorio de poco más de cien personas.

Nuestro Comité de educación está, por lo demás, plenamente convencido de que para instruir y *educar*, no basta hacer cursos y conferencias, aun cuando sea adoptando el excelente sistema de la Extensión Universitaria.

Es necesario acudir á otros medios.

Gracias á nuestras continuas relaciones con Oxford y Cambridge, nos ha sido posible dar á la instrucción una cierta solidez que no siempre se logra; por lo demás, casi todos nuestros cursos están distribuídos en un período de tres años, estando cada año escolar dividido en tres trimestres. Este procedimiento da á los estudiantes, que se aprovechan de él ampliamente, la facultad de estudiar un asunto dado, bajo la dirección de un mismo profesor, hasta el momento en que lo han podido profundizar casi.

Pero, por necesidad, los conocimientos adquiridos de segunda mano son superficiales. Es preciso que el estudiante sea colocado ante los hechos y las fuentes, y aprenda á formarse

una opinión personal en cuanto á los asuntos tratados por los profesores. Además, los estudios demasiado especiales producen el efecto de limitar el espíritu. Si no se procura ampliar la cultura general de los estudiantes, darles ideas sobre las relaciones que unen cada estudio particular con las otras ramas del saber humano, se harán y persistirán siendo hombres, limitados.

Por último, es necesario, no sólo alimentar el espíritu, sino también deleitarle. Una tensión sin descanso, no es favorable para el desenvolvimiento feliz y espontáneo de la inteligencia. He ahí por qué, aunque sea haciendo cuanto se pueda por dar á los estudios solidez, profundidad y extensión, no olvidamos un momento lo que pueda hacerlos atractivos para los estudiantes.

El estudio, proseguido en común y entre amigos, ofrece un encanto y un interés que faltan en el estudio solitario. Así, hemos procurado de todas las maneras posibles, en las salas de los cursos, en los laboratorios, en el salón, sobre los campos de los ejercicios, juntar á nuestros estudiantes para asociar en su espíritu la idea del estudio con las buenas y sólidas amistades. Uno de los medios de acción que nos han servido para lograr ese fin, ha sido el sistema de *repeticiones* —repasos—que hemos organizado al lado de los cursos principales.

Oxford y Cambridge nos envían constantemente sus profesores, conferenciantes y repetidores, que colaboran con nosotros por amor á la ciencia y por interés por nuestra obra. Así hemos podido formar las *clases complementarias*, que tienen por objeto poner á los estudiantes ante los hechos y las fuentes.

Si el curso principal tiene por asunto un período de la historia, por ejemplo, el repetidor auxiliar procura hacer que sus discípulos conozcan los documentos importantes que al mismo se refieran, así como las cartas, los textos legales y los tratados; les hace leer cartas de los personajes contemporáneos, fragmentos de Memorias; indícales los autores que se deben

consultar, les da noticias del estado del comercio, de la industria, de las artes en la época de que se trata.

Si el curso recae sobre la literatura, el auxiliar repetidor lee y explica uno ó varios de los autores estudiados, hasta conseguir que los estudiantes se familiaricen con los textos.

¿Se trata, acaso de un curso de ciencias? La repetición se hace en el laboratorio. Se manipula ante los alumnos y se les hace manipular.

Fuera de estas repeticiones, hay además *cursos particulares*. Algunos alumnos manifiestan deseos de estudiar un asunto que les interesa. Se accede á su deseo. Ocurre también que los profesores quieren enseñar una materia que les atañe. Reclutan alumnos y forman una pequeña clase. Sea el que fuere el origen de esos grupos de estudiantes, no pasa mucho tiempo sin que se entablen entre maestros y discípulos, y entre los alumnos mismos, relaciones de amistad, y quizá á veces hasta encontramos en nuestras pequeñas clases accesorias nuestro medio de acción moral mejor y más eficaz. Durante el presente trimestre funcionan 23 de esas clases con 342 estudiantes, siendo el promedio de asistencia semanal el de 200. Basta esta cifra para mostrar la asiduidad con que se asiste á los cursos subsidiarios.

Todo estudiante paga por trimestre 1,25 francos por curso ó serie de conferencias. Puede, si lo desea, pagar 6,25 francos, pero esta última cuota es puramente facultativa.

Los cursos de que acabo de hablar están destinados á los adultos de diez y seis años cuando menos, que han aprovechado ya su paso por la escuela primaria, y están en situación de tomar notas, de hacer lecturas y de procurar una cierta suma de trabajo personal. Desgraciadamente todavía hay bastantes obreros que tienen necesidad de aprender la lectura, la escritura, los elementos del cálculo. Tiene la institución clases en las cuales se les enseñan esas materias, así como los elementos de historia y de las ciencias. Unas cincuenta personas las siguen ordinariamente.

También tenemos cursos de economía doméstica, destinados á las jóvenes que han dejado la escuela, pero no han tomado estado. Celébranse de tarde en tarde. La costura, el corte y ajuste, la economía doméstica y la cocina, son las principales materias de la enseñanza. Añádense también los elementos de la música. Esas clases están organizadas desde hace poco, y cuentan con pocas alumnas, pero su popularidad va en aumento.

Los clubs y las sociedades que dependen de Toynbee Hall, se han originado de una manera natural á consecuencia de las repeticiones y de los ejercicios prácticos. Una clase de alumnos de dibujo se reune un sábado ó un domingo para visitar un museo ó un templo antiguo; una de ciencias, se reune para hacer una excursión de botánica. La expedición resulta como se quería. Todos manifiestan el deseo de verla repetirse; otros estudiantes piden ser admitidos en ella, y así se forma un club.

Nuestro *club de viajeros,* que cuenta ahora sus miembros por cientos, organiza cada año, en Pascua y en verano, excursiones muy interesantes á precios muy reducidos. Los miembros de ese club han visitado diferentes veces Grecia, Italia, Suiza, Francia, Países Bajos, y el placer experimentado en esas expediciones en nada ha disminuído, á causa de la modestia de los recursos de la bolsa común. Recuerdo muy bien mi visita á Venecia, en compañía de cuarenta personas. Hemos podido ver Lucerna, Milán, Padua, Verona, Venecia y Munich, por la suma de 10 guineas por cabeza, esto es, 262,50 francos. Los gastos de ferrocarril y buque, elevábanse á 168,10 francos por viajero. Por adelantado habíamos celebrado nuestros contratos con todos los hoteles—y eran buenos hoteles.—Todo se hizo á maravilla, y todos volvieron encantados. Para muchos de nuestros *turistas*, fue el viaje como una especie de revelación de un mundo nuevo, el punto de partida de nuevos estudios y el comienzo de amistades sinceras.

Durante nuestras Exposiciones de pinturas yo he oído con

frecuencia á los obreros quejarse de no poder visitar los países extranjeros que veían representados en las telas. Y sin embargo, un obrero joven, económico y con no mucha familia, puede reunir á la larga la suma necesaria para una excursión de ese género. He aquí en qué ocasión nació el club de Viajeros de Toynbee Hall: varios estudiantes que acababan de oir conferencias sobre Mazzini sintieron el deseo de ir á Génova. Inmediatamente se fijó el precio del viaje; un gran número de personas manifestaron querer formar parte de la expedición. Por último, partieron 81 *turistas*, y á su vuelta fundaron el *club de Viajeros* (1888).

Nuestra Sociedad de Historia nacional y nuestra Sociedad de Arqueología organizan excursiones análogas, pero los grupos son menos numerosos y no se sale de Inglaterra. Esas sociedades celebran reuniones para leer y discutir Memorias científicas.

Los clubs literarios—cuatro hay—tienen sus sesiones semanales. El club de los Economistas se reune una vez cada mes, así como el de los Filósofos. En cada sesión un sabio distinguido, procedente de Oxford ó de Cambridge, lee una Memoria, generalmente obra propia, sobre asuntos referentes á la Economía política y á Filosofía.

La sección de la Sociedad hospitalaria de San Juan, en relación con Toynbee Hall, tiende á resultados más prácticos. Enseña á sus miembros todas las semanas, organiza cursos para uso de enfermeros y enfermeras y acaba de fundar una asociación de estas.

Otras dos asociaciones, más numerosas que ninguna de las que acabo de mencionar, son la *Unión de los estudiantes*, que cuenta con unos quinientos miembros, y la *Asociación de los antiguos estudiantes*. Estas dos asociaciones tienen un fin puramente social. Tienden á juntar á los estudiantes, relacionándolos. Durante el invierno, organízanse veladas; durante el verano, excursiones al campo, visitas á los Museos, «garden-partis», en las propiedades de amigos de la institución.

Fácilmente se advierte el lugar que esas asociaciones ocupan en nuestro sistema de educación y el valor que les damos. Debe añadirse que cada Sociedad tiene su vida independiente, se gobierna por sí misma, administra sus fondos, persigue sus fines. Sin embargo, cada una de ellas se relaciona estrictamente con el centro de estudios á quien debe su nacimiento, y á medida que sus antiguos miembros se dispersan, recluta otros nuevos entre los jóvenes y las jóvenes que frecuentan los cursos y las conferencias.

Ha venido á ingerirse en nuestra obra principal otra. Hemos querido procurar á las gentes jóvenes de escasos medios que quieran prepararse para el ejercicio de una profesión liberal, los beneficios análogos á los que ofrece la vida del colegio en Oxford ó en Cambridge.

A este efecto se han inaugurado dos pequeños colegios, á derecha é izquierda de Toynbee Hall, *Belliol House* y *Wadham House*. En ellos se han reducido los gastos al mínimun, y los discípulos reciben de los miembros residentes en Toynbee Hall y del censor de su propia casa todas las noticias y todas las indicaciones útiles para sus estudios. Pero no se permite á esos jóvenes encastillarse con egoísmo en un trabajo personal, apartándose de lo que á su alrededor se hace. Ambos colegios toman una parte activa en las obras de Toynbee Hall, y en particular en aquellas en que es preciso gastar vida, alegría y fuerza física. Los estudiantes más robustos y más aventureros empléanse en organizar juegos y ejercicios al aire libre para los muchachos de los barrios circundantes; otros se ocupan más especialmente en encontrar los medios de hacer pasar unos momentos agradables á los niños miserables del barrio de Whitchapel.

De cuanto precede resulta que la función de miembro del Comité de educación de Toynbee Hall no es una sinecura. Y

no está todo en organizar cursos y conferencias, sino que es necesario persuadir á los obreros para que les sigan. Unicamente aquellos de nuestros miembros que han consagrado su vida á esta obra saben los esfuerzos que les ha costado reunir los 2.500 estudiantes que en la actualidad hay inscritos en nuestras matrículas. Podemos afirmar que, como en la parábola del Evangelio, nos ha sido necesario recoger las gentes en las calles y en los caminos y obligarles casi á entrar en nuestras salas.

Enmedio de los 500.000 habitantes del distrito de los Tower Hamlets esperamos tener muy pronto no tres, sino ocho ó diez colonias universitarias. El obstáculo con que tropezamos no proviene de la falta de obreros, sino de la falta de dinero. En el momento presente necesitamos reunir más de 25.000 francos por año para pagar los conferenciantes, alquilar salas situadas fuera de Toynbee Hall, con más aparatos, y los gastos de correspondencia y de oficina, aun cuando todos nuestros secretaríos y todos nuestros auxiliares trabajan gratis.

Nuestros gastos, pues, representan el mínimo del dinero necesario para que una obra semejante pueda vivir. Sin embargo, á pesar de toda nuestra economía, rara vez estamos sin déficit. Pero lo que nos alienta y nos sostiene enmedio de tantas dificultades como tenemos que vencer, es el sentimiento de que nuestra obra es buena, útil á centenares de obreros, á quienes inicia en los goces del estudio y de la amistad, y que, en definitiva, vale la pena emplear en ella su tiempo y su dinero.

TOMAS HANCOCK NUNN (1).

(1) Traducido al francés este trabajo por la señorita G. Pernessin, repetidora auxiliar en la Escuela de Fontenay-aux-Roses.

NOMBRES DE LOS CONFERENCIANTES	PRIMER TRIMESTRE — Octubre—Diciembre.	Asistencia media	SEGUNDO TRIMESTRE — Enero—Marzo.	Asistencia media	TERCER TRIMESTRE — Abril—Junio.	Asistencia media
Dr. S. R. Gardiner y M. H. M. Richards.	El Régimen republicano, la Regencia y la Restauración.	83	La Revolución de 1688.	77	Historia const. de Inglaterra en 1661-1697.	26
M. J. Gregory Foster B. A. Ph. D.	Epoca de Milton y de Dryden.	59	Literatura inglesa de Pope a Johnson.	68	Orígen de la novela.	60
M. H. de Havilland M. A.	La vida vegetal y la animal.	64	El Darwinismo.	109	Darwinismo.	58
M. D. Carnegie M. A.	Las fuerzas de la Naturaleza.	43	Transformación de la energía química.	12	No hay conferencia.	»

Asuntos.	NOMBRES DE LOS PROFESORES	PRIMER TRIMESTRE	Asistenc.	SEGUNDO TRIMESTRE	Asistenc.	TERCER TRIMESTRE	Asistenc.
HISTORIA	Rev. Ronald Bayne.	La Revolución francesa	59	Revolución francesa.	56	Paine, Pett y Wellington.	64
	M. H. M. Richards. B. A.	Historia de la República y de la Restauración.	»	Sátira político en el período de la Revolución de 1688.	»	—	»
	H. M. Richards. B. A. (Domingos).	Nuestras colonias y comercio en el siglo XVIII.	»	Algunos hombres y obras del siglo XVIII.	»	—	»
	F. Rogers (Domingos).	—	»	—	»	—	»
LITERATURA INGLESA	MM. J. E. Bailey M. A.	Milton.	5	Milton.	4	Milton.	4
	Robin Allen.	Milton.	39	Milton Driden y Pope.	»	Poesía inglesa de Pope a Goldemit.	»
	Ernesto Rhys.	La novela inglesa.	»	—	»		
	H. E. Egerton M. A.	Los hombres y mujeres en Browning.	6	Los personajes dramáticos en Browning.	4	Los personajes dramáticos de Browning.	4
	S. L. Bruck M. A.	—	»	—	»	—	»
	A. C. Hayward (Domingo).	Shakespeare.	»	Shakespeare.	»	—	»

LIT. CLÁSICA EXTRANJERA	MM. W. Brooks. M. A.	Mayor: Princ. elem. de griego.	1	Ritchie: Mét. de lit. gr.	3	Luciano: Diálogos escogidos.	2
	—	Homero.	3	Homero.	2	Homero.	3
	A. Chapman. M. A.	Horacio.	6	Virgilio.	5	Horacio.	5
	—	Tito Livio.	2	Tito Livio.	3	Cicerón.	5
	I. Okey.	Dante y Manzoni.	7	Dante y Manzoni.	6	Dante y Manzoni.	6
	—	Dante.	10	Dante.	11	Dante.	8
	H. Davison.	Balzac.	11	Alex Bisson.	10	Víctor Hugo.	6
	Señora Nevinson.	Racine y Molière.	10	Molière.	8	Molière.	9
	Señorita Benecke.	Goethe.	5	Lessing.	4	Lessing.	4
	—	Schiller.	9	Schiller.	10	Goethe.	7
CIENCIAS NATURALES	Srta. V. Hatt, Administradora del Museo de Historia Natural de Whitechapel.	Biología.	6	Biología.	8	Biología.	6
	Srtas. M. G. May.	Botánica.	7	Botánica.	6	Botánica.	7
	Raisin B. S.	Geología.	10	Geología.	8	Geología.	8
	S. D. Rowland.	Fisiología.	5	Fisiología.	4	Fisiología.	4
	D. Walsh. B. A. (Domingo).	Higiene.	»	La salud en el trabajo.	»	—	»
	S. N. Huntly. . R. C. S.	Física.	4	Química.	9	—	»
MATEM. Y CS. MS.	Rev. Can. Barnet. M. A.	—	»	Estudio de la Biblia.	»	—	»
	MM. J J. Lidden M. A. (Exalumno de All Souls Oxford).	El salario en la industria.	»	—	»	—	»
	MM. C. H. Denyer.	—	»	*Merrie England.*	9	El Estado y el trabajo.	5
	R. E. Mitcheson. M. A.	—	»	Lógica.	5	Lógica.	4
	H. J, Harris. B. A	Matemáticas.	4	Matemáticas.	4	—	»
BELL. ART.	MM. E. W. Naylor. M. A,	La música en la época de Shakespeare.	46	—	»	—	»
	A. W. Jarvis.	—	»	Agricultura.	»	Agricultura.	3
VARIAS	Dr. Dundas Grant. M. A.	Primeros cuidados en caso de enfermedad: (Hombres).	32	La misma.	14	Asistencia en caso de enfermedad: (Hombres).	17
	W. Black Jones. B. Se.						
	Milne.						
	Eddowes.	La misma: (Mujeres).	15	Idem.	8	La misma: (Mujeres).	14
	Clases superiores de jóvenes, (tarde). Directora: Srta. Lobb	Trabajos domésticos, etcétera.	10	La misma.	9	La misma.	9
	Idem para hombres: profesor responsable, M. J. H. Butcher.	*Three R.*: Ciencias elementales históricas.	32	Idem.	30	Idem	22

LAS COLONIAS UNIVERSITARIAS

(UNIVERSITY SETTLEMENTS) (1)

Hace doce años, un artículo publicado en esta Revista daba a primer idea de los *University Settlements* en nuestras grandes ciudades. Tenemos ahora en Londres: *Toynbee Hall*, *Osford House*, *Mansfield House*, *Bermondsey Settlement, Trinity Court*, *Caius House, Newman House, Browning Hall*, *Southwark*, *Ladies Settlement* y *Mayfield House*. Hay también *Settlements* en Glasgow, en Bristol, en Manchester y en Edimburgo. En Chicago hay *Hull House* (2); en Boston *Andover House*, sin contar con otras veinte, quizás, en diferentes ciudades de América.

Este artículo expresaba la preocupación de muchos espíritus, y había sido preparado por laboriosos esfuerzos. El movimiento que siguió á su publicación fue la revelación de la existencia anterior de una poderosa corriente de ideas.

---

(1) Este trabajo publicóse primero en la *Nineteenth Century*, y al frente de la traducción francesa va la nota siguiente:

«Después de la noticia que acaba de leerse, y en la cual M. Th. H. Nunn da á conocer á Toynbee Hall y á su fundador, el venerable canónigo Barnett, sentirás un gran placer leyendo las páginas que siguen. Se han publicado en Diciembre de 1895 en la *Nineteenth Century*, y sentimos profunda satisfacción colocándolas á la vista del público francés. Es imposible darle un documento más autorizado, y á la vez no hay modo de hacerle oir una palabra más viril. La magistral exposición que va á leerse, presenta con precisión sorprendente, con una franqueza sin reserva, no sólo lo que es una obra profundamente interesante, sino el fondo mismo del pensamiento, de los sentimientos y de las doctrinas sociales de aquellos que han tenido la fe necesaria para emprenderla, alma suficiente para perseverar en ella y el goce de poder contemplarla ya grande y admirada.»

(2) V. al final, en el apéndice.

Así, cuando doce años después quiere darse cuenta del valor de los *Settlements*, no se debe preguntar lo que exactamente decía este artículo, sino más bien: «¿Qué aspiraciones revelaba, y hasta qué punto los *Settlements* que hoy existen la han realizado.»

Hace doce años producíase cierta agitación en los centros de beneficencia, donde se atiende al cuidado y auxilio de los débiles. Hombres y mujeres experimentaron un nuevo impulso hacia las buenas obras, y este impulso tuvo por resultado la creación de esos *Halls* y de esas *Houses*. ¿De dónde proviene este impulso? ¿Por qué los *Settlements* han alcanzado tanta extensión?

Las tres razones siguientes pueden responder á esas preguntas:

DESCRÉDITO DE LA BENEFICENCIA REGLAMENTADA

I. Muchos habían comenzado á desconfiar del mecanismo de la beneficencia. Los universitarios, sobre todo los que sufrían directa ó indirectamente el influjo de T. H. Green, suspiraban por otros medios de comunicación con su prójimo. Oían «la amarga queja» del pobre. Enmedio de todo el progreso moderno, advertían puntos defectuosos. Dábanse cuenta de que el librecambio, los *bills* de reformas, la actividad misma de la filantropía, no habían producido ni la salud ni la riqueza. Y esto les impulsaba á hacer algo en favor de las clases indigentes. Las sociedades de caridad, organizadas, les habían enseñado á no practicar jamás la limosna. Estaban distantes de los predicadores que decían: «Abandonadlo todo, y vivid como monjes.» No se sentían satisfechos con los reformadores que afirmaban: «¡Cambiad las leyes y todo irá bien!», ni con los filántropos que les decían: «Ayudadnos con vuestra caridad á hacer frente á todas las indigencias», ó con los eclesiásticos, que pedían para sus iglesias ó para sus misiones.

De un lado, comprendían que debían persistir, dedicado

cada cual en la vocación á la que venía consagrándose; por otro, desconfiaban de la beneficencia organizada. La «ley de pobres», que era la principal, les parecía que no había hecho sino desenvolver el pauperismo, favoreciendo el engaño y la bajeza. Las sociedades, convertidas en algo análogo á las cáscaras vacías, corrían á cargo sólo de los funcionarios que habían encontrado cómodas habitaciones en los locales creados gracias á los legados de los fundadores. En cuanto á las misiones, parecían á veces tener como consecuencia corromper á los hombres que habían conseguido atraer como prosélitos.

La filantropía ofrecíase en muchos casos como una especie de máquina admirablemente organizada, para permitir á los hombres desempeñar sus deberes con sus semejantes, en forma que no les dominase el cansancio, y provistos de largos brazos para poder llegar hasta todas las miserias. Ahorraba á todos sus inventores toda otra preocupación que no consistiese en procurar el dinero. ¡Una moneda arrojada en un cepo! He ahí en qué consistía el cumplimiento pleno de todos los deberes para con el prójimo. Pero tales deberes, así entendidos, tenían á menudo resultados más funestos que útiles. ¡Veíase á veces á esas sociedades reglamentadas acudir «con las manos llenas de carbón y de arroz para consolar á los corazones entristecidos!» El mecanismo mejor combinado no puede ni ver ni sentir: no puede obrar sino ciegamente, y jamás sabrá despertar el agradecimiento.

Y así ocurrió que un grupo de hombres y de mujeres de las Universidades, acabaron por rechazar la beneficencia reglamentada. Encontrábanse colocados entre dos deberes. De una parte, tenían el deber de permanecer fieles á su vocación profesional y continuar dedicados á sus propias ocupaciones. De otra, sentían el deber de acudir en auxilio de los pobres por medios distintos de los votos ó de las suscripciones. Siendo esta la causa de porque dispensaron buena acogida al proyecto de un establecimiento de tal naturaleza, que pudieran

continuar en él su vida ordinaria, acercándose, no obstante, á los pobres.

DESEO DE ESTAR MEJOR INFORMADO

II. Prescindiendo ya de ese descrédito del mecanismo, se deseaba conseguir mejores informes de la beneficencia, condiciones de existencia de la clase pobre, de sus ideas, de sus esperanzas. Los artículos de sensación sobre «los mal acomodados,» los «mal pagados» y los analfabetos, habían despertado ya la solicitud de la clase pudiente, pero no se sabía si tales informaciones eran conformes á la realidad de los hechos, si expresaban, en fin, la verdad. Una generación que había sido educada en el espíritu científico moderno, no podía darse por satisfecha con un conocimiento fundado sobre un se dice, ni con descripciones sentimentales. Pedía hechos y cifras, una indagación seria de las causas de la pobreza, y el conocimiento personal de los pobres mismos. Por eso es por lo que muchas personas de uno y otro sexo acogieron con simpatía la proposición de ir á vivir ellas mismas cerca de la clase obrera, á fin de ponerse en contacto con ella, darse cuenta *de visu* de sus habitaciones, de sus medios, y aprender por experiencia propia cuál es su modo de existencia.

PROGRESO DEL ESPÍRITU HUMANITARIO

III. El espíritu humanitario cada día es más fuerte. Rompe las tradiciones, al modo como la savia hace saltar la corteza de los árboles jóvenes, cuya debilidad protegía antes. Esfuérzase por destruir todas las barreras que impiden á los hombres auxiliarse: hábitos antiguos, diferencias de clases y de partidos. Ese progreso del espíritu humanitario, en parte alguna se ha manifestado de una manera tan visible como en las Universidades.

Hace doce años, se había reconocido claramente que las antiguas formas de la beneficencia revestían á menudo un carácter de protección, que las obras de caridad y de misión daban á veces á los que se ocupaban en ellas un aire de superiodad, y que la filantropía sectaria desenvolvía á menudo los odios de partido. Muchas personas, deseosas de afirmar su simpatía hacia la clase indigente, reprobaban los medios que, á nombre de la caridad, obligaban á sus pobres á humillarse para recibir una limosna. No querían convertirse así en bienhechores ni en misioneros. No se creían en posesión de una panacea universal, especie de «píldora Morrison» que cura todas las enfermedades. Criaturas humanas, su deseo estribaba sólo en socorrer á otras criaturas humanas; su sentimiento de humanidad protestaba contra las formas de auxilio que pretenden poner el interés de clase ó de partido antes del de los individuos, que distribuyen limosnas salvando simas infranqueables, y que imponen á sus cooperadores la condición del santo y seña de un partido.

Por otro lado, bajo el influjo del mismo espíritu humanitario, la clase obrera se hacía más y más sensible á la privación de todos los goces que veían apurar á las demás clases. Los obreros deseaban conocer mejor lo que ocurría entre sus vecinos más ricos y, antes de batirse con un aristócrata, querían saber más y más acerca de él.

De esta manera es como se propagaba la idea de una aproximación entre los miembros de las Universidades y los pobres, para provocar entre ellos relaciones de amistad, sin lo cual no es posible prestar verdaderos servicios; y eso sin afectar la superioridad de una vida áscética, sin tomar los aires y el tono de un profesor y sin idea alguna de proselitismo religioso.

La creación de los *Settlements* es la obra de aquellos que creen que los talentos y la inteligencia de nuestros días son cosa buena, que la cultura intelectual es una ganancia y no una pérdida, que el aseo es preferible á la suciedad, lo bello á

lo feo, la instrucción á la ignorancia. Los *Settlements* impilcan un reconocimiento del derecho de todos los ciudadanos á reclamar su parte en todas esas buenas cosas: son una protesta contra el método de quienes creen poder dar satisfacción á esas revindicaciones poniendo el mecanismo filantrópico donde debiera estar la acción verdaderamente humana y la intervención personal. Por último, expresan el deseo de «los que tienen,» de ver, conocer y ayudar «á los que no tienen».

¿HASTA QUÉ PUNTO HAN LOGRADO UN BUEN ÉXITO LOS «SETTLEMENTS»?

No deben juzgarse los *Settlements* según sus partidarios ni según sus adversarios. Unos y otros los examinan, los critican y los pesan como se hace cuando se trata de cosas concretas sin objetos visibles. Insisten, por tanto, sobre lo que en ellos se hace por la educación, la asistencia, los recreos, y aplauden ó censuran en atención á esto. Comparan las estadísticas, los resultados de los exámenes. Calculan el número de los auxilios prestados, el de las conversiones verificadas; se enteran de la naturaleza y calidad de los recreos ofrecidos, y dicen luego: «Todo es bien poca cosa,» ó bien, «Eso es mucho.» Quizá es verdad que una gran parte de la fuerza vital de los *Settlements* se ha empleado atendiendo á esos diversos resultados, y que algunas de esas *Houses* ó *Halls* se han identificado con tal ó cual método ó programa especial. Pero sostengo que no se pueden juzgar sanamente los *Settlements* fundándose en tales datos.

LO QUE ES UN «SETTLEMENTS» EN LA APARIENCIA

Toynbee Hall, por ejemplo, no es lo que parece. El que lo visita, con su Baedeker en la mano, recorre la sala de lectura,

la biblioteca, las clases, y se entera de que el establecimiento se ve frecuentado por 1.000 ó 1.500 estudiantes, se figura que las habitaciones y dormitorios están ocupados por hombres que pasan la vida enseñando ó dando conferencias. Los visitantes americanos hacen á menudo esta pregunta: «¿Los residentes serán, claro está, todos profesores?» Y probablemente se llevan la impresión de que Toynbee Hall es un centro de educación.

Si, no obstante, el visitante se entera de que muchos de los residentes se ocupan en otros objetos distintos de la educación, se les ocurrirá de seguro que tales objetos deben ser la «templanza» ó la «conversión». Y entonces pregunta: «¿Qué resultado produce vuestra obra entre los criminales? ¿Lograis atraer al pueblo bajo? ¿Cuál es el beneficio moral de este movimiento?» Habrá que decirle, de seguro, que los resultados morales no son visibles; que los residentes tienen amigos y relaciones de todo género; que no existe acción común que pueda llamarse propiamente la obra del establecimiento. Su impresión será la de que sus preguntas no se han contestado á derechas, se irá un tanto confuso, pero convencido en definitiva de que el establecimiento es algo así como una misión.

Si un visitante, con más tiempo disponible ó con más perseverancia, acude de noche, podrá encontrar la sala de conferencias llena, ocupada por los discípulos de historia del doctor Gardiner, ó por los alumnos de geología de Mr. Rudler; las aulas de clases ocupadas por pequeños grupos de estudiantes de la literatura inglesa ó extranjera, los principios de las ciencias ó la Economía política; encontrará el laboratorio en manos de algunos discípulos, ocupados en trabajos prácticos; la biblioteca utilizada por sus tranquilos lectores; la sala de reunión llena de gentes que conversan sobre sucesos, recreos, viajes que deben organizarse por la *Students' Union*. Y entonces se le dice que la originalidad de toda esta obra de educación consiste precisamente en alentar la adquisición de conocimientos que no se cotizan en el mercado; que las conferencias

y las clases tienden á embellecer la vida más bien que á aumentar los salarios con algunos peniques; que su objeto es procurar un mejor empleo de las horas de descanso y solaz, no de las de trabajo. Nuestro visitante afirmará, en vista de todo, que está en una especie de instituto politécnico donde las clases tienen el carácter «universitario» en lugar del carácter «técnico».

Sorprenderáse de ver que se puedan hacer tantas cosas sin el auxilio de una subvención, y una de dos: ó critica ó admira. Pero, si un momento después penetra en el salón y encuentra en él á los invitados, habitantes de Whitechapel, ó á algunos cuantos del barrio, tratados por un anfitrión con el cual pasan alegremente la velada; ó pasa al patio del tennis, que está ocupado por unos cuantos; ó á la sala comedor, donde tropieza con una reunión de librecambistas, cooperadores ó miembros de una *friendly society*, discutiendo con pensadores distinguidos ó con hombres políticos conocidos, algunas cuestiones de política ó de economía social, de nuevo se sentirá desconcertado; pero cuanto ve le hará confirmar más y más la impresión de que el establecimiento es una institución benéfica, de caridad.

Por último, si el visitante acude á Toynbee y se decide á permanecer allí algunos días y le ponen en relación con los residentes, probablemente experimentará sorpresas con las nuevas noticias que, casi sin darse cuenta, irá adquiriendo. Escuchando tal conversación, se formará una idea nueva de lo que hacen los *guardians* y los *vestrymen* (1); descubrirá el papel que desempeña en la existencia la administración municipal; verá la obra de las *trades unions,* las sociedades cooperativas, las *frendly societies;* adquirirá nuevas luces acerca de las asociaciones y de su organización, y se verá obligado á pensar en toda clase de medidas de reformas y de

(1) Los *guardians* son los administradores de las oficinas benéficas; los *vestrymen*, los consejeros de parroquias.

progreso. Otras conversaciones le revelarán algunas cosas extraordinarias, cifras sorprendentes, vivificadas con el conocimiento que su interlocutor tiene de la existencia de sus compañeros. Advertirá la importancia de esos conocimientos para cuantos tienen que hablar, escribir, votar, legislar. No le sorprenderán las equivocaciones que cometen la filantropía y el legislador, después de haber comprobado de qué manera se ignoran las aspiraciones y las necesidades de los pobres. Y se marchará con la idea de que Toynbee Hall es un centro de información social.

LO QUE UN «SETTLEMENTLS» ES EN REALIDAD

Toynbee Hall se presenta, pues, á las personas que lo visitan como un centro de educación, una misión, un centro de esfuerzo social. Y quizá es todo eso. Pero esas personas olvidan que ante todo es un club de Witechapel, en donde viven hombres que desempeñan en aquellas regiones sus deberes de ciudadanos. Los residentes no forman un cuerpo constituído para la educación, la templanza, la beneficencia, ni para objeto alguno especial ó sectario. Cada cual vive su vida propia, gana su pan á su manera, y desempeña la tarea á que se ha dedicado. El católico, el anglicano, el judío, el disidente, el agnóstico, todos viven allí juntos, y la fuerza de cada uno aumenta con lo que todos ponen en la idea común. Nada hay que se parezca á una política en Toynbee Hall; no puede decirse que jamás Toynbee Hall haya favorecido á un candidato en una elección ó que se haya inclinado en pro de una cierta forma especial de religión. Unos cuantos hombres, cada uno de los cuales tienen su pan que ganar, su existencia que embellecer y la conciencia de su deuda social, han acudido allí para vivir juntos. Ninguno de ellos ha renunciado á lo que le ha parecido bueno para su desenvolvimiento personal: cada cual continúa ejerciendo su profesión particular y ro-

deándose de cuanto exige la existencia de un hombre ilustrado, culto. No es afecto realizar la igualdad con sus vecinos adoptando maneras vulgares, ó una exterior, descuidado en sí, da á la cosa aires de sacrificio. Los residentes son hombres que han acudido á vivir en Whitechapel en lugar de vivir en los barrios del West End, pero sin renunciar á su género de vida habitual, y que cumplen sus deberes de ciudadanos á la manera como debe hacerlo todo ciudadano en el barrio en que esté domiciliado. Si alguno cree que tales deberes exigen de él la predicación de sus creencias particulares, alza su alma y predica su evangelio cuando visita un club ó enseña en una clase. Ningún límite se fija á ninguna suerte de propaganda, mientras esta no comprometa más que á quien la hace, y no al establecimiento mismo.

La tendencia que ha creado los *Settlements* ha llevado también á algunos entusiastas á vivir al Este de Londres, ya solos, ya en compañía de uno ó dos amigos. Por tal manera han encontrado deberes que cumplir y relaciones que establecer; pero, á pesar de no pocos ejemplos de éxito notable, mi experiencia actual me lleva á preferir el modo de acción común. En un *Settlement,* ninguno de los residentes pierde su individualidad; pero el juicio, la crítica de sus iguales, le ayuda á mantenerse en el nivel conveniente, y evita el desenvolvimiento de posibles excentricidades. Un establecimiento como Toynbee Hall, ofrece, sin duda, algo más confortable que lo que puede encontrarse en una habitación del East End, pero exige lo que á menudo es un gran sacrificio: la renuncia á la voluntad propia. Además, no sólo no desaparece la individualidad de los miembros de un *Settlement,* sino que cada cual es más fuerte, como miembro de un cuerpo que está en contacto con intereses numerosos, á que un individuo no puede llegar viviendo aislado: cada cual, además, adquiere fuerza en sus relaciones con sus compañeros, comunicándoles, en cambio, las suyas. En resumen, estimo que la verdadera individualidad se conserva mejor en un *Settlement* que en una habitación aislada,

donde las excentricidades puedan desenvolverse sin obstáculos, y donde los influjos del medio acaban por hacer abandonar útiles conveniencias sociales.

Toynbee Hall no es en realidad lo que parece ser. Aquellos de sus imitadores que comienzan por construir salas de conferencias, y por componer programas de educación y de beneficencia, cometen el mismo error que aquellos que seguían á Cristo porque curaba los enfermos y no porque concedía el perdón de los pecados. La imitación será real cuando media docena de hombres ó mujeres, deseosos de cumplir sus deberes sociales, vayan á instalarse y á vivir enmedio de los pobres. Que ocupen una casa, ó bien un *block* en un barrio obrero, y que comiencen sin listas de subscripción y sin anuncios en la prensa. De su vida común surgirán y se desenvolverán toda clase de actividades, y aliviarán las necesidades que á su alrededor descubran.

Toynbee Hall parece ser un centro de educación, una misión, un establecimiento politécnico, un ejemplo más de un mecanismo filantrópico. En realidad, es un *club*, y todas las actividades que revela tienen su raíz y su vida en la individualidad de sus miembros.

CÓMO DEBE JUZGARSE EL ÉXITO DE LOS «SETTLEMENTS»

Como esfuerzo del espíritu humanitario para cumplir una obra humana, es como un *Settlement* debe ser juzgado. Su éxito se comprueba, no tanto por el de sus clases, de sus empresas sociales, como por el establecimiento de relaciones de amistad entre los hombres.

Si, colocándose en este punto de vista, se me preguntase lo que ha hecho Toynbee Hall, responderé: 1.°, ha tendido á disminuir la desconfianza entre las clases; 2.°, ha contribuído á infundir en la administración local un espíritu más elevado.

1.° Ha tendido á disminuir la desconfianza entre las clases.

El *East End* y el *West End,* es decir, la pobreza y la riqueza, sospechan una de otra. Los pobres, cuando oyen hablar de la filantropía de un rico, se preguntan: «¿Hace el bien sin ningún propósito ulterior?» Se acuerdan de las obras de caridad del clero, persuadidos de que el fin perseguido es, ya hacer prosélitos, ya obtener un ascenso; se figuran que los políticos solicitan sus votos para procurarse posiciones. Los ricos, por su parte, desconfían de los pobres: tienen cierto miedo de que se insurreccionen; interpretan un acto de cortesía como una especie de mendicidad; ven en su actitud política deseos de revancha, y se imaginan que porque los pobres no tienen posición material en la nación, no hay entre ellos y los ricos ningún interés común.

Toynbee Hall ha vencido á aquellas de sus vecinas que tenían tales ideas. Durante largo tiempo se le atribuía todo género de intenciones. «Esperad un poco—se decía,—que las gentes que van ahí serán convocadas á alguna reunión para hacer oraciones.» O bien: «Ya lo veréis; todo ello es sencillamente un juego de teorías: liberales ó socialistas para ganar votos·» Cinco ó seis años ya después de su apertura, un orador, en una sesión de una *friendly society*, confesaba que, hasta entonces, esta Sociedad se había sostenido retraída, temiendo de parte de Toynbee Hall algún propósito de dominación. Aun hoy muchas de sus vecinas se resisten incrédulas, y, en un momento de crisis bastará la más leve apariencia de simpatía especial para que el establecimiento resulte clasificado como «tory» ó «radical», «anglicano» ó «disidente».

Sin embargo, á pesar de todo, la política de los once años últimos ha deshecho en gran parte antiguos prejuicios. Cuando, bajo el mismo techo, se ven reunidos dos miembros del *School Board* de Londres, uno moderado, progresista el otro; cuando uno de los residentes es conocido como «tory» y el otro como «radical»; cuando, durante la huelga de los Docks, se han prestado servicios, sin que se tratase de obtener por ellos ninguna ventaja; cuando, en épocas de miseria, el estableci-

miento no se ha constituído en centro de socorros, y cuando se ha llegado á comprender que es por puro espíritu de deber por lo que todos los residentes dedican á la obra su tiempo, todo ello ha fortificado la convicción de que no es para favorecer á un partido, para lo que el establecimiento ha sido creado. Más aún: cuando se ha podido comprobar que los adeptos sinceros de creencias distantes trabajan juntos amistosamente y permanecen fieles á sus convicciones personales, buscando, no obstante, un fin común, se ha formado otra idea de lo que podía ser la religión.

Y de esta suerte se han podido destruir fuertemente los hábitos de desconfianza y, lo que es mejor, se han formado amistades especiales, gracias á lo que se han establecido buenas relaciones y sentimientos de afecto entre las clases.

En primer lugar, cada cual se ha encontrado con su vecino, como miembros de un mismo comité; han cooperado juntos en las distribuciones de los socorros; hánse encontrado unidos en alguna diversión en el club, ó bien han discutido en algún debate. Los conocimientos se han efectuado de una manera muy natural y sobre una base de completa igualdad, y á menudo esos conocimientos se han transformado en amistad. Dos hombres, por diferentes que sean su nacimiento, su educación, su profesión, han podido sentir entre sí, en esas reuniones, una especie de parentesco. Se han hecho amigos y han puesto sus fuerzas en común. Una vez relacionados de este modo, abren los ojos y comprenden lo que puede haber de bueno en los amigos de sus amigos. Los pobres advierten que los ricos están lejos de ser lo que ciertos oradores les habían hecho ver, y los ricos descubren en los pobres cualidades que su lenguaje no siempre permite percibir.

Pocas reuniones habrá que dejen un recuerdo más agradable que aquellas en las que algún residente ha recibido al mismo tiempo á sus amigos del West End y del East End. Todos los invitados se han sentido en ellas muy á su gusto. Han acudido allí con sus divergencias de educación y de aspiraciones;

pero su común intimidad con su huésped establece desde luego una confianza tal, que semejantes divergencias se transforman en una fuente de goce. Abundan los testimonios de ese placer especial que se experimenta al entrar en relaciones con miembros de una clase diferente.

Sería de toda evidencia absurdo esperar que una veintena de hombres establecidos en Whitechapel produjesen un influjo apreciable sobre la manera de pensar de un pueblo de medio millón de almas; sin embargo, estoy por mi parte convencido de que su *Settlement* ha desenvuelto y provocado ya cierto aumento de buena voluntad.

2.° En segundo lugar, he dicho, estimo que Toynbee Hall ha contribuído á infundir en la administración local un espíritu más elevado. Es en verdad un buen instinto el que nos aparta de la reglamentación; pero es evidente que si realmente queremos hacer progresar la sociedad, estamos obligados á recurrir á una organización y á funcionarios. En el East End, la administración local es la más eficaz de esas organizaciones, y absorbe gradualmente la mayoría de las funciones que desempeñan la Iglesia y la caridad privada. Ocúpase más y más de las escuelas para los niños y de los cursos nocturnos para los adultos. Vela por la higiene y por los recreos, atiende al cuidado de los débiles y á las diversiones de los fuertes.

Los administradores de las escuelas hacen los *Board Schools* atractivos para las clases interesantes y nuevas que en ellas introducen. Los Consejos de distrito aseguran la salud pública con la limpieza de las calles y la higiene de las casas; abren plazas, construyen bibliotecas y colocan los lugares de reunión pública al alcance de sus administrados. Los *guardians* hacen de sus enfermerías hospitales modelos, de sus *workhouses* casas de educación, y de sus procedimientos de asistencia y auxilio un medio para alentar el trabajo. Las gentes que estaban fatigadas de la rivalidad ó competencia de las caridades opuestas, de los incesantes llamamientos á su bolsa y á su celo, encuentran en el sistema municipal un buen respiro. Han tenido que

soportar las querellas entre anglicanos y disidentes, los prejuicios y las exageraciones del lenguaje y las censuras, y cada vez aprecian más los servicios prestados por los *Boards* y los *Councils*. La administración local es, de hecho, la esperanza del *East End;* pero esa esperanza se debilita pensando que los habitantes de esta región de Londres están demasiado ocupados ó son demasiado miserables para poder consagrarse á las funciones de miembros de un *Board* ó de un *Council*.

Nadie habita por motivos de preferencia personal en el Este de Londres. Sus habitantes todos tratan de abandonar este barrio, á menos qué les sea imposible hacerlo. Así es que, realmente, debe sorprender que la administración local sea tan buena como es; pero está muy lejos de ser perfecta, y, aun desde cierto punto de vista, es mala. A menudo es ignorante, hasta no percibir abusos que no serían tolerados en el Oeste; rara vez se da cuenta de la economía—la que consiste en gastar á tiempo y en vigilar los negocios,—y no tiene ese espíritu público que rompe de frente con las antiguas tradiciones. Esos defectos, por otra parte, son un accidente, no son inherentes al sistema. Si alguien señala malos olores, humo, suciedades, desórdenes, la administración se pone en guardia; si á veces las necesidades de la población se sacrifican á la vieja rutina del *Board*, ocurre á menudo que se las atiende y satisface; si algún miembro de la administración demuestra inteligencia en los negocios y revela que tiene confianza en sí mismo, su dirección se acepta con gusto.

Lo que falta á la municipalidad de East London es tener entre sus miembros algunos hombres capaces de definirle é indicarle su misión. Y eso es lo que han hecho, dentro de ciertos límites, los residentes de Toynbee Hall. Los unos como miembros de los *Boards*, todos como vecinos, han indicado ya algunas de las reformas que se podrían hacer y que no se hacen. Hase obtenido ya en Whitechapel la creación de una biblioteca pública; los partidos políticos se han visto obligados á adoptar un programa social; la policía ha procedido con más

rapidez para conseguir que el orden reine en las calles poco frecuentadas.

Un espíritu nuevo se ha infiltrado en la administración local. Sería, en verdad, imposible atribuir la causa á Toynbee Hall; pero sí se debe decir que sus residentes han contribuído á ello, por la parte que han tomado en los trabajos de diferentes *Boards,* y también por el influjo que á su alrededor ejercen. Lo que aún falta á los *Boards*, es ese conocimiento de los negocios, que sirve para proceder con economía. Los auxilios concedidos por el Estado para aligerar un tanto los impuestos locales, han desenvuelto los hábitos que siempre nacen del sistema de las limosnas. Los administradores locales ponen ahora más cuidado para aumentar las rentas que para emplearlas económicamente. Si hombres de negocios, dotados de facultades que han sabido crear importantes establecimientos privados, quisieran acudir á vivir al barrio como residentes, bastarían quizá para dar á la administración local fuerza suficiente á fin de prevenir algunos de los males que le amenazan.

Un *Settlement* que implanta en un barrio gentes á quienes el género de educación recibida hace que aprecien y sientan los abusos, y á los que su humanidad ha hecho conscientes de las necesidades de sus semejantes, logra lo que el mecanismo de la beneficencia no lograría. El *Settlement* lleva á un encuentro natural las necesidades y los socorros; se adapta á las circunstancias diferentes; ya camina hacia adelante; ya modera un celo demasiado ardoroso; ya guía el movimiento; ya, por el contrario, lo sigue, según las necesidades del momento. Transforma la organización puramente mecánica en una fuerza humana y viva. Por encima de todo, pone á los hombres en contacto con otros hombres, y dándoles individualidades más completas, hace que sus esfuerzos sean más eficaces.

Tomando á Toynbee Hall como ejemplo, podemos decir que los *Settlements* han adicionado, hasta cierto punto, al mecanismo indispensable, algunos sentimientos humanos. Pero el fin está muy lejos de haber sido cumplido. Los *Settlements*

son demasiado poco numerosos, y á menudo ceden á la tentación de rivalizar con otras empresas, llamando la atención hacia sus trabajos.

Algunos se admiran de que los *Settlements* sean tan poco numerosos, y se preguntan á veces, si se debe esto á que los intereses tan absorbentes de la vida apagan el espíritu de sacrificio, ó bien á que el sacrificio de dejar la sociedad del West-End es demasiado duro. No creo en ninguna de esas dos razones, y si hemos escrito este artículo, es porque supongo más bien que no se ha comprendido de un modo recto la significación de un *Settlement*.

Hay hoy tan buena voluntad como hace doce años, y hay más instrucción. Todos, hombres y mujeres, conscientes de las necesidades de sus semejantes, sienten más y más la insuficiencia del mecanismo de la beneficiencia pública. Tienen el vivo deseo de apartar de la sociedad los males que la amenazan, y están prontos para contribuir á ello cada cual en su parte. Y si permanecen apartados, es porque los *Settlements* les parecen obra utópica, el efecto de un nuevo ensayo de engranajes filantrópicos.

Por eso he escrito este artículo, á fin de mostrar que un *Settlement* es sencillamente un medio para que hombres y mujeres puedan confundirse con sus vecinos; un «club» en un barrio industrial, que tiene como condición única de admisión, cumplir su deber de ciudadano; una habitación enmedio de los pobres, en la cual los residentes pueden trabar amistad con los pobres (1).

SAMUEL A. BARNETT.

---

(1) Traducido este trabajo para la edición francesa, por M. P. Buisson.

¿ESTUDIÓ CERVANTES EN SALAMANCA?

I

Con razón considera el docto D. Cristóbal Pérez Pastor (1) la biografía de Miguel de Cervantes como una ecuación que abunda todavía en incógnitas, y atribuye el mal éxito de las tentativas realizadas hasta ahora para resolverla al hecho de que *algunas equis* hayan sido sustituídas, *no por datos positivos*, *sino por cantidades imaginarias*.

Cierto que el medio seguro de despejar las incógnitas históricas consiste en saber buscar y hallar testimonios fehacientes de autenticidad indubitable, como los muchos y preciosos que se deben al acierto y diligencia del meritísimo descubridor é ilustrador de los *Documentos Cervantinos*.

Cierto también que la historia se construye con documentos; pero no es menos verdad que si éstos son los materiales, el raciocinio es el arquitecto de esa ingente construcción.

Sabido es asimismo que la historia del arte (y claro es que de ella es rama principalísima la literaria) debe edificarse con dos especies de documentos de igual valor é importancia: el *documento legal*, el instrumento público—escrituras, contra-

(1) Prólogo á los *Documentos Cervantinos*.

tos, actas, testamentos, etc., etc.—y el *documento técnico*, la alegación artística—si así puede decirse—de los monumentos, que nos cuentan su origen y su génesis, y nos declaran el nombre de su autor con la sublime elocuencia de su estilo, de su técnica, de su genial manera; elocuencia no menos alta y atendible que la del papel sellado. Y ejemplos notorios y recientes existen en la crítica estética de que á veces hacen más fe y hablan más claro los rasgos de una pluma, los trazos de un cincel ó las líneas de un edificio que todos los instrumentos notariales cargados de rúbricas y de sellos.

Lo cual significa que la reedificación histórica no se realiza sólo mediante los *documentos legales*, porque en esto, como en todo, de nada sirven los datos que la experiencia amontona si la razón no los ata con sus hilos de luz y no los ordena en grupos y en síntesis generadoras de leyes.

Claro está que en esta, como en todas las luchas, la mejor razón es el éxito, pero el *quid* está en hallarlo, y de eso se trata precisamente, de dar con el camino que conduce á él.

Porque es verdad que la historia se rehace con documentos; pero como los documentos no brotan por generación espontánea, ni se vienen por iniciativa propia á las manos del investigador, si éste no ha de aguardar pasivamente á que le lluevan como maná, indudable es que tiene que buscarlos, y que para ello no hay más caminos que los de la inducción bien dirigida.

A nadie se le ocurre pensar que los andamios han de formar parte integrante del edificio, ni nadie negará tampoco que sin ellos no sería posible construirlo: tal es el papel de las hipótesis en la ciencia; no es la ciencia misma, pero ayuda á edificarla.

A título, pues, de hipótesis, de cantidades imaginarias que no aspiran á suplantar la verdad ni á sustituirla, sino á constituir, agrupando racionalmente indicios ciertos é inducciones lógicas, una verdad provisional y aproximada—que tal es la hipótesis—reuniré algunos datos y apuntaré algunas conside-

ciones que tiendan á esclarecer un punto, obscuro aún, en la biografía del autor del *Quijote*.

II

Desde los comienzos de este siglo, y más singularmente desde que el benemérito Navarrete escribió la *Vida* de nuestro primer novelista, todos sus críticos y admiradores—y lo son cuantos aman las letras en España y fuera de ella—viénense preguntando con interés: ¿estudió Cervantes en Salamanca?

Preocupada yo con esta duda, héme dado á pensar varias veces sobre ella; y como en el curso de otras investigaciones fuese hallando una serie de indicios y datos sueltos, que parecían convenir y engranarse con los ya existentes y con otros que iban señalando asiduos cervantistas, no tengo por inútil apuntar aquí esos datos, juntos con las reflexiones que me sugieren, por si en manos de más feliz investigador pudiesen dar mejores frutos.

Antes de tratar de responder, lógica pero *condicionalmente*, á la pregunta que sirve de epígrafe y de tema á este desaliñado artículo, conviene prevenir las objeciones que pudieran oponerse á la suposición que dicha pregunta implica, para asentar después sobre bases de verosimilitud los indicios y presunciones que constituyen la hipótesis que intento establecer.

La primera objeción que se opondría á la pregunta ¿estudió Cervantes en Salamanca? se formularía, á mi parecer, en esta doble interrogación: ¿Pero tuvo Cervantes ocasión ni medios para estudiar en parte alguna, dada su vida de aventuras, trabajos y escaseces? ¿Existe acaso en su biografía algún claro que poder llenar con sus estudios, ó aparece en ella alguna época de mayor impulso y actividad intelectual que directamente evidencie el inmediato influjo de los estudios, y

aun del ambiente literario de Salamanca sobre la mente del excelso escritor?

En cuanto á la primera pregunta, que expresa la duda de si tuvo Cervantes ocasión ni medios para estudiar, diré desde luego que es argumento poderoso; pero que no destruye ciertamente el fundamento de mi conjetura, si bien la reduce á *términos limitados;* es decir, que la vida azarosa y la falta de recursos pecuniarios no se oponen en absoluto al hecho de que Cervantes estudiase; pero restringen los medios en que pudo hacerlo, pues careciendo de capital con que vivir en Salamanca dedicado al estudio, lógico sería inferir que apelase á los medios á que apelaron otros en iguales circunstancias. Y de esto se tratará adelante.

Respecto á la segunda y doble objeción apuntada, contestaré que, en efecto, en la cronología biográfica de Cervantes existe un *claro,* y que en este claro, que comprende más de tres años, caben muy holgadamente los *dos cursos de filosofía durante dos años consecutivos,* cuyas matrículas aseguró haber visto, como recordaré después, testigo muy respetable; y, lo que es más, diré que este claro de un trienio precede inmediatamente á la época del florecimiento intelectual, de la vocación definitiva del sumo escritor, como si, en realidad, los estudios y el aura literaria que á la sazón se respiraba en la Atenas española hubieran favorecido, como el influjo del sol favorece la primavera, la explosión magnífica de toda aquella flora ideal, que contenía en germen la mente del soberano artista. Y más aún: que los datos é indicios que pienso allegar, coinciden muy visiblemente con ese no bien esclarecido período de la vida de Cervantes.

Y contestadas ya, ó mejor aún, convertidas en argumentos favorables á la tesis que mantengo las objeciones que pudieran oponérsele, como por la mano viénese aquí el determinar la época que señalo á los estudios del autor del *Quijote,* para enumerar después los argumentos, referencias y testimonios en que fundo mi suposición, y deducir, al cabo de todas esas

premisas, las consecuencias, á mi juicio, más lógicas y fundadas.

III

Sabida es de todos la biografía de Cervantes, es decir, lo que de ella se conoce; pero séame permitido recorrer brevemente un trozo de su cronología para tratar de señalar en ella la época posible de sus estudios de filosofía en Salamanca, pues á tales estudios me refiero, fundándome en el testimonio de D. Tomás González, de que hablaré después.

Prescindiendo de los primeros años de la vida del glorioso escritor, no conocidos ni documentados hasta ahora, trataré de fijarme sólo en lo que á mi investigación importa directamente.

1568.—Nadie ignora que por Octubre de este año (1), Cervantes, que á la sazón tenía cumplidos los veintiuno, cursaba gramática en el estudio de López de Hoyos.

Y puesto que entonces la cursaba, es muy lógico deducir de ello que aún no hubiese estudiado filosofía en Salamanca, y por ende que si la estudió—como afirma el Sr. González—fue indudablemente después de esta época. Pero..... ¿cuándo?

1569.—Antes de cumplir un año, á 15 de Septiembre de 1569, dictóse la Real Provisión publicada por D. Jerónimo Morán, la cual, como se sabe, condenaba en rebeldía *á un tal Miguel de Zerbantes* por heridas causadas á Antonio de Sigu-

(1) El 2 de Octubre de 1568 murió la Reina Doña Isabel de Valois, y el 24 del propio mes celebró la Villa con gran pompa las exequias de la soberana. De la parte poética de aquella solemnidad encargóse el maestro López de Hoyos, quien asoció á su empresa á sus discípulos, entre los cuales descolló Miguel de Cervantes. (V. la *Historia de la enfermedad, tránsito y exequias de la Serenísima Reina Doña Isabel de Valois*, por el maestro López de Hoyos. Madrid, 1569; 8.°)

ra, *andante en corte,* no menos que á *diez años de destierro* y *á que le fuese cortada la mano derecha.*

Al publicarse esta *Provisión,* el alumno de López de Hoyos, á quien tan duramente se sentenciaba en ella, había abandonado ya el estudio, y andaba, como reza el documento, fugitivo *por estos nuestros reynos y estaba* (ó había estado) *en la cibdad de Sevilla y en otras partes.*

Y como la fecha de la *Provisión* coincide con la partida de Cervantes á Italia, no hay violencia alguna, sino antes grande lógica en inferir, según viene infiriendo la crítica, que este viaje tuvo por causa justificadísima el huir de aquella sentencia.

Y como Cervantes era siempre tan naturalista y subjetivo, él mismo nos refiere—aunque tal vez poetizado—lo substancial de aquel hecho en su comedia *El gallardo español,* el cual es, como se sabe, un D. Fernando de *Saavedra,* harto parecido á Cervantes, que de resultas de haber mal herido á un caballero, *ausentóse y se fué á Italia.*

De esta comedia dice, al finalizarla, su autor:

Cuyo *principal intento*
Ha sido *mezclar verdades*
Con *fabulosos inventos.*

Hallar la proporción en que la *verdad* se mezcla con la *fábula* en las obras cervantinas, y saber discernir la una de la otra, es tarea difícil y arriesgadísima.

Por eso el Sr. Benjumea, que con tanto acierto señala la indudable semejanza entre *El gallardo español* y Cervantes, yerra evidentemente al suponer que en aquel mismo año de 1569, perseguido por la justicia, que le condenaba á tan duros castigos, pusiérase Cervantes con toda flema á estudiar en Salamanca y siguiese no menos que *dos cursos de filosofía durante dos años consecutivos,* como declara el Sr. González, sin que en todo ese tiempo topase con él la justicia ni á él se le diera un ardite de sus persecuciones y amenazas.

Este error del Sr. Benjumea procedió de su empeño en descubrir en la vida del *Licenciado Vidriera* la autobiografía directa y puntual de su autor; y como *Vidriera* desde Salamanca se fué á Nápoles, era fuerza que Cervantes siguiese el mismo itinerario (1).

Firme en su propósito, dice el Sr. Benjumea que «Vidriera, ó dígase Cervantes..... calcula que en ver extrañas tierras podía gastar *tres ó cuatro años,* que añadidos á los pocos que él tenía, no serían tantos que le impidiesen volver á sus *comenzados* estudios».

Y añade: «¿Quién no ve en esto una verdadera página de la vida de Cervantes?»

Y obstinado en identificarle con *Vidriera* y en hacerle estudiar filosofía en Salamanca, á despecho de las persecuciones de la justicia y con grave riesgo de la diestra, que había de escribir el *Quijote*, olvidó Benjumea que Cervantes se personifica en el *Persiles* en otro *Gallardo español* tan semejante á él ó acaso más que el de la comedia, y que por boca de éste dice: —«Yo, según la buena suerte quiso, nací en España, en una de las mejores provincias de ella; echáronme al mundo padres medianamente nobles, criáronme como ricos, *llegué á las puertas de la Gramática, que son aquellas por donde se entra á las demás ciencias*, inclinóme mi estrella, si bien en parte á las letras, mucho más á las armas..... Llevado, pues, de mi inclinación natural, dejé mi patria y fuíme á la guerra.....» (2). —Aquí entra ya la ficción, y Cervantes supone que este *Gallardo español* marchó á las guerras de Alemania á servir á Cárlos V. Como se ve, calla lo que le convenía callar, y altera el orden de los sucesos (3), puesto que á continuación supone

(1) *La verdad sobre el Quijote, novísima historia crítica de la vida de Cervantes*, por D. Nicolás Díaz de Benjumea. Págs. 29, 31, 33 y 35.

(2) *Persiles*, lib. I, cap. V.

(3) A menos que se averigüe que Cervantes tuvo otro duelo ó pendencia á su vuelta de Italia.

que, hallándose ya en su casa de vuelta de Flandes y de Italia, tuvo una pendencia con *un hijo segundo de un titulado, que junto á mi lugar*—dice—*el de su estado tenía.* Y es singular que en el *Quijote* (1) manifieste Cervantes su enemiga justamente contra un *hijo segundo de un Duque;* ¿habría en ambas referencias un fondo de verdad?

Cambiado el orden de los sucesos, éstos, como se ve, son los mismos en la historia de uno y otro *Gallardo español*, el cual, por las señas, es el propio autor de ambas ficciones. Pero ciñéndome á lo que importa á mi propósito, es muy de advertir que Cervantes declara aquí, por medio de esta personificación suya: *llegué á las puertas de la Gramática,*—añadiendo:—*que son aquellas por donde se entra á las demás ciencias*, y significando terminantemente que de estas puertas no pasó, puesto que desde ellas se partió á la guerra. Y hallándose todo esto tan conforme con la verdad de sus propios sucesos, ¿por qué ir á buscar pan de trastrigo á la vida de Tomás Rodaja, el cual, ni por su edad—tenía once años cuando estudiaba en Salamanca,—ni por su origen misterioso, ni por sus manías, ni por nada, conviene con el autor del *Quijote*?

Y cierro aquí este paréntesis, que no me parece del todo inútil, puesto que concediendo en él á Benjumea la parte de razón que tenía en cuanto á la tendencia autobiográfica y los procedimientos naturalistas de Cervantes, rectifico, á mi parecer razonadamente, su criterio en cuanto á la forma de expresión de esa tendencia autobiográfica, que intento seguir por caminos menos apartados de la realidad, mostrándola encarnada en personajes mucho más semejantes á su creador que *Vidriera*, el cual es, en mi concepto, caricatura de un tipo real, pero de ningún modo personificación de Cervantes.

Conste, pues, que no prescindo en este estudio de la tendencia autobiográfica de Cervantes—reconocida por todos los

(1) *Quijote.*

críticos y biógrafos—ni de su constante cuidado en aprovechar el *documento humano*—y tanto menos, cuanto que en ambos elementos del arte cervántico pienso apoyar algunas observaciones,—sino que trato de probar que sus representaciones personales no son siempre las que señaló Benjumea, y que por medio de una de éstas declaró lo contrario de lo que dicho crítico sostuvo, es decir, que antes de abandonar su patria, antes de partirse á Italia, *llegó á las puertas de la Gramática* y de ellas no pasó, porque ya sabemos que no tuvo tiempo material de ello, porque es de todo punto inverosímil suponer que, fugitivo de la justicia, perseguido y amenazado con tan cruel sentencia, tuviese espacio ni sosiego para estudiar dos años seguidos en las aulas salmanticenses. ¡Buen lugar para esconderse de la justicia!

En suma, sabemos que, habiéndose abierto el estudio de López de Hoyos á 29 de Enero de 1568, Cervantes, que por Octubre de este año consta que cursaba en él, no llegaría á frecuentarle acaso ni un año entero, puesto que en 1569 ya le había abandonado, como acredita la Real Provisión que le declara fugitivo por varias partes de España. (1)

Y como no pasó de las *puertas de la Gramática*, que lo son de las demás ciencias, claro es que á estas otras no había podido llegar aún en 1569.

Y como después de su fuga de Madrid fue, según parece, camarero de Aquaviva en Roma (¿1569-70?), soldado del tercio de D. Miguel de Moncada (1570-71), héroe de Lepanto (1571), herido y convaleciente en Mesina (1571-72), macero en Nápoles (1572), soldado otra vez *debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V* (1573-74), y cautivo en Argel (1575-80); y puesto que del cautiverio no

(1) Del contexto de este documento, que indica como realizados varios trámites, procedimientos y pesquisas judiciales á largas distancias, se infiere que del hecho de autos, y por lo tanto de la huída de Cervantes de Madrid, debía haber transcurrido no poco tiempo.

volvió hasta los últimos días de 1580 (1), á mi parecer puede afirmarse con certeza que antes de este año no pudo Cervantes estudiar en Salamanca.

Prosigamos ahora recorriendo la cronología de su vida:

1581.—Consta que por Mayo de este año hallábase Cervantes en Tomar, y á fines de Junio en Cartagena, ocupado en asuntos del servicio de S. M. (2). Y el Sr. Pérez Pastor cree fuera de duda que Cervantes fué á Portugal *en los primeros meses de este año* (3).

1583.—El documento núm. 25 de los publicados por el señor Pérez Pastor, *Concierto de Rodrigo y doña Magdalena de Cervantes con Napoleón Lomelín, sobre unos paños de tafetán que había empeñado Miguel de Cervantes su hermano*, demuestra que éste último estuvo en Madrid y empeñó dicha tela por el otoño de 1583, ya que en este testimonio, fechado á 10 de Septiembre de 1585, se dice: «por cuanto *habrá dos años*, poco más ó menos tiempo, Miguel de Cervantes, su hermano, por orden de dicha doña Magdalena, empeñó al Sr. Napoleón Lomelín cinco paños de tafetán amarillo y colorado para aderezo de una sala, etc.»

Y en vista de esta venida de Cervantes á Madrid por el otoño de 1583, y de otras razones que aduce, halla el Sr. Pérez Pastor *casi imposible* la asistencia de Cervantes á la jornada de la Tercera (4).

Si esto fuera cierto, como parece — y á las razones que el

---

(1) Mediante muy fundados cálculos, infiere el Sr. Pérez Pastor que debió hallarse de vuelta en Madrid el 18 de Diciembre de 1580.

(2) No se sabe qué suerte de comisiones encargó Felipe II á Cervantes, pero las dos cédulas halladas en Sevilla, mediante cada uua de las cuales se le otorgaban *cincuenta ducados* como ayuda de costas por enviarle á cosas del servicio del Rey, no dejan lugar á duda respecto de este viaje. El importe de una de las cédulas recibiólo Cervantes en Tomar, el de la otra en Cartagena.

(3) Prólogo á los *Documentos Cervantinos*.

(4) Prólogo citado.

docto compilador de estos documentos alega, entre los que puede contarse la manquedad de Cervantes, se agregan otras como la dificultad que se halla en creer que enmedio de los azares de una campaña, y entre comisiones y viajes, hubiera tenido Cervantes espacio y sosiego para componer su *Galatea*, obra que, por su índole y forma, mucho más parece engendrada en un aula que en un campamento ó en una nave de combate —si en efecto resultare cierto que el futuro autor del *Quijote* no siguió al Marqués de Santa Cruz á la Tercera, hallaríamos, desde Junio de 1581, en que le encontramos en Cartagena, hasta el 12 de Diciembre de 1584, en que se desposó en Esquivias, un claro de *tres años y medio* en su cronología biográfica, y este espacio es más aún del que habíamos menester para colocar en esta época de su vida sus estudios en Salamanca.

¿Habrá violencia ó inverosimilitud en suponer que los *dos cursos de filosofía durante dos años consecutivos*, que según el consabido testimonio siguió Cervantes en aquel estudio, fuesen los de 1582 á 1583, y 1583 á 1584?

Cúmpleme ante todo hacer constar que hasta ahora no existe dato, ni menos documento alguno, que se oponga á esta suposición mía. Puesto que de estos tres años largos á que me refiero no se halla ni entre los documentos publicados por el Sr. Pérez Pastor, ni entre los que antes de sus investigaciones existían, otra noticia de Cervantes que la de su estancia en Madrid por el otoño de 1583, y ésta en nada contradice la posibilidad de sus estudios en Salamanca, tanto porque aquella venida suya á la corte pudo ser anterior á la apertura del curso universitario — puesto que el documento que nos la revela es de Septiembre y se refiere á dos años antes, poco más ó menos—cuanto porque los libros de matrícula de aquel Estudio acreditan que no todos los escolares acudían á inscribirse en ellos puntualmente por San Lucas (1).

(1) Ejemplos notorios de ello son, entre otros muchos, las matrículas de Góngora y Liñán de Riaza, que copio adelante y llevan las fechas respectivas de 20 y 12 de *Noviembre*.

Y en cuanto á los documentos recientemente descubiertos por el infatigable D. Cristóbal Pérez Pastor, é inéditos aún, me consta, mediante bondadosa y por mí muy agradecida declaración de este benemérito restaurador de la vida de Cervantes, que sólo existe uno de 1584, que en nada se opone á la posibilidad de mi hipótesis.

Pero aun probado ya que no hay documento legal que la anule ó destruya, ¿existirá acaso en la vida de Cervantes alguna circunstancia poderosa que á ella se oponga, ó por lo menos algún dato ó indicio que la contradiga ó debilite?

Al contrario, todo en ella parece comprobarla y confirmarla de consuno. Natural es que lo mismo en nuestra inteligencia siempre activa, que en la tierra siempre fecunda, á un período de cultivo responda un período de florecimiento y fructificación; y así en la vida de Cervantes, á sus primeros estudios en la mocedad con el humanista López de Hoyos, respondieron sus primeras incipientes producciones (el epitafio, redondillas y coplas á la muerte de Doña Isabel de Valois, la elegía al Cardenal Espinosa, y acaso el poema pastoril *Filena);* y al segundo período, al de sus estudios en las escuelas salmanticenses—ya en todo el vigor de la vida y rica el alma, tras de viajes y combates, de experiencias y gloriosos recuerdos, parece responder el espléndido florecimiento de aquella producción que empezó en la *Galatea*, siguió en las poesías líricas y en las comedias, y no debía ya terminar hasta la segunda parte del *Quijote* y *Persiles*, concluído y dedicado ya *con el pie en el estribo* para emprender el eterno viaje.

Todo, hasta el estilo mismo de la *Galatea*, parece comprobar esta suposición; así el autor de *La verdad sobre el Quijote* (1) yerra cuando pretende que los estudios de Cervantes en Salamanca fueron anteriores á su viaje á Italia, tanto como cuando se obstina en partir en dos períodos los amores de Cervantes con doña Catalina de Palacios, y con ellos la composi-

(1) El Sr. Benjumea.

ción de *Galatea*, engendrada de aquellos amores; pero acierta sin duda, cuando halla estímulos y reminiscencias del estudio *en el estilo mismo disertador y latinizado del poema* (1); así como cuando advierte «*la introducción en los finales cantos de personajes en cuyas historias se ven reminiscencias de sus viajes y sucesos*» (2). Estos cantos indicados, así como el canto á *Caliope*, donde nombra el autor á *muchos poetas que conoció y trató á su vuelta á España*, teníalos Benjumea por allegadizos con que Cervantes completó su obra antes de publicarla.

Pero, á mi juicio, todo demuestra lo contrario. La *Galatea*, fruto harto más sazonado que aquellos ensayos primeros del discípulo de López de Hoyos, no fue, como suponía Benjumea, trabajo hecho á retazos, comenzado por su autor antes de su viaje á Italia, tal vez *aumentado y limado* durante el cautiverio y completado á su vuelta» (3); no; en la *Galatea*, aparte de sus méritos ó deméritos, adviértese cierta unidad de tonos y de factura, que directamente responde al medio en que su autor vivía, al estado de alma en que la compuso, unidad que jamás hubiera tenido aquella obra á nacer y formarse en épocas y medios tan varios y azarosos; no exhalan sus páginas la amargura del cautiverio ni la inquietud de la vida aventurera; fácilmente se advierte en su forma y estilo que procede de un período de estudios, de reposo, de esperanzas y de amor en la vida del poeta.

¿Por qué no suponer que este período fuese juntamente el de su estancia en la Atenas española, el que antecedió á sus bodas con el original de la fingida *Galatea*, y el que directamente precedió á la época de su producción más activa?

No hay cosa, en mi concepto, que concierte las más desacordes disonancias, junte los más apartados extremos y salve los mayores obstáculos con menos y más fáciles recursos,

(1) En su citado libro, pág. 18.
(2) *Ibidem*.
(3) *Loc. cit.*, pág. 111.

que la verdad una y sencilla. Así, cuando al tratar de reconstruir lo pasado, se hallare, entre muchos, un medio el más natural y llano de conciliar opuestas diferencias, armonizar discordancias, incoherencias y contradicciones, este medio comprensivo natural, uno y complejo, será, sin duda, el que más se parezca y acerque á la verdad. Y esto sucede en el caso que estudiamos.

Lo difícil, lo violento y forzado, era lo que intentaba Benjumea, descuartizando ó quebrantando los sucesos de Cervantes para acomodarlos á la medida de su hipótesis, que esto hacía al dividir cosas, á mi parecer tan unidas como los estudios de Cervantes, sus amores y la composición de *Galatea;* lo fácil, lógico, uno y sencillo, y por lo tanto lo más semejante á la verdad, me parece, presentar unidas y enlazadas cosas que la cronología, la lógica, la estética y el natural desarrollo de los hechos y las circunstancias presentan con íntimas conexiones y afinidades unidas en la biografía de Cervantes.

Indudable es, á mi parecer, que entre la vida errante, azarosa y aventurera del grande escritor antes de 1581, y su vida literaria desde 1583-84 (1), en adelante existiese un nexo, un puente, un medio necesario de transición y de paso.

El fugitivo de la justicia, el soldado, el macero, el cautivo, el comisionado de Su Majestad, no tuvo espacio ni medio hábil de aplicarse á los estudios desde 1568 á 1581; luego si entre este año y el de 1584, en que se desposó en Esquivias, se abre un paréntesis en su vida, y al cabo de este paréntesis hallamos en sus manos un poema pastoril ya terminado, y este poema contiene un canto que nos revela el trato y conocimiento que su autor tenía con muchos de los poetas de su tiempo, no será extraño suponer que este paréntesis biográfico no lo llenaron ciertamente empresas militares, ni comisiones regias, ni asuntos mercantiles, ni cobranzas de alcabalas, sino el íntimo trato con las señoras musas; y por ende, que no

(1) Sabido es que á fines de 1583 tenía concluída la *Galatea.*

fue este período de actividad material, sino mental en el poeta. Y si á mayor abundamiento hallásemos que el estilo mismo retórico, disertador y latinizante, el prurito de erudición y de filosofía (1) que transpira de este poema pastoril, con menoscabo de la propiedad, delatan el ambiente culto de las aulas, no será mucho suponer que de ellas procedió *Galatea*, y que por ellas entró Cervantes de lleno en el período de su producción literaria.

Del reposo, del estudio y del amor, se engendró necesariamente *Galatea;* nada, pues, más natural ni lógico sino suponer que la época en que la mente de su autor la concibió, fuese época de reposo, de amor y de cultura intelectual.

Admitido que Cervantes frecuentase las escuelas de Salamanca en 1582 y 1583, nada más racional sino suponer que aquellos estudios y el trato con los poetas á quienes celebra en el *Canto á Caliope*—alguno de los cuales cursaba entonces las aulas salmantinas,—estimularan la mente del *manco sano*, rica de gérmenes fecundos, llena de recuerdos y de glorias, y que el amor le prestase vuelo é inspiraciones; así, naturalmente, se fundirían en aquel poema dentro del molde amanerado de la poesía bucólica y con los resabios ergotísticos del aula, las memorias de los viajes, campañas y sucesos del autor, el ejemplo y prestigio de los poetas á quienes elogia, y sin duda trataba de imitar, las recientes enseñanzas é influencias de la Escuela salmantina y la expresión y pintura del amor, vestido al uso de entonces, del blanco pellico pastoril.

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.

(Se concluirá.)

---

(1) Navarrete, en su *Vida de Cervantes*, ps. 492-93, dice:—«El mismo Mayans advirtió que el (estilo) de Cervantes en la *Galatea*... es algo afectado...» y en la p. 66, extraña hallar en aquella égloga unos *pastores demasiado eruditos y filósofos*.

DE LA GUERRA

LAS CAUSAS DEL DESASTRE

CAPITULACIÓN DE SANTIAGO

¿Existen responsabilidades exigibles por la capitulación de Santiago de Cuba? El estudio de ella y de las condiciones y términos en que se verificó, así lo indican; las prisiones, recientemente llevadas á cabo, de personas que en ella intervinieron, son prueba de que en el proceso incoado aparecen motivos para opinar del mismo modo.

¿Sobre quien ó quienes pesan dichas reeponsabilidades? ¿Alcanzan tan sólo al Gobernador de la plaza, ó afectan también al Comandante del Cuerpo de Ejército de Oriente por la intervención, al parecer oficiosa, que en ella tuvo? ¿Se detienen en estos, ó llegan al General en jefe y aun al mismo Gobierno?

Estas últimas preguntas no pueden hoy contestarse de plano, pues únicamente el examen de los documentos oficiales que en el proceso aparezcan podrá esclarecer dichas dudas. Por tratarse de un asunto *subjudice,* tenemos que ser muy parcos en formar juicios, sin permitirnos concretar las censuras sobre determinadas personalidades en todos aquellos casos en que estas no resulten evidentes.

Desde luego conviene poner la cuestión en su verdadero terreno, sentando dos afirmaciones de la más alta importancia para formar atinado juicio.

Es la primera la de que no siendo Santiago de Cuba una plaza fuerte, no son aplicables á la rendición de ella los preceptos consignados en los reglamentos para las de guerra, y, por tanto, la capitulación allí celebrada no debe considerarse como capitulación de plaza, sino como capitulación de tropas. Dedúcese de esto que la gravedad que en ella pueda existir no estriba en la rendición de la ciudad, sin asalto, sin brechas y, en realidad, sin sitio (que, después de todo, puede decirse no ha llegado á haber), sino en la entrega de tropas que tan pronto como perdieron la confianza de poderse sostener en la ciudad no debieron dejarse cercar por el enemigo.

La segunda, más que afirmación, es la rectificación de una opinión muy generalizada, y no entre el vulgo, pues oficiales generales y aun Ministros de la Corona la han sustentado públicamente, demostrando gran desconocimiento del espíritu que informa los reglamentos militares. Nos referimos á la independencia y atribuciones omnímodas que en todo caso se pretende tiene el Gobernador de una plaza sitiada para resolver acerca de la capitulación. Tal independencia es una realidad siempre que la población se halle incomunicada totalmente con el exterior, ó, mejor dicho, es forzosa consecuencia de tal incomunicación, resultando su Comandante solo árbitro y jefe absoluto, porque la fuerza de las circunstancias, privando al General en Jefe de la posibilidad de hacer llegar á ella sus órdenes é instrucciones, impone dicha solución. Pero cuando no se llega á perder la comunicación, como en Santiago ocurría, por la posibilidad de emplear el telégrafo, del cual se hizo un uso constante, el hecho de rodear el enemigo una población, ni lleva ni puede llevar consigo la consecuencia de que las tropas cercadas escapen á la autoridad superior del General en Jefe, encargado de dar unidad á las operaciones, y el cual es quien mejor puede apreciar hasta dónde es preciso llevar la

resistencia, cuanto conviene prolongarla para dar lugar á la llegada de socorros ó á la realización de operaciones, etc., etc.

Según esto, en buenos principios militares, capitulaciones de la naturaleza de la de Santiago, acerca de la cual se estuvieron cruzando telegramas entre el Gobernador Militar y el Capitán General de Cuba, no deben concertarse sin la autorización de quien está investido del mando supremo. Si de ella se prescinde, incurre en responsabilidad quien invade, con daño del servicio, atribuciones del superior; y si éste lo aprueba hácese reo por tolerarlo. Por último, si los Gobiernos ejercen presión para que se proceda en determinado sentido, no ajustado á lo que el espíritu de la Ordenanza y el honor de la bandera reclaman, cae también sobre ellos el peso de la falta, sin que por esto queden eximidas de culpa autoridades militares de suficiente jerarquía para resistir imposiciones contrarias á los reglamentos y al honor de las armas, pues sobre las órdenes de los Gobiernos está el cumplimiento de las leyes.

A reserva de que nuestro juicio, y el de la mayor parte de los españoles que de este asunto se han preocupado, está ya casi formado en lo fundamental, como el estado en que se halla el proceso en tramitación por la pérdida de Santiago nos veda sentar afirmaciones categóricas respecto á las relaciones entre las diversas autoridades en aquella época, no se extrañará que hablemos en tono hipotético y con las indispensables salvedades.

Si el General Toral hubiera rendido la plaza y las fuerzas sin autorización superior, toda la responsabilidad por ello sería suya; pero el General en Jefe, que no lo desautorizó, se habría por esto hecho solidario de ella.—Si, por el contrario, es cierto, según se dice con visos de verosimilitud y corroboran en cierto modo documentos que más adelante insertaremos, que el Gobernador militar de Santiago obró con autorización competente, sobre quienes se la dieron recae aquella, sean estos General en Jefe ó Ministros; quedando solamente por investigar, y esto debe decirlo el proceso, si los informes trans-

mitidos á dichas autoridades acusaban real y positivamente el estado de las tropas y la verdadera situación, ó si estaban influídos por un pesimismo y un descorazonamiento poco militar y poco viril, en cuyo caso aumentaría grandemente la responsabilidad de quien, induciendo á error al superior, recabó la autorización antes de ser esta absolutamente imprescindible.

Sentadas estas premisas respecto á la manera como debe considerarse el asunto, y sin meternos á puntualizar quienes sean los responsables de lo ocurrido, haremos el examen de la capitulación, señalando todo lo censurable que en ella encontremos, que por desgracia será mucho.

Pero si tal estudio ha de revestir caracteres de seriedad, debe apoyarse en documentos. Sin infringir los respetos debidos á los tribunales que en la materia entienden, ni violentar el secreto del sumario, podríamos insertar algunos que ya son conocidos del público; pero como la mayor parte de ellos son principalmente adecuados para esclarecer *quién* ha delinquido, y nuestra tarea es solamente investigar en *qué* se ha delinquido, los omitiremos, con lo cual al menos no nos haremos reos de prolijidad, copiando telegramas y más telegramas. Basta para nuestro fin transcribir solamente varios párrafos de la Memoria oficial rendida por el General Shafter á su Gobierno en 13 de Septiembre último, la cual, acorde con los informes particulares de origen español, nos impondrá de los trámites seguidos en la capitulación, y copiaremos después esta para apreciar el alcance de ella.

Decía el citado General en el mencionado escrito:

«*El día ocho de Julio me propuso el General Toral evacuase* »*la ciudad* con armas y bagajes, rindiendo á la par á las tro- »pas de mi mando el territorio que ocupaba, á condición de »que al frente de las suyas se le permitiera retirarse sin ser »hostilizado hasta llegar á Holguín. Advirtiéndole que creía »no sería concedida la petición, contestéle que lo pondría en »conocimiento de mi Gobierno, y entretanto de acuerdo Samp- »son y yo convinimos que cuando el ejército hubiera de vol-

»ver á combatir, coadyuvaría la escuadra á la acción de aquél »bombardeando la ciudad.

»A las cuatro de la tarde del 10 de Julio espiró el armisti- »cio, y resolví romper el fuego, etc..... A las dos de la tarde »del 11 se intimó nuevamente la rendición de la ciudad, cesan- »do el fuego, que ya no volvió á reanudarse. *Por este tiempo »aumentaban rápidamente las enfermedades á consecuencia de »lo sofocante del calor y lo pertinaz de las lluvias;* debiendo, »además, advertir que en Cuba el rocío es casi una lluvia. *La »debilidad de las tropas era tal, que yo deseaba vivamente aca- »bar el sitio cuanto antes;* pero, sin embargo, conforme con »la mayoría de los oficiales del ejército, no consideré oportuno »dar ningún asalto, *porque el enemigo parecía hallarse bien »dispuesto para escuchar proposiciones de rendición.* El mismo »día 11 escribí al general Toral en estos términos: «Con los »grandes refuerzos de tropas que se me han incorporado, y es- »tando posesionado de vuestra línea de retirada, me creo en »el deber de proponer á usted de nuevo la rendición de San- »tiago y de su ejército, hallándome autorizado para indicar á »usted que, si así lo desea, el Gobierno de mi país se obliga »á transportar á España las fuerzas del mando de usted». *El »citado general me contestó que había transmitido mi proposi- »ción al General en Jefe.*=Al otro día, 12, participé al Gober- »nador español que el Mayor General Miles, Comandante en »Jefe del ejército americano, acababa de llegar á mi campa- »mento con el deseo de que nos concediera una entrevista per- »sonal para el siguiente día, contestando que, gustoso, acce- »dería á nuestra petición.=Consecuentemente, celebramos el »13 la conferencia, previniéndole que en ella tan sólo había- »mos de tratar de la capitulación; pues como no estaba en la po- »sibilidad de romper el cerco, no debía continuar la resisten- »cia.=A dicha conferencia siguió otra, verificada el 14, en la »cual ya el general Toral se avino á capitular, sobre la base »de que las tropas del 4.° cuerpo de ejército serían repatria- »das, incluyendo en la capitulación todas las fuerzas de la par-

»te oriental de Cuba, situadas al E. de una línea que, par-»tiendo de Aserraderos, uniera este punto con Palma Soriano, »siguiendo desde aquí á Sagua de Tánamo.=Convínose, ade-»más, que los comisionados se reunirían en la tarde del pro-»pio día para acordar definitivamente las condiciones de la »rendición, designando, por mi parte, para tal cometido á los »Mayores generales Wheeler y Lawton, y al teniente Miley.= »Los comisionados españoles insistieron largamente en deman-»dar se les concediera conservar las armas, y ya bien entrada »la noche hubo de suspenderse la discusión, que fue reanudada »á las nueve y media de la siguiente mañana. En las condi-»ciones de la capitulación definitivamente ajustada se calcu-»laron unos doce mil soldados españoles en la población, y »poco más en el distrito rendido con ella. Resolvióse que la »ceremonia de la rendición tendría lugar en la mañana del 17 »de Julio en el terreno comprendido entre ambos ejércitos. A »la hora acordada me dirigí al sitio indicado, únicamente »acompañado de mi cuartel general y cien jinetes, llegando »el general enemigo con igual fuerza. Reunidos entre las re-»presentaciones de los dos ejércitos, el Gobernador español »consumó solemnemente la rendición de la plaza y la de los »*veinticuatro mil hombres de ella y del territorio comprendido* »*en la capitulación.*»

Siguen detalles sin importancia para nosotros, referentes á la toma de posesión de la ciudad y disposiciones de gobierno adoptadas en ella.

He aquí ahora las condiciones de la capitulación:

«1.ª Que cesen absoluta y terminantemente las hostilidades entre las fuerzas españolas y las americanas.

»2.ª Que la capitulación incluye todas las fuerzas y material de guerra del territorio de la División de Cuba.

»3.ª Que los Estados Unidos convienen en transportar todas las fuerzas españolas de dicho territorio al reino de España, con la menor demora posible, embarcándose las tropas, en cuanto se pueda, en los puertos más próximos que ocupan·

»4.ª Que á los oficiales del Ejército español se les concederá que lleven sus armas, y tanto los oficiales como la tropa conservarán su propiedad particular.

»5.ª Las autoridades españolas convienen en quitar, ó ayudar á que sean quitadas por la Marina americana, todas las minas y demás entorpecimientos á la navegación que existen ahora en la bahía de Santiago de Cuba y su entrada.

»6.ª El comandante de las fuerzas españolas entregará sin demora, al comandante de las fuerzas americanas, un inventario completo de las armas y municiones de guerra en el distrito que se menciona arriba; también un estado numérico de fuerzas en el mismo.

»7.ª Que el comandante de las fuerzas españolas, al salir de dicho distrito, está autorizado para llevar consigo todos los archivos militares y documentos pertenecientes al Ejército español que hoy se hallan en dicho distrito.

»8.ª Que toda aquella porción de las tropas españolas conocidas como voluntarios, movilizados, guerrillas, que desee permanecer en la isla de Cuba, podrán hacerlo así, bajo condición de entrega de sus armas y prestación de palabra de no hacer armas contra los Estados Unidos durante la continuación de la actual guerra con España.

»9.ª Que las fuerzas españolas saldrán de Santiago de Cuba con honores de guerra, depositando después sus armas en un lugar mutuamente convenido, en espera de la disposición que de ellas haga el Gobierno de los Estados Unidos, bien entendido que los comisionados de los Estados Unidos recomendarán que el soldado español vuelva á España con las armas que han defendido con tanto valor.

»10.ª Que las cláusulas del documento que precede tendrán validez inmediatemente depués de firmado.

»Acordado hoy día 16 de Julio de 1898 por los comisionados que abajo firman, gestionado bajo las instrucciones de sus respectivos Generales en Jefe, y con la aprobación de los Gobiernos respectivos.=Joseph Wheeler, Mayor General U.

S. V.=Federico Escario, General de Brigada.=W. H. Lanton, Mayor General U. S.V.=Ventura Fontán, Teniente Coronel de Estado Mayor.=J. D. Miley, Primer Tient., 2.° Artillery.= Intérprete, Roberto Masón.»

Llama en primer término la atención en los documentos trancritos el párrafo con que finaliza el último de ellos, según el cual la capitulación se hizo *con arreglo á instrucciones de los Generales en Jefe y con autorización de los Gobiernos,* y como no cabe suponer que afirmación semejante se hiciera oficialmente sin ser cierta, resulta que no es el Gobernador militar de Santiago de Cuba el único sobre quien pesa la responsabilidad de la capitulación; y repárese que no es esto decir quede eximido de ella, sino que con él deben compartirla otros.

En el artículo anterior creemos haber dicho bastante al ocuparnos del sitio, para fundar en ello la creencia de que si en la ciudad cercada no se estaba bien, lo cual no cabe pretender en una plaza sitiada, las cosas no habían llegado al punto de hacer improrrogable el plazo de la rendición. Ni el número de las bajas, ni el de enfermos en el hospital llegaron á alcanzar proporciones que pudieran justificar la afirmación de que la resistencia se hacía imposible; el bombardeo causó en la guarnición escasísimos estragos, tan pequeños que ni merecen tomarse en cuenta; respecto á existencia de víveres, ya hemos dicho lo bastante para abrigar el convencimiento de que bien pudiera haberse resistido más; cartuchería había la suficiente para librar dos combates, teniendo en cuenta que el número de ellos disponibles por plaza á que anteriormente nos hemos referido resultaba computando toda la fuerza, inclusa la de los hospitales y castillos. El agua no podía ser un problema en una época en la cual caían chaparrones abundantes y en una población dotada de algibes.

De todo esto parece deducirse, muy fundadamente que, á existir verdadera decisión de prolongar la defensa mientras no hubiera imprescindible urgencia de rendirse, bien podría

haberse continuado resistiendo diez, doce ó quince días más. No cabe duda de que esto hubiera sido á costa de duras penalidades; pero tal es la suerte de toda plaza sitiada si quiere llenar su misión persistiendo en defenderse mientras haya posibilidad material de hacerlo.

En dicho tiempo podrían haber ocurrido muchas cosas. En primer lugar, recordaremos las palabras del general Shalfter á su Gobierno en la Memoria que antes hemos trascrito: «*Por »este tiempo aumentaban rápidamente las enfermedades, á con»secuencia de lo sofocante del calor y lo pertinaz de las lluvias. »La debilidad de las tropas era tal, que yo deseaba acabar el »sitio cuanto antes.*» Si en lugar de hallarse ante un *enemigo bien dispuesto* el 10 de Julio *para escuchar proposiciones de rendición*, hubiese el ejército yankee pensado que tenía que permanecer en aquellos insanos campamentos, viendo crecer la mortalidad y las enfermedades, es muy probable que el fin del mes de Julio coincidiera con el reembarque de los americanos, ó cuando menos es casi seguro que se hubiesen avenido á ocupar la plaza, dejando á las tropas en libertad de retirarse al interior, no quedando así perdidas para la causa de España.

En diez ó doce días había tiempo sobrado para que la división de Holguín llegara en auxilio de Santiago de Cuba, y ya que de esto hablamos, en el supuesto de que el 10 de Julio se hubiese dispuesto tal operación, no podemos menos de hacer constar el asombro que en todo hombre de guerra había de producir el que, sin aguardar á dicha fecha, no adoptara el General en Jefe ni una sola disposición encaminada á sostener las fuerzas que combatían en el departamento oriental. Ya hemos indicado con anterioridad que tan pronto como se tuvo noticia del desembarco era lo procedente reunir tropas en el punto atacado; pero ya que entonces no se hiciera, incurriendo en la falta señalada, ¿no era acicate bastante poderoso para verificarlo la noticia de los combates de San Juan y el Caney y el temor de que la guarnición de Santiago llegara á verse en

el caso de capitular? Tan inverosímil es la pasividad del General en Jefe, que á raíz de este hecho de armas no ordenó inmediatamente á las fuerzas de Holguín acudir á Santiago haciéndolas seguir (esto también debió hacerlo antes) por las del Príncipe, que raya en lo absurdo y lo inconcebible. ¿A qué se ha reducido la gestión de dicho General? A no hacer absolutamente nada cuando el enemigo ha pisado el suelo que él estaba encargado de defender. ¿Cuál ha sido la acción del mando en el desarrollo de los sucesos? Ninguna. Las fuerzas, para producir efecto, deben emplearse donde hacen falta; dejándolas quietas, no utilizándolas, quedándose como hipnotizadas ante los ataques del enemigo, no hay posibilidad de llegar á otros resultados que á los que se ha llegado: á que veinte mil hombres conquisten en menos de un mes territorios que podían defenderse con más de cien mil. Tan elemental es que las fuerzas de Holguín y el Príncipe debían marchar contra el invasor, que es verdaderamente incomprensible que un General de antigua historia y méritos reconocidos, como el Marqués de Peña Plata, pudo presenciar cruzado de brazos cómo se desarrollaban los sucesos. No cabe otra explicación sino que, ó el General en Jefe perdió la cabeza, ó que prematuramente los años y las enfermedades han hecho en su clara inteligencia y antigua actividad tremendos estragos.

Parece que una maldición ha pesado sobre nosotros en esta campaña, pues según todas las probabilidades, y dentro de las más razonables previsiones, el desembarco de los yankees, si no en una espantosa catástrofe, cuando menos debió convertirse para ellos en un tremendo fracaso. Sólo nuestras inauditas torpezas han sido capaces de evitarlo, sólo la falta de tesón para resistir en Santiago de Cuba ha bastado para que en lugar de ajustar una paz honrosa (renunciando desde luego á Cuba, pero sólo á eso, y no cargando con su deuda), á raíz de rechazar á los americanos, se nos imponga una de las más vergonzosas que la historia registra.

Perdida la esperanza de resistir en la plaza, y una vez que

se pensó en la salida para marchar en dirección de Holguín, procedía desde luego ponerlo por obra en lugar de pedirle al enemigo la venia para verificarlo. Ya hemos indicado en el último número de La España Moderna, que el día 8, cuando de él se solicitaba, pudo haberse hecho por no estar aún cerrado el cerco, agregando otras consideraciones para demostrar la posibilidad de ello; y si ahora volvemos sobre tal punto es para rebatir un argumento aducido por el general Linares, en telegrama oficial del 12, con objeto de demostrar la imposibilidad de abrirse paso. Dicho argumento era *que envuelta la guarnición por el enemigo, la concentración de fuerzas había de hacerse á su vista, y por tanto, mientras ésta se verificara tendría tiempo para oponerse á la marcha de nuestras columnas con elementos suficientes para frustrar la operación.* El raciocinio es completamente falso: en primer lugar, los americanos no podían ver desde sus líneas lo que en el interior de la población pasaba, por impedírselo los edificios de ella, y sólo llegarían á tener noticia de estos movimientos cuando las tropas salieran del casco de ella para marchar á combatir; mientras ellos adoptaran plan para oponérsenos y comunicaran órdenes de acudir á las tropas situadas en otros puntos que el atacado, nosotros, recorriendo líneas interiores mucho más cortas que las suyas, podíamos romperlas en el punto elegido, antes de que llegaran refuerzos de importancia. Además de esto, operaciones de tal índole se pueden preparar de noche, comenzando á marchar á hora conveniente para llegar sobre las fuerzas enemigas al amanecer. Difícil fuera que, procediendo en semejante forma, pudieran los yankees enterarse de la concentración y del ataque hasta haber tenido éste encima. Pero todavía hay más, pues aun cuando, prescindiendo de lo anterior, diéramos por bueno el argumento del Comandante del 4.° Cuerpo de Ejército, sólo sería admisible el 12 de Julio, cuando lo presentaba, pero no antes del 11, pues hasta dicho día, y según puede verse en los párrafos transcritos de la Memoria de Shafter, no cerró el cerco el Ejército americano.

¿Por qué, si el día 8 se solicitaba de dicho General la salida á cambio de la entrega de la plaza, no se aprovechó la posibilidad de evacuarla? ¿Por qué, después de rehusar aquél admitir la proposición, no se hizo siquiera el menor intento para salvar aquellas tropas, y se permitió al enemigo extenderse? No vislumbramos respuesta ninguna á estas preguntas que pueda ser satisfactoria, tanto más cuanto que en el telegrama á que hacemos referencia (1) hasta parece rehusarse la cooperación que para forzar las líneas americanas pudiera prestar la división de Holguín, dando por sentado que esta no podría presentarse delante de la plaza para operar combinadamente con la guarnición de ella; *¡porque necesitando ocho días para hacer la marcha, no le sería posible llevar las raciones necesarias!* Admitida tal teoría, no habrá más remedio que convenir en que en la Isla de Cuba habría que renunciar en absoluto á que las tropas se movieran, y así, no sería extraño que de nada nos hayan servido las nuestras; pero como no hay persona medianamente versada en asuntos militares que se avenga con ella, es preciso reconocer que si no nos han sido útiles, es porque no han sabido manejarlas los encargados del mando de ellas.

Con ser grave y censurable cuanto queda dicho, aún hay algo que lo es mucho más: las condiciones de la capitulación. Por virtud de la ajustada por el General Toral, se entregó al enemigo, no sólo la población sitiada, sino todo el extenso territorio que en ella se comprendió, sin razón ni motivo que lo justificara; y lo que es más escandaloso, fuerzas en crecido número, que ni formaban parte de la guarnición de la plaza, ni habían librado un solo combate con el cuerpo americano de desembarco. Muy dura es la calificación, pero no hay otro remedio que emplearla; estipulación semejante basta para dar á

(1) Dicho telegrama es público, por hallarse inserto en un libro publicado acerca de los sucesos de Santiago de Cuba: *Combates y capitulación de Santiago de Cuba*, por D. José Muller y Tejeiro.

la capitulación el carácter de deshonrosa, pues por tal se ha tenido siempre en todo tiempo y en todos los ejércitos que depongan las armas tropas que no han hecho sentir al adversario los efectos de ellas, y de criminal extralimitación de facultades se ha calificado el rendir las que no están bajo el inmediato y personal mando del jefe de las que se hallan cercadas. Pero por si este convencimiento, que palpita en la conciencia de todo militar, no fuera bastante, existen los terminantes preceptos del vigente Reglamento de Campaña, puesto en vigor por la ley del Reino de 5 de Enero de 1882, que en su artículo 539 dice así: «Ningún General, jefe de cuerpo ó destacamen»to, podrá incluir en la capitulación que forzosamente tenga »que aceptar, más tropas que las que hayan combatido direc»tamente bajo su inmediato mando; las que por cualquier mo»tivo se hallen lejos del terreno donde se riña el combate, fue»ra del alcance eficaz del enemigo, se considerarán con entera »independencia para obrar por sí y salvarse, y aun salvar, si »pudieran, á las que estén comprometidas. En todo caso, el »jefe de fuerza que se vea obligado á aceptar una capitulación, »será sujeto á un consejo de guerra para aclarar su conducta, »y en su caso, imponerle el castigo que marque el Código pe»nal militar.»

La infracción cometida es tan evidente, que después de transcribir el anterior precepto huelga todo comentario. Unicamente diremos que si fue aprobada por el Gobierno, éste fue el infractor y á él debe exigírsele la responsabilidad, pues los Gobiernos encargados de cumplir las leyes no tienen facultades para infringirlas, y el Reglamento de Campaña es ley votada en Cortes.

CÓMO NOS JUZGAN LOS EXTRANJEROS

Terminado el estudio de los sucesos de Santiago de Cuba, parécenos pertinente insertar algunas opiniones de competentes revistas profesionales extranjeras y de marinos de nota,

con las cuales se pondrá de manifiesto que no hemos pecado de excesivamente severos.

«La destrucción de la escuadra de cruceros y torpederos del Almirante Cervera, es un acontecimiento al cual es difícil encontrar nada semejante en los anales de Marina alguna. La guerra marítima suele estar llena de sorpresas, pero nada tan estupendo cabe imaginar como este acto suicida. No podemos dudar que, sea por la razón que quiera, el Almirante español se proponía sacrificar sus barcos. Todos los detalles acerca de sus maniobras, nos prueban que así era. Poco importa que de Madrid le dieran la orden, pues un hombre en su posición, no puede considerarse obligado á obedecer semejantes mandatos, aunque los reciba, por lo cual no encontramos excusa. Con su proceder, en Santiago ha confirmado Cervera lo que ya demostró en Manila su colega Montojo, es, á saber: la incapacidad de los oficiales que mandaban las escuadras españolas. Acaso pueda decirse, y tal vez sea cierto, que el Gobierno español sea acreedor á censura por su descuido en proporcionar bastimentos de guerra; pero ni aun siendo así, puede servir tal circunstancia de excusa ó atenuación de la conducta del Almirante, por ser incomprensible que un hombre que sepa su profesión, saque su escuadra á la mar en tales circunstancias en día claro; y no tener la habilidad de sacarla durante la noche, arguye igual incapacidad. Tomar un rumbo que daba por resultado privarse del fuego de la mitad de los cañones de los barcos, á causa de navegar paralelamente á la costa, constituye una maniobra mucho más desastrosa que la que le costó al Almirante Bing que lo fusiláramos. Exponer los torpederos al fuego de una escuadra enemiga en pleno día, es poco menos que demencia. A la verdad, sólo de una manera podemos explicarnos la conducta del Almirante español: suponiendo que había perdido la cabeza.

«Hasta ahora disfrutaba de envidiable reputación de hombre valiente, capaz y humano, y todo hace más y más incomprensible su conducta.» (*Army and Navy Gazette*, 9 Julio, 1898.)

Presentemos ahora la opinión de los italianos:

«No hemos hablado antes del desastre de Santiago de Cuba, por dos cosas: primera, el temor de que la pena y la indignación nos embargaran hasta el punto de hacernos injustos; segunda, el afán de que noticias posteriores á las primeramente recibidas, y que teníamos por inverosímiles, nos comunicaran siquiera algún indicio en qué basar atenuaciones de los errores cometidos por el Almirante Cervera.

»En cuarenta días de bloqueo no ha sabido impedir ni entorpecer el desembarco de los americanos; mandando á tierra las tripulaciones, daba á entender que sus barcos para nada servían, y saliendo del puerto á las nueve de la mañana, lleva sus buques á perecer fusilados por los de Sampson, que no podía esperar que el enemigo le hiciera tan soberbio regalo.

»¡A las nueve de la mañana! Increíble parece, pero así fue.

»No es necesario ser Almirante: para preveer ciertas cosas, basta ser cabo.

»¿Qué preso trataría de burlar la vigilancia de sus guardianes á las nueve de la mañana?

»Entre las innumerables hipótesis hechas para explicar la extraña inacción del Almirante Cervera, la más verosímil es la de que carecía de carbón; pero si, como á última hora se ha indicado, su resolución obedeció á reiteradas órdenes de Madrid para que abandonara el puerto, ¿cómo es posible que el Gobierno, conociendo su situación, insistiera en semejante absurdo?

»Puntualicemos. ¿A qué se refugió Cervera en Santiago de Cuba? ¿Para batirse con fuerzas cuatro veces superiores? No es presumible, puesto que á su salida no pretendió entablar combate, sino huir solamente.

»Afrontar el combate hubiera sido una aberración al cabo heroica; tratar de distraer la escuadra enemiga del bloqueo de Santiago, acudiendo á la fuga, revela la depresión del espíritu de la Marina española: las naves españolas salieron como cebo presentado al enemigo para amenguar la intensidad del

ataque á Santiago, que no es sino una posición militar de secundaria importancia. Sólo en este concepto se explica el hecho de emplear en tierra la dotación y armamento de los buques.

»¡Infeliz país y desdichado Almirante, que no saben dar mejor empleo á su potencia naval!

»¿Por qué se intentó la fuga? ¿En qué condiciones se verificó?

»En las primeras horas de la noche, la obscuridad protege los movimientos de las naves; cabe producir confusión en el adversario, dando lugar, acaso, á errores para él funestos. Pero Cervera no ha elegido las primeras horas de la noche, ni aun siquiera las últimas del día, cuando el tiro podía ser más inseguro; escogió las nueve de la mañana, para que el enemigo pudiera tener tiempo sobrado de destruir la escuadra.

»Aquí no se trata de táctica ni estrategia naval, ni siquiera de buen sentido, sino de sentido común: esperó á que el sol estuviese bien alto para que alumbrara el sorprendente espectáculo del suicidio de una escuadra.» *(L'Italia Militare e Marina,* 8 y 9 de Julio de 1898) (1).

Insertemos ahora las opiniones de varios Almirantes ingleses, publicadas en el *Herald.*

Mac-Clintock:

«Las enseñanzas de esta guerra corroboran en absoluto la »opinion constantemente sostenida por los Oficiales de la Ma»rina británica, según la cual el hombre influye mucho más »que las armas en el resultado de las batallas navales; la sere»nidad y el hábito de manejar el arma de que haya de valerse »son de capital importancia. Así ha ocurrido siempre.»

Close:

«Si el Almirante Cervera quería escapar, debió haber pro-

(1) El anterior artículo de *L'Italia Militare e Marina* y el que le precede del periódico *Army and Navy Gazzette,* fueron eliminados por la censura del número de La España Moderna correspondiente al mes de Enero.

»curado escoger para ello una noche obscura, echando mano »de alguna estratagema con objeto de distraer la atención de »sus enemigos en tanto él huía con los buques de su mando. »Por lo demás, esta guerra no puede, hoy por hoy, proporcio- »nar enseñanzas de importancia. En la chino-japonesa se com- »batió más, y en ella, como siempre ha sucedido, vencieron »los que eran mejores marinos y mejores artilleros.»

Nicholson:

«La sola enseñanza positivamente útil que puede sacarse »de la guerra hispano-yankee, es la conveniencia de reducir, »cuanto sea posible, las reservas marítimas, manteniendo en »servicio activo cuantos más hombres se pueda. Cueste lo que »cueste, deben tenerse en servicio un gran número de barcos »á fin de conseguir que oficialidad y marinería adquieran, »merced á una práctica constante, la indispensable aptitud. »Demuéstrase la inferior instrucción de las tripulaciones espa- »ñolas, con el inusitado hecho de que en la batalla de Santia- »go no lograron dañar á los buques enemigos, no obstante »tenerlos á 1.500 yardas, y aún menos, á pesar de prolongarse »el combate durante dos horas. Entiendo que ni los marinos »ni los artilleros españoles supieron sacar partido de los bu- »ques que tripulaban.»

Elliot:

«A haberme hallado en la situación del Almirante Cerve- »ra, habríame parecido lo más oportuno acercarme á las fuer- »zas abrumadoras á las cuales tuviera que afrontar, con pro- »pósito de abordar sus barcos á todo trance. Procediendo en »semejante forma, habríale sido absolutamente imposible á la »escuadra enemiga evitar un combate formal, en el cual, de »perder los buques á mis órdenes, no los habría sacrificado, al »menos sin lucha, dejando vengada su pérdida. Enmedio de »dicho combate, los torpederos habrían podido hallar ocasión »de hacer daño.»

La unanimidad de pareceres que revelan las diversas opi- niones insertadas es verdaderamente desconsoladora.

Lo anterior, por lo que respecta á la batalla naval de Santiago; por lo que se refiere á la capitulación, han formulado juicios, bien tristes en su mayoría para nosotros, casi todas las revistas profesionales extranjeras. Sería enojosa prolijidad insertar siquiera los principales, resultaría muy penoso copiar algunos de ellos, por lo excesivamente duro de los términos de éstos, así pues nos limitaremos á dos no más: el publicado en *The Army and Navy Gazzette* de 21 de Julio, y algunos párrafos de un libro acerca de *La guerra hispano-americana* que acaba de ver la luz en Francia.

Decía el primero:

«*La rendición de Santiago.*—La capitulación de Santiago »no está justificada por una imprescindible necesidad. Si los »Generales españoles hubiesen empleado el sistema de defensa »activa y reacciones ofensivas en forma análoga á lo hecho »por Todleben en Sebastopol (1), los anémicos españoles que »han demostrado á sus enemigos y al mundo que saben morir »en sus puestos cuando sus oficiales se lo ordenan, habrían »causado á los americanos pérdidas mucho mayores; pero no »contrarrestaron los trabajos del enemigo, no intentaron sa»lidas, no atacaron las trincheras americanas, no ofrecieron »tenaz resistencia á los progresos del cerco, ni procuraron »ocupar la débil línea que entre mar y mar formaban los si»tiadores alrededor de la plaza. Puede ser posible y aun tal »vez probable que la naturaleza de los lugares haya impedi»do á los Generales españoles hacer lo que los rusos en Sebas»topol; pero de todos modos, es imposible decir que la defensa »de Santiago sea una muestra de alta capacidad por parte de »los españoles. La flota no podía ofenderlos; los bombardeos »eran poco menos que de efectos nulos.»

(1) Ya hemos dicho que Santiago no era una plaza fuerte, pero mayor motivo, puesto que su defensa no podía inspirar confianza, para adoptar el único procedimiento de resistencia capaz de dar resultado: el de defensa activa.

A continuación siguen haciéndose poco interesantes comparaciones entre Sebastopol y Santiago, se trata someramente la cuestión de subsistencias y retirada, y después continúa:

«En suma, parécenos que tan pronto como los americanos »anunciaron su desembarco, la determinación más acertada »que el General Linares pudiera haber tomado habría sido sa»lir de la plaza, sacando sus fuerzas para ocupar una posición »en sitio donde no pudieran ofenderle los cañones de la es»cuadra, y allí, en posición dominante, presentar batalla al »enemigo. En lugar de esto, permitió á los americanos apode»rarse de las alturas que batían su propia posición, sin hacer »sino una insignificante intentona de embarazar su marcha; y »así transportaron su artillería con toda comodidad y se esta»blecieron sólidamente alrededor de la plaza, etc.»

Lo siguiente son consideraciones políticas acerca de la guerra y la conducta del Gobierno de los Estados Unidos, las cuales no tienen relación directa con la capitulación de Santiago.

En el libro titulado *La Guerre Hispano-Americaine de 1898*, París, 1899, y en la página 220, se dice:

«La noticia de la capitulación fue acogida con entusiasmo »por los soldados americanos. Aunque más disimulado, el jú»bilo de los oficiales superiores y del Estado Mayor General »del cuerpo expedicionario no fue menos vivo, pues si el blo»queo de la ciudad hubiera tenido que prolongarse, acaso hu»se hubiese llegado á tener un fatal desenlace para las tropas »americanas. En efecto, la fiebre amarilla se había presentado »ya en el campamento, y á pesar de las precauciones adopta»das, el tanto por ciento diario de los que se daban de baja »crecía en proporciones alarmantes. Considerable número de »oficiales y el general Chafee habían sido atacados con sínto»mas de gran gravedad; *las estadísticas indicaban que un ter»cio del cuerpo expedicionario estaba incapacitado de prestar »todo servicio.* Así, en los Estados Unidos la noticia de la ren»dición de la plaza puso término á la ansiedad producida por

»despachos recientes, que exponían la situación difícil en que »los americanos se encontraban á consecuencia de las lluvias, »tormentas y fiebres; *dificultades que un enemigo mejor orga-* »*nizado pudiera haber convertido en un verdadero desastre....*»

. . . . . .

»El día de la capitulación entregó el General Toral al Ge- »neral Shafter un estado de la fuerza que se rendía, *el cual* »*acusaba un efectivo de 22.780 hombres. Es decir, que el núme-* »*ro de prisioneros, á consecuencia de la capitulación, era supe-* »*rior al total de las fuerzas sitiadoras.*»

No son, en verdad, más lisonjeros para nosotros los juicios formados por los extraños acerca de la defensa y capitulación de Santiago, que los emitidos con ocasión de la batalla naval librada en sus aguas.

CONCLUSIÓN

La rendición de Santiago trajo en pos suyo, y como inmediata consecuencia, la paz; parecía que el Gobierno no estaba deseando sino una ocasión para impedir que el ejército de Cuba pesara como podía en la contienda; y, á la verdad, que para seguir empleándolo como hasta entonces, más valía terminar pronto, aunque fuera mal; la opinión en España parecía desear lo mismo que el Gobierno, pues no parecía había grandes deseos de ver de cerca los acorazados de la escuadra de Watson.

Resulta de esto que las verdaderas y más decisivas causas del desastre fueron los sucesos cuyo examen hemos terminado. Indudablemente, las operaciones de Puerto Rico y la toma de Manila han influído poderosamente en las condiciones del tratado; pero lo que realmente dió al vencimiento las proporciones de catástrofe que ha revestido, han sido los hechos ocurridos en Cuba, y por esta razón, si no de un modo definitivo, vamos por ahora á dar por terminado este trabajo, para lo cual tenemos varias razones, que apuntaremos.

La crítica que hiciéramos de lo ocurrido en Puerto Rico tendría muy escaso interés después de lo dicho; sería, en gran parte, repetición de lo ya censurado en Cuba: diseminación de fuerzas y falta absoluta de iniciativa en el mando superior, que acusan una espantosa impericia; descuido censurable en el Gobierno; vergonzosas evacuaciones de poblaciones de importancia sin disparar un tiro; deslealtades, cobardía y abandono de gran parte de las fuerzas de voluntarios; un cuadro, en suma, harto desconsolador, pero que no agrega nada á las conclusiones á que ya hemos llegado, y que por la carencia de hechos de armas no merece la pena de detenerse á pintarlo con detalles.

Por lo que respecta á Filipinas, la cuestión varía de aspecto; pero en este punto no hay, hoy por hoy, posibilidad de formar juicio definitivo acerca de muchas de las cosas allí ocurridas, por falta de abundancia de noticias, por carencia de facilidades de comprobarlas, por no poderse aún reunir datos suficientes y fidedignos de cuanto allí ha pasado, que permitan formular opiniones á conciencia de que están bien fundadas. Es preciso dejar que pase tiempo, que regresen muchos que todavía están allí, pues de no hacerlo habría gran exposición de incurrir en exageraciones, en injusticias y en juicios infundados. He aquí por qué, y mientras no podamos tratar de los sucesos de Filipinas con la misma tranquilidad de conciencia con que hemos criticado los que quedan examinados, suspendemos el hacerlo, y por hoy ponemos punto final á esta serie de artículos que tan honrosa hospitalidad han recibido en La España Moderna.

Ignotus.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO.—España y América: Cambio político en España.— Las relaciones con la América de origen ibérico.—El intercambio intelectual y mercantil en el Nuevo Mundo. = Argentina: Restauración del movimiento de las ideas de reconcentración en las Repúblicas sudamericanas.—Los discursos presidenciales en la Conferencia de Punta Arenas. —Su intención y sus comentarios.=Inglaterra y la Argentina: La Comisión de arbitraje sobre la línea de los Andes.— La colonia de los galenses en el Chubut.=Bolivia: La revolución federal.—La tragedia de Corocoro.—La derrota de Cosmini. — La bárbara matanza de Ayo-ayo.—Manifiesto del Coronel Pando.—Cambio de objeto y significado de la revolución.—La intervención de Chile.= Uruguay: El Gobierno de Cuestas. = El Concilio latino-americano: El episcopado, la opinión y los Gobiernos.=Un español ilustre y mártir de la ciencia: Ibarreta.=Los antropófagos del Chaco.

Un cambio de política en España, en los momentos que se firma y cangea el tratado de París, que ha de dejar en la historia patria una huella más profunda que los de Westfalia, Nimega, Utrecht y San Ildefonso, parece augurio de una política nueva que, ó ha de abrir los horizontes del porvenir á otra palpitación más fecunda de la vida nacional, ó ha de estrechar los términos de una inevitable decadencia, cuyos resultados habrán de ser más ominosos todavía que los que han traído al país á las últimas desventuras que acabamos de presenciar. Desgraciadamente no hay país. La opinión permanece, más que en espectativa de esperanza, en la indiferencia

del tedio. Los errores de tantos años; el abandono total de lo esencial para subordinarlo todo á lo accidental y hasta á lo superfluo; la imprevisión culpable da las leyes inexorables del destino; la ignorancia incauta de las relaciones del mundo que nos rodea y del tiempo que nos rige, son los contingentes palpables de este hastío, al que presta su onerosa influencia la fe que se ha perdido en todos los ideales.

Realizó el Rey Don Alfonso XII, y fue el principal timbre de su reinado, aquella feliz concordia entre los partidos contendientes, que tenía por superior objetivo aunar todas las fuerzas para robustecer el espíritu nacional en la obra magna de la reparación de tantas sangrientas heridas de todo un siglo de devastaciones alternativas, y en la obra magna de la común defensa para garantir la conservación de lo que aún nos quedaba, antes de halagar nuevos ideales de ensanche y de expansión. El principio se exageró y se falseó, y á cambio de obtener una paz sostenida en el estrago de todos los intereses, en el letargo de todos los ideales y en la inmoralidad de todas las condescendencias, la puja de emulación por el bien de la patria, que era el norte de todas las banderas, se sustituyó por los convencionalismos que, arrancando del corazón todas las idolatrías, han dejado desnudos de culto todos los altares, y la opinión indefensa con las ropas del escarnio. Al matar los ideales, quedó en duda el honor de sus *leaders*. Al desaparecer las convicciones quedaron de manifiesto los egoismos, y la historia dirá ante la complicidad común para tapar la responsabilidad atroz de los desastres, si la muerte de la opinión ha sido la venalidad de las conciencias.

De todas maneras la opinión dormita en su letargo. Ni los gravámenes de la guerra, ni las vergüenzas de las derrotas, ni las exigencias tremendas de los pactos, ni los desprestigios de las instituciones cuya hermosa tradición era la más bella de nuestras leyendas seculares, ni las pérdidas de inmensos territorios que eran símbolo de poder y garantía de prosperidad, ni el descenso de jerarquía en la graduación de las naciones,

ni los pavorosos problemas que desde luego imponen la liquidación económica de la guerra y la desorientación inmediata de nuestro comercio marítimo que progresaba con grande realce de la nación; nada, nada ha bastado á hacer sacudir al país el velo de su pesada somnolencia. Y como es problemático que despierte por sí mismo á la activa iniciativa de su propio honor y de sus propios intereses, todo se ha de esperar de arriba, si la nueva situación que acaba de inaugurarse, más feliz que Arquímedes, tiene la fortuna de hallar en sus propios aciertos el punto de apoyo en que sostener la palanca para poner en movimiento concertado todo este mundo que perece en la inercia de su propio descreimiento.

¡El mendrugo de pan de los miserables ha entregado y vendido el cadáver galvanizado de la patria! Es menester rescatarle y hay que resucitarlo. ¡Dios quiera que la nueva situación inaugurada traiga eficazmente en sus labios el apocalíptico *¡Surge!* de Lázaro.

***

Si estas son sus honradas intenciones, indudablemente entre sus primeros actos habrá de dibujarse un meditado cambio total de orientación y conducta en nuestra política internacional, fijando las bases permanentes, las bases que constituyen el pensamiento y la dirección de un Estado, de una nación, de una raza, y de que enteramente carecemos desde la mitad del siglo XVII. Si este sistema se proyecta, si llega á establecer sus piedras angulares, habrá de darse á nuestras relaciones con los pueblos libres de América que se emanciparon de nuestra dominación, conservando la étnica completa de la sangre, de la familia y de la historia, aquella predilección, que sustituya al imprevisor abandono que tan costoso nos ha sido en nuestra última desgraciada aventura con los Estados Unidos. No hemos tenido una política de atracción y de enlace con Sud-América. A ella y á Méjico ha ido nuestra corriente de emi-

gración, si no en el millón y medio que según la estadística del director del servicio de policía del puerto de Génova, Sr. Malvate, atribuye á los italianos embarcados en él para América en los veinte últimos años, es decir, con un contingente de 75.000 emigrantes por año, al menos en proporciones mayores que las que ha suministrado ningún otro país de Europa, y tan imbuída la nuestra de la idea del trabajo y de la redención de la miseria por él, y tan inspirada en la concepción de las empresas que subyugan la fortuna, que para honor de nuestro nombre, de nuestra laboriosidad y de nuestra honradez, á estos emigrantes gloriosos que sostienen el prestigio de España después de habérsela desterrado de aquel mundo, tiene Méjico confiada la gobernación de su Banco Nacional, una de las instituciones de crédito más sólidamente fundadas en la América latina, y en la gran República del río de Solis, donde tan colosales fortunas ha hecho ya la industria española, el Banco Español del Río de la Plata, la Compañía hispano-argentina de Seguros y otras instituciones semejantes de crédito han logrado ponerse á la cabeza de las de su género, allí donde es tan viva y continua la competencia con las razas más emprendedoras de Europa, que en la capital de la Argentina, del Uruguay, de Chile residen, sobre todo las que se disputan el primer rango en este género de empresas, Inglaterra y Alemania, Francia é Italia.

A pesar del menosprecio, más aún que abandono, con que esta triste España de ayer, que no ha tenido apego ni aun á lo que inconscientemente poseía, cuando sonó para nosotros la amarga hora de los desengaños recientes, aunque la diplomacia desatentada de España sin madurez, sin reflexión, sin norte y sin guía, volvió á mirar con menosprecio los auxilios morales que de nuestras hijas emancipadas y florecientes del Nuevo Mundo pudiéramos haber solicitado, tal vez con resultados felices, en toda la América que habla nuestro idioma, que lleva en sus venas nuestra sangre y que participa de las sugestiones y de los espejismos de nuestro genio y de nuestra

historia, brotaron mil y mil ecos de adhesión y simpatía; y puede decirse que la causa de España contra la agresión inicua de los Estados Unidos en la propaganda militante del derecho internacional, en el palenque de la política y de la opinión y hasta en las cumbres de la poesía, ha tenido en nuestros antiguos hermanos de Sud-América, defensores tan resueltos y decididos que han emulado en energía y en entusiasmo con nosotros. Y cuando después de esto, en vez de dirigir á aquellos pueblos la voz agradecida de nuestro amor y fraternidad, hemos leído aquí con escándalo temerarias afirmaciones denegando hechos ciertos y sabidos, cuya evidente realidad nos ha sido testificada, no sólo en las páginas de infinitas publicaciones de todo género, sino en los fondos con que se ha contribuído á los gastos de la guerra, al incremento de nuestra Marina y al socorro de nuestros heridos é inválidos de la lucha, el telégrafo ha tenido que apresurarse á rectificar estos errores vituperables; mientras la pluma de uno de estos entusiastas hermanos nuestros del otro lado del Atlante, desde aquí, donde ha venido á estrecharnos contra el pecho, aun después de la derrota, Ruben Dario, ha tenido que escribir en sus correspondencias á *La Nación* de Buenos Aires:

«No es culpa nuestra si España no nos conoce y nos olvida. Nótase ahora ya alguna tendencia á conocernos, y eso será bien fácil, pues además del vínculo de la inteligencia, que tanto estrecha las naciones de un habla común, tenemos la vía del comercio, y aquí tiene España otro cable más á que agarrarse para sostener sus lazos con las repúblicas de América. Mucho podría ser el comercio hispano-argentino, y para esto nuestro benemérito ministro el Sr. Quesada no ha cesado de trabajar. Aquí podrían venir las carnes argentinas, ya que no en la común forma de tasajo, conservadas por los muchos procedimientos hoy en uso, y la mayoría de este pueblo, que tiene casi como base principal de alimentación el bacalao que importa de Suecia y de Noruega, comería carne sana y nutritiva. Luego sería cuestión de ver si se adaptaba para el con-

sumo del ejército y de la Marina. Por lo pronto, la Sociedad Rural de Buenos Aires podría hacer el ensayo enviando en limitadas cantidades la carne conservada, y por los resultados que se obtuvieran se procedería posteriormente. España enviaría sus lienzos, sus sederías, sus demás productos manufacturados, que allí tendrían colocación, y no habría en ningún viaje el inconveniente del falso flete. Estos apuntes—añade Ruben Darío — pueden ser estudiados detalladamente por aquellos á quienes corresponde la tarea. Tales formas de relación entre España y América *serán seguramente una aproximación*, y de cualquier modo establecerían intereses más provechosos, duraderos y fundamentales que las mútuas zalemas de un iberoamericanismo reducido á correspondientes de Academias, Ministros literatos y poetas de aluvión.»

*
* *

Que estas ideas han de entrar en el nuevo orden de la política internacional de España con América, y, naturalmente, en el sistema de reconstrucción ofrecido por el Sr. Silvela, hay hechos que lo demuestran y otros que lo demandan. Los periódicos de Chile últimamente llegados á Madrid, insertan las comunicaciones mediadas entre el Ministro español en Santiago y el de Relaciones Extranjeras de aquella República, sobre el establecimiento de una línea de vapores entre los puertos chilenos y los de la Península, teniendo por base los magníficos barcos de la Compañía Trasatlántica, una de las inteoceánicas mejor montadas de Europa. El Gobierno español se compromete á subvencionarla, y nuestro ministro en Chile ha pedido á aquel Gobierno análoga protección. La línea, teniendo á Cádiz por punto de carrera, continuaría sus escalas á Lisboa, el Havre, Liverpool ó Amberes, según la experiencia demostrara lo más conveniente. De Cádiz á Irún se establecerían elegantes trenes rápidos para trasladar los pasajeros con prontitud y economía al centro de Europa; y sería la princi-

pal ventaja que la nueva línea ofreciese al comercio chileno y al de toda la escala oriental atlántica de la América del Sur la baratura de los fletes, que serían mucho más bajos que los de las demás empresas marítimas. A esta invitación ha respondido el Gobierno de Chile, interesado también en establecer este lazo más de amistad y conveniencia recíproca entre aquella República y España, con grande y amistosa benevolencia, quedando aplazada la resolución de lo propuesto á la nueva reunión de las Cámaras chilenas, para que, apreciado el pensamiento en su debido valor, se acepte el temperamento que más convenga á los intereses del país.

No basta provocar estas iniciativas, sino que es necesario repetirlas y sostenerlas con impertérrita perseverancia; que las Cámaras de Comercio no falseen su misión, ingiriéndose á ser un elemento más de nuestra industria política interior, y que, á la mira siempre de lo que hacen otras naciones para difundir el tráfico de sus productos, y de los obstáculos que se nos creen á la difusión y estabilidad de nuestros intereses mercantiles, con avisos, con estadísticas, no fiadas al *Instituto* de su nombre, que las da fiambres, trasnochadas, tardías, incompletas é inútiles, sino formadas con la actividad que estos intereses reclaman, despierten y estimulen la acción de nuestros Gobiernos para contrastarlos: de lo que en estos momentos tenemos un caso sobre el cual hay que girar inmediatamente la atención. La Cámara española de Comercio de Buenos Aires, con fe nobilísima, ha puesto de su parte cuantos medios le han sido posibles para fomentar las relaciones recíprocas del tráfico entre aquella República y España. Los resultados de su gestión están siendo tan eficaces, que ya han puesto en espectación contra nosotros los intereses rivales, y el último número de *La Nación,* de aquella capital, publica un artículo en que dice que entre las naciones cuya importación de productos en la Argentina supera á la exportación de los de aquel país, figura Inglaterra, los Estados Unidos y *España.* Da la voz de alerta, y añade que es conveniente *estudiar* con deten-

ción y en primer término las relaciones comerciales de la Argentina con estos países, porque las relaciones comerciales de la República se basan *sobre la reciprocidad*, y cuando ésta *se altera* por cualquier concepto, *hay que restablecerla* si obligan á ello las circunstancias. Como se ve, esta es una teoría nueva que á ningún economista se le había hasta ahora ocurrido plantear; pero una vez enunciada por periódico tan importante como *La Nación*, no hay que dejar de leer, entre líneas, lo que ella quiere decir. Entre líneas conjuntamente la han leído en Buenos Aires *El Correo de España* y nuestro Ministro D. Julio de Arellano, el cual se ha apresurado á transmitir una nota diplomática al Ministro Sr. Alcorta, protestando de la infidelidad de los datos estadísticos de las publicaciones oficiales, en lo que respecta al comercio de exportación en España, invitándole á que se rectifiquen, para que á su vez se rectifiquen también las opiniones de *La Nación*.

De cualquier modo, todas estas cosas y otras muchas en que no nos podemos dilatar, ponen de manifiesto la necesidad imperiosa de una orientación meditada, discreta y consistente en nuestro sistema de política internacional con nuestras hijas de América. Con ellas tenemos muchos vínculos de interés; pero como Ruben Dario dice muy bien, para que la reaproximación se verifique, es preciso cesar un tanto en los procedimientos románticos del corazón y la historia, y estrechar los lazos en el interés comercial y político común.

*
* *

La influencia creciente de la Argentina en toda la América que fue española, cada día hace nuevos avances bajo la dirección política del ilustre general que hoy ocupa la Presidencia, y cuyo pensamiento y poder se imponen á todos sus rivales. Con el General Roca puede decirse está el espíritu de todo aquel pueblo, y lo que es más, su ascendiente es tal, que arrastra en sus ideas las Repúblicas contiguas, así de un lado como

del otro de los Andes, así en una orilla como en la opuesta del Plata y del Paraguay. *El Cívico*, de la Asunción, escribe exhortando á la opinión de los paraguayos para *vincularse estrechamente* con la Argentina. Los colorados del Uruguay, vencidos en la elección del nuevo Presidente, D. Juan Cuestas, miran la anexión á su metrópoli á la otra orilla, como un signo de robustecimiento y de defensa nacional. Los revolucionarios de Bolivia, contra las intervenciones de Chile y del Brasil, tienden la mirada hacia el primer magistrado de Buenos Aires; y la conferencia de Punta Arenas, tan combatida en la capital de Chile por los radicales de la política ultraandina, anima las esperanzas del Perú, á la vez que enciende á los partidarios del Presidente Errazúriz en ideas de un engrandecimiento, que en vano hubiera pretendido adquirir por las líneas inciertas de su dilatadísima frontera.

Todas las ideas de reconcentración continental que fluyen en el pensamiento de los más ilustres pensadores de la América del Sur, se encuentran en nueva ebullición desde que la entrevista de los dos Presidentes se ha efectuado. Algunos escritores han vuelto á discurrir sobre los *Estados Unidos de la América del Sur*. Otros abogan por la inmediata reunión de un *Congreso Sudamericano*. Hay quien habla de la inmediata *Transformación del mapa de la América Meridional*. Las impresiones generales sobre el objeto íntimo de la conferencia están conformes con los discursos pronunciados en el banquete ofrecido por el Presidente Errazúriz al Presidente Roca á bordo del *O'Higgins*. Pero en realidad, en esos discursos nada nuevo se ha dicho: solamente se ha consagrado más solemnemente lo que desde los arreglos relativos á la paz *definitiva* entre la Argentina y Chile, el General Roca había expresado tan sincera como elocuentemente, entre otros, al Ilustrísimo Obispo de Ancud, cuando á fines de Noviembre último le felicitaba éste por aquel suceso tan importante que ponía término satisfactorio á un litigio internacional de más de medio siglo. —«*La paz felizmente establecida*, le decía el respetable prelado

chileno, *afianzará el progreso y la unión de estas dos Repúblicas hermanas.*» Y el General Roca le contestaba:—«*Todo ha de contribuir en lo futuro á la completa armonía y amistad de Chile y la República Argentina, cuyo poder y vitalidad deben confundirse fraternalmente para que sean ambas naciones la fuerza y nervio del progreso y de la civilización en esta parte de América, que debe esperarlo todo de la unión, del trabajo y de la paz.*»

El banquete á bordo del *O'Higgins* era la gran función pública de la entrevista. Con Errázuriz estaba Blanco Viel; con el General Roca estaba Alcorta; y entre la escogida comisión de uno y otro Presidente, entre el Almirante Montt y el Vicealmirante Rivadavia, los delegados chilenos de la Conferencia de la Puna de Atacama, Eulogio Altamirano, Luis Pereyra y J. Julio Zégers. Y cuando el Presidente Errázuriz se levantó á ofrecer á su ilustre huésped el pan y la sal, dijo: «Señor Presidente, os doy la bienvenida y agradezco vivamente vuestra visita. Este acto de cordialidad internacional es la consagración de los sentimientos afectuosos que han mantenido la paz entre Chile y la Argentina durante noventa años (?) y que han estrechado acontecimientos recientes. Es también la expresión fiel de nuestros deseos sinceros de hacerla inalterable. La paz, siempre benéfica, es fecunda entre naciones vecinas y hermanas; armoniza sus intereses materiales y políticos, estimula su progreso, da vigor á sus esfuerzos, hace más íntimos sus vínculos sociales y contribuye á la solución amistosa de sus dificultades y conflictos. La paz es un don de la divina Providencia. Creo, señor Presidente, que mis propósitos son los vuestros, y que de ellos darán próximo testimonio las conferencias de Buenos Aires. Es para mí prenda de éxito la acción levantada y patriótica de S. E., que tan señalados servicios ha prestado á su país y que tanto ha contribuído á asegurar días de feliz inteligencia entre Chile y la República Argentina.»

A este discurso siguió el del General Roca, en esta forma: «Señor Presidente: Retribuyo cordialmente vuestra afectuosa

bienvenida, y os expreso por vuestras delicadas atenciones mi más vivo reconocimiento. *Este acto reviste,* efectivamente, y lo habéis expresado muy bien, *proporciones de una alta significación y alcances de una gran trascendencia.* Como revelador de los poderosos vínculos que los estrecha y de los vehementes deseos de paz que nos son comunes, exterioriza y expone ante el mundo entero este acto, que Chile y la República Argentina tienen la conciencia clara *de sus destinos paralelos y de su importantísima y doble misión interna y externa.* La paz, como medio y como fin de civilización y *de engrandecimiento*, es, en verdad, un don de la divina Providencia; pero es también un supremo deber moral y práctico para las naciones que tenemos el honor de gobernar. *Pienso, pues, como el señor Presidente de Chile, y confundo mis sentimientos y mis deseos con los suyos, como se confunden en estos momentos las notas de nuestros himnos, las salvas de nuestros cañones y las aspiraciones de nuestras almas.* Bajo estas gratas y profundas impresiones formulo los votos más ardientes por la prosperidad del pueblo de Chile y por la felicidad de su dignísimo Presidente, mi colega y amigo, á quien de una manera tan directa corresponden en justicia y en honor las elevadas y nobles satisfacciones que embargan por igual todos nuestros espíritus.»

Toda la prensa americana se ha ocupado de estos discursos, que han tenido una excepcional resonancia en Londres y en Washington. Ni en Santiago ni en Buenos Aires se les comenta más que en el sentido de las expansiones internacionales, pues á pesar de las reservas de la palabra oral, todo el mundo há comprendido que en las entrevistas presidenciales, si se ha asegurado la transacción con que posteriormente se ha resuelto la conferencia sobre la Puna de Atacama, sin que el intermediario tercero Mr. Buchanam haya tenido papel alguno activo que representar, y si se ha dado un gran paso para el arreglo directo de las demás cuestiones en litigio sobre la línea fronteriza de los Andes, sometida al arbitraje de la Reina de la Gran Bretaña, el cambio esencial de opiniones y propó-

sitos ha debido abarcar todas las cuestiones de actualidad más palpitante en toda aquella parte del continente americano. Los disidentes de Santiago de Chile, en expresión unísona con los publicistas y diplomáticos de Washington y de Londres, no han querido dar á la conferencia más alcance que el destinado á traducir en impresiones vivas el sentimiento pacífico que inspira á los dos países, y que asegura la paz como un hecho consumado y definitivo. La entrevista para éstos ha sido un acto de simple cortesía diplomática. En los círculos íntimos del Presidente en Chile y en todos los de la Argentina, la entrevista ha echado las bases de una más extensa solidaridad hacia fines que nunca trascienden á la esfera de la publicidad hasta que se tocan sus actos, pero que desde luego han de influir en la política exterior de ambos Gobiernos. En la conferencia de Roca y Errázuriz todos adivinan pactos solemnes de solidaridad en conveniencias y destinos que no pueden menos de influir ventajosamente en la suerte de la América latina.

***

Si por los hechos menudos es lícito conjeturar las impresiones, hay que confesar que en Londres la conferencia de los Presidentes ha debido despertar una viva espectación, y aunque ésta, dada la inteligencia política subsistente para ciertos negocios entre Inglaterra y los Estados Unidos, debe haber sido no menos profunda en la Casa Blanca. El banquete de los Presidentes á bordo del *O'Higgins* se verificó el 16 de Febrero: el 15 el *Foreing Office* procedía al nombramiento del tribunal para el arbitraje solicitado por los Gobiernos de la Argentina y Chile, para dirimir las divergencias en el trazado de la línea general fronteriza de los Andes; lo constituía en el mismo Ministerio de Relaciones Extranjeras, y lo comunicaba á las legaciones respectivas para poner en contacto al perito argentino Dr. Moreno y á los de Chile los ingenieros Bertrand y Eastmann con los árbitros de S. M. B., el Mayor General sir

John Charles Ardagh y el coronel sir Thomas Holdich, ambos pertenecientes al cuerpo de Ingenieros Reales, y á los que preside en el tribunal arbitral lord Edward Macnagthen, notable jurisconsulto y una de las más altas dignidades de la magistratura judicial en la Gran Bretaña.

La satisfacción de este hecho, que debía revelar un gran interés y eficacia por parte del Gobierno del Marqués de Salisbury, vióse destruída al día siguiente para el Ministro argentino Sr. Domínguez, por una intempestiva pregunta dirigida el 16 por el Barón Muskerry, en la Cámara de los Lores, al Gobierno de su graciosa Majestad, acerca de las noticias que á Londres habían llegado de malos tratamientos infligidos por la policía de Buenos Aires á *súbditos británicos*, y recabando del primer Ministro las medidas que había tomado en protección de las víctimas de estos abusos. Lord Salisbury no se dió por informado de los hechos que se le denunciaban; pero prometió adquirir sus informes, y, de ser ciertos, adoptar las medidas que el caso reclamase para la protección que se le demandaba. En realidad, no se trataba de un hecho nuevo y no conocido, puesto que la prensa de Londres ya hacía tiempo venía ocupándose de él, casi, casi, desde que se sometió la cuestión andina al Gobierno de la reina Victoria, que, por lo visto, quiso asegurarse por adelantado, *britannico modo,* el pago de su arbitraje, pues Inglaterra nunca trabaja de balde.

En efecto, hacia mediados de Enero último, el *Times* de Londres, y el *Wester Mail,* de Cardiff, dieron la noticia de la reciente llegada á Carinarthen, en el país de Gales, de una comisión de delegados de los galenses establecidos en la Patagonia, solicitando una conferencia con algunos representantes en el Parlamento británico, para exponerles quejas que aquellos colonos les habían transmitido sobre abusos cometidos con ellos por el Gobierno argentino, y reclamar el apoyo del inglés, ó para ponerse bajo su protectorado, ó para que les auxiliase á conquistar su independencia. ¡Otra *Cuba* argentina! Los supuestos delegados de los colonos galenses del Chubut

eran Mr. Lirbyd Ap Iwan y Mr. Benlow Philips, y aunque sólo residentes desde 1866 en la referida región de la Patagonia, cuyas maravillas ponderan como á mediados del siglo XVIII el jesuita irlandés Thomas Fakner, que al ser con los de su orden desterrado de los dominios de España, de vuelta á su país trató de abrir un portillo á sus connacionales para establecerse en aquella parte de la Patagonia oriental, inventaron ignoramos qué clase de documentos para acreditar que la soberanía de la Gran Bretaña en el Chubut data de 1670 y es contemporánea de la ocupación de las Malvinas, á fin de dotar de esta manera al Gobierno británico de un documento jurídico más, aunque tan apócrifo, para la intervención que se pretendía.

Trátase de un territorio que tiene una extensión de 240.000 kilómetros y que pueblan 3.748 habitantes, según el último censo. De esta población, son argentinos 2.203, y extranjeros 1.515; varones, 2.196, y hembras, 1.552. Predomina entre los extranjeros el elemento italiano, á quienes en los centros urbanos pertenecen casi todos los establecimientos industriales. Los galenses que en ellos habitan, conservan sus antiguas costumbres y sus cultos, formando una sociedad aparte; pero todos los demás son católicos. Este mismo exclusivismo de vida en que vegetan, hace que los galenses se consideren, no como extranjeros acogidos al pabellón del país que los asila y á cuyas leyes están obligados á mantenerse observantes, sino como colonos de un país salvaje, donde su país de origen puede imponerles su protectorado, sustrayéndolos al deber de someterse al régimen impuesto por la nación soberana. Su querella contra el Gobierno argentino consiste en que los nacidos en territorio argentino están obligados á incorporarse, cumplida cierta edad, á la Guardia nacional, y á concurrir los domingos á la práctica de ejercicios militares. Como el domingo, por su religión, les exceptúa de todo ejercicio corporal, ellos se creen violados en sus derechos, por tener que someterse á esta condición.

Aunque el Gobierno argentino no cree que Inglaterra pueda plantear sobre esta cuestión ninguna reclamación formal, ya en ausencia del General Roca, el Vicepresidente sustituto, Quirno Costa, pidió informes al coronel O'Donnell, Gobernador de aquellos territorios, y éste envió á Buenos Aires al estacionero Arthur Dyson, con las noticias que han de ilustrar el asunto. A la llegada del General Roca á la capital, es posible que se hayan tomado dos determinaciones: una para no dejar abandonados los territorios del río Chubut á las eventualidades de una sorpresa, y la otra para que el Ministro Domínguez, en Londres, ejerza la acción diplomática consiguiente para poner desde luego coto á estos avances inconcebibles.

Respecto al arbitraje sometido al Gobierno de la Reina Victoria, probable es también, que una vez transigida por la delegación internacional reunida en Buenos Aires, la cuestión de la Puna de Atacama, se venga en lo demás al arreglo directo que cada día logra mayor número de partidarios en Chile mismo, donde la oposición de Barrios Arana y Martínez Walker va quedando solitaria é impotente. Inglaterra quedará releva de su mediación, entre tanto que las relaciones internas entre la Argentina y Chile recibirán una consagración aún más firme al cumplirse la recíproca promesa que se han hecho en Punta Arena los dos Presidentes, Roca de visitar á Santiago en Mayo próximo, en su proyectada excursión á inaugurar el ferrocarril del Río Negro y Nacquen, y Errázuriz de retribuirle su visita en Buenos Aires, antes que termine el período de su magistratura suprema.

*
* *

Otras preocupaciones más inmediatas embarazan el ánimo de los dos Gobiernos, ya amigos y aliados, ante la revolución de Bolivia, que ha tomado un aspecto tan repugnante bajo el punto de vista de los sentimientos humanitarios. Desgraciadamente, los que defienden el derecho y los que le atropellan

en brazos del desorden, todos parecen caminar á una misma ruina, y ya toda la prensa de ambas riberas, así la del Pacífico como la del Atlántico, repite sobre el anárquico estado de las altas planicies la palabra fatídica de su *polonización*.

Fácil es recordar cómo empezó esta inaudita tragedia. Bolivia parecía haber entrado, al cabo de tantas perturbaciones y de pérdidas tan considerables como las sufridas en la guerra con Chile, á causa de la depresión de fuerzas físicas y morales que causan siempre los trastornos sistemáticos, en una era de perfecta legalidad, de feliz pacificación y de evidente progreso. Su primer magistrado, el doctor Fernández Alonso, no conquistó su posición en los éxitos del motín; parecía universalmente bien quisto, y al emprender su obra de paz y de concordia quiso incorporar á su Gobierno los varios elementos entre sí en lucha y la representación de todos los regionalismos de la República. Desde Agosto de 1896 en que ascendió al poder supremo, su moderación le había conquistado un gran prestigio; el prestigio que conserva aún, enmedio de la lucha actual, en que se ha colocado de su parte casi toda la opinión culta y sana de su país. El término legal de su pacífica magistratura ya se aproximaba en esta disposición lisonjera, sin que sus manejos personales obstruyeran ningún camino á los aspirantes á su sustitución, y no eran de esperar rebeldías que, al cabo de cuatro meses de tener agitada á la nación, han tenido que quitarse la máscara y descubrir que en el fondo de la aparente rivalidad entre la Paz y Sucre para la capitalidad estable de la República, en el arcano recóndito del ideal federalista contra el régimen de unidad bajo que se regía el Estado, no había otra cosa oculta que las ambiciones personales de un aspirante á la presidencia, bajo el concepto de jefe del partido liberal, enfrente al primer esbozo de la candidatura que el partido nacional ya bosquejaba en la persona de D. Telmo Ichazo, al que se oponía en la sombra el coronel Pando. A esta lucha personal está reducida toda la revolución que pone en peligro hasta la existencia nacional de Bolivia, dándose el

caso de que la guerra que se ha encendido por la insurrección de la Paz no se haya declarado entre aspirante y aspirante, sino entre un aspirante que vela sus ambiciones bajo la máscara de una idea general y el Estado legal, que, inocente en el conflicto, tenía que admitir el reto que se le arrojaba en su indeclinable deber de mantener incólume en sus manos el depósito de la legalidad común, confiada á su honrada custodia. No otra cosa es lo que el presidente y capitán general Fernández Alonso defiende ante las barricadas, las agresiones y las indiadas, impulsadas á la embriaguez de la sangre y el pillaje por el Gobierno intruso establecido en la Paz y por el ejército que acaudilla el coronel Pando.

A pesar de todo, estos desórdenes podían ser, aun mirados con cierta tolerancia, en pueblos que todavía, en cerca de un siglo de independencia, no han salido de las tinieblas y las confusiones del caos, y que tienen las desoladoras luchas civiles por pasión y por costumbre, sin las tristes escenas que el mundo, horrorizado, ha tenido que presenciar, principalmente en la trágica desventura de Corocoro y en la inhumana hecatombe de Cosmini. Las indiadas, frenéticas de sangre y de esterminio, no han respetado en el primer punto los derechos de los neutrales ni las inmunidades de la extranjería, y el ingeniero jefe de la Compañía chilena de Corocoro, súbdito de Noruega, Alé Sandstadt, acosado por los accidentes de la lucha, trató de huir con su mujer, doña Manuela Ruíz, y el secretario de la comisión técnica, Mr. Thargersan. Emprendida la fuga hacia Tacna, fueron alcanzados á las cinco leguas cerca de un lugar llamado Calacoto, en el puente de la Concordia. Una turba desenfrenada de indios los rodeó, y mister Sandstadt, para salvarse, juntamente con el objeto de su adoración, que llevaba consigo, y el auxiliar de sus trabajos, que le acompañaba, ofreció á aquellos salvajes cuanto dinero llevaba, unos tres mil bolivianos en oro. Nada bastó á contener á los que pedían á la vez su ultraje y su muerte, y el triste Sandstadt, amartillando su revólver, disparó primero contra

su joven esposa, que murió en el acto, é inmediatamente se levantó la tapa de los sesos. Mr. Thargersan imitó su ejemplo, dejando sólo sus cadáveres al cebo vil de aquella horda. Sandstadt tenía treinta y tres años.

Al ponerse Fernández Alonso al frente del ejército del orden para imponer el respeto de la ley á los revolucionarios de la Paz, la juventud entusiasta de Sucre se alistó bajo su bandera, formando dos escuadrones de jóvenes distinguidos á sus órdenes, bajo los nombres de *Escuadrón de Sucre* y *Escuadrón de Monteagudo*. Las señoras de Sucre les habían regalado sus estandartes; el Arzobispo se los había bendecido, y en el acto solemne de su entrega, la Sra. Carmen Lemaitre les había dicho en un caluroso discurso: «¡Soldados de la ley, hijos predilectos de mi patria, os saludo á nombre de las damas de esta capital: os entrego, á nombre de ellas, los estandartes que acaban de recibir las bendiciones de Dios! ¡Llevais en ellos los sagrados recuerdos de vuestras madres, de vuestras hermanas, de los seres queridos que os acompañarán con sus plegarias en vuestras fatigas y en las horas del peligro! ¡Llevais los latidos del noble, del generoso corazón de la ciudad del 25 de Mayo, de la capital Sucre, del suelo bendito en que nacísteis y donde recibísteis las tiernas caricias de vuestras madres! ¡Llevais la enseña santa del honor que supieron inspiraros vuestros padres! ¡Hijos de la capital de Sucre, vuestras madres os bendicen! ¡Jóvenes ilustres, el Dios de las misericordias os guíe en vuestra gloriosa campaña! ¡Volveréis, sí, para ser la gloria, el consuelo y la alegría de vuestros hogares!» Los escuadrones de Sucre y de Monteagudo acompañaron á Fernández Alonso á Oruro, donde estableció el Presidente y Capitán general su base de operaciones, y no es necesario decir que á esta fuerza se encomendaban los servicios de mayor confianza.

El escuadrón Sucre, una compañía del escuadrón Monteagudo y un cuerpo de 20 Jefes y Oficiales de Oruro, salieron á custodiar un convoy de armas y municiones que se remitía al cuartel general. Sorprendidos por la indiada, compuesta de

unos 4.000 hombres, que con los escuadrones Abaroa y Vanguardia, al mando del Coronel Pando y 350 hombres de infantería, mandados por D. Clodomiro Montes, los acechaban, trabóse el combate el 24 de Enero en Cosmini, no pudiendo su exigua fuerza sostener la avalancha de número tan superior, y teniendo que retirarse en derrota hasta Sicasica. El Coronel Pando, en el parte que al día siguiente se publicó en la Paz en el *Boletín oficial*, y que la noche anterior había enviado con su Ayudante Néstor Velasco, decía que la acción se había reducido á tomar los carros de municiones y las cajas de fondos que conducían 50.000 bolivianos, más algunos prisioneros, y que bajas no habían ocurrido, porque para hacer huir al enemigo le bastó mandar que no se tirase sino *á las mulas de los furgones, donde concentró el fuego;* pero estas jactancias permitidas á la victoria, aunque con fuerzas tan desproporcionadas, son simplemente el retrato de un héroe ridículo. Los jóvenes de Sucre batiéronse con valentía, de la que es demostración el número de sus bajas. El escuadrón de Sucre tuvo, entre Jefes, Oficiales y soldados, tres muertos y 31 heridos, y la compañía del escuadrón de Monteagudo, dos muertos y 19 heridos, en cuyas cifras se hallan el Teniente Coronel de Sucre, Melitón Sanginés, el Capitán José Luis Raña y siete rifleros; el Teniente primero Leonidas Dondo, y otros ocho soldados de las primeras familias de la capital; el Capitán de Monteagudo, Felipe Iturriche y los demás que se ha referido, toda gente selecta, abogados, comerciantes, empleados de compañías industriales, de los Bancos y de los Ministerios del Estado. Todavía no paró en esto la horrible salvajada. Los indios, ébrios de sangre, asaltaron pocos días después el pueblo de Ayo-ayo, que saquearon, entregando además á las llamas gran número de edificios, y habiendo sabido que en la iglesia se habían refugiado los heridos de Cosmini, entraron en ella, los mutilaron y los sometieron á indecibles tormentos, hasta concluir bárbaramente con ellos. El mismo párroco, que pronunció en su favor algunas palabras de compasión, con otras

personas del servicio de la iglesia, fueron del mismo modo asesinados.

Tal es, por parte de los revolucionarios regionalistas de la Paz, el carácter de la lucha en que traen encendida á Bolivia, sin que la haya provocado ningún odio político, ninguna querella de arbitrariedad ni de opresión, ningún cargo de ilegitimidad en los poderes constituídos. Esto no obstante, y á pesar de que el brutal accidente de Corocoro haya promovido una actitud de espectación y defensa por parte de Chile, que ó ha de dar lugar, cuando las cosas se pacifiquen, á una reclamación justificada, ó de no pacificarse, tal vez á una próxima intervención por las armas; y á pesar de que los hechos de Cosmini y Ayoayo hayan levantado protestas aun en el mismo partido liberal, de que el coronel Pando es jefe, en *El Tiempo*, de Potosí, ha publicado éste un manifiesto en que explica que «el objeto principal de este movimiento fue buscar *la regeneración del país*, corrigiendo los vicios arraigados en la administración pública desde la época de Arce.» Añade que con el pronunciamiento de la Paz no se ha disputado ni disputa á Sucre la capitalidad, sino se ha resuelto «echar abajo el funesto sistema de coacción y del fraude electoral, para que imperen libremente las ideas y aspiraciones de los pueblos bajo un régimen que garantice y ampare todas las libertades.» Con estas mismas monsergas se ha dirigido á Chile Claudio Pinilla, agente de la revolución boliviana, el cual ha declarado á un redactor de *El Ferrocarril*, de Santiago, que en la revolución que se desarrolla en Bolivia *no hay un propósito estrecho de caudillaje;* que la revolución es impersonal y *de principios*, y que su verdadera causa es la necesidad de un cambio de sistema político y económico. Respecto á la inmunidad de los neutros y de los extranjeros, como si nada hubiera ocurrido en Corocoro, dá seguridades de tal confianza, que no parece sino que Sandstadt y Thargersan se mataron, después de matar el primero á su pobre mujer, por mero *sport*.

La cuestión, con todo, no está terminada; y aunque todos

los días se espera un combate definitivo que incline la victoria á uno ó á otro lado, ese combate se aplaza indefinidamente y no se da. El ejemplo no puede ser útil en las proximidades de pueblos enfermos de la misma enfermedad, como el Ecuador al Norte y el Uruguay al Mediodía, sin que falten temores de repercusión en el Perú, que enmedio del campo de la rebelión tiene á su inquieto y ambicioso general Cáceres, dispuesto, como el antiguo Garibaldi, á acudir con su espada donde quiera que haya festín de sangre humana. Por otra parte, el Brasil se ve obligado á vigilar su frontera; Chile sufre daños enormes, no sólo por verse compelida á la misma vigilancia, sino por la interrupción de su comercio y los perjuicios que se causan á las empresas ferrocarrileras y otras industriales en que está empeñado el capital de sus connacionales; y después de las entrevistas de Punta Arenas, ya empiezan á leerse en periódicos tan discretos como *El Mercurio*, de Santiago, exhortaciones á Chile, la Argentina y aun al Brasil, para «que cumplan la misión internacional á que están llamadas en sus relaciones con estos pueblos impenitentemente perturbadores, que se devoran á sí mismos y perjudican á los demás.» El gobierno de Errázuriz aún no se precipita, pero se podría precipitar.

Las últimas noticias reflejan los efectos morales de los sucesos que se han referido. La revolución ha entrado en un período de gran decadencia. Al coronel Pando todo el país le vuelve la espalda, y agotados los 500.000 bolivianos que produjo el empréstito levantado por la Junta de Gobierno federal, en vano se ha intentado recurrir á los cupos personales. El país no responde ya; los recursos faltan y el jefe militar de la insurrección ha tenido que abandonar á Sicasica, donde había constituído su cuartel y reconcentrarse en la Paz, cuya situación es poco bonancible, abandonado hasta de la indiada cuyos instintos feroces estimuló. Fernández Alonso siempre en Oruro, aumenta cada día sus fuerzas, sus armamentos y sus recursos; pero su moderación le ha inspirado siempre la repug-

nancia á ensangrentarse. Estrecha á la Paz y espera que la Paz se reduzca. Si así felizmente acontece, dejará á la ley que obtenga el triunfo y la reparación que no ha querido obtener de los ultrajes de la fuerza. Así lo ha expresado á los jefes de los contingentes de Cochabamba, Tarija, Camarones y las Chichas, que sin cesar se le agregan, y á los distinguidos jefes y oficiales del ejército argentino que por la vía de Antopagacta habían llegado á ponerse bajo sus órdenes, llevándole doce cabos de cañón y algunas ametralladoras Maxim.

***

La elección de Cuestas ha contenido en el Uruguay la inquietud de los colorados y la insubordinación de los cuarteles. Los colorados han estado haciendo por tanto tiempo el papel del *enano de la venta*, y, amenazando cada día con invasiones y revueltas á que el espíritu público ha permanecido indiferente, han dejado llegar el primero de Marzo y consagrar con el voto constitucional la magistratura que trataban de derruir á todo trance. ¿A qué ya volver sobre los hechos pasados? Cuestas es hombre de carácter, al par que de moderación. Delante tiene un largo ejercicio legal y en él dará las pruebas elocuentes de sus talentos para el supremo poder. Aquietar las opiniones, satisfacer las exigencias legítimas, renunciar á todo espíritu de venganza, atraer con la dulzura los díscolos de la ambición y no abrir la amargura de la proscripción á ninguna esperanza, ni la opresión de la fuerza sobre ningunas facultades provechosas, es una tarea que se le impone y que probará, si la sobrelleva con la perseverancia y la abnegación que deben ser los distintivos de los que mandan, las altas condiciones del gobernante que el Uruguay necesita para entrar en las pacíficas vías por donde pueden ser eficaces sus progresos y seguros sus destinos.

Si los desórdenes renacieran, si el descontento volviera á aumentar el número de sus adversarios, su papel sería desai-

rado y la suerte del Estado que rige no menos comprometida que la de Bolivia, que la del Ecuador y que la de las minúsculas Repúblicas del Centro.

***

No hay Estado de la América que fue española donde no haya herido las fibras de los corazones católicos el primer llamamiento del Vicario de Cristo á su prelacía para el Concilio continental americano que León XIII se propone celebrar en Roma el 28 de Mayo próximo. Realmente León XIII es un celeste iluminado. Aquellos Estados, indiferentes, racionalistas y ateos, se han conmovido con los sentimientos del más profundo amor filial y con la veneración del más respetuoso acatamiento. León XIII restaura en América una nueva luz: la luz que con su habla, sus Códigos y sus Academias llevó España á aquel mundo de redención; la luz que lo singulariza, que allí enaltece nuestra raza y que le da un carácter distintivo más, y el más vigoroso, para presentarlo enfrente de la raza protestante que ocupa casi todo el continente del Norte, y contra la cual se prepara con otro escudo de defensa para el día en que el equilibrio se rompa ó en que la fatua jactancia del poder y la fuerza conduzca á alguna tiránica opresión. En Méjico, en Colombia, en la Argentina, en Chile, en todas partes, el pensamiento de León XIII, aunque subterráneamente contrastado por los que padecen los fanatismos de la sugestión ajena, ha despertado un movimiento regenerador, que ya se veía extender en las ideas y en las costumbres generales, en las instituciones de la piedad y hasta en las tentativas de la diplomacia. ¿No hemos visto al Congreso de Colombia votar una ley para reconocer, al terminar el siglo en que ha comenzado su vida de nación libre y soberana, la divina autoridad *social* de Jesucristo, y para erigir en testimonio de este reconocimiento un monumento nacional que lo perpetúe dentro de la cate-

dral de Bogotá? ¿No hemos asistido, aún no hace un año, á las gratísimas sesiones del Congreso de obreros católicos de Buenos Aires? Esta misma República Argentina, que no reconoce religión de Estado, ¿no ha tenido también en el curso del último año transcurrido su Sínodo diocesano, el primero que se ha celebrado en los jóvenes pueblos independientes de la América ibérica, desde el de Méjico, desde el de Lima que presidió Sto. Toribio de Mongrovejo, y desde el de Charcas, que ilustran la dominación de los españoles? Ah, León XIII es espíritu de luz, que difunde el rayo de la gracia por todo el Universo. ¡Qué alegría, qué estímulo, qué entusiasmo el día que el Santo Papa, protector de las modernas democracias, extienda á Méjico, á la Argentina, al Perú la alta jerarquía del Principado de la Iglesia! Era de leer la prensa de Lima cuando Su Santidad consagraba á monseñor Manuel Tovar para la metropolitana del imperio de los Incas. Méjico se enorgullece con el cuadro titular de sus sedes arzobispales de Durango, Guadalajara, Linares, Méjico, Michoacan, Oaxaca y las sufragáneas que les están adscritas. Monseñor Próspero María Alarcón, en Méjico, está considerado como un santo; monseñor Ignacio Artigas, en Michoacan, como un sabio; monseñor Eulogio Gillow y Zamulga, en Antequera, como un tesoro de virtudes. Colombia venera á su metropolitano de Bogotá, Bernardo Herrera Restrepo, orador, publicista, maestro; Tunja, Popayan, Pamplona, Medellín, Panamá, Santa Marta, Socorro, Tolima, Antioquía, Pasto y Cartagena son asientos episcopales de varones de santidad y virtud, á quien los progresos de la moral, de la instrucción y de la beneficencia deben tanto como la emulación de la fe. De España es natural fray Ezequiel Moreno, su Obispo de Pasto, pero sus ovejas dicen que los santos descienden del cielo. Caicedo, Pardo Vergara, Calerón, Peralta, son honor de tan sabio y virtuoso episcopado. La Argentina se enorgullece legítimamente con su primado Castellano, con Terrero, el obispo de Delcos, Espinosa, de La Plata, Boneo, de Santa Fé, Toro, de

Córdoba, Linares, de Salta, Padilla, de Tucumán, Lastra, de Paraná, y Benavente, de San Juan.

Diez y ocho iglesias nacionales reunirá en breve León XIII, atentas al llamamiento de su supremo jerarca. Bolivia enviará un Arzobispo y tres Obispos; Bahía, un Arzobispo y siete Obispos; Rio Janeiro, un Arzobispo y siete Obispos; Chile, un Arzobispo y tres Obispos; La Confederación Argentina, un Arzobispo y ocho Obispos; el Perú, un Arzobispo y siete Obispos; Colombia, un Arzobispo y once Obispos; el Uruguay, un Arzobispo y dos Obispos; Venezuela, un Arzobispo y cinco Obispos; El Ecuador, un Arzobispo y seis Obispos. De Guatemala irá el Sr. Casanova y Estrada, é ilustrísimos episcopales del mismo orden de los demás Estados del Centro é insulares y México. Unos cien prelados entre todos próximamente. Hay que confesar que todos estos pueblos recién emancipados de España halagaban hace mucho tiempo la idea de esta ilustre congregación, por lo mismo que hallándose á grandes distancias de la Santa Sede Apostólica, necesitan confraternizar entre sí, ponerse inmediatamente al habla, bajo la suprema autoridad de aquél cuyas palabras son dogmas. Y aunque el espíritu moderno, desde la emancipación, ha hecho en todos los Estados donde están enclavadas estas iglesias harta propaganda de racionalistas y ateos, también es justo confesar que en todos los Gabinetes americanos la idea del Pontífice ha merecido la mejor acogida, y que sólo algún periódico trasnochado se ha exhibido en la arena de alguna pasiva oposición. Puede asegurarse que en todas partes ha producido el entusiasmo, y que toda la prelacía católica americana está disponiendo su expedición para ir á postrarse al pie del santo vicario de Cristo. Los Obispos argentinos se embarcarán para Europa el 15 de Abril.

*
* *

Toda la prensa americana, con especialidad la argentina,

uruguaya, paraguaya y brasileña, se ha deshecho estos últimos días en sentimientos de admiración y de lástima por la trágica suerte que debe haber cabido á un temerario explorador español, á Enrique de Ibarreta, que se había propuesto reconocer en el Chaco las orillas del Pilcomayo, habitadas aún por los indios *malos*, agresivos y antropófagos. El pobre Ibarreta salió de Buenos Aires á su expedición, de la que ni él ni las personas que llevaba á su servicio han vuelto, ni se ha podido dar con el rastro de su trágico fin. ¡Se supone que los indios les han dado muerte y se los han comido!

Era Ibarreta natural de Bilbao, donde nació en 1839. Siendo casi niño ingresó en la Academia de Ingenieros de Guadalajara; pidió más tarde la excedencia en el cuerpo, y se aplicó con su padre D. Alfonso de Ibarreta á la construcción del ferrocarril de Durango á Bilbao. Después pasó á la Argentina, fijando su residencia, ya en Buenos Aires, ya en Rosario, ya en Córdoba, consagrado á empresas industriales, y en Córdoba desempeñó el cargo de Vicecónsul de España. Tenía pasión por los viajes, y sus lecturas eran las hazañas de los más conocidos exploradores. Con estas fantasías hizo tres viajes al Chaco, y en uno de ellos llegó más allá de la frontera del Brasil con el Paraguay.

En 1894 regresó á España, de donde, reconocido en su antiguo empleo, marchó á Cuba con el General Martínez Campos. En Cuba peleó contra los insurrectos, y como recompensa á su heroico comportamiento se le condecoró con la cruz de María Cristina y la del Mérito Militar roja de primera clase. Mas habiendo caído anfermo, vióse obligado á abandonar la isla, dirigiéndose otra vez á la Argentina, que consideraba como su segunda patria. Con la manía de las exploraciones, que imperaba en su alma, en Mayo del año anterior pasó á Bolivia, donde dispuso la expedición fatal al Pilcomayo, en la que ha encontrado la muerte. Todos cuantos empeños se han hecho para hallar la huella de sus pasos y para buscar su cadáver, han sido infructuosos. Mas por algunas confidencias, se en-

tiende que además de muerto..... *¡fué devorado por los antropófagos!*

Después de esta triste aventura, en que un español más ha dado la vida por la civilización de América, cuando ya América no nos pertenece, el Gobierno argentino trata de poner en ejecución su proyectada conquista definitiva del Chaco ó por la ocupación militar, que propone el teniente coronel Valdrich, ó por la construcción del ferrocarril de Puerto Bermejo á Tartagal, que propone el comandante Drago. Cualquiera que sea el proyecto que triunfe, el Pilcomayo quedará dentro de la línea estratégica que se establezca.

Iob.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.=Criminología: La justicia penal según Ferri.=Literatura: El gran escritor ruso.—Esteban Mallarmé y el simbolismo.—Cyrano de Bergerac.=Psicología pedagógica: Psicología de los exámenes.=Diplomática: La partícula nobiliaria.=Impresiones y notas: El sol en la moral infantil.—La imantación en los carriles de las vías férreas.—La Biblioteca nacional de París.—Wagner y Verdi.—Patriotismo y cristianismo.—Clasificación de los mitos.—La falsificación de la historia.—Términos no parlamentarios.

CRIMINOLOGÍA

La justicia penal según Ferri.—El *Resumen de un curso de Sociología criminal*, de Enrique Ferri, da materia á Juan Cruppi para un artículo expositivo en la *Revue bleue*.

La última de las fases de la justicia penal, á la que hoy hemos llegado después de mil rodeos seculares, es la fase *social*. En este período de la historia judicial, la justicia no es más que una función de preservación; se convierte en axioma la imposibilidad de medir y pesar la responsabilidad *moral* del criminal, y se define así el delito: «un acto, determinado por motivos antisociales, que ofende las condiciones de existencia de la colectividad».

El carácter fundamental del criminal consiste en la imposibilidad en que se halla de contener sus propios impulsos, ejerciendo el *self control*, la intervención sobre sí mismo; el único agente capaz de desarrollar este *self control* es el trabajo, pues, como dice Wright, «el cerebro del ocioso es la forja

del diablo.» Hay, pues, que regularizar, para remediar este mal, el trabajo humano por una organización social: 1.° Obligando á trabajar á todos. 2.° Asegurando á todo hombre el trabajo suficiente para que su existencia no sea la de un esclavo ó la de una bestia. Conseguido esto, la criminalidad podrá existir como caso de patología aguda, pero no como epidemia crónica. Entretanto, los criminales continuarán estando *en mayoría* en las sociedades civilizadas; porque al lado de la criminalidad *conocida*, está la *latente*, mucho más extensa y no menos antisocial que la primera: la de los listos y la de los criminales indirectos que, por la ociosidad, por el juego, por el lujo, salen de las condiciones normales de existencia de la civilización.

¿Cuáles son los defectos actuales de la justicia penal? La impersonalidad, la arbitrariedad, la impotencia, la anarquía.

Nuestra justicia es *impersonal*, cometiendo á cada paso el error de la antigua medicina, que estudiaba la enfermedad, el diagnóstico, el tratamiento, y se olvidaba..... ¡del enfermo! «El procesado—dice Ferri—no es más que un maniquí vivo, en el que pega el juez el número de un artículo del Código, con el solo cuidado de una dosimetría penal, que debería ser proporcionada á la culpabilidad moral que pretenden haber pesado en el justiciable».

Nuestra justicia es *arbitraria*, pues sólo se basa en la convicción íntima del juez, en una especie de inspiración fantástica que se traduce en el monosílabo del jurado y en la sentencia del magistrado, haciéndonos retroceder á la peligrosa fase de la justicia *sentimental* del siglo XVIII, que debe ser reemplazada por la base *científica*, caracterizada por el empleo del peritaje, por el estudio profundo del delincuente y por la especialización de los jueces en armonía con la complejidad de la delincuencia.

Nuestra justicia, en fin, es *impotente*, lo mismo respecto á la criminalidad latente que á la manifiesta, y *anárquica*, porque las diferentes ruedas de la máquina giran, cada cual por

su cuenta, en la mutua ignorancia del fin á que deben concurrir.

¡Cuánta razón—dice Cruppi y repetimos nosotros—tiene en esto Ferri! Ved ese delincuente: la policía lo detiene, lo entrega al magistrado, y no se preocupa más de las consecuencias de su detención; el magistrado lo contempla un instante, le aplica su tarifa y tampoco vuelve á preocuparse de la sentencia que acaba de formular; la administración penitenciaria recoge á su vez ese número de cárcel ó de presidio, lo conserva hasta que cumple su condena, y tampoco se preocupa de lo que hizo antes ni de lo que pueda hacer después.

Es preciso, ante todo, para reformar la justicia penal, conseguir que los jueces sean *imparciales*. ¿Cómo? Haciéndolos *independientes* y *científicamente capaces*. Para esto es necesario, según Ferri, que el juez sea *único* y nombrado por *elección*, y que, después de separar la justicia civil de la criminal, se dé al futuro magistrado penal «el conocimiento del hombre, más útil que el conocimiento del derecho romano».

El juicio es hoy un tan laudable como inútil esfuerzo de dosimetría de la culpabilidad moral: un año de prisión por robo, dos por heridas, tres por violación, diez por homicidio, veinte por asesinato. Y la pena está fijada de antemano: el criminal permanecerá en la cárcel hasta cumplirla, aunque se haya curado ó enmendado antes, y saldrá de la cárcel, una vez cumplida, aunque no se haya enmendado. ¡Esto es sencillamente absurdo!

En cuanto á la policía judicial, su impotencia orgánica está evidenciada por el hecho de ese matador de pastores que ha podido cometer once asesinatos en nueve años sin ser descubierto. Es preciso que esa policía forme parte de la magistratura, formando un solo cuerpo, desde el simple agente hasta el juez de instrucción, y que su personal tenga en antropología, medicina, etc., los conocimientos necesarios para el ejercicio de sus funciones.

La acusación y la defensa, por otra parte, deben constituir

funciones públicas, «porque es absurdo considerar la defensa como asunto privado, entregado á las desigualdades de la propiedad individual». Comprobados los hechos y probado quién es su autor material, hay que establecer la categoría antropológica del criminal; y como el fin del proceso debe ser la medición del poder antisocial del delincuente y su readaptación, todo proceso debe terminar con una de estas decisiones:

1.ª Si el motivo del hecho es legítimo y social, no hay delito.—2.ª Si la infracción es ligera y el criminal no es peligroso, la indemnización á la víctima debe ser suficiente como sanción.—3.ª Si el criminal es peligroso, la única forma de sanción es su *segregación indeterminada* del medio social.—4.ª Si el criminal es un loco peligroso, debe tratársele en un asilo especial.

Ferri gusta poco del sistema celular, la pena-panacea de estos tiempos, que califica, no sin razón, de «forma larvada de la pena de muerte», y prefiere la colonia agrícola con sus talleres subsidiarios, adaptados por tratamientos diferentes á los niños, á los adultos, á los criminales enajenados y á los criminales habituales.

LITERATURA

El gran escritor ruso.—Tan discordes como son las opiniones de los críticos respecto al valor de las doctrinas filosóficas de Tolstoi—dice en la *Rivista moderna di cultura* Elia Ignatoff,—son unánimes los pareceres respecto al valor artístico de sus producciones. Entre la popularidad de Tolstoi y la de los demás escritores célebres existe una diferencia, bastando estudiar las causas que la producen para recoger los rasgos característicos de la obra literaria de Tolstoi.

Puede asegurarse que, aun tratándose del más celebrado escritor, al lado de juicios entusiastas se encuentran críticas acerbas que niegan la valía de sus obras. Ibsen y Zola, por

ejemplo, figuran con Tolstoi entre los más famosos escritores contemporáneos; pero su mérito, inmenso para muchos, es discutido en los propios países á que pertenecen, no hallándose en Ibsen nada más que paradojas, y en Zola pornografía pura. Respecto de Tolstoi, no hay discrepancia en los juicios que como artista merece de todos, é independientemente de las opiniones, tendencias, partidos y nacionalidades, todos proclaman la grandeza y la hermosura de sus creaciones; y si existe algún juicio desfavorable sobre *Ana Karenina* y *Guerra y Paz,* es el juicio del autor, el juicio del mismo Tolstoi, que ha cambiado completamente de opinión sobre el arte.

Esta unanimidad depende del hecho de que Tolstoi considera todas las fases de la vida, y que cada cual encuentra en sus obras el reflejo de sus propias agitaciones y pensamientos: *ein jeder sieht was er in Kerzen trägt* (cada cual ve lo que en el corazón lleva), como dice Goethe en el *Fausto.*

El escritor que responde á las exigencias del tiempo en que vive, ejerce en él una gran influencia; pero pasan los años, finaliza el período agudo de ciertas cuestiones, y las obras que habían excitado tantas pasiones desaparecen de la escena, y, como dice el poeta,

Et l'herbe de l'oubli, cachant bientôt la tombe,
Sur tant de vanités croît éternellement.

Junto á los escritores que satisfacen en cierto momento histórico de la vida social, existen otros cuyas obras responden á ciertos especiales períodos de la vida del hombre, sintiendo cada cual en este período gran entusiasmo por tales obras, hasta que, pasado aquel tiempo, deja de existir la comunidad de ideas y de afectos entre el lector y la obra, y la frialdad y la indiferencia reemplazan al entusiasmo, sin que den resultado las tentativas para «renovar el corazón», porque cada edad tiene sus gustos, y lo que agradó á los quince años nos es indiferente á los cuarenta. Para el público ruso, Turgueneff es uno

de estos escritores, el escritor de la juventud, el poeta de los arranques y de las esperanzas florecientes.

Estos escritores llevan ciertamente en sus obras el germen de la inmortalidad; pero como sólo afirman una parte de la vida, no pueden rivalizar con los que abrazan la vida toda, en todos sus diversos fenómenos y en su continuo desarrollo, como Tolstoi y los poquísimos escritores que, desde que la literatura existe, figuran en esta categoría.

No es una exageración del momento ni una moda tampoco decir que la producción literaria de Tolstoi es el reflejo de toda la vida humana. El Conde Tolstoi no habla á una sola edad ni describe un solo período de tiempo; sus obras representan, aunque la frase—por lo gastada—resulte vulgar, una verdadera enciclopedia de la vida, en la que los impulsos de todos los hombres están descritos con perfección y fuerza insuperables, hallándose siempre el lector en correspondencia de afectos con el autor, y viendo en sus obras el fiel reflejo de sí mismo.

Para ilustrar esta creciente influencia de Tolstoi sobre sus lectores, baste recordar el éxito de sus novelas en el extranjero. Tolstoi penetró en la literatura extranjera juntamente con Dostoiewsky, y desde entonces la literatura rusa tuvo un puesto de honor en la república de las letras. Por su tendencia á popularizar los más íntimos latidos del corazón humano por la atractiva voluptuosidad del sufrimiento, Dostoiewsky respondía á la reacción que contra el naturalismo se despertó, y tuvo multitud de imitadores como Rod, Bourget y hasta Daudet, conduciendo su tendencia á la aparición del misticismo, el ocultismo y la decadencia, manifestaciones de que hemos sido testigos.

A medida, sin embargo, que se extendía el conocimiento de los dos escritores, la influencia de Tolstoi se hacía cada vez mayor, llegando á su grado máximo cuando en Francia comenzó á disminuir el entusiasmo por los escritores extranjeros, y cuando los críticos *chauvinistes* emprendieron su cam-

paña para enfriar al público demostrando que todo cuanto venía de fuera era sólo la repetición de ideas y de producciones francesas. En esta campaña naufragaron no pocas reputaciones extranjeras, pero quedaron intangibles las obras de Tolstoi, y el mismo Lemaître, que increpaba á los neófitos como plagiarios inconscientes de los franceses, aseguraba que cuando el lector conoce trabajos como *El poder de las tinieblas*, «una piedad, una ternura ó un terror le invade; es como si descubriese la humanidad.»

Psicólogos, filósofos, médicos, militares, sociólogos, cada cual desde su peculiar punto de vista, analizan las obras de Tolstoi, encontrando siempre en ellas ricos manantiales para sus estudios. Haciendo un paralelo entre Tolstoi y Balzac, recuerda Hennequin el puesto que ocupan en el autor de la *Comedia humana* los delitos, los vicios, los males y las bajas pasiones, y el pequeño puesto que á los mismos se reserva en las producciones de Tolstoi, con lo que se demuestra la mayor tendencia de Tolstoi hacia el realismo y su poca simpatía hacia lo que sale de lo normal. Otra importante diferencia entre ambos escritores consiste en que no sólo tiene el deseo de analizar la vida en toda su complejidad, sino el de responder á la cuestión de cómo se debe obrar para ser bueno y justo, estando todos los protagonistas de sus novelas atormentados por la solución de los problemas morales.

En lo que existe gran semejanza entre Balzac y Tolstoi es en el modo de trabajar. Según dice Serghenko en su libro *Cómo vive y trabaja Tolstoi*, Tolstoi, fijado el plan de su trabajo, escribe velozmente, sin pararse en particularidades; copiado lo escrito, se pone á corregirlo, y el manuscrito se llena de correcciones y adiciones entre líneas, en las márgenes, arriba, abajo y en el reverso de las cuartillas; se recopia y se corrije de nuevo, y así va perfeccionándose la obra, recopiándose hasta diez veces ciertos capítulos, sin que por esto se den por terminadas las correcciones, pues éstas se repiten en las pruebas de imprenta hasta que el autor se cansa y no las revisa más.

Repitiendo las palabras de Taine sobre otro gran escritor, puede llamarse á Tolstoi «el más grande de los creadores de almas, el más profundo observador del hombre, el más clarividente de cuantos han comprendido el mecanismo de las pasiones humanas, las fermentaciones sordas y las explosiones violentas del cerebro imaginativo, los trastornos imprevistos del equilibrio interior, las tiranías de la carne y de la sangre, las fatalidades del carácter y las causas obscuras de nuestra locura y de nuestra razón.»

*
* *

Esteban Mallarmé y el simbolismo.—Valiente es el artículo que en las *Letras Nacionales* de Ayacucho consagra Manuel M. Pinto—un escritor que si purgara su prosa de algunos galicismos que por descuido se le deslizan de vez en cuando, sería un preclarísimo cultivador del habla castellana en América—á Esteban Mallarmé, inspirándose en la irritación que le ha producido el silencio con que los americanos han recibido la noticia del fallecimiento del jefe de los simbolistas.

Encastillado en el Ensueño, Mallarmé, á manera de caballero medioeval—dice Pinto—hizo del Arte su preferida única y emprendió la cruzada del ideal con sus flamantes armas, forjadas por él mismo, perteneciendo á la desaparecida falanje de los sublimes hierofantas iniciados en el *reino del Misterio*.

Para proyeccionar su mundo interior hubo menester de una técnica nueva y supo crearla. Su extraña lengua—entre profética y apocalíptica—tiene enormes martillos de fuego ó pesadas montañas de granito; formidables trepidaciones de enjambres de locomotoras ó rugidos humeantes de ejércitos de huracanes; suaves, delicadas fragancias de soberbios y triunfales musgos, nardos, ámbares é inciensos—oro y púrpura de los esplendores—y polícromas tintas de infinitos matices ideales. Su sintaxis necesita otras soldaduras que las resabidas,

porque no es lo mismo coleccionar un montón de fósiles que dar complejidad y estructura á un innumerable cosmos de ideas. Su ortografía misma, dislocando la frase ó el período y haciendo converger el pensamiento á una indecisión, no era la común de los viejos lexicógrafos.

He aquí por qué se le llamó el «Difícil» cuando no el mistificador ó el loco, calificativo honorable con que la imbecilidad bautiza á la inteligencia.

Pobre, enseñando inglés en París y francés en Londres, nunca pretendió el pasaporte que concede la popularidad. Rarísimo, produjo en su vida artística *mucho en poco:* no tenía esa fecundidad ó facundia asombrosa que es el signo infalible de lo fatuo y perecedero. Jamás quiso publicar para el público. *Les Dieux de la Grece* y *L'Aprés-Midi d'un Faune,* dos *plaquettes* como dice desdeñosamente Max Nordau, publicados en pequeñas ediciones numeradas, más difíciles de adquisición que las *princeps,* despertaron verdadera y febril curiosidad por el incomparable maestro.

Después de muchísimos años, cuando su fama literaria, viciada por los prejuicios de las marmotas de la prensa, le hacía aparecer algo así como una bestia rara en el jardín zoológico de la literatura, Perrin publicó un fragmento del poema *L'Aprés-Midi d'un Faune*, algunas composiciones y varios artículos entre los que se encuentran traducciones de Poe. Ultimamente publicó Charpentier las *Divagaciones*, hermoso libro, donde aparece condensada por completo su doctrina literaria.

No es su prosa viril y sorprendente, que sólo Huysman podría imitar, la que forma el plinto de su soberbia estatua de Maestro. Son sus versos maravillosos de artista, sus versos musicalmente ideales, los que le han dado su incomparable renombre, colocándolo en la cúspide de la pirámide ideada por Morice para determinar el valor intelectual de los modernos.

Era evidente que las palabras, aisladamente de su valor

ideológico ó gramatical, podían suscitar otro género de sensaciones auditivas, es decir, que la palabra no era solamente un signo convencional de la idea, sino que tenía un organismo elemental y propio, donde cabía la notación musical de todo instrumento, ó más bien, la música orquestal. El Verso ya no podía ser el monótono ruido de un monacordio; era algo más que un hacinamiento gramatical de palabras; cabía en él la emoción misma, la emoción suscitadora de las asociaciones de ideas. De aquí la creación del Verso-Orquesta, que difiere esencialmente de la supuesta armonía imitativa de los retóricos ó de las simples onomatopeyas.

Mallarmé no fue propiamente un simbolista al estilo de Mœterlink, es decir, un quiriólogo. Fue un creador de la Ficción artística del Verso por el Verso, sin que esto autorice á decir, como hace Teodor de Wytzeva, que la idea era en él secundaria como el libreto de una ópera. Desde que el simbolismo consiste en suscitar ideas por medio de la expresión analógica de las cosas y á veces de las ideas mismas, la Ficción simbólica no prescinde propiamente de la idea, pues más bien hace ganar á ésta en intensidad y magnificencia, cuanto pierde en claridad y sencillez.

Mallarmé es simbolista, pero no como quisieran los *amateurs*, que sin darse cuenta cabal de lo que dicen, cuelgan al Maestro los más originales adminículos ó *ismos*, como diria Capuana. El simbolismo no es una doctrina literaria: es un método de ideación; es un método de expresión natural como la simple metáfora; es por otra parte, la clara concepción de las apercepciones ultra-sensibles. «Es indudable que nada es »claro en nosotros ni fuera de nosotros y que estamos rodea»dos de sombra y misterio. Lo incognoscible nos estrecha, *in »ei vivimus, movemus et sumus*. Si logramos asir alguna cosa, »no es limitándonos á observar la naturaleza, sino añadiendo »de nuestros propios fondos los principios de interpretación »que ella no contiene.—Tiene la atracción de su riqueza y »complejidad que, con la relativa obscuridad, son los tres ca-

»racteres importantes del simbolismo.—Es más que la compa»ración y la alegoría, que no son más que desmembraciones »del símbolo». Así se expresa Fernando Brunetiere, que no es ciertamente apóstol de la escuela, y en este elevado sentido concibió el maestro su sueño artístico. Su poesía no es un arte de imitación; no es verista, como no podría serlo la arquitectura, como jamás podría serlo la música.

***

Cyrano de Bergerac.—Rostand con su drama, no sólo ha enriquecido la literatura francesa con una obra maestra, sino que—como dice en la *Nuova Antologia* Grazia Pierantoni Mancini—ha sacado del olvido el nombre de su protagonista.

La causa de este olvido es clara para el articulista: Cyrano era acusado de ateismo; los contemporáneos no confiesan haber leído sus obras, que corrían sin embargo de mano en mano; los escritores que vivían familiarmente con él, no tienen valor para citarlo en sus libros; los amigos destruyen sus cartas hasta en su lecho mortuorio, y los sacerdotes ponen en el índice, y hacen destruir sucesivamente, las ediciones de sus nefandas obras. Lo extraño es que, con todo esto, el nombre de Cyrano haya podido salir á flote.

Saviniano de Cyrano de Bergerac, quinto hijo de Abel de Cyrano de Bergerac y de Esperanza Bellager, nació el 17 de Marzo de 1619 en París, siendo confiado á los seis ó siete años á un cura de aldea, á quien el muchacho llamaba irreverentemente *el asno aristotélico;* á los doce años entró en el colegio de Beauvais y allí discurrió el famoso sorites sofístico que lleva su nombre, para probar que era el hombre más hermoso del mundo: «Europa es la parte más hermosa del mundo; Francia es el reino más hermoso de Europa; París es la más hermosa ciudad de Francia; el colegio de Beauvais es el colegio más hermoso de París; mi cuarto es el cuarto más hermoso

del colegio de Beauvais; yo soy el hombre más hermoso de mi cuarto; luego yo soy el hombre más hermoso del mundo.»

En 1638, á los diez y nueve años, Cyrano entró en los guardias nobles á las órdenes del Capitan Carbon de Castel-Jaloux, hombre de los más valerosos de su tiempo, á quien no cedían en esto sus soldados, casi todos gascones. Cyrano no quiso ser menos que los demás, y no tardó en ser llamado por sus innumerables duelos, locuras y liviandades, el *demonio de la bravura*. Herido en varias campañas en 1639 y 1640, y harto de camorras y calaveradas, dejó la carrera militar para dedicarse al estudio, y se alistó en las filas de los discípulos de Gassendi, de quien llegó á ser predilecto secuaz.

En casa de Jacobo Rehault fundó Cyrano, con su hermano y sus amigos, un pequeño cenáculo titulado los *Entretiens pointus*, donde se derrochaba el ingenio y se hablaba de todo, constituyendo uno de los grupos *libertinos* de aquella época.

El primer trabajo serio de Cyrano fue su comedia *El Pedante chasqueado* que, según Paul Lacroix, fue escrita en los tiempos del colegio de Beauvais, aunque luego sufriera más ó menos retoques para ponerla en escena. Pero aquí está el secreto de la polémica entre los varios escritores: si Cyrano escribió su comedia entonces, Molière es un plagiario, pues, en las *Truhanerías de Scapin* y en otras obras se hallan escenas enteras de *El Pedante*, cosa que, después de todo, nada tiene de extraño en Molière, acostumbrado á saquear las obras españolas é italianas á fin de sacar partido para las suyas.

El tipo de Chasteaufort, miedoso y fanfarrón, no era nuevo, pero está pintado á lo vivo, y representa sin duda algún camarada de regimiento como el pedante Granger es la caricatura del maestro Granger del colegio de Beauvais. Este tipo de pedante con su criado Paquier es digno de Molière: «Este furioso pensamiento— dice en una escena—ha tomado alojamiento en el ventrículo de mi cerebro;» «Dadme — dice en otra—el receptáculo de los instrumentos de la inmortalidad: *scriptorium, scilicet.*» «¡Ah, Pedro Paquier—dice en otra—el

mundo anda al revés!—Tanto mejor, responde Paquier; otras veces oí decir la misma cosa; ahora, si se torna á poner al revés lo que ya estaba puesto, quiere decir que el mundo se pone al derecho.»

El tipo de Gareau hablando su *patois* es también sumamente cómico; véase su primera escena con Chasteaufort:

Gareau.—Ahí está ese tragachiquillos..... como la viña de la Courtille: mucha apariencia y poco producto.

Chasteaufort.—¿Dónde se va, buen hombre?

Gareau.—Derechito á mi casa.

Chasteaufort.—Pero te pregunto dónde va el camino que sigues.

Gareau.—No va, se está quieto.

Chasteaufort.—¡Pobre tonto!..... Te pregunto si debes hacer mucho camino hoy.

Gareau.—No, lo encuentro ya hecho.

A la comedia y á las poesías ligeras, burlonas ó sentimenmentales, debió Cyrano su notoriedad literaria; pero su ingenio, su talento y su corazón se revelan mejor en sus cartas, que tratan de todo, como entonces se acostumbraba á falta de periódicos y de revistas. «¡Qué arte tan hermoso—dice en una de ellas—el de la medicina! ¡Cuántos honores y riquezas produce á los que lo cultivan! Si el enfermo sale bien, la curación se atribuye á los potentes remedios de quien le ha curado, y si muere, todos exclaman que el médico lo había pronosticado..... Las plagas en el infierno y en la tierra van de tres en tres: tres Parcas, tres Gorgonas, tres Furias, y así la peste, la guerra y el hambre; la sangría, la Medicina y la lavativa; y los verdugos son como estas plagas: el abogado atormenta la bolsa, el médico el cuerpo y el teólogo el alma.»

Su defensa de Mazarino, en pleno desarrollo de la fronda, prueba su valor cívico y la fuerza de sus convicciones, como la manera con que trataba á Scarron, enfermo, prueba la violencia de su carácter; dos anecdotas dan testimonio más cumplido todavía de estas condiciones de Cyrano. Una noche

su amigo Dassoucy, escritor epigramático, corre á él suplicándole que le esconda, pues ha insultado á un gran señor, que tiene apostada en su camino una banda de cien hombres para asesinarlo.

—Coje un farol y vente conmigo—le dijo Cyrano,—te acompañaré á casa.

Al día siguiente, dos cadáveres y siete heridos que fueron hallados junto al foso de la puerta de Nesle, daban testimonio del valor de Cyrano.

Algún tiempo después, habiendo reñido Cyrano con Dassoucy, contra quien escribió cartas insultantes acusándole de asnería y de plagio, Dassoucy pensó en vengarse; para ello disfrazó á un tal Fagotin, de Cyrano, enseñándole á imitar sus posturas y ademanes, y le hizo representar este papel en un teatrito del Puente Nuevo; pero advertido Cyrano, se presentó durante la representación, y viendo reir aquel público, de obreros y lacayos, de su persona, desenvainó la espada, y empezando á repartir golpes á diestro y siniestro, hizo huir á todo el mundo, atravesando de una estocada al misero Fagotín.

Cyrano tenía entonces veinticinco años; las luchas que tenía que sostener contra los envidiosos y los detractores, le determinaron á viajar, si es que no contribuyó á esta decisión algún desengaño amoroso, y salió para Inglaterra y para Italia, trazando en Roma el plan y las mejores escenas de *Agripina*, tragedia de asunto histórico que demuestra la flexibilidad de su talento, y regresando á Francia más pobre que había salido, pues tuvo que acudir á un pariente para que le prestara dinero para la vuelta.

La representación de *Agripina* fue un acontecimiento: los amigos y partidarios aplaudieron, y los adversarios silbaron é insultaron, y la fama de Cyrano creció, llegando á su colmo con *La historia cómica ó Viaje á la luna*, la obra más importante del célebre escritor, en la que Cyrano trata, en forma novelesca, de las cuestiones físicas, políticas, sociales y religiosas que entonces preocupaban los espíritus.

El *Viaje á la luna*, que corrió manuscrito de mano en mano, y que no se publicó sino al año siguiente de la muerte de su autor, en 1656, por su amigo Lebret, es obra curiosísima, valiente y llena de observaciones y reflexiones que revelan la profundidad de los conocimientos de Cyrano, sus firmes convicciones y como la adivinación de muchos de los modernos adelantos de las ciencias físico-químicas.

«Todo está en todo—hace decir al español que estaba en la luna por haber huido de la tierra en busca de un país donde la imaginación estuviese en libertad,—faltando tan sólo un Prometeo que nos haga sensible lo que pudiera llamarse materia prima.» Los habitantes de la luna, que andaban en cuatro piés, estaban admirados de Dicrona (Cyrano) y del español, y decían: «¡Mirad cómo tienen la cabeza dirigida al cielo! ¡Parece que le piden cuenta del por qué los ha creado!»

Por haber sostenido que la tierra era un mundo y la luna un satélite, Dicrona fue condenado por los lunícolas á la tortura; su defensor decía: «¿Por qué condenar á este hombre, mono ó papagayo, por haber sostenido que estamos en la luna y que viene de un mundo? Si cada cual es libre, ¿no podrá éste imaginarse lo que más le agrade? ¿Podréis obligarle á no tener visiones?» Dicrona fue absuelto sin más que declarar que la luna no era luna, sino un mundo, y que la tierra no era un mundo, sino una luna.

Allí en la luna, los viejos eran los que respetaban á los jóvenes: «Y, después de todo, cuando un joven fogoso está en el caso de imaginar, reflexionar y ejecutar, ¿no es, acaso, más capaz del gobierno de la familia, que un pobre viejo sexagenario.....? Hércules, Aquiles, Epaminondas, Alejandro y César, todos han muerto antes de los cuarenta años; sólo la juventud fue causa de sus bellas acciones..... y si todas las leyes del mundo recomiendan el respeto á los viejos, es porque los viejos son los que han compilado las leyes, celosos de la autoridad acaparada.»

«Nosotros decimos, por broma, que la Naturaleza adora al

hombre: la Naturaleza es incapaz de pasiones, no sabe amar ni odiar, y si fuese susceptible de amor, sentiría mayor ternura por una col, que no puede ofenderla, que por el hombre, pronto á destruirla. Acaso aquella pobre planta, si pudiese hablar, os diría: «hombre, caro hermano mío, ¿qué te he hecho yo para merecer la muerte?»

«El universo es un gran animal—dice por boca de un académico de la luna;—las estrellas, que son también mundos, son también animales, que sirven de asilo á otros pueblos; á nuestra vez, nosotros somos también mundos para otros animales más pequeños, que viven sobre nosotros y en nosotros; nosotros parecemos un mundo inmenso á este pequeño pueblo, y nuestra carne, nuestra sangre, nuestro espíritu, no son sino el tejido de pequeños seres que, viviendo, se prestan su movimiento, y conducidos por nosotros, nos conducen á su vez, produciendo juntos la acción que se llama vida.....»

En la luna, sólo á los culpables se les da sepultura en la tierra: «¡Cómo! ¿Creeis que la sepultura es una cosa buena? ¿Cómo concebir nada más espantoso que un cadáver entre gusanos y sapos? ¡La peste hecha hombre! ¡Dios mío! Sólo al pensar que después de muerto he de tener un lienzo sobre la cara y un puñado de tierra en la boca, se me acaba la respiración..... Aquí, fuera de los criminales, todos los demás son quemados, costumbre bastante racional.....»

Tras esto, viene la defensa calurosa de la nariz, signo de fuerza y de virilidad, que sirve, entre otras cosas, «para señalar la hora con la sombra que hace.....»

PSICOLOGÍA PEDAGÓGICA

Psicología de los exámenes.—Poquísimas personas del mundo culto, en estos tiempos de democracia más ó menos real, han dejado de sufrir algún examen, ya en las escuelas, Institutos ó Universidades, ya para ser admitidos en el ejér-

cito, en la magistratura ó en el profesorado, ya para ejercer ciertos cargos públicos y hasta particulares. Zerboglio, en la *Rivista moderna di cultura*, consagra á la psicología de los exámenes un artículo tan sustancioso como interesante, fijándose especialmente en los exámenes orales de los Institutos superiores, por ser los que mejor conoce, y los que pueden estimarse como típicos.

La cuestión de la supresión de los exámenes, puesta á la orden del día por los higienistas y los pedagogos, es una cuestión sumamente compleja. Nadie puede negar la influencia perniciosa de los exámenes en la salud de los estudiantes, y, como dice *La Medecine moderne*, la anemia, la cefalalgia, la epistaxis, la neurastenia y otras enfermedades que se observan frecuentemente en el período escolar, tienen el triste privilegio de ser citadas en patología como ocasionadas por las vivas emociones que los alumnos sufren en el acto del examen. La conclusión resultante de las investigaciones hechas en 1897 por el profesor Ignatieff en los colegios de cadetes de Pultawa y Escuela superior de Moscou, es que «la época de los exámenes obra sobre el organismo á modo de una enfermedad aguda, alterando profundamente la nutrición y disminuyendo el peso del cuerpo»; esta conclusión ha sido comprobada en otras escuelas por Kozintzeff, de cuyas observaciones resulta que el 75 por 100 de los alumnos disminuyeron un 2,40 por 100 como término medio de peso durante los exámenes, y sólo un 25 por 100 de los mismos aumentó de peso.

Todo esto es cierto, como lo es la sobreexcitación del alumno en el acto del examen; pero también lo es que para vivir es necesario trabajar, y que para conocer el goce es menester conocer también el sufrimiento. Pensar en suprimir los exámenes porque producen cierto malestar, casi siempre pasajero, vale tanto como pensar en suprimir el estudio porque produce fatiga intelectual. Todos esos arranques de sentimentalismo á que tan propensas se muestran las actuales generaciones no revelan sino la creciente degeneración de la especie, la

inepcia de los llamados á resolver los actuales problemas y la cobardía de los que retroceden ante el primer obstáculo en esta terrible lucha por la existencia, que no se puede rehuir, sino que hay que aceptar en todas partes tal y como la realidad nos la presenta. ¡Suprimir los exámenes....! ¿Y con qué se sustituye la garantía que el examen representa?

Si todos convienen en que, por esos mismos sentimentalismos, los exámenes apenas son más que una fórmula, y si, sabido que no son más que eso, todavía producen los efectos de que tanto se habla, ¿con qué pueden reemplazarse? ¿Van á darse los títulos, los cargos y los empleos, mediante certificados de aptitud? Pues entonces, tendremos que, en lugar de un examen al año, habrá en cada clase veinte, treinta, cien exámenes, tantos cuantas sean las veces que el profesor pregunte al alumno, y el mal crecerá en la misma proporción.

Zerboglio no discute, ni plantea siquiera estas cuestiones; su estudio, basado en las observaciones propias, es un trabajo curioso de análisis y de hechos sin prejuicios ni tendencias de ninguna clase, del que pueden sacarse provechosas indicaciones, pues por más que todo lo que Zerboglio dice se refiere á Italia, es, en gran parte, aplicable á los demás países.

Entre los tipos de examinandos, Zerboglio reconoce el *solemne*, el *descuidado,* el *agresivo*, el *tímido,* el *desenvuelto*, el *docto* y el *destornillado*, como los más característicos, cuyos rasgos se mezclan y confunden á veces, produciendo los tipos mixtos: el desenvuelto agresivo, el loco descuidado, el docto solemne, etc., habiendo también dentro de cada tipo sus gradaciones, desde el tímido miedoso hasta el aterrorizado, desde el agresivo charlatán hasta el amenazador.

El estudiante *solemne* es el que, penetrado de la importancia del acto, se sienta con cierta desenvoltura, y, apoyando en la mesa los antebrazos, espera tranquilo las preguntas, mirando al tribunal, y contesta con majestad extraordinaria, buscando expresiones dignas y adecuadas con toda la gravedad que el caso requiere. El *descuidado* es el que no concede

importancia ninguna al examen, revelando en sus respuestas y en sus ademanes la despreocupación del *qué-se-me-da-á-mí* de su espíritu; sus especies y subespecies son muchas, ya la del muchacho extraviado, que puede todavía enmendarse; ya la del vicioso, que sólo piensa en el juego, el vino y las mujeres; ya la del giboso con giba de superhombre, que mira por encima del hombro á los jueces, sin otorgar el menor valor al acto á que le someten; todos ellos se examinan con la más supina indiferencia, y lo mismo bromean si el tribunal les suspende, que se ríen de la bonachonería de los examinadores si pescan un *aprobado*. El *agresivo* (en el sentido no brutal de la expresión) puede ser un buen muchacho, de temperamento exuberante, ó un truhancillo que trata de aturdir al tribunal con su charla; todos alzan la voz, no se dejan reprender, y salen de la sala encogiéndose de hombros y calándose el sombrero á dos pasos de los examinadores. El *tímido* tiembla, balbucea al hablar, palidece y no acierta á contestar acordes á lo que le preguntan. El *desenvuelto*, tranquilo y sin jactancia, pero seguro, se frota las manos, se suena la nariz, se mueve en la silla mirando á todas partes, y representa las naturalezas felices que han asegurado la victoria en la lucha por la vida. El *docto* es el que se considera fuerte en todas las partes de la asignatura, habiéndose formado ideas propias y conceptos personales. El *destornillado* tiene un poco de los audaces, de los agresivos, de los desenvueltos y de los solemnes, enuncia soluciones nuevas de los problemas científicos, expone teorías *sui generis*, y, lamentando no ser comprendido, murmura contra la nota que se le asigna.

No son menos curiosos los tipos de los examinadores: el *obscuro*, pozo de ciencia que no sabe examinar y que pone en el mayor aprieto al examinando que no se atreve á decirle que no le entiende; el *nervioso*, que hoy aprueba y mañana suspende á todos; el *pedante*, que exige definiciones á la letra, divisiones y clasificaciones, nombres y fechas, y no acepta ninguna opinión que se separe de la suya; el *ignorante*, que suele

fundirse con el pedante y que rechaza á los jóvenes vivaces é independientes para no admitir sino á los papagayos y serviles; el *intolerante,* que se detiene en la primera pregunta sin prestar la menor ayuda al pobre diablo que le mira como el náufrago que no encuentra una tabla á que agarrarse; el *afectuoso*, tipo simpático que secunda al examinando, le evita todos los tropiezos, discurre mucho por sí y no tiene la pretensión de exigir perfección en el estudiante; el *sereno,* que, sin ser un Aristóteles, domina su asignatura y juzga con criterio benévolo y ecuanimidad; el *distraído*, que asiente con la cabeza aunque el estudiante diga un disparate porque está pensando en otra cosa; y otros muchos tipos más ó menos originales.

El examen no se sustrae á la gran ley de la adaptación, y el estudiante en general busca el medio de salir de la prueba, no sólo con sus conocimientos, sino con mil artimañas propias para conquistar el ánimo de los examinadores. Asi simulan un interés por la asignatura que no tienen, una seguridad que están muy lejos de poseer ó una aprensión que semeja el lacrimoso gemir de ciertos mendigos para conmover el corazón y abrir la bolsa del transeunte. Los hay que invocan una enfermedad que no han sufrido; que se apoyan en un bastón y andan trabajosamente, como si tuvieran graves dolores artríticos; que se dejan crecer la barba para parecer más viejos y más dignos de compasión; que apelan al servicio militar y van al examen vestidos de soldados.

Junto á estos artificios existe toda una serie de actos espontáneos: el espasmo nervioso, el arqueo de cejas, la atonía de la mirada, el balbuceo, el convulsivo hojear del libro, el rascarse la cabeza, el moverse en la silla, etc., y hay quienes, plantados ante el Tribunal, pierden realmente la memoria y no encuentran palabras para expresarse, ni entienden lo que se les pregunta como si se hubiera hecho el vacío en su inteligencia.

El examen actual da rara vez la medida exacta del valor

intelectual del examinando. Hombres que después han llegado al pináculo de la jerarquía intelectual han sido estimados por sus profesores como insuficientes y vencidos en los exámenes por quienes luego han quedado confundidos en el montón anónimo de las medianías.

El examen no requiere en general amplitud de miras, sino sumisión á las teorías del «maestro», y encanalamiento de la propia personalidad en el álveo que éste ha trazado; el que discute, el que quiere contrastar, el que no sabe rumiar definiciones y clasificaciones estereotipadas, tiene poquísimas probabilidades de obtener un triunfo escolástico. Los errores que cometen los examinadores son enormes, y nulidades perfectamente conocidas como tales por sus profesores, han sido estimadas águilas por el examinador, como jóvenes eminentes han pasado por semi-tontos.

El profesor medio, que es en general un hombre cualquiera que, en vez de ejercer de procurador, ó de afeitar la barba ó de guiar el arado, se ha pasado estudiando diez, quince ó veinte años determinada materia, no siente la genialidad, y llama alumno distinguido al soñoliento repetidor de las ideas y doctrinas oficiales.

Difícilmente el examinador, por honrado y justo que sea, se sustrae á las impresiones extrañas al saber del examinando. Se tienen simpatías ó antipatías, que se manifiestan en la diferencia de las preguntas, en el modo de presentarlas, en la tolerancia con los errores, en la propensión á ayudar al alumno ó á dejarlo ahogarse. En ciertos casos, al profesor le ha sido recomendado un alumno, y entonces se arma todo un lío, más ó menos correcto, para evitar que el recomendado se pierda. ¿Y qué decir si por casualidad se mezcla en ello la política?

A veces ocurre que el estudiante suelta un disparate de tal modo grande, que hace perder la paciencia al examinador, como sucedió con un ilustre profesor de Derecho Romano, que quedó aturdido y apesadumbrado al oir á un alumno que las leyes de las Doce Tablas estaban escritas «en latín macarrónico.»

Un elemento perturbador de la seriedad de los exámenes es luego el cansancio; después de una hora ó dos de sesión, el examen empieza á ser fastidioso, y eso puede ser una ventaja para el examinando ó un perjuicio; los estudiantes tienen esto en cuenta, y los hay que prefieren ser de los primeros y quiénes quieren mejor ser de los últimos. Tan dudoso como éste es el caso de un alumno mediano que se examina después de uno ó dos camaradas brillantes, ó el del alumno brillante que se examina después de dos ó tres compañeros malos: es verdad que el tribunal se siente satisfecho y bien dispuesto con los exámenes brillantes y descontento y malhumorado con los malos; pero el contraste entre unos y otros puede perjudicar ó favorecer, según los casos, sin que sea posible dar regla fija ninguna.

Lo positivo es—dice Zerboglio—que todos los años regalamos á la sociedad un ejército de ignorantes, que serán malos empleados y pésimos administradores. La Comisión, en su puritana integridad, no piensa si el joven que tiene delante es un mísero que estudia para vivir ó un rico que ambiciona únicamente un título más. En todo caso, se hace el siguiente razonamiento: como se trata de un rico que no ha de ejercer la profesión, puedo aprobarle, aunque no lo merezca. Y el razonamiento que debiera hacerse es este otro: como se trata de quien ha ganado ya un terno en la lotería de la vida naciendo adinerado, no es justo que, sin merecerlo, le demos un cuaterno, añadiendo á su activo un nuevo elemento de fuerza y de poder.

Pero..... ¿por qué querer la *justicia justa* en los exámenes, cuando la justicia justa no existe en todo lo demás?

DIPLOMÁTICA

La partícula nobiliaria.—Es vanidad tan antigua como el mundo—dice Alberto Chercheux en la *Revue Bleue*—la de

que el hombre quiera distinguirse de sus semejantes. Procedente de una civilización jerarquizada como la romana, la nuestra no podía dejar de serlo á su vez, y la feudalidad, salida de la conquista, tenía que elevar altísimas barreras entre vencedores y vencidos; estas barreras fueron franqueadas por los esfuerzos de muchos que quedaban fuera, mediante el auxilio de los reyes, y derribadas más tarde por la revolución.

Pero por más que la revolución lo niveló todo suprimiendo títulos y partículas, unos y otras han subsistido porque responden á una fase del ser humano. Y sin embargo, por lo que hace á la partícula, su valor es puramente de opinión, de preocupación y de costumbre, pues la partícula *de* no tiene por sí misma valor ninguno nobiliario, aunque los que la llevan ó se la ponen no quieren que se hable de su alcance real.

La llamada partícula nobiliaria, según obras especiales de heráldica y blasón, como el *Armorial* de Rietstap, no figura en multitud de apellidos aristocráticos, aunque Larousse en su popularísimo diccionario abreviado diga de la partícula *de* que es «una preposición que precede al nombre de un noble.» Este prejuicio, excitando al vulgo vanidoso á emplear la partícula, produjo ordenanzas como la dictada en 1585 por Carlos de Lorena, en las que se prohibe á los plebeyos que cambien «los apellidos de su raza por la adición de las voces *la*, *de*, *le*, *du* ó de alguna señoría forjada á su capricho», y dió lugar á sátiras como la que Molière pone en *La escuela de las mujeres* en boca de Chrysaldo respondiendo á Arnolfo, que se queja de no ser llamado por su hermano «señor *de la* Souche»:

Je sais un paysan qui s'appeloit Gros-Pierre,
Quis n'ayant pour tout bien qu'un seul quartier de terre,
Y fit tout à l'entour faire un fossé bourbeux
Et de »monsieur de l'*Isle» il prit le nom pompeux* (1).

(1) Conozco un aldeano llamado Pericote—que sin otra fortuna que un pedazo de tierra,—en torno mandó hacer un foso cenagoso—y de «señor de l'Isla» tomó el nombre pomposo.

En el siglo XVII, el uso es decir «señor *de* Voiture», «señor *de* Sommaise», como en el XVIII se dice «el señor *de* Voltaire», «el señor *de* Beaumarchais»; en nuestra época, si se quiere poner en escena un gentil hombre, tiene siempre que ser «el señor *de* algo»; la regla es absoluta, y Alfredo de Vigny la consagra en estos versos:

Et le vainqueur de Tyr s'il existait encor
Signerait, j'en suis sûr, «Nabuco de Nossor» (1).

En realidad, para los nombres franceses, la partícula, como dice Bescherelle, es la nobleza, ó al menos la presunción de nobleza. «Pero—añade Chercheux—¡cuántos pasan nuestra frontera y se ennoblecen!» En España, todo el mundo es *de* Pérez ó *de* Gómez; en Italia, todos los incluseros son bautizados con el apellido DE *Expósito;* en Flandes y en Holanda, cualquiera se llama *de* Koninck, *de* Vos, etc. (2); todos estos extranjeros, al entrar en Francia, aumentan la falanje de los nobles ó pseudo-nobles.

Así, pues, aunque la partícula *de* sea patrimonio ordinario de los nombres nobles, por más que algunos no la empleen en sus firmas por pura aristocracia (3), es sólo presuntiva, no atributiva, de nobleza; y aunque proceda del antiguo régimen, no es incontestable sino cuando el nombre va acompañado en

(1) Y si existiera aún de Tiro el vencedor, — de fijo firmaría «Nabuco *de* Nosor».

(2) Por lo que hace á España, nada más falso que lo aseverado por Chercheux. Para convencerse de ello, no hay más que recordar los nombres más ilustres, sin hablar de los *de Pérez* ó *de Gómez,* que jamás han existido, y se verá que ninguno emplea el *de,* á menos de que lo tenga por su familia: aquí todos se llaman y son llamados Castelar, Cánovas, Sagasta, Gamazo, Silvela, Campoamor, Romero, Galdós, Pradilla, Menéndez Pelayo, etc.

(3) Los nobles en España no la emplean nunca, á menos que firmen con su título diciendo: «El duque de Tamames», «el marqués de Casa-Irujo»; en los demás casos sólo firman: «Tamames», «Casa-Irujo», etc.

las actas notariales de los calificativos de *noble, gentil hombre* ó *escudero*, que son los últimos de la jerarquía y los únicos característicos de la casta privilegiada. Una sentencia dictada en 1878 lo dice bien claramente al afirmar que «la partícula no ha sido nunca por sí misma signo de nobleza, no siendo, en realidad, más que una sílaba del nombre».

Si, después de poner todo esto bien en claro, las gentes se empeñan en conservar celosamente su partícula, si la tienen, ó en apropiársela con cualquier pretexto, si no la tienen, fuerza es dejar á cada loco con su tema y esperar que llegue el caso de que, teniendo *de* todo el mundo, como lo tienen por privilegio, tras una lucha secular, todos los habitantes de Perpiñán, lo distinguido, lo aristocrático, lo verdaderamente noble, sea el no tener partícula en el apellido.

IMPRESIONES Y NOTAS

El sol en la moral infantil.—Santiago Petrovitch Poowsky, un poeta ruso que acaba de morir en la plena irradiación de su gloria, merece ser conocido del mundo occidental, pues aunque su nombre jamás pueda eclipsar el de Tolstoi ó el de Turgueneff, su fama ha sido bien conquistada, y sus cuentos sobre todo, popularísimos en Rusia, hacen de él una especie de Francisco Coppée ó de Grimm. He aquí, como ejemplo, una de sus historietas en forma de diálogo, recogida en la *Nouvelle Revue Internationale* de París:

—Mamá—pregunta una niña á su madre,—¿por qué la luna nos mira así?

—Porque la luna, vida mía, es hermana del sol. Cuando el sol está cansado de mirar y de alumbrar al mundo, dice á la luna: «Querida hermana, coge mi fanal y mira y alumbra en mi puesto mientras yo descanso.»

—¿Y luego?

—Luego la luna reemplaza á su hermano durante la noche,

mirando y escuchando; mañana tempranito contará á su hermano lo que haya pasado, lo que hayamos hecho, dicho ó pensado unos y otros. Si el informe es favorable, si la luna no ha visto ni oído nada feo, ni malo ni violento; si no se ha producido ningún desastre, el sol se pondrá muy contento y el día será esplendoroso. Si no..... se pondrá triste y tendremos una aurora sombría y nebulosa....»

*
* *

La imantación en los carriles de las vías férreas.—Según refiere Max de Nansoutí en *La Vie Scientifique*, la acción mecánica del rodar de los trenes produce en las vías fenómenos característicos de imantación. De los experimentos realizados por Knot, se deduce que los carriles de doble *T* retirados de las vías en que estuvieron funcionando de Norte á Sur durante varios años, obraron como verdaderos imanes. Los carriles colocados casualmente sobre las vías en dirección perpendicular al meridiano magnético, presentan, en el extremo que recibe el choque de las ruedas al pasar por las junturas, un polo Sur muy persistente, dando por resultado el choque, en este caso, la fijación del polo Norte, que se desarrolló por influencia en la *T* superior de todos los carriles.

También se observan en los carriles en servicio imantaciones transversales, ya á consecuencia de los esfuerzos transversales de las locomotoras, que ocasionan choques repetidos de la pestaña de las ruedas contra la *T* superior de los carriles, ya porque las ruedas patinan, ya por las presiones verticales de las mismas ruedas sobre la *T*. Los grandes fríos producen también en los carriles, al modificar el estado molecular del metal, efectos inesperados de imantación, que quizá influyan en las roturas que suelen ocurrir en los inviernos rigorosos.

Cuando circulen las locomotoras eléctricas á impulso de corrientes de alta tracción, seguramente se producirán fenómenos

semejantes, que darán amplia materia de estudio á los observadores, por su mayor importancia é intensidad.

***

La Biblioteca Nacional de París.—Los trabajos de ensanche y reconstrucción de la Biblioteca Nacional de París, que se quiere estén terminados para la Exposición, comprenden tres lotes de construcciones.

El primer lote comprende los locales situados en las calles de Colbert y Vivienne, que quedarán afectos á la conservación de los periódicos, impresos y manuscritos.

El segundo comprenderá una vasta sala pública de lectura, de forma ovalada, inscripta en el rectángulo ocupado actualmente por terrenos vagos, y que será tan grande como la actual sala de trabajos, con 350 asientos.

El tercer lote cerrará el rectángulo del lado de la calle Vivienne y del jardín. El piso bajo estará dispuesto para recibir los dos famosos globos de Coronelli, que sirvieron para la educación del gran delfín, y que por falta de sitio han tenido que estar, desde hace doce años, en una sala retirada de la Biblioteca; alrededor se colocará una especie de museo epigráfico, formado por los mil objetos curiosos que hoy se hallan diseminados en diferentes sitios de la Biblioteca. El primer piso quedará reservado para el gabinete de las medallas, cuyo actual emplazamiento, junto á la rotonda de la calle de los Petits-Champs, se dedicará al servicio de impresos, cada vez más necesitado de ensanche, pues la Biblioteca no recibe cada año menos de 50.000 volúmenes. Por último, el salón hoy ocupado por la sala pública provisional, quedará reservado al servicio de manuscritos.

***

WAGNER Y VERDI.—Del paralelo entre estos dos grandes compositores, que publica Monaldi en la *Rivista d'Italia*, se desprenden las conclusiones del contraste que entre los mismos existe: tan trascendental é idealmente especulativo como es el arte de Wagner, es el de Verdi plástico y humano; tanto como Wagner descuida y se desentiende de las tendencias y los gustos de sus contemporáneos, otro tanto Verdi acepta su ingerencia, respira su aire y se inspira en su ambiente; y cuanto menos se preocupa Wagner del mayor ó menor grado perceptivo del público, tanto más lo tiene en cuenta Verdi.

***

PATRIOTISMO Y CRISTIANISMO.—Con este título publica Tolstoi un artículo en la *Vita Internazionale*, de Milán, diciendo en sustancia: No tenemos para qué cuidarnos del patriotismo; todos debemos llevar á la vida esa luz que está en nosotros, transformando y aproximando nuestra existencia al ideal que tenemos delante. Y el ideal que aparece ante todo hombre penetrado de la verdadera luz de Cristo, no consiste en la reconstitución de Polonia, Bohemia, Irlanda ó Armenia, ni en la conservación de la unidad y la grandeza de Rusia ó Inglaterra, sino en el aniquilamiento de esa unidad y esa grandeza, en el aniquilamiento de esas uniones anticristianas que se oponen á todo verdadero progreso. Antes que ser rusos ó polacos, seamos hombres, discípulos de un Maestro, hijo único de un solo Padre, y hermanos entre nosotrs.

***

CLASIFICACIÓN DE LOS MITOS.—Volpe Rinonapoli, en *Il Pensiero Nuovo*, estudia los mitos bíblicos, tropezando con la dificultad de la falta de método con que hasta el presente ha sido expuesta la mitología comparada, guiada por sistemas intuitivos más bien que experimentales.

Para salvar esta dificultad, Rinonapoli agrupa los mitos de todos los pueblos en cuatro categorías: 1.ª Mitos físicos, que son símbolos de fenómenos naturales. 2.ª Mitos épicos, cuya figura mítica ha tomado forma corpórea mezclándose en las acciones históricas y en las tradiciones populares. 3.ª Mitos éticos, que son personificaciones de ideas y sentimientos, productos de pura abstracción. 4.ª Mitos prehistóricos, que tienen su origen en el recuerdo de tradiciones confusas transmitidas por nuestros primitivos antepasados.

*
* *

La falsificación de la historia.—Con el título de «La conversación de un corresponsal del *Standard*», ha publicado la *Revue des Revues* una serie de artículos en los que el corresponsal Bowes, hablando con Masson-Forestier, se ha despachado á su gusto, haciendo, como es natural, la causa de los ingleses y americanos. Entre las muchas curiosidades que se encuentran en este artículo, entresacamos el siguiente *bout de causerie*, que revela hasta dónde llega la desaprensión de las dos naciones separadas por el Canal de la Mancha cuando se trata de arrimar el ascua á su sardina.

—Nada más absurdo—decía Bowes—que el *chauvinisme*, la escuela de la fanfarronería. Su menor defecto es el de hacer olvidar á las naciones su propia historia, agrandando desmesuradamente los pequeños triunfos que ha obtenido, y reduciendo á nada sus derrotas, ó disimulando las macas, hasta las más visibles, de sus grandes hombres.

Masson-Forestier asentía con la cabeza, pensando en los dos héroes ingleses, Marlborough, cuya venalidad no tuvo límites, y Nelson, que en Nápoles se manchó, en compañía de su querida, lady Hamilton, con los crímenes más cobardes.

—En ese género—prosiguió Bowes—los franceses son incomparables.

Masson protesta, recuerda la parcialidad legendaria de los

historiadores ingleses, capaces de absolverlo todo, hasta el bombardeo de Copenhague, hasta la ruptura sin declaración de los tratados de Versailles, de Amiens, etc.

—Y en cuanto al suplicio de Juana de Arco—añade,—¿sabe usted, señor Bowes, la versión que circula en vuestros colegios más distinguidos?

—Si se echa una buena mitad de la responsabilidad del crimen sobre la Universidad de París, no se altera la verdad.

—Pero aun así, os quedaría una parte. No; es mejor otra cosa: suprimir el suplicio. Según parece, en el momento en que unos malos frailes ponían fuego á la pira, un inglés se precipitó entre los torbellinos del humo y arrebató á Juana. Esta se fugó á Suabia con su libertador, se casó con él, y tuvieron varios hijos.

—¡Pruébeme usted que esa inepcia circula entre nosotros! —exclamó Bowes indignado.

—Puedo citar á usted dos colegios aristocráticos, uno de Londres y otro de los alrededores de Brighton, donde se enseña todo eso. Por lo demás, si usted duda, vamos á telegrafiar.....

—No, no; veo que está usted bien informado, y me resigno, limitándome á hacerle observar que cuando se trata de hechos perdidos en las brumas del pasado, hay que dispensar un poco. Pero ustedes los franceses, retocan hechos recientes, hechos del último siglo.

—¿Cuáles?

—Fontenoy, por ejemplo; combate indeciso en que el ejército francés hizo no más que ocupar de nuevo el campo de batalla, sin lograr romper nuestras filas. Por de pronto ustedes hacen de ese encuentro una victoria brillante, y luego la engalanan con un incidente teatral: los guardias franceses invitan galantemente á los ingleses á tirar los primeros.

—No negará usted que eso ha sucedido.

—Sucedido, sí, pero..... es *nuestro* el famoso saludo, *nuestra* la famosa frase. ¡Oh! En cuanto á eso no hay error. To-

dos vuestros historiadores lo atestiguan, y Voltaire á su cabeza: «La infantería inglesa avanzaba, barriéndolo todo. Mauricio de Sajonia hace entonces marchar á los regimientos de la guardia. Cuando estos se hallan á tiro de fusil, ven á los oficiales ingleses saludar con el tricornio, mientras su jefe, lord Carlos Hay, exclama: «Señores franceses, tirad primero.» A lo cual, naturalmente, vosotros respondísteis que no lo haríais; pero el honor de este ofrecimiento caballeresco nos corresponde á nosotros. Y lo curioso es que todo un pueblo, por vanidad, haya tomado el partido de leer precisamente lo opuesto de lo que veía impreso, á fin de poderse dar pisto, y con el sombrero sobre la oreja y los bigotes al aire, decir á la galería: «¡Eh! ¡Qué refinamiento! ¡Qué *chic!*.... No hay más que nosotros capaces de decir ante la muerte, con la sonrisa en los labios: «¡Señores ingleses, tirad primero!»

*
* *

Términos no parlamentarios.—Inglaterra, el país clásico del parlamentarismo, es quizá el único país donde todavía se distingue entre los términos parlamentarios y los que no lo son, pues en Francia, por ejemplo, se puede tratar á un Ministro, á un colega ó á un magistrado—como dice Art,—de vendido, de traidor y de espía, sin exponerse, á lo sumo, más que á una llamada al orden, casi cortés, del Presidente. En Inglaterra, por el contrario, el *speaker* vela por el mantenimiento del orden, y su autoridad, que no tiene otro regulador que la tradición y los precedentes parlamentarios, no vacila en aplicar con todo rigor las medidas aplicables, según su criterio, á cada caso. La *Nineteenth Century* trae á este propósito numerosos ejemplos y recuerdos.

En 1823, Jorge Canning, como *leader* de la Cámara de los Comunes, se mostró en el debate sobre la emancipación católica adversario de una causa de que fue ardiente adalid mientras estuvo en los bancos de la oposición. «El honorable gent-

leman—dijo Brougham—hace, para conservar el poder, el más monstruoso cambio político que mencione la historia.» El speaker no dijo nada. «¡Es falso!»—gritó Canning. «Espero—interrumpió el speaker—que el honorable gentleman retire esa expresión inmediatamente;» y el poderoso Ministro tuvo que retirar su enérgica denegación.

A propósito de otra discusión, Roberto Bateson acusó á los miembros irlandeses de ser esclavos del populacho, y órganos de un clero beato. «Jamás he oido en una asamblea lenguaje más escandaloso»—exclamó un irlandés. El speaker le impuso un severo correctivo por esta expresión.

El duelo parlamentario entre Cobden y Peel está lleno de las llamadas al orden que llueven sobre Cobden como granizo por la violencia de su lenguaje, llegando las cosas al extremo de que, á propuesta del leader, el speaker resolvió que el discurso de Cobden no se insertaría en el *Diario de Sesiones*, medida sin precedente en los anales de la Cámara.

Gladstone, en su larga carrera, no fue llamado al orden más que una vez. Churchill acusó un día al partido liberal de disfrazar las intenciones de sus adversarios, y Gladstone, primer Ministro entonces, replicó que aquel lenguaje era infame. Churchill preguntó al speaker si era lícito á un primer Ministro expresarse así. «Creo—dijo el speaker—que el primer Ministro no mantendrá su expresión, pues reconozco que la reclamación del noble lord Churchill es fundada.» Gladstone retiró su frase reemplazándola por esta otra: «Es imposible concebir acusación más malévola».

Fernando Araujo.

CRÓNICA LITERARIA

Por los teatros: Sin rumbo, por D. Francisco F. Villegas.—Cuento de amor, arreglo de Twelfth Night de Shakespeare, por D. Jacinto Benavente.=Libros: Biografía de D. Pedro Salaverría, por D. Antonio María Fabié.—La tierra de Campos (segunda parte), por D. Ricardo Macías Picavea.—Dos autores americanos.

De dos obras dramáticas representadas después de escrita la Crónica anterior, voy á dar en ésta alguna breve noticia, pues ambas merecen ser incluídas, por diferentes conceptos, entre las más interesantes producciones de su género estrenadas durante la actual temporada. Una de ellas es el drama *Sin rumbo*, del notable literato Sr. Fernández Villegas *(Zeda)*. Otra el arreglo, magistralmente hecho por D. Jacinto Benavente, de la comedia de Shakespeare *Twelfth Night* (La duodécima noche) más conocida por su segundo título *What you will (Como gustéis)* y cuya refundición ha recibido el oportuno título: *Cuento de amor*. Ambas se han representado en el teatro de la Comedia.

En *Sin rumbo*, el Sr. Villegas ha querido llevar á la escena un asunto que en más de una ocasión ha tratado con brillantez y elocuencia en artículos literarios: la falta de voluntad, que se considera por muchos como una de las enfermedades morales características del final del siglo. El tema es original y profundo, pero difícil de desarrollar en el teatro y expuesto

á que el público interprete las naturales vacilaciones de un carácter sin voluntad firme y bien orientada, como vacilaciones y desaciertos del autor. El público, por lo general, no penetra en honduras psicológicas, y al observar en un personaje de esta clase la inconsecuencia y contradicción que son rasgos propios de su carácter, síntomas de su querer anémico, más bien se inclina á suponer que el tal personaje está mal concebido y mal presentado, y que la impericia del autor dramático es la culpable de todo.

Este asunto es, á mi juicio, de los que pueden considerarse como poco teatrales, en razón á la dificultad que ofrece para darle una expresión dramática adecuada, y al mismo tiempo lo bastante inteligible y simpática para que llegue al alma del espectador. Así, pues, era difícil la empresa acometida por el Sr. Villegas, inspirado en la moderna escuela de dramaturgos escandinavos y alemanes que tratan de renovar con elementos nuevos la psicología dominante en la escena. En la ejecución (la ejecución de la obra por parte del autor, no la representación) hay bellezas y aciertos, aunque también defectos y equivocaciones.

En el capítulo de los primeros hay que poner la excelente literatura de toda la obra, escrita con gran corrección y elegancia; lo ameno é ingenioso del diálogo en varias escenas de los dos primeros actos; el acertado desarrollo de la acción en el primero (que acaso se precipita un poco al final); las dos escenas de amor (tan diferentes por la índole diversa de ambos amores) de los actos primero y segundo, las dos muy hermosas, y la segunda, en particular, escrita con elocuencia apasionada y dramática; la noble y simpática figura del padre del protagonista, emblema de tantos hogares humildes donde todo lo que representa el descanso bien ganado y las comodidades de los días de la vejez, se sacrifica para dar á los hijos alas con que vuelen á esferas superiores, con frecuencia alas de Icaro, porque el amor paternal, como todos los amores, es ciego. El capítulo de los defectos corresponde casi por

completo á la técnica especial del teatro; son defectos de habilidad dramática, de experiencia y destreza de dramaturgo. Tal el desenlace, no por ilógico ni absurdo, pues no lo es, sino porque viniendo después de escenas donde la tensión dramática llega al máximum, no produce efecto; todo el que de él podía esperarse, está descontado y producido en las escenas anteriores que describen la angustia de la familia ante la espectativa del duelo.

Tiene, pues, en su *haber* el autor, las ideas, los sentimientos simpáticos y generosos, las bellas imágenes del lenguaje literario, la concepción feliz de algunos caracteres y la observación sagaz de algunos aspectos de la vida. Le falta la maestría especial que da al dramaturgo la experiencia del teatro y el conocimiento del público. Las dotes que posee son, en realidad, las esenciales; las que le faltan no son inasequibles á la perseverancia y al estudio, y ciertamente, comparado el drama *Sin rumbo* con las producciones dramáticas anteriores del Sr. Villegas (originales ó arreglos de obras extranjeras), representa un considerable adelanto que augura al autor el triunfo definitivo, si, como es de suponer, persevera en cultivar este género.

Creo, asimismo, que algunos de los defectos de esta obra deben atribuirse á una cierta disposición de espíritu muy natural en el autor, á una cierta orientación ó predisposición crítica, á la que con trabajo se sustraen los que habitualmente se dedican á este género particular de las letras. Sabido es que *Zeda* es un crítico reputado. Todo crítico cuando se lanza á escribir una comedia, una novela ó cualquier otra obra semejante, es decir, perteneciente á lo que se ha llamado literatura *productiva* con notable impropiedad, parece como que está obligado á hacerlo mejor que cualquier otro, por razón del magisterio que sobre los demás ha ejercido. En rigor de verdad no es así; pero los que se sienten agraviados por los críticos, están, por lo general, muy dispuestos á sostener esa tesis, que les facilita el medio de cobrarse los antiguos discipli-

nazos. Por su parte, el autor, acostumbrado á descubrir y señalar defectos en otros, ve por todas partes escollos é inconvenientes así al meditar el plan y la concepción interior de su obra, como al llegar á escribirla, principalmente en este segundo momento en que todo talento claro aprecia directamente la distancia enorme que hay entre el arquetipo ideal y las representaciones reales. Huyendo, pues, de censuras, buscando la perfección extremada, procurando justificarlo todo, acontece con frecuencia que el autor, pensando como crítico, ve las cosas demasiado *à posteriori* y sacrifica bellezas espontáneas y rasgos inspirados porque no le tilden de esto ó estotro, y enmienda y rehace escenas y personajes siguiendo los dictados de su reflexión. Pero luego, el público no se da cuenta generalmente de esas cosas; y como el pensamiento tiene algo de inefable, lo más trabajado y limado, lo que parecía menos expuesto á censuras y críticas es lo que menos gusta, y aun acaso desagrada, mientras se lleva las palmas lo que quedó de espontáneo, natural y brioso. Es posible que si el autor que se ve en este caso explicase detalladamente el por qué de las escenas y de los pasajes censurados, se viera que tenía, desde cierto punto, razón, aun que no la tuviera al desconocer que en el arte la inspiración espontánea es superior á toda reflexión y toda regla *á posteriori*.

*
* *

Cuento de amor es, á mi parecer, la mejor de las adaptaciones de obras dramáticas extranjeras que hemos visto de algún tiempo á esta parte. En realidad, la obra está mejorada con el arreglo. La comedia de Shakespeare, inspirada, como otras de las suyas, en un asunto de Bandello, es de argumento algo complicado. El Sr. Benavente ha sabido simplificarle con una discreción y un tacto dignos en verdad de elogio. Ha suprimido algún personaje, como Sir Andrew Ague-Check; Sebastián, el hermano de Viola, no aparece en escena, con lo

cual desaparecen los efectos cómicos á que la sustitución de los dos hermanos, tan parecidos de rostro y talle que los toman por uno mismo, da lugar en la escena del desafío. Mas, en cambio, la acción se desarrolla con más sencillez y más unidad en el arreglo, y la obra, en general, resulta más poética, más etérea, más *Cuento de amor*, título que le va á maravilla. El Sr. Benavente ha sabido tomar de la obra del gran dramaturgo todo lo más delicado y más poético, los rasgos más inpirados y felices, las flores más perfumadas y más bellas del jardín en que departen el Duque Orsino, la Condesa Olivia, Viola, Sir Tobias y los demás personajes de *La duodécima noche*. En lo demás ha usado de una gran libertad, introduciendo personajes nuevos (como el Embajador de Florencia), variando escenas, haciendo, en algún modo, una comedia nueva con el pensamiento de la de Shakespeare, los caracteres de los personajes por éste ideados y las principales situaciones que trazó el autor de *Otelo*. Gran atrevimiento parece tratar con libertad semejante una obra de aquel rey de la escena; mas cuando el acierto y el buen éxito coronan la empresa al modo que en *Cuento de amor*, no hay que graduarlo de osadía, sino de confianza en sí mismo y dominio de la materia. Vale, á mi juicio, este arreglo de *Como gustéis* tanto como una obra original buena, por la delicadeza y el buen gusto de que el refundidor da pruebas á cada paso. El *Prólogo,* á la manera clásica, añadido también por el Sr. Benavente, es encantador.

*
* *

Consignados ya estos apuntes, que son como el complemento de la crónica anterior, hablaré brevemente de algunos de los libros que he recibido últimamente. Su número, bastante crecido, me obliga á detenerme poco al tratar de cada uno en particular.

La *Biografía del Excmo. Sr. D. Pedro Salaverría,* por el

Académico y ex Ministro Sr. Fabié, es obra en extremo voluminosa, para la extensión que suelen tener aquí las biografías. En países donde se escribe y se imprime mucho, y donde los estudios históricos, en todas sus diferentes formas y ramas, tienen numerosos cultivadores y aficionados, no sorprende un estudio biográfico de estas proporciones. Mas aquí es excepcional que se publique una biografía como esta, que forma el contenido de dos tomos con más de 1.000 páginas. Verdad que á esta extensión contribuye el gran número de documentos oficiales y legislativos (presupuestos, leyes de Hacienda, etc.) que inserta el Sr. Fabié, y sin los cuales quedaría reducido en una mitad el libro.

No ignora nadie que tenga alguna noción de historia contemporánea quien fue D. Pedro Salaverría. Hacendista famoso en el reinado de Doña Isabel II, reapareció como Ministro de Hacienda en el primer Gabinete de la Restauración, por la cual había trabajado mucho durante el período revolucionario. La parte más importante de la vida de Salaverría corresponde indudablemente al reinado de Isabel II. Sin embargo, en la *Biografía* escrita por el Sr. Fabié, el segundo tomo, que comprende desde la Revolución de 1868 hasta la muerte del señor Salaverría, ó si se quiere hasta la terminación de su vida pública, es mucho más voluminoso que el primero, y en algunos pasajes más interesante. Se ve que para esta parte (especial mente al tratar de la participación de Salaverría en la política alfonsina durante el interregno revolucionario) ha dispuesto el Sr. Fabié de más abundantes materiales. En realidad, toda la parte referente á la preparación de la Restauración monárquica es curiosa y presenta algunos datos inéditos, si bien no altera el juicio formado sobre aquellos sucesos ni sobre la gradación y jerarquía respectiva de sus autores principales.

El libro está escrito en correcto estilo, y se lee sin enfado, y aun con gusto, aunque no hay que esperar de él un subido interés dramático, pues la vida de Salaverría no ofrece un movimiento extraordinario y las materias en que se distinguió

son más propias para solicitar á la reflexión que al sentimiento. Por otra parte, el Sr. Fabié, á quien no hay que juzgar por la fama que han querido formarle algunos gacetilleros iliteratos y algunas personas inclinadas en extremo á la sátira, es ciertamente un escritor erudito, de vasta ilustración y de buen estilo, pero no un literato que se distinga principalmente por la amenidad. Preferible es esto, sin embargo, á la calidad de los que quieren ser amenos por fuerza, amenos ante todo y sobre todo, y ponen en el potro al intelecto sin conseguir más que fatigar y hastiar al lector.

La edición es muy esmerada, y lleva dos buenos retratos del Sr. Salaverría en diferentes épocas de su vida.

***

La segunda parte de *La tierra de Campos,* de D. Ricardo Macías Picavea, no desmerece de la primera, y confirma lo que sobre las dotes nada vulgares de novelista que adornan á este distinguido escritor, dije al hablar de aquélla. Esta segunda parte es más dramática, pero más seca y de líneas más austeras que la precedente; el elemento cómico entra por muy poco; el calor del sentimiento amoroso que inspira en la primera parte las bellas páginas del idilio entre Maruja y Manuel, aparece aquí sólo por excepción en alguna escena; la figura del niño, ahijado del protagonista, es casi lo único que da una nota de gracia y de ternura en el ambiente trágico, de lucha sin cuartel, de la novela.

El Sr. Macías Picavea penetra más en esta segunda parte de *La tierra de Campos* en el problema agrario castellano, que es en el fondo el asunto que le ha inspirado su novela. El argumento de ésta comprende dos acciones: la principal consiste en los esfuerzos que realiza el protagonista, Manuel Bermejo, para mejorar la condición de sus paisanos, transformando el cultivo de la tierra de Campos. Mal comprendido, ó no comprendido, de los rutinarios labriegos, tachado de loco por

unos, hostilizado por otros, mal secundado siempre, interpretados á veces torcidamente sus generosos pensamientos, sucumbe en la empresa, no beneficia en nada á sus conciudadanos, pierde su hacienda y la paz de su hogar, y acaba por expatriarse.

Y es que á este noble personaje, movido por grandes generosidades y por un sincero deseo de hacer útil su vida, le falta esa guía de la prudencia humana que enseña á sortear los obstáculos, que se contenta con resultados parciales y no pide imposibles á los hombres ni á las cosas. La segunda acción, que es en este volumen episódica y secundaria (aunque en la primera parte se anunciaba como principal), recuerda algo la que pintó Galdós en *La familia de León Roch*. Es la desavenencia religiosa que perturba el hogar de Manuel Bermejo. Ambas acciones se armonizan y conciertan bien entre sí, sin daño de la unidad de la novela. En esta es de primer orden la pintura de los tipos populares; la escena del *meeting*, la de la muerte de Maruja y varias otras son páginas dignas de un experimentado novelista. Y en toda la obra se nos muestra el Sr. Macías Picavea como escritor castizo, fácil y nada amanerado.

***

Cuentos de color, de Manuel Díaz Rodríguez; *De mis romerías*, del mismo autor, y *Trovadores y trovas*, de Rufino Blanco Fombona, son tres libros muy bien impresos en Caracas, donde el arte tipográfico está muy adelantado por lo visto.

Tanto el Sr. Díaz Rodríguez como el Sr. Blanco son buenos escritores, y su castellano es muy aceptable. Pero están dominados de la manía del modernismo francés, que trasplantado á América se trueca en un *preciosismo* sin sustancia, encaminado á producir fruslerías bonitas, de esmerada forma, pero con escasa médula de pensamiento. Además, adolecen

casi todos los escritores de esta tendencia (que son muchos) de una afectación desproporcionada generalmente con la importancia y mérito de sus obras.

En el libro del Sr. Blanco Fombona la prosa me parece superior al verso. De las dos obras del Sr. Díaz Fernández prefiero *De mis romerías*.

E. Gómez de Baquero.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Il contratto di lavoro, per G. Vadalà-Papale.—Napoli, 1897.—Un folleto de 87 págs.

Entre las diferentes reformas que los novadores del Derecho civil vigente (á cuyo número pertenece el profesor de Filofía del Derecho de la Universidad de Catania, José Vadalà-Papale, quien tiene publicados una multitud de escritos acerca del particular) vienen proponiendo de algunos años á esta parte, figura como de las más urgentes la que se refiere á la necesidad de reglamentar legalmente el contrato de trabajo.

La Revolución francesa, que sometió á preceptos legislativos multitud de relaciones reales con el fin de poner á cubierto de ciertos abusos la libertad de los individuos (cual aconteció, v. gr., en el orden constitucional y en el penal), dejó otras esferas, como la económica, en una situación *ex lege,* justamente también para no poner obstáculos al desarrollo de la libertad indicada.

De lo que ha resultado notorio perjuicio á los pobres, porque la libertad que en principio se les concedió les ha venido á colocar en un estado de verdadera esclavitud económica y social con relación á los poderosos y á los prepotentes.

Por eso se considera preciso y justo poner término, en cuanto sea posible, á semejante situación de cosas, tratando de proteger, por medio de prescripciones legales, á quienes lo

necesitan: es decir, en este respecto, á los proletarios. Y una de las materias en que éstos sufren más la opresión, y donde, por lo tanto, se reconoce más fuerte y más generalmente la necesidad del amparo legal, es en la que se refiere á los contratos en que dichos proletarios comprometen el único patrimonio de que suelen disponer, que es su trabajo.

El tema del contrato de trabajo ha sido y sigue siendo, por consecuencia, objeto de estudio para muchos escritores contemporáneos, así economistas como jurisconsultos y sociólogos. El cuarto Congreso jurídico nacional italiano, celebrado en Nápoles en 1897, lo incluyó en su programa con el fin de estudiarlo desde el punto de vista legislativo, y al efecto formuló uno de los puntos que habían de someterse á discusión de esta manera: ¿Cuál es la construcción jurídica que debe darse al contrato de trabajo?»

El profesor Vadalà-Papale escribió una larga ponencia sobre el mismo, ponencia que, publicada aparte, constituye el folleto á que la presente nota hace relación.

Respondiendo á lo que el tema exige, el autor prescinde de considerar el contrato de trabajo bajo el aspecto de la que podemos llamar filosofía social y económica, y se ciñe casi totalmente (pues el mismo desarrollo del problema le obliga con frecuencia á acudir á consideraciones de índole filosófica y económica) á estudiarlo como un contrato análogo á cualquier otro y á indicar los preceptos que para regularlo deberían incluirse en el título ó capítulo correspondiente del Código civil. Así, pues, en el escrito del profesor de Catania se hallan tratadas, como pudiera hacerlo un civilista al examinar cualquier otro contrato ó al comentar un Código civil, las cuestiones tocantes á las personas que deben poder celebrar el contrato de trabajo, al consentimiento, al objeto y á la causa del mismo, á la forma en que ha de celebrarse, á los efectos que produce, tanto por parte del patrono como del trabajador, á la jurisdicción que ha de conocer de las controversias que sobre la materia se susciten, etc. Todo ello precedido de unas

breves consideraciones en que el autor resume su doctrina, y de unas discretas y no cortas observaciones que se encaminan á poner de relieve la necesidad que las condiciones de la vida moderna imponen de regular legalmente el contrato de que se trata, y á definir este contrato y diferenciarlo de otros, con los que tiene grandes analogías, como la locación de servicios, el contrato profesional y algún otro.

El trabajo del ilustre autor italiano, que tanto viene trabajando por la modificación del organismo del presente Derecho civil, merece bien ser conocido, no tan sólo por los estudiosos, sino por los legisladores verdaderamente progresivos, los cuales encontrarán en él abundancia de sugestiones para la difícil obra que les está confiada.

P. Dorado.

Etudes de Psichologie sociale, por G. Tarde, miembro del Instituto internacional de Sociología. 1 vol. 320 págs.—*Bibliotheque sociologique internationale.* París. V. Giard y E. Brière, editores; 1898.—Su precio, 7 francos.

El sociólogo Tarde expone sus ideas originalísimas y discute las concepciones sociológicas modernas más importantes, unas veces en obras sistemáticas que forman libros interesantísimos de conocimiento indispensable para cuantos quieran tener una idea completa de las tendencias imperantes en la Sociología, y otras veces en artículos, *ensayos* y análisis críticos de los trabajos de otros pensadores. El volumen de que hoy doy cuenta no comprende un estudio sociológico de la primer especie; es, por el contrario, una colección de trabajos independientes, publicados en distintas ocasiones, y que aun cuando tiene de común lo que el título mismo del libro indica, el referirse á problemas de *Psicología social*, difieren bastante en cuanto al contenido particular que constituye su objeto respectivo. Pueden, sin embargo, estos diversos trabajos clasifi-

carse en dos grupos, cada uno de los cuales refleja bien manifiestamente la índole propia de las aficiones especiales del señor Tarde, el cual, como es sabido, es, ante todo, un sociólogo, pero además un sociólogo criminalista. En efecto; los *Estudios de psicología social* recaen, ó sobre los problemas de Sociología general, ó sobre cuestiones criminológicas de índole psicológica y sociológica. Escribe el Sr. Tarde primero sobre la idea de la *Sociología*, trabajo que se completa con otro referente á *los dos elementos de la Sociología*—el hecho social, el grupo social;—luego habla del transformismo social, á propósito de la conocida obra del sociólogo belga G. de Greef *(Le transformisme social);* á continuación discute la conocida y tan debatida doctrina del «organismo social»—con ocasión de la publicación del libro del Sr. Worms, *Organisme et societé,* y del de P. Lilienfeld, *Pathologie sociale,*—hablando en otros dos estudios de este grupo de la *Simpatía y la síntesis* y de los *Principios de Sociología* de Giddings, uno de los tratados sistemáticos de esta ciencia más interesantes, y que ha publicado en lengua española La España Moderna. De problemas criminológicos habla también el Sr. Tarde, según dejo dicho, y así estudia la criminalidad y la salud social, la criminalidad profesional, la juventud criminal, y por fin los crímenes, los delitos y las faltas, esto es, la famosa y tan discutible clasificación tripartita de los delitos.

A. Posada.

Il triplice trionfo della istituzione a pro dei figli dei carcerati in Pompei. —Valle di Pompei, 1899.—Un volumen in folio de 250 págs.

En esta misma Revista he dado cuenta ya otras veces de algunas de las publicaciones que han visto la luz en la *Institución* fundada y dirigida en el Valle de Pompeya, en beneficio de los hijos de los presos, por el abogado Bartolo Longo. Trátase de un establecimiento donde se practica el método preventivo de la delincuencia.

La nueva publicación, elegantemente impresa (como todas las demás) en la propia casa, y por los huéspedes de ésta, hijos todos ellos de presos en diferentes cárceles del reino de Italia, es el discurso leído por el Sr. Longo el 23 de Mayo de 1895 para solemnizar la fiesta civil celebrada con motivo del tercer aniversario de la institución.

En dicho discurso se expone cuáles sean los fines que la fundación se propone, los medios de que se sirve para conseguirlos y los resultados obtenidos, así sobre los pupilos mismos como sobre sus padres recluídos en los lugares de pena. Y de paso procura el autor deshacer las objeciones que se le oponen tocante á los procedimientos que emplea para lograr la reforma de los infelices pequeñuelos, que por ser hijos de quienes son, podrían ser considerados por alguien como delincuentes en potencia, como individuos que llevan en su sangre, hereditariamente, la propensión á hacer vida criminal.

P. Dorado.

Le Socialisme en Espagne, par G. Maze-Sencier. Un folleto. París, *Revue Politique et Parlementaire*, 1898.

Estudio muy documentado y hecho con cuidado escrupuloso, sobre fuentes muy directas, por el Sr. Maze-Sencier, para la importante *Revue Politique et Parlementaire*. Trata en este folleto su autor de los comienzos del Socialismo en España, de la Internacional, el regionalismo, del Partido Socialista Obrero, de los Congresos socialistas, de la Unión general de los trabajadores, del anarquismo y la Mano Negra, la prensa socialista, las notabilidades socialistas, las relaciones del Socialismo español y del Socialismo internacional, el Socialismo católico y el Socialismo agrario, y del porvenir del Socialismo.

A. P.

Pensieri di varia filosofia e di bella letteratura di Giacomo Leopardi; volume secondo.—Firenze, successori Le Monnier, editori, 1898.—Un tomo de 485 págs., 3,50 liras.

Dí cuenta del primer tomo de estos *Pensieri* de Leopardi en el número de Enero último de La España Moderna, indicando á la vez, en breves palabras, la historia de la publicación del *Zibaldone* que los contiene.

Poco después de haber visto la luz el referido primer tomo, se ha dado á ella este segundo, tan elegantemente editado como aquél, abarcando las notas y observaciones escritas por el autor en las cuartillas 457 á 1.206 del *Zibaldone*.

¿De qué tratan? Es muy difícil decirlo, pues el libro, por su misma índole, es una miscelánea. Tratan de mil cosas, y larga y sistemáticamente de ninguna. Se advierte, sin embargo, cierto predominio de apuntes gramaticales y lingüísticos, sobre todo reparos relativos á la construcción de frases latinas empleadas por los escritores que á la sazón (año 1821) leía el autor (Veleyo, Floro, etc.), comparaciones filológicas, etimologías de voces, etc.; y también, entre los fragmentos tocantes á asuntos filosóficos, hay no pocos consagrados á ensalzar el patriotismo, que para Leopardi envuelve odio á los extranjeros, y por eso donde él encuentra perfectamente encarnado este sentimiento es en las sociedades antiguas, así como entiende que es enemigo del mismo el amor universal y la solidaridad humana que se predica en los tiempos modernos. El cosmopolitismo, á la vez que destruye el amor patrio, destruye la libertad civil, según Leopardi. «Cuando todo el mundo fue ciudadano romano—dice—dejaron de existir ciudadanos en Roma; y cuando ciudadano romano fue lo mismo que cosmopolita, ni se amó á Roma ni se amó al mundo: el amor patrio de Roma, tan luego como se hizo cosmopolita, se convirtió en indiferente, en inactivo, en nulo: cuando Roma fue lo mismo que el mundo, no fue ya patria de nadie, y los ciudadanos romanos, teniendo por patria el mundo, dejaron de tener patria alguna, como lo demostraron sus hechos». Y más adelante, desenvol-

viendo ampliamente el mismo pensamiento, escribe: «..... la sociedad no puede existir sin amor patrio y odio á los extranjeros. Y como el hombre es esencial y eternamente egoista, la sociedad no puede, por lo tanto, estar ordenada para el bien común, esto es, subsistir verdaderamente si el hombre no se hace egoista de esa sociedad, es decir, de su nación ó patria, y por consiguiente, enemigo de las demás».

Con estos pensamientos, que no todos los lectores estimarán acertados, hay en el libro á que la presente nota se refiere muchísimos otros, sobre las más variadas materias y cuestiones, con los que es difícil no estar conformes. «Los niños—dice uno de ellos—encuentran todo en la nada; los hombres, la nada en el todo». Y así muchos.

P. Dorado.

Se ha publicado el primer número de *Hispania*, Revista mensual de Literatura y Arte, que edita la casa de D. Hermenegildo Miralles, de Barcelona.

El sumario lo componen los siguientes trabajos, que resultan de gran amenidad y valía:

«El reo de P.», por D. José María de Pereda; «La caza del Oso», por Vital Aza; «Sin sesos», por Juan Buscón, y un artículo de arte antiguo, por D. F. Miquel y Badía, trabajos que ilustran preciosos grabados en negro, ó en color, de los artistas Sres. Casas, Mas y Fondevila, Pedrero y Pascó, autor este último de una magnífica portada. *Hispania* da también á sus lectores un suplemento artístico en que leemos los nombres de Vierge, Zuloaga, Clapés, y esto basta para hacer su elogio. Las condiciones de tipografía, litografía, papel, etcétera, etc., son inmejorables, ofreciendo, en suma, esta publicación un conjunto que honra á sus directores y á la importante casa que la edita.

OBRAS NUEVAS

Academia de la Historia (R.)—Memorial histórico español. Colección de documentos, opúsculos y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia. *Tomo XXXVIII.* En 4.°, 742 páginas: 5 pesetas.

Albaladejo (E.)—Elementos de aritmética arreglados. En 8.°, 126 páginas: 3 pesetas.

Alonso Sañudo (M.)—Discurso leído en la Real Academia de Medicina. *Contestación* por D. Julián Calleja. En 8.° mayor, 79 páginas.

Alzola y Minondo (P. de). — Las obras públicas en España; estudio histórico. En 4.°, 597 páginas. Tela: 10 pesetas.

Apraiz (J.)— Cervantes Vascófilo. Refutación de los errores propalados por Pellicer, Clemencín, Fernández Guerra, etc., acerca de la supuesta ojeriza de Cervantes contra la Euskal-erria. *Quinta edición.* En 8.° mayor, 287 páginas: 4 pesetas.

Apuntes para la historia de la pérdida de nuestras colonias, por un testigo presencial. En 8.°, 64 páginas: 1 peseta.

Arniches (C.)—La fiesta de San Antón; sainete lírico. En 4.°, 46 páginas: 1 peseta.

Autrán (J. G.)—Chiclana de la Frontera (monografía). En 4.°, 120 páginas: 5 pesetas.

Balari y Jovany (J.)—Orígenes históricos de Cataluña. En 4.° mayor, XXXVII-751 páginas: 21 pesetas.

Baleriola (G.)—Historia de D. Antonio Gálvez Arce. En 8.°, 99 páginas y retrato: 25 céntimos.

Boletín de la Real Academia de la Historia. *Tomo XXXIV. Cuaderno II.* Febrero de 1899. En 4.° (páginas 97 á 176): 1,25 pesetas.

Campillo y Cossio.—Lo que hay de más y de menos en España para que sea lo que debe ser y no lo que es. En 8.°, 32 páginas: 10 céntimos.

Cervanta (Dómine).—Obras, autores y cómicos; gacetillas teatrales. En 8.°, 198 páginas, con retrato: 2 pesetas.

Díaz Valero (C.)—Un cuadro de Velázquez; juguete cómico en un acto. En 4.°, 25 páginas: 1 peseta.

Emel (A.)—El huevo de oro; arte de preparar el plato de huevos de 210 maneras. En 8.°, 87 páginas, holandesa, 1,50 pesetas.

Feijóo (el P.)—Defensa de la mujer. *Primera y segunda parte.* En 8.°, 2 vols., 32 y 32 páginas: cada uno, 10 y 15 céntimos.

Fernán-Núñez (C. de).—Vida de Carlos III, publicada con la biografía del autor, apéndices y notas de A. Morel-Fatio y A. Paz y Melia y un prólogo de D. Juan Valera. En 4.°, 2 vols., XXII-420-426 páginas y dos retratos: 30 pesetas.

Fernández Flórez (I.) — Discurso leído ante la Real Academia Española. Contestación de D. Juan Valera. En 4.° mayor, 59 páginas.
No se ha puesto á la venta.
Tema: La Literatura de la Prensa.

Fernández y Fernández (M.)—El Franco y su Concejo. En 8.°, 212 páginas: 3 pesetas.

Fité (V.)—Las desdichas de la patria.—Nuestra decadencia.—Insurrecciones en Cuba y Filipinas. —Guerra y censura militar. — Pérdidas y responsabilidades.— Exposiciones á S. M. la Reina Regente. — Patriotismo. — Nuestra regeneración.—Programa del Gobierno. En 4.°, 363 páginas: 5 pesetas.

Florilegio de Sagasta.—Filosofías, agudezas y donaires entresacados de sus discursos parlamentarios, por el Bachiller Hataclá. En 12.°, 56 páginas.
No se ha puesto á la venta.

Francia y Ponce de León (B.) y González Parrado (J.)—Las islas Filipinas, Mindanao. Con varios documentos inéditos y un mapa. En 8.° mayor, 2 tomos, 362 y 331 páginas: 15 pesetas.

Ganivet (A.)—Cartas finlandesas. En 8.° mayor, LIV-213 páginas: 2,50 pesetas.

García Alvarez (E.) y Paso (A.)—Churro Bragas; parodia del drama lírico Curro Vargas, hecha en un acto. En 4.°, 44 páginas: 1 peseta.

Garrido (J.)—La propiedad ante la razón y el Evangelio. En 8.°, XIII-207 páginas: 2 pesetas.

Ginard de la Rosa (R.)—Melodías de otros climas. En 12.°, 204 páginas: 50 céntimos.
Biblioteca selecta, tomo 89.

González Alvarez (B.)—Ensayo de Higiene moral para mis hijos. En 12.°, 126 páginas: 1,50 pesetas.

Grande Baudesson (L.)—Meridionales (cuentos). En 8.°, 203 páginas: 2 pesetas.

Guillén Sotelo (J.)—Novelas cortas. En 8.°, 329 páginas y 2 de índice: 3 pesetas.

Jackson Veyán (J.)—Niña Rosa; juguete cómico-lírico en un acto. En 4.°, 38 páginas: 1 peseta.

Jackson Veyán (J.) y López Silva. —Los tres millones; apropósito cómico-lírico en un acto. En 4.°, 43 páginas: 1 peseta.

Labra (R. M. de).—El pesimismo de última hora. Discurso inaugural de las conferencias populares del Centro de Instrucción Comercial de Madrid. En 4.°, 88 páginas: 1 peseta.

Larroque y Reyes (J.)—Descripción del fusil Maüser español. En 12.°, 22 páginas: 50 céntimos.

López Muñoz (A.)—Principios y reglas de la elocuencia en la oratoria, la declamación y la lectura. *Serie 2.ª* En 8.°, 268 páginas: 2 pesetas.

López Silva (J.) y Fernández Shaw (C.)—La chavala; zarzuela en un acto. En 4.°, 61 páginas: 1 peseta.

Llorente (A.)—Nociones de agricultura. En 4.°, 386 páginas: 10 pesetas.

Macías Picavea (R.)—El problema nacional; hechos, causas, remedios. En 8.°, 524 páginas: 4 pesetas.

Maeztu (R.)—Hacia otra España. En 8.°, 248 páginas: 2 pesetas.

Martínez y Marín (F. M.)—Despertador espiritual para cada mes. En 12.°, 106 páginas: 1 peseta.

Martínez Ruiz (J.)—La evolución de la crítica. En 8.°, 72 páginas: 1 peseta.

Mélida (J. R.)—Historia del arte egipcio. En 8.°, XIII-238 páginas, con grabados: 4 pesetas.

Mendizábal (A.)—El fiado en el comercio; instrucciones á todo comerciante para poder cobrar deudas dudosas y fallidas. En 8.°, 31 páginas: 1 peseta.

Mier (E. de).—El Santuario de la Virgen de la Victoria. En 8.°, 144 páginas: 1,50 pesetas.

Miguel y Viguri (I. de).—Discurso leído en la Real Academia de Medicina. Contestación de Don José Ribera y Sans. En 4.° mayor, 113 páginas.

Tema: Indicaciones de la trepanación en los traumatismos del cráneo.

Millán (P.)—¡Quince bajas! drama en tres actos. En 8.° mayor, IX-50 páginas: 2 pesetas.

Moragas (G.)—Génesis de las rocas. En 4.°, XII-333 páginas y una lámina: 12 pesetas.

Moreno y Blanco (J. C.)—Trabajos originales en la oratoria sagrada. En 4.°, 209 páginas: 3 pesetas.

Moyrón (Modesto).—Algo huele á podrido. ¿En Dinamarca? no, en la Diputación provincial de Madrid. En 8.°, 68 páginas: 1 peseta.

Murillo (P. Lino).—Jesucristo y la Iglesia Romana. *Parte primera.* En 4.°, 2 tomos divididos en 3 volúmenes, 591, 483 y 394 páginas: 15 pesetas.

Navarro (C.)—Los novicios; opereta cómica en un acto. En 4.°, 32 páginas: 1 peseta.

Navarro (L.)—Memoria relativa á las enfermedades del olivo. En 4.°, 153 páginas y 12 láminas.

Novella (E.)—El tío Roque, ó más corazón que cabeza; drama en tres actos. En 4.°, 50 págs.: 2 pesetas.

Oliver (F.)—La muralla; drama en tres actos, dividido el último en dos cuadros, en prosa. En 4.°, 52 páginas: 2 pesetas.

Otero Valentín (J.)—Las elecciones por gremios y el sistema vigente. En 4.°, 72 págs.: 1 peseta.

Peláez Villegas (P. L.)—Lecciones preliminares de anatomía humana normal, anormal y evolutiva. En 4.°, 177 págs.: 4 pesetas.

Pérez Zúñiga (J.)—Confetti; epigramas, cantares, moralejas, sonetos, juegos de palabras y otras menudencias. En 16.°, 126 páginas: 1 peseta.

Pidal (P.)—¡Alerta España! Lo que puede, piensa y quiere el extranjero. ¡Español, deifícate! Pedagogía.—Edmond Demolins.—Los libros.—Jules Lemaitre.—Mártir.—¡Ah... brutos!—¡Al país, á las Cortes!—Comentarios.—Los estudiantes y los libros de texto.—Quejas amargas.—Epílogo. En 12.°, 112 págs.: 1 peseta.

Pomareda (J.)—Organización de la educación popular como base de la regeneración social. En 4.°, 34 páginas: 50 céntimos.

Ramírez (R.) y Jiménez Quirós (E.)

—Cero y van cuatro; humorada en un acto. En 4.°, 29 págs.: 1 peseta.

Ruiz Gómez (J. E.)—La salvación, el engrandecimiento moral y la felicidad de España, ó sean los medios seguros de conseguirlos. En 4.°, 87 págs.: 1 peseta.

Sánchez González (J. M.)—El banco de piedra; cuento dramático, en un acto. En 4.°, 32 págs.: 1 peseta.

Tamayo y Baus (M.)—Obras. *Tomo II.* Virginia.—Virginia (nueva edición).—La locura de amor. —La Ricahembra. En 8.°, 553 páginas: 5 pesetas.

Torre de Trassierra (G. de la).—Tradiciones cantábricas. En 8.°, 153 págs.: 3 pesetas.

Ubeda y Corral (J.)—Manual de análisis y purificación de las aguas potables. En 8.°, 255 páginas: 3,50 pesetas.

Vega (R. de la).—Amor engendra desdichas ó el guapo y el feo y verduleras honradas; sainete lírico en un acto. En 4.°, 41 págs.: 1 peseta.

Vendrell y Eduard (L.)—De Manila á Zamboanga. En 4.° mayor, 63 páginas con grabados: 1,25 pesetas.

Vila Velasco (J.)—Por cesar de ser cesante; juguete cómico en un acto. En 4.°, 29 págs.: 1 peseta.

INDICE

Págs.

La Vispera de Pascua, por Uladimiro Korolenko..... 5
Bajo los Austrias, por Juan Pérez de Guzmán..... 14
Los discursos de Fichte á la Nación Alemana, por Rafael Altamira. 35
Discursos á la Nación Alemana, por Juan Fichte..... 41
Toynbee Hall, por Tomás Hancock.—*Las Colonias Universitarias*, por Samuel A. Barnett..... 56
¿Estudió Cervantes en Salamanca? por Blanca de los Ríos de Lampérez..... 93
De la guerra, por Ignotus..... 108
Revista Hispanoamericana, por Iob..... 129
Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 156
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 188
Notas bibliográficas, por P. Dorado y A. Posada..... 197
Obras nuevas..... 204

España moderna

AÑO 11. NUM. 125.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

MAYO 1899

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

TIERRAS VIRGENES

I

En la primavera de 1868, á las dos próximamente de la tarde, un joven de unos veintisiete años, descuidada y pobremente vestido, subía la escalera de servicio de una casa de cinco pisos situada en la calle de los Oficiales, en San Petersburgo. Arrastrando ruidosamente sus chanclos y balanceándose torpe y desgarbadamente, puso al cabo el pie en el último peldaño de la escalera, parándose ante una puerta estropeada, que encontró entreabierta, y en la cual, sin tirar del cordón de la campanilla, golpeó con fuerza, penetrando después en una antesala estrecha y obscura.

—¿Está Nejdanof?—gritó con gruesa voz de bajo.

—No, soy yo; entre usted—respondió desde la habitación inmediata otra voz, no muy agradable.

—¿Machurina?—preguntó el recién venido.

—La misma..... ¿Y usted Ostrodumof?

—Pimeno Ostrodumof en persona—respondió.

Y sin más preámbulo se descalzó los clanclos, colgó de un clavo la raída capa y entró en la sala en donde había sonado la voz de mujer.

Era la habitación fea, baja de techo y con las paredes embadurnadas de verde sucio. La luz entraba apenas por dos es-

trechas ventanas cubiertas de polvo. Todo el mobiliario consistía en una cama de hierro, colocada en un rincón, una mesa en el centro, algunas sillas y un estante cargado de libros.

Cerca de la mesa estaba sentada, fumando un cigarrillo, una mujer de treinta años próximamente, vestida de negro y sin nada á la cabeza.

Al entrar Ostrodumof le tendió silenciosamente su larga y roja mano. El recién venido la estrechó también en silencio, y dejándose caer en una silla, sacó del bolsillo una punta de cigarro.

Machurina le dió fuego, encendió él, y ambos, sin dirigirse una sola palabra ni cambiar una mirada, se entretuvieron en lanzar bocanadas de humo azulado en el ambiente espeso de la sala, harto saturado ya por las emanaciones del tabaco.

Los rasgos del semblante de uno y otro fumador no se parecían en lo más mínimo; mas entre las caras de ambos, á decir verdad, poco agraciadas, en sus labios gruesos, en sus dientes grandes, en su nariz mal formada (Ostrodumof era además pecoso de viruelas) existía algo de común, cierta expresión de lealtad y de energía trabajadora.

—¿Ha visto usted, por ventura, á Nejdanof?—preguntó al cabo de un rato Ostrodumof.

—Sí; pronto vendrá. Ha ido á llevar unos libros á la Biblioteca.

—¿En qué consiste que de algún tiempo á esta parte no piensa más que en correr?—dijo Ostrodumof volviéndose para escupir.—No hay medio de echarle la vista encima.

Machurina sacó otro cigarrillo, y encendiéndole cuidadosamente dijo:

—Es que se fastidia.

—¡Se fastidia!—repitió Ostrodumof con acento de censura.—¡Qué chiquillada! No parece sino que no tenemos nada en qué pensar. ¡Mientras que nosotros cavilamos buscando el medio de echar por tierra toda esta vergüenza, él se fastidia!...

—¿Ha habido carta de Moscu?—preguntó Machurina.

—Sí, anteayer.

—¿La ha leído usted?

Ostrodumof hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¿Y qué dice?

—Que pronto será necesario partir.

—¿Cómo? Se me había dicho que allá abajo todo marchaba perfectamente.

—Todo marcha bien, en efecto. Mas se trata de cierto señor que no inspira gran confianza. ¿Entiende usted? Es menester echarle ó deshacerse de él en seguida. Además, hay algunas otras cosas..... También usted ha sido llamada.

—¿En la carta?

—Sí, en la carta.

—Está bien—dijo,—puesto que esa es la orden, no hay para qué discutirla.

—Naturalmente; mas sin dinero no hay medio..... y ¿dónde encontrarlo?

Machurina se puso á reflexionar.

—Nejdanof debe buscarlo—dijo á media voz como hablando consigo misma.

—Ese es precisamente el motivo que aquí me trae—observó Ostrodumof.

—¿Tiene usted ahí la carta?—preguntó de repente Machurina.

—Sí; ¿quiere usted leerla?

—Démela usted. O si no, espere. La leeremos juntos..... más tarde.

—He dicho á usted la verdad—murmuró Ostrodumof;—no lo dude usted.

—¡Bien lo sé!

Callaron de nuevo.

Oyóse ruído de pasos en la antesala.

—Ya está aquí, Machurina.

Se entreabrió la puerta y una cabeza se deslizó por la abertura. Mas no era aquella cabeza la de Nejdanof.

La que apareció era de forma redonda, negros y espesos cabellos, ancha frente surcada de arrugas; sus ojillos negros se movían vivamente bajo las pobladas cejas; la nariz tenía la figura del pico de un pato vuelta hacia arriba, y era la boca rosada, pequeña y picarescamente hundida.

Esta cabeza miró en torno suyo, saludó, sonrió mostrando dos filas de dientes blancos y menudos, y penetró en la sala al mismo tiempo que un tronco nada robusto, unos brazos cortos y unas piernas medio torcidas y medio cojas.

Machurina y Ostrodumof, al verle entrar, mostraron cierta expresión de indulgente desdén, que podía traducirse por esta exclamación: «¡Ah! ¡No es él!.....» No hicieron, sin embargo, ni un movimiento ni dijeron una sola palabra.

Por su parte, el recién llegado, lejos de manifestarse sorprendido por tal recibimiento, mostraba cierta satisfacción.

—¿Qué quiere decir esto? — gritó con voz chillona. — ¿Un dúo? ¿Y por qué no un terceto? ¿Dónde está el primer tenor?

—¿Es á Nejdanof á quien alude usted, señor Paklin?— dijo Ostrodumof secamente.

—Al mismo, señor Ostrodumof.

—Es de suponer que vuelva pronto, señor Paklin.

—Satisfecho por la noticia, señor Ostrodumof.

Volvióse entonces el cojuelo hacia Machurina, quien, con cara de pocos amigos, continuaba fumando su cigarrillo.

—¿Cómo está usted, amabilísima..... amabilísima?..... ¡Ah, qué fastidio! Jamás puedo acordarme de su nombre y apellido (1).

Machurina se encogió de hombros.

---

(1) En Rusia, en la conversación, es raro que se nombre á nadie por su apellido, ni tampoco suele emplearse el nombre más que en tono muy familiar. El modo de nombrar á las personas más generalmente usado, y que tiene la ventaja además de ser cariñoso con los inferiores y respetuoso con los superiores, es análogo á la antigua fórmula griega Aquiles Peleyades ó hijo de Peleo.—*N. del A.*

—¿A qué recordárselos á usted? Conoce usted mi nombre de familia: ¿qué más hace falta? ¿Y á qué tampoco eso de preguntar cómo está usted? ¿Pues no está usted viendo que no me he muerto?

—¡Muy bien, muy bien!—chilló Paklin, dilatando las ventanas de la nariz y moviendo sus desiguales cejas. Si estuviese usted muerta, su humilde servidor no tendría el gusto de verla aquí ni de hablar con usted. Considere usted mi pregunta como resto de una mala y añeja costumbre. Lo mismo que lo del nombre y el apellido..... Ya lo ve usted: me resulta gracioso eso de decir Machurina. Ya sé yo que firma usted las cartas *Bonaparte*..... Perdón, Machurina; quise decir..... Mas, sin embargo, cuando se habla.....

—¿Y quién ha solicitado que me hablase usted?

Paklin se sonrió nerviosamente, como si se le hubiese atravesado algo en la garganta.

—¡Vamos, vamos, paloma mía, no se enfade usted! Déme usted la mano. Es usted demasiado buena, bien lo sé..... tampoco yo soy malo. ¡Vamos!

Paklin extendió la mano. Machurina le miró con aire sombrío, tendiéndole la suya.

—¿Tiene usted mucho deseo por saber mi nombre? — dijo sin mostrar mayor agrado en el semblante. — Pues bien, me llamo Fiocla.

—Y yo Pimeno—añadió la voz de bajo de Ostrodumof.

—¡Ah! ¡Esto es muy instructivo, muy instructivo!

—Pero díganme ustedes ahora, Fiocla y Pimeno, ¿por qué me tratan ustedes tan desabridamente, mientras que yo?....

—Machurina cree—y no ella sola—que no es posible fiarse deusted, porque todo lo echa á risa.

Paklin giró vivamente sobre sus talones.

—¡He ahí, he ahí el error de muchos, mi estimado Pimeno! En primer lugar, yo no me río de continuo; y, además, eso no significa nada, y les aseguro que se puede fiar en mí: la prueba está en la confianza aduladora que he sabido inspi-

rar á los amigos de ustedes. Créanme: soy hombre honrado, muy honrado, mi estimable Pimeno.

Ostrodumof murmuró algunas palabras entre dientes, y Paklin repitió esta vez, casi sin sonreir:

—¡No, yo no me estoy riendo siempre! No soy un hombre alegre. Mírenme ustedes con alguna atención.

Ostrodumof levantó los ojos hacia su interlocutor.

En efecto, cuando Paklin no se reía ni hablaba, tomaba su semblante cierta expresión de tristeza mezclada de temor.

Esta expresión se convertía en festiva, y hasta en maligna, en cuanto abría la boca. Ostrodumof no dijo una sola palabra.

Paklin suspiró, y dirigiéndose á Machurina dijo:

—¿Y qué tal van los estudios? ¿Hace usted progresos en su arte eminentemente filantrópico? Debe de ser una ruda tarea eso de ayudar á un ciudadano inexperto á que haga su primera aparición en el mundo. ¿No es verdad?

—No del todo..... á no ser que el ciudadanito no sea mucho más grande que usted—respondió Machurina, sonriéndose con aire satisfecho.

Acababa la joven de recibir por aquellos días el diploma de comadrona. Hacía diez y ocho meses que había abondonado á su familia, humildes propietarios nobles del Mediodía de Rusia. Cuando Machurina llegó á San Petersburgo, llevaba seis rublos en el bolsillo; se matriculó en la Escuela de Obstetricia, y logró conquistar, gracias á ímprobo trabajo, el grado que ambicionaba. Era soltera, y sumamente casta. — ¡Valiente cosa! — exclamará tal vez algún escéptico, recordando lo que hemos dicho de la joven. — ¡Cosa admirable y rara!— nos atrevemos á decir por nuestra parte.

Al oir la respuesta de Machurina, Paklin se echó á reir.

—¡Bien señalada, amiga mía! —repuso.— Es usted viva y aguda para responder. La contestación que me acaba usted de dar me lo prueba. ¿Por qué me habré quedado tan pequeño? Mas el amo de la casa no vuelve. ¿Dónde diablos se habrá metido?

Paklin cambiaba de intento la conversación. Jamás se había resignado á su talla microscópica y á lo ruin de su figura. Sus defectos físicos le eran tanto más sensibles, cuanto que se desvivía por las mujeres. ¡Qué no hubiera dado él por serles agradable! Más que lo mediano de su posición ó lo humilde de su nacimiento, le atormentaba su deformidad y su raquitismo.

El padre de Paklin, modesto burgués, había llegado á consejero honorario á fuerza de trompicones: era una especie de hombre de negocios, á quien se consultaba acerca de los procesos, y á quien solía confiársele la administración de un predio ó de una casa. Con este oficio logró crearse un modesto peculio; mas habiéndose dado en sus últimos días á la bebida, no poseía ya nada cuando murió. El joven Paklin se llamaba Sila Samsontik, ó lo que es lo mismo, *Fuerza hijo de Sansón* (cosa que juzgaba como una burla de la suerte). Fue alumno de una escuela de comercio, en donde aprendió perfectamente el alemán. Después de varios contratiempos, bastante desagradables, encontró al fin una plaza de 1.500 rublos en un escritorio. Con tan mezquinos recursos atendía, no solamente á sus necesidades, sino, además, á las de una tía enferma y de una hermana jorobada.

En la época en que pasa nuestro relato, Paklin acababa de cumplir veintisiete años y tenía muchos amigos estudiantes, con los cuales disfrutaba de bastantes simpatías, tanto por lo cínico de sus afirmaciones y por lo chispeante de su palabra, como por su incontestable erudición, desnuda de pedantería.

Esto no era obstáculo para que en algunas ocasiones se burlaran de él. Un día, por ejemplo, que se retrasó algo en asistir á una reunión política, en el momento en que con cierta cortedad trataba de dar sus disculpas, una voz se puso á cantar en un rincón: «Nuestro pobre Paklin es un rayo de la guerra.» Todo el mundo se echó á reir. Paklin acabó por reirse también, aunque la cólera le mordía el corazón, diciendo

para sus adentros: «El granuja ha puesto el dedo en la llaga.»

Conoció por entonces á Nejdanof en un bodegón griego, donde acostumbraba á comer y donde solía emitir sus opiniones, por extremo libres y ridículas. Afirmaba que la causa primera de sus tendencias democráticas era precisamente la cocina griega, cuyas condiciones le irritaban el hígado.

—Sí..... ¿Dónde diablos se ha metido el amo de la casa?—repetía Pakline.—Ha tiempo que vengo notando que para poco aquí..... ¿Estará enamorado?

Machurina frunció el entrecejo.

—Ha ido á la biblioteca á buscar unos libros. En cuanto á lo de estar enamorado, tiene otras cosas que hacer..... Y además, ¿de quién había de haberse enamorado?

—De usted—iba á responder Paklin.

Pero se contuvo, limitándose á decir:

—Deseo verle para hablar con él de cosas graves.

—¿De qué cosas?—interrumpió Ostrodumof.—¿De nuestro asunto?

—Tal vez del vuestro..... Sin embargo, prefiero decir del de todos nosotros,

—¡Hum!—murmuró Ostrodumof.

Aunque experimentaba cierta desconfianza, pensó: «Después de todo, ¿quién sabe? Esta anguila se desliza por todas partes.»

—¡Ya le tenemos aquí!—dijo de repente Machurina; y en sus ojos, vueltos hacia la puerta de la antesala, pasó no sé qué de caliente y de tierno, semejante á una ráfaga luminosa.

La puerta se abrió y entró un joven de veintitrés años, calada la gorra y con uu paquete de libros debajo del brazo: era Nejdanof.

II

Al ver á los tres visitantes se detuvo en el umbral, y después de mirarlos de pies á cabeza arrojó la gorra, dejó caer los libros en el suelo, y, sin decir una palabra, fue á sentarse á los pies de la cama. Su hermoso rostro, cuya blancura hacía resaltar el color obscuro de su roja cabellera, expresaba contrariedad y despecho.

Machurina se volvió ligeramente, mordiéndose los labios. Ostrodumof murmuró:

—¡Por fin!

Paklin, acercándose á Nejdanof, le dijo:

—¿Quién es el que acaba de llegar? ¿Alejo Dmitrich, el Hamlet ruso.....? ¿Quién te ha sacado de tus casillas? ¿O es que te abandonas ahora en brazos de la melancolía?

—Déjame en paz, Mefistófeles—contestó Nejdanof disgustado.—No tengo tiempo de escuchar tonterías.

Paklin se echó á reir.

—No te expresas muy correctamente que digamos; lo que es discreto no es tonto, ni lo que es tonto discreto.

—Está bien, está bien. Ya sabemos que tienes ingenio.

—Y tú, tú tienes los nervios echados á perder—replicó lentamente Paklin.—¿Te ha sucedido algo extraordinario?

—Nada extraordinario me ha sucedido. Lo que me acontece es que no es posible asomar las narices fuera de casa en esta innoble ciudad, sin tropezar con alguna bajeza, con alguna necedad, con alguna absurda injusticia ó alguna estupidez..... ¡No hay medio de vivir aquí!

—¿Sin duda por eso has anunciado en los periódicos que buscas una colocación, consintiendo, si la encuentras, en abandonar San Petersburgo?—murmuró Ostrodumof.

—Ciertamente, y partiría con gusto si hubiese alguien bastante tonto que me la proporcionase.

—Ante todo, es preciso cumplir el deber «aquí»—dijo Machurina con acento marcado, pero sin volver los ojos.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Nejdanof, dirigiéndose á ella.

Machurina se mordió los labios.

—Ostrodumof os lo explicará—dijo al cabo de una pausa.

Nejdanof se dirigió á Ostrodumof como interrogándole, mas éste tosió y dijo solamente:

—Más tarde.

—Hablemos seriamente—saltó Paklin.—¿Has sabido algo desagradable?

Nejdanof se levantó del lecho como movido por un resorte.

—¿Y qué más desagradable que lo que se ve por todas partes?—gritó encarándose con su interlocutor.—Media Rusia muerta de hambre; *La Gaceta de Moscu* triunfando en toda la línea, el clasicismo nos invade, se cierra á los estudiantes las Cajas de Seguros. Por todas partes el espionaje, la opresión, las denuncias, la mentira y la falsedad..... No se puede dar un paso..... ¿No es bastante? ¿Es preciso algún disgusto nuevo? ¡Y aún me preguntas si hablo seriamente!.... Baranof ha sido detenido—añadió bajando la voz.—Me lo acaban de decir en la Biblioteca.

Ostrodumof y Machurina levantaron la cabeza al mismo tiempo.

—¡Mi bueno y querido Alejo!—comenzó Paklin.—Estoy agitado, y se comprende. ¿Olvidas la época y el país en que vivimos? Entre nosotros, el que se ahoga debe además fabricarse él mismo su dogal. Se trata de excitar el sentimiento de ustedes: es preciso saber mirar al diablo frente á frente, sin desesperarse como un chiquillo.

—¡Ah! ¡Basta, te lo suplico!—dijo Nejdanof con angustia y con la cara contraída como si le atormentase algún dolor físico.—No tienes que esforzarte. Tú eres un hombre enérgico, ya lo sé; no tienes miedo á nada ni á nadie.

—¿Miedo de alguien? ¡Paklin! ¡Veamos! ¡Veamos!

—¿Quién ha podido denunciar á Baranof? He aquí lo que no me explico.

—Algún amigo: eso está fuera de duda—dijo Paklin.—En esta clase de asuntos, los amigos son los primeros..... Con ellos es con quien conviene tener el ojo avizor. Yo, por ejemplo, yo tenía un amigo, un buen muchacho. ¡Si vieras cuánto se preocupaba de mis asuntos y de mi reputación! Un día vino á mi casa, y me dijo: «No se puede usted figurar qué estúpida calumnia se ha propalado contra usted. Se dice que ha envenenado usted á su tío. Se añade que, en cierta casa donde se le había á usted presentado, tuvo usted la avilantez de despreciar á la señora de ella, dándole la espalda toda la noche, mientras que la pobre mujer lloraba de vergüenza. ¡Qué estupidez! Se necesita ser idiota para inventar semejantes patrañas.» Pues bien; un año después, habiéndome incomodado con ese mismo amigo, recibí una carta suya de despedida, en la cual carta me decía: «Usted que ha asesinado á su tío; usted que no ha tenido inconveniente en despreciar una respetable dama, volviéndole la espalda....», etc., etc. He ahí lo que son los amigos.

Ostrodumof cambió una mirada con Machurina.

—¡Alejo Ostrodumof!—dijo con voz de bajo profundo, deseando poner fin á este inútil derroche de palabras.—Hemos recibido de Moscu una carta de Vasili Nicholaievilch.

Nejdanof tembló ligeramente y bajó los ojos.

—Y ¿qué es lo que dice?—proguntó después de algunos instantes.

—Ella y yo—contestó Ostrodumof indicando á Machurina—debemos partir.

—¿Cómo? ¿También ella ha sido convocada?

—Ella también.

—Y ¿qué os detiene?

—Naturalmente..... falta de dinero.

Nejdanof se levantó y se dirigió á la ventana.

—¿Cuánto os hace falta?

—Cincuenta rublos: ni un kopek menos.

Nejdanof guardó silencio, golpeando con los dedos los vidrios. Después dijo:

—No los tengo en este momento..... mas dentro de unos instantes los hallaré. ¿Tienes ahí la carta?

—¿La carta?..... La carta..... es decir, debo tenerla..... ¡naturalmente!.....

—¿Por qué os recatais de mí continuamente?—exclamó Paklin.—¿No merezco vuestra confianza? Y aun cuando yo no simpatizase completamente..... con lo que proyectais..... ¿me creeis capaz de haceros traición y de divulgar vuestro secreto?

—Sin intención..... acaso—murmuró la voz de Ostrodumof.

—Ni sin intención ni con ella. ¿Se sonríe usted al oirme, señorita Machurina? Le aseguro á usted.....

—Yo no me sonrío—dijo Machurina con enojo.

—Y yo os digo, señores—siguió Paklin,—que no tenéis gran penetración, y que no sabéis apreciar quiénes son vuestros verdaderos amigos. Porque los veis reir alguna vez, imaginais que no son formales.

—¡Ciertamente!—respondió Machurina en el mismo tono.

—Oid—continuó Paklin con más fuerza, sin hacer caso á su interruptora.—Ahora, por ejemplo, tenéis necesidad de dinero. Nejdanof no lo tiene en este momento..... Pues bien, yo puedo dároslo.

Nejdanof se retiró bruscamente de la ventana.

—No..... no..... ¿á qué santo? Yo lo encontraré, lo tomaré á préstamo sobre mi pensión. *Ellos* me deben algo, lo recuerdo. Mas, á propósito, Ostrodumof, enséñame la carta.

Ostrodumof permaneció algunos instantes inmóvil; después miró en torno suyo, se levantó, se inclinó, se remangó un poco el pantalón y sacó de entre la bota un trozo de papel cuidadosamente doblado, sopló el papel, no sabemos para qué, y se lo entregó al cabo á Nejdanof.

Este, después de haberlo desplegado y leído atentamente,

se lo dió á Machurina, que acababa de levantarse, y que, después de leerlo, lo entregó á su vez á Nejdanof, aunque Paklin extendía la mano para cogerlo.

Nejdanof se encogió de hombros y alargó silenciosamente la carta á Paklin, el cual, después de haberse enterado de ella, se mordió los labios de una manera significativa y la colocó con aire solemne sobre la mesa sin decir una palabra.

Entonces Ostrodumof la cogió, encendió una gruesa cerilla que esparció por la habitación fuerte olor á azufre, y levantando el papel á la altura de su cabeza, como para mostrarlo á todos los presentes, lo quemó en la llama de la cerilla hasta lo último, sin retirar los dedos, y arrojando después la ceniza al fuego.

Nadie dijo una palabra ni hizo un movimiento durante esta operación. Todos tenían la vista fija en el suelo. Ostrodumof mostrábase reconcentrado y grave; en la cara de Nejdanof descubríase una expresión casi malévola; la de Paklin manifestaba una fuerte tensión interior. Machurina parecía asistir á una función religiosa.

Así pasaron dos minutos. Después sintiéronse todos en situación un tanto embarazosa. Paklin fue el primero que intentó romper el silencio.

—Y bien—dijo; — acéptese ó no mi ofrenda sobre el altar de la patria, ¿puedo contribuir, si no con cincuenta rublos, al menos con veinticinco ó treinta para la obra común?

Nejdanof dió rienda suelta á su mal humor, que la solemne cremación de la carta no había logrado apaciguar, y que sólo esperaba una ocasión para desahogarse.

—Ya te he dicho que es inútil, ¿lo entiendes? ¡Inútil! ¡No permitiré..... no tomaré jamás ese dinero! Yo lo encontraré inmediatamente. No tengo necesidad de recursos de nadie.

—Entonces, amigo mío—dijo Paklin — dí que eres un revolucionario, mas no te llames demócrata.

—¡Añade ahora que soy un aristócrata!

—Y lo digo: eres un aristócrata..... hasta cierto punto.

Nejdanof fingió una sonrisa.

—Aludes á mi nacimiento irregular. Te tomas un trabajo inútil, querido. No necesito que tú me lo recuerdes para tenerlo yo presente.

Paklin se frotó las manos.

—Sepamos, Alejo, qué mosca te ha picado. ¿Por qué interpretas de ese modo mis palabras?.... En verdad que no te reconozco. (Nejdanof hizo con la cabeza y los hombros movimientos de impaciencia.) La prisión de Baranof te ha trastornado. Mas preciso es convenir en que se conducía imprudentemente.....

—Siempre manifestaba en alta voz sus opiniones—apuntó Machurina con aire sombrío.—No somos nosotros los que debemos vituperarle.

—Está bien; pero no ha debido olvidar que podía comprometer á otros.

—¿Por qué le dirige usted ese cargo?—gruñó Ostrodumof. —Baranof es un carácter enérgico; á nadie ha comprometido. En cuanto á la prudencia, ¿quiere usted que le diga lo que pienso? No le es dado á todo el mundo ser prudente, señor Paklin.

Paklin, herido, quiso responder, mas Nejdanof le cortó la palabra.

—Señores—dijo—creedme; dejemos en paz la política por un rato.

Hubo una pausa. Paklin fue también esta vez el que la puso término.

—He encontrado esta mañana á Skoropikin, el gran crítico estético de todas las Rusias. ¡Qué personaje más insoportable! Siempre hinchado, vano y grosero. Parece una botella de Klitschi malo (1). El mozo que os la ha servido se apresura á taparla con el dedo á guisa de corcho; un grano hinchado con

(1) Bebida fermentada, alcohólica y muy gaseosa, que contiene posos azucarados.

el líquido se atraviesa en el gollete; el líquido escupe y silba, y cuando la espuma ha desaparecido, quedan en el fondo de la botella algunas gotas de un brebaje irresistible que no calma la sed, pero que en cambio suele producir un cólico. Este Skoropikin es una calamidad para los jóvenes.

La comparación de que acababa de valerse Paklin, aunque perfectamente exacta, no hizo sonreir á nadie. Ostrodumof afirmó que los jóvenes capaces de sentir afición á la estética no eran acreedores á que se les tuviese lástima, y á los que, de seguro, el gran crítico acabaría por hacerles perder el seso.

—¡Ah, perdón! Permítame usted—exclamó Paklin con fuego. (Se exaltaba siempre á medida que se le hacía menos caso.) —Esta cuestión, aunque no sea política, no por eso carece de importancia. Según Skoropikin, toda producción artística antigua es nula por la sola razón de que es antigua..... Pero, juzgando de este modo, el arte y la moda son una misma cosa. Esto no vale la pena de ser discutido en serio. Si no hay en el arte algo de invariable, entonces ¿qué importancia tiene? En la Ciencia, en las Matemáticas, por ejemplo, ver si á Euler, Laplace, Gauss, se les considera como viejos caballos de parada á quienes hay que renovar. No; reconocéis su autoridad. Mas, para vosotros, Rafael y Mozart son nulidades, y vuestro orgullo se revuelve contra su autoridad. Cierto que las leyes del arte son más difíciles de descubrir que las de la ciencia, no digo que no; pero existen, y el que niegue su existencia es un ciego, voluntario ó involuntario, es igual.

Paklin se detuvo.....

Todos estaban mudos, como si se hubiesen mordido la lengua ó si estuviesen sumidos en místicas meditaciones.

Sólo Ostrodumof murmuró:

—Todo eso no quita para que á mí no me importen un pito los jóvenes que se dejan sopapear por Skoropikin.

—¡Que se vaya al diablo! Yo me marcho—dijo Paklin.

Había ido á casa de Nejdanof para comunicarle sus ideas acerca de la introducción en Rusia de ejemplares de *La Estre-*

lla Polar (La Campana no existía ya en esta época); mas habiendo tomado la conversación tan torcido curso, juzgó más prudente no hablar del asunto.

En el momento de tomar su sombrero, sin que ningún ruido anterior resonase en la antesala, dijo una voz detrás de la puerta:

—¿Está en casa el señor Nejdanof?

Era una voz de barítino muy agradable y sonora, cuyo timbre revelaba suprema distinción, elegancia perfecta y hasta no sé qué ideas de perfumes exquisitos.

Los jóvenes se miraron con estupor.

—El señor Nejdanof ¿está en casa?—repitió la voz.

—Sí—respondió Nejdanof.

La puerta se abrió discretamente con un movimiento suave, y apareció en el umbral un hombre de unos cuarenta años, alto, bien formado, de figura casi majestuosa. Al quitarse sin ninguna precipitación su sombrero flamante, descubrió una hermosa cabeza con el pelo cortado al rape. Llevaba un magnífico gabán de paño inglés, cuyo cuello, á pesar de ser ya últimos de Abril, estaba forrado de fina piel de castor. El visitante causó viva impresión en todos (en Nejdanof, Paklin, hasta Machurina, y aun en el mismo Ostrodumof), tanto por su noble apostura, como por la amable serenidad de su entrada en la habitación.

Involuntariamente todos se levantaron cuando él entró.

III

El elegante caballero, dirigiéndose á Nejdanof con amable sonrisa, le dijo:

—Ya he tenido el placer de encontrarle y de hablar con usted, señor Nejdanof, anteayer, si es que tiene usted la bondad de recordarlo, en el teatro.

El visitante se detuvo esperando una respuesta. Nejdanof hizo un signo afirmativo con la cabeza, y se sonrojó.

—Sí..... Y hoy me presento en casa de usted con motivo del anuncio que ha publicado en los periódicos; desearía, por lo tanto, hablarle del asunto, si es que no lo impide la presencia de las personas que hay aquí.

Inclinóse ante Machurina y señaló, con la mano cubierta de un guante de piel de Suecia, á Ostrodumof y á Paklin.

—Y si no les molesto.....

—De ningún modo—respondió Nejdanof, no sin cierto esfuerzo:—mis amigos permitirán..... Mas tenga usted la bondad de tomar asiento.

El visitante, con gran amabilidad, se inclinó, cogió por el respaldo una silla, la acercó á sí, pero no se sentó—porque todo el mundo estaba de pie en la sala—y dirigió en torno suyo los ojos claros y penetrantes, aunque medio entornados.

—Adiós, Alejo Dmitrich—dijo de golpe Machurina:—ya vendré otra vez.

—Yo también—añadió Ostrodumof;—yo también, y pronto.

Por una especie de alarde, Machurina, al pasar al lado del visitante, cogió la mano de Nejdanof y, sacudiéndola con fuerza, salió sin saludar á nadie.

Ostrodumof la siguió, haciendo resonar sus talones más de lo necesario, y se encogió de hombros como si hubiese querido decir: «¡Vaya con el cuello de castor!»

El visitante les dirigió una mirada cortés, ligeramente curiosa, y luego miró á Paklin, como esperando que éste siguiese el ejemplo de los otros.

Mas Paklin, cuyo rostro, después de la llegada del caballero, parecía haberse animado con una sonrisa contenida, haciéndose el insignificante, se refugió en un rincón. Viendo esto el caballero, se sentó, y lo mismo hizo Nejdanof.

—Me llamo Sipiaguin..... Puede que mi nombre no le sea á usted del todo desconocido—dijo con cierta orgullosa modestia.

Mas, ante todo, es preciso contar cómo Nejdanof le había encontrado en el teatro.

Se representaba una comedia de Alejandro Ostrowski, *No te sientes en el trineo ajeno*. Nejdanof, por la mañana, había ido al despacho de billetes, donde se agolpaba la gente. Tenía intención de tomar una entrada de galería; pero en el momento de acercarse á la ventanilla, un oficial, colocado detrás de él, alargó un billete de tres rublos por encima de la cabeza de Nejdanof, gritando al que vendía las localidades:

—Este señor—por Nejdanof—tendrá tal vez necesidad de que se le devuelva el cambio, y yo no. Dadme, pues, una butaca de orquesta de segunda fila. Se está aquí bastante apretado.

—Perdón, señor—le dijo Nejdanof con tono seco.—También yo quiero una butaca de segunda fila.

Y entregó al vendedor un billete de tres rublos: toda su fortuna.

Cuando llegó la noche se encontró en la región aristocrática del teatro Alexandra.

Bastante mal vestido, sin guantes, con las botas deslustradas, sentíase turbado y al mismo tiempo furioso por su misma turbación. Su vecino de la derecha era un General lleno de condecoraciones; el de la izquierda era precisamente el caballero de la visita, el consejero privado Sipiaguin, cuya aparición dos días después había de producir tan viva sorpresa en Machurina y Ostrodumof.

El General echaba de cuando en cuando una mirada sobre Nejdanof, como sobre una cosa extraña, inesperada y al mismo tiempo molesta. En cambio, las miradas que Sipiaguin dirigía al joven no tenían nada de mortificantes.

Las personas que rodeaban á Nejdanof no eran simples individuos, eran personajes. Todos se conocían y cambiaban entre sí frases breves, de cortesía ó simples exclamaciones, que alguna vez pasaban sobre la cabeza de Nejdanof, como aquella mañana las palabras del oficial delante de la ventanilla del

despacho de billetes. Permanecía inmóvil, mal sentado en su ancha y cómoda butaca, haciéndose á sí mismo el efecto de un paria. La maldita vergüenza, el despecho, toda especie de sentimientos dolorosos, le acongojaban el corazón. De repente, ¡oh milagro!, en un entreacto, su vecino de la izquierda, no el General de las condecoraciones, sino el otro, que no llevaba ninguna distinción honorífica en el pecho, le dirigió cortésmente la palabra, con una benevolencia en que se reflejaba deseo de agradar. Habló de la comedia de Ostrowski, preguntando á Nejdanof, «como uno de los representantes de la nueva generación», qué pensaba de la obra.

Asombrado, asustado casi, Nejdanof no respondió al principio más que por monosílabos, pronunciados con voz temblorosa. Esto le irritaba contra sí mismo. ¿Por qué se turbaba de aquel modo? ¿No era su vecino un hombre como los otros?

Emitió sus ideas sin vacilación y sin atenuaciones; luego fue animándose, y llegó á hablar tan alto, que su vecino de la derecha no ocultaba su disgusto.

Nejnadof era un ardiente admirador de Ostrowski; mas, á pesar de todo su respeto al talento desplegado en esta comedia por su autor, no podía aprobar esa tendencia evidente á combatir la civilización, tendencia que se mostraba palmariamente en la obra de Ostrowski, mediante el tipo caricaturesco de Vikhoref (1).

Su amable vecino le escuchaba con atención y complacencia, y en el entreacto siguiente renovó la conversación con el joven, no ya acerca de la comedia de Ostrowski, sino en general sobre diversos fines de la vida, de la ciencia y de la política.

(1) En la comedia de Ostrowski, Vikhoref es un vividor arruinado que se hace amar de la hija de un rico comerciante de provincia, y que acaba por robar á su amada para estar seguro de que se le dará en matrimonio. Con ó sin intención, el eminente dramaturgo ruso ha presentado el contraste entre el elemento patriarcal del pasado y un producto vicioso de la civilización.

Parecía interesarse vivamente por su elocuente interlocutor. Nejdanof, no sólo no experimentaba ya cortedad alguna, sino que, por el contrario, como suele decirse, á cada momento daba vapor á la máquina.

—Te muestras curioso—pensaba.—¡Pues bien, ya verás!

El vecino de la derecha lo que experimentaba no era ya inquietud, sino indignación mezclada de sospechas.

Al terminar la función, Sipiaguin se despidió de Nejdanof sumamente amable. Sin embargo, no deseó conocer el nombre del joven, ni él tampoco lo dijo.

Mientras que Sipiaguin esperaba su coche delante del peristilo, encontróse con uno de sus amigos, el príncipe S....., ayudante de campo del Emperador.

—Te he visto desde el palco—dijo el príncipe sonriendo á través de su perfumado bigote.—¿Sabes con quién estabas hablando?

—No; no lo sé. ¿Lo sabes tú?

—Un joven de talento, ¿verdad?

—Sí, de mucho talento. ¿Quién es?

El Príncipe se inclinó hacia Sipiaguin y le dijo al oído:

—Mi hermano, sí, mi hermano. ¡Un hijo natural de mi padre!..... Se llama Nejdanof. Ya te contaré. Mi padre no le esperaba; por eso se le puso por nombre Nejdanof (1). Sin embargo, se ocupa de él. Le señaló una renta. Le pagamos una pensión. Es un joven de inteligencia..... Gracias á mi padre, ha recibido una buena educación. Sin embargo, es de los contagiados..... republicano..... En casa no le recibimos..... *¡Es imposible!* Pero ya está aquí mi coche: hasta la vista.

El Príncipe se alejó. Al día siguiente, Sipiaguin, al leer la *Gaceta de Policía*, se fijó en el anuncio publicado por Nejdanof, y se fué á su casa.

—Me llamo Sipiaguin—dijo dirigiéndose á Nejdanof y sentándose en una silla de paja enfrente del joven, que le miraba

(1) Literalmente *inesperado*.

fija y atentamente.—He sabido por los periódicos que desea usted prestar sus servicios en casa de una familia, y vengo á hacer á usted proposiciones. Estoy casado; tengo un hijo de nueve años, bastante listo, no dudo en afirmarlo. Pasaremos en el campo una parte del verano y del otoño, en el distrito de S....., á cinco verstas de la capital del departamento. ¿Tiene usted inconveniente en acompañarnos durante las vacaciones para enseñar á mi hijo la lengua rusa y la historia, las dos asignaturas de que hace usted mención en su anuncio? Me atrevo á creer que no tendrá usted queja de mí, de mi familia ni de la finca en que hemos de residir. Hermoso jardín, ameno arroyo, aire puro y casa espaciosa..... ¿Consiente usted? En ese caso, sólo falta que me dé usted á conocer las condiciones que tenga por conveniente; aunque supongo—añadió sonriéndose discretamente—que sobre este punto no puede existir entre nosotros la menor dificultad.

Durante todo el tiempo que Sipiaguin había estado hablando, Nejdanof no le quitó los ojos, contemplando su frente estrecha y poco elevada, pero inteligente; su nariz romana, de líneas correctas; sus ojos agradables, sus labios bien formados, de los cuales fluían corteses palabras, y sus largas patillas á la inglesa.

Le miraba y no sabía qué pensar.

«¿A qué viene todo esto? ¿Qué interés tiene este hombre en hacerme semejantes ofertas? Este aristócrata y yo.....—pensaba Nejdanof—¿cómo es posible que estemos juntos? ¿Qué es lo que se propone?»

Tan absorto se hallaba en sus reflexiones, que no despegó los labios, aunque Sipiaguin, terminada su arenga, guardaba silencio esperando la contestación.

Sipiaguin dirigió una mirada hacia el rincón donde se ocultaba Paklin, que le miraba con tanta atención, por lo menos, como Nejdanof. Acaso era la presencia de aquel tercer personaje la que impedía hablar á Nejdanof. Sipiaguin levantó los ojos con aire resignado, como aceptando lo extraño de una

situación en la cual se había colocado voluntariamente; después de haber levantado las cejas levantó la voz y repitió la pregunta.

Nejdanof vaciló.

—Ciertamente—dijo con alguna precipitación—consiento..... con placer..... aunque debo confesar..... no he podido menos de sorprenderme..... Como no tengo para usted ninguna especie de recomendación, y además las opiniones que manifesté anteayer en el teatro, parece que debieran haberle hecho á usted variar.....

—Se equivoca usted completamente sobre este punto, querido señor Alejo..... Alejo Dmitrich..... Por lo menos así lo creo—dijo Sipiaguin sonriendo.—Por mi parte me atrevo á afirmar que soy conocido por mis ideas liberales y hasta progresistas, y las de usted, prescindiendo (permítame que se lo diga) de cierta dosis de exageración que es propia de la juventud..... las ideas de usted, digo, no están, en rigor, en contradicción con las mías; hasta me atreveré á añadir que me agradan por su ardor juvenil.

Sipiaguin hablaba sin la más ligera vacilación. Sus períodos redondeados y suaves resbalaban, según la frase rusa, como la miel sobre el aceite.

—Mi mujer—continuó—participa de mi modo de pensar; acaso sus opiniones tengan más relación con las de usted que con las mías; y la cosa es clara: es más joven que yo. Cuando, al día siguiente de nuestra entrevista, leí en los periódicos el nombre de usted, que por cierto supe en el teatro, y que ha publicado usted, contra lo que es costumbre, al mismo tiempo que sus señas, este hecho, repito, me llamó la atención. He visto en esta coincidencia una especie..... perdone usted lo que haya de supersticioso en mi expresión..... una especie de mandato del destino. Me habla usted de recomendaciones. Su exterior, su personalidad han despertado mi simpatía. Esto me basta. Tengo la costumbre de fiarme de mi golpe de vista. Así puedo esperar..... ¿Consiente usted?

—Consiento, sí—respondió Nejdanof;—y me esforzaré en justificar su confianza. Permítame usted, sin embargo, que le advierta desde ahora que estoy dispuesto á ser el profesor de su hijo, pero no su ayo. Para esto último carezco de aptitudes; además, no quiero comprometerme á perder mi libertad.

Sipiaguin hizo ademán de espantar una mosca.

—Tranquilícese usted, mi querido señor Nejdanof. Ya sé que usted no es de la madera de que se hacen los ayos; no es un ayo lo que necesito. Buscaba un profesor y lo he encontrado. ¿Y respecto de las condiciones? ¿Las condiciones pecuniarias? ¿El vil metal?

Nejdanof vacilaba, un tanto confuso.

—Escuche usted—dijo Sipiaguin inclinándose, y tocando amistosamente la rodilla de Nejdanof:—entre gentes como nosotros bastan dos palabras. Le propongo á usted cien rublos por mes; los gastos de viaje, ida y vuelta, corren, naturalmente, de mi cuenta. ¿Le conviene á usted?

Nejdanof se sonrojó de nuevo.

—Eso es mucho más de lo que me hubiera atrevido á pedir..... porque yo.....

—Muy bien, perfectamente—interrumpió Sipiaguin.—Negocio concluído, y como si estuviera usted en mi casa.

Se levantó de la silla con aire gozoso y comunicativo, como si acabasen de hacerle un regalo. En todos sus movimientos se reflejaba cierta amable familiaridad casi retozona.

—Partiremos dentro de unos días—repuso con tono campechano.—Me gusta ver cómo llega la primavera á los campos, aunque la clase de mis ocupaciones me convierta en un hombre prosaico amarrado á la ciudad. Me permitirá usted que empecemos á contar el primer mes de su sueldo desde hoy. Mi mujer y mi hijo están ya en Moscu. Los encontraremos en el campo..... en el seno de la naturaleza. Nosotros dos iremos juntos, como compañeros.

Sipiaguin se sonrió amablemente.

—Y ahora.....

Sacó del bolsillo de su gabán una carterita negra, con adornos de plata, y de ella una tarjeta.

—He aquí mis señas en San Petersburgo. Venga usted á verme, mañana, si gusta, á medio día. Hablaremos un rato..... Ya le diré á usted lo que pienso sobre la educación..... De paso fijaremos el día de nuestra marcha.

Sipiaguin estrechó la mano de Nejdanof.

—A propósito—añadió, bajando la voz con aire confidencial—si tiene necesidad de algún adelanto..... ¡Le suplico que prescinda de ceremonias! ¿Quiere usted el importe de un mes?

Nejdanof no sabía qué responder, y miraba con incertidumbre á aquel rostro, para él tan nuevo, y que, aproximándose cerca del suyo, se sonreía con tanta benevolencia.

—¿No le hace á usted falta, eh?—dijo por lo bajo Sipiaguin.

—Si usted me lo permite, le contestaré mañana—respondió Nejdanof.

—Perfectamente. Hasta mañana.

Sipiaguin soltó la mano del joven y se dispuso á salir.

—Permítame usted una pregunta—dijo de repente Nejdanof.—Me ha dicho usted que en el teatro supo mi nombre. ¿Quién se lo dijo?

—¿Quién? Uno de mis amigos..... pariente de usted, según creo; un Príncipe..... el Príncipe G.....

—¿El ayudante de campo?

—El mismo.

Nejdanof se sonrojó más que las veces anteriores, y abrió los labios; pero volvió á cerrarlos sin decir nada. Sipiaguin le estrechó de nuevo la mano, esta vez sin decir palabra. Le saludó, saludó también á Paklin, cogió su sombrero al llegar á la puerta, y salió llevando en el semblante una sonrisa de satisfacción, en la cual sonrisa se reflejaba el convencimiento de la impresión profunda que su visita no podía menos de haberle causado.

IV

Apenas hubo desaparecido Sipiaguin, Paklin, dando un salto en su silla, precipitándose hacia Nejdanof, empezó á felicitarle.

—Esto es lo que se llama pescar un pez gordo—decía, riéndosey dando zapatetas.—¿Sabes quién es Sipiaguin? ¡Si le conoce todo el mundo! Un chambelán, una columna de la sociedad, si se me permite la frase, un futuro ministro.

—Me es completamente desconocido—dijo Nejdanof con cierto desaliento.

Paklin levantó las manos con ademán desesperado.

—He aquí precisamente nuestra desgracia, mi buen Alejo; no conocer á nadie. Queremos obrar, queremos revolver el mundo, y vivimos fuera de él; no tenemos relación más que con dos ó tres amigos, y nos revolvemos dentro de un círculo pequeño.....

—Perdona—interrumpió Nejdanof;—no es eso sólo. Es sencillamente que rehusamos mezclarnos con nuestros enemigos. Con los nuestros, con el pueblo, estamos en constante comunicación.

—¡La, la, la!—interrumpió á su vez Paklin.—Respecto de eso que dices de los enemigos, permíteme que te recuerde aquellos versos de Goethe:

«Si comprender deseas al poeta,
penetra en el país de la poesía.»

O lo que es lo mismo:

«El que quiera comprender al enemigo,
debe ir al país del enemigo.»

Vivir apartado de los adversarios, ignorar sus costumbres y su vida..... Absurdo, ab-sur-do. Sí, sí. Para cazar al lobo

en el bosque, es preciso conocer todas sus guaridas. Hablas de ponerte en comunicación con el pueblo. ¡Pobre amigo mío! En 1862, los polacos «se arrojaron al bosque». Ahora somos nosotros los que nos arrojamos también á la selva, es decir, al pueblo, que es más sordo para nosotros que un bosque.

—Pues ¿cuál es tu opinión? ¿Qué debe hacerse?

—Los indios se precipitan bajo las ruedas del carro del dios de Yozgornat—continuó Paklin con tono sombrío;—el carro los aplasta y mueren santamente. Nosotros tenemos también nuestro Yozgornat..... El nos aplastará, es cierto, mas no nos dará la santidad.

—Pero ¿qué es lo que debe hacerse, di?—repitió Nejdanof casi gritado,—¿acaso escribir novelas *tendenciosas?*

Paklin abrió los brazos y echó hacia atrás la cabeza.

—¡Novelas! En todo caso, tú podrías escribirlas, porque tienes vena literaria. Vamos, no te enfades. Me callo. Ya sé que no te gusta que se aluda á eso. Por lo demás, estoy de acuerdo contigo; no es ese oficio más divertido que el de fabricar tomos «ridículos», sobre todo con los nuevos términos de la moda: «Os amo», salta ella. «Me es igual», responde él. Este es el género que priva y que penetra en todas las clases, empezando por la más alta. Apoyarse en los Ostrodumof no es bastante. Los Ostrodumof son buenas personas, bravos corazones, pero tontos, tontos. ¿Te has fijado en nuestro amigo? Nada tiene; ni siquiera las suelas de sus botas son como las de las personas inteligentes. Ahora, por ejemplo, ¿por qué ha salido de aquí? Por no estar en la misma sala, por no respirar el mismo ambiente que un aristócrata.

—Te suplico que no me hables así de Ortrodumof—gritó Nejdanof con violencia.—Si lleva las botas gruesas, es porque las botas gruesas cuestan baratas.

—No es esto lo que yo decía—añadió Paklin.

—No quiere estar en la misma sala que un aristócrata—continuó Nejdanof gritando más fuerte,—y precisamente yo le alabo el gusto. Y, sobre todo, es de los que saben sacrifi-

carse y, si fuese necesario, ir en busca de la muerte, cosa que ni tú ni yo haremos jamás: no vacilaría.

Paklin hizo un gesto lastimoso, y mostrando sus piernas torcidas, exclamó:

—¡Cómo había de ir yo á batirme, querido amigo! ¿Quieres decírmelo? Mas dejemos esto; te repito que me agrada tu amistad con el señor Sipiaguin, y que veo en ella para lo sucesivo gran provecho en pro de nuestra obra. Vas á encontrarte en el gran mundo. Verás en él á los hombres más distinguidos, á esas mujeres con cuerpos de terciopelo sobre resortes de acero, como dicen *Las cartas acerca de España*. Estúdialas, amigo mío, estúdialas. Si tú fueses un epicúreo, tendría temor por ti..... créeme! Mas ¿no es por eso, verdad, por lo que tú has buscado una colocación?

—He buscado una colocación para no morirme de hambre —replicó Nejdanof.—Y para apartarme de vosotros por algún tiempo—añadió mentalmente.

—¡Pues es claro! Por eso te repito: ¡observa, estudia!..... ¡Qué perfume ha dejado aquí ese señor!—Paklin levantó la nariz para husmear el aire.—Precisamente es el perfume de ámbar con el cual soñaba la mujer del *maitre* en *El Revisor*..... (1).

—Ha interrogado al Príncipe G... acerca de mi conducta —dijo con voz sorda Nejdanof, que había vuelto á colocarse delante de la ventana.—Probablemente á estas horas conoce toda mi historia.

—No sólo es probable, sino cierto. ¿Qué te importa?.... Pienso que por eso precisamente se le ha ocurrido buscarte para profesor. Tú eres un aristócrata por la sangre; serás, por tanto, de los suyos. ¡Mas ahora reparo que hace mucho tiempo que estoy aquí, y ya es hora de que marche á mi oficina, á casa de los viles explotadores! Hasta la vista, compañero.

---

(1) Comedia de Nicolás Gogol.

Paklin echó á andar hacia la puerta; pero se detuvo, y volviéndose,

—Escucha, Alejo—dijo con voz insinuante:—hasta ahora has rehusado mis ofrecimientos..... Bien conozco que pronto vas á tener dinero; mas permíteme que haga una pequeña ofrenda para la obra común. Yo no puedo ser útil de otra manera; séalo al menos con mi bolsa. Ahí tienes, mira.

Dejó sobre la mesa un billete de diez rublos.

—¿Lo aceptas?

Nejdanof no contestó.

—Quien calla, otorga. Gracias—gritó alegremente Paklin, y desapareció.

Nejdanof quedó solo. Continuó mirando al través de los vidrios de su ventana el patio estrecho y sombrío donde, ni aun durante el verano, penetraban los rayos del sol; su semblante estaba más sombrío que el patio.

Nejdanof era hijo, como ya sabemos, del Príncipe G...., rico personaje, general ayuda de campo, y de una institutriz de su hija, linda muchacha, antigua discípula de un Instituto de señoritas nobles, muerta el mismo día de su alumbramiento. Recibió Nejdanof su primera educación en un colegio dirigido por un suizo, inteligente y severo pedagogo. Más tarde entró en la Universidad.

Deseaba estudiar Derecho, pero el general, su padre, que detestaba á los nihilistas, lo lanzó á la *Estética*, como decía Nejdanof con amarga ironía, ó lo que es lo mismo, le hizo entrar en la Facultad histórico filológica.

El padre de Nejdanof veía á su hijo tres ó cuatro veces á lo sumo por año, mas se interesaba por su suerte, y antes de morir le dejó en el testamento, en recuerdo de Naskia, su madre, un capital de 6.000 rublos, cuyos intereses le eran entregados en forma de pensión por sus hermanos los Príncipes G.....

No sin razón le motejaba Paklin de aristócrata; todo en él revelaba su origen: la pequeñez de sus orejas, de sus manos y

de sus pies, lo fino de sus facciones, acaso algo menudas, la delicadeza de su piel, la belleza de sus cabellos, la ligera pastosidad de su voz simpática é insinuante. Era sumamente nervioso, susceptible é impresionable, y hasta caprichoso: la situación falsa en que se encontraba desde niño había contribuído á aumentar su susceptibilidad; pero su generosidad innata le impedía llegar hasta la suspicacia ni la desconfianza. Esta falsa situación indicaba las contradicciones de su espíritu. Escrupuloso hasta la exageración, tanto, que por cualquiera cosa se disgustaba, fingía ser en sus palabras cínico y hasta grosero; idealista por naturaleza, apasionado, casto, audaz y tímido al mismo tiempo, se echaba en cara á sí propio como un vicio vergonzoso su timidez y su castidad, y consideraba un deber poner en ridículo el ideal.

Era tierno su corazón, y se apartaba de los hombres; se irritaba fácilmente, mas no guardaba rencor. Se indignaba contra su padre, que le había lanzado en la Estética; en rigor, sólo se ocupaba de política y de cuestiones sociales; predicaba (con perfecta convicción) las ideas más avanzadas, pero en secreto adoraba la poesía, el arte, la belleza en todas sus manifestaciones..... hasta hacía versos.

Ocultaba cuidadosamente el cuaderno en que los escribía, y entre sus amigos de San Petersburgo sólo Paklin, gracias á su buen olfato, sospechaba la existencia de ellos. Nada era tan mortificante para Nejdanof como una alusión, por discreta que fuese, á sus tendencias poéticas, que eran consideradas por él como una imperdonable debilidad.

Su profesor suizo le había llenado la cabeza de hechos y fechas. No temía el trabajo; antes bien, se entregaba á él con placer, aunque un poco febrilmente y sin compañía. Sus amigos le amaban, atraídos por la sinceridad, la bondad y la pureza que encontraban en el joven. Mas el pobre Nejdanof no había nacido con feliz estrella; la vida no se le presentaba fácil. Esto le impresionaba profundamente, y á pesar del afecto de sus amigos se consideraba siempre aislado.

Cuando se quedó solo en su cuarto delante de la ventana, Nejdanof pensó con pena en su próximo viaje y en el nuevo rumbo inesperado que tomaba su vida..... No sentía dejar á San Petersburgo. Nada abandonaba tampoco que le fuese particularmente querido. Además, ¿no iba á volver en otoño? Sin embargo, vacilaba, presa de irresolución, de melancolía involuntaria.

—¡Vaya un profesor que voy á hacer yo!—pensaba.—¡Valiente pedagogo!

Casi se acusaba de haber admitido este encargo, aunque, en rigor, la acusación fuese injusta. Nejdanof poseía bastante instrucción, y á pesar de las desigualdades de su carácter, los niños acudían á él sin repugnancia, y el joven, por su parte, los atraía fácilmente.

La tristeza que le invadía en aquellos momentos reconocía por causa la impresión que experimentan los melancólicos y los soñadores cuando se ven obligados á separarse de lo conocido. Los caracteres aventureros, los sanguíneos, desconociendo esta impresión, se regocijan cuando el curso ordinario de su vida se interrumpe y la ocasión les depara el cambiar de sitio.

Nejdanof, tan profundamente absorto estaba con sus sueños, que poco á poco y casi inconscientemente los tradujo en palabras. Las impresiones que flotaban en su espíritu parecía que se hacían cadenciosas y rimaban entre sí.

—¡Caramba!—exclamó en voz alta:—Creo que voy á componer versos.

Se retiró de la ventana, y fijándose en el billete de diez rublos que Paklin había dejado sobre la mesa, lo guardó en el bolsillo y comenzó á pasearse por la habitación.

—Será necesario que tome una paga adelantada, puesto que este señor me la ha ofrecido. Cien rublos, y de parte de mis hermanos Sus Altezas otros cien rublos..... Cincuenta por mis dietas, sesenta ó setenta para el viaje, y el resto para Ostrodumof, así como los diez de Paklin. También recibiremos algo de Merculof.

Mientras que hacía estos cálculos, comenzaban las rimas á bullir en su cabeza. Luego, como soñando y con la mirada distraída, se detuvo un momento; sus manos buscaron á tientas y abrieron un cajón, en el fondo del cual había un cuaderno escrito.

Se sentó en la silla delante de la mesa. Sin cambiar la dirección de su mirada, murmurando palabras incoherentes y sacudiendo de tiempo en tiempo su cabellera y borrando y haciendo rayas, se puso á escribir versos.

La puerta de la antesala se abrió á medias, y apareció la cabeza de Machurina. Nejdanof, sin fijarse, continuó escribiendo; Machurina le miró largo tiempo fijamente; después, moviendo la cabeza de derecha á izquierda con aire de compasión, dió un paso atrás. Mas Nejdanof, levantándose de repente, dijo, no sin cierto despecho, y arrojando su cuaderno en el fondo del cajón:

—¡Ah!..... ¿Es usted?

—Ostrodumof me ha enviado aquí—dijo la joven lentamente—para saber cuándo podremos tener el dinero. Si lo recibiera usted hoy, podríamos partir esta noche.

Nejdanof frunció las cejas.

—Hoy, imposible. Vuelva usted mañana.

—¿A qué hora?

—A las dos.

—Bien.

Machurina calló un instante, y repentinamente, tendiendo la mano á Nejdanof, le dijo:

—Creo que he molestado á usted. Perdóneme usted. Voy á partir. ¡Quién sabe si nos volveremos á ver! Quería decirle á usted adiós.

Nejdanof estrechó la mano roja y fría de Machurina.

—¿Ha visto usted esta tarde aquí al caballero que me ha visitado?—dijo.—Me he entendido con él, y le acompaño á su finca, cerca de S.....

Machurina se sonrió.

—Cerca de S..... ¡En ese caso no es difícil que nos volvamos á ver! Es posible que se nos envíe por ese lado.

Machurina suspiró.

—¡Ah, Alejo Dmitrich!

—¿Qué?—preguntó Nejdanof.

Machurina contestó con tono grave:

—Nada. ¡Adiós! Nada.....

Volvió á estrechar la mano de Nejdanof y se alejó.

—Nadie, en todo San Petersburgo, me es tan afecto como este diablo de muchacha—pensó Nejdanof; — pero le hubiera agradecido que no me hubiera venido á interrumpir.

A la mañana siguiente, Nejdanof encaminó sus pasos hacia la casa de Sipiaguin, y allí, en un soberbio gabinete amueblado severamente, como convenía á la vivienda de un hombre de Estado, liberal y de buen tono, sentado delante de un escritorio en el cual aparecían dispersos en estudiado desorden cuchillos que no habían cortado jamás nada y montones de papel que nadie había utilizado nunca, escuchó durante una hora los discursos sensatos, benévolos, *untuosos* como bálsamo, que le dirigía Sipiaguin.

Recibió al cabo el adelanto de los cien rublos, y diez horas más tarde, el mismo Nejdanof, recostado en el diván de terciopelo de un departamento particular de primera clase, y junto al hombre de Estado discreto y liberal, caminaba hacia Moscu sobre los rails del camino de hierro Nicolás.

V

En el salón de una gran casa de ladrillos construída en 1825 por el padre de Sipiaguin, muy conocido como agrónomo y como hombre de puños, madama Sipiaguin, hermosa mujer, esperaba de un momento á otro la llegada de su marido, anunciada por telégrafo.

El decorado á la moderna de este salón mostraba el gusto

delicado de su dueño; todo era allí gracioso y agradable; todo, desde la bien entendida variedad de los colores y las cortinas de cretona, hasta las diversas formas de los *bibelots* de porcelana, bronce ó metal esparcidos por las mesas y estantes. Todo ello se destacaba dulcemente al ser herido por los rayos del sol del mes de Mayo, que penetraban libremente por las altas y grandes ventanas abiertas de par en par. Llena de un perfume de lirio (ramos de esta hermosa flor primaveral aparecían distribuídos por todos lados), la atmósfera del salón parecía temblar removida por ligeras bocanadas de viento que antes habían acariciado, al pasar, las frondas cubiertas de flores del jardín.

Cuadro encantador. Valentina Mikhailovna Sipiaguin completaba este cuadro, dándole pensamiento y vida.

Era una mujer de cerca de treinta años, de alta estatura, cabellos castaño obscuros; su rostro, de facciones correctas, recordaba el de la Madonna de la Capilla Sixtina, con sus ojos aterciopelados y profundos; eran sus labios un poco gruesos y descoloridos; los hombros un tanto levantados y las manos algo grandes..... Mas el que la hubiese visto ir y venir en su salón, ágil y ligera, ya inclinando su talle, fino y esbelto, hacia una flor para aspirar su perfume, ya mudando de sitio algún vaso chino, ya alisando sus lustrosos cabellos delante del espejo y entornando sus lindos ojos..... el que esto hubiese contemplado se hubiera ciertamente dicho que nunca había visto una mujer más encantadora.

Un hermoso niño de siete años, con el cabello ensortijado y vestido á la escocesa, desnudas las piernas, muy peinado y perfumado, entró corriendo en el salón y se detuvo como cortado ante el aspecto de madama Sipiaguin.

—¿Qué es eso, Kolia? (1).

La voz de la dama era tan blanda y tan aterciopelada como sus ojos.

---

(1) Diminutivo de *Nicolav* (Nicolás).

—Es que, mamá—dijo el niño con cierto embarazo,—es que mi tía me ha enviado aquí á buscar flores..... para su cuarto..... como ella no tiene.....

Madama Sipiaguin cogió al niño por la barba, y haciéndole levantar la cabeza,

—Dile á tu tía que le pida las flores al jardinero; las que están aquí son mías, y no quiero que se las toque: dile también que no me gusta que se desarregle lo que yo arreglo. ¿Sabrás repetir mis palabras?

—Sí.....—balbuceó el pequeñuelo.

—Vamos á ver cómo dirás.

—Pues..... diré..... que tú no quieres.

Madama Sipiaguin se echó á reir, y su risa era también suave y blanda como su voz.

—Ya veo que no se te pueden confiar todavía ciertas comisiones. Pero es igual: dile lo que quieras.

El niño besó con viveza la mano cargada de sortijas de su madre, y se precipitó fuera de la sala.

Madama Sipiaguin le siguió con los ojos, suspiró, se aproximó á una jaula dorada, por cuyos alambres trepaba un papagayo verde, ayudándose prudentemente con el pico y las patas; le hizo una fiesta con el dedo, después se dejó caer sobre un diván de poca altura, y tomando de un velador esculpido el último número de la *Revista de Amos Mundos,* se puso á hojearle, apoyada en el respaldo del diván.

Una tos respetuosa le hizo levantar la cabeza: un criado de librea y corbata blanca estaba en el umbral de la puerta.

—¿Qué es eso, Gattion?—dijo la dama con voz dulce.

—Simón Petrovitch Kallomeitsef. ¿Puede pasar?

—Sí, hazle entrar, y ve á decirle á la señorita Mariana que se le suplica tenga á bien venir al salón.

Simón Petrovitch Kallomeitsef era un joven de cerca de treinta y dos años. Al verle entrar en el salón, con su aire desembarazado y descuidado al mismo tiempo y casi desfallecido, mostrar después una viva alegría en su rostro, inclinarse un

poco de medio lado é incorporarse como movido por un resorte, dirigir la palabra á la dueña de la casa con gangosidad melosa, tomar respetuosamente y besar con efusión la mano de Valentina; al ver todo esto, era fácil adivinar que el recién venido no era un provinciano, un vecino cualquiera de aquellos sitios, sino un verdadero elegante de San Petersburgo. Añadamos que iba vestido á la última moda inglesa. En el bolsillo del pecho, absolutamente aplastado, de su americana abigarrada, asomaba, en forma de triángulo, la punta de un pañuelo nuevo de batista blanco. Su monóculo, pendiente del extremo de un largo cordón nuevo, y el color pálido y mate de sus guantes de Suecia, estaban en perfecta armonía con el tinte gris de su pantalón á cuadros.

El señor Kallomeitsef llevaba corto el cabello, afeitado por delante el rostro. Su semblante casi femenino, con ojos pequeños y muy juntos, su nariz y labios delicados, expresaban esa distinción que tan bien cuadra á un caballero perfectamente educado.

Tan amable fisonomía tomaba, sin embargo, una expresión perversa y hasta grosera, por poco que se intentase atacar los principios conservadores, patrióticos y religiosos del señor Kallomeitsef. ¡Oh! ¡Entonces no tenía piedad! Su distinción se evaporaba y sus tranquilos ojos lanzaban llamas, mientras que su sonrosada boca dejaba escapar palabras malsonantes y reclamaba, con gritos de mozo de cordel, los fueros de la autoridad.

Kallomeitsef descendía de una familia de jardineros. Su bisabuelo se llamaba Kolomentrof, del nombre de la ciudad de su nacimiento; el abuelo transformó el nombre en Kolomesef; el padre firmaba Kalomeitsef; en fin, Simón Petrovisch, habiendo añadido una *l* á su apellido, se consideraba formalmente como un noble de pura raza, y se complacía en repetir que su familia descendía directamente de los barones de Gallenmeyer, uno de los cuales había sido feld-mariscal en Austria durante la guerra de treinta años.

Prestaba sus servicios en la corte con el título de *gentilhombre* de cámara; su patriotismo había sido causa de que no se dedicara á la carrera diplomática, á donde le llamaban sus aficiones, su educación, sus modales, su partido con las mujeres. ¡Pero dejar á Rusia!..... «¡Jamás!» decía solemnemente..... en francés.

Era rico, muy bien relacionado, y se le consideraba como hombre de porvenir, de buenas cualidades, aunque *algo feudal en sus opiniones,* según la frase del Príncipe B..... personaje muy conocido y una de las lumbreras de la sociedad burocrática de San Petersburgo.

Estaba disfrutando de dos meses de licencia en el Gobierno de S..... para ocuparse de la administración de sus bienes, «para meter miedo al uno y apretar las clavijas al otro.» De lo contrario, nada andaría bien.

—Creí encontrar aquí á Boris Andreitch—dijo, columpiándose graciosamente y mirando con ínfulas de personaje.

Madama Sipiaguin hizo un leve movimiento.

—¿De modo que, sin esa causa, no hubiera usted venido?

Kallomeitsef dió un paso atrás; tan inmotivada le parecía la pregunta.

—¡Oh, señora!—exclamó.—¡Cómo ha podido usted suponer.....!

—Está bien. Tome usted asiento. Boris Andreitch vendrá en seguida. He enviado un coche á la estación. Un poco de paciencia. Va usted á verle. ¿Qué hora es?

—Las dos y media—dijo Kallomeitsef sacando del bolsillo del chaleco un reloj grande de oro esmaltado, que enseñó á Mad. Sipiaguin.—¿Ha visto usted mi reloj? Es un regalo de Miguel, ya sabe usted, el Príncipe de Servia, Obrenoostch. He aquí sus iniciales. Somos grandes amigos. ¡Qué joven tan agradable! Y además, una mano de hierro, como conviene á un gobernante. ¡Oh, con él no se juega, no!

Kallomeitsef se extendió en su butaca, cruzó las piernas y empezó á quitarse nuevamente el guante de la mano izquierda

—¡Ah! ¡Si tuviésemos un hombre de su temple en el Gobierno de S.....!

—¿Y para qué? ¿De qué está usted quejoso?

Kallomeitsef frunció las narices.

—Este *zemsvo* (1) ¡caramba!, este *zemsvo*, ¿para qué sirve? Unicamente para debilitar la administración y despertar..... ideas inútiles (movió la mano para establecer en ella la circulación interrumpida por el guante), y esperanzas irrealizables (se sopló la mano). Todo esto lo he dicho en San Petersburgo. Pero, ¡bah! el viento no sopla de ese lado..... Su mismo esposo de usted es conocido por sus ideas liberales.....

Madame Sipiaguin se incorporó en su diván.

—¡Cómo! ¿También usted, Mr. Kallomeitsef, combate al Gobierno?

—¡Yo combatirle!..... ¡Jamás! Por nada del mundo. *Mas hablo con franqueza:*—Las frases subrayadas las decía en francés Kallomeitsef.—Alguna vez critico, pero siempre acabo por someterme.

—A mí me parece todo lo contrario: jamás critico, pero nunca me someto.

—¡Ah; pero eso es toda una frase! ¿Me permitirá usted que se la repita á mi amigo Ladislao, á quien usted conoce? Tiene el pensamiento de escribir una novela del gran mundo; ya me ha leído algunos capítulos. Será una obra deliciosa. *Tendremos, por fin, el mundo ruso pintado por sí mismo.*

—¿Dónde se publicará?

—En *El Mensajero Ruso*. Es nuestra *Revista de Ambos Mundos*. Creo que usted la lee.

—Sí, pero la encuentro algo fastidiosa.

—Es posible, es posible.

—Y *El Mensajero Ruso* tampoco es muy divertido.

---

(1) *Zemsvo*. En Rusia hay dos especies de asambleas locales de este nombre, que vienen á ser lo que entre nosotros los Municipios y las Diputaciones.

Kallomeitsef se echó á reir á mandíbula batiente.

—Ya sé que decir eso es de buen tono. Mas es un periódico al que se respeta—continuó,—y es lo principal. Lo confieso: la literatura rusa no me interesa nada. En las novelas actuales no figura más que gentuza. Hasta hay alguna cuya heroína es una cocinera, una simple cocinera. ¡Como usted lo oye! Mas, en cuanto á la novela de Ladislao, de seguro la leeré. Habrá motivo para que el lector se ría..... ¡Y luego la tendencia, la tendencia! Los nihilistas serán arrastrados por el lodo: me lo fía la manera de pensar de Ladislao, *que es muy correcta.*

—No se puede decir lo mismo de su pasado—observó madama Sipiaguin.

—*¡Ah! Echemos un velo sobre los errores de la juventud*—exclamó Kallomeitsef, acabándose de quitar el guante de la mano derecha.

Madama Sipiaguin, por segunda vez, movió los ojos con un gracioso movimiento, pues estaba convencida del encanto insuperable de su mirada.

—Simeón Petrovitch—preguntó—¿por qué, hablando ruso, emplea usted tantas palabras francesas? Permítame que le diga que eso está algo pasado de moda.

—¿Por qué?.... ¿Por qué?.... No todos poseen la lengua patria tan admirablemente como..... usted. Por mi parte considero la lengua rusa como el idioma de los ukases y de las cosas oficiales. Guardo gran consideración á la pureza del lenguaje. Me inclino ante Karanzine. Mas el ruso de diario, si se me permite hablar así, ¿es el único que existe? Esta exclamación habitual mía, *¡C'est un mot!,* por ejemplo. ¡Imposible expresar en ruso la misma idea!

—Yo diría. Eso es una expresión feliz.

Kallomeitsef se echó á reir.

—¡Expresión feliz! ¡Oh, señora! ¿No veis que esa frase huele á maestro de escuela ó á Seminario? Toda su gracia desaparece así.

—¡Bueno! No me convencerá usted. Mas ¿qué estará haciendo Mariana?

Tocó un timbre y se presentó un *groom*.

—He dicho que se suplique á la señorita Mariana que tenga la bondad de venir al salón. ¿Es que se ha olvidado?

El *groom* no tuvo tiempo de responder. Detrás de él apareció en el umbral una joven con el cabello cortado, vestida con una bata de color obscuro. Era Mariana Vikentievona Smetnkaia, sobrina de Sipiaguin por parte de madre.

IVAN TURGUENEFF.

(Se continuará).

¿ESTUDIO CERVANTES EN SALAMANCA?

(CONCLUSIÓN.)

IV

Y ahora que, si bien *hipotética y condicionalmente*, creo haber hallado en la cronología biográfica de Cervantes el lugar que buscaba en ella, para colocar provisionalmente—y en tanto que no aparezca nada que á ello se oponga—los estudios de nuestro glorioso novelador de Salamanca, tócame enumerar los antecedentes, datos y testimonios en que fundo mi suposición.

Consisten éstos en una serie de hechos y de indicios que, como por secreto acuerdo, como por mutuo convenio se dirigen con rara conformidad á un mismo objeto y convergen con extraña convergencia á un punto determinado.

Y cierto que esta coincidente orientación y esta acorde armonía de sucesos, referencias, atisbos y vislumbres, esta unanimidad de los hechos y las cosas—si así puede decirse—en sostener un tema determinado, aviva poderosamente la curiosidad del observador y fuerza al ánimo á aceptar como verdadero un suceso que tantos testigos imparciales é independientes entre sí obstínanse en mantener y acreditar.

¿Cómo no admitir como destellos y nuncios de verdad un reguero de datos, noticias y testimonios que á lo largo del camino de la historia fuese marcando el rastro de algún hecho,

contorneando, como quien dice, las hondas huellas de la realidad sobre el polvo de lo pasado?

Reflexione quien leyere, si parecen ó no advertirse esas huellas por la senda que trato de explorar.

1.° Testigo de mayor excepción y venerable autoridad, es en este pleito la tradición conservada, según parece, desde antiguo en Salamanca, de que Cervantes concurrió á sus célebres escuelas y habitó en aquella ciudad en la calle de los Moros, que en memoria de haberle albergado, lleva desde hace tiempo su nombre (1).

¿De dónde nació esta tradición? ¿Existen hechos y testimonios que nos autoricen á darla por falsa é infundada? Al contrario, hechos y referencias de verdadero peso, parecen empeñados en mantenerla.

2.° De acuerdo con la tradición hállase el testimonio expreso de D. Tomás González, sujeto, por su erudición y por su carácter religioso, harto digno de crédito, el cual, siendo catedrático de retórica en la Universidad de Salamanca, aseguró á Navarrete «*haber visto entre los apuntamientos de sus anti-*

(1) Véase lo que á este propósito me escribe el Sr. D. José María de de Onís, archivero de la Universidad de Salamanca, á quien de todas veras agradezco la puntualidad y eficacia con que ha satisfecho las preguntas que á este propósito le dirigí:

—«Hay una calle en Salamanca que, tanto á la entrada como á la salida, tiene estos dos rótulos: *Calle de los Moros.—Calle de Cervantes.* Este es más moderno que aquél—data, según parece, de 1868—y la gente la nombra y conoce más por el primero. *Es tradición* aquí, que en dicha calle vivió Cervantes, y aún se indica la casa en que habitó *con un grande de España, á quien sirvió en calidad de camarero.*»

Corrobora esta tradición la siguiente nota que se halla en la p. 46 de la *Reseña histórica de la Universidad de Salamanca, hecha por los doctores D. Manuel Hermenegildo Dávila, D. Salustiano Ruiz y D. Santiago Diego Madrazo. Salamanca,* 1849.—«Consta que el inmortal Cervantes cursó aquí dos años, habiendo vivido en la calle de los Moros.» D. Nicolás D. de Benjumea, en su libro *La verdad sobre el Quijote,* p. 15, menciona esta noticia.

guas matrículas, el asiento de Miguel Cervantes para el curso de filosofía, durante dos años consecutivos, con expresión de que vivía en la calle de Moros» (1).

¿Será lícito dudar del testimonio de persona tan respetable como el futuro canónigo de Plasencia, (2) el cual, siendo en el tiempo en que facilitó á Navarrete esta noticia catedrático de retórica en Salamanca, puede afirmarse que la bebió en la propia fuente, puesto que tan á mano tenía los libros de matrículas de aquella Universidad?

Cierto es que si los asientos que el Sr. González dijo haber visto existieron, en efecto, en aquellos libros, no cabe duda que han desaparecido de entonces acá, pues con la mayor escrupulosidad y empeño examiné inútilmente en su busca todos los registros salmantinos; pero el hecho de que no existan ahora, no implica el de que no existieran hacia 1819, es decir, poco antes de la publicación del libro de Navarrete. Cosa tanto más probable cuanto que aquellos libros de matrículas se hallan en algunos parajes asaz maltratados por la humedad y faltos de algunas hojas.

3.° Al testimonio de D. Tomás González debe unirse el justo y muy respetable criterio de Navarrete, quien refiriéndose á la noticia que el primero le facilitó sobre los estudios de su excelso biografiado, dice: «no la hallará infundada quien reconozca la exactitud con que Cervantes habla de aquellos estudios, del número y costumbres de los escolares y de otras circunstancias del país, especialmente en las obras que citamos en este lugar» (3). Las obras á que Navarrete alude son las mencionadas por él en la pág. 12 del mismo libro, la se-

---

(1) *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra,* por D. Martín Fernández de Navarrete, pág. 271.

(2) «... doctor en Teología, muy entendido en los archivos de España,» se le declara en la p. 70, de la citada *Reseña histórica de la Universidad de Salamanca.*

(3) Navarrete: *loc. cit.*, pág. 271.

gunda parte del *Quijote*, *El Licenciado Vidriera* y *La Tía fingida;* y aunque los modernos críticos llegasen á negar totalmente la paternidad de Cervantes respecto á esta última producción, siempre quedarían en pie las anteriores, en las cuales hay lo que basta para acreditar el parecer del docto crítico. Y amén de ellos subsisten las demás obras del rey de nuestros prosistas en que abundan las citas y referencias á Salamanca y sus alrededores, como Valdeastillas, Mollorido, Rincón, etc., pueblos, á lo que parece, asaz conocidos y frecuentados de Cervantes (1).

Pero Navarrete no sólo insinúa la estancia y estudios de Cervantes en Salamanca, sino que no vacila en afirmarla.

Refiriéndose á *La Tía fingida*, dice: «La lectura de esta novela, la del *Licenciado Vidriera* y algunos otros pasajes de otras, *convencen* de que Cervantes *residió* y aun estudió en Salamanca *por espacio considerable de tiempo.*»

Y en verdad que, por boca del *Licenciado Vidriera*, elogia su autor á Salamanca, con frase que parece hecha para corroborar la afirmación de Navarrete, puesto que dice de la ciudad del Tormes: *que enhechiza la voluntad de volver á ella á todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado.*

Y, leído esto, ¿cómo no creer que Cervantes *gustase de la apacibilidad de su vivienda,* frase que por sí sola expresa, no el rápido paso del apresurado viajero por la entonces opulenta ciudad de las Escuelas, sino la quieta y reposada estancia en ella *por espacio considerable de tiempo*, como dijo Navarrete?

Circunstancia digna de ser notada, y argumento, á mi juicio, muy favorable á mi tesis, es que, siendo Cervantes natural de Alcalá de Henares, todos los personajes de sus novelas

(1) En *La Ilustre fregona* y en *El Coloquio de los perros* cita á Valdestillas, en *Los tratos de Argel* á Mollorido, en *Rinconete y Cortadillo* al *Pedroso, lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo*, en *El Quijote* y *La Gitanilla,* á la Peña de Francia, etc.

estudian en Salamanca (1), y siempre que ha de hablar de estudios, á Salamanca y no á Alcalá se refiere (2).

¿No significa esto que el autor, que siempre copiaba del natural sus pinturas de la realidad, conocía por experiencia propia la vida estudiantesca de Salamanca y no la de Alcalá?

4.° Pero sobre el elocuente testimonio de las obras cervantinas, que nos declaran ser harto conocidas de su inmortal autor Salamanca y sus aledaños, existe en los libros de aquella Universidad un grupo de nombres, que, sin quitar ni añadir letra, figuran en las novelas del *manco sano*, y no ciertamente en los segundos términos.

Con razón escribió el ilustre D. Aureliano Fernández Guerra que Cervantes «*no leyó libro ni trató persona que no diese lugar á un rasgo de su pincel maravilloso*» (3).

I. El primero de los nombres cervánticos con que dí en los libros de Salamanca, fue nada menos que el de *Alonso de Quijano* (natural del Carpio, diócesis de Palencia); y todo el mundo sabe que tal era el nombre del celebérrimo Hidalgo de la Mancha, *Alonso Quijano, el Bueno*. Cierto que la fecha de esta matrícula, 1588, es algo posterior á la época en que yo supongo los estudios de Cervantes en Salamanca; pero como los concurrentes á aquella Escuela no cursaban un solo año, muy posible es que *Alonso de Quijano*—cuya carrera universitaria no he seguido paso á paso—coincidiera en aquellas aulas con Miguel de Cervantes por los años de 1582 á 83, pues desde este último al de la matrícula de Quijano, sólo median cinco años,

(1) V. *La Ilustre fregona, Las dos doncellas, La señora Cornelia, La Tía fingida, El Licenciado Vidriera, el Persiles*. Lib. III, caps. X, XX y XXI. *El Quijote* 2.ª parte, caps. XVI y XVIII. *El Vizcaino fingido*; *La Cueva de Salamanca*, etc.

(2) Sólo por excepción recuerda á Alcalá en el *Coloquio de los perros* y en algún otro pasaje.

(3) Noticia de un precioso códice de la Biblioteca Colombina; algunos datos nuevos para ilustrar el *Quijote*..... por D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe. Madrid, 1864.

que no es mucho para seguir toda una carrera, como acreditan aquellos registros.

Y lo cierto es que el nombre de *Alonso*, unido al apellido *Quijano*, que no es de los más vulgares, despertó mi curiosidad, y no me parece indigna de ser notada la coincidencia de haberse juntado ambos nombres en un estudiante, á quien pudo muy bien conocer Cervantes en Salamanca, y volver á juntarse después en el más glorioso de los personajes cervantinos (D. Quijote).

Y tanto más de notar es esta coincidencia, cuanto que no es la única, sino que vienen á prestarle fuerza y á darle visos y apariencias de verdad otras concurrencias de nombres, no menos singulares y curiosas.

II. Porque el segundo de los nombres relacionados con Cervantes que hallé en aquellos registros fue el de *Diego de Carriazo*.

—Matrículas de 1581.—Colegio del Obispo. *Diego de Carriazo*, jurista.—

Y es grande casualidad que el nombre de Diego, junto con el apellido, nada común, de *Carriazo*, se dieran juntos en un escolar de Salamanca, que cursaba aquellas escuelas en la época en que yo supongo que las cursó Cervantes, y luego, al andar de los tiempos, viniese á llamarse *Diego de Carriazo* uno de los personajes de *La Ilustre fregona*, en la novela como en la realidad, estudiante salmanticense.

III. Pero tanto más singulares y menos fortuitas parecen estas coincidencias cuanto más se repiten, y es lo cierto que el tercero de los nombres cervánticos que hallé en aquellos registros fue el de *D. Juan de Avendaño*, nombre dos veces relacionado con el autor del *Quijote*.

—Matrículas de 1584.—«*D. Juan de Avendaño*, natural de Bilbao, Dioc. de Calahorra.»

No ignora nadie que *D. Juan de Avendaño* es otro de los personajes de *La Ilustre fregona*, y es harto notorio, desde que el Sr. Pérez Pastor publicó sus *Documentos Cervantinos*, que existió un *D. Juan de Avendaño* de carne y hueso que tuvo

cierta relación no muy definida con doña Constanza de Ovando, la sobrina de Cervantes.

Permítaseme transcribir aquí un párrafo de otro trabajo mío publicado en esta Revista (1).

«Coincidencias muy dignas de notarse son las que ofrece esta novela (*La Ilustre fregona*) con una historia poco esclarecida aún, y que tocaba muy de cerca á Cervantes. Porque la protagonista de ella que, como se sabe, es una joven de misterioso origen, se llama *Constanza*, como la hija de doña Andrea de Cervantes, y el padre del *D. Tomás*, que se casa con ella, tiene por nombre *D. Juan de Avendaño*, ni más ni menos que el *D. Juan de Avendaño* que desde Trujillo del Perú remitió mil reales á la sobrina de Cervantes, *Doña Constanza de Ovando.....*» (2)

IV. Y aparece, por último, en aquellos libros de matrícula un *Cachupín*, *natural de Laredo* (cuyo nombre de pila no logré descifrar); y ya se sabe que Cervantes cita en el *Quijote* á los *Cachupines de Laredo*.

Casualidades serán todas estas, ¡pero tan repetidas y significativas tratándose de escritor que tomaba á manos llenas de la realidad los elementos para sus ficciones!

Y porque no se diga que exagero ó que alego sin pruebas, recuérdense, prescindiendo de tipos y sucesos, los siguientes nombres que Cervantes tomó de sujetos reales.

1.° En *Los tratos de Argel*, página viva de su existencia, introduce Cervantes con su propio nombre al mercenario *Fray Jorge del Olivar*, comendador de Valencia, que realizó en 1577 la redención de Rodrigo de Cervantes (3).

---

(1) «Algunas observaciones sobre el *Quijote* de Avellaneda». II. La España Moderna, Noviembre de 1897, pág. 126.

(2) *Documentos Cervantinos*, págs. 194 y 195. Documento núm. 50. «*Carta de pago de doña Constanza de Ovando en favor de D. Juan de Avendaño.*»

(3) *Documentos Cervantinos*, págs. 233 y 246.

2.° El *Saavedra* de *El gallardo español* es el propio Cervantes *Saavedra*.

3.° En *La española inglesa*—otra página autobiográfica del autor,—la protagonista se llama *Isabela*, y *su madre adoptiva Catalina*, como la hija y la esposa de Cervantes—que como se sabe no era la madre de doña Isabel,—y estos personajes tan semejantes á los verdaderos, habitaban en *las casas que alquilaron frontero de Santa Paula*, justamente donde vivió Cervantes en Sevilla.

4.° En Simancas se guardan documentos de un *alférez Campuzano*, que muy bien pudo ser el original del que figura en *El coloquio de los perros*.

5.° Uno de los personajes de *La señora Cornelia* se llama D. Antonio de *Insunza*—apellido nada vulgar, y menos en Castilla,—y Pedro de *Insunza* era precisamente un amigo y favorecedor de Cervantes, del cual Pedro y de varias personas de su familia inserta el Sr. Pérez Pastor no menos que *diez y seis* testimonios en sus *Documentos Cervantinos* (1).

6.° *D. Diego de Valdivia* se llama el capitán que figura en *El Licenciado Vidriera* y *D. Diego de Valdivia* se nombraba el Alcalde de la Real Audiencia de Sevilla, que en 1588 encargó á Cervantes de cierta comisión para Ecija.

Coincidencia de nombres que hizo cavilar no poco al autor de *La verdad sobre el Quijote* (2).

7.° *D. Alvaro de Ataide*. ¿Quién no recordará á este caballero que juntamente figura en las eternas páginas del *Quijote* de Cervantes y en las regocijadas del apócrifo *Quijote* de Avellaneda?

Pues también este personaje tenía en la realidad su modelo, ó por lo menos, su homónimo, cuyas matrículas he encontrado hace muy poco en los libros de la Complutense, entre los estudiantes de *lógica*, en el curso de 1588 á 1589.

---

(1) *Documentos Cervantinos*, págs. 263-267.

(2) Págs. 124 125.

«*D. Alvaro de Atayde, natural de Evora,* Ejusden (diocesis) 19 años.

8.° *D. Juan de Avendaño*, el cual ya hemos visto que es juntamente un sujeto relacionado con *Doña Constanza*, la sobrina de Cervantes, un personaje de *La Ilustre fregona* y un estudiante matriculado en Salamanca.

9.° Ya queda dicho que la protagonista de esta novela lleva el mismo nombre que la sobrina de Cervantes, á quien *Avendaño* remitió el consabido dinero.

10. ¿Qué mucho, pues, que *D. Diego de Carriazo*, cuyas matrículas hallé en Salamanca, sea el mismo estudiante que á esta ciudad se dirigía en la novela?

11. ¿Y qué mucho que el *Alonso de Quijano* inscrito en aquellos registros, sugiriese á Cervantes el nombre *pacífico* de D. Quijote en su estado de cordura?

Y admitido que Cervantes conociese en Salamanca á los Avendaños, Carriazos, Quijanos y Cachupines de Laredo, admitido quedará, siquiera sea en principio, que frecuentó aquellas escuelas hacia 1582-1583.

Mas para seguir reforzando con nuevos argumentos la idea de aquella estancia suya en la ciudad madre de las ciencias, como por la mano viéneseme aquí otro testimonio, nada despreciable por cierto, que será el quinto de los que voy presentando.

5.° Muy dignas de ser notadas y muy propias para despertar la curiosidad de los amantes de las letras, son las mutuas referencias que el ilustre cervantista D. José María Asensio y Toledo señala entre Cervantes y el autor de las *Ninfas y Pastores del Henares* (1).

Sabido es que la *Galatea* salió á luz en los primeros días de 1585, impresa en Alcalá por Juan Gracián, y es digno de advertencia que, no pasados dos años, y en la misma oficina, se

(1) En sus *Noticias curiosas, particularidades y anécdotas relativas á Cervantes y al Quijote.*—La España Moderna, 1.° Diciembre 1896.

imprimiera la «*Primera parte de las Ninfas y Pastores del Henares, dividida en seys libros, compuesta por Bernardo González de Bobadilla, Estudiante en la insigne Universidad de Salamanca.*»

«*Sin hacer alardes de suspicacia ni extremar la sutileza,* como dice el Sr. Asensio, se advierte, desde luego, el enlace que existe entre una y otra; y con solo ver ambos títulos y ambas fechas, ocurre naturalmente suponer que la segunda procede de la primera. Suposición que parece confirmar plenamente el propio autor, declarando que le movió á escribir su libro, «el haber oído—dice el Sr. Asensio—á un su compañero en las aulas salmanticenses, *natural de la famosa Cómpluto, tantos loores de su río, tan maravillosos cuentos de la tierra y tantas alabanzas de la hermosura de sus damas.*»

Con razón se pregunta aquí el Sr. Asensio: «¿ese compañero, *de la famosa Cómpluto* natural, pudiera ser Miguel de Cervantes?» Y añade: «¿Podría alegarse esta referencia de González de Bobadilla *como prueba de los estudios de Cervantes en Salamanca,* donde fueran *compañeros* ambos escritores?»

Nada á mi parecer más lógico y bien encaminado que esta suposición del Sr. Asensio, á la cual prestan singular consistencia y subido color de verosimilitud las dos agresivas menciones de Cervantes á Bobadilla que á continuación transcribe el docto cervantista.

Hállase la primera de esas menciones en el capítulo VI de la primera parte del *Quijote,* que trata «*del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.*» He aquí el pasaje: «..... el barbero prosiguió diciendo: estos que se siguen son *El Pastor de Iberia, Ninfas de Henares* y *Desengaños de celos.* Pues no hay más que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama; *y no se me pregunte el por qué, que sería nunca acabar.*»

Es decir que Cervantes, que habla aquí por boca del cura,

tenía largo cuento de prevenciones contra esos libros, entre los que se hallaba el de Bobadilla. ¿Y quién sabe si aquella enemiga era más contra los autores que contra sus obras?

Pero lo más singular del caso es que en 1614 aún le duraba á Cervantes el enojo contra González de Bobadilla, puesto que en el capítulo ó Canto IV de su *Viaje al Parnaso* supone que uno de los poetas famélicos y descontentos, después de reconvenirle de su poco acierto en elegir los defensores de Apolo, y de la desigualdad con que repartía elogios y censuras, le dice terminantemente:

«Fuiste *envidioso,* descuidado y tardo,
Y á las *Ninfas de Henares y Pastores*
Como á enemigas les tiraste un dardo.....»

Y en verdad que esta mención al cabo de tan largo años, excita poderosamente la curiosidad por más de un concepto.

Desde luego, demuestra que la relación de Cervantes con González de Bobadilla—ó como quiera que se llamase el autor de las *Ninfas y Pastores*—no fue ciertamente efímera, puesto que tanto le duró el recuerdo de ella, é induce á aceptar como verdad muy probable la bien fundada suposición del señor Asensio, de que Cervantes y Bobadilla fuesen condiscípulos en Salamanca.

Además, la misma persistencia de la prevención de Cervantes contra el autor de las *Ninfas y Pastores* implica, naturalmente, la idea de que aquella sostenida hostilidad no nació de una mera referencia, sátira ó rencilla literaria, sino de alguna excisión ó choque, ó de alguna grave causa de oposición y enemistad que supone trato é intimidad personal en determinado tiempo entre los dos escritores.

Y ciertamente que si González de Bobadilla no fue más que un estudiante en Salamanca, natural de Canarias, que hacia 1586 ú 87 compuso una ficción pastoril á imitación de la *Galatea* de Cervantes, no se comprende, ni que esto fuese motivo de ofensa para el grande escritor, ni menos que tan lar-

gos años después siguieran preocupándole de tal modo el escolar salmantino y su ensayo literario.

¿Sería el de Bernardo González de Bobadilla el verdadero nombre del autor de las *Ninfas y Pastores del Henares*? ¿O fue ese nombre pseudómino de algún otro escritor que en el siglo XVII siguió cultivando las musas y figuraba, acaso, como el autor de la *Pícara Justina*, y como otros muchos, en el bando opuesto al de Cervantes?

Lo cierto es que esta constante enemiga que contra Bobadilla conservaba el autor del *Quijote*, prueba bien á las claras que entre uno y otro existieron íntimas conexiones, hasta ahora desconocidas, y que relacionando las citadas referencias de Cervantes á González de Bobadilla, con la que éste hizo de aquél su compañero en las aulas salmantincenses, *natural de la famosa Cómpluto*, cuyos loores á su río, á su tierra y á sus damas le inspiraron sus *Ninfas y Pastores*, fácilmente se advierte que éste su condiscípulo en Salamanca, natural de Alcalá, fue Cervantes, y la obra en que se inspiró Bobadilla la *Galatea*, y por ende que la *Galatea* procedió, como dejo indicado, de los estudios de su autor en las Escuelas salmantinas hacia 1582-83.

Todo parece de consuno demostrar que la tan mencionada égloga cervantina, concluída ya á los fines de 1583, fue fruto de los estudios de su autor en Salmanca durante este año y el precedente.

Y una de las circunstancias que más claramente determinan su fecha, es la de haber personificado Cervantes en su *Galatea* á doña Catalina de Palacios, objeto entonces de sus amores, y poco después su esposa, introduciendo, además, en su ficción bajo los nombres pastoriles de Tirsi, Damón, Meliso, Siralvo, Lauso, Larsileo y Artidoro, á Francisco de Figueroa, Pedro Lainez, D. Diego Hurtado de Mendoza, Luis Gálvez de Montalvó, Barahona de Soto, D. Alonso de Ercilla y Micer Rey de Artieda, todos poetas, y á excepción de don Diego Hurtado de Mendoza, muerto algunos años antes, todos

sus amigos en aquellos días, y casi todos ellos elogiados ó elogiadores suyos por entonces (1).

Por eso Benjumea, empeñado, como hemos visto, en repartir en tres períodos la composición de la égloga cervantina, trata de quitar importancia á las representaciones pastoriles que su autor hizo en ella de su futura esposa y de sus amigos, porque desvaneciendo el parecido de estos retratos, borrábase en ellos la fecha del poema (2).

Pero como ésta aparece en él harto clara y determinada, así en estas referencias de actualidad como por la estructura misma, estilo y unidad de la composición y demás circunstancias apuntadas, á mi juicio no cabe dudar que la *Galatea* fuese escrita de 1582 á 1583, y es harto verosímil suponer, así por el estímulo de cultura que revela en su autor, como por las tendencias retóricas y disertadoras y los conatos filosóficos que de sus versos y prosas transpiran, y no menos por el significativo testimonio de González de Bobadilla, de quien conservaba Cervantes tan larga memoria, que aquel esbozo de

---

(1) Sabido es que Luis Gálvez Montalvo, D. Luis de Vargas y Manrique, y López Maldonado, elogiaron la *Galatea*, y que Cervantes, por su parte, elogió en 1584 con un soneto, *La Austriada*, de Juan Rufo; contribuyó en 1584 al *Jardín espiritual*, de Padilla, con unas redondillas y estancias que merecieron ser incluídas entre las *Composiciones en loor á San Francisco, por algunos de los famosos poetas de Castilla;* celebró en 1586, con un soneto y unas quintillas, el *Cancionero*, de López Maldonado, y en 1587 las *Grandezas y excelencias de la Virgen Nuestra Señora*, de Padilla, y la *Filosofía cortesana*, de Alonso de Barros, cada una con un soneto, sin contar otros muchos poetas, honrados por él en su *Canto á Caliope*.

(2) «Que Cervantes transparentase más ó menos visiblemente — dice — los nombres de doña Catalina en *Galatea*, de Mendoza en Meliso, de Montalvo en Siralvo, de Soto en Lauso, de Artieda en Artidoro, de Ercilla en Larsileo y de Figueroa y Laínez en Tirsi y Damón, es *cuestión de poca monta.*» — Con todo lo que sigue, llegando casi á negar en absoluto la personificación de los amigos de Cervantes en los citados pastores. — *La verdad sobre el Quijote*, págs. 115 y 116.

poema pastoril, con sus puntas y ribetes de erudición y ergotismo, nació de la estancia de su autor en las escuelas salmanticenses.

Pero aún existe otro indicio que parece revelar la presencia del autor del *Quijote* en Salamanca por los años mencionados.

6.° Sabido es que vacante en Salamanca la cátedra de Biblia por muerte de D. Gregorio Gallo, Obispo de Segovia (1579), disputáronsela, en oposición reñidísima, no menos que el gran Maestro Fr. Luis de León y un hijo del poeta Garcilaso, el dominico Fr. Domingo de Guzmán, conventual de San Esteban. A 6 de Diciembre de 1579, proveyóse la cátedra en Fray Luis; pero circunstancias de la votación originaron un pleito, que al cabo sentencióse en Valladolid á favor de Fr. Luis, el 13 de Octubre de 1581 (1).

En los dos años que duró aquella contienda, andaban en Salamanca los ánimos apasionados y divididos entre ambos adversarios, y entonces fue cuando cierto caballero compuso aquella conocida Letra de tan fementidos versos como verdadero sabor é interés histórico que empieza:

Luis y Mingo pretenden
Casarse con Ana bella;
Cada cual pretende habella,
Más según todos pretenden,
Muérese por Luis ella.

«Quizá el mismo Fr. Luis—como fundándose en cierto documento, sospecha el sabio P. Blanco — *se permitiría algún desahogo oratorio acerca del asunto* (2); mas lo cierto, en conclusión, fue que Fr. Domingo de Guzmán, acaso para desahogar el despecho de su derrota, glosó en aquellos días, en malí-

(1) Véase el admirable estudio biográfico y crítico de Fr. Luis de León, por el P. Fr. Francisco Blanco García. — *La Ciudad de Dios*. Madrid, 20 de Noviembre de 1898. Págs. 481 á 483.

(2) *Loc. cit.*, págs. 482 83.

simos versos, las quintillas que al salir de la prisión escribió el autor de *Los Nombres de Cristo:*

«Aquí la envidia y mentira..... etc.»

Pero lo singular, y para nosotros lo interesante del caso, es que la cuarta copla de dicha glosa fue copiada, casi á la letra, por Cervantes en sus versos de *Urganda la Desconocida*, que van en los preliminares de la primera parte del *Quijote*.

Decía la glosa de Fr. Domingo:

¿Qué don Alvaro de Luna,
Qué Aníbal cartaginés,
Qué Francisco, rey francés,
Se queja de la fortuna
Que le ha traído á sus pies?

Y Cervantes:

Si en la dirección te humi-
No dirá mofante algu-
¿Qué don Alvaro de Lu-
Qué Aníbal el de Carta-
Qué rey Francisco en Espa-
Se queja de su fortu-? (1)

Ahora bien: si la glosa de Fr. Domingo quedó inédita en Salamanca, ¿por dónde llegó á noticia de Cervantes? ¿Cómo la conocía hasta el punto de recordarla con tal exactitud veintidós ó veintitrés años después de haberla oído? ¿La tomó de memoria? ¿La copió tal vez? Pues lo uno ó lo otro indicaría que Cervantes conoció la glosa en el lugar y sazón en que este infeliz desahogo era de actualidad palpitante, es decir, en Sa-

(1) Esta glosa que se hallaba en el Códice M. 243 de la Biblioteca Nacional, fue publicada por D. Adolfo de Castro *(Biblioteca de Autores Españoles,* de Rivadeneyra, t. XXXII, pág. X), quien no advirtió esta coincidencia. Barrera creyó ser el primero en notarla en uno de sus artículos sobre Cervantes, inserto en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes,* de Sevilla; pero más adelante se halló entre los apuntamientos de Gallardo extensa nota relativa á la glosa y á su coincidencia con los versos de *Urganda.*

lamanca y hacia 1581-82 (1), en los días en que sin duda, manuscrita ó recitada, corría de mano en mano y de boca en boca por la ciudad entre los apasionados del vencedor Fr. Luis ó del despechado Fr. Domingo, suscitando el aplauso de éstos y el menosprecio de los otros.

Sazonados con el incentivo de la actualidad y caldeados por el fuego de la pasión, se comprende que los versos de Fray Domingo impresionaran á Cervantes y se grabasen en su memoria. Fuera de aquel momento y ocasión, no se explica que pudieran interesarle, ni siquiera que llegasen á su noticia.

Por lo tanto, no hallo inverosimilitud en deducir que esta notable coincidencia entre la glosa de Fr. Domingo y los citados versos de *Urganda,* es nuevo y claro indicio de la estancia de Cervantes en Salamanca hacia 1582.

Y cuenta que la actualidad y boga de la glosa del Maestro Guzmán no debió ser larga, pues consta de cierta Historia inédita del Convento de San Estéban que el adversario de Fray Luis, que *aprendió á sufrir* con la pérdida de la cátedra, se retiró de la Universidad á su celda, donde falleció en 1584 (2). Dueño en 1584 Fr. Luis de su cátedra de Escritura y preocupado de graves asuntos propios (3), y muerto su adversario en el retiro de su convento, nadie se acordaría ya por entonces de la glosa de Fr. Domingo de Guzmán.

De modo que la actualidad de ésta duraría de 1581 á 1583 á lo sumo, y justamente éstos fueron los años en que, á mi parecer, estudió Cervantes en Salamanca.

---

(1) En el códice de las poesías de Fr. Luis, que su colector el P. Merino denominaba con el título de *Fuentelsol*, y al frente de las citadas quintillas del M. León, se leían estas palabras: *Letra del mismo autor respecto de su prisión, con una glosa de Fr. Domingo de Guzmán, de la Orden de Santo Domingo. Salmanticæ, anno 1581.* La glosa del dominicano debió ser, en efecto, de este año, en el cual, según se sabe, obtuvo Fr. Luis la cátedra.

(2) *Loc. cit.*, pág. 482.

(3) Su segundo proceso.

Así, de no haberse impreso la glosa del P. Guzmán —y de ello no creo que haya hasta ahora indicio alguno,—tengo por muy lógico y probable que Cervantes la aprendiese en Salamanca en los días en que aquella sátira tuvo actualidad é interés, y que al escribir los versos que preceden al *Quijote,* parodiando en ellos muy á su sabor los motes, empresas y blasones que Lope estampó á los comienzos de su *Peregrino,* y burlándose muy donosamente de las continuas quejas con que el Fénix se dolía de su mala ventura y de la guerra que le hacía la envidia (1), no fue mucho que á este propósito recordase los versos que Fr. Domingo disparó á su inmortal adversario, y dijese de Lope con harto despecho é ironía lo que el dominicano dijo de Fr. Luis:

¿Qué don Álvaro de Lu-,
Qué Aníbal el de Carta-,
Qué rey Francisco en Espa-
Se queja de su fortu-?

Notorio es, desde que el insigne Hartzenbusch descifró el sentido de estos versos, que en ellos decía Cervantes por medio de la maga Urganda á su libro: «Si te humillas en la dirección (dedicatoria), ningún burlón te dirá: *¡Miren qué gran hombre ó qué gran desgraciado se queja de la fortuna!.....*» (2). Y tan propio de la ironía cervantina era este pensamiento, y tanto le duró, sin duda por lo bien que se acordaba con ciertas ideas suyas, la memoria de la glosa de Fr. Domingo, que todavía en el *Persiles* se halla una especie de paráfrasis de ella que vaga-

(1) Conocidos de todos son los altivos motes y las singulares jactancias que consignó Lope en los comienzos del *Peregrino,* así como la insistencia con que se lamentaba de su fortuna, en la dedicatoria de este libro al Marqués de Priego, en los versos que inmediatamente preceden á la novela, y en otros muchos lugares de sus obras.

(2) Véanse el admirable artículo de Hartzenbusch *Cervantes y Lope en 1605* y la *Nueva biografía de Lope de Vega,* por D. Cayetano Alberto de la Barrera, al frente del tomo I de las *Obras de Lope...* publicadas por la Real Academia Española, pág. 125.

mente la recuerda, así por el sentido como por los ejemplos alegados:

—«Si yo viera á *un Aníbal cartaginés* retirado en una ermita como ví á un Carlos V encerrado en un monasterio, suspendiérame y admirárame; pero que se retire un plebeyo, que se recoja un pobre, ni me admira ni me suspende.» (1).

7.° Y aún existen otras dos coincidencias dignas de ser apuntadas en este ya largo proceso, cuales son las de las matrículas de Bartolomé Leonardo de Argensola, y principalmente las de Pedro Liñán de Riaza, que tuve la fortuna de hallar en Salamanca, con la fecha que señalo á los estudios de Cervantes en aquella Universidad.

. Pedro Liñán de Reiaza, el celebrado dramático de cuyas novelas sólo han llegado hasta nosotros los títulos, conservados en una carta de Lope al de Sessa, aquel de quien dijo el padre de nuestro teatro:

Ciudades compitieron por Homero
Y por Liñán agora, pues *le goza*
Castilla y *le pretende Zaragoza.*

fue uno de los poetas celebrados por Cervantes en el *Canto* á *Caliope* (Galatea, 1584).

He aquí el elogio:

El sacro Ibero, de dorado acanto,
De siempre verde yedra y blanca oliva,
Su frente adorne, y en alegre canto
Su gloria y fama para siempre viva;
Pues su antiguo valor ensalza tanto,
Que al fértil Nilo de su nombre priva
De Pedro de Liñán la sutil pluma,
De todo el bien de Apolo cifra y suma.

Y aunque hasta ahora no se sabía de Liñán sino que estudió en la Universidad de Salamanca, donde fue contemporá-

(1) *Persiles.* Lib. II, cap. XX.

neo de Góngora (1); registrando yo aquellos libros de matrículas, tuve la suerte de encontrar las suyas, y acaso con ellas la revelación de su patria:

1.ª Matrículas de 1582-83.—*Canonistas.* (Empiezan al folio 22.)—Al mismo fol. 22—*Pedro Liñán de Riaza, natural de Toledo.*

2.ª Matrículas de 1583-84.—*Pedro Liñán de Riaza, natural de Toledo.*

Y si por estos años estudiaba Liñán en Salamanca y Cervantes le elogia tan cariñosamente en la *Galatea*, concluida ya á los fines de 1583, ¿será violento inferir de aquí que la amistad de ambos ingenios naciese en las aulas salmantinas, donde, á lo que parece, fueron contemporáneos?

Otro tanto puede decirse respecto al insigne Bartolomé Leonardo de Argensola, cuyas matrículas en la facultad de Cánones para los tres cursos consecutivos de 1581 á 82, 1582 á 83 y 1583 á 84, tuve también la fortuna de hallar en los registros salmantinos (2).

Así, pues, con cada nueva coincidencia, indicio ó dato que he ido agregando á este proceso de observación histórica, háse ido agrandando y fortaleciendo en mí la sospecha que sirve de tema á este modesto estudio.

Con razón notaba Benjumea—cuya crítica es mucho más feliz en la observación que en las soluciones—«el gran número de amigos poetas que Cervantes tenía—al publicarse la *Galatea*,—no obstante el dilatado espacio de tiempo que de su patria estuvo ausente». Y añade: «El *Canto de Caliope*, en que tantos se enumeran y se elogian, mostrando conocimiento

(1) V. D. Cayetano A. de la Barrera, *Catálogo del teatro Español*, página 214.—De Góngora hallé en Salamanca, en 1897, esta matrícula, entre *los nobles generosos* y *dignidades* que, según costumbre, encabezaban aquellos registros: «*Don Luis de Góngora, nat. de Córdoba, se matriculó ante mi, Bartolomé Sánchez, hoy 20 de Noviembre de 1579 años.*»

(2) Publiqué estas y otras varias matrículas en mi artículo: «*De vuelta de Salamanca.*»—La España Moderna, Junio, 1897.

de sus patrias, de sus obras y sus respectivos méritos, no parece sino estar escrito por un hombre avecindado por muchos años en la corte.....» (1).

Y en efecto, como ya dije al principio, entre la vida militar y aventurera de Cervantes antes de 1581, y su vida y su producción literaria desde 1583-84, medió sin duda un lazo, un puente, un punto de unión, una influencia hasta ahora desconocida, que, apartándole por algún tiempo de su reñida lucha por la existencia, acercóle á un gran foco de actividad y estímulo intelectual, donde se reveló de una vez para siempre su alta vocación de escritor, y por donde se relacionó, inició é introdujo en el mundo de las letras.

En el cual acaso jamás hubiera entrado á seguir su vida de forzados trabajos, arriesgadas empresas y continuas andanzas y aventuras. Luego el influjo que de aquel azaroso vivir le apartó, fue de naturaleza que, ofreciéndole quietud y medios de subsistencia, le acercó á la vida literaria más que á otra alguna.

Porque sabido es que cada una de las grandes esferas de la asociación y de la actividad humana constituye un mundo aparte, con su atmósfera, su población, su idioma, usos, leyes, aficiones y tendencias propias.

Y si en 1584-85 hallamos á Cervantes ya dentro de ese mundo, avezado á sus hábitos, naturalizado entre sus gentes, entregado á sus trabajos y empresas, imprimiendo libros propios y elogiando los ajenos, codeándose con los más celebrados escritores é incluido por ellos *entre los famosos ingenios de Castilla,* claro es que de algún modo pasó de uno á otro género de existencia y por alguna parte se introdujo en aquella nueva vida.

¿Por qué no suponer que las puertas gloriosas por donde entró en el mundo de las letras el padre de nuestra novela fuesen las de las ínclitas escuelas salmantinas, donde á la sazón

(1) «*La verdad sobre el Quijote*;» págs. 116-117.

estudiaban Argensola, Góngora, Liñán de Riaza y tantos otros que, siendo sus condiscípulos, bien pudieron introducirle y relacionarle con los demás celebrados ingenios con quienes tan pronto le hallamos unido con lazos de fraternal amistad?

Y si en Salamanca recibió Cervantes, como quien dice, la iniciación y el bautismo literario, ¿cómo extrañar que guardase de su estancia en la ciudad del Tormes tan dulce memoria, y que dijese que *enhechiza la voluntad de volver á ella á todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado?*

¿Cómo extrañar que por obra y gracia de aquella suave remembranza, todos los estudiantes que produjo la fantasía del autor del *Quijote* fuesen hijos de la *madre de las ciencias*, y que el recuerdo de Salamanca y sus contornos brille por donde quiera en el animado mundo de sus producciones?

V

Para resumir y completar mi hipótesis, fáltame responder á la primera de las objeciones, que, según dije á los comienzos de este artículo, pudieran oponerse á la pregunta que le sirve de epígrafe y de tema, la cual, formulada allí en tesis general, pudiera ahora determinarse en esta forma más particular y concreta, conocida ya la época que—condicionalmente—señalo á los estudios del autor del *Quijote*.

—¿Es lógico suponer que á Cervantes, cumplidos ya los treinta y cuatro ó treinta y cinco años de su edad (1), y á despecho de la vida errante y emprendedora que por entonces llevaba; á Cervantes, que consta que en 1583 se hallaba pobre (2), ocurriérasele, por mero capricho ó por sólo amor al saber, irse á estudiar á Salamanca?

(1) Sabido es que fue bautizado el 9 de Octubre de 1547.

(2) Mediante el documento núm. 25 de los publicados por el Sr. Pérez Pastor, que acredita haber empeñado Cervantes cinco paños de tafetán por orden de su hermana doña Magdalena, y claro está que aunque los

Y en verdad que esta objeción no puede ser más racional y bien fundada; pero como dije al prevenirla, no destruye ciertamente el fundamento de mi hipótesis, si bien la reduce y concreta á términos más limitados.

Porque demostrada, mediante testimonio fehaciente, la pobreza de Cervantes en aquellos días, y siendo notoria y *documentada* también la vida errante y aventurera que poco antes llevaba, de admitir ó suponer siquiera su estancia y estudios en Salamanca por aquella fecha, admitirse debe juntamente que no pudo vivir en aquella ciudad ocioso ni con recursos propios, ni estudió por sólo su gusto y afición al saber. Lógico es, pues, inferir que, careciendo de medios para vivir ociosamente, ejerciese alguna profesión ó practicase algún trabajo compatible con los estudios. Y cierto que ni las comisiones y viajes por cuenta y en servicio del Rey, ni los negocios financieros, ni la cobranza de alcabalas aparecen compatibles con el aprendizaje de la filosofía, con la asistencia á las aulas, con la producción literaria y el asiduo trato con los ingenios, de todo lo cual dió de allí á poco muy visible testimonio la publicación de la *Galatea*, tan encomiada y encomiadora de los más famosos poetas de entonces.

Evidente y fuera de duda me parece la imposibilidad de que Cervantes simultanease la asistencia á las aulas, el cultivo de la poesía y el comercio literario, con trabajos de índole diversa, ni menos opuesta al ejercicio de las letras, y lo que es más, hasta la propia citada mención que largos años después hizo él mismo de Salamanca, excluye la suposición de que su vida en aquella ciúdad fuese afanosa y sobrecargada de trabajos, pues á ser así, no hubiese gustado tan á su sabor de la *apacibilidad de su vivienda,* ni hubiera sentido *hechizada la voluntad con el deseo de volver á ella*, que no es humano delei-

---

paños no eran de Cervantes, no debía éste contar con recursos propios para socorrer á su hermana, porque á ser así no hubiese empeñado aquella tela.

tarse con el recuerdo de los lugares en que se ha padecido.

Fundándome en todo esto, dije antes que el nflujo que le apartó de su azaroso vivir, y al parecer le llevó á Salamanca, fue sin duda, de naturaleza que, ofreciéndole quietud y medios de subsistencia, le acercó á la vida literaria más que á otra alguna.

¿Pudiera, por ventura, hallarse entre los usos y prácticas de aquella época, alguna ocupación, cargo ó ministerio á un tiempo lucrativo y compatible con la vida sosegada y con el ejercicio de las letras, y que satisfactoriamente explicase la presencia de Cervantes en Salamanca y el por qué de sus estudios en aquella edad y circunstancias?

Una ocupación ó cargo existe, á mi ver, muy propio de las costumbres de aquel tiempo, y que cumplidamente satisfaría las dudas enunciadas y llenaría las condiciones requeridas en el caso que estudiamos.

Nadie ignora que por entonces no era ciertamente deshonroso el servir á los grandes señores, y que el mismo Cervantes sirvió á los de Sessa y Lemos, y fue en Roma camarero del Cardenal Aquaviva, y siendo esto así, supongamos que algún caballero de la corte hubiérale confiado, en calidad de ayo ó mayordomo, la tutela y cuidado de algún mancebito de los muchos que en tiernos años enviaban los nobles á estudiar á Salamanca (1).

Y esto supuesto, fácilmente se comprenderá que una vez en ella, Cervantes, tan aficionado y curioso de todo saber, que leía hasta los papeles rotos que hallaba por las calles, no desaprovecharía aquella feliz ocasión de saciar los anhelos de su inteligencia, porque fuera de todo punto inverosímil suponer que, puesto el sediento al borde de la fuente, no bebiese.

Y ya que de las memorias de aquella Universidad consta

(1) Ya se ha visto en nota anterior que en Salamanca se conserva la tradición de haber vivido en ella Cervantes, sirviendo *de camarero á un grande de España.*

que el *gran Cardenal Cisneros* acabó en ella su carrera «*siendo Bachiller de pupilos para ganarse el sustento*» (1) ¿será mucho suponer que allí donde Jiménez de Cisneros fue Bachiller de pupilos, Miguel de Cervantes fuese ayo, preceptor ó mayordomo de escolares nobles ó adinerados?

Y aquí ocurrirá preguntar: ¿pero siendo Cervantes tan fiel copiador de la realidad y tan subjetivo en todas sus obras, ¿dejó por ventura en ellas algún rastro ó indicio, por leve que fuese, que arroje alguna luz ó recuerde á lo menos este su género de vida en Salamanca?

Tengo para mí que ciertos pasajes de algunas obras cervantinos serán la mejor respuesta que á esta pregunta pudiera darse.

Recuérdese, ante todo, *La Ilustre fregona* y obsérvese que cuanto allí se lee, de los mancebos *Carriazo* y *Avendaño*, de su partida de Salamanca, *en compañía de dos criados de casa, amén del ayo que se había dejado crecer la barba porque diese autoridad á su cargo;* y lo que se sigue del robo de los cuatrocientos escudos, de la excursión á la fuente de Ardales, fuga de los mancebos y apuros del señor ayo, parece vivido.

Diríase que los *mancebitos,* como el autor los llama, jugáronle en efecto alguna mala pasada, y por eso dice socarrona é irónicamente Cervantes: «*enviaron con ellos un ayo que los gobernase, que tenía más de hombre de bien que de discreto.*»

Y en verdad que parece que Cervantes tenía muy andados y medidos los caminos que llevan á Salamanca, cuyas distancias puntualmente expresa, y conocía por experiencia propia su vida, estudios y escolares.

Y cierto que si autoridades respetables no pusieron en tela

(1) *Reseña histórica de la Universidad de Salamanca,* hecha por los doctores D. Manuel Hermenegildo Dávila....., D. Salustiano Ruiz..... y D. Santiago Diejo de Madrazo..... (Dávila Rector) y remitida á la Dirección General de Instrucción Pública, por el Rector de la misma Universidad..... Salamanca..... 1849, pág. 33.

de juicio la legitimidad de *La Tía fingida*, no estaría yo á dos dedos de ahijársela á Cervantes, aunque sólo fuera por aquella animada y viva descripción de los varios géneros de estudiantes que la cursaban, la cual es tal y tan gallarda y pintoresca, que parece caída de su pluma de oro.

Pero prescindiendo de esta novela, aunque sería valiosa pieza de convicción en este proceso, recuérdese la del *Licenciado Vidriera*, tan llena de menciones y referencias á Salamanca, y téngase presente este pasaje de *El Vizcaíno fingido*.

Dice Solórzano: «..... la suerte ha querido que de Vizcaya me enviase un grande amigo mío á un hijo suyo vizcaíno muy galán, *para que yo le lleve á Salamanca y le ponga de mi mano en compañía que le honre y enseñe*».

Y cierto que es muy digno de nota que las matrículas de *Diego de Carriazo* le declarasen natural de Bilbao. Pero aparte de que fuese ó no vizcaíno el escolar confiado á Cervantes—porque esto bien pudo ser obra de la ficción,—lo cierto es que cualquiera diría que conoció en Salamanca al vizcaíno Diego de Carriazo, á quien hizo burgalés en *La Ilustre fregona*, y la verdad es, en suma, que en las obras de Cervantes no faltan ciertamente menciones á los estudiantes y á sus ayos en Salamanca.

¿Compartiría Cervantes algún recuerdo de aquellos tiempos con el fingido Avellaneda autor del pseudo-*Quijote*?

Lo cierto es que—como muy sagaz y atinadamente observó Benjumea—Cervantes, en *El coloquio de los perros*, y Avellaneda al final de su novela, coinciden singularmente en referirse *á una misma persona*, que vivía ó fue encomendada á un mesonero de *Valdeastillas* (1), á cuyo lugar vuelve á referirse, por cierto, Cervantes en *La Ilustre fregona* y en otras obras suyas.

Y esa extraña y picante coincidencia pudiera muy bien inducirnos á creer que Avellaneda, como el autor de las *Nin-*

(1) *La verdad sobre el Quijote*, págs. 260-264.

fas y Pastores, conocía á Cervantes desde los tiempos en que éste estudió en Salamanca, y es muy de notar que uno y otro fuesen tan declarados enemigos del autor del *Quijote*.

Pero prescindiendo, por ahora, de estas y otras curiosidades que acaso en adelante serán objeto de particular estudio, diré, en resumen, que así en las obras de Cervantes como en las de sus contemporáneos, y en la serie de datos y coincidencias apuntadas, me parece hallar vivos indicios de su estancia y estudios en Salamanca hacia la época que dejo indicada.

No pretendo vender por hechos mis conjeturas, ni graduar de verdades históricas mis hipótesis, pero si con ellas lograse que, excitada la curiosidad de los eruditos, alcanzara alguno, con mayor suficiencia y acierto, á esclarecer este ignorado período de la vida del más glorioso de nuestros escritores, tendríame por muy dichosa y bien pagada de estos humildes trabajos. (1)

---

(1) En prensa ya este artículo, reparo en otra curiosidad que acaso pudiera ser interesante.

Ya dije en nota anterior que D. B. J. Gallardo había sido el primero en advertir la coincidencia entre la *Glosa* de Fr. Domingo de Guzmán y los versos de *Urganda*; pero lo que no dije fue que dicho erudito había copiado aquella sátira de un Códice firmado por el licenciado Francisco Porras de la Cámnra, con el título de *Archivo de poesías*, tercera parte. Componíase éste de *Poesías á lo Divino*, comenzando por las de Fr. Luis, y formábase la segunda parte de *Poesías humanas*, sin que haya noticia de la primera. «Acompañaban á las obras de León en este Códice—escribe Barrera, de quien tomo esta nota — algunas composiciones que celebrando su libertad, escribieron varios amigos suyos, el padre Uceda, fraile de su Orden, otro padre Guzmán y D. Alonso de Coloma, después Obispo de Cartagena; y á éstas seguía la *Glosa* de que tratamos.» —Casualidad es, sin duda, que el mismo licenciado D. Francisco Porras de la Cámara, prebendado en la Catedral de Sevilla, que en 1606 incluyó en la miscelánea de opúsculos propios y ajenos que formó por encargo del Arzobispo D. Fernando Niño de Guevara, la novela *La Tía fingida*,—atribuída hasta ahora y acaso con acierto á Cervantes y reputada por una de las más atendibles pruebas de la estancia de su autor en Salamanca—tuviese en su poder la *Glosa* del P. Guzmán, que Cervantes sabía de me-

moria, según parece. Y no puede suponerse que el autor del *Quijote* conociera esta *glosa* por haberla visto en esta colección en su viaje á Sevilla en 1606, puesto que ya la había recordado en los versos de *Urganda* que preceden á un libro inmortal terminado en 1604.

Pero si la glosa de Fr. Domingo no salió del Códice llamado de Fuentelsol ¿cómo la conocían Cervantes por una parte y por la otra el licenciado Porras?

En este caso hay que establecer un dilema: ó la glosa alcanzó tan grande como inmerecida fama, y llegó á ser como la sombra negra y el eco sarcástico de los versos del M. León, en cuyo caso nada tiene de extraño que el prebendado de Sevilla y el autor de *Galatea* la conociesen, cada cual por su parte; ó, si lo que parece mucho más natural y verosímil, la triste fama de los versos del M. Guzmán se limitó á Salamanca y á la época de la ruidosa contienda de su autor con Fr. Luis, tal vez no pecará de aventurado el suponer que si Cervantes se hallaba, como sospecho, en Salamanca hácia 1582, é impresionado por la resonancia que allí dejarían aquellos sucesos, copió los versos que celebraban la libertad del M. León, y la *glosa* de Fr. Domingo, todos estos manuscritos, juntos quizá con el de *La Tía fingida*, que se intitulaba *Verdadera historia que sucedió en Salamanca en 1575*, perdidos, cedidos ú olvidados por su autor en uno de sus frecuentes viajes á Sevilla, fuesen á poder del licenciado Porras de la Cámara.

Si esto pudiera averiguarse, tal vez de ello se seguiría el probarse la legitimidad de *La Tía fingida*, y la verdad de la estancia de Cervantes en Salamanca.

De todos modos, es coincidencia que excita la curiosidad, la de hallarse en poder de una persona de Sevilla, ciudad tan visitada por el autor de *Rinconete* y *Cortadillo*, una novela que parece suya, y que de serlo, casi demostraría su permanencia y estudios en Salamanca, y una *glosa* que Cervantes sabía de memoria, y que tan íntimamente se relaciona con la ciudad de las escuelas y con los años que á mi parecer la cursó el glorioso escritor.

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.

LAS COLONIAS UNIVERSITARIAS

LA COLONIA UNIVERSITARIA DE BERMONDSEY

(THE BERMONDSEY SETTLEMENT)

La «colonia» *(Settlement)* de Bermondsey (1) está situada enmedio de una numerosa población de curtidores, peleteros, obreros de los Docks y marinos, fabricantes de galletas y de confituras, comisionistas y comerciantes al menudeo. Todos sus alrededores han sido durante muchos años uno de los barrios más populosos y más monótonos del Londres pobre.

El establecimiento ha empezado á trabajar en Enero de 1892. La idea inicial de su fundación débese, en gran parte, á Toynbee Hall. Nuestra obra ha tenido, sin embargo, desde el primer momento, su fisonomía propia, lo que proviene de la indiosincrasia de aquellos que la han puesto en marcha, y también de las necesidades de la población circundante; necesidades que difieren un poco de las de la población de Whitechapel.

La primera manifestación activa del sistema se debe á los esfuerzos del Rev. Dr. Moulton, unidos, ó mejor, secundados por un cierto número de miembros jóvenes de las Universida-

(1) Bermondsey es una de las parroquias del Sureste de Londres.

des de Oxford y de Cambridge, todos lo que recibieron la sanción de la Conferencia Wesleyana, cuerpo al cual tengo el honor de pertenecer.

Tenemos una *colonia de hombres,* que viven en los edificios de nuestro establecimiento, y una *colonia de mujeres* que viven en la parroquia vecina de Rotherhithe. Esas mujeres nos prestan un servicio voluntario en sus momentos de ocio; algunas hasta consagran todo su tiempo á nuestra obra.

Al lado de esto tenemos una gran asociación de obreros que no residen en el establecimiento, que nos dan en ciertos casos un día, en otros una velada por semana, para ayudarnos á proseguir nuestras diferentes empresas. El principio que inspira ese trabajo voluntariamente prestado, es el de que los más favorecidos tienen el deber de distribuir con los que lo son menos, los beneficios de la educación: les parece muy natural contribuir á la organización de las empresas filantrópicas que tienen por objeto el bienestar material, intelectual y moral de los pobres.

Nuestros residentes eligen con libertad el género de trabajo, religión, educación ó sociología que por allí conviene mejor á sus gustos y á sus aptitudes. Sin embargo, todo lo que toca á la religión se mantiene muy aparte de las cuestiones sociales y de educación.

De nuestra obra educativa es de la que deseo hablar especialmente.

Los edificios de nuestro establecimiento contienen una sala de conferencias, una serie de clases, un taller, un laboratorio, una biblioteca y una sala de lectura, un gimnasio y habitaciones en las cuales pueden celebrarse las reuniones. A la noche se hace uso de éstas para dar en ella cursos de arte, lengua, matemáticas, física y música, lecciones sobre asuntos mercantiles y técnicos. El número de estudiantes se eleva casi á ochocientos. Se les alienta y anima para que formen clubs de juegos para la gimnasia, la música, el ciclismo, el ajedrez, etc., etc., como en los Politécnicos.

Con frecuencia hay reuniones de estudiantes y conferencias en el salón del establecimiento. En esas conferencias se procura que el principal interés recaiga, no sobre asuntos mercantiles ó técnicos, como se hace en la mayoría de los Politécnicos, sino sobre estudios que sirvan para ampliar el espíritu y le ofrezcan reposo, como los de la Extensión Universitaria: ó bien se dan lecciones de historia y de ciencias, música coral y de orquesta, elocución y lenguas. Nuestro propósito es inspirar á nuestros estudiantes nuestro propio ideal de utilidad social. Ejemplo: nuestras sociedades musicales dan audiciones públicas de música clásica á precios que están al alcance de los pobres; sesiones frecuentes, sea para distraer á los pensionistas viejos de casas de asilo, ya en los clubs de obreros, ó para alguna obra de caridad. Los miembros de nuestra «Sociedad de debates parlamentarios»—*Parlamentary debating Society*—están preparados y animados para intervenir como ciudadanos en los asuntos municipales. El hecho de que nuestros obreros nos prestan sus servicios voluntariamente, nos permite dedicar más atención á cada estudiante en particular, de la que de ordinario se le presta en las escuelas públicas, y organizar clases para estudios especiales, aun cuando no sea más que para dos ó tres alumnos.

Todos nuestros alumnos pagan una pequeña cuota por la instrucción que reciben.

Tal es, á grandes rasgos, la obra educativa que se persigue en el establecimiento de Bermondsey. Atrae naturalmente, y sobre todo, á los jóvenes empleados administrativos y á los obreros, artesanos ya hábiles, más bien que á los ordinarios, que, por el momento sienten poca necesidad de instruirse. Los hijos de estos últimos, sin embargo, acuden con frecuencia hasta nosotros á medida que crecen. Procuramos, pues, provocar el deseo de instruirse hasta en las gentes peor retribuídas y más ignorantes de la población obrera, por medio de conferencias libres sobre la ciencia, dadas todas las semanas

en nuestro *hall* y en varios clubs de obreros; mediante series cortas de conferencias libres dadas en el Ayuntamiento de Bermondsey, y adaptando nuestros propios clubs á las necesidades de los marinos y de las muchachas que trabajan en las fábricas.

En nuestros clubs se da una suma de instrucción bastante considerable. Por ejemplo: en nuestro «club de las obreras jóvenes»—*Working Girls Club*—que tiene cerca de cien miembros, trabajando en su mayoría en las fábricas de galletas, se dan cursos de costura y de confección, de canto, dibujo y pintura, de gimnasia y de otras materias más. Varias obreras que habían aprendido la Aritmética pidieron la creación de una clase de álgebra. He ahí cómo se demuestra el influjo vivificante que un profesor voluntario, de paciencia y amado de sus discípulos, puede ejercer sobre éstos, despertando en ellos apetitos intelectuales, precisamente cuando menos podían esperarse. Son muchos los curtidores y marineros que acuden á nuestras conferencias populares. Esas conferencias tienen por objeto despertar poco á poco en ellos los deseos que les han llevado á ellas y á sus hijos á utilizar la educación más elevada que nosotros damos.

Al propio tiempo que procuramos hacer el bien á los obreros ignorantes, tratamos de auxiliar á sus hijos.

Nuestras tres compañías de la brigada de muchachos—*Boys' Brigade*—cuentan con cerca de doscientos miembros de catorce á diez y seis años de edad. La mayoría de ellos acaban de dejar la escuela y han comenzado á trabajar. Se les educa en disciplina militar y hacen el ejercicio todas las semanas. Tienen clubs para la natación, el football, el cricket, todo ello bajo la dirección de sus oficiales. Una música compuesta de tambores y pífanos les da algunas audiciones musicales. Todas las noches está abierta una sala en la cual se puede jugar y leer. Además se les enseñan diversos oficios útiles y asuntos propios de la instrucción primaria. Cuando dejan la brigada á causa

de haber llegado al límite de la edad, forman una nueva asociación y se reunen todas las semanas para instruirse y divertirse.

Para los muchachos que van á la escuela, organizamos excursiones en las tardes de los sábados (1), á diversos sitios de interés, ya sea en el mismo Londres, ya cerca. Condúceseles al Parlamento, á los museos, á la torre de Londres, al Jardín Zoológico, etc., etc., y por tales medios intentamos no sólo divertirlos, sino también despertar en ellos la imaginación y el espíritu cívico. Durante el invierno conseguimos permiso del *School Board* de Londres para poder hacer uso de varias escuelas para nuestras «Veladas recreativas»—*Happy evenings*—durante las cuales se organizan juegos para esos niños que sin eso se encontrarían abandonados al influjo desmoralizador de la calle. En verano, nos servimos también de los campos de juegos. Nuestros residentes han tomado este verano todas las medidas y disposiciones necesarias á fin de poder enviar al campo, por quince días, dos mil niños de Bermondsey y de Rotherhite, en compañía de la «Sociedad de vacaciones para los niños»—*Children's holiday Fund.*

Aparte de estas diversas formas de la obra educativa, el establecimiento toma también gran parte en la administración y marcha de la beneficencia pública de las parroquias civiles de Bermondsey y de Rotherhithe. Participamos en la administración de la ley de pobres (2)—*Poor law*,—y algunas de

(1) El sábado es el día de descanso en las escuelas de Inglaterra, y reemplaza nuestro jueves.—(N. de la edic. franc.)

(2) «El sistema de la ley de pobres, especial de Inglaterra, descansa en la elección, en todo el país, de oficinas ó centros de *guardians* de los pobres. En la metrópoli, cada uno de esos centros tiene bajo su acción un distrito de unas 100.000 almas; se subdividen en comités de auxilios: cada uno de estos tiene un médico y un agente especial, el *relieving officer*, encargado de la distribución de los socorros. El distrito posee una *Workhouse*, casa de trabajo, y una enfermería, una escuela situada fuera de Londres y en la cual se educa á los niños pobres.» (Sir Carlos Dilke).

nuestras damas visitan las salas de nuestros talleres y enfermerías para animar á los pensionistas con lecturas y entretenimientos. También ayudamos mucho á ciertas instituciones como la «Asociación metropolitana para el auxilio de los criados jóvenes»—*Metropolitan Association for Befriending Young Servants:*—la «Sociedad de organización de la caridad»—*Charity Organizatión Society*:—la «Sociedad de socorros para los niños enfermos»—*Invalid Childrens Aid Association*—y otras análogas.

La colonia de Bermondsey sostiene también una enfermera muy hábil, que visita á los enfermos pobres en sus casas bajo los auspicios de la «Asociación del jubileo de la Reina para auxiliar á los enfermos»—*Quen's Jubilee Nursing Association*—asociación absolutamente libre de todo patronato político ó religioso.

Pero lo dicho es suficiente por el momento para indicar el espíritu general y la naturaleza de nuestra obra. Está sostenida, sobre todo, con donativos voluntarios. Puede resumírsela diciendo que esta empresa tiene por objeto conducir á los hombres y á las mujeres, bien educados y animados del amor al bien público, á un contacto amistoso, cordial, con las clases más pobres, y todo esto en condiciones favorables propias para despertar en esas clases pobres gustos más elevados, tanto desde el punto de vista moral, como desde el punto de vista intelectual, con un espíritu cívico más noble. Atacamos, en la medida de nuestras fuerzas, lo que hay de insano en su medio, sobre todo, las condiciones intelectuales y morales, por igual dañosas, que tienden á hacer nacer la apatía mortal, que es el peor enemigo de los progresos de nuestras clases industriales.

Para concluir, nada podré hacer más oportuno que enumerar los diferentes fines perseguidos por la colonia de Bermondsey, según fueron éstos expuestos cuando se inauguró:

I. Dar una fuerza más grande y mayor atractivo á la obra cristiana.

II. Constituir un centro de vida social donde todas las clases puedan fusionarse, á fin de que cada una encuentre en este contacto con las demás un cambio saludable y un recreo.

III. Crear facilidades para el estudio de la literatura, de las ciencias y de las artes.

IV. Incitar á los hombres á discutir juntos los males sociales, generales y particulares, y á buscarles remedio.

V. Participar, en la medida mayor que sea posible, en la administración local y en las obras filantrópicas.

VI. Y por último, hacer todo eso de manera que sea perfectamente claro que no se trata del interés de una secta, de un partido, sino que todos los hombres de buena voluntad pueden asociarse á nuestra obra (1).

J. Scott Lidgett.
Director del establecimiento de Bermondsey.

*
* *

LA COLONIA DE «UNIVERSITY HALL»

(THE UNIVERSITY HALL SETTLEMENT)

I

PRIMERA NOTICIA (2)

No lejos del ángulo Sureste de Gordon Square, en el distrito centro-oeste de Londres, se levanta un gran edificio de ladrillos rojos. Preguntad á un transeunte lo que es ese edificio. Si este transeunte pertenece al mundo de las escuelas, respon-

(1) Tradujo este trabajo para la edición francesa, la Srta. Doña Ana Garnier.

(2) Traducida para la edic. franc. de la *Franco-English Review,* 15 Oct. 1895.

derá: «Es la biblioteca del Dr. Williams.» Un hombre complaciente dirá que es *University Hall*. Pero una persona en la cual la cualidad de hombre de estudios no excluya la amabilidad, ó un habitante del Square os explicará que el ala izquierda del edificio es la biblioteca, que el ala derecha se llama *University Hall,* ó bien—otros la llaman así—*Elsmere Hall,* recuerdo sensibilizado de las doctrinas profesadas por la señora Humphry Ward, en su famosa historia de *Roberto Elsmere.* Dirigíos hacia el Este: cinco ó seis minutos de marcha os llevarán á un sitio donde se estacionan los vendedores ambulantes: volveos entonces hacia la izquierda; llegaréis á una casa de techo bajo, llamada en su rótulo *Marchmont Hall,* y podéis dedicar la mayor parte de vuestro tiempo á esta casa misma.

Una vez dentro de ella, acaso se os ocurrirá calificar de exagerado y ridículo el pomposo título de *Hall;* pero no censuréis á los actuales inquilinos. Han encontrado la palabra en el rótulo al instalarse, y la han aceptado con el local. *Marchmont Hall* debía ser el origen de su obra social. Su obra intelectual de estudios y de crítica había encontrado ya un centro en *University Hall.* La colonia que se debía establecer allí, cuyo plan estaba trazado en Febrero de 1890, estaba completamente organizada hacia Octubre del mismo año. En 1.° de Marzo de 1891 se abrió *Marchmont Hall.* Después de estas fechas, y partiendo de los puntos indicados, se han producido en Londres ciertos influjos. El lector, ¿tendrá inconveniente, para darse más clara cuenta de lo que va á continuación, de tomarse el trabajo de recorrer de nuevo el sexto libro de *Roberto Elsmere*, titulado *Nuevos horizontes?* (1).

El barrio en el cual se manifiestan más directamente esos influjos es vasto. Topográficamente, está limitado al Sur por Guilford Street, Russell Square, Keppel Street y Store Street; al Este, por el camino de Gray's Inn; al Oeste, por Tottenham-

(1) Más adelante (nota IV) va el análisis sucinto del episodio á que se alude.

Court Road. El límite Norte es más difícil de trazar, porque el campo de acción abraza Somers-Town con su laberinto de casas tristes, llenas de los ruídos producidos por las risas de los borrachos. ¿Dónde terminan esas casas sombrías? ¿Dónde comienzan las risas más francas? He ahí lo que es difícil de decir. Ese barrio está lleno de interés. A decir verdad, el explorador curioso descubriría en ese territorio recuerdos que sorprenderían á un extranjero.....

Dejando á vuestra espalda Gordon Square y marchando hacia el Este, volveos hacia la izquierda, á lo largo de Upper-Woburn Place, y tropezaréis cerca de la calle Tavistock House, donde Dickens pasaba algunos años de su vida, quizá no los más felices. Y eso que lord Campbell declaraba que hubiera preferido escribir Pickwick á ser el magistrado supremo de Inglaterra y par del Parlamento. Allí también fue donde se escribió la mayor parte de *Beack House* y de *Hard Times,* que M. Ruskin considera, en ciertos puntos, como la obra más hermosa del humorista.

El terreno circundante—y tomo aquí terreno en un sentido muy técnico—debía ser familiar á Dickens, á quien sin duda sus vecinos debieron de inspirar más de un rasgo. Brantôme Place ha podido mostrarle más de un «Jo» (1), y cierta casa de Cromer Street debió ser, de seguro, el original del castillo almenado de M. Wemmick en *Great Expectations.* Entre Tavistock House y Marchmont Hall se extiende Burton Crescent, que debe su nombre á James Burton, el primero de esos empresarios especuladores que, á fines del siglo último, comenzaron á cubrir esta parte de Londres de ladrillo y mortero.

Somers-Town y Camden-Town entonces estaban comenzados en emplazamientos que antes eran terrenos de campo—tomo terrenos aquí en su sentido propio.—Lysons, en 1795, deplora que la proporción de tierra laborable—en la parroquia

(1) Jo, personaje de una novela de Dickens, es un chino que tenía un tabernucho donde se reunían los fumadores de opio.

de San Pancracio—fuese tan pequeña, de cincuenta acres apenas. Sin embargo, en su época, los grandes trabajos de construcción comenzaban ya. El emplazamiento es, en el momento actual, un verdadero campo de ladrillos, en el cual se advierten pequeños descubiertos de tierra verde. Uno de esos, y con flores, aun se le puede ver á lo lejos, hacia el Norte, en el antiguo cementerio de San Pancracio, transformado en campo de recreo. La nueva iglesia de San Pancracio, templo griego elevado á un dios cristiano, está precisamente á un tiro de piedra de la casa de Dickens. De hecho las iglesias son numerosas, aun cuando no bien llenas, se dice. Antes que mostraros alguna, un miembro de la Asociación, cuyo asiento está en Marchmont Hall, preferiría haceros ver los recuerdos y monumentos conmemorativos del capitán Coram, fundador del famoso hospital donde Haendel dirigía en otro tiempo la ejecución de su *Mesías;* de Lamb, que conducía el agua de Snow Hill, y de muchos otros hombres notables. Quizá se podrían reivindicar para el sitio aquel una batalla algo legendaria y una media docena de asesinatos de primera, garantidos, auténticos. Si le preguntáseis acerca de los indígenas de este lugar, podríais saber que en el Sur y Oeste del distrito y en algunos de las más largas arterias, viven muchas gentes respetables pertenecientes á la clase media. En cuanto á las demás partes del barrio, «todo ello está un poco mezclado, señor»: los cocheros de punto abundan, así como los empleados de los caminos de hierro. Los comerciantes de legumbres están fuertemente representados, y los obreros acomodados tienen allí sus calles preferidas. De la gran masa de la población, puede decirse que las mujeres son criaturas pacientes, los hombres buenos muchachos..... á la temperatura normal: los niños pululan en rebaños numerosos, y ofrecen á las pantomimas del porvenir un gran contingente de excelentes bailarinas y algunos obscuros coristas. El lenguaje del barrio tiende más bien á la violencia que á la suavidad. En cuanto á las costumbres..... ¡Dios mío!, no todos se parecen á los miembros de la Asociación, la

mayoría de los cuales no tendrían que vencer grandes obstáculos para agradar en cualquier salón. En suma: barrio interesante, buen campo de trabajo.

Y aquí se presenta la cuestión: ¿cuál es esa obra proyectada? ¿Hacia qué fin tienden los investigadores de esta empresa de dos caras? Al responder á esta pregunta sería preciso conservar más ó menos la delimitación existente entre las dos fases de la obra, aunque sin duda tengan entre sí ciertas relaciones de recíproca dependencia.

Hablemos primero de *University Hall*.

Se encontrará la mejor y más completa exposición de lo que se puede llamar la idea inspiradora de la obra en el discurso de apertura pronunciado por la señora Ward en la sala Portman el 29 de Noviembre de 1890. «Podemos—dice—penetrar más á fondo que los filósofos esta eterna necesidad, esta eterna pasión que domina el corazón de la humanidad cristiana; y viendo que esa necesidad, esa pasión es nuestra necesidad, nuestra pasión, á despecho de todo disimulo, ¿podemos recoger de nuevo la obra del cristianismo en las nuevas condiciones del pensamiento y proseguirla con un entusiasmo nuevo y una fe nueva?» Palabras que parecen tan sólo poner la cuestión; pero la respuesta no se hace esperar: «¡Ahora bien..... intentémoslo!»

El propio espíritu inspiraba la «Alocución á los *Residentes*» publicada el mismo mes. «El fin de la Asociación de *University Hall* es un fin *religioso*. Sus fundadores quieren trabajar por su parte en profundizar y purificar las fuentes de la vida religiosa. Quieren dar dirección y consejo para llegar á manifestaciones prácticas de un nuevo espíritu de confraternidad cristiana. En un tiempo en que la mayoría de las antiguas formas de la fe han sido amenazadas ó destruídas, creen que un sentimiento mudo de la presencia y de la acción divina está en camino de formarse, que trata ya de manifestarse al vivo en una obra respetuosa hacia la humanidad y llena de esperanza en ella, y con una piadosa confianza en Dios. Coo-

perar para que nazca ese sentimiento, allí donde no existe todavía; animarlo y esclarecerlo cuando luche tímido contra las trabas tradicionales; fortificarle y dirigirle, alentarle con el consejo mutuo allí donde esté despierto, y sobre todo, precisarlo más plenamente en el espíritu, al igual que en la vida, tal es el fin de la Asociación.»

Este proyecto primitivo jamás fue abandonado; pero la Asociación parece haber ampliado un tanto su programa. Y así ocurre que el informe del Comité para 1893 resume el fin perseguido en los tres artículos siguientes:

«1.° Suscitar una idea cristiana transformada á la luz de la ciencia exacta y bajo el influjo de la simpatía social.

2.° Realizar entre hombres y mujeres de posiciones y rangos diferentes en el mundo, una común fraternidad; forjar un lazo estrecho de buenos oficios mutuos entre todos aquellos, pobres ó ricos, sabios ó ignorantes, en los que pueda nuestra obra ejercer su influjo.

3.° Estudiar lealmente los problemas sociales, tal cual existen en Londres; inspirarse en este estudio con la esperanza constante en un porvenir mejor, y llevar así la voluntad individual á un sacrificio y á un esfuerzo esclarecido para procurar realizar tal porvenir.»

El último de estos artículos nos lleva al objeto de la Asociación de *Marchmont Hall.* Es, en cierto sentido, á la *University Hall,* lo que el laboratorio del sabio á un gabinete de estudio. Es el foco de innumerables formas de ese esfuerzo filantrópico y educador. Al propio tiempo quieren dar á sus miembros una segunda familia. Pero en este punto podríamos ahorrarnos las palabras, porque se puede, contemplando la ejecución misma, ver bien el fin perseguido.

Y ¿qué se ha conseguido en el curso de los cuatro ó cinco años durante los cuales la obra ha funcionado? Primeramente se ha conseguido un local en la construcción de ladrillos rojos, cuya situación se ha descrito, y en cuyo emplazamiento estu-

vo en otro tiempo el Nuevo Colegio de Manchester. Se ha nombrado un administrador, M. Philip Wicksteed, ministro de la capilla de Little Portland Street, autor ó traductor de distintas obras de crítica bíblica y literaria, y además conferenciante de nombre. En 1893, nuevos arreglos han hecho de M. Wicksteed el presidente y de M. Russell el administrador. Tomóse como modelo de la institución la Asociación de Toynbee Hall, y muy pronto se presentaron *Residentes*. Estos han sido en su mayoría hombres ocupados durante el día en oficios ó en el comercio. No se exige profesión de fe religiosa; el deseo mismo de hacerse *Residente* se considera como una indicación de simpatía hacia la obra en general y de voluntad para cooperar en ella.

El número de admisiones ha variado de año en año: el edificio comprende habitaciones para acomodar unas veinte personas. De ordinario hay ocupadas once ó doce. Administrador y *Residentes* comen juntos. En lo demás cada cual puede vivir como le parece. Entre los que han hablado en las reuniones en *University Hall*, ó que han iniciado discusiones, se citan los nombres de M. R. B. Haldanem, Consejero de la Reina; M. C. S. Loch, M. Walter Crane, el honorable Rollo Russell, y el honorable Lyulph Stanley. Se han examinado, entre otros asuntos, los siguientes: «Los maestros del pensamiento filosófico de Alemania.»—«El lujo.»—«Arte y democracia.»—La nacionalización del suelo.»—«La higiene pública en Londres.» Una Sociedad de sociología termina ahora su primer año de existencia. La actividad exterior de la asociación no es menos intensa. «El año último—dice la Memoria de 1895—cuando la votación de una biblioteca pública en San Pancracio, hemos desempeñado un papel muy importante en la lucha sostenida —lucha que, á pesar de su fracaso, ha dejado tras de sí gérmenes de futuros éxitos.—Hemos participado en la elección del *School Board* y contribuído al nombramiento de los candidatos progresistas, no sólo en Marylebone, sino en otros barrios. Hemos presentado—desgraciadamente en vano—un candidato

á las funciones de *vestryman* y dos á las de *guardian*, todas de nuestro núcleo. Se empieza á contar con nosotros en los comités directivos de las escuelas y en los que se ocupan en la organización de obras de caridad. Uno ó dos de nuestros miembros prestan servicios efectivos en otras sociedades, y con un fin social similar.» Este informe no es obra de hablador; así, en cuanto á la actividad exterior realmente desplegada, puede afirmarse que el ponente queda por debajo de la verdad.

Mediante otro modo de actividad — que es, en opinión de algunos, el más importante—se ejerce un influjo á la vez interior y exterior: trátase de las conferencias. Los iniciadores, en sus planes originarios, habían asignado un lugar preponderante á la enseñanza bíblica sistematizada según la crítica moderna, y jamás se ha perdido de vista esta enseñanza. M. Estlin Carpenter ha tratado de los «Evangelios signópticos» y de «La teología en el libro de Isaías»; el Dr. Martineau, del «Evangelio según San Lucas»; M. R. S. Moulton, ha dado conferencias sobre «el estudio literario de la Biblia», y M. Wicksteed, sobre «el desenvolvimiento de la religión de un pueblo».

Hay además pasatiempos literarios: v. gr., el estudio del presidente sobre «el Dante», ó las conferencias comprendidas en el programa de la Extensión Universitaria; así la conferencia del Dr. Bosanquet sobre «Platón» y los cursos de economía política. Pero los títulos citados son sólo ejemplos; la lista, que se publica cada trimestre, ofrece en abundancia alimento intelectual á los que sienten necesidad de él.

Marchmont Hall tiene también conferencias particulares literarias, filosóficas, científicas ó religiosas. Pero el carácter de la escena cambia por completo con el local. En *University Hall* encontraréis un auditorio bien presentado, «select» dirían los *reporters*, cuadernos de notas y otros indicios de un trabajo metódico; los lápices se mueven, el conferenciante enuncia doctoralmente principios. En *Marchmont Hall* pasan las cosas más en familia. Un sombrero de copa parece allí

como venido de otro mundo, como si hubiera equivocado la cabeza. En el bolsillo de muchos buenos obreros se deja ver modestamente el extremo de su herramienta. Sobre las rodillas de muchas buenas mujeres oyentes, descansa el cesto, en el fondo del cual se ocultan las compras del día. Nada de cuadernos, de notas, ni de lápices; el estudio en serio y formal es imposible aquí: lo único que se desea es derpertar el pensamiento.

Los oradores toman el tono de la conversación, aun respecto de asuntos que parecen exigir palabras científicas. Proceden de todas partes. Cambridge envía sus tres grandes favoritos: el Dr. R. D. Roberts, el profesor Haddon y miss Hughes, de la Escuela Normal. Los asuntos son variados, como sus domicilios. «La moral del trabajo.» — «Confucio.» — «La educación moral.»—«La música india.»—«Langton y la Magna Carta.»— «El mar y sus maravillas.»— «San Francisco de Asís»: he ahí algunos ejemplos tomadas al azar en el programa del año último.

Cuando no hay conferencias hay un concierto, una lectura, ó á la tarde, una peregrinación á algún sitio interesante: la tumba de Gotdsmith, por ejemplo, ó el hospital de Chelsea.

Por otra parte, hay un círculo para los jóvenes—hay otro para las jóvenes—otro para las mujeres, y una biblioteca. También se puede practicar un asalto de boxe ó de palo.

Pero si aún queréis saber más, visitad *Marchmont Hall* un sábado á la noche, y preguntad á los miembros «asociados» de la asociación: «¿Quiénes son esos miembros «asociados?» «Son —dicen los iniciadores de la obra—los hombres y las mujeres á quienes hemos rogado para que se juntasen con nosotros, no sólo para instruirse y divertirse, sino para tomar una parte activa en los esfuerzos que hagamos para mejorar la sociedad, interesándoles, en fin, para poner *su* saber, *su* prudencia, *su* adhesión, al servicio de la causa común.» Pues bien, preguntadles á esos miembros: podéis hacerlo sin miedo.

Un generoso donante ha acudido en auxilio de esta empre-

sa. M. Passmore Edwards ha prometido á la dirección una suma de 250.000 francos—10.000 libras esterlinas—ni más, ni menos. Nuevos edificios van á levantarse, la asociación será «reconocida y autorizada por el Estado», y se arreglará definitivamente su forma de administración. Construiráse una casa de descanso para consagrarla á las manifestaciones religiosas de la «colonia.» «Será ésta un edificio sencillo, muy semejante á los oratorios de Bolonia y de Siena. Se espera que habrán de verse sus muros cubiertos de hermosos frescos destinados á ilustrar las palabras y parábolas de Cristo, moral y poesías sublimes del cristianismo, tan poco ilustradas hasta el día por el arte cristiano.» Sir Edward Burne-Jones dará los planos de este nuevo templo. Sólo el tiempo mostrará si los fieles acudirán allí en mayor número que á la antigua iglesia..... (1).

W. G. Field.

II

SEGUNDA NOTICIA POR EL EXADMINISTRADOR DE «UNIVERSITY HALL.»

M. Field, en la exposición que acaba de leerse del fin y de los procedimientos empleados en *University Hall* y su anexo *Marchmont Hall*, da una impresión general de las más claras: sin embargo, conviene añadir algunos detalles, especialmente cifras.

En primer lugar, en lo que concierne al número de personas sobre las cuales se extiende el influjo de la «colonia», es imposible evaluar en números todas aquellas á quienes alcan-

(1) Publicado este trabajo en la *Franco-English Review* del 15 de Octubre de 1895, y traducido para la edic. franc., por M. Martín-Dupont, profesor en la Escuela Turgot.

za directamente; pero se puede formar una idea bastante exacta de las que la reciben directamente, sea como estudiantes en *University Hall*, sea como simples miembros de los diferentes clubs de *Marchmont Hall*.

Para las series de conferencias dadas en *University Hall*, se venden por término medio quinientas entradas al año, variando el precio ó cuota de uno á diez chelines; pero, como muchos estudiantes siguen simultáneamente varios cursos, el número máximo de estudiantes no pasa de trescientos.

En *Marchmont Hall* hay unos doscientos miembros adultos, hombres y mujeres, que pagan una cuota semanal de diez céntimos, y unos cien niños, niñas y muchachos. Deben citarse también un gran número de personas, que, sin pagar cuota permanente, se aprovechan de vez en cuando de una de las tres noches dedicadas al público, para acudir á oir una conferencia, una discusión *(debate)* ó un concierto.

El concierto del sábado por la noche, en particular, es tan preferido, que la sala está siempre llena: faltando sitio, es preciso limitarse á admitir doscientos oyentes, la mitad acaso de los que desearían entrar.

El hecho es que la falta de espacio ha reducido el número de adheridos al mínimum en los diferentes ramos de la actividad de *Marchmont Hall*.

Las dos salas que el *Hall*—así llamado pomposamente—posee, permiten funcionar apenas dos secciones á la vez. Las muchachas se colocan en el lugar de los muchachos, éstos en el de aquéllas, los adultos rechazan á ambos: los conciertos impiden las conferencias, las conferencias las discusiones, las discusiones los cursos: no es posible tener una sala de lectura, un gimnasio ó un cuarto de fumar, de una manera permanente, y cada cosa, en un momento dado, debe ceder su puesto á otra.

Felizmente, para un porvenir próximo puede esperarse un mejor estado de las cosas. El donativo de M. Passmore Edwards de 10.000 libras esterlinas (250.000 francos), aumenta-

do con otros donativos que varían de 1 á 500 libras esterlinas (de 25 á 2.500 francos), hasta constituir un capital de 13.000 libras, esto es, de 300.000 francos, permitirá construir un edificio que satisfaría hasta los ensueños de Robert Elsmere mismo, ó cuando menos, pondrá en sus manos, para alcanzar su ideal, un instrumento material bien entendido.

La fuerza motriz espiritual para la nueva empresa, queda aún por encontrar. ¿Se tropezará con algún Elsmere para dirigirla? No lo sabemos; por otra parte sería inútil preocuparse con esto, hasta que el nuevo edificio haya sido levantado y trabaje en plena actividad. Pero la ocasión es buena, y de seguro se encontrará el hombre necesario en el momento preciso; deberá ser un ser entusiasta y liberal, religioso, social, con energía de pensamiento y de acción, amplia cultura y de personalidad simpática. Realmente, un hombre que se haya dado cuenta de todas las fuentes de lo bello en la vida humana, no podría idear deber más imperativo que el de ayudar á los demás á seguir sus mismas huellas.

Pero, se dirá: ¿Qué cuesta todo eso? ¿Qué es lo que ha costado ya? ¿Y á cuanto subirán los gastos después de las nuevas ampliaciones?

Desde el momento de la apertura en 1890, hasta finalizar el año último, la colonia de *University Hall* ha costado, en números redondos, la fuerte suma de 12.000 libras esterlinas (300.000 francos, ó sea 2.000 libras, 50.000 francos al año). Esta suma comprende el alquiler de los dos *Halls*, los honorarios de los conferenciantes, etc., etc., así como los gastos inherentes á la conservación de la «residencia», es decir, de la pensión *(boarding department)* de la colonia, que está arreglada para recibir quince ó veinte pensionistas como huéspedes. Estos residentes han contribuído á los gastos mediante el pago —á precios corrientes—de su habitación y alimento, con una suma de 4.000 libras (100.000 francos). Las suscripciones para

las conferencias y gastos menudos, y algunos otros pequeños auxilios, han sumado 1.000 libras (25.000 francos).

El resto, es decir, 7.000 libras (175.000 francos), ha sido proporcionado por los amigos del movimiento, respondiendo á un llamamiento dirigido de tiempo en tiempo al público por el comité. Esos mismos amigos auxilían también la nueva empresa, porque, además de las 13.000 libras (325.000 francos) prometidas para la creación del nuevo edificio, se ha acaparado ya una suma de 900 libras (22.500 francos) durante tres años, para atender á los gastos corrientes de la colonia. A medida que la empresa avance y se extienda, se puede estar completamente seguro de que los subsidios financieros necesarios se obtendrán siempre; porque la colonia representa un ideal que en nuestros días es perseguido por un número de espíritus siempre en aumento. La mejor prueba de ello está en el hecho de que, de los 25.000 francos asegurados ya, una décima parte—2.500 francos—deberá estar afecta anualmente á la impresión y publicación de conferencias libres y gratuitas por los abogados más eminentes del pensamiento religioso liberal, sobre asuntos referentes á la historia del cristianismo, y al lugar que ocupa en la evolución de la raza humana.

Esas conferencias serán denominadas—en honor y memoria del antiguo maestro de Balliol College en Oxford, que ha sido uno de los defensores del movimiento religioso liberal en Inglaterra—las *conferencias Jowett*, y los directores de la colonia justificarán de ese modo el punto tan firmemente mantenido por los iniciadores, de que su fin es un fin religioso; es decir, que quieren resolver, por un esfuerzo firme é inteligente, el enigma de la tierra que sufre y que acude á la luz y á la fuerza de un cristianismo purificado (1).

J. Russell.

(1) Traducido para la edic. franc. por la señora Oswald-Murray.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

NOTA IV

NOTA SOBRE «ROBERTO ELSMERE»

En los libros VI y VII de esta novela es en donde se encuentra el episodio á que se hace referencia más arriba.

Sabido es que en esta novela la señora Humphry Ward describe la vida de un joven sacerdote. Este, después de unos años de predicación, sufre una crisis religiosa que le lleva á rechazar su fe; se separa de la Iglesia anglicana, deja su curato, donde ha fundado ya una escuela, un instituto de historia natural, un club de muchachos, y va á establecerse á Londres. No tenía, en un principio, otra intención que la de mezclarse con los humildes y consagrarse á su desenvolvimiento intelectual y moral; recorre los barrios del East End, y guiado por el pastor de una iglesia liberal, penetra en esos medios obreros, y comprende muy pronto que allí es donde su acción puede ser útil; luego se junta con un joven pastor unitario, vicario de una capilla en el East End, Murray Edwardes, cuyas doctrinas religiosas en manera alguna abraza, pero que le presenta en el distrito de R..... un campo de operaciones en el cual hacen falta hombres inteligentes y devotos para instruir obreros y hablarles.

Edwardes había abierto salas de conferencias y establecido cursos nocturnos en diferentes partes del distrito. Sin preocuparse con las opiniones religiosas de los que le auxiliaban en su obra, pues sólo les pedía su tiempo y su celo, no había visto que hasta él acudiesen más que los laicos, gentes del foro, doctores, empleados, todos hombres que, apartados de las creencias recibidas, sentían placer trabajando á su lado.

Edwardes condujo á Elsmere á una de esas escuelas nocturnas, instalada en Elgood Street, en una especie de almacén muy bien situado en el centro del distrito, cerca de una importante fábrica de alfarería, que le procuraba la mayoría de sus alumnos. La población de este barrio, obrera toda, se componía de los obreros de los vecinos Docks, cerveceros, relojeros en gran número, los cuales frecuentaban todos la escuela de Edwardes. Sólo dos personas estaban encargadas de esta escuela. Una, de una familia ortodoxa y muy burguesa, se había ido con la secta unitaria y á la práctica de la caridad, por oposición á las ideas estrechas y formalistas de su familia; la otra, ferviente discípulo de Augusto Comte, se había dedicado á esta enseñanza de obreros por pasión filantrópica; su mujer, á pesar de sus dos hijos, que sobre ella recaían tan sólo, le ayudaba con todas sus fuerzas, consagrando á la visita de los pobres, á la obra de su socorro, todo el tiempo de que disponía.

Sin embargo, á pesar de su celo, estos dos hombres no bastan para desempeñar la tarea; se necesita auxilio, y, á propropuesta de Murray Edwardes, Elsmere se une á ellos; acude primero á la escuela nocturna, donde tiene que hacer mucho para restablecer el orden, porque los escolares son de humor alborotado y revuelto. Acude también al curso de arte, que da una vez por semana, y que, sobre todo, frecuentan los obreros de la fábrica de loza; se celebra también una conferencia de historia dos veces por mes.

Elsmere no se limita á ayudar á sus colaboradores: toma también nuevas iniciativas. Durante los recreos, jóvenes y hombres ya hechos, se reunían á la mesa, ante las revistas, los dominós y los naipes. Elsmere tiene la ocurrencia de instalarse en una sala próxima durante los recreos, para referir todas las noches alguna historia; por tal modo espera despertar la imaginación, la sensibilidad, la simpatía mutua de los niños y de los hombres.

Desde la noche quinta, sus relatos atraen una porción tal

de oyentes, que es preciso consagrarles especialmente una noche por semana. Elige, generalmente, sus asuntos en la vida diaria, haciendo notar, con ejemplos tomados de la realidad, cómo los pobres pueden ayudarse unos á otros, manifestando los peligros de los diferentes oficios; recogiendo de la vida londonense el relato de un incendio, una colisión en el Támesis; de la vida de la fábrica del Norte, el relato de sus rudos trabajos; de la vida rural, el cuadro de los goces serenos; tomando de las novelas célebres de Cooper, de Scott, de Dumas, anécdotas interesantes ó trágicas; por fin, descubriendo la existencia de hombres del pueblo.

Elsmere tiene buen cuidado de adornar la sala de las conferencias con mapas, fotografías, grabados, que representan los países de Oriente, América del Sur, Africa, sirviéndose de tales imágenes para ilustrar los relatos, sencillos y animados, con lo cual logra transportar á sus oyentes á los más lejanos países. El domingo por la tarde organiza un curso de historia natural, con experimentos elementales de química, física, electricidad, botánica. Pasa poco tiempo, cuando ve acudir ya un público de muchachos de todas edades, que, sin él, hubieran pasado sus horas del domingo en callejear, jugar ó pelearse.

Sin embargo, el público al cual se dirige no pertenece á las clases más bajas de la sociedad: en su mayoría son artesanos, buenos obreros que, sin ser ilustrados, han recibido una instrucción elemental media y están en situación de comprender.

No lejos de Elgood Street hay un Club de librepensadores muy avanzados, centro de ideas socialistas y ateas de los alrededores: tiene como órgano un periódico diario. Elsmere, deseoso de conocer las tendencias de esta publicación, había comprado un número y en él encuentra un artículo en que se ridiculiza la persona de Cristo, y se la representa de una manera ignominiosa: experimentó al leerlo hondo sufrimiento. Indignado, se propone hacer comprender á Cristo á esos hombres

anticristianos, mostrándoles su vida en la realidad de la historia. Pide permiso para dar una conferencia sobre los derechos de Cristo—*claims of Christ on modern life*—en el Club North R.... y se lo cenceden.

El domingo siguiente, se encuentra ante un auditorio bastante numeroso, pero movido: cada cual tiene su pipa en la boca y su vaso en la mano: sin embargo, tal es el ascendiente del conferenciante, que al cabo de algunos minutos el auditorio atiende; sabe interesar tan vivamente á esos hombres rudos, que apenas si algunos hacen observaciones según se hacía usualmente después de la conferencia del Club. Más aún: se le rogaba pocos días después para que de nuevo volviera al Club á dar una serie de conferencias sobre el Nuevo Testamento.

Elsmere acude gozoso. A poco consagra una gran parte de su tiempo á esas conferencias, á esos asuntos, al Club North R..., y al fin adquiere la costumbre de pasar una hora en el Club los sábados por la noche, después de su conferencia en Elgood Street: conversa familiarmente, fumando, discutiendo libremente con cada cual; siente que ejerce una poderosa acción sobre esos rudos espíritus de obreros, sobre esos hombres de ideas violentas: su auditorio se ablanda y se acerca á él.

A medida que su obra se amplía, propaga sus ideas á lo lejos, en el Londres elegante y hasta en el West End, por medio de artículos de revistas y de periódicos. Encuentra allí hombres dominados por las mismas preocupaciones que él y animados por el mismo ardor.

Un gran número de esos acuden á él para ayudarle, con su celo, sus fuerzas, y todos, sin distinción de posiciones ó de opiniones, son preciosos colaboradores: además, entre sus primeros oyentes de Elgood Street y del Club, varios se ponen á enseñar, bajo su dirección, en la escuela nocturna, en el Club de jóvenes, etc., etc. Elsmere es siempre el alma de todas las reuniones: mézclase primero entre los oyentes, luego indica por algunas palabras las ideas que deben ponerse de relieve.

Consagra á su obra tres veladas completas por semana, y

todo su domingo. Además de sus cursos de la escuela nocturna y de sus conferencias del Club, da una serie de conferencias sobre la vida moral en el hombre: su fe se ha hecho ardiente, y su deseo ahora es llevar á toda esa gente obrera hacia una vida religiosa y moral. Desde entonces le domina la preocupación de dar á su asociación un carácter religioso: quisiera que el pensamieuto de Cristo fuese su alma; aun cuando en manera alguna piense en unirse con ninguna secta existente, quiere fundar una «Nueva Fraternidad Cristiana.» Cuando participa ese deseo á sus colaboradores, encuentra en ellos cierta sorpresa, y advierte alguna hostilidad, pero su ascendiente ha llegado á ser tal, que todos, el librepensador como el joven unitario, le son fieles, comprendiendo que, en esta Nueva Fraternidad, no habrá doctrinas que profesar, sino sólo bien que hacer. Elsmere reunió en una especie de Consejo á todos los conformes con la obra, á fin de trazar el plan de la Nueva Fraternidad: las dos terceras partes de los miembros de ese Consejo son obreros.

La regla obliga á todo miembro de la Asociación á un trabajo proporcionado naturalmente á sus fuerzas y á sus facultades. Pero lo importante serán las disposiciones materiales. La Asociación estableceráse en Elgood Street en el grupo de almacenes donde se encontraba la escuela nocturna; habrá tres pisos con piezas bien amuebladas, bien alumbradas y calientes; habrá un gran *Hall* para los conciertos, las conferencias dominicales, las representaciones y las fiestas; varias piezas estarán reservadas al Club de los muchachos; otras dos, con entrada especial, á las mujeres y á las jóvenes; habrá una biblioteca, una sala de lectura para los dos sexos, adornada con grabados, mapas y fotografías; tres ó cuatro piezas más pequeñas servirán para las reuniones del Comité y del Club de Historia natural. Por último, habrá un gimnasio. Un dispensario será sostenido por un joven doctor filántropo.

Poco tiempo después Elsmere reunía la suma necesaria para toda esta instalación; todo el grupo de almacenes de Elgood

Street pasa á ser propiedad de la «Nueva Fraternidad», y al cabo de tres meses la instalación está terminada. Elsmere limítase entonces á enviar á los innumerables asociados las insignias de miembros de la N. Fr. Chr.

Acuden allí gentes de todas las edades, de todos los oficios, hombres, mujeres y niños, empleados en los escritorios, comerciantes en pequeño, comisionistas, mancebos, artesanos de todo género, carreteros, cocheros, maestros, aspirantes á maestros, etc. Después de la distribución de las insignias, Elsmere hace una ceremonia religiosa sobre esta indicación: «El vino nuevo necesita odres nuevos»; inicia la ceremonia con una plegaria muy sencilla al Muy Santo; luego refiere algunos rasgos de la vida de Jesús; después se cantó un himno, y por fin se terminó con una plegaria por la nación, y con la bendición.

La Asociación resultaba así bien fundada, según el plan de Elsmere; las conferencias organizadas. Elsmere no dejó por eso de entregarse por completo á su obra. Pero sus fuerzas se agotan en esta actividad incesante; unos meses después de la fundación de la «Nueva Fraternidad», Elsmere se ve obligado á alejarse de Londres para buscar descanso en Francia, en las costas normandas, luego en Argelia. Allí es donde espira con la amarga pena de no poder continuar su obra. Pero sus colaboradores continúan valientemente la que él ha comenzado, é inspirados por el mismo ardor filantrópico, logran no sólo hacer vivir la «Nueva Fraternidad», sino darle una amplitud inmensa.

Traducción y resumen de la señora

C. Roger.

DISCURSOS Á LA NACIÓN ALEMANA

PRINCIPIOS ESENCIALES Y GENERALES DE LA NUEVA EDUCACIÓN

En estos Discursos expondré directamente á vosotros que me escuchais, y mediante vosotros á toda la nación alemana, la manera de regenerar nuestra nacionalidad merced á una educación nueva basada en los caracteres mismos de nuestro siglo y en nuestras cualidades nacionales, que es preciso transformar. Sería, por tanto, imposible hacer comprender este nuevo plan educativo, sin explicar previamente aquellas cualidades y sus relaciones. Mas como se hace necesario comenzar de algún modo, empezaré por exponeros lo que hay de esencial en ese plan, abstracción hecha de sus relaciones con el tiempo y el espacio; tal será el asunto de este discurso y del que le sigue. El plan propuesto es nuevo en absoluto, no habiéndose empleado en pueblo alguno esta educación nacional de los alemanes. En el discurso anterior la he distinguido ya de la educación empleada hasta nuestros días, que se limitaba á exhortar fuertemente en pro del buen orden y de la moralidad: exhortación ciertamente inútil, tratándose de hombres que adquirieron el hábito de costumbres muy diferentes y sobre los cuales carecía de eficacia semejante educación.

Por el contrario, la nueva educación dirá, conforme á reglas seguras é infalibles, qué vida deben llevar sus discípulos.

Podría objetárseme, con casi todos los partidarios de la educación antigua: «¿Acaso puede la educación hacer otra cosa que mostrar al discípulo el camino recto, y exhortarlo enérgicamente á que lo emprenda? Si quiere obedecer esas exhortaciones, mejor para él; si no las sigue, suya será la culpa; existe un libre albedrío que ninguna educación puede constreñir.» Para indicar con toda exactitud á qué educación me refiero, contestaré que esta confianza en la voluntad libre del discípulo, es el error capital de la educación antigua, y constituye la formal confesión de su debilidad y nulidad. ¿No se reconoce con ello, en efecto, que, á pesar de todos los esfuerzos educativos, la voluntad permanece aún libre, es decir, indecisa entre el bien y el mal? Confiésase, pues, que la educación antigua no puede, no quiere, ó no desea formar la voluntad; más aún: que declara ser esto imposible; y como la voluntad es el hombre mismo, resulta, por consecuencia, impotente para formar al hombre. Por el contrario, la nueva educación consistirá esencialmente en aniquilar por completo la libertad de la voluntad, para sustituirla por la necesidad de las determinaciones y la imposibilidad de escoger la determinación contraria. No cabe confiarse y abandonarse seguramente más que á una voluntad así formada.

Toda cultura se propone la formación de un tipo definitivo y estable que ya no cambia, sino que *es,* sin poder ser de otro modo que como es. Caso contrario, dejaría de ser una educación para convertirse en un juego sin finalidad; y si la educación no consigue crear ese tipo, debe considerarse como incompleta. Quien necesite á cada momento de exhortaciones para querer el bien, indica estar falto de esa voluntad firme y constante, siendo preciso formarla cada vez que tiene necesidad de ella; por el contrario, aquel que posee una voluntad formada y estable, quiere lo que quiere eternamente, y no puede, en ningún caso, querer de otro modo que como quiere ahora,

hallándose para él la libertad de la voluntad fundida con esta necesidad de querer así. Los siglos pasados han dado muestra de no tener una noción exacta de la educación humana, careciendo igualmente del poder para realizarla, y pretendían mejorar á los hombres merced tan sólo á las exhortaciones, irritándose cuando éstas no producían fruto alguno. Pero ¿acaso podían producir algo? Con anterioridad á todo consejo, la voluntad del hombre posee ya su línea de conducta firme y decidida; si esa línea coincide con aquellos consejos, resultan estos tardíos, pues aun sin ellos se hubiera hecho lo que recomiendan; por el contrario, si difiere, es posible que fascinen por unos instantes, pero al llegar el momento de la acción quedan olvidados y se sigue el camino que indica la inclinación natural. Quien pretenda lograr una acción eficaz, es preciso que haga algo más que exhortar simplemente: es preciso que forme á los hombres de tal modo, que no puedan querer sino lo que se desea que quieran. Inútil sería decir á quien no tiene alas, *vuela;* todas las exhortaciones imaginables no le servirían para volar ni dos metros sobre el suelo; pero desarrollád, si es posible, las alas de su espíritu y haced que las ejercite y fortalezca, y veréis cómo, sin necesidad de exhortaciones, no querrá ni podrá hacer otra cosa.

Esta voluntad firme é inmutable es la que desde ahora debe formar la nueva educación, mediante reglas seguras é infalibles; debe, incluso, formarla de modo tal, que no pueda sustraerse á la necesidad que persigue. Antes, se llegaba á ser bueno gracias á cualidades naturales que preservaban de la influencia perjudicial de un medio malsano; pero en este hecho no intervenía para nada la educación, porque de ser así, todos los discípulos hubiesen sido buenos. De igual modo, los que estaban corrompidos, llegaban á tal estado por el simple desarrollo de sus cualidades naturales, y no por la educación, porque de ser así, todos se hubieran corrompido igualmente. La educación era, pues, un factor despreciable, quedando todo á cuenta de la buena ó mala naturaleza del discípulo.

Pero es una fuerza obscura, de cuyas manos se hace preciso arrancar la educación para confiarla á un arte seguro y razonado, que alcanzará, sin duda, el fin que se propone en todos los alumnos; y si no lo alcanza, una vez advertido de ello, ya sabrá lo que le toca hacer. Un arte seguro y razonado de dotar al hombre de una voluntad firme de obrar bien, tal es la educación que yo propongo, y ese es su principal carácter.

Además, el hombre no puede querer sino aquello que ama; su amor es el único y también el infalible resorte de su voluntad y de toda su conducta. La antigua política, educadora del hombre social, afirmaba, como infalible y única regla, que cada cual ama y quiere su propio bienestar material; y á este amor natural ligaba, por medio del temor y de la esperanza, la buena voluntad que consideraba necesaria para que se interesasen los hombres por el bien general. Pero bajo esa apariencia de un ciudadano que á nadie perjudica, y que aun puede ser útil en la sociedad, el hombre continuaba siendo malo en su fuero interno: porque es, en efecto, ser malo, amar tan sólo el propio bienestar personal y guiarse siempre por el temor ó la esperanza de lo que perjudica ó sirve al interés particular. Semejante educación no servía, pues, para mejorar al hombre; y, como hemos visto anteriormente, no puede la nación alemana servirse de ella, puesto que esos lazos de temor y de esperanza ceden hoy en contra nuestra, ya que quien dispone de los castigos y de las recompensas es una nación extraña. Estamos, pues, en el deber de buscar la manera de mejorar á los hombres, no superficialmente, sino en sus pensamientos más íntimos, ya que sólo así reformados pueden asegurar la permanencia de la nación, mientras que los malos ciudadanos la arrastrarían forzosamente á la absorción por el extranjero.

El amor del bien por sí mismo, en tanto que es bien, es lo que debemos sustituir á ese egoismo material, de hoy más inútil; y esto en todos los elementos de nuestra nación. El amor del bien por el bien mismo, abstracción hecha de su utilidad

para nuestros intereses, lleva en sí la forma de la satisfacción interior, complacencia en el bien tan íntima, que nos vemos arrastrados á realizarla en la vida ordinaria. Esta satisfacción interior es la que la educación nueva deberá proporcionar de un modo absoluto á sus alumnos, y á su vez la satisfacción interior creará en el discípulo una voluntad firme, irrevocablemente dirigida hacia el bien.

Para que ese contentamiento interior nos incite á realizar un acto que todavía no existe, es necesario de antemano producir en el espíritu cierta representación de ese acto, de la cual nacerá el ideal de contentamiento interior que ha de decidirnos á realizar el acto que entonces comprenderemos en todo su valor. Semejante contentamiento supone, pues, la facultad de esbozar esas representaciones antes de realizarlas, con lo cual vendrán á ser, no copias de la realidad presente, sino prototipos de lo que hemos de realizar: realidades futuras. Debo, pues, hablaros ahora de esa facultad, y os ruego, ante todo, que no olvidéis, durante estas consideraciones, que una imagen creada así puede complacernos simplemente á título de imagen ó como signo de nuestro poder de imaginar, pero que esto no implica en manera alguna que para nosotros se convierta en prototipo de una cierta realidad y nos complazca hasta el punto de arrastrarnos á la acción. Esta última cuestión es muy diferente, y á ella nos dedicaremos de un modo especial; pero sólo examinando la primera podremos deducir las condiciones que desde luego se nos imponen si queremos alcanzar el fin definitivo y verdadero de la educación.

Esta facultad de producir mediante nuestra propia actividad imágenes que, en vez de reflejar simplemente la realidad, puedan ser modelo de ella, es la que la nueva educación formará, ante todo, para educar á la raza. He dicho que se trata de crear imágenes por la propia actividad personal; es decir, que el discípulo no debe limitarse á recibir pasivamente las imágenes que el educador presenta á su espíritu, y comprenderlas y reproducirlas tales como se le ofrecen. No se trata de

tener una representación cualquiera, sino de que se forme mediante la actividad personal, porque sólo la imagen así formada podrá provocar un contentamiento que trascienda á la acción. Dejarse arrastrar por un objeto sin tener nada que oponerle, es un papel demasiado pasivo, muy diferente de ese contentamiento íntimo y creador que excita todas nuestras fuerzas á realizar la imagen. El contentamiento interior es ese sentimiento de que acabamos de hablar. Del primer procedimiento, usado en la educación antigua, no tenemos para qué ocuparnos: hablaremos tan sólo del último. Esa íntima satisfacción no se despertará sino en tanto que la actividad personal del discípulo se mueva y se haga sentir tan claramente en el sujeto, que el objeto propuesto no complazca sólo como tal objeto, sino, ante todo, como revelador de la fuerza activa de nuestro espíritu; lo cual, directa y necesariamente, sin excepción posible, lleva al contentamiento interior del sujeto.

Esta actividad, propia de la facultad espiritual de imaginar, que es la que debe desarrollarse en el discípulo, está sin duda regida por reglas que éste debe descubrir, ejercitándose en la acción, hasta que vea claramente, merced á tales inmediatas experiencias, lo que ellas ofrecen por sí mismas. El ejercicio de esta actividad trae consigo un conocimiento que no será exclusivo del discípulo en cuestión, sino que servirá para todo el mundo. Una vez conocidas esas leyes, la facultad no hará nada que les sea contrario, y nada realizará sino conforme á ellas. Si le ocurriese empezar á obrar á tientas, pronto volvería á la consideración de las leyes para producir la imagen. El ejercicio de esta facultad representativa no es, pues, en último análisis, más que el ejercicio de la facultad de conocer del discípulo; pero no se trata de un ejercicio histórico, conforme al estado actual de las cosas, sino de un ejercicio superior y filosófico, conforme á las leyes que dirigen y hacen necesario el estado actual de las cosas. Por tanto, el alumno aprenderá.

Y añado: aprenderá de buen grado y con placer tanto cuanto se lo permita su atención, y nada le será más agradable de hacer que eso, porque equivale á ejercitar su actividad personal y á procurarse inmediatamente el mayor placer posible. He aquí el signo característico de la verdadera educación, signo infalible que se ofrece directamente á nuestras miradas, á saber: que en ese sistema de educación todo discípulo, sin excepción alguna, y cualesquiera que sea la diferencia de aptitudes personales, aprenderá con placer y con amor, simplemente por aprender, sin otro fin. Hemos hallado el medio de despertar el amor á la ciencia, excitando la actividad personal del discípulo de manera que constituya la base de todo conocimiento.

El primer problema del arte educativo es, por tanto, respetar la actividad del sujeto con respecto á un objeto; y si lo logramos, tan sólo nos restará mantener en la vida real la actividad así despertada, lo cual no será posible sino mediante un progreso regular y continuo, porque toda falta en la educación se ha de traducir al punto por un fracaso. Hemos hallado, pues, el lazo que une el fin perseguido con el método empleado, ó, en otros términos, la ley fundamental, eterna y sin excepción, que exige que ejercitemos por nosotros mismos la actividad de nuestro espíritu.

Si alguien, engañado por la experiencia diaria, concibiese dudas respecto de la existencia de semejante ley, le diríamos que el hombre es por naturaleza material y egoista mientras se halla bajo el imperio de las necesidades inmediatas y de las exigencias materiales del momento, y que ningún deseo espiritual puede apartarlo de satisfacer esas necesidades materiales presentes; pero á poco que las haya calmado, quédale escasa inclinación á conservar en su fantasía la imagen dolorosa de esas necesidades naturales, por lo cual prefiere dejar que su pensamiento se dirija libremente á la investigación y examen de lo que halaga los sentidos; y tampoco desdeña tal cual poética excursión al mundo ideal, hallándose por natura-

leza tanto menos inclinado á las cosas temporales, cuanto más amplia parte concede á las eternas. Esto último lo demuestran bien la historia de todos los pueblos, los numerosos descubrimientos y observaciones que nos han sido transmitidos; es también lo que hallamos comprobado hasta nuestros días en los pueblos todavía salvajes cuyo clima no sea duro en exceso, y en nuestros propios niños; es, igualmente, la sincera confesión de los adversarios del ideal, que nos lo demuestran así quejándose de serles más penoso aprender nombres y fechas que elevarse á lo que llaman la región vacía de las ideas, pudiendo asegurarse que más á gusto harían lo segundo que lo primero, si les fuese posible. A este carácter, naturalmente elevado, se sustituye artificialmente en nuestros días el carácter vulgar, en el cual aun el hombre saciado ve surgir el hambre de mañana y de todos los días futuros, único móvil que llena siempre su alma y la excita y la impulsa hacia adelante. Este resultado lo consigue el niño corrigiendo su ligereza natural, y el hombre maduro esforzándose por pasar plaza de prudente, título reservado á quien no pierde nunca de vista este objeto: de donde resulta que no hay en ello ninguna inclinación natural contra la cual sea preciso luchar, sino una mala dirección impuesta á la naturaleza por fuerza y contra su deseo, por lo cual desaparecerá si se deja de emplear la fuerza.

Esta educación que despierta directamente la actividad espiritual y personal del discípulo, produce, como hemos dicho antes, el conocimiento; y esto nos ofrece ocasión para distinguir con mayor claridad todavía la educación antigua de la moderna. La nueva educación trata desde luego de despertar la actividad espiritual propia del alumno, la cual, una vez despertada, seguirá desarrollándose por un movimiento regular y continuo en que el conocimiento se logrará por añadidura, como ya lo hemos advertido anteriormente. Mediante este conocimiento ha de ser, sin duda, concebida la imagen que realizará el alumno una vez llegado á la edad madura, y este

conocimiento es, á no dudarlo, un elemento esencial de la educación que debe darse al alumno; pero no cabe decir que la nueva educación tenga por fin directo la formación de este conocimiento, sino que lo logra por añadidura. Por el contrario, la educación antigua buscaba ante todo el conocimiento, y aun *tal* conocimiento concreto y en tal grado. Añadamos que hay una diferencia capital entre el conocimiento que suministra la nueva educación y el que buscaba la antigua. Aquella dará el conocimiento de las leyes que rigen toda posible manifestación de la actividad del espíritu humano; v. gr., si el discípulo imagina limitar un espacio por líneas rectas, entrará en ejercicio desde luego su actividad espiritual, y cuando en este ensayo advierta que no puede cerrarse un espacio dado con menos de tres líneas rectas, esta noción, aunque llegada en segundo término, será, no obstante, el producto de una actividad superior, la de la facultad de conocer, que dicta á la facultad libre, puesta en ejercicio antes, en qué límites debe moverse. Esta educación nos elevará, pues, de primera intención, á las nociones que dominan toda experiencia y son suprasensibles, absolutamente necesarias y universales, base de todos los conocimientos empíricos. Por el contrario, la educación antigua hablaba simplemente de las particularidades de las cosas, sin poder nunca dar la razón de ellas; por lo que era preciso creer y observar siempre de un modo completamente pasivo, mediante la memoria; y era imposible en estas condiciones deducir el espíritu, principio independiente y original de las cosas. No espere la moderna pedagogía librarse de esta acusación argumentando con el desprecio que afecta hacia la *nemotecnia,* y ostentando las obras maestras que elabora mediante el modo socrático; porque hace mucho tiempo que se le ha demostrado que esos razonamientos socráticos estaban puramente aprendidos de memoria, de una manera mecánica, y que semejante medio nemotécnico era tanto más peligroso, cuanto que producía en el discípulo que no piensa nada la ilusión de que piensa por sí mismo; y no podría ser de

otro modo, dados los materiales empleados en el desarrollo del pensamiento personal, debiendo haberse empleado para este fin materiales enteramente diferentes.—Mostrándosenos con este carácter la educación antigua, vamos á ver ahora por qué no aprendían los alumnos de buen grado, sino lentamente y lo menos posible; por qué, á falta de atractivos naturales en la enseñanza, era necesario recurrir á móviles extraños (castigos y recompensas) y por qué escapaban á la regla general algunas excepciones. Si se emplea aisladamente la memoria, en lugar de hacer de ella el instrumento del espíritu, se le convierte en cosa pasiva más bien que activa, y es fácil de comprender que el discípulo repugnase verse condenado á este papel pasivo. Se le enseñaban cosas sin que él hubiese puesto nada de su parte, y sin que pudiese sentir por ellas interés alguno, con lo que el conocimiento no era más que una recompensa mezquina del trabajo que se le había impuesto. De aquí que fuera preciso vencer su antipatía natural, confiándolo en que aquellos conocimientos le serían útiles en el porvenir, y afirmando también que sin ellos no era dado alcanzar ni pan ni honores, aparte de tener siempre á punto las recompensas y los castigos; con lo cual, el alumno no veía en la ciencia más que un medio para el bienestar material, y semejante educación, incapaz por su fin, como hemos visto antes, de desarrollar el verdadero sentimiento moral, tenía que sembrar y cultivar en el alumno la corrupción moral, necesaria para llegar á él, hallándose, pues, interesada en desarrollar esos sentimientos corruptores del temor de los castigos y la esperanza de las recompensas. Si por acaso algún talento natural se entregaba con placer al estudio en las escuelas antiguas, llegaba á dominar, gracias á este amor superior, la corrupción del medio ambiente, y conservaba en toda su pureza su inclinación natural; este talento hallaba en aquellos conocimientos un interés práctico, merced á un feliz instinto puramente natural, que le llevaba á obtener por sí mismo los conocimientos, en vez de recibirlos pasivamente. Examinemos, en efecto, las materias en que la

educación antigua lograba mejor éxito, por excepción, y veremos que eran, precisamente, las que se cultivaban de una manera más activa y personal, como, por ejemplo, ese idioma sabio en que todo fue creado, hasta la escritura y el modo de hablar; mientras que el otro idioma cuya escritura y sintaxis se habían transmitido por tradición, se aprendía superficialmente y muy mal, olvidándolo á menudo en la edad madura. Los resultados de la educación antigua mostrarían también que ese desarrollo de la actividad intelectual mediante la instrucción, es el único modo de hacer agradable la enseñanza, y de preparar el carácter para que reciba luego la cultura moral, al paso que la educación pasiva por la memoria paraliza y mata el conocimiento, á la vez que corrompe el sentido moral hasta lo más íntimo.

Volvamos ahora al discípulo de la nueva educación. Es evidente que, impulsado por este amor, extendiendo su actividad á todo y realizando inmediatamente en acto la noción adquirida, puede aprender muchas cosas sin olvidar ninguna. Esto es todavía, sin embargo, cosa secundaria. Más importante es la elevación que ese amor da á su persona, introduciéndola en un orden completamente nuevo de cosas, hasta ahora reservado tan sólo á algunos escogidos de Dios. El amor que le impulsa no reposa en modo alguno en un goce material, que sería para él un móvil inútil: reposa en la actividad de su espíritu y en la ley de esta actividad considerada en sí misma. Aunque esta actividad espiritual no moralice directamente, sino imprimiendo cierta orientación, aquel amor es, sin embargo, la forma universal de la voluntad moral, y este modo de cultivar el espíritu se convierte en preparación inmediata para la cultura moral, ó, á lo menos, destruye las raíces de la inmoralidad, no permitiendo nunca que los goces materiales se conviertan en móviles de nuestra conducta. Hasta ahora, esos móviles materiales venían siendo los que primeramente se cultivaban en el discípulo, porque no se concebía otro modo de formarlo y de influir sobre él; de donde resul-

taba que, cuando se pretendía luego desarrollar los móviles de orden moral, era ya demasiado tarde, hallándose lleno y ganado el corazón por un amor diferente. Por el contrario, la nueva educación empieza por formar desde luego una voluntad pura, á fin de que, si más tarde el egoismo renaciese bajo una influencia interior ó exterior, halle ya condicionado el carácter por otros móviles y sin lugar propio que ocupar.

Para el primero de estos fines, tanto como para el segundo, de que hablaremos bien pronto, es esencial que el discípulo permanezca sin interrupción, desde el principio al fin, bajo el dominio de la educación nueva, y que se le separe, por tanto, de la comunidad, sin conservar ningún punto de contacto con ella, porque nunca debe oir decir á su alrededor que sea posible reglamentar la vida ni determinar sus condiciones en vista del bienestar material, ni que la instrucción se dé con este objeto. No se debe desarrollar su espíritu sino de la manera antes indicada, y este método lo debe dominar entera y exclusivamente, sin mezclar para nada el otro, que necesita apoyarse en el interés material.

Sin duda, esta cultura intelectual impide que nazca el egoismo y suministra la forma de una voluntad moral, pero todavía no es la propia voluntad moral, y si la educación que nos proponemos no hubiera de conseguir nada más, sólo produciría sabios excelentes, como de antiguo, y nuestra nación no es de sabios de lo que necesita ahora: porque hombres tales no podrían, como no lo pudieron los antiguos, realizar nuestro fin humanitario y nacional, no siendo capaces sino de entregarse á inacabables exhortaciones y, en todo caso, de asombrarse ó de regañar. Pero es evidente que, según lo dicho antes, esa libre actividad del espíritu ha sido desarrollada para que el alumno la emplee en formarse libremente una imagen de orden moral en la vida real, se ligue á esa imagen mediante el amor que en él se produce, y se sienta impulsado por este amor á realizarla en su propia vida. Cabe ahora pre-

guntar: ¿cómo la nueva educación podrá estar segura de que ha alcanzado en su discípulo ese fin supremo?

Ante todo, es evidente que la actividad intelectual del discípulo, una vez ejercitada sobre otros objetos, deberá ser excitada á que se forme una imagen del orden social humano tal como debe ser conforme á las leyes de la razón. Si esta imagen formada por el discípulo es ó no exacta, sólo puede decirlo una educación que posea esa verdadera imagen, y sólo ella puede también decidir si la referida imagen ha sido formada por la actividad personal del alumno y no recibida pasivamente del exterior, como todo lo que se aprende y se repite de buena fe en la escuela, y hasta podrá decir si la imagen posee el grado conveniente de claridad y vivacidad. Todo eso lo podrá juzgar la educación aludida, como ya lo ha hecho en otros casos, porque todo ello pertenece al conocimiento y no sale, por tanto, de su dominio propio. Pero totalmente distinta y más elevada es la cuestión de saber si el discípulo llegará á amar de tal modo este orden de cosas, que, una vez libre y abandonado á sí mismo, sólo á ellas podrá querer, y trabaje con todas sus fuerzas por su sostenimiento y su progreso. A semejante cuestión, sin duda, no puede responderse con palabras ni con pruebas verbales, sino con hechos.

La solución que yo doy al problema planteado por estas consideraciones, consiste en que los discípulos de la nueva educación, separados de la sociedad de los hombres ya formados, constituirán entre sí una reducida comunidad independiente que tendrá su organización claramente definida, fundada en la naturaleza de las cosas y en las leyes de la razón. La imagen del orden social, á cuya realización deberá aplicar el discípulo su espíritu, será precisamente la de esa comunidad en que ha de vivir; y se verá forzado, por una íntima necesidad, á realizar punto por punto, en su nueva existencia, la imagen del orden que tuvo presente cuando era discípulo, y á comprenderla en todas sus partes y en la rigurosa necesidad de sus elementos constitutivos. Esto es, al principio, obra exclu-

siva del conocimiento. En este orden social, cada cual deberá dejar á un lado, en gracia al bien general, muchas cosas que hubiera podido hacer caso de hallarse solo; y por esto, la legislación y la enseñanza á ella referente deberán pintar á cada discípulo todos sus conciudadanos como animados de un amor por el orden llevado hasta el ideal. Quizá ninguno lo posea en este grado, pero todos deberían sentirlo así. La penalidad alcanzará, en consecuencia, un alto grado de severidad, reprimiendo enérgicamente las omisiones; y como quiera que es necesaria una sanción para asegurar el mantenimiento de la comunidad, tales faltas se evitarán por temor de un castigo siempre dispuesto á ejecutarse, y la penalidad no admitirá ni excepción ni templanza alguna. Esto no causará perjuicio alguno en la moralidad del discípulo, porque semejante temor no obra como móvil de manera que sea él quien impulse á realizar el bien, sino que, simplemente, apartará del mal. Será, preciso por de contado, dar á entender que quien necesite todavía del estímulo de la penalidad ó de ejemplos capaces de recordárselo, se halla por esto mismo en un grado inferior de cultura. Confieso, no obstante, que á menudo no será posible saber si la obediencia procede del amor al orden establecido ó del temor del castigo, y, en este caso, el alumno no podrá mostrar con franqueza su buena voluntad, y la educación será incapaz de medirla.

Pero esa inspección será posible en una institución organizada de tal modo, que el discípulo, no sólo deba abstenerse de todo lo que sea contrario á los intereses de la comunidad, sino que haya también de trabajar y obrar para ella. Aparte del desarrollo de sus fuerzas espirituales, el discípulo ejercerá sus fuerzas físicas mediante el trabajo mecánico del campo, idealizado en cierto modo, ó por otros trabajos de índole análoga. La institución tendrá, pues, como regla fundamental, el imponer al discípulo, una vez se especialice en uno de estos oficios, la obligación de ayudar á que se instruyan los otros y de encargarse de inspecciones y exámenes suplementarios. Aquel

que hiciere un descubrimiento ó comprendiese mejor y antes que los otros cualquier mejora propuesta por el maestro, deberá dedicarse á realizarla, sin dispensarse por ello de sus trabajos personales, de su lección ó de su trabajo mecánico. Constituirá otra de las reglas fundamentales, que todos se sometan de buen grado á estos trabajos extraordinarios, sin ser compelidos á ello, y quien no quiera hacerlos quedará siempre en libertad para rehuirlos; pero nadie, por de contado, deberá esperar recompensa alguna por ellos, puesto que todos son iguales en punto al trabajo y al goce. Ni siquiera deberá esperar el discípulo que se le alabe, puesto que todos los que forman parte de la comunidad deben creer que al obrar así no hacen más que pagar una deuda, y que la recompensa se halla en el placer de obrar y de trabajar por la sociedad y de alcanzar el fin perseguido, si la ocasión es propicia. Cuanto más hábil sea ó más se haya esforzado para serlo, tanto más deberá trabajar en el porvenir; el alumno aventajado tendrá, pues, á menudo que velar cuando los otros duerman y reflexionar cuando jueguen.

Algunos discípulos comprenderán esto perfecta y claramente, y seguirán aceptando, después de los primeros trabajos, todos los que les sigan, cada vez más penosos, haciéndolo así con alegría y de modo que se conquisten una confianza absoluta; permanecerán firmes en el sentimiento de su fuerza y de su actividad, y continuarán fortificándose cada día más en ellas. A estos, la nueva educación podrá lanzarlos tranquilamente al mundo, habiendo conseguido respecto de ellos su fin, encendiendo en ellos el amor al bien, que arrojará su luz hasta en los más íntimos rincones de su existencia, alcanzando, sin excepción, á todo lo que concierne á la vida real; estos hombres, una vez transportados á la sociedad, no sabrían portarse en ella de modo diferente á como se habían portado en su limitada comunidad escolar.

Tal será el alumno perfecto para los servicios inmediatos que el mundo puede luego reclamarle, y en él está logrado lo

que la educación le exigiera en nombre del mundo. Pero todavía no posee de un modo perfecto, en él mismo y para él, lo que para sí propio puede pedir á la educación. Sólo cuando logre esto será capaz de satisfacer lo que, desde un punto de vista más elevado, podrá exigirle la sociedad en ciertas circunstancias.

***

CONTINÚA LA DESCRIPCIÓN DE LA EDUCACIÓN NUEVA

De conformidad con lo dicho en el discurso anterior, la nueva educación será, pues, esencialmente, el arte razonado é infalible de formar al alumno en una moral pura. En una moral pura, digo: la moral producida por la nueva educación, es algo independiente, autónomo, que vive con vida propia merced á sus peculiares fuerzas, y no se halla, como la *legalidad,* encadenada é infeudada á otro móvil moral que trata de satisfacer. Es, he añadido, el arte razonado é infalible de lograr esta formación moral. No camina á ciegas, á la ventura, sino que la guía una regla de conducta firmísima, que hace seguro el resultado. Su discípulo, instrumento seguro, marcha en el momento preciso, no puede seguir otro camino que el que le ha sido señalado, no necesita de ajeno socorro, y progresa por sí mismo, conforme á sus propias leyes, á la vez que su voluntad.

Sin duda, esta educación forma al propio tiempo el espíritu del discípulo; y esta formación espiritual constituye en rigor su primera preocupación. Pero no es este desarrollo espiritual su fin principal ni fundamental, sino tan sólo el medio indispensable para obtener la formación moral del discípulo. Mas, aunque haya sido buscada como simple medio, esta cul-

tura intelectual quedará para siempre en poder del alumno, y constituirá la llama inextinguible de su amor moral. Sean los conocimientos logrados por esta educación numerosos ó escasos, el discípulo ganará siempre con ellos una disposición de espíritu que durante toda su vida aspirará á adquirir todas las verdades que le sean necesarias, y será capaz de transmitirlas á otros, como de adquirirlas por su propia reflexión, sin límite alguno.

Aquí llegábamos en el precedente discurso en lo que se refiere á la pintura de la nueva educación. En el final de él, hacíamos notar que quedaba por resolver otro problema, y éste es el que vamos á examinar ahora.

El discípulo de esta nueva educación no será únicamente miembro de la sociedad humana en esta tierra y durante los pocos años de vida que le fueren concedidos, sino que formará también un anillo en la eterna cadena de la vida suprasensible, de un orden social superior.

La pedagogía que se ha propuesto como fin desarrollar la naturaleza entera del alumno, deberá también abrirle acceso á ese orden social superior, teniendo en cuenta, por otra parte, que le ha llevado á formarse mediante su propia actividad personal una imagen de ese orden moral, que, sin llegar nunca á término, está siempre en camino de realización; y debe llevarle igualmente á desarrollar en su pensamiento, mediante aquella misma actividad personal, una imagen de ese orden suprasensible en que todo, en vez de evolucionar, es eternamente como es; y esto de tal modo, que el discípulo comprenda en sí mismo y vea claramente que no puede ser de modo distinto. Colocado así en el camino recto, alcanzará sus fines buscando ese ideal, y verá entonces que nada existe realmente fuera de esa vida espiritual que alienta en su pensamiento, y que todo lo demás es pura apariencia; y comprenderá en las profundidades de su pensamiento, aunque de una manera enteramente general, la razón de esta apariencia. Comprenderá luego también que esta vida espiritual, única verdadera,

permanece una enmedio de los distintos aspectos que reviste, no al azar, sino en virtud de una ley cuya raiz está en Dios mismo: es la misma vida divina, única que existe realmente y puede exteriorizarse en el pensamiento vivo. Así aprenderá á considerar siempre su vida como un anillo eterno en la cadena de las manifestaciones de la vida suprema, y toda otra vida espiritual se le mostrará de igual modo, y aprenderá á considerarlas todas como sagradas. Sólo ese contacto íntimo con la Divinidad, y el hecho de que su vida emana directamente de la vida divina, podrán asegurarle la vida, la luz y la felicidad. Si se aleja de ella ó se le interponen intermediarios, sobrevendrán la muerte, la obscuridad, la desgracia; en una palabra, esta cultura le conducirá á esa idea religiosa que coloca la fuente de nuestra vida en Dios y debe dominar en nuestra época (1).

. . . . . .

. . . . . .

Esta educación no se nos muestra, pues, simplemente como el arte de formar al discípulo en la sana moral, según he dicho al comienzo del presente discurso, sino más bien como el arte de elevar al hombre entero, completa y absolutamente, á la dignidad humana. A este propósito, debemos considerar dos cosas fundamentales: en primer término, por lo que toca á la forma, es el hombre vivo, y no una simple sombra ó esquema de hombre, lo que deberá cultivarse hasta las raíces mismas de esa vida; y luego, por lo que se refiere al contenido de esa forma, todas las partes esenciales del hombre deberán ser cultivadas en igual grado y sin excepción alguna. Estas partes son la razón y la voluntad, y la nueva educación deberá hacer á la primera clara, y á la segunda pura. A este propósito plantéanse dos cuestiones fundamentales: la primera consiste en averiguar qué es lo que quiere la volun-

(1) Siguen en el original algunos párrafos que se ha creído conveniente suprimir en esta edición.

tad pura y por qué medios lo puede obtener; y la respuesta que se dé á esta cuestión, determinará cuáles hayan de ser los demás conocimientos que se den al discípulo; la segunda, pregunta en qué consiste el principio y la esencia de la voluntad pura; y esta voluntad, pura en su principio y en su esencia, es lo que determina el conocimiento religioso.

La nueva educación persigue la solución de esos problemas hasta en sus últimas consecuencias para la vida real, y no descuida ningún detalle en ningún individuo, porque todos los ciudadanos deben ser hombres; pero lo que cada cual sea luego, el lugar que pueda ocupar en el mundo, la forma que en él tomará y conservará la humanidad, de que es él uno de los representantes, estas son cosas que la educación general no puede prever ni le importan, porque caen fuera de su círculo de acción. Paso ahora á considerar la aserción indicada más arriba, ó sea á demostrar que el discípulo de la nueva educación no poseerá ningún conocimiento muerto, y en este punto sintetizaré también todo lo que he de decir mediante las siguientes proposiciones:

1.ª Sabemos ya que existen dos clases de hombres absolutamente diferentes y opuestos desde el punto de vista de la cultura. Pero digamos ante todo que el hombre, cualquiera que sea la clase á que pertenezca, realiza siempre su vida conforme á un mismo móvil. Sea dicho de pasada, la comprensión de este móvil, y su expresión en nociones, producen el mundo, sin que exista otro que el engendrado así en ese pensamiento necesario y sin libertad. Ese móvil, que debe siempre traducirse en conciencia, en lo cual ambas clases son iguales, puede ser de dos maneras, conforme á los dos modos de ser fundamentales de la conciencia misma; y mediante esta traducción y aquella comprensión, las dos clases indicadas difieren una de otra, puesto que, según pertenezca á la primera ó á la segunda, el hombre obra diferentemente, aunque el móvil sea siempre el mismo.

El primer momento en el desarrollo de la conciencia, es el

del sentimiento obscuro. En este grado de sentimiento, el individuo no tiene otro móvil de sus acciones que el amor de sí propio, presentándose ante él su personalidad como deseosa de vivir y de hallarse bien. De aquí resulta el egoismo material, que se convierte en el móvil efectivo y la fuerza directriz de la vida, para la cual se ha traducido así la tendencia primitiva. Mientras que el hombre se considere á sí propio desde este punto de vista, obrará egoistamente, sin poder producirse de otro modo, por persistir en él siempre este egoismo, idéntico y pronto á obrar en todo instante. A veces, y sólo por excepción muy rara, podrá este sentimiento obscuro, excediendo al yo personal, entrever una aspiración hacia otro orden de cosas, vislumbrado confusamente. Entonces aparece la vida que hemos descrito repetidamente en otra ocasión, ó sea la que ciertas ideas obscuras, que no dejan por esto de ser tales ideas, elevan por encima del egoismo, y en la cual la razón actúa como un instinto. Y esto es lo que caracteriza á la primera clase de hombres, entregada á sus propias fuerzas, sin la ayuda de la educación.

El segundo momento en el desarrollo de la conciencia se caracteriza por el conocimiento claro, que por sí solo no se desarrolla, necesitando una buena educación de las tendencias naturales del hombre. Este conocimiento claro, que refleja nuestras tendencias naturales, no deja en manera alguna al discípulo frío é inerte, porque le presenta un objeto al cual ama por encima de todo, ya que en él se traduce el amor original de sí propio. Cualquier otro conocimiento que tradujese una inclinación extraña, dejaría frío al discípulo; pero el conocimiento claro se apodera de quien lo posee y se hace amar por él. Las dos mencionadas clases de hombres hállanse gobernadas por el amor original del sujeto á sí propio, aunque bajo formas diferentes, pues en la una el hombre está dirigido por un sentimiento obscuro, y en la otra por el conocimiento claro, el cual puede determinar todos los actos de nuestra vida, cabiendo que nos apoyemos en ella con toda confianza,

según más arriba hemos dicho. Cuando el hombre ve clara é inmediatamente que no puede ser de otro modo, esta convicción despierta en él aquel amor de tal manera, que nunca se desarrollará el conocimiento sin el amor, ni el amor sin ir acompañado del conocimiento claro; porque, de ser de otro modo, tendríamos el sentimiento obscuro de que ya hemos hablado; por tanto, lo que la nueva educación forma en todo momento, es el hombre completo, en su unidad. Este hombre así formado, como un todo indiviso, permanecerá tal siempre, y cada conocimiento que adquiera se convertirá para él en móvil de actos de la vida real.

2.ª En lugar del sentimiento obscuro, el conocimiento claro se convierte en el principio fundamental y el punto de partida de toda nuestra vida, quedando suprimido el egoismo y detenido su desarrollo. El sentimiento obscuro era lo que presentaba al hombre su personalidad como una cosa que tiene deseo del placer y temor del dolor, mientras que el conocimiento claro se le presenta como parte de un orden moral, y le comunica, con respecto á ese orden, un amor que va creciendo á medida que se desarrolla esta noción. La nueva educación se ha desembarazado, pues, del egoismo, puesto que su claridad ha destruido hasta las raíces de él, ó sea el sentimiento obscuro; en adelante, ni lo combatirá, ni lo alentará, porque ignorará su existencia. Pero, si más tarde quisiera reaparecer este egoismo, hallaría ya ocupado el corazón por un amor mucho más elevado, que le cortaría el paso.

3.ª Ahora bien; esta tendencia fundamental del hombre, traducida así en conocimiento claro, no se encerrará ya en el mundo existente, que es preciso aceptar pasivamente tal como es, sin prestar nada á la actividad creadora; pero tratatará, impulsada por el conocimiento claro, de realizar un mundo ideal eternamente futuro. La vida divina, que se halla en el fondo de todas las cosas, no se manifiesta ni aparece jamás en contornos definidos, sino como algo que se realiza progresivamente, sin interrupción y eternamente, de tal modo, que

esta vida divina no se manifestará jamás bajo la forma de un ser definido, de líneas determinadas, sino siempre bajo forma de vida, en perpetuo progreso. El fenómeno y la manifestación inmediata de Dios, es ese amor que, traducido al principio por el conocimiento, coloca á ese ser en perpetuo devenir, es el único mundo real, hasta donde un mundo puede serlo. El mundo visible, que creemos real, no es más que la sombra y el esquema de que saca el conocimiento una forma definida y un cuerpo visible, y este segundo mundo no nos sirve sino para discernir el otro más elevado, invisible en sí. En este mundo superior, Dios no se presenta jamás inmediatamente, sino á través de un deseo puro, inmutable y no preciso, que es la única manifestación exterior é inmediata de la Divinidad. A este deseo se aproxima el conocimiento claro, que crea una imagen con la cual revestirá el objeto que desea, invisible por sí. Jamás se ve satisfecho el deseo, sino que impulsa siempre á buscar una forma más perfecta; y de este modo, aunque uno en sí, y por consecuencia absolutamente incapaz de progreso infinito, se convierte, mediante esas relaciones perpetuas con el conocimiento claro, en infinito y eterno como éste. La imagen educida del conocimiento, tomada por sí misma y sin relación ninguna con el amor, constituye el mundo presente, ó la Naturaleza. Creer que Dios se manifiesta en la Naturaleza inmediatamente y no mediante los intermediarios indicados, es dar prueba de tener un espíritu obscurecido, ó una voluntad no purificada.

4.ª El conocimiento claro excederá, pues, al sentimiento obscuro en punto á la dirección de la vida, pero esto sólo podrá conseguirse mediante un arte razonado de educar á los hombres, tal como todavía no se ha usado entre nosotros. Esta última traducción de la tendencia natural del hombre, será, pues, el punto de partida de la formación de una clase nueva de hombres, y de este modo la nueva educación creará un pueblo nuevo. La humanidad deberá entonces amoldarse por sí misma á esas nuevas ideas, porque la raza actual sólo existe

para el porvenir; y el único medio para lograr esto es el conocimiento claro, única luz común, que libremente participada por todos, produce la unidad en el mundo de los espíritus, es como el aire que ellos respiran. Hasta ahora, la humanidad llegaba hasta donde podía, pero este desarrollo confiado al azar hoy día ya no es posible; su inutilidad ha quedado demostrada, puesto que la humanidad nada ha producido merced á él, incluso donde mayor desarrollo hubo de lograr. Si la humanidad quiere salir de ese «nada», será preciso que se forme por sí misma para todo lo que haya de ser en lo futuro. El destino verdadero de la raza humana en la tierra, como ya dije al comienzo de las lecciones de que son continuación estos discursos (1), consiste en desarrollar libremente lo que ella es de por sí, original y personalmente. Esta manera de formarse por sí misma con reflexión y conforme á una regla segura, debe comenzar algún día en alguna parte; en un tiempo y en un lugar dado, sucederá al primer período del desarrollo fatal, otro de desarrollo racional y libre. Nosotros creemos, por lo que toca al tiempo, que el momento ha llegado, hallándose la humanidad en la mitad de su vida, entre esas dos épocas fundamentales; y por lo que se refiere al lugar, creemos que corresponde á los alemanes el inaugurar el nuevo período, anticipándose á los otros pueblos y trazándoles el camino.

5.ª Sin embargo, esta nueva creación no sustituirá á la anterior de una manera brusca, sino que, particularmente para los alemanes, no será más que la continuación natural y verdadera del tiempo pasado. Todo el mundo está conforme, creo, en que el gran esfuerzo de nuestra época consiste en sustituir el conocimiento claro á los sentimientos obscuros. Este esfuerzo ha servido para mostrar perfectamente el vacío de los tiempos pasados. Pero es necesario no detenerse en este deseo de claridad y descansar en él nuevamente, como en el sentimiento obscuro; sino que es preciso, por el contrario,

(1) Se refiere á las lecciones sobre los *Caracteres de la época actual.*

desarrollar todavía más ese deseo y conducirlo á un grado superior, de tal manera, que después de darse cuenta de la nada, podamos ver la verdad viva, fuente de toda realidad. El mundo del sentimiento obscuro, el mundo del ser egoista y limitado, ha desaparecido y no debe reaparecer de nuevo: sino que el mundo de la claridad original, el mundo que hay que educir sin cesar de la idea por un progreso eterno, debe brillar y mostrársenos en todo su esplendor.

Seguramente, el anuncio profético de esta nueva vida asombraría á nuestra época, que apenas se atrevería á confiar en semejantes promesas si se limitara á considerar tan sólo el abismo enorme que hay entre sus opiniones antiguas y los caracteres de esta nueva época; tan grande es, en efecto, la diferencia que existe entre la educación nueva y la antigua. No quiero hablar de la de las clases superiores, la peor de todas, evidentemente, por completo muda en lo que se refiere al mundo suprasensible, y que únicamente se esforzaba por dar alguna habilidad en lo tocante á las cosas del mundo material; sino tan sólo de la educación popular, que pudiera llamarse, aunque en un sentido restringido, educación nacional, y que no guardaba, como aquella, un silencio absoluto sobre el mundo suprasensible. ¿Cuáles eran las doctrinas de esa educación? El principio fundamental que hallamos en nuestra nueva educación, es que existe en nosotros cierta complacencia pura en hacer el bien, y que esa complacencia puede desarrollarse en grado tal que le sea ya imposible al hombre abandonar el bien que conoce para preferir el mal; mientras que, por el contrario, la educación antigua creía, y enseñaba á sus alumnos desde la primera juventud, que el hombre siente una antipatía natural hacia la ley de Dios (1), y que le es imposible observarla completamente. Semejante educación, si se toma en serio y se le concede fe, no puede producir más que un resultado: que cada cual se abandone al impulso de su

(1) Literalmente «los mandamientos de Dios» *(Gottes Gebotes)*.

naturaleza, no pudiendo cambiarla sin realizar lo que de antemano se le dice ser imposible, y sin esforzarse por ser mejor de lo que es; todavía más: llegando á complacerse en la bajeza natural que se supone en el hombre, complaciéndose en su pecabilidad radical y su maldad ingénita, que lo excusan ante Dios y ante los hombres: y en esta situación, si escucha afirmaciones como las nuestras, ¿cómo no ha de pensar que se están burlando cruelmente de él, puesto que en el fondo de sí propio no ve ni toca con el dedo sino lo contrario de lo que ahora se le dice? En lugar de esto, adoptemos un conocimiento independiente que sirva más bien, por el contrario, á descubrir la verdadera ley; sepamos inculcarla en todos los niños, desde el comienzo de su vida, y mantenerlos bajo el dominio de ella; consideremos la marcha histórica de las cosas como lo accesorio, y dejemos que los mejores discípulos de la educación antigua digan que no existen conocimientos *à priori* y que quisieran ellos saber cómo puede conocerse algo fuera de la experiencia.

Para suprimir el mundo suprasensible y *à priori,* incluso en aquellos órdenes en que no parecía ser de temer; para impedir que la actividad personal del espíritu entreviese la posibilidad de un conocimiento de Dios y la de Dios mismo, y para conseguir que reinase sobre todos y para todo el mismo abandono pasivo, la educación antigua imaginó el atrevido medio de considerar la existencia de Dios como un hecho histórico, cuya verdad se demuestra por un *consensus* de testimonios.

He aquí la situación en que nos hallamos hoy día; pero nuestra época no debe desesperar de sus propias fuerzas. Estos hechos y otros análogos no son sino las flores ó los frutos de la vegetación de los tiempos pasados. Permita nuestra época que se ingerte en ella una nueva rama más fuerte y más noble, y la vieja caerá por sí misma, y con ella todas sus flores y sus frutos, faltos de nutrición suficiente. Entre tanto, nuestra época no puede creer todavía nuestras palabras, y no las

acepta sino como leyendas. No queremos esta fe ciega; tan sólo pedimos espacio para crear y obrar. Ya se verá, y se podrá creer luego por experiencia propia.

Por ejemplo: todo hombre familiarizado con la historia de los tiempos pasados, habrá notado ya que no hemos hecho otra cosa que repetir aquí los principios predicados desde sus orígenes por nuestra moderna filosofía, que continúa predicándolos, porque no sabría hacer otra cosa. Es bien claro que todas estas predicaciones infructuosas se han perdido en el vacío. Sobre los seres vivos sólo pueden influir cosas vivas; nuestra época vive fuera de esta filosofía, que da vueltas sin cesar en un círculo de ideas todavía desconocidas para nuestro tiempo, y acude á órganos que los hombres de ahora no poseen todavía. Esta filosofía no ha adquirido aún derecho de ciudadanía en este siglo, respecto del cual es sin duda prematura, constituyendo una manera de vivir preparada antes de ahora para una raza que aún no existe. Debe renunciar á conseguir la educación de sus contemporáneos; pero si desea obrar en vez de esperar, dedíquese á formar por sí misma la raza á que pertenece. Una vez cumplida esta primera tarea, esa raza comprenderá la filosofía. La educación anteriormente descrita está precisamente hecha para ella; puede convertirse en la dispensadora de semejante educación, anticipándose al momento en que será comprendida y aceptada. Vendrá sin duda un momento en que será comprendida y aceptada con gozo; y por esto, nuestro siglo no debe desesperar de sus propias fuerzas.

Escuche nuestro tiempo la visión de un antiguo profeta acerca de una situación no menos desastrosa que la presente. Así decía el profeta junto al río Chebar, consolando á sus compatriotas prisioneros lejos de su patria, enmedio de una nación extranjera: «La mano del Señor se apoyó sobre mí y me condujo á un vasto campo lleno de osamentas; hízome recorrer todos sus contornos y apreciar la cantidad enorme de huesos que allí había y el grado de sequedad á que habían llegado.» Y el Señor me dijo: «Hijo de hombre, ¿crees tú

que esos huesos pueden volver á la vida?» Y yo respondí: «Señor, esto Vos sólo lo sabéis.» Y él me dijo: «Profetiza á esos huesos y diles: Huesos blanqueados, escuchad la palabra del Señor que os dice: Yo quiero reuniros de nuevo por los tendones y ligamentos. Yo quiero permitir que nazcan otra vez músculos sobre vosotros; quiero recubrirlos luego de piel; quiero animarlos con un soplo á fin de que vivais de nuevo y sepais que yo soy vuestro amo.» Y yo profeticé como me había sido ordenado. Entonces ví que se levantaba un gran viento; todo se agitaba, los huesos se juntaban unos con otros, cada uno en su sitio; recubríanse de músculos y de venas; luego la piel les formaba una nueva envoltura, pero el soplo todavía no se manifestaba en ellos. Y el Señor me dijo: «Profetiza al viento, hijo del hombre, y dile: «El Señor me dice: Viento, acude de los cuatro ángulos del universo y sopla sobre estos cadáveres para que de nuevo vivan.» Y yo profeticé según este mandato. «El soplo volvió á aquellos cadáveres y de nuevo les animó la vida: levantáronse sobre sus piernas y hubo una gran muchedumbre.» Permitid vosotros también que se reunan los elementos de nuestra vida espiritual y superior, estos elementos tan secos, esos lazos de nuestra unidad nacional tan separados y dispersos en un horrible desorden, como los huesos de que habla el profeta, esos huesos blanqueados y secos merced á muchos siglos de lluvia, de tormentas, de calores excesivos,—el soplo vivificante del espíritu no se ha extinguido todavía El reanimará los huesos de nuestro cuerpo nacional y le infundirá una nueva y majestuosa existencia.

JUAN T. FICHTE.

POETAS AMERICANOS

EL FIN DE SATÁN

(A Gaspar Núñez de Arce).

La noche de los siglos envolvía
En su mortaja negra, el palpitante
Cadáver de la Tierra: ¡un siglo haría!
¡Un siglo nada más! ¡sólo un instante!
A las plantas de Dios, el caos profundo
Sin presente, pasado, ni mañana;
Ante Dios el cadáver de ese mundo,
Y entre él y el mundo la conciencia humana.
Ya Dios había, como juez eterno,
Vibrado la palabra postrimera,
Y en el fuego elocuente del infierno
Sentía ya la turba pecadora
La desesperación de su ceguera,
Sin fe de sol, ni caridad de aurora.
¡Todo estaba acabado!
Volvió Dios su magnífico semblante
Hacia el cielo distante,
Y lo mostró á los héroes del pecado,

Que firmes á los vicios tentadores
Se mantuvieron á su diestro lado,
Como si fueran las electas flores
Del árbol de Jesús crucificado.
Y luego el cielo abrióse; pero antes
De entrar en él los buenos, como buenos
Que eran al fin, oyeron los distantes
Alaridos de horror, ayes de truenos,
Con que hablaban á Dios los pecadores
Desde el infierno, donde el alma era
Amartillado yunque de dolores,
La idea, noche, y el deseo, hoguera.
¿Qué inefable inquietud púsoles freno,
Les detuvo en mitad de su victoria,
Les hizo vacilar? ¡Cómo! ¿Era el bueno,
El que les iba á dispensar la gloria,
El que les daba cumbre á la esperanza
Y les ceñía aureolas de ventura,
El mismo que, con hambre de venganza
Devoraba á su propia criatura?
—«¡Tened piedad, Señor; piedad con ellos!
Si esta alma es como vos, su alma es como esta:
Su sombra, ¿opacará vuestros destellos?
¡Entonces, perdononadlos sin tardanza
Para que así sus voces de protesta
No turben vuestras voces de alabanza!»
Y el buen Dios dijo:—«Sí».—Mas luz que el grito
Del *fiat* fiel, al comenzar los mundos,
Prodigó ese perdón en lo infinito.
Irradiaron los cóncavos profundos;
Se iluminaron las esferas vivas,
Y de la ciega noche en el desierto
Saltaron las estrellas pensativas
Y se inclinaron ante el mundo muerto.
Entonces pensó Dios, y fue—¡qué hermoso

Pensamiento el de Dios!—romper la fiera
Condena de Satán. Sí; que volviera
A su lado también, él, victorioso,
Redimido y feliz; lo mismo que antes
De la caída lóbrega, lo mismo
Que cuando acarició las delirantes
Ambiciones rebeldes del abismo.
Tenía Dios que ser mejor que el hombre:
El hombre intercedía por su hermano;
¿Cómo iba el Bueno á desmentir su nombre?
Dios quiso perdonar, porque en su mano
Sentaban mal los rayos del castigo,
Dignos sólo del Júpiter pagano,
Y pensó en perdonar á su enemigo.
Cual surge con estrépito de trueno
De entre la nube el rayo tempestuoso,
Aparece Satán; se alza ante el Bueno
A la boca del antro. Está sereno;
Casi puede pensarse que está hermoso.
Vuelto Satán á su primer figura,
Luz agregara al celestial palacio;
Satán, el predilecto de la altura,
Viril encarnación de la hermosura,
Con un alma más grande que el espacio.
¿Cómo Dios pudo condenarle á tanto?
¿Cómo impuso tan bárbara cadena
A su ángel más querido? Seco el llanto,
Árido el corazón, mudo el quebranto,
Satán sufrió, con la rebelde gloria
De un reo superior á su condena,
De un héroe superior á la victoria.
¡Ah! Siempre Dios es bueno. Le perdona
Al sucumbir la tierra. Satán siente
Del peso abrumador de su corona,
Por fin, ya libre la orgullosa frente.

Y Dios es bueno así: que en Él se encierra
Del cristiano perdón la eterna fuente.
¡Al fin, Satán su bárbaro tormento
Sufrió toda la vida de la tierra!
Pero toda esa vida ¡fue un momento!
«¡Ha llegado—le dice Dios—el día
En que abandones tu mansión sombría
Y vuelvas á mi lado,
Si es que te hallas, al fin, purificado,
Si es que te sientes ángel todavía!
Pero antes dí, Satán; dime: ¿qué has hecho
Que pudiera valerte ante mis ojos?
¡Yo mismo he disipado mis enojos;
Tú provoca mi amor!»—«Tengo derecho
A tu amor si amas al linaje humano,
Porque yo fuí, Señor—Satán exclama—
El que le hice pecar, pero no en vano;
El que le enseñó á amar, ¡por mí es que ama!
El que la fruta le brindé prohibida,
Y le encendí la misteriosa llama
Que le alumbró las sendas de la vida!
¡Por mí es grande! ¡Por mí buscó la esencia
Del eterno poder! Mío fue el grito
Que le empujó con rumbo al infinito
Sobre los huracanes de la Ciencia!»
—«¡Basta!—díjole Dios.—Tienes derecho
A mi amor otra vez, estás salvado;
Pues si perdono al hombre porque ha amado,
¡Yo te perdono porque amar le has hecho!»
Satán no le escuchó. Fijos los ojos
En el cadáver de la tierra, hablaba
Y hablaba sin cesar. Ni un solo punto
Le interrumpió. Los últimos despojos
Del planeta difunto
Se estremecían, mientras él gritaba.

—«¡Basta!»—repitió Dios.—Satán seguía,
Y Dios le reprendió breves instantes.
Al golpe de los verbos fulgurantes,
Raro placer el réprobo sentía,
Como si le apedreasen con diamantes.
—«¡Basta!»—concluyó Dios.—Satán entonces
Cesó de hablar, y de su voz los ecos
Vibraron cual las lenguas de los bronces
De los abismos por los sordos huecos.
Y vió á Dios y lloró. Fue en tiempo largo.
Lloró, lloró, y llorando, de rodillas
Cayó ante Dios, y fue un torrente amargo
El que se despeñó de sus mejillas.
De súbito, fijando la mirada
En la humana conciencia, que se erguía
A la diestra de Dios, sin decir nada,
Muda, impasible, indiferente y fría,
Lanzó una atronadora carcajada.
—«¿Por qué ríes así?»—Dios le interroga,
Y él dice:—«¡Es que sufro todavía!»—
Y lo pregona en la extensión sombría
Con voz de carcajada que se ahoga.
Al fin, entonces, la conciencia humana,
Avanzando hacia él, quizás con miedo,
Probó á atraerle; pero, siempre vana
En su misma bondad, dijo:—«No puedo.»
Y Satán se rió con mayor gana.
Dios, entonces, llamóle nuevamente,
Y, enseñándole el cielo prometido,
Le transformó en el ángel, y en la frente
Le estampó un beso de perdón y olvido.
Pero Satán, ya de ángel, á la puerta
Del mismo cielo, al verse redimido,
Pobló otra vez con espantoso ruido
De carcajadas la extensión desierta,

Cual rompiendo en un trueno hecho un quejido.
Dios atrájole á sí; pero en su espanto
Él se escapó, y huyó despavorido,
Como una sombra al resplandor de un foco.
Dios vertió entonces generoso llanto:
¡Tanto había sufrido, tanto, tanto,
Que el pobre Satanás se volvió loco!

José S. Chocano.

Lima (Perú) 20 de Marzo de 1899.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.=Literatura: León Tolstoi.=Enseñanza y educación: La enseñanza universitaria en el Japón.=Viajes: La ciudad santa de la India.=Psicología colectiva: La opinión pública.—La tristeza contemporánea.=Impresiones y notas: Duración de la vida humana.—La literatura española en Dinamarca.—Una mujer valiente.—Notas sobre la vida de Alfonso Daudet.—Thiers y Gambetta.—Rudyard Kipling.—Un catálogo monstruo.—Lamennais y la golondrina.

LITERATURA

León Tolstoi.—Las Revistas más importantes del mundo entero siguen fijando su atención en el gran novelista ruso, y cuantas á la vista tenemos, la *Nuova Antologia,* como la *Rivista Moderna,* de Italia; la *Revue blanche,* como la *Revue des Revues* y la *Revue bleue*, de Francia; *Die Gesellschaft,* como la *Neue Deutsche Rundschau,* de Alemania; la *Niva,* de Rusia, como la *Review of Reviews,* de Inglaterra, todas consagran al aristocrático escritor socialista sendos artículos, analizando principalmente sus últimas obras ó escudriñando su vida pública y privada.

Con estos diferentes trabajos, y sirviéndonos de base un artículo interesantísimo de Vedeneeff, pseudónimo tras el que se oculta un ilustre historiador ruso en la *Rivista moderna di Cultura,* y el libro de anécdotas sobre Tolstoi, publicado en Moscou por Sergueenko, puede intentarse la reconstitución de la biografía del genial escritor en quien hoy tiene fijas sus

miradas todo el mundo culto, pues aunque desde el primer estudio biográfico publicado sobre Tolstoi en 1879 en la *Biblioteca rusa,* de Stasulewic, hasta el que publicó en la *Biblioteca biográfica* Soloview, han aparecido multitud de trabajos más ó menos estimables sobre este tema, ninguno ha recogido todavía los datos esparcidos en el *Istoriceski Vestnieck*, por Zagosquin, ni los resultantes de la correspondencia de Fet, ni los que contienen los libros de Bers y de Sergueenko, materiales todos de que puede sacarse no poco provecho para la biografía de Tolstoi.

León Nicolaevic Tolstoi, hijo del Conde Nicolás Tolstoi y de la Princesa María Nicolaewna Volkonsky, nació el 10 de Septiembre de 1828 en la aldea de Jasnaia Poliana, que formaba parte de la dote que aportó su madre al matrimonio. Muerta la Condesa en 1830 y el Conde en 1837, León Tolstoi quedó á los nueve años huérfano, encargándose de su educación su tía la Condesa Alejandra, que vivía en Moscou, y que hizo trasladar allí á sus sobrinos hasta que, empeorando los negocios, se vió en la precisión de volver á vivir con ellos en la aldea, donde murió en 1841, pasando entonces los huérfanos á la tutela de la otra hermana de su padre, Paulina Iuschkoff, que los hizo trasladar á su residencia de Kasan, donde León vivió hasta 1847.

Los tres hermanos de Tolstoi, Nicolás, Sergio y Demetrio, entraron en la Universidad de Kasan, eligiendo la Facultad de Matemáticas, cuya carrera terminaron. León tenía grandes aptitudes para el estudio de las lenguas, é ingresó en la Facultad de lenguas orientales de la misma Universidad, después de sufrir un examen de árabe y turco-tártaro. Los buenos propósitos de que estaba animado se estrellaron, sin embargo, contra las dificultades del medio ambiente en que vivía, y de la brillante vida mundana que llevaba, tomando parte en bailes y conciertos, tertulias y representaciones dramáticas, en las que era sumamente aplaudido, y que apenas le dejaban tiempo para dedicarse á estudios que tanta asiduidad

requieren como los de lenguas. En los ensayos semestrales sacó malos puntos, y de tal modo se desanimó, que ni siquiera fue admitido á los exámenes de fin de curso.

León no quiso continuar aquella carrera, y pasó á la Facultad de Derecho; pero si en la de Lenguas orientales no podía trabajar todo lo necesario para hacer un buen papel, en la de Derecho el profesorado valía tan poco, que era capaz de apagar el entusiasmo y las aficiones de cualquiera. El profesor de Derecho romano era un alemán, Kambek, que dictaba las lecciones por un libro, y todos los años empezaba así: «¡Señores!..... ¡El Derecho Romano!..... ¡*D* mayúscula, *R* mayúscula!.... ¡Apúntenlo bien al margen!» El de Derecho penal, Vogel, empleaba ejemplos como éste: «Una vez, en cierto sitio, una muchacha fue acusada de un delito terrible, perpetrado de una manera brutal..... Una vez, en cierto sitio, fue encontrado un montón de carne y de huesos humanos..... y el Jurado ha absuelto.» El de Derecho internacional, Winter, que no sabía una palabra de ruso, explicaba en francés y amenizaba sus lecciones dando brincos en la cátedra; cuando contaba la entrada en París de los monarcas aliados, imitaba, hinchando la garganta, el ruído de los cañonazos de saludo, y con su pañuelo sucio, lleno de máculas de rapé, enseñaba á los alumnos las señales marinas. Tolstoi aguantó el primer curso y salió airosamente de sus exámenes; pero no tuvo paciencia para soportar el segundo, y abandonó la Universidad y salió de Kazan, disgustado de los estudios y harto de la vida de mundana inutilidad que allí llevaba, y que le obligaba á perder el tiempo en las insulseces del perfecto *comm'il faut* en el vestir, en los modales y en las conversaciones.

La excelente tía Paulina era una mujer completamente entregada á la religión y al mundo; pero todos sus esfuerzos para hacer encariñar á León con la vida mundana y la religión, no dieron otro resultado que hacerle ateo y obligarle á refugiarse en el campestre retiro de Jasnaia Poliana *(clara llanura)*. «Mi buena tía, un ser purísimo, me decía siempre

que nada deseaba tanto para mí como el que entrase en relaciones con una mujer casada, pues nada contribuye tanto á formar á un joven.» Lo que ambicionaba para su sobrino era que le hiciesen ayudante de campo, sobre todo del Emperador, y que se casase con una rica doncella que le llevase en dote muchos esclavos. «Con toda mi alma—dice en *Juventud* —yo deseaba ser bueno; pero era joven, tenía pasiones, y estaba solo, completamente solo, cuando buscaba algo bueno; cuantas veces trataba de expresar lo que era mi mayor deseo —ser moralmente bueno,—encontraba desprecio y mofa; pero en cuanto me entregaba á las pasiones brutales, me alababan y alentaban».

Con estos disgustos y preocupaciones salió Tolstoi de Kazan en 1847, instalándose al año siguiente en San Petersburgo, en cuya Universidad estudió el Derecho penal y el civil, interrumpiendo de nuevo sus estudios para volver al campo, su pasión. «Yo me siento capaz—dice á su tía en *La mañana del gentilhombre*, cuyo valor autobiográfico es indudable—de ser un buen amo; para eso no se necesita ni el diploma de la Universidad, ni un alto grado, como para mí deseais.» Desilusionado en Jasnaia Poliana de sus sueños de mejora en la condición de los aldeanos, partió en 1851 para el Cáucaso, al lado de su hermano mayor Nicolás, oficial de artillería, en cuyo cuerpo no tardó en ingresar como teniente.

Por entonces comenzó Tolstoi á escribir, siendo su primera obra *Infancia*, que remitió á Necrassoff para la revista *El Contemporáneo*, firmando con sus dos iniciales y ocultando quien era el autor. Necrassoff encontró aceptable el manuscrito, y cuando lo vió en pruebas le agradó mucho más, pidiendo la continuación á Tolstoi, y excitándole á que declarase el nombre del autor. El 19 de Septiembre de 1852 apareció en *El Contemporáneo* el primer trabajo de Tolstoi, y poco después se publicó su continuación, *Adolescencia*, firmada L. N. T., logrando fijar la atención de la crítica y del público, y mereciendo generales y entusiastas elogios. Cuando Dos-

toiewsky recibió en Siberia los números del *Contemporáneo*, quedó tan impresionado por la lectura de *Infancia* y *Adolescencia*, que rogó á sus conocidos le dijeran el nombre que se ocultaba tras las iniciales del autor.

La *Infancia*, la *Adolescencia*, la *Juventud* y la *Mañana del gentilhombre*, son obras autobiográficas en que Tolstoi revela su vida entera en la familia, en la ciudad y en el campo; *Derribo de árboles*, *Una invasión* y *Los cosacos*, fueron el fruto de sus impresiones en el Cáucaso. Declarada la guerra turco-rusa, Tolstoi pasó al ejército de Crimea y tomó parte en la defensa de Sebastopol, demostrando un valor á toda prueba, y componiendo la famosa *Canción de Sebastopol* y sus *Relatos de Sebastopol*, que acabaron de cimentar su crédito, siendo ya considerado en 1855, cuando volvió de Sebastopol á San Petersburgo, como la gloria y la esperanza de la literatura rusa.

En San Petersburgo, Tolstoi repartió su tiempo entre las tertulias literarias, los salones aristocráticos y los círculos mundanos. Fet, que pasó por entonces allí una temporada, fué á visitar una mañana á su amigo Turgueneff, y al entrar en su cuarto, le llamó la atención un pequeño sable.

—¿De quién es este sable?—preguntó al criado.

—Es del Conde Tolstoi, que duerme en el gabinete—contestó en voz baja el criado.

—Así es todos los días—le dijo luego Turgueneff, hablando con él de Tolstoi;—ha vuelto de Sebastopol, se ha encerrado en mi casa y se ha entregado á todos los vicios; las orgías, los cigarros, las cartas le ocupan toda la noche, y luego duerme como un muerto hasta las dos de la tarde.

Fet escribe que observó en Tolstoi una oposición involuntaria á todas las opiniones generalmente admitidas, y recuerda cómo atacaba á Shakespeare y criticaba á Herzen discutiendo animosamente con Turgueneff y sus amigos. Tenía entonces veintiséis años, y á pesar de la excelente acogida que tuvo y de las íntimas y numerosas relaciones que adquirió, se cansó pronto de aquella vida, y volvió al lado de sus herma-

nos Nicolás y María, pasando parte del año en el campo y parte en Moscou. Por entonces le gustaba vestir con elegancia, y se ocupaba bastante de gimnástica; pero como esto no bastaba á llenar su vida, se aficionó á la agricultura y se dedicó á la labranza.

«¡Trabajar con el arado!—dice.—No podéis imaginaros el placer que con ello se siente. No es una fatiga, sino un verdadero goce. Caminas dirigiendo y levantando el arado, y no te acuerdas de cómo pasa una hora, y luego otra, y luego otra.... La sangre discurre vivamente por las venas, la cabeza está firme y no sientes la tierra bajo tí. Y luego..... ¡qué apetito! ¡qué sueño!»

El campo, la correspondencia, las visitas literarias, las labores agrícolas y la caza ocupaban todo el tiempo de Tolstoi, proporcionándole gratas satisfacciones en aquel tiempo, durante el cual hizo algunos viajes al extranjero y publicó *La Juventud*, *La Infancia*, *Sebastopol en Agosto*, *Un encuentro en el regimiento* y *La Tempestad*, y poco después *Alberto*, *Lucerna*, *Tres muertos* y *Marido y mujer*.

La muerte de su hermano mayor, Nicolás, le impresionó terriblemente, y en su novela *Ana Karenine* se refleja esta impresión en el episodio de la muerte de Nicolás Lavine. De sus viajes al extranjero en 1857 y 1859, aun cuando él los estima como nulos, sacó no poco partido, dado su espíritu observador, y á ellos seguramente se debe la creación de la famosa escuela que fundó para los aldeanos en Jasnaia Poliana, y á la que consagró todas sus energías, publicando para la propaganda de su sistema pedagógico la célebre revista *Jasnaia Poliana*.

En 1860, dominado por la preocupación de su vida de soltero, escribía á Fet: «Estoy en desacuerdo conmigo mismo: la vida de célibe, ó por mejor decir, la falta de mujer y el pensamiento de que dentro de poco será tarde, me atormenta.» Dos años después, en 1862, se casó con Sofía Bers, hija de un médico de Moscou, declarándose contentísimo del ma-

trimonio quince días después, y sintiéndose feliz y remozado.

Poco después comenzó á recoger los materiales para *Los Decembristas* y *Guerra y Paz*. «No podéis imaginar—escribía en 1864 á Fet—lo difícil que es este trabajo preparatorio de arar profundamente el campo en el cual debo sembrar; pensar y repensar en todo lo que debe ocurrir á los futuros personajes de una gran obra; combinar millones de situaciones posibles para elegir la millonésima, es terriblemente difícil. Si uno pudiera realizar la centésima parte de lo que piensa! ¡Pero apenas llega á una diezmilésima!»

Guerra y Paz le costó cinco de los mejores años de su vida, y suscitó un gran movimiento crítico, no sólo en periódicos y revistas, sino en libros y folletos de literatos, militares, filósofos é historiadores. «Todo lo que he publicado hasta el presente—decía—lo considero como una prueba de la pluma; lo que ahora publico me agrada más, pero lo encuentro flojo. ¿Qué será?» «Escribidme—decía á Fet—lo que dicen en los círculos, y sobre todo la impresión de la masa; seguramente pasaré desapercibido; lo preveo y lo deseo; me alegro de que querais bien á mi mujer; yo la quiero menos que á la novela; pero, ya sabéis, siempre es mujer.» Turgueneff escribió á Tolstoi, diciéndole que gozaba con la lectura de su trabajo, verdaderamente grandioso, y le comunicaba la opinión de Flaubert: «Es una labor de primer orden. ¡Qué pintor! ¡Qué psicólogo! ¡Tiene trozos shakesperianos!»

Tolstoi, recogido el aplauso, continuó entregado á su escuela, á sus lecturas y á su caza. «Ayudándole á ordenar en 1868 su bibiloteca—dice Eugenio Skyor en sus Memorias,—recuerdo que las obras de Auerbach ocupaban el primer puesto del primer estante; al coger dos volúmenes de su *Eine neues Leben*, Tolstoi me aconsejó que los leyese, y me dijo: «A ese escritor es á quien debo mi interés por la instrucción popular y la idea de la escuela para mis aldeanos; cuando fuí por segunda vez á Europa, visité á Auerbach, sin darme á conocer, y cuando entró en la habitación, le dije: Soy Eugenio Bau-

mann (uno de los héroes de la novela de Auerbach); y como él se quedase parado, añadí: No lo soy por el nombre, sino por el carácter, y le expliqué lo que sus trabajos me habían hecho pensar y la buena influencia que en mí habían ejercido.»

Desde 1880 Tolstoi se entregó por completo á la literatura para el pueblo. «Treinta años hace—decía en 1885 á Danilewsky,—cuando comenzamos algunos literatos á escribir, no había más que unas decenas de millares de personas que supiesen leer en una población de 70 millones; ahora, desde el desarrollo de las escuelas urbanas y rurales, los que leen se cuentan por millones, y esos millones de individuos están frente á nosotros, con la boca abierta, como pájaros hambrientos, diciendo: Señores escritores, echadnos por esa boca un alimento intelectual, digno de vos y de nosotros. El pueblo ruso, honesto y sencillo, merece que respondamos á las súplicas de su alma buena y sincera.»

El éxito de sus libros para el pueblo fue inmenso, y con estas obras Tolstoi y sus adeptos han transformado la literatura popular. Los relatos populares de Tolstoi están todos empapados de moral, y el mismo carácter tienen todas las producciones literarias de Tolstoi de quince años á esta parte, sin que, en realidad, nunca haya dejado de dominar en Tolstoi el aspecto moral de las cosas, desde que en sus tiernos años «deseaba ser bueno», hasta que recientemente ha lanzado su diatriba contra el arte en todas sus aplicaciones, por inmoral. «Me hablais por primera vez—escribía á Fet en 1876—de Dios, y yo hace mucho que no hago más que pensar en este problema importante; y no digais que no se puede pensar en él; no sólo se puede, sino que se debe. En todos los siglos, los mejores, los verdaderos hombres, han pensado; y si nosotros no podemos pensar como ellos, debemos encontrar el modo con que se debe pensar.»

La biblioteca de Tolstoi es tan grande, como variada y bien ordenada. Según Danilewsky la describe, vense allí, encuadernadas ó en rústica, las obras de Espinosa, Voltaire,

Gœthe, Schlegel, Rousseau, Auerbach, Shakespeare, Constant, Sismondi, San Juan Crisóstomo, y las de todos los escritores rusos; la vida de los Santos Padres, el Martirologio, la Biblia hebraica y el Talmud, los textos griegos del Evangelio y muchos sermonarios de predicadores rusos y extranjeros.

En 1870 se puso á estudiar el griego, y con su extraordinaria aptitud para el cultivo de las lenguas, no tardó en dominarlo. «Parece imposible—decía,—pero leo á Jenofonte de corrido. Estoy contentísimo de que Dios me haya dado ese capricho; primero porque gozo, después porque me he convencido de que no conocía nada de cuanto la palabra humana ha producido verdaderamente bello, y, por último, porque en adelante ya no escribiré niuguna insulsez.»

La evolución del espíritu de Tolstoi, cuyo punto álgido señala su reciente libro *¿Qué es el arte?,* de cuyo análisis nos hemos oportunamente ocupado (1), no era difícil de prever, conocidas las aficiones y las costumbres del autor, y su constante predilección por la moralización de la vida en todas sus manifestaciones.

Sus últimos años los viene consagrando el genial escritor á la piadosa tarea de aliviar á las víctimas del hambre, sin abandonar por eso sus trabajos literarios, como lo prueba la publicación que ahora mismo ha empezado la revista rusa *Niva* de una nueva novela de Tolstoi sobre la vida contemporánea rusa, y de la cual aparecerán simultáneamente tres traducciones en francés, inglés y alemán.

Sergueenko, en su interesante libro anecdótico, refiere las condiciones conmovedoras en que Tolstoi ha prometido publicar otras obras inéditas.

Existe en Rusia una secta cuyos miembros no aceptan el servicio militar, del que sólo pueden librarse emigrando. Tolstoi se dedica, desde hace unos tres años, á reunir todo el dinero que puede en favor de esos prófugos para facilitarles su ins-

(1) V. la *Revista de Revistas* del mes de Agosto de 1898.

talación en el extranjero, y acaba de escribir á su amigo Tchertkoff la siguienta carta, que insertan la *Revue Blanche* y la *Revue Bleue:*

«Como es evidente que se necesita todavía mucho dinero para la emigración de los Dukhobors, he aquí lo que pienso hacer: tengo algunas novelas y narraciones, no editadas todavía, y quisiera venderlas en las más ventajosas condiciones á periódicos ingleses, americanos ú otros, y emplear el producto de esta venta en subvencionar la emigración de esos desgraciados Dukhobors. Estas narraciones están escritas según mi antiguo método, que ahora critico. Si las corrigiera hasta que me satisficiesen, no las acabaría nunca; de modo que decidiéndome á venderlas al editor, tomo el partido de entregarlas como están. Es lo que ya me ha ocurrido con *Los Çosacos;* yo no había corregido este libro; pero acababa de perder á las cartas mucho dinero, y para pagar lo vendí á la redacción de un periódico ruso. La causa que me hace obrar ahora es mucho más noble. Si las narraciones mismas no corresponden á mis actuales ideas sobre el arte, si no están escritas en forma muy popular, por lo menos no son perjudiciales por sus ideas.»

ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN

La enseñanza universitaria en el Japón.—Es verdaderamente prodigioso el desarrollo adquirido por el Japón en materia de instrucción pública, merced al gigantesco impulso dado por un Gobierno previsor y culto á la educación nacional, dirigida por el clarividente genio de Tanaka Fuyimaro, á cuya vigorosa iniciativa debe el Imperio del sol naciente su organización académica.

En 1868 se abrió la Escuela de Kaiseijo, en Tokío, con la especial misión de asimilarse los adelantos todos de la cultura europea, y en el mismo año se fundó en Daigakkö la Stiö-

neikö ó Alto Instituto del Estudio con profesores extranjeros, admitidos por derecho propio en la Asamblea nacional. Desde aquel momento, el Japón marchó á pasos de gigante por el camino del progreso, como dice Lorini en la *Rivista Moderna di Cultura*.

En 1876 surgió el Museo de Tokío, la biblioteca, y el jardín botánico y farmacéutico de Koishikova; en 1878 se erigió una gran palestra gimnástica; en 1879 se fundó la Academia de Ciencias positivas, la Enciclopedia de la antigüedad y la Escuela de filología inglesa en Osaka; en 1880 se establecieron los laboratorios más perfectos para el estudio de las ciencias médicas en Tokío; en 1881 los destinados á la Farmacia con los magníficos edificios dedicados al estudio del Derecho, de las Ciencias y de las Letras; en 1882, en fin, la Universidad se vió enriquecida con una sección de Astronomía, otra de Meteorología y otra para el estudio de los clásicos chinos y japoneses, aneja á la Facultad de Letras; con varios seminarios á la alemana y cursos preparatorios de ingreso; con un amplio kiosco en el jardín para la música, el canto y las bellas artes, á disposición de los estudiantes; con otra *villa* entera, llena de salas de lectura, libros y periódicos, aulas de reunión y de juego para la juventud; con una galería subterránea para el estudio natural de la mineralogía; con una magnífica huerta, donde se cultivaban legumbres y frutales para la mesa común; con todos los medios, en fin, de progreso y de adelanto apetecibles que ponían al Japón en las más favorables condiciones de cultura material é intelectual, mientras las más brillantes Universidades de Europa y América entregaban los secretos de su organización y de su saber á los pensionados japoneses que el Gobierno enviaba todos los años, y que, al regresar á su país, volvían repletos de ciencia y de iniciativas, siempre secundadas cuando eran buenas.

La Universidad de Tokío es una notabilísima institución organizada con el más amplio sentido de libertad é independencia, y situada á las puertas de la ciudad, formando un vas-

tísimo recinto rectangular perfectamente murado, al que dan ingreso siete grandes puertas de bronce.

A la derecha están la Escuela de Química, la de Minería y la de Metalurgia; luego, en un amplio edificio, está la de los Ingenieros, y al lado los departamentos de Historia Natural, Derecho y Ciencias. A la izquierda está la Escuela de Medicina con sus inmensos hospitales y laboratorios médicos, anatómicos y farmacéuticos. Todas las secciones tienen sus dormitorios para los estudiantes, salas de estudio y de lectura, y hermosas habitaciones para los respectivos profesores. En el centro están los jardines para el paseo, la gran sala de tertulia, el comedor, las cocinas, y las salas y recintos para toda clase de juegos y ejercicios. Arriba está el Observatorio astronómico, y al lado del Colegio de Derecho la Biblioteca, que puede contener más de 300 lectores, con vastas salas anejas para dibujar, y para consultar los catálogos y revistas más importantes del mundo entero. Y luego, aparte, está la Escuela de Agricultura con los hospitales y laboratorios de Veterinaria, con dormitorios para los estudiantes y hotelitos para los profesores, con la frondosa floresta de Kiyosumi, con las lecherías y frutales de Daishigawara, los laboratorios y el Museo, los jardines botánicos y las grandes factorías, y las magníficas plantaciones de toda especie.

No pueden leerse estas descripciones sin un gran sentimiento de aplanadora envidia y de desconsoladora impotencia. Y sin embargo..... ¡qué fácil sería preparar el triunfo en la guerra, apartando de su servicio algunos millones para esta otra lucha de la paz!

El año académico empieza en el Japón el 10 de Septiembre, y el curso dura del 12 de Septiembre al 24 de Diciembre, del 8 de Enero al 31 de Marzo, y del 8 de Abril al 17 de Junio, constituyendo los espacios intermedios las vacaciones de invierno y primavera, y verificándose los exámenes del 21 de Junio al 11 de Julio, para dejar paso á las vacaciones del verano.

La Universidad imperial está dividida en dos grandes cuerpos: el *Palacio universitario*, especie de Instituto superior de altos estudios, y los *Colegios*, equivalentes á nuestras Facultades, y que son seis: de Leyes, de Medicina, de Ingeniería, de Literatura, de Ciencias y de Agricultura. Al frente de la Universidad figura un Presidente, con un Director del Palacio y y seis Subdirectores de los Colegios, al lado de los cuales se halla un Consejo universitario de doce miembros, cuerpo consultivo y judicial intermediario entre la Universidad y el Ministerio de Instrucción pública, y varios Inspectores generales para los varios servicios docentes y administrativos.

Los profesores son de cuatro clases: honorarios, efectivos, asistentes y lectores: los honorarios y efectivos dependen del director del Colegio y forman parte del respectivo Consejo de la Facultad; los asistentes y lectores dependen de los profesores efectivos y sólo son admitidos en la Facultad cuando el director lo juzgue oportuno en determinados casos.

Las cátedras oficiales de las diversas Facultades son las siguientes, según el Anuario de 1897:

Colegio de Derecho: 22 cátedras.

17 profesores efectivos. 1 asistente y 5 lectores.—565 alumnos.

2 de Derecho público y constitucional.
3 » » civil.
1 » » comercial.
1 » » y procedimientos civiles.
1 » » penal y procedimientos penales.
1 » Economía política y Hacienda.
1 » Estadística.
1 » Ciencias políticas é Historia política.
1 » Derecho administrativo.
1 » » internacional.
1 » Historia del Derecho nacional y del Derecho comparado.

1 de Derecho romano.
2 » » inglés.
1 » » francés.
1 » » alemán.
1 » Enciclopedia jurídica.

Colegio de Medicina: 23 cátedras.

23 profesores efectivos y 7 asistentes.—246 alumnos.

2 de Anatomía.
1 » Fisiología.
1 » Química médica.
2 » Patología y Patología anatómica.
1 » Farmacología.
3 » Medicina.
1 » Ginecología y Obstetricia.
3 de Farmacia.
1 » Pediatria.
3 » Cirugía.
1 » Oftalmología.
1 » Dermatología y Sifiliografía.
1 » Psiquiatria.
1 » Higiene.
1 » Medicina forense.

Colegio de Ingeniería: 24 cátedras.

16 profesores efectivos, 2 asistentes y 16 lectores.—368 alumnos.

4 de Ingeniería civil.
3 » » mecánica.
2 » Arquitectura naval.
1 » Tecnología de las armas.
2 » Ingeniería eléctrica.
3 » de Arquitectura.
3 de Química aplicada.
1 » Tecnología de explosivos.
4 » Minería y metalurgia.
1 » Fuerza de los materiales y construcciones.

Colegio de Literatura: 20 cátedras.

17 profesores efectivos, 5 asistentes y 9 lectores.—290 alumnos.

4 de Lengua, Literatura é historia del Japón.
3 » » y clásicos chinos.
2 » Historia y Geografía.

2 de Filosofía é Historia de la Filosofía.
2 » Psicología, Etica y Lógica.
1 » Pedagogía.
1 » Estética.
1 » Filología.
1 » Lengua y literatura inglesa.
1 » » » alemana.
1 » » » francesa.

Colegio de Ciencias: 18 cátedras.

18 profesores efectivos y 2 asistentes.—120 alumnos.

2 de Matemáticas.
1 » » aplicadas.
2 » Astronomía.
2 » Física.
2 » Química.
2 » Teología.
2 de Botánica.
3 » Geología, Paleontología y Mineralogía.
1 » Dermología.
1 » Antropología.

Colegio de Agricultura: 20 cátedras.

14 profesores efectivos, 2 asistentes y 3 lectores.—254 alumnos.

2 de Agricultura.
2 » Química agraria.
3 » Montes.
1 » Botánica.
2 » Zoología, Entomología y Sericultura.
1 » Horticultura.
1 » Zootecnia.
1 » Geología y estructura terrestre.
1 de Física orgánica y meteorología.
1 » Administración agrícola y Economía agraria.
1 » Anatomía veterinaria.
1 » Fisiología.
3 » Medicina y cirugía veterinaria.

En junto, el Japón tenía, en 1897, 127 cátedras oficiales de Facultad en la Universidad imperial de Tokío, sin contar

muchas otras libres, con 110 profesores efectivos, 26 asistentes y 33 lectores, y con 1833 estudiantes, entre los que, lo mismo que en Europa, dominan los de Derecho, siendo verdaderamente curioso que entre todas esas cátedras figuren dos de Teología, colocadas en la facultad de Ciencias, entre la Química y la Botánica.

Los estudiantes se dividen en *Hakushi* y *Daihakushi*; los primeros son: *Högaku*, si se licencian en Derecho; *Igaku*, en Medicina; *Kögaku*, en Ingeniería; *Bungaku*, en Letras, y *Rigaku*, en Ciencias, mediante un Decreto del Ministerio de la Educación. Los *Daihakushi* son los mismos *Hakushi*, que, por sus exámenes, sus méritos especiales, los puntos obtenidos y los trabajos hechos, y previa votación de todos sus colegas *Hakushi*, reunidos al efecto en Asamblea, son declarados *Estudiantes de honor* por el Ministerio.

VIAJES

La ciudad santa de la India.—Curiosísimo es el relato que, extraído del *Viaje de un fisiólogo alrededor del mundo*, de Julio Fano, publica la *Nuova Antologia*, de Roma.

Benarés, la ciudad santa del induismo, es la Jerusalem de la India, la Meca del bramanismo, inmutable enmedio de todas las transformaciones políticas, sociales, morales y materiales que desde hace miles de años ha sufrido el mundo. Asentada á orillas del caudaloso Ganges, el río sagrado, Benarés sigue siendo el centro del misticismo, y es quizá la ciudad más pintoresca y más curiosa del mundo, por la variedad de tipos que presenta, por sus creencias religiosas, por sus caprichosos palacios, por sus revueltas callejuelas y por sus originalísimas costumbres, aunque el viajero europeo sufre no pocas desilusiones en la ciudad sagrada, y necesita no poca fuerza de voluntad para permanecer en ella algunos días.

Lo primero que se ve al entrar en Benarés no es lo más á

propósito para despertar ningún entusiasmo: es el templo de los monos, que nada ofrece de particular, sino el repugnante aspecto de los simios, á que sirve de albergue, sucios, pelados, asquerosos, dándose siempre atracones de golosinas, que les llevan á todas horas los fieles, y el palacio del Marayá, que produce el efecto de una casa de campo de un vulgar ricachón, sin gusto alguno artístico, y sin más afán que el de ostentar sus riquezas del modo más ridículo.

Al fin se penetra en la ciudad, mirando bien dónde se pone el pie, tapándose herméticamente las narices y haciendo milagros de equilibrio para no caer en el arroyo. Son callejuelas estrechísimas y tortuosas, de una suciedad inverosímil, atascadas de gente y de animales: el tufo y el calor son tan grandes, que se sienten náuseas y se quisiera retroceder; pero el que viaja es esclavo de su curiosidad, y no puede volver atrás.

El viajero visita el templo del Oro, llamado así por su dorada cúpula de bronce, y cuyo dintel no pueden pasar los profanos; reina en él repugnante suciedad, despidiendo hedor insoportable. Los fieles beben la orina de las vacas sagradas, ó se frotan el cuerpo con los excrementos de aquellos animales, ó tragan á grandes sorbos el agua del pozo de la Sabiduría, residencia de Shiva, una cisterna llena de toda clase de flores en plena putrefacción. «Mis vísceras de bacteriólogo—dice Fano—se estremecen á cada instante ante aquel espectáculo, y el espectro del cólera cruza por mi imaginación.» Y sin embargo, muy pocos de aquellos fanáticos mueren de infección, y parecen inmunizados por la lenta adaptación á medio tan corrompido.

Todo lo que Fano había visto de extraño en el primer día de su estancia en Benarés, no era nada ante el espectáculo á que pudo asistir al día siguiente á orillas del Ganges, que da casi la representación real de las imágenes más infernales de Hans Holbein ó de Breughel.

Benarés está construída á la izquierda del rio sagrado, porque en aquella orilla habían elegido su morada las divini-

dades indias, y allí tiene Shiva su residencia en el pozo de la Sabiduría del templo del Oro, y allí vive su legítima mitad en el pozo de Gauri, y allí está el Gat de Dasashwamedh, donde Brahma sacrificó al sol diez caballos blancos, y el Charanapaduka donde vivió Visnu largo tiempo, y que todavía honra con sus visitas.

Lo que más que todo coloca en situación privilegiada á Benarés, es la creencia de que quien muere dentro de sus muros dejando sus restos al sagrado río, aunque sea un infiel, va derecho al Paraíso, ó por lo menos revive en una vida mejor. Así es, que todos los desheredados, los enfermos y los miserables de las más remotas regiones, aspiran á lanzar en Benarés su último suspiro, y junto á ellos los príncipes indios, que, no contentos con las riquezas y goces de esta vida, quieren también los de la otra, se hacen construir en Benarés magníficos palacios, que habitan durante las grandes festividades, y donde suelen establecerse cuando son viejos, esperando morir entre algunos de los innumerables brazos de Shiva.

Los que no pueden, por sus negocios ó las exigencias de su vida, vivir en Benarés, se contentan con hacer una peregrinación á la ciudad santa, bañándose en el Ganges, con lo cual tienen no poco ganado para hacerse simpáticos á la Trinidad índica; y los que ni aun quieren ó pueden arrostrar las molestias de un viaje, se hacen expedir por ferrocarril, en botellas de vidrio—como si se tratara de aguas de Carabaña,—las sagradas aguas del pestilente Ganges, bebiéndolas ó lavándose con ellas en sus casas.

Basta con esto para comprender el torrente tumultuoso de hombres y mujeres que cruza incesantemente por las vías de la Kasi para detenerse ó desparramarse sobre las escalinatas del Ghat, que se desarrollan á lo largo del sagrado río. El espectáculo á que allí se asiste es verdaderamente único, y aniquila y exalta, excita y deprime, y produce á la vez admiración y desprecio, chocando en el cerebro las impresiones artísticas con las psicológicas, las religiosas con las higiénicas,

y dando lugar á momentos de verdadera alucinación, en que se duda de todo y cree uno haberse vuelto loco.

Más que los templos, palacios y edificios que se levantan á la orilla del río, es interesante el público que frecuenta el Ghat, reclamando la atención del viajero con sus variadísimas escenas. Un brahman coronado de flores está bajo un baldaquino predicando á un círculo de mujeres que le escuchan reverentes y le cubren de flores. A pocos pasos de allí, en una capilla que parece una caverna, otras mujeres arrojan flores y agua del Ganges sobre un enorme *lingam* que representa á Shiva en su capacidad reproductora. Al lado un fakir, completamente desnudo, cubierto el cuerpo de ceniza, espantosamente flaco y con los estoposos cabellos entretejidos á modo de turbante, se mantiene inmóvil y acurrucado, con la mirada fija y abobada. Más allá, horrendos mutilados exponen al sol sus llagas y deformidades, dando el modelo vivo de una verdadera Corte de los milagros, por entre la cual circula un pueblo multicolor, artísticamente ataviado, en el que se destacan esbeltas jóvenes de cadencioso andar, sosteniendo en la cabeza brillantes ánforas de agua del Ganges, que llevan á sus casas ó á los cercanos templos.

Descendiendo al río, lo primero que llama la atención son las barracas, cubiertas por enormes quitasoles de hojas de palma entretejidas, en las que los brahmines se entregan á las manifestaciones simbólicas de su misticismo: uno, erguido, grita tres veces el nombre de Rama y luego se queda rígido como una efigie gótica; otro, con la mano derecha cubierta con una cabeza de vaca hecha groseramente con tela, la mueve en varias direcciones; otro recoge agua del Ganges, y conteniendo la respiración la arroja á lo lejos, ya por una nariz, ya por otra, cerrando la contraria; y así se encuentran á cada paso los tipos más chocantes é inverosímiles de la chifladura humana.

Para examinar en conjunto estas escenas, conviene pasar revista al Ghat desde el río, en una barca. En el agua pútrida

y fétida del Ganges, en la que flotan todos los detritus de la vida humana y los restos nauseabundos de los cadáveres arrojados en el sagrado río, se bañan y se gargarizan multitud de hombres y mujeres, metiendo en el río la cabeza y bebiendo á sorbos aquella infusión de cadáveres y excrementos, y distinguiéndose por su impudor las viejas, que muestran inverecundas sus formas, mientras las jóvenes se envuelven púdicamente en sus vestimentas.

En la esplanada de la cremación aparece un cadáver: es el de un brahmin de noble perfil; lo despojan, y arrojan al río los objetos preciosos que le adornan, enmedio de los clamores de varias mercenarias plañideras, mientras se prepara la hoguera que ha de prender el sacerdote con un tizón del fuego del altar, constantemente encendido; en tanto que la leña arde y el cuerpo se consume, los parias chapuzan en el río buscando los objetos preciosos del muerto, y á dos pasos de allí se baña una muchacha vestida de rojo, y pasa bajo dorado baldaquino, oculta tras un velo, la soberana de Baroda.

En una longitud de algunos kilómetros se desarrollan á lo largo del Ganges escenas semejantes, bajo el sol mágico de la India, y si los detalles son repugnantes, el conjunto es grandioso: extraña orgía de colores, de movimientos y de voces que transporta y embriaga.

PSICOLOGÍA COLECTIVA

La opinión pública.—¿Qué es la opinión pública?—se pregunta Escipión Sighele en la *Rivista politica e letteraria*.—Es en el mundo lo que Dios en el cielo: un juez invisible, impersonal y temido; es, como la religión, un secreto poder en cuyo nombre se han ejecutado los mayores heroismos y las más abyectas iniquidades; es, como la ley, invocada é interpretada á tuerto ó á derecho en todos los momentos de la vida; es, como la fuerza, sostenedora á veces del derecho y con más frecuen-

cia del error; es, en fin, como una bandera dispuesta siempre á volverse al lado de que sopla el viento.

Rugiero Bonghi, en un discurso memorable de 1873, la definía diciendo: «La opinión pública, para tener autoridad, debe ser *verdadera, cierta, y estar fundada en el consentimiento más general de los espíritus cultos de un país.*» Palabras de oro, pero palabras vanas. ¿Cómo distinguir la opinión pública verdadera de la falsa? ¿Dónde está el juez supremo que ha de declarar que tal ó cual corriente del espíritu público merece ó no el dictado de opinión pública? ¿Con qué medida aritmética se podrá afirmar que la mayoría piensa de cierto modo, y con qué criterio sociológico se pueden distinguir los espíritus cultos de los incultos?

Después del desastre de Adua, se mostró en Italia una corriente de opinión, que llevó al Ministerio al Marqués de Rudini, y dos años después la opinión cambió de tal modo, que Rudini tuvo que dimitir; en la famosa cuestión Dreyfus, la opinión en Francia se mostró unánime contra la revisión del proceso, y algunos meses después se declaró en pro de la revisión; en España, con motivo de la guerra, la opinión se decidió por la lucha contra los Estados Unidos, y poco después se tornó partidaria resuelta de la paz. ¿Cuál de estas opiniones era verdadera y cuál falsa? ¿Cuál era la opinión pública?

El abogado Pugliese añade á la definición de Bonghi la de que la opinión pública, para ser considerada como tal, debe descansar en un estado constante de ánimo, y su verdadera dirección debe esperarse del transcurso del tiempo. Perfectamente; pero ¿cuándo podrá decirse que una opinión pública es verdadera? ¿Después de diez años? ¿De veinte? ¿De treinta? Tal definición, aunque fuera exacta, no tendría ningún alcance práctico, y se confundiría con la tradición, que no es más que la opinión pública fijada y cristalizada en el pueblo.

Para saber lo que es la opinión pública, importa, ante todo, investigar qué cosa es el público.

¿Qué es el público? Se dice «el público de un teatro, de una

asamblea»; y en este caso, *público* tiene un valor determinado. Se dice: «tal libro ha sido bien acogido por el público», y entonces *público* tiene un valor menos específico. Se dice también: «en tal cuestión el público piensa de tal modo», y en este caso, *público* tiene un valor más general todavía. ¿En cuál de estos sentidos debe entenderse la palabra *público?*

El público es un fenómeno de psicología colectiva sumamente complejo. ¿Podemos decir que existía el público en la antigüedad greco-romana? Había multitudes, pero no público; el orador, por ejemplo, no tenía *público*, sino simplemente *auditorio*. Había lectores de los manuscritos de Virgilio ú Homero; pero estos lectores no formaban un agregado social como en nuestros días los lectores de un mismo periódico, y ni por el número, ni por la ignorancia en que unos estaban de otros, podían estimarse sino como las avanzadas primeras del verdadero público. Y lo mismo sucedió en la Edad Media: las ferias, las peregrinaciones, las cruzadas originaban *multitudes* de diversas clases, pero no *público*.

La imprenta fue para el surgir del público, lo que una revolución para un nuevo orden social; el público, existente hasta entonces en potencia, entró en la esfera de los hechos y se convirtió en una realidad. La imprenta, órgano de la conciencia colectiva, llevaba á todas las partes la voz del escritor, y traía al escritor la voluntad y los deseos del pueblo, sin necesidad de la mutua presencia, sin limitación alguna de espacio. La imprenta sustituyó el contacto moral al contacto físico, y transformó á la multitud en público. El público fue en un principio, en el siglo XVI, exclusivamente literario, científico y religioso; sólo en la segunda mitad del pasado siglo, apareció el público político, al que la Revolución dió poderoso impulso con el desarrollo del periodismo.

Faltaba, sin embargo, á este público una de sus principales prerrogativas, la que le hace más temible: la unanimidad, por la falta de contemporaneidad en el conocimiento de las noticias; esa contemporaneidad han venido á producirla los

ferrocarriles y el telégrafo, con los cuales conquistó la imprenta alas, y adquirió el público el sentido de la *actualidad* que hasta entonces no conocía.

La *multitud* era un agregado con límites de espacio y de tiempo infranqueables; el auditorio de Pedro el Ermitaño, por enorme que fuera, tenía forzada limitación; el *público* actual no conoce límites, y un soberano ó un genio, por medio de la imprenta, el telégrafo y el ferrocarril, hablan hoy al mismo tiempo á millones de individuos, á todo el mundo que lee ú oye leer. El público es una transformación de la multitud, realizada por la civilización. La *multitud* es una reunión de contactos psíquicos esencialmente producidos por contactos físicos; el *público* no tiene necesidad ninguna de la vecindad de los cuerpos para ser intrincada complejidad de comunicaciones de alma á alma. Como lo prueban con el lenguaje irrefutable de las cifras Fournial y Lombroso, las multitudes son más ó menos frecuentes y numerosas según las estaciones y el estado atmosférico; para el público, el frío y el calor, la lluvia ó el buen tiempo, son indiferentes.

La raza, por otra parte, ejerce en la multitud muy distinta influencia que en el público. ¿Quién no sabe distinguir una multitud italiana de otra alemana? ¿Quién podrá confundir un *meeting* de ingleses con un *meeting* de napolitanos? La multitud está siempre bajo el imperio absoluto de la raza á que pertenece: tranquila ó entusiasta, fría ó hirviente, según que sea germánica ó latina. Los públicos de las diversas nacionalidades no ofrecen diferencias tan decisivas, siendo también la multitud más impulsiva y violenta que el público.

Le Bon, y con él Sighele, han proclamado que nuestra época es «la era de las multitudes», mientras Tarde sostiene que es «la era de los públicos». Todos se equivocan en parte: nuestra época es la era de los públicos y de las multitudes; el progreso modifica y mejora, pero no suprime los hábitos atávicos, y ya Carlysle ha dicho que la civilización no es más que una corteza dentro de la cual puede arder viva, con su fuego infer-

nal, la pasión salvaje del hombre. La civilización ha cambiado la multitud en público; pero el público, á su vez, vuelve á ser multitud cuando el sentimiento que lo domina es tan fuerte que no sabe contenerse, y necesita para manifestarse la forma atávica en que se había expresado.

De lo dicho resulta que la opinión pública es alguna vez, no la opinión del público propiamente dicho, sino de la multitud. El sentir de la colectividad se expresa hoy normalmente por medio de la prensa, pero también anormalmente por medio de las multitudes, que saben imponer de un modo estáticamente violento lo que el público piensa de un modo dinámicamente pacífico. Los discursos, las reuniones, los *meetings,* son otras tantas formas de la multitud que todavía hoy influyen en la formación de la opinión pública.

Atendiendo al grupo de cultura y de intereses á que pertenece, el público se llama *judicial, industrial, agrícola, literario, científico, religioso, político,* etc. Antes estas divisiones originaban castas, clases, gremios y corporaciones. Hoy estos grupos son menos estables y definidos: el público de hoy, organismo fluctuante, es una especie de nebulosa cuyo núcleo central es fácil distinguir, pero cuyos confines no pueden precisarse, entrando y saliendo en cada grupo el que quiere.

Comparad los partidos políticos de hace cincuenta años con los actuales: *derecha* é *izquierda* eran nombres que respondían á dos corrientes de ideas perfectamente distintas, pareciendo imposible ninguna confusión entre los dos partidos; hoy todos sabemos la escasa fuerza de cohesión y la poca impermeabilidad de los partidos actuales, meras etiquetas que los políticos ostentan mientras les conviene, arrojándolas ó cambiándolas por otras en cuanto les importa, y produciendo constantemente ese fenómeno de ósmosis y endósmosis cuya movilidad, según Tarde, es precisamente la característica del público actual.

Entre las formas que reviste la sugestión á que principalmente obedece la movilidad del público, ninguna tan decisiva

como la prensa periódica. Pero ¿es el periodista el que forma el público, ó viceversa? ¿Es el ambiente el que influye en el individuo, ó es el individuo quien influye en el ambiente? Según Spencer, es un error atribuir socialmente gran influjo al hombre de genio, que no es más que el producto necesario del ambiente en que surge, un actor y no un autor del drama histórico; según Carlysle y Stuart Mill, cuanto hay en el mundo de bueno y de bello es debido á los héroes, á los grandes hombres, siendo su alma el alma de la historia entera. ¿Quién tiene razón? Unos y otros. Napoleón y Shakespeare surgieron cuando debieron surgir, y en este sentido fueron hijos de su tiempo; pero ¿quién puede negar que, aun siendo productos necesarios de la historia, la imprimieron nueva dirección, ejerciendo en el mundo grande imperio, material ó moral?

Todo público produce periodistas que tienen sus instintos y tendencias, cualidades y defectos, siendo criaturas suyas; pero una vez criado un periodista por su público, el periodista es el que reobra á su vez y el que dirige y modifica la opinión del público. En una multitud reunida y excitada por cualquier motivo, oís de pronto una voz ó un grito, tras el cual corre ciega y unánime la multitud para desfogar su amor ó su odio; de aquella voz ó de aquel grito no es responsable el hombre que lo ha lanzado, sino el alma misteriosa de la multitud; así, el *agitador* es producto de la colectividad; pero apenas creado, conquista un poder despótico sobre los que le rodean y los conduce donde quiere, á la gloria ó al crimen. Eso es el periodista, y eso son los periódicos.

¿Qué parte tiene en la formación de la opinión pública la obra personal del periodista y la obra anónima, colectiva é instructiva del pueblo? Dice Tarde que la estadística de las suscripciones es excelente termómetro que advierte á los redactores de un periódico de la línea de conducta que deben seguir, y pueden citarse como ejemplo las recientes campañas del *Figaro*, que empezó á publicar los primeros artículos de Zola en favor de Dreyfus, y que luego cambió de dirección

para no disgustar á sus lectores. En este caso el público es el que influye en el periodista.

A pesar de este ejemplo, la influencia del periodista en el público es mucho más frecuente é intensa, y puede ser moralmente más dañosa, porque la presión del público en el periódico es una forma de corrupción que no hace más víctimas que las fáciles conciencias de los convertidos, mientras que la presión del periódico en el público hace víctimas al público mismo y al Estado de un error, de un engaño, y hasta de una mentira, abusando de la credulidad y buena fe de los lectores. ¡Dinero, mucho dinero, muchísimo dinero, y se crea la opinión pública que se quiera!

Los individuos que componen una multitud ó un público son en general buenas y honradas personas; reunidas en conjunto se despiertan en ellas los instintos más bajos, y de las estratificaciones del carácter salen á flote las más animales y salvajes. Los impulsos nobles, generosos y heroicos existen también en las colectividades, pero son raros y excepcionales. Tomad, por ejemplo, la forma más corriente de público: un salón, un club, una tertulia, y hablad bien de una persona; alguno hará eco, pero los demás contradecirán ó se callarán, y la conversación morirá enseguida; hablad mal, y entonces será un coro; cada cual añadirá su salsa, y la conversación se prolongará indefinidamente: la fruta del árbol del mal es más sabrosa que la del árbol del bien.

Lo mismo pasa en el periodismo: si se quiere despertar la curiosidad y el interés del público hay que servirle asuntos de odio y no de amor. En ningún país ni en ninguna época, como dice Tarde, ha tenido tanto éxito la apología como la difamación. El público es en esto no poco delincuente, llegando en los períodos históricos anormales al crimen y siendo en los normales cómplice de los delitos políticos de su partido. A veces el público es presa de un acceso de locura, como Grecia al imponer al Gobierno la última guerra con Turquía, y este fenómeno de locura es relativamente frecuente en los públicos li-

terarios que se declaran de pronto por un autor, del que hacen su favorito y su ídolo, siempre empujados por publicistas que le caldean y hacen hervir su entusiasmo, consciente ó inconscientemente. De todo esto se desprende el hecho positivo de que muchas veces el periodista es el que forma la opinión pública.

Se dirá que el Estado deja en poder de los incompetentes las funciones más altas y difíciles: deja á los jurados, que no tienen obligación de ser juristas ni psicólogos, el juzgar de la vida y el honor de sus conciudadanos; deja á los diputados, que no tienen obligación de haber hecho estudios de sociología, el juzgar de los intereses colectivos de la nación; deja á los periodistas, que no tienen obligación de sufrir ningún examen ni acreditar su limpieza de conciencia, el terrible poder de formar la opinión pública.

Inútil y ridículo sería exigir un diploma al periodista; pero la obligación de firmar los artículos sería una garantía de gran eficacia práctica. Un artículo sin firma es como una carta anónima. Se dice que produce así más efecto en el público; pero ¿qué clase de efecto? El artículo firmado es la voz de un orador, y el anónimo es el grito que sale de la multitud. Es verdad que ese grito puede sugestionar á la multitud más que la palabra de un gran orador; pero ¿cuál es la sugestión más honrada y común? Los artículos firmados evitarían la vergonzosa corrupción de conciencia de ciertos periodistas que trabajan á la vez en periódicos enemigos. La superioridad moral é intelectual que las Revistas tienen sobre los periódicos es debida á que en las Revistas todos los artículos van firmados.

Si la opinión pública se forma principalmente por la acción de la prensa periódica, importa dignificar, ennoblecer y moralizar el periodismo, y el medio más sencillo de llegar á este resultado es el de que cada cual arrostre la responsabilidad de sus escritos, firmándolos con su nombre y teniendo el valor de sus convicciones.

*
* *

La tristeza contemporánea.—Sólido, concienzudo y de admirable sinceridad—dice Emilio Faguet en la *Revue Bleue*—es el trabajo de Fiérens-Gevaert sobre *La tristeza contemporánea*. Si es erróneo decir que la ciencia ha hecho promesas que no ha cumplido, es exactísimo que ha hecho concebir esperanzas que no ha realizado. Los hombres han presenciado el admirable desarrollo de la ciencia, y se han prometido un aumento de felicidad que no ha venido. No es esto la bancarrota de la ciencia; es la bancarrota de los que han tomado acciones de la ciencia, contando con dividendos de felicidad.

Fiérens-Gevaert estudia «el mal del siglo» en sus diferentes formas: romanticismo, pesimismo de Leopardi y de Schopenhauer, positivismo de Augusto Comte, nihilismo y anarquismo, y lo estudia con lucidez y con una especie de angustia, que da á su libro cierto interés dramático, y que recuerda, por el contraste, otro libro, *La dicha de vivir*, de Juan Lubbock. «¿Cómo puede uno quejarse de no ser propietario?—decía Lubbock.—Todo lo que vemos es nuestro: el paisaje pertenece á quien tiene ojos, y sólo los ciegos son los que no poseen.» Eso es optimismo puro, y el éxito de un libro compuesto de aforismos semejantes ha sido inmenso en Inglaterra, donde ha tenido 77 ediciones, lo que prueba que la raza inglesa es profundamente optimista.

«Entre las penas de la vida, yo no cuento, naturalmente—dice Lubbock—la necesidad de trabajar.» Del otro lado del Báltico, Tolstoi dice, en cambio: «El trabajo no es un elemento de dicha; porque yo no cuento como elemento de dicha, sino al contrario, lo que nos hace malos.» La concepción de la vida no puede ser más diferente.

La verdadera fuente de la tristeza es el odio de la vida, y el remedio es el amor de la vida, de la vida entera, y no sólo de la vida activa. El hombre feliz es el que ama la vida en el trabajo y en el reposo, en las batallas y en las treguas, en la lucha y en la victoria, en las dificultades por vencer y en las

vencidas. El verdadero pesimista no ama nada de eso, ni la acción ni la inacción, y se aburre trabajando lo mismo que holgazaneando, en sus placeres y en sus dolores.

Se cree comunmente que la esperanza es un gran bien, llamándose *desesperación* al estado más desgraciado en que uno puede hallarse. Es un error. Si no esperar ya es una desgracia, la verdadera dicha es no esperar; habría que crear una palabra y decir, que si la *desesperación* es una desgracia, la *inesperanza* es un bien inestimable. La esperanza es siempre un sufrimiento, puesto que es signo de una falta; la verdadera dicha consiste, precisamente, en no sentir la necesidad de nada. El optimismo de Lubbock y el pantagruelismo de Rabelais es un sistema de inesperanza, aplicado á todo lo que suele aplicarse la esperanza.

Obsérvese que la esperanza se aplica á todo lo que no depende de nosotros: no se dice «espero que seré trabajador», sino «espero ser rico.» Lo fortuito, lo que depende del azar, en buen pantagruelismo, debe considerarse como no existente. Fortuita es la salud, fortuita la riqueza, fortuitos los éxitos y los honores. Todo eso es lotería; y el buen pantagruelista nunca toma billetes de esa clase; el pantagruelismo es esencialmente «el desprecio de lo fortuito.»

Nuestro siglo no tiene ni un óbolo de pantagruelismo, y ese es el mal de que padece. Este siglo que acaba, falto de fe y de religión, ha dado muchos ejemplos de tristeza y de inhabilidad para la vida, y de ello no tienen culpa los sistemas filosóficos, que han sido, al contrario, producidos por esa misma tristeza. La tristeza es cierta hostilidad á la vida, y no es más que hastío y cansancio de vivir.

No nos dejemos llevar, sin embargo, de la tristeza que da el espectáculo de la tristeza. Después de todo, esa «tristeza contemporánea» no es más que el estado de ánimo de un número infinitesimal de personas, con relación al conjunto de una nación. «Miserias de grandes señores», ya por sus riquezas, ya por su talento. La masa de la humanidad no está tan

desesperada, ama la vida, la encuentra aceptable y espera un poco sin enfermar de exceso de esperanza.

En el fondo, si bien se piensa, las clases superiores son una escoria de la humanidad. Tienen enfermedades intelectuales y morales que son el rescate de su superioridad misma, y de ellas sufren y mueren. Mientras la tristeza no llegue al fondo de la raza, no hay gran peligro en todo esto. Entre tanto, enfermemos de ese mal—como de todos—lo menos posible. Existe una higiene; y en este respecto, el libro de Fierens, á pesar de su melancolía, constituye una excelente consulta.

IMPRESIONES Y NOTAS

Duración de la vida humana.—Siempre que se trate de una persona cuya edad se halle comprendida entre los doce y los ochenta años, es muy fácil calcular lo que todavía puede vivir, pues según afirma Holl Schooling en la *Revue Scientifique,* existe al efecto una regla fundada en el estudio más serio de las estadísticas demográficas, la regla de Moivre, según la cual, conocida la edad de una persona, entre los límites citados, basta dividir por 2 el número de años que le falten para cumplir ochenta y seis, y se tendrá su longevidad probable.

Un joven de veinte años, por ejemplo, tiene treinta y tres años más de vida probable, como un anciano de setenta puede contar con vivir ocho años más, y uno de ochenta puede llegar á la edad de ochenta y tres.

Según los diagramas de Schooling, las probabilidades de vivir que tiene un niño al nacer, son de 5 contra 1; á los cinco años, de 119; á los veinte, de 207; á los veinticinco, de 156; á los treinta, de 120; á los treinta y cinco, de 97; á los cuarenta, de 78, etc. De cada mil individuos de sesenta años, 599 llegarán á los setenta, 120 á los ochenta, 117 á los noventa, y sólo 4 á los ciento.

*
* *

La literatura española en Dinamarca.—Merced especialmente á la sabia y entusiasta cooperación del eminente romanista el profesor de Copenhague, Kristoffer Nyrop, nuestra literatura está siendo objeto en Dinamarca de la predilecta atención del público ilustrado, habiendo dado á conocer los trozos más selectos de los escritores contemporáneos el señor Nyrop en su *España moderna,* y despertando así el gusto de sus compatriotas por nuestros literatos.

Un discípulo de Nyrop ha traducido *Pedro Sánchez,* del insigne Pereda; otros están trabajando en la traducción de varias obras de Galdós, y no tardará en aparecer la traducción danesa de *Pequeñeces,* del P. Coloma, según carta de Copenhague que tenemos á la vista.

*
* *

Una mujer valiente.—En la *Nouvelle Revue* traza Eugenio Muntz la biografía de algunas damas italianas de los siglos XV y XVI, apoyándose en documentos inéditos ó poco conocidos, comenzando por la de Catalina Sforza, una verdadera heroina, tan cruel como animosa y tan inteligente como enérgica, que se casó con el Conde de Forli, y cuyo carácter se retrata en las dos anécdotas siguientes:

Estando enfermo su marido en 1487 en Imola, Catalina, en vísperas de dar á luz, sabe que acaba de estallar un motín en la ciudadela de Forli. Inmediatamente monta á caballo, corre de un tirón á Forli, penetra en la plaza y no sale de ella sino seguida de los culpables, desarmados. Al día siguiente dió á luz.

Otra vez, el pueblo sublevado se apoderó de ella; pero Catalina consiguió de los conjurados que la concedieran permiso para penetrar un instante en el castillo para conferenciar con el Gobernador, dejando en prenda á los sublevados sus seis hijos. Obtenido el permiso, Catalina entra en la ciudadela, hace levantar inmediatamente el puente levadizo, y vuelve á

ser Señora de Forli, amenazando al pueblo con los cañones de la fortaleza. Y como los jefes del complot intimasen á Catalina que se rindiese si no quería ver morir á sus propios hijos, la Condesa gritó á los amotinados, acompañando sus palabras con el gesto más expresivo:

—¡Majaderos! ¿No véis que esta aquí la fábrica para hacer otros?

*
* *

Notas sobre la vida de Alfonso Daudet.—Con este título publica un cuaderno de exquisitas impresiones la *Revue de París,* y de ellas entresacamos las siguientes:

«Cuando se quiere que los ruiseñores canten bien, se les sacan los ojos. Cuando Dios quiere tener grandes poetas, elige dos ó tres, á los que envía grandes dolores.»

»¡Qué divina madre es la tierra! La desuellan, la perforan, la hienden, la maltratan, la trastornan; y cuanto más la atormentan con el arado, los azadones, los barrenos y las minas, más generosa es, y por todas esas heridas abiertas nos da á borbotones la vida, el calor y la riqueza.»

«La autoridad: un santo sacramento que hay que dejar en el fondo del tabernáculo y exponerlo al público muy pocas veces.»

«Anotar la tristeza y el susto de mi hijo mayor, que acaba de entrar en filosofía y de leer libros de Schopenhauer, Hartmann, Stuart Mill y Spencer. Terror y asco de vivir: la doctrina es triste; el profesor desesperado; las conversaciones en el patio, desconsoladoras. La inutilidad de todo aparece á estos chicos y los devora. He pasado la noche en reanimar y dar fricciones al mío; y sin quererlo, yo mismo me he calentado. En cuanto al más pequeño, de seis años, se ha pasado el almuerzo preguntando á su madre — pues ése sólo cree en su madre y á ella se vuelve siempre—qué era la muerte, y el alma y el cielo, y cómo se podía estar á la vez debajo de la tierra y

en el azul. De las eternas delicias prometidas, sólo una cosa le impresionó: la idea de revivir para no morirse más. «¡Eso sí que es bueno!» y se comió su *côtelette* con excelente apetito.»

***

Thiers y Gambetta.—De un artículo de Emilio Faguet en la *Revue Bleue* sacamos la siguiente anécdota relativa á Gambetta, de quien dice Faguet que era «de una ignorancia enciclopédica, no alcanzando sus conocimientos históricos más allá de 1865, siendo muy flojo en geografía, y siendo su filosofía tan improvisada como sus brindis», no obstante lo cual era un político maravilloso por su admirable dominio de los hombres, gracias á su cordialidad, á la bondad de su corazón, á la simpatía de su carácter y á la facilidad de asimilación de que estaba dotado.

El ilustre Thiers, anciano ya, se hacía todavía la ilusión, después del 24 de Mayo, de que volvería otra vez al poder, y hablando con sus amigos se ocupaba en la composición de su futuro Ministerio, y decía: «¿Gambeta?.... Pues bien, sí, Gambetta..... Creo yo que le llevaré á Negocios extranjeros. Es preciso hacerle conocer Europa..... Sí..... hay que hacer que conozca Europa..... No sabe dónde está.»

***

Rudyard Kipling.—Es el nombre del autor extranjero que hoy comparte con d'Annunzio el favor del público parisién; es el novelista de moda en París. Rudyard Kipling ha nacido en la India hace treinta y tres años, se ha educado en Inglaterra, ha vuelto á la India y se halla hoy en Nueva York.

Sus obras, que figuran en primer término en las Revistas y periódicos más importantes del mundo, son verdaderamente

originales, y se reducen á historias de animales, cuentos de lobos y serpientes, elefantes y tigres, focas y monos, y han tenido un éxito colosal por la sencillez de la trama, lo vivido de las narraciones, la exactitud de las descripciones y lo extraño de la fábula. Las más notables de estas historietas acaban de publicarse en francés, reunidas en volumen con el título de *Le livre de la Jungle*, que forma parte de la colección de libros extranjeros editada por el *Mercure de France*.

***

Un catálogo monstruo.—El gran catálogo de libros del *Museo británico*, según anuncia la *Quarterly Review*, quedará terminado dentro de un año.

Ese catálogo comenzó á imprimirse en Enero de 1881, habiéndose publicado en los dos primeros años 30 volúmenes, y apareciendo con toda regularidad desde 1882 treinta volúmenes cada año. La edición completa comprenderá unos 600 volúmenes en 4.°

A pesar de lo colosal de semejante catálogo, esta obra será sumamente incompleta, pues como la impresión dura desde hace cerca de veinte años, y en este tiempo la Biblioteca se ha enriquecido con 40.000 volúmenes cada año por término medio, resulta que las primeras letras del catálogo se hallan ya muy distantes de reproducir el estado real de la Bibliografía, y sólo las letras últimas serán las que señalen con fidelidad todos los libros existentes actualmente, siendo preciso comenzar en seguida la publicación de apéndices para que el catálogo, mantenido al día, resulte de aplicación práctica.

***

Lamennais y la golondrina.—El famoso Lamennais, perseguido por un folleto, fue conducido á la cárcel de Santa Pelagia, de París, según cuenta en la *Nouvelle Revuè Internationale* Octavio Lacroix.

Era en el mes de Noviembre, nevaba, y el frío era más que regular, en el aislamiento de una celda carcelaria sobre todo. Lamennais, enfermizo y flaco, era muy friolero, y apenas instalado en su prisión, preparó dos ó tres leños en la chimenea, y golpeándose las manos para entrar en calor, prendió fuego y aguardó á que ardiese la leña.

De pronto, un pájaro, asustado, salió revoloteando por medio del humo, y, buscando salida, fue á golpear con sus alas y su pico en los cristales de la ventana, lanzando gritos lastimeros.

Era una pobre golondrina que, por causas desconocidas, no había podido emigrar con sus compañeras en la época oportuna, y que se había resignado á pasar el invierno en París, eligiendo por residencia una chimenea de Santa Pelagia.

Lamennais se quedó sorprendido con tan inesperada aparición. ¿Qué hacer? ¿Abrir la ventana? Era exponer á la golondrina á los rigores de la temperatura exterior. ¿Dejarla en el cuarto? Era matarla de susto cada vez que se moviera.

Lamennais tomó su partido. Apagó con agua el fuego que empezaba á arder en la chimenea, quitó los ennegrecidos leños, se retiró á un rincón, y aguardó inmóvil, para tranquilizar á la tímida avecilla. La golondrina, en efecto, volvió á tomar el camino por donde había venido, y se refugió en la chimenea.

Lamennais, durante todo aquel invierno, que fue de los más crudos, se pasó sin encender la chimenea, envueltas las piernas en una manta, sin atreverse á asustar otra vez á su vecina la golondrina, que espiaba, como él, la vuelta de mejores tiempos y el instante de la libertad.

Fernando Araujo.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO.—España en América: Corrientes de simpatía hacia España. —Influencia y presión de los Estados Unidos en las revoluciones actuales de los Estados iberoamericanos.=El Salvador: Revolución del General Regalado.=Nicaragua: Revolución del General Reyes contra Zelaya.—Segunda revolución anexionista á los Estados Unidos.=Guatemala: Expedición revolucionaria preparada en Kansas-City contra Guatemala.=Honduras: Tentativa de revolución contra el nuevo Presidente Sierra.—Norteamericanos sentenciados á muerte.—Protesta de los Cónsules *yankees*.=Costa Rica: Asalto de un cuartel de artillería. =Colombia: Reproducción de la cuestión Cerruti.—Reclamación de los Estados Unidos en favor de la empresa del periódico *The Star and Herald*.—La ausencia de España en América.—Reacción de interés y simpatía.—Nueva corriente de las ideas hacia la unión y confederación iberoamericana.—Sus antecedentes desde Bolívar.—Sentido de la entrevista de Punta Arenas.—Los marinos chilenos y argentinos.—Sus brindis.—«La Iberoamérica para los americanos del Sur.»—El intercambio comercial, base del intercambio político y moral.—España y los Estados Unidos.—Restablecimiento de relaciones.—Nuestro honor y nuestra cautela.—Voz de aviso á nuestros Gobiernos.

Imperan á la vez dos corrientes de fructuosa simpatía hacia España en toda la América que ha civilizado nuestra sangre, y á cuyos pueblos imprimen su carácter propio los distintivos de nuestra raza. Hasta que el pabellón español no ha desaparecido enteramente de toda soberanía territorial en aquel hemisferio, no ha entrado poderosamente en la conciencia de aquellas nuevas existencias políticas el papel que España representaba desde la avanzada de las Antillas á la vanguardia de los intereses iberoamericanos, enfrente de la invasora y ab-

sorbente influencia de los intereses anglosajones. Grandes y pequeños empiezan á sentir el influjo de una común amenaza, pues cada día los Estados Unidos descubren más la extensión indefinida de sus ambiciones. Son demasiado frecuentes los actos de mayor ó menor transparencia en cuyo fondo estas ambiciones se velan, y una experiencia cada vez más persuasiva viene en apoyo de esa inquietud latente que obliga á una constante y cauta vigilancia.

Un día se advierte cómo se incuba una revolución obscura, que en un momento acaba con el pacto de unión de tres pueblos que aspiran á robustecerse recíprocamente en virtud de una Constitución federativa por sus tres Gobiernos supremos y por la masa ilustrada de la opinión consentida. Así acaba de un soplo la casi nonnata República Mayor de Centro América. Pero no basta la revolución promovida en el Salvador por el General Regalado para poner término instantáneo al estado de cosas que había creado el pacto de Amapala. Apenas en la capital del Salvador quedó constituída una situación de aparente legalidad con la elección presidencial del 15 de Enero, por la que, en la forma irregular que estas elecciones han tenido, fue confirmado en la Presidencia usurpada el General D. Tomás Regalado, y se eligió Vicepresidente al Licenciado D. Francisco V. Reyes, nombrando un Ministerio compuesto del General D. Mariano Guzmán para las carteras de Gobernación y Justicia; el Licenciado D. Francisco Reyes, para la de Instrucción Pública; el General D. Juan J. Cañas, para la de Relaciones Exteriores, y para la de Hacienda, con el cargo de Ministro General, D. Eugenio Araujo; saltó la chispa de la revolución á Nicaragua, donde otro General aventurero, Juan Pablo Reyes, fue impulsado contra el Presidente constitucional Zelaya, renunciando, por una parte, la Comandancia de la Costa Atlántica, que le estaba confiada, y por otra, presentándose, en compañía de sus sobrinos los coroneles Espinosa, con más de mil hombres armados con rifles, obteniendo el apoyo y las simpatías *de todos los extranjeros* residentes en el terri-

torio en que había ejercido aquel mando, todos *norteamericanos,* en un cerro á seis millas de Bluefilds, y estableciendo relaciones activas con los que desde Nueva Orleans y Mobile, auxiliares de su rebelión, le suministraron desde luego nutridos cargamentos de armas y de municiones. La revolución de Nicaragua no tenía más causa determinante que la misma que en el Salvador había hecho triunfar al General Regalado: es decir, aniquilar, si esto es posible, hasta la última raíz del pensamiento de unión que había llegado á una Constitución definitiva en la disuelta Asamblea de Managua. Esta capital, asiento del Gobierno supremo, se encuentra al Occidente de la República, y el movimiento de la Costa Oriental había de levantar serias dificultades al Presidente Zelaya para sofocarlo, careciendo el Gobierno legal de fáciles medios de comunicación marítima ni terrestre para acudir aceleradamente con los elementos de la resistencia. En Matagalpa y otras poblaciones la revolución se extendía, mientras Reyes, publicando manifiestos, ofreciendo á los nicaragüenses, como es de rito en estas empresas, todo género de bienandanzas, organizaba la lucha á que se disponía, tomando el nombre de General en Jefe del ejército *libertador* y dando el título de usurpador al Presidente constitucional D. Santos Zelaya. Pero cuando más aires se daba en Nueva Orleans á la insurrección de Nicaragua, y en Nueva York la prensa sensacional se felicitaba de un suceso, que, provocando probablemente la intervención del Gobierno de los Estados Unidos, *facilitaría la cuestión del canal,* y el departamento de Marina de Washington mandaba al comandante Symond que con el vapor *Marietta,* de que es jefe, se situara en Bluefilds, á donde desde Nueva Orleans se le mandaría el crucero *Detroit,* al mando del oficial Dayton, que después de tomar informes se dirigiría á Greytown, la intervención del comandante del buque de guerra inglés *Intrepid,* Burr, obligó á Symond á unirse á él en una acción común, no para continuar á los insurrectos de Reyes los auxilios que se les prestaban desde las poblaciones de la costa frontera de los

Estados Unidos, sino para prestar su ayuda al poder legal de Zelaya y evitar el derramamiento de sangre, mediante la promesa de que el Gobierno legítimo respetaría la vida y hacienda de los revolucionarios, y librando así de las contingencias que el éxito de la lucha hubiera producido, no ya en el pequeño punto del territorio de Mosquitos en el Mar Caribe, donde la insurrección había estallado, sino en toda la República. ¿Han terminado por esto los conflictos que han encontrado tanto calor en Nueva Orleans, en Mobile y en Nueva York? El telégrafo de las Agencias interoceánicas nos acaba de anunciar que en Nicaragua ha estallado una nueva revolución, cuyos fautores piden *la anexión de la República á los Estados Unidos;* y aunque ignoramos aún los detalles de este nuevo movimiento, no puede menos de hacernos reflexionar sobre el destino que pesa sobre estos pequeños Estados del Centro América desde el momento que los Estados Unidos se han quitado la máscara de la ambición.

Contra Guatemala se habían urdido otros sucesos semejantes para derrocar el Gobierno del Sr. Estrada Cabrera. En Kansas y los departamentos del Este se había formado un regimiento de mil hombres, los cuales, siguiendo la vía por el ferrocarril de Saint-Louis y Nueva Orleans, se disponían á realizar la invasión proyectada en la pequeña República. Dos de estas compañías, formadas en Kansas-City, reclutadas de voluntarios, procedían de los dados de baja y que pertenecieron á los regimientos 3.° y 5.° de Missouri, con oficiales del ejército de Cuba, y un agente guatemalteco, de apellido Sandoval, era el organizador de la expedición, que la vigilancia de los agentes de Estrada Cabrera lograron contener en su primer movimiento; pero habiendo caído en poder de las autoridades, así en Guatemala como en Honduras, á donde también se trataba de propagar la tea revolucionaria con motivo de la sustitución constitucional del presidente Policarpo Bonilla, que ha terminado su mandato, por el general Terencio Sierra, seis súbditos *norteamericanos*, á los que se entregó á los

tribunales y éstos condenaron á la última pena, el secretario de Relaciones extranjeras de Washington, Mr. John Hay, telegrafió con urgencia á los cónsules de Guatemala y de Tegucigalpa, ordenándoles que, si era tiempo, impidieran los efectos de la sentencia, y si se había consumado, protestasen *enérgicamente* contra la ejecución. Al Gobierno de Honduras este nuevo conflicto internacional con los Estados Unidos, que sin cesar conspira contra los demás países iberoamericanos, los oprime con sus reclamaciones y los veja con sus exacciones, venía á llover sobre mojado; porque ya para reclamar también sobre el asesinato de Francis Pears, súbdito de la Unión, en San Pedro Sula, Mr. Hunter, Ministro de los Estados Unidos, había formulado otra reclamación formidable, y para apoyarla, el 2 de Marzo último se mandó al cañonero *Machias* se estacionara en Puerto-Cortés á las órdenes del Ministro. De modo que el Gobierno de Washington, repitiendo en Centro-América el sistema empleado contra España en la insurrección de la isla de Cuba, no tiene medios para impedir ni aun las invasiones armadas de los súbditos de la Unión en los territorios extranjeros; pero si los que atentan contra la independencia, la paz y la soberanía de los demás Estados caen en poder de sus Gobiernos legítimos, los Estados Unidos salen á la defensa de estos criminales, á quienes, á título de ciudadanos norteamericanos, trata de dotarlos de una inmunidad inconcebible, la inmunidad del delito.

No se ha salvado de estas agresiones revolucionarias Costa Rica. En la ciudad de San José, el cuartel de artillería fue asaltado por un centenar de hombres armados, dirigidos por el general Federico Velarde. Aunque en el momento del asalto el general revolucionario contaba con la complicidad de su hijo, del mismo nombre y apellido, que era el oficial de guardia que se hallaba en el cuartel, el ataque fue rudo y sangriento, y la primera víctima fue el oficial traidor, á quien uno de los soldados del arma, en presencia de su propio padre, desjarretó un tiro que le dejó muerto en el acto. El coronel

Sotero Antillón, segundo jufe del cuartel, que tomó la defensa contra los insurgentes, murió de otro tiro disparado por el mismo general Velarde. El coronel Juan Arroyo, que se hallaba fuera, acudió en el primer momento, cayendo mortalmente herido del mismo modo al intentar penetrar en el edificio, donde la contienda se sostenía cuerpo á cuerpo entre los defensores y los asaltantes. El general rebelde perdió en ella sus dos hijos, Federico y Víctor, y murieron además, entre otros, otros tres oficiales, víctimas de su deber: Francisco Arias, José Hidalgo y Gregorio Vega. Al cabo el principio de la legalidad triunfó, enmedio de la general admiración, pues la opinión pública no estaba preparada para un movimiento revolucionario que, estallando de súbito, sorprendía á todos. No obstante, nadie ha dejado de ver la mano oculta que lo sugería, en los momentos en que los periódicos de Costa Rica sostenían con empeño una viva polémica sobre la cuestión de la venta á los Estados Unidos de la zona por donde está trazado el canal de Nicaragua, y en la que el periódico más popular de la República, *La Prensa libre*, combatía enérgicamente el proyecto contra *El Pacífico*, que se dice recibe subvención del extranjero.

*
* *

De esta influencia y de esta presión de los Estados Unidos, que en la América del Centro obstruye el movimiento de regeneración y progreso que, á pesar de las dificultades económicas casi comunes á las cinco pequeñas Repúblicas, se nota en todas ellas en el fomento de la instrucción pública y en la actividad de las empresas de interés general, que tan sólidas bases echa para una situación pacífica y próspera, no se eximen los Estados del continente del Sur, y la primera víctima es Colombia. La actitud de los Estados Unidos con esta República pone de manifiesto dos hechos que son de la mayor importancia: el primero, que á los recientes pactos de inteli-

gencia política entre Inglaterra y los Estados Unidos, no es ajena Italia, la aliada de la Gran Bretaña en el Mediterráneo; la segunda, la violencia con que los Estados Unidos procuran estrechar á Colombia, hasta ver si pueden, como desean, arrebatarla la entrada y salida y la zona entera por donde ha de atravesar el canal de Panamá. Desde la redacción del artículo 5.° del laudo de Cleveland sobre la cuestión Cerruti, esta parcialidad de los Estados Unidos en favor de Italia, conculcando los principios sobre el interés privilegiado, exclusivo de América, que en Washington se decantaba como vínculo para el protectorado que los Estados Unidos se han querido arrogar sobre todo el Nuevo Mundo, esta base de inteligencia ha debido traslucirse de las relaciones de Italia, la aliada de Inglaterra en el Mediterráneo, con los Estados Unidos, aliados de la Gran Bretaña en el Atlántico y en el extremo Oriente.

El pensamiento sobre la expansión colonial de los Estados Unidos, que es inevitable consecuencia de su política comercial desde el momento que el exceso de producción y las necesidades de la industria creciente han obligado á los Gobiernos de Washington á calcular la dilatación de su influencia sobre la geografía entera del planeta, no debe atribuirse al actual Presidente Mac-Kinley, á quien sólo ha tocado la fortuna de ponerlo en práctica ejecución, cuando ya todos sus problemas estaban bien estudiados y entendidos. Dado el primer golpe con éxito sobre España, á quien ha excluído á la vez de América y del Asia, el pensamiento de expansión dilata el círculo de sus ambiciones, sin exceptuar ninguna división geográfica de la Tierra. No pueden los Estados Unidos conceptuar cerrado para ellos un mar como el Mediterráneo, en cuyo último extremo se abre el canal de Suez. Necesitan, por lo tanto, en el Mediterráneo, primero amigos y aliados, tal vez después puntos propios de escala para su navegación y de depósito para sus carbones, cuya necesidad deben tener siempre presentes los hombres de Estado, que, como los de

España, gobiernan países con islas, puertos y posesiones á la entrada y á la salida de ese mar, hasta ahora el más importante para el comercio y la civilización del mundo. La inteligencia maduramente pactada entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña incorpora á la esfera de sus relaciones políticas internacionales los países que giran en las de las alianzas con Inglaterra, y los Estados Unidos que bajo este respecto, cuentan virtualmente en nuestra propia Península con un aliado tácito en Portugal; cuentan también en el centro del Mediterráneo con otro aliado más descubierto, aunque no del todo todavía, en Italia. Al interés ulterior en estas alianzas, que podrán ser más ó menos pronto, más efectivas de lo que ahora lo son, es al que desde la Presidencia de Mr. Cleveland, y con motivo del laudo sobre la cuestión Cerruti, se ha sacrificado en Washington algo del principio exclusivo americano que los Estados Unidos sostienen y mucho de lo que vienen perjudicando desde hace tiempo los intereses más sagrados de Colombia, país que lucha sin tregua por levantarse á la noble jerarquía de los progresos contemporáneos y al que contienen en tan alta aspiración las dificultades interiores de su economía y de su política.

No se habían aún dado al olvido los sucesos á que dió lugar la presencia de los buques del almirante Candiani en las aguas de Cartagena, apenas hace un año, las expansiones tumultuosas de la contrariedad á que dieron margen y las actitudes de protesta de que fue inaudito resultado la suspensión de relaciones entre Colombia é Italia; mas parecían terminados estos conflictos por los últimos temperamentos de avenencia á que el Gobierno de Bogotá se rindió al cabo ante la mediación amistosa de los representantes extranjeros acreditados cerca de aquel Gobierno, cuando vemos de nuevo y con dolor los augurios de nuevos conflictos, desde el momento en que por el Gobierno de Roma se han vuelto á transmitir órdenes al Almirante Candiani, que ha ido entreteniendo cautelosamente el tiempo en demandar y provocar actos expansivos de amis-

tad, irritantes para Colombia, en los puertos de Venezuela, del Brasil, de las dos capitales del Plata, y de las dos oficiales de Chile y del Perú, en el Pacífico, hasta recibir las órdenes recientes, que cualesquiera que sean los paliativos con que se aminore su gravedad, en substancia no equivalen sino á nuevas conminaciones.

El último arreglo de esta cuestión se había confiado á una comisión encargada de fijar las deudas de la casa E. Cerruti y compañía, compuesta de los Ministros de Alemania, Inglaterra y Francia, acreditados en Bogotá; pero en Febrero pasado, habiéndose separado de esta comisión el señor Leo S. Kopp, y no siendo posible reemplazar dicha vacante, el Ministro de Relaciones Exteriores, Cuervo Marqués, de acuerdo con los representantes de la Gran Bretaña y Francia, determinó avocar directamente el conocimiento del asunto, á fin de ponerle término definitivo. La liquidación de algunos de los créditos contra la casa referida se había ya presentado, como la de Kirsing et Möllmann, casa alemana, por valor original de 24.956 pesos fuertes, los de las casas inglesas de Midgley é hijos, Bohwem y compañía, Hehn y compañía, por 5.514, y la italiana de Giuseppe Quilici, por 40.225; pero aún no se tenía contestación de las demás, y el Gobierno colombiano entendía salvada su responsabilidad por tener en diversos Bancos de Europa fondos suficientes para cubrir todos estos créditos, y por haber expedido letras en favor de varios acreedores que han aceptado el pago del saldo líquido á su favor en 1885 con un 20 por 100 más sobre los saldos referidos. Finalmente, en Bogotá se habían recibido seguridades de que el Gobierno del Quirinal, por su parte, había reconocido la justicia y lealtad del colombiano, y desistido, por lo tanto, de adoptar más procedimientos hostiles. Tal era la situación de las cosas, cuando ha venido á sorprendernos el nuevo telegrama de las *Agencias*, del 14 de Abril.

De cualquier modo, en Bogotá se sostenía que en estas actitudes Italia no procede sino en inteligencia con sus aliados

de una y otra margen del Atlántico, y en la de los Estados Unidos se observa la mano con que se ejerce sobre Colombia una presión, cuyo objetivo va de rechazo á los propósitos que aún en Washington se abrigan acerca del canal, si, como se espera, se llega á una inteligencia entre el Gobierno y la comisión del Senado americano á quien Mac Kinley ha conferido el 3 de Abril el estudio definitivo de los canales interoceánicos y la nueva Compañía del de Panamá, que aunque domiciliada en París, tenía sus representantes y negociadores cerca de la Casa Blanca desde que en Diciembre pasado se puso sobre el tapete la cuestión del de Nicaragua.

En realidad, los apremios de Italia ponen en situación difícil al Gobierno colombiano, por dos razones evidentes: la una porque el estado económico por que la República atraviesa es tan crítico, que se hallan por cubrir necesidades de las más perentorias en los servicios públicos, y el Ministro del Tesoro, hace poco más de un mes, recibió un telegrama de Bucaramanga, en el que los empleados judiciales «*hambrientos, asediados de acredores, arrojados de las casas en que habitan, reclamaban el pago de sus sueldos, atrasados en doce y más meses, anunciando se verían en la necesidad de abandonar sus oficinas, teniendo la seguridad de que no habría quienes se encargasen de ellas.*» Aun conocida esta situación, en realidad penosa, las reclamaciones pecuniarias por parte del Gobierno yankee no cesan, y ya está creando nuevos conflictos la de la empresa del periódico *The Star and Herald,* de Panamá, que en 1885 fue suspendido por el gobernador de aquel Estado, á consecuencia de la campaña que había emprendido *en favor de la desmembración del territorio nacional.*

*
* *

No es menester recargar el cuadro de tales pinceladas, aunque bien se pudiera. Realmente, en política, no se respeta sino lo que se teme, y España con sus hijas de América nunca

siguió tales procedimientos. Pero esta misma disposición generosa es la que hoy, aunque vencida, la presenta ante el teatro de aquellos Estados desmembrados de su tronco, como nudo del vínculo moral que debe unirlos, y del que, sin notarlo ellos, ha sido hasta aquí escudo que ha defendido la fuerza de unidad de donde únicamente debe emanar la seguridad de su independencia y la integridad de su soberanía. En la balanza de los intereses americanos, la presencia de España en aquel hemisferio comienza á echarse de menos; pero si de allí faltó y faltará, ya para siempre, en la presencia corporal y material de su poder político, no debe faltar de allí un momento la presencia de su espíritu, que opone un robusto valladar de raza á la invasión todavía sagaz, mas que se dispone á convertirse en irrupción violenta, de la raza émula y aventajada que se asienta en la parte septentrional de aquel continente.

Dígase lo que se quiera, á este movimiento de unión y de confederación hispanoamericanas es á lo que se inclinan todas las tendencias, y aun más que las tendencias puramente ideológicas, la sustancialidad de los actos. Pero al confluir los espíritus ilustrados, los espíritus inteligentes, los espíritus directivos y los espíritus de acción á este enunciado, ¿se formula ningún hecho nuevo? Los tratados de unión y de federación hispanoamericanas son tan antiguos como la propia independencia y gestación de aquellas jóvenes Repúblicas. Los tratados de unión y de confederación hispanoamericanas encarnan desde su origen en el pensamiento y en la aspiración de Bolívar. Este pensamiento y esta aspiración engendró la idea del Congreso de Panamá de 1822 á 1826, y para promover esta unión y esta confederación se celebraron el tratado del Perú, representado por el argentino Monteagudo, Ministro del protector San Martín, el 6 de Julio de 1822, el tratado de Chile de 21 de Octubre del mismo año, el tratado de Méjico de 3 de Octubre de 1823, y el tratado de Centro América de 15 de Marzo de 1825. Todos estos tratados establecían la unión, la liga y la confederación de las partes contratantes: unión,

liga y confederación, que tenían por fin supremo robustecer las fuerzas de todos estos Estados recíprocamente entre sí contra la resistencia de España, que con los títulos de su secular soberanía oponíase á la disgregación de sus inmensas provincias coloniales del Nuevo Mundo. Aquellos tratados que Bolívar hizo suscribir con Venezuela, Nueva Granada y el Ecuador, que constituían entonces la federación de Colombia, al Perú y á Chile, á Méjico y á Centro América, en donde Guatemala, Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica tampoco constituían entonces más que un solo Estado federativo, tuvo un nombre que le erigía, no en pacto de un interés ocasional y pasajero, sino en pacto de interés permanente, y por eso se llamó *unión, liga y confederación perpetua.* Estos tratados se renovaron con el propio carácter político é internacional para el Congreso de Lima de 1847 y 1848, entrando en él el Perú, Bolivia, Chile, Nueva Granada y el Ecuador; tercera vez tomó cuerpo en 1856, bajo el título de *tratado de unión continental*, cuando, después de la ocupación de Texas y de Nuevo Méjico y la California por los Estados Unidos, las invasiones filibusteras de Walker en Centro América, organizadas en la gran República anglosajona del Norte, renovaron las alarmas de las Repúblicas hispanoamericanas, y finalmente, á invitación del Perú y con el nombre de tratado *de unión y alianza* y el de tratado *de la conservación de la paz*, fue renovado en 1864 y 1865, después de la reincorporación de la República de Santo Domingo á España en 1861, de los proyectos de anexión que en el Ecuador se alimentaron por algunos de unirse otra vez á la metrópoli colonizadora, de la descabellada expedición y guerra de Méjico, y de la ocupación de las islas Chinchas por nuestras naves. Es decir, en esta unión, en esta liga, en esta confederación se ha pensado siempre en la América que fue española; hacia ella se ha tendido y en ella se han fundado repetidos pactos internacionales de derecho y acción, siempre que un motivo cualquiera ha puesto en litigio la independencia, la integridad y la soberanía de cualquiera de los Estados

que se formaron de las desmembraciones coloniales de España. Si estos son los antecedentes de la historia, ¿qué mucho que vuelva á tenderse la mirada hacia estos pactos en momentos como los actuales, en que, ya moralmente, pronto materialmente, pues las amenazas se ciernen sobre la cabeza de todos los pueblos iberoamericanos, todas esas personalidades políticas y jurídicas independientes que se extienden desde las fronteras de Méjico hasta la Tierra del Fuego se sienten atropelladas y temen por su seguridad? ¿Qué mucho que se haya dado el sentido de estas tendencias á las recientes conferencias presidenciales de Punta Arenas? ¿Qué mucho que se restaure un pronunciado movimiento de simpatía hacia la madre España, que mientras ha mantenido enhiesto en el Morro de la Habana su pabellón de oro y púrpura, ha sido el guardián generoso de la vida, de la independencia y de la seguridad de de todos esos pueblos, formados de su genio y de su sangre?

Con el título de *La unión hace la fuerza,* ha escrito *El Chileno* un hermoso artículo sobre las nuevas corrientes de Sud-América, en que con caluroso entusiasmo ha comentado y se ha adherido á otro artículo no menos expresivo de *La Voz de España,* de Montevideo, sobre el mismo generoso tema. En Colombia ha recogido uno y otro artículo *El Correo Nacional,* y sobre el mismo tema discurren conformes *La Nación, El Tiempo* y *La Prensa,* de Buenos Aires, *El Mercurio,* de Valparaíso y *El Tiempo,* de Lima. Los discursos presidenciales á bordo del *O'Higgins,* en Punta Arenas, se han traducido en la corriente salvadora de esta aspiración, y como nueva confirmación de su sentido, han sido comentados los brindis pronunciados en la Argentina en los agasajos hechos por sus marinos á los marinos chilenos del *Zenteno*, y los pronunciados en Chile, en los agasajos hechos para los marinos chilenos á sus compañeros argentinos del *Sarmiento.* En uno de estos brindis se ha dicho textualmente: «*Los americanos del Norte tienen una divisa:* La América para los americanos. *Yo propongo que entre la República Argentina y Chile se formalice un*

convenio para dar vida práctica á este otro lema, que será el de toda vuestra raza: La América para los sud-americanos.»
Los festejos en que estos votos se emitían entre protestas ardientes *de unión, de liga* y *de confederación,* eran actos casi oficiales, y de cualquier modo los conceptos que en ellos se vertían encarnaban el espíritu de toda la América española en estos instantes, en que los Estados Unidos atropellan con medios vituperables la paz de todos los pequeños Estados de Centro-América, afligen á Colombia, intentan desorganizar al Ecuador y á Venezuela, se valen de todos los medios para provocar revoluciones anexionistas en Nicaragua, y después de la conferencia presidencial de Punta Arenas, dan á la Argentina el dulce panal del arbitraje de la Puna de Atacama y lo traen á la incorporación de la Oficina de negocios de las Repúblicas americanas establecida desde 1890 en el Ministerio de Relaciones Extranjeras en la Casa Blanca, con cautelas y astucias que no tardarán en poner á prueba la habilidad hasta ahora reconocida al ilustre general Roca, que por este acto ha anulado la gallarda actitud de los delegados argentinos, bajo la inspiración del Ministro Dr. Zevallos, en la Conferencia panamericana de Washington de 1889.

*
* *

A la vez que la opinión estalla por todas partes, por todos sus órganos y por todos los actos en que toma parte en el sentido que dejamos bosquejado, otro movimiento instintivo de reacción favorable para España se pronuncia por todo el ámbito de la América que fue española, y que penetra hasta Cuba, que acaba de separarse de nuestra subordinación para templarse al yugo que de Washington se le impone. La expresión de este movimiento se simboliza por el afán de crear el vínculo de la aproximación comercial entre aquellos países y la Península, estimulando al establecimiento de líneas propias de navegación, á la formación de Museos y Exposiciones

permanentes de los pròductos naturales de nuestro suelo ó elaborados por nuestra industria, allá, y la de otros institutos análogos acá, el concierto de nuevos tratados internacionales entre aquellos Gobiernos y el de España, la inteligencia directa con comerciantes y hombres de negocios robusteciendo la inteligencia directa entre los Gobiernos para ir por recíprocas concesiones destruyendo trabas y allanando dificultades, entrar valientemente en la lucha de la competencia que, solapadamente, nos hacen en aquellos mercados Italia, Francia y aun Alemania; fundar, aceptando las ideas emitidas recientemente en el folleto del Coronel Madueño, Ministro de la Guerra que ha sido en el Perú, un gran diario hispanoamericano intercontinental, ya se titule, como él quiere, *El Universo Español*, ya, como él también propone, *El Mundo Hispanoamericano*, exclusivamente consagrado á hacer conocer recíprocamente las fuerzas productivas, económicas, industriales y comerciales de España y de aquellos países con quienes se han de estrechar las relaciones; fundar líneas de navegación que, dilatándose hasta San Francisco de California, hagan escalas mensuales en Mazatlan y en Acapulco, en Méjico, en Guayaquil, en el Ecuador, en el Callao, en el Perú, en Valparaíso y en Punta Arenas, en Chile, en Montevideo, en el Uruguay, en Santos, en el Brasil; buscar otras líneas todavía no explotadas como la hispanoperuana, que podría establecerse para la navegación y negocios del Amazonas, donde á cambio de los productos de nuestro suelo, que allí no se cultivan, de los productos de nuestras fábricas de Barcelona, Sabadell, Tarrasa, Palma de Mallorca, Valencia, Requena, Toledo, Eíbar, Vitoria, Bilbao, Langreo, Logroño, León, Béjar, Sevilla y Málaga, en que se contienen tantos elementos de riqueza fabril, podríamos ser exportadores á todos los mercados de Europa de los cafés de Loreto, que compiten con el del Brasil y Puerto Rico; de los tabacos de Jeberos y Tarapoto, los que más se acercan á los de las vegas de Cuba, que hemos perdido; de la coca y la quina, del cacao, la vainilla, el marfil

vegetal, las drogas, los lanajes y los demás elementos primarios de la industria, que enriquecerían á la vez aquellas comarcas todavía poco conocidas, y los depósitos de que sería el intermedio nuestra Península. Solamente en esa región inexplorada para la explotación dsl comercio, el Sr. Madueño ofrece á la industria naviera de España y á sus compañías de navegación á vapor un mercado *redondo* de 1.600 leguas á dos márgenes, invitándola á desenvolver en campo libre y en condiciones muy superiores su adormecido y acurrucado espíritu comercial.

Aunque el país que, habiendo sido poseedor durante cuatro siglos del inmenso archipiélago de las Filipinas, el más espléndido jardín de Oriente, no ha sabido explotar para sí los opulentos gérmenes de riquezas que contiene, dejándolas abandonadas á la explotación de los extranjeros, que al cabo se han alzado con su soberanía, es difícil que de repente despierte á las tentativas audaces de estos negocios viriles, en toda América se cree que la presencia de la navegación española en todos los puertos de sus vastos litorales, con el acreditado servicio que da universal prestigio á empresas como la de nuestra Trasatlántica y á otras casas navieras de Barcelona, de Sevilla, de Santander, aun en igualdad de tarifas y precios de transportes, fletes y pasajes, sin más que prolongar en Europa sus líneas que no acaben en Cádiz, la Coruña, Santander y Barcelona, sino que se dilaten á los primeros puertos de Francia por uno y otro mar, y por las del Atlántico hasta los de Bélgica é Inglaterra, sería en breve decididamente preferida á la de los demás países en toda la América de nuestra lengua, que estimula y aplaude la avasalladora y pujante reaparición de España en el inmenso mundo iberoamericano como potencia industrial, naval y mercantil, por cuyo vínculo su preponderancia moral sobre aquellos países volvería á restablecerse, constituyendo muy en breve el nudo de unidad que sea escudo á la integridad é independencia de la raza en aquel hemisferio, palanca que impulse á grandes progresos y pros-

peridades el espacio de 25 millones de kilómetros cuadrados que ya ocupa sobre la superficie del planeta, y cuyo ambiente vital pueden respirar cómodamente en las evoluciones del tiempo 300 millones de hombres en vez de los 70 millones que hoy se hallan en él distribuídos, unos en la sangre, unos en la religión, unos en el genio y unos en la historia.

*
* *

Ningún otro país presiente el engrandecimiento de que es capaz esta raza, como el de los anglosajones que pueblan el continente del Norte, y que tratan de ahogar estas nuevas iniciativas, ya disponiéndose á hacer desde luego, con los poderosos medios de que disponen, la más acérrima competencia, ya aguzando la manera cómo incorporar, ya que no inmediatamente á su soberanía, á la esfera ominosa de su influjo, todos los pueblos constituídos de la raza rival, ya tratando de adormecer á España apresurando el restablecimiento de sus relaciones diplomáticas con el país á quien acaba de sustraer criminalmente el patrimonio entero de su fortuna colonial, formada con los sacrificios, el trabajo, la perseverancia y el alto espíritu civilizador de cuatro siglos.

Del mismo modo que el Congreso Panamericano de mister Blaine, en 1889, no tuvo más objeto que el de hacer reconocer á toda la América de origen ibérico la imperiosa hegemonia, casi soberana, de los Estados Unidos sobre todo aquel continente, y no habiéndolo consegnido porque al cabo en él se frustró el proyecto del *zollwerein*, que encarnaba la idea madre de aquel acto, quedó por secuela de él la *Oficina de Negocios de las Repúblicas Americanas*, especie de *pacto de familia* que equivale al reconocimiento del yugo imperioso de esa hegemonia, casi soberana; la *Exposición ó Museo comercial y económico de Filadelfia,* que va á establecerse en el mes próximo de Octubre en la capital del Estado de Pensilvania, equivale á la absorción por los Estados Unidos de toda la vida

comercial y económica de esas pobres Repúblicas, de sangre española, que se dejan conducir como una manada de corderos por el lobo del Norte, que se viste la pellica del pastor. Esta Exposición Comercial de Filadelfia no es sino un paso más en la realización del pensamiento absorbente que presidió el Congreso de 1889. Esta Exposición no es sino el sentido íntimo del lema imperial de: *La América para los americanos*, al que los marinos chilenos y argentinos, del *Zenteno* y del *Sarmiento*, han opuesto en las aguas de Buenos Aires y de Valparaíso el lema de independencia viril de: *La América latina, para los americanos del Sur.*

El Museo comercial y económico de Filadelfia no es una institución creada por la originalidad del pensamiento *yankee;* no es más que una simple imitación, un mero plagio de los Museos comerciales ya estatuídos de más antiguo en Europa, un Museo como el de los que ha sido hasta aquí modelo el de Bruselas, un Museo, en fin, que no tiene más distintivo propio que el carácter fatuo de grandiosidad que aspira á tener toda empresa americana, el teatro de relumbrón, y el pensamiento sagaz y escondido que lo convierte en una emboscada para el resto de la América, que aspira á incorporarse, cerrándola absolutamente para toda otra relación exterior de progreso y de cultura. Tuvo por base las colecciones de productos que figuraron en la Exposición Universal de 1876, pedidas con la indelicadeza yankee á los países expositores. Se aumentó por los mismos procedimientos con las de la Exposición de Atlanta y los objetos pedidos graciosamente en Berlín, en Bruselas, en Madrid y en otras capitales de Europa, y con la cooperación dadivosa de los Gobiernos extranjeros, á quienes la cortesía internacional impone la condescendencia para estos mendicantes postulados; llegó á adquirir un desarrollo tan extraordinario, que en 1894 poseía ya 17.000 muestras de sus colecciones monográficas, que en la actualidad ascienden á 25.000. España, siempre incauta y siempre pródiga, contribuyó al conjunto de esas colecciones con 390 muestras,

originarias de la Península, 20 de Canarias, 33 de las Filipinas, 10 del Golfo de Guinea y 30 de las Antillas, aventajándonos sólo en prodigalidad la República Argentina, el Brasil, Venezuela, el Paraguay y el Japón. ¿Cuál ha sido la utilidad de esos generosos desprendimientos? Obtener la industria americana una noticia recabada de las procedencias y de las condiciones económicas de cada uno de los productos primarios que ella necesita para su desenvolvimiento, y conocer la de los productos y manufacturas que Europa exportaba á los mercados de América para ofrecérselos más baratos y hacer á Europa tributaria á los Estados Unidos de las mismas armas que éstos habían de emplear para hacerles la competencia hasta cerrarle aquellos mercados; extender el espíritu de sus asfixiantes monopolios por todo el ámbito de la América latina, envolverla en la red de sus proyectados Bancos y ahogarla bajo el peso de una exclusiva producción. Como del Congreso panamericano de 1889 emanó en 1890 la *Oficina de Negocios de las Repúblicas americanas* del ministerio de Relaciones Exteriores de Washington, cuyas operaciones tienden á la anulación absoluta de la libre vida política internacional de los Estados iberoamericanos, el Museo Comercial y Económico de Filadelfia, cuya Exposición va á celebrarse en el próximo Octubre, tiene también, como complemento, su *Oficina de información*, cuyas operaciones, que conducen á la absorción de toda la vida económica y comercial de las Repúblicas americanas, será en substancia la anulación absoluta de la libre vida económica y mercantil de los Estados iberoamericanos, absorbidos más y más cada día por la atracción magnética de la inmensa boa del Norte, que se obstina en cubrirle todos los caminos de la existencia nacional é independiente.

Tal es la obra con que se teje el laberinto cerrado de esta acérrima competencia.

*
* *

Sobre la esfera de influencia política que tiende á la incorporación integral en todo el doble continente á la hegemonía casi soberana del del Norte y al predominio de raza, nos basta por hoy con las reflexiones expuestas. Pero algo hemos de decir acerca del adormecimiento imaginado respecto á España.

No tenemos que formular la menor censura sobre el acto de severa circunspección que en España ha realizado el Gobierno del Sr. Silvela en el restablecimiento de las relaciones diplomáticas y consulares con los Estados Unidos. Tenemos demasiados intereses de relación moral y mercantil en los territorios de que en América y Asia los Estados Unidos acaban de despojarnos, para que no deje de considerarse el decreto de 15 de Abril como una necesidad imperiosa de Gobierno, impuesta por la alta vigilancia de nuestros intereses morales y materiales en Cuba, Puerto Rico y las islas Filipinas, que al Gobierno español corresponde. Pero estas relaciones, que serán tan corteses y tan cordiales como el deber internacional reclama entre los dos Gobiernos, no pueden estar dotadas de la amiga intimidad de pueblos que se consideran con igual respeto y simpatía. Los que hayan creído que los Estados Unidos impunemente han podido arrebatarnos Cuba, Puerto Rico y todo el imperio de las Filipinas por artes de una doblez, de una deslealtad criminal que no lava la suerte de las armas, y que después de esto aquí no ha pasado nada y que podemos ser tan amigos como antes, se engañan. Pero se engañarían aún más los que, so capa de amistad, volvieran al suelo hidalgo, que los admite en su seno, á ensayar nuevas tentativas de dolo y de doblez. Una confianza, que no hay para qué calificar, en la lealtad y honradez de nuestros procedimientos políticos internacionales, ha sido la causa principal de la suerte última de los negocios planteados desde el primer momento de las insurrecciones coloniales que han terminado con la guerra desastrosa con los Estados Unidos. Sin esta confianza, que deliberadamente no queremos calificar, los gobernantes de España, de haber dado oportunamente oídos á los avisos anticipados

que los publicistas americanos y los órganos de combate de la opinión de aquel país han estado dando sin cesar desde que se suscribió en 1878 el tratado de Zanjón, hubieran dispuesto de otra manera las cosas, á fin de que las astucias púnicas de los americanos del Norte no hubieran ejercido en la gran Antilla el influjo que fue el germen de aquellas insurrecciones, ni su disposición á provocar una guerra inesperada, espiando desde la esquina de la emboscada el momento de la mayor declinación de nuestras fuerzas defensivas y del mayor agotamiento de nuestros recursos, no le hubiera valido la fácil victoria conseguida y los imponderables beneficios arrancados por la fuerza á un triunfo que la historia calificará, respecto á los Estados Unidos, de deshonor y de vergüenza.

Mas si esa confianza que nos ha mantenido desarmados enfrente de las ambiciones del coloso del Norte en América, que teníamos el deber de creer, contenida por una gran copia de honestas consideraciones, ha sido la causa de la ruina de casi todo el imperio de nuestro poder colonial; esa confianza no puede volver á ser atributo de nuestros Gobiernos respecto á los de los Estados Unidos y á sus agentes diplomáticos en lo sucesivo, puesto que ella ha tenido por base el dolo y la doblez.

Del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre los Gabinetes de Madrid y Washington apenas se verificasen los canjes del llamado tratado de paz, habían hablado demasiado temprano y demasiado imprudentemente, como acostumbran, los periódicos norteamericanos y las agencias telegráficas que comunican sus noticias por el resto de aquel doble continente. Por estos conductos sabíamos, hace más de dos meses, quién había de ser el honorable diplomático que mister Mac Kinley se proponía enviarnos, y quién el que por parte de España habría de ir cerca de la Casa Blanca. No ha habido el menor error en las designaciones que los telegramas partidos de Washington y de Nueva York han andado peregrinas durante los dos últimos meses por las columnas de los perió-

dicos de Méjico, del Centro y del Sur. Pero en esos mismos telegramas y en esos mismos periódicos hemos visto asociada, y aun comentada, una noticia á la de la designación de diplomáticos, sobre la que el patriotismo nos impone dar la voz de alarma al Gobierno del Sr. Silvela y á todos los gobernantes y hombres de Estado españoles que al Sr. Silvela sucedan en la dirección general de la política española, y sobre todo en la dirección ulterior de la política internacional de España con relación á los Estados Unidos. Los periódicos que se escriben en castellano en todas las tres Américas, del Norte, Central y Meridional, han publicado telegramas de Washington en que, sin disimulo alguno, se dice que el nuevo diplomático que se acredita en la corte de Madrid, Mr. Bellamy Storer, trae la misión determinada de proponer y negociar con España la cesión de las islas Canarias á los Estados Unidos, y un periódico de Colombia, *El Correo Nacional,* que se publica en Bogotá, en su artículo de fondo del número correspondiente al 9 de Marzo último, titulado *El Centro del Comercio,* admitiendo ya esta idea en calidad de cosa juzgada, al tratar de las nuevas expansiones coloniales de los Estados Unidos y del carácter que los últimos sucesos de la guerra con España imprime á las auroras del siglo que se acerca, escribe estos párrafos:

«También la paz firmada en París el 10 de Diciembre último dará razón aparente á quienes creen que todo final de siglo es marcado por algún acontecimiento de esos que sacuden el mundo hasta sus cimientos y abren nuevos horizontes á la marcha de la humanidad, ya para levantarla en su carrera, ya para sumirla en una época de dolores y miserias, según sea Minerva ó Marte á quien toque presidir la nueva jornada de los tiempos. ¿Más no caemos víctimas de pueril alucinación? ¿Acaso la victoria casi incruenta de un grande Estado sobre otro menor y lejano, reviste consecuencias tan graves?....

»No; no se trata de simples sumas, que si á eso se redujera el punto, el mundo no tendría que preocuparse de lo sucedido, y durante muchos años todavía el cetro del comercio lo veríamos en manos de la Gran Bretaña. Se trata de verdaderas multiplicaciones, y aun de algo más, lo cual modifica sustancialmente el resultado de la guerra. En efecto, de la no-

che á la mañana los Estados Unidos, potencia *apenas* de primer orden, se convierte en pleno siglo XIX en gran potencia colonial, con el anhelo repentinamente desarrollado *de vencer en este campo con la vertiginosa rapidez con que lo han logrado en otros.* Se trata del planteamiento de un problema, cuya solución parecía un imposible: convertir una República democrática en colonizadora á un tiempo en lugares opuestos del globo, y enamorada de las glorias militares. El centro del equilibrio del planeta, que ayer parecía encontrarse en una tierra oriental, por decirlo así, en Rusia, transportarlo de un golpe al Occidente, rumbo que sin cesar ha seguido la fortuna al otorgar á un pueblo por más ó menos tiempo el primer lugar en el globo, Persia, Grecia, Roma, los Imperios carlovingio, napoleónico, británico. Hoy Cuba con Puerto Rico y Filipinas; *mañana las Canarias, que ya se vienen y se negocian,* y las islas de la Sonda, de las que no se apartan las miradas, son los pilares del puente con que la gran República quiere ceñir la tierra por el Ecuador».

Estas mismas ideas se vierten en publicaciones oficiales, y ya en el *Sumario mensual de Comercio y Hacienda de los Estados Unidos,* que publica el departamento del Tesoro público de Washington, al hacer un estudio sobre los sistemas coloniales del mundo, atestado de los datos estadísticos en que los americanos suelen ser tan prolijos y al notar que los Estados Unidos, con sus recientes conquistas hechas contra España, sólo cuenta cuatro colonias con 108.257 millas cuadradas de área y 10.177.000 habitantes, cuando Inglaterra posee cuarenta colonias, 11.250.412 millas de superficie y 344.059.122 habitantes; Francia trece colonias, 3.617.327 millas y 52.642.930 habitantes; Alemania ocho colonias, 1.620.070 millas y 10.600.000 habitantes, etc., y que las rentas coloniales de Inglaterra ascienden á 151.000.000 de libras esterlinas, añade interesantes anotaciones sobre las esferas de ampliación susceptibles de alcanzar en poco tiempo por los Estados Unidos, en cuyos proyectos ni quedan excluídas las islas Canarias en el Atlántico, ni aun las Baleares y otras posesiones litorales de España en el Mediterráneo, mar que se impone á las expansiones comerciales de los Estados Unidos y á la libertad de cruzar por el canal de Suez, y cuyas necesidades no se garantizan ni con la alianza tácita de Italia, ni con la amistad

romántica de Francia, ni con la aproximación diplomática con Turquía y Rusia, pues la navegación yankee necesita en él depósitos de carbón, puertos de escala y baluartes de defensa.

Indudablemente á los políticos de Europa, que tan pigmeos quedaron en la previsión de los sucesos ante el conflicto yankee-hispano, sólo se les ocurrirá al conocer estas ideas: —*¡Estaría bien que América viniese á colonizar á Europa!*— Pero nosotros nos reservamos nuestros juicios sobre estas previsiones, que parecen tan hiperbólicas, y nos reducimos á consignar aquí solemnemente nuestra voz de alerta á los Gobiernos de España, por si el porvenir exige de nosotros demostraciones públicas de nuestros triste acierto, ya que desventuradamente, y por no haberlas dado á la notoriedad de la imprenta, hoy no podemos certificar con documentos otros gritos de previsión dados en 1878 á la raíz del pacto de Zanjón, y que de haber sido escuchados tal vez no sufriéramos el sonrojo de nuestras recientes derrotas.

*
* *

La extensión que hemos dado á estos asuntos, nos obligan á dejar en cartera la relación de los últimos hechos políticos realizados en los demás países americanos, objeto de nuestra atención. Pero estos hechos, que sólo son una parte de la historia viva, de que somos agentes y testigos, no envejecen porque se reserven para otra revista.

Iob.

CRÓNICA LITERARIA

Novelas: De Oñate á la Granja.—Luchana. (Episodios Nacionales), por B. Pérez Galdós.—Misia Jeromita, por Carlos M. Ocantos.—Sobre el «idioma» argentino.

Desde que en estas crónicas se habló del *Mendizábal* del señor Galdós, hanse publicado dos nuevos *Episodios nacionales* del celebrado novelista, cuya metódica laboriosidad es un asombro, aquí donde todo se deja para mañana y donde el *nulla dies sine linea* parecería á la mayor parte de los escritores servidumbre comparable á la de la gleba.

Son, á mi juicio, esos dos volúmenes—*De Oñate á la Granja* y *Luchana*—superiores á los dos que les precedieron y comparables á los de las primeras series. Celebro, en verdad, que esto me proporcione ocasión de aplaudir sin reservas al autor de *Fortunata y Jacinta,* y lo celebro, no sólo por ser yo gran admirador de su talento de novelista, no superado en este siglo en España é igualado por muy pocos en Europa, sino porque los fanáticos de Galdós (todo gran escritor los tiene) llevan á mal que se saquen defectos á sus obras, y aun suelen atribuirlo á ligereza ó pedantería de los críticos.

Esto, con ser injusto, algo tiene de disculpable, ó á mí me lo parece. Diré por qué. Aquí donde tan poco se lee, no me-

diando los estímulos del escándalo ó el ruido, ha solido á veces buscarse la notoriedad literaria *metiéndose* con los grandes escritores, arremetiendo con furor iconoclasta contra los que están en lo alto, como si al subir el dardo á la altura hubiese de elevar también al arquero que lo dispara. Tan mal camino es ese como el de la servil adulación, que si no empina de un golpe, va aupando poco á poco á los que con perseverancia y tacto la cultivan. Ni uno ni otro me atraen. La verdad se debe á todos, grandes y pequeños; pero más grato es decirla cuando es halagüeña que cuando agria y desabrida.

No es necesario advertir que, al hablar de verdad, lo hago en sentido relativo. La verdad *verdadera,* ¿quién puede vanagloriarse de poseerla? Lo que á cada cual puede exigirse es su *verdad subjetiva,* lo que él entiende y siente ser verdadero. Y no es poco pedir fruta tan rara. Vivimos con la mentira al cuello en lo político, en lo económico, en lo literario, en lo moral, en todo. A duras penas se concede que pueda ser siquiera la verdad uno de tantos móviles de los hechos ó los dichos. El aplauso ó la censura, el *bombo* ó el *palo,* en los términos muy expresivos, aunque un poco pedestres, de la jerga periodística (una de tantas jergas profesionales), se atribuyen casi siempre á motivos independientes de la convicción.

Mi verdad respecto de los dos libros citados es que valen bastante más que *Zumalacárregui* y *Mendizábal,* y que en aquéllos volvemos á hallar al Galdós de los primeros *Episodios.* Muy cierto es, como ha dicho un crítico ilustre, que obras de esta clase, que forman parte de una serie, no pueden ser bien juzgadas aisladamente. Pero mientras no acaba de publicarse la colección completa, sólo puede formarse juicio particular de cada volumen ó general de los ya conocidos. Es obvio, además, que aunque guarden entre sí estas novelas cierta trabazón y dependencia, no deben ser comparadas á los capítulos de un libro ni á los tomos de una obra en varios volúmenes. Cada una de ellas es, si no una obra del todo independiente, una obra particular con su asunto y desarrollo propios. Así

son los primeros *Episodios,* y así es, entre los últimos, *Luchana*.

De los dos que son asunto de estos renglones, acaso lleva ventaja *De Oñate á la Granja* en el interés novelesco y en la magistral pintura de algunos episodios. La incertidumbre sobre si la incógnita protectora de Calpena será ó no será..... lo que dice el maldiciente capellán Ibrain, graciosa figura á lo Goya, la disputa entre él y el buen D. Pedro Hillo, el cuadro de la corte de D. Carlos en Oñate, del cual se destaca, por lo bien dibujada, la figura del Infante D. Sebastián, y sobre todo aquel trágico viaje de D. Alonso Castro Amezaga y sus hijas, fugitivos, con Calpena, y la página de la convalecencia de éste en La Guardia, página admirable de poesía campestre, horaciana, impregnada de la satisfacción del vivir entre los dones de la naturaleza y el suave bienestar de una riqueza sin cuidados (la verdadera *aurea mediocritas*), son de lo mejor de Galdós.

En cambio, *Luchana* vence en la acertada proporción de sus partes, en el perfecto equilibrio entre lo novelesco y lo histórico. Es, apelando á una metáfora, modelo de arquitectura novelesca. También, entre sus diferentes escenas, consideradas en particular, hay algunas de primer orden. Muy bien evocada está la de los sargentos en la Granja; las del sitio de Bilbao tienen vigorosa entonación y verdadera vida, pero, sobre todas, el épico episodio de Luchana es una verdadera reconstrucción artística de un hecho histórico. Galdós ha conseguido allí resucitar la figura del Espartero de los buenos tiempos, de aquel que fue popularísimo, ídolo de la nación, árbitro de la España liberal. También ha estado muy feliz el novelista en la pintura de algunos personajes nuevos, como Zoilo, varonil encarnación del viejo «querer es poder», que ahora nos resulta ser un descubrimiento del final del siglo, en las novísimas filosofías sobre el primado de la voluntad, que suelen encubrir una apologética, ya solapada ó ya franca, del egoismo. La figura del noble D. Beltrán, menos saliente y menos aparatosa que la de Zoilo, es tan acabada, tan artística,

de tan fino y aristocrático dibujo, que, siendo secundario el personaje, la atención del lector se siente desde luego atraída hacia ella por lo perfecto de su ejecución.

He citado antes, al hablar de las escenas principales que hallamos en *De Oñate á la Granja*, la dramática aventura de las señoritas de Castro Amezaga, que huyen de la que fue corte carlista, con su padre moribundo, amparadas por Calpena, y pasan por tan diversas y dolorosas peripecias, y aquel otro cuadro, tan distinto, tan lleno de placidez y de vida, de la hospitalidad que dan Demetria y Gracia en La Guardia á su protector mientras convalece de la herida que recibiera defendiéndolas. La transición de uno á otro episodio, aunque no haya sido buscada de propósito y surgiese, por ventura, natural y espontáneamente en el desenvolvimiento de la acción, es, para mi gusto, de un admirable efecto. Tras las emociones que despierta la descripción magistral del viaje de los fugitivos, el ánimo descansa y se deleita en aquella suave tranquilidad de la vida campestre, en la casa opulenta é hidalga de las huérfanas. En cuanto puede un libro imitar la emoción directa de la realidad, paréceme que esa transición semeja á la que experimentamos cuando, desasiéndonos por un momento de los cuidados y amarguras que afligen á los hombres, casi siempre por obra suya, nos entregamos á la inconsciente satisfacción del vivir en un día hermoso de sol, y á medida que nos vamos empapando en el aire tibio y en la luz esplendorosa, parece que se van también disipando, como ráfagas de humo, nuestras preocupaciones, y que nos penetra hasta lo más hondo la serena alegría del mundo, la sonrisa eterna de la Naturaleza. Así, en la novela, las impresiones trágicas del viaje se van fundiendo y disipando en el ambiente de égloga de las escenas de La Guardia.

En esta obra empieza á precisarse el argumento novelesco de la nueva serie de *Episodios nacionales,* vago é indeciso en los primeros volúmenes. No sabemos, hasta ahora, cómo se descifrará el misterio que rodea á la desconocida protectora

de Fernando Calpena. Pero, desde la aparición de Demetria se adivina que los amores de Calpena y Aura han de quedar reducidos á un chispazo romántico, y que la heredera de Castro Amezaga está llamada á ser la señora de los pensamientos de Fernando. Esta sucesión de amores recuerda, aunque lejanamente, la de aquellos otros del Salvador Monsalud, de la segunda serie, con Genara y Sola. Las situaciones son distintas; sólo parece reproducirse la trama del cañamazo de la accion novelesca, fenómeno frecuente en los autores de muchas obras, y sobre todo de obras largas, cuya trabazón exige un hilo de Ariadna que conduzca de unas á otras partes. Parece como que los antiguos argumentos dejan surco en la fantasía, é inconscientemente modelan los nuevos á su estilo.

El asunto *histórico* de *Luchana* es el sitio de Bilbao, para terminar con la batalla de aquel nombre. Como novela histórica (y eso son los *Episodios*) sobrepuja á los tres volúmenes anteriores. Es verdaderamente la representación de la historia en forma novelesca.

No se puede dar, claro está, una fórmula matemática de la proporción y manera en que han de combinarse en las producciones de este género lo real y lo imaginativo, lo que á la historia pertenece y lo que es de la jurisdicción de la novela. Mas no basta en la novela histórica (que es un género mixto) el colocar como figuras decorativas algunos personajes de aquellos cuyos nombres y acciones nos ha conservado la historia, ni poner por fondo á la fábula un cuadro de época. El ideal que debe perseguirse es la compenetración de los dos elementos que denominan el género. Ha de aspirarse á reproducir lo histórico tal como lo debieron de ver y sentir los contemporáneos, no como lo vemos y sentimos nosotros á distancia, acaso con visión más distinta y clara, pero sin duda con emociones menos vivas. El novelista crea una acción y personajes particulares para enlazar con ellos de algún modo los sucesos públicos que la historia le suministra y vestir así la verdad con los adornos de la poesía. Creo que en *Luchana*

ha conseguido este *desideratum*, ó se aproxima mucho á él el Sr. Pérez Galdós.

Aparte de su valor literario, son grandemente sugestivos por su asunto estos *Episodios* de la tercera serie. Corre tan veloz el tiempo, que los sucesos del reinado de Isabel II los vemos ya remotos, siendo, como son, antecedentes inmediatos de las cosas que tocamos y entre las cuales vivimos. Al ver tan magistralmente descrita en la última obra de Galdós la viril tenacidad de los defensores de Bilbao ó el arranque épico del Espartero de Luchana, crece esa impresión de lejanía. La debilitación progresiva del carácter nacional aumenta prodigiosamente la perspectiva de las distancias de los tiempos. Raza extinguida parécenos la de aquellos personajes que evoca el novelista. En cambio—cambio harto infeliz—la escena de los sargentos de la Granja nos ofrece rasgos que todavía subsisten, pues viene á ser como la cifra de la constante debilidad y acobardamiento del poder público ante toda sedición armada, y especialmente ante la amenaza militar. Aquella escena que tan amenamente refiere la misteriosa dama de la novela de Galdós, se ha repetido tanto de entonces acá en esta ó estotra forma, que es una escena verdaderamente simbólica, un símbolo vivo de nuestra historia política de este siglo.

***

El Sr. D. Carlos M. Ocantos continúa publicando sus *Novelas argentinas*. En la última que ha aparecido, titulada *Misia Jeromita*, nos presenta un animado cuadro de costumbres de la clase media bonaerense. La acción es dramática é interesante, y lo acertado y fácil de su desarrollo en el libro, revela la seguridad del escritor que domina el género novelesco. Es, en efecto, el Sr. Ocantos uno de los mejores novelistas americanos, y uno de los buenos entre los de lengua española. Por la manera literaria y el estilo personal, aun prescindiendo de la pureza del lenguaje, muy superior á lo que por

América se gasta, el autor de *Misia Jeromita* debe ser considerado como novelista español, á diferencia de muchos otros escritores del Nuevo Mundo, que parecen en realidad escritores franceses, traducidos á un castellano irregular y fantástico, lo cual hace desmerecer el positivo talento de algunos de ellos. De este defecto tan extendido entre los escritores hispanoamericanos, que se anticipan demasiado á la transformación futura que experimentará acaso el castellano en aquella tierra, dando origen á dialectos ó lenguas que ahora ignoramos, está libre el Sr. Ocantos, que es de los literatos de allende el Atlántico que mejor escriben en español, sin caer por eso en amaneramientos arcaicos, ni en el prurito de casticismo, sino empleando el castellano *vivo,* actual, que se usa entre personas cultas. Su estilo recuerda el de nuestro Galdós, así en la claridad y firmeza de la composición general de sus novelas, como en la soltura con que pone en acción á los personajes y desenvuelve el curso de las escenas de la fábula. Teniendo en cuenta que Galdós es indisputablemente el primer novelista de España, y acaso el segundo de Europa, le falta todavía bastante al Sr. Ocantos para que podamos llamarle el Galdós de América. Pero está en buen camino.

También por su asunto son interesantes las novelas del señor Ocantos. Las titula *Novelas argentinas,* y nos hablan, en efecto, de la Argentina, de la sociedad y las costumbres de aquella parte de América. Esto de que los escritores americanos nos hablen de América, parece cosa tan natural que se cae de su peso, mas no es así en la práctica. La influencia literaria predominante hoy en la América latina es la francesa, y la juventud ilustrada de aquellos países suele rendir apasionado culto á los literatos contemporáneos de la nación vecina, dignos, por cierto, muchos de ellos, de admiración. La imitación desenfrenada de tales modelos, no siempre bien elegidos, hace que en ocasiones las obras bajo esa influencia escritas, sean verdaderas obras francesas vestidas con otro ropaje lingüístico. Y, naturalmente, tratándose de libros *pen-*

sados en francés, no hay competencia con los de los franceses auténticos, con los que proceden de la fuente original, aun habiendo entre los hispanoamericanos de esta escuela escritores de gran sentido artístico, de clara inteligencia y de notable cultura.

El Sr. Unamuno, en una reciente crítica acerca de cierta novela de Grandmontagne, hacía notar con su profundidad habitual esto mismo: la conveniencia de que los hispanoamericanos nos hablasen más de América. Rubén Darío le contesta en la hoja americana de *Vida Nueva* que Buenos Aires no es la pampa, sino una metrópoli cosmopolita en comunicación con todo el mundo. Pero aun siendo así, y prescindiendo de que no hay dos Buenos Aires en la América española, la ciudad del Plata tendrá de seguro su fisonomía especial (alguno de cuyos aspectos nos va dando á conocer en sus novelas el Sr. Ocantos), y ofrecerá por la misma intensidad de su vida temas y asuntos abundantes, más propios de plumas americanas que los tópicos del decadentismo francés, que en Francia misma no es ni con mucho la única dirección del arte ni acaso la que lleva mayor ventaja. En París hay algo más que el *Mercvre de France.*

El Sr. Ocantos se burla donosamente en su obra de uno de esos poetas *delicuescentes* que tanto abundan en América, como se burla con igual donaire de los que quieren hablar en criollo, creyendo así cultivar un dialecto nacional.

A propósito de lenguas, leo en el aludido artículo del señor Darío que el doctor argentino D. Luciano Abeille va á presentar en la sección de Instrucción pública de la Exposición de 1900 una obra acerca del futuro idioma de su país. A este propósito recuerda el articulista, sin duda por estimarla conforme con la tendencia del libro del Sr. Abeille, la opinión de un filólogo francés, según el cual «el *argentino* (?) no debe ser el castellano de Europa, porque representa desde todos los puntos de vista una tradición diferente, ó por lo menos una bifurcación de la traducción primitiva, merced á

las demás corrientes tradicionales—francés, italiano, lenguas indígenas, inglés, alemán—que con él se han mezclado. Igualmente el latín, trasplantado á España por la conquista romana, no permaneció idéntico al latín de Italia.....»

Más de una vez he hablado en esta Revista de la inevitable transformación del castellano en América, mas los filólogos que cita el Sr. Darío llevan las cosas demasiado deprisa. Hoy por hoy, el argentino no existe, pues todos sus rasgos esenciales de idioma son los del español, y la mera agregación de voces extrañas ó provinciales al léxico, no basta para alterar la estructura de una lengua, determinada más por la Gramática que por el Diccionario. (Y tampoco hay un *Diccionario argentino,* propiamente hablando.) La fusión de elementos tan disparatados como el francés, el italiano, el alemán, el inglés y las lenguas indígenas, es decir, lenguas romances, lenguas germánicas y lenguas de otra familia y hasta en otra fase histórica (no sabemos si al hablar de lenguas indígenas aludirá por ventura al *abipon* ó al *puelche*) formaría, no ya una lengua nueva, pero apenas una jerga franca como la que se usaba en las costas de Levante. Influirán acaso todos estos elementos, pero en muy diversa proporción y medida; algunos importando meramente unas cuantas voces. Mas el idioma, de formarse, se formará lentamente, con elementos afines, y principalmente por el trabajo espontáneo de composición y descomposición, de eliminación y agregación filológicas que va operando el pueblo, pues las lenguas no se crean sabiamente en las Academias ni en los gabinetes de los lingüistas, ni menos combinando reflexivamente unas con otras las distintas hablas. Así no se ha formado más que el volapuck.

El ejemplo del latín hay que entenderlo, y es asunto que exige más detenida explicación de la que yo podría dar ahora. Se le cita frecuentemente por ser la derivación de los romances el caso más conocido de la formación de lenguas nuevas. Parece que la futura transformación de los idiomas hablados hoy en América (castellano, inglés, portugués;—hasta ahora

las variaciones son provinciales y no llegan á ser ni aun dialectales verdaderamente)—habrá de ofrecer semejanzas con aquel caso histórico. Pero no todas las circunstancias de uno y otro son las mismas, ni podemos adivinar cuáles serán las futuras. Fuera de esto, ese mismo ejemplo muestra bien cómo las lenguas no se transforman de la noche á la mañana. Seis ó siete siglos duró, por lo poco, la transformación del latín en romance castellano. Ahora se vive más deprisa que entonces, pero no tanto, y menos en las cosas que no son obra de elaboración artificial.

E. Gómez de Baquero.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Il Socialismo, del Dott. Napoleone Colajanni, 2.ª edizione. Palermo; Remo Sandron, libreio-editore, 1898.—Un vol. de XVI-328 págs., 4 liras.

La primera edición de este libro se publicó en 1884; de ella dí cuenta y un largo resumen en el libro sobre *El Positivismo en la ciencia jurídica y social italiana,* segunda parte. En aquella época era Colajanni uno de los pocos socialistas de su país, y fue su obra la primera en Italia y una de las primeras, fuera de ella, que trataron del socialismo científico, esto es, que examinaron el socialismo á la luz de los principios de la ciencia moderna, singularmente á la luz de la doctrina darwinista y evolucionista.

La segunda edición, que hace poco se ha dado á la estampa, conserva el fondo substancial, el espíritu y hasta la estructura de la primera; pero está tan cambiada, ó mejor dicho, tan retocada y tan modificada, que sin gran dificultad podría considerarse como un libro del todo nuevo. Suprimidos varios capítulos de la primera edición, los ha sustituído el autor con otros nuevos, y en los que se han conservado ha fortalecido las opiniones allí sustentadas, aduciendo mayor número de datos y aprovechando, al efecto, una buena parte de cuanto sobre problemas sociales se ha escrito en los catorce años que median entre las dos ediciones de la obra. Porque con razón puede decir Colajanni que las doctrinas que él expuso y sus-

tentó casi sólo allá en 1884, las profesan hoy un gran número de pensadores y publicistas: son doctrinas que, en gran proporción por lo menos, se han hecho comunes por doquiera en el mundo civilizado.

Quienquiera que desee conocer y penetrarse bien del problema, en el día tan interesante, de las relaciones (de afinidad, de oposición total ó parcial, de auxilio mutuo) entre el socialismo y la ciencia moderna, puede acudir al libro de Colajanni, seguro de encontrar en él un buen compendio relativo al asunto, escrito por un hombre de talento, muy conocedor de lo que trae entre manos y muy parco y circunspecto en precipitar soluciones y en dar como firme y afinitivo lo que se halla en duda y en estado de mera hipótesis, por carencia de bastantes datos sobre que apoyarse para concluir algo con perfecta seguridad.

P. Dorado.

Recherches sur l'histoire de l'Economie politique, par Ernest Nys, professeur á l'Université de Bruxelles, juge au Tribunal de première instance, membre de l'Institut de droit internacional.

Conocidísimo el autor de este libro por sus interesantes estudios de derecho internacional, que le han dado fama como profundo pensador y publicista de mérito, se revela ahora como historiador, pero historiador á la usanza moderna, de una rama sociológica de la mayor importancia: de la economía. Sus incesantes trabajos en la especialidad que cultiva, le colocan en situación sumamente ventajosa para esta nueva tarea que emprende, por lo tanto, en condiciones muy favorables; por cuanto que si el derecho es forma que interviene en toda la vida humana, y si en ésta desempeña el papel principal la satisfacción de las necesidades humano-corpóreas (economía), la esfera del derecho económico y, sobre todo, del derecho económico internacional—que por naturaleza racional

de los medios de esa índole es amplísima—no puede menos de ocupar un lugar privilegiado en la labor de los sabios que hacen del derecho internacional asunto de sus investigaciones. El consumo económico no reconoce límites ni fronteras, y por eso busca su satisfacción en los productos de todos los pueblos, y debido al cambio es universal, y por serlo, el comercio se hace cosmopolita, de donde nace el carácter internacional de la moneda y del crédito. ¿Cómo, pues, dejar de reconocer que los cultivadores del derecho internacional han de estar muy versados en las materias económicas, y que los historiadores de esta rama del derecho han de encontrarse perfectamente preparados para realizar estudios de historia de la economía?

En la vasta literatura económica ocupan un lugar muy importante los libros de historia internacional y externa—de la vida y de la ciencia económica.—Sobrado conocidas son las obras de Du Mesnil-Maigny, Böck, Dureau de la Malle y Cossa, sin contar cien numerosas monografías muy dignas de aprecio, por lo que á la antigüedad oriental y clásica se refiere; y las de Cibrario, Lamprecht, Cuningham, Contren, Cusumano, Cossa, respecto á la Edad Media, limitándonos sólo á lo que podemos llamar obras de conjunto; mas con ser tan notables, todavía la de Nys tiene méritos que la recomiendan al estudio de los eruditos en esta materia; puesto que en todas aquellas no aparece, por ejemplo, con el relieve que debe tener la influencia que en la vida económica del mundo civilizado ejercieron los bizantinos y los musulmanes; asunto que trata con excepcional competencia el ilustre escritor belga, poniendo á contribución las curiosísimas noticias y las concienzudas observaciones de Rambaud, Nicole, Schumberger, Reclus, Ibn Kaldoun.

Son, por más de un concepto, dignos de alabanza los capítulos que dedica á la Sicilia normanda, á las villas en la Edad Media, á la Europa comerciante é industrial, á la política comercial; pero en donde el autor extrema sus especiales cuali-

dades de erudito de primera mano, de investigador sagaz é imparcial, de crítico certero y concienzudo, es en los consagrados á las teorías económicas de la Edad Media, los judíos en la misma época histórica, los comerciantes y los banqueros, el tesoro de la Iglesia, los Templarios, los Hospitalarios.

En el último de los capítulos del libro que examinamos, ocúpase Mr. Nys, entre otras cosas de interés, de los economistas europeos en los siglos XVI y XVII, y por cierto que al hablar de los españoles dice «que apenas se encuentran obras de economía política de importancia». Este juicio, un tanto aventurado, no puede pasar sin correctivo por nuestra parte, y cuenta que sabemos distinguir entre patriotismo y *chauvinisme*. Si por obras importantes entiende el autor obras completas á la manera didáctica, acaso tenga razón, por más que entonces esta carencia no se limite á España, una vez que casi sucede lo mismo en los demás países cultos; ahora, si la importancia de las obras ha de ser calificada por la originalidad del autor, por los asuntos estudiados, por la atenta observación de la realidad, por la solidez del juicio, por el encadenamiento de la argumentación, pudo Mr. Nys haber citado, sin temor á que nadie pusiera en tela de juicio su mérito, libros como los de *De subventione pauperium*, de J. L. Vives; el *Memorial de la política necesaria*, de González de Cellorigo; la *Restauración de la abundancia de España,* de Caxa de Leruela; los *Memoriales* ó *Discursos* y el *Epítome*, de Martínez de Mata, de quien dice y prueba el Sr. Costa (D. Joaquín) en su magnífico libro el *Colectivismo agrario en España,* que debe considerársele como precursor de A. Smith. Entre los mismos famosos *arbitristas* encontraría seguramente el escritor belga más de un nombre ilustre en la historia de la economía, y acaso rectificara su opinión si le recordamos los de economistas como Cerdán de Tallada, Pedro Simón Abril, Pérez de Herrera, Castañeda, Adam de la Parra, Pellicer de Ossau y otros más que vería citados en las *Memorias de la Academia de Ciencias morales y políticas* (Colmeiro), en la *Introducción al estu-*

dio de la economia, de Cossa, y en *El colectivismo agrario en España*, de Costa.

De haber estudiado más á fondo Mr. Nys nuestra literatura económica de los siglos XVI y XVII, hubiera encontrado en más de un escritor de esta época tendencias calificadas de modernísimas, entre otras, *la nacionalización de la tierra*, *el unearned increment*, *el homestoael*, como señaló en el obispo de Albi Vida, autor de la *Christiade*, manifestaciones tan francamente anarquistas como estas que se contienen en el primer diálogo de *De dignitate republicæ*: «La congregación civil es la causa de los mayores males.» «Las leyes constriñen al hombre y le obligan á vivir á gusto de los demás; le privan de su innata libertad, y así destruyen el goce de la vida.» «Consultad la conciencia del hombre, y os encontraréis con el derecho natural. Desde que existe la reglamentación, el Estado no ha sido regido por la justicia. Los antiguos lo decían ya: donde está el Gobierno, allí encontramos la injusticia suprema; porque, ó bien el Estado es el gobierno de muchos, que atienden á su medro personal, ó bien es el de uno solo, que reduce á esclavitud á los demás.»

ADOLFO A. BUYLLA.

Sul rinnovamento scientifico del diritto penale, per M. Angelo Vaccaro. Prelezione al corso del diritto procedura penale nella Regia Università di Roma.—Roma, Ermanno Loescher & C.° 1899.—Un folleto de 27 páginas, una lira.

El autor de la presente disertación, bien conocido de los estudiosos de Sociología por sus diferentes trabajos relativos á esta disciplina y al derecho penal, sostiene que el último necesita renovarse desde sus propios fundamentos, pero que esta renovación no ha podido ni podrá lograrla siguiendo los derroteros emprendidos por la «nueva escuela» ó escuela antropológica, la de Lombroso, sino que para ello ha menester tomar una orientación sociológica, servirse de criterios socio-

lógicos, inspirarse en las enseñanzas de la Sociología. Los problemas que, según el autor, deben ocupar á los nuevos penalistas, son los referentes al origen de la penalidad, función social que la misma desempeña, leyes especiales de su evolución dentro de la evolución total de la humanidad, proceso de la formación histórica de las varias ideas que constituyen hoy el fondo de las doctrinas penales, el proceso histórico de las principales especies de delitos y el origen, oscilaciones y transformaciones de la delincuencia.

P. Dorado.

La famille dans les differents societés, por C. N. Starcke.—Un vol. de la *Bibliothèque sociologique internationale*. 276 págs.—París. Giard y Brière, Editeurs. 1899.—Su precio, 5 francos.

No ha publicado muchos libros el Sr. Starcke, profesor-privat-docent en la Universidad de Copenhague. Por mi parte conozco tan solo dos folletos sociológicos: el uno sobre el *Método de la sociología*, y el otro una memoria contenida en los *Anales del Instituto internacional de sociología*, tomo IV, acerca de *Las leyes de la evolución política*. Además conozco un libro acerca de *La famille primitive* (París, Alcan, 1890). Y sin embargo, á pesar de haber publicado tan pocos trabajos de sociología, el Sr. Starcke es uno de los sociólogos más estimados y más digno de ser consultado, en una de las materias sobre que las investigaciones sociológicas necesitan fundarse con más frecuencia. Todo lo cual se explica, porque le debe la Sociología moderna una de las obras más sólidamente trabajadas, obra que es indispensable consultar en el estudio de los orígenes y evoluciones primitivas de la familia humana. La obra es la que queda citada en último término. Apenas habrá artículo ni libro que trate de los orígenes de la familia, en estos últimos tiempos, que no tenga en cuenta las investigaciones tan bien orientadas del Sr. Starcke.

Teniendo presente esto, es decir, lo que parecía constituir una verdadera especialidad del profesor citado, cuando ví anunciado el nuevo libro, el que motiva estas líneas, relativo, como el otro, á la familia, confieso que sentí verdadera impaciencia por leerlo. Creí, en efecto, que se trataba de la continuación de *La familia primitiva;* y preciso es reconocer que el título *La familia en las diferentes sociedades*, podía muy bien cuadrar á una investigación de la índole de la que esa continuación expone. Por eso, cuando recibí el ejemplar del nuevo trabajo del Sr. Starcke, experimenté cierta decepción.

Pero pronto hube de rectificar la impresión de desencanto que la lectura del índice me produjo, leyendo los interesantes capítulos que el distinguido autor dedica á la familia... moderna, á la familia actual.

El historiador del hombre primitivo, el sociólogo, es además un buen moralista.

Porque la nueva obra de Starcke, es, ante todo, la obra de un moralista. La familia se estudia en ella, en sus respectos y significación morales. El mismo autor lo declara en el prólogo de esta edición francesa, en cuanto advierte que lo que le preocupa en la investigación de la familia, como hecho real, es el problema moral. «En ese mundo íntimo de las relaciones de la familia, es donde los problemas morales se plantean de la manera más seria y donde se libran los combates morales más importantes.»

Para verificar su indagación, el autor distingue con relación á Europa—que es á donde principalmente se refiere,—dos grupos de naciones: latinas y germanas, las cuales han planteado y tienden á resolver los problemas de la familia de una manera diferente. Partiendo del supuesto según el cual predomina en la latina el sentido y la idea de la unidad de la familia, y en la germana el criterio individualista, explica por el influjo inevitable de las concepciones sociales que de ahí respectivamente resultan, los caracteres diferenciales de las familias germanas y latinas.

El número de cuestiones que el Sr. Starcke plantea y estudia, es muy grande, todas de un interés indiscutible; así en el capítulo primero, al hablar de la familia como entidad social, trata de la situación de la misma, del matrimonio y de la vida sexual, de la castidad en los diferentes estados del hombre, del sentimiento del amor, de la fidelidad conyugal, de la monogamia y de la bigamia, etc.; en el capítulo segundo, á propósito de la fundación y disolución del matrimonio, estudia el matrimonio religioso y el civil, el divorcio, las segundas nupcias, etc.; en el tercero, tratando de la autoridad respectiva de los esposos, habla de la aversión hacia el matrimonio, de la autoridad marital, de la naturaleza de la mujer, del amor, del lado económico de la familia, y por último, en el capítulo cuarto, con ocasión de investigar las relaciones de padres y de hijos, expone largas y muy atendibles consideracisnes sobre el amor paternal, el reconocimiento del hijo, el hogar, el derecho hereditario de hijos legítimos y naturales, las relaciones entre hermanos, etc., etc.

A. Posada.

En los Estados Unidos. Apuntes por el Dr. Juan B. Justo. — Buenos Aires, 1898.—Un folleto de 78 págs.

Contiene este folleto, según lo indica ya su propio subtítulo, una serie de notas ó apuntes, bien ordenados por cierto y no poco interesantes, acerca del mayor de los Estados norteamericanos, apuntes tomados en el propio país y relativos á todas las principales manifestaciones de la vida social (económica, religiosa, política, administrativa, industrial, intelectual, etc.) de la gran República.

Aun cuando hechos por un socialista y dedicados á un periódico obrero, la imparcialidad y *objetividad* con que están escritos los hacen muy útiles para toda persona, aun para aquellas que no miren al Socialismo con buenos ojos.

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Acuña (M.)—Obras de Manuel Acuña, con un prólogo de Juan de Dios Peza. En 8.°, 288 págs.: 3 pesetas.

Aldama (M. de).—Las aplicaciones del título de abogado. En 8.°, 289 páginas: 3 pesetas.

Almendros Camps (J.)—Nostálgicas. En 12.°, 202 págs.: 3 pesetas.

Aranzadi (T. de).—Etnología, Antropología filosófica y Psicología y Sociología comparadas. *Segunda edición*, enteramente reformada. En 8.°, 551 págs,: 6 pesetas.

Blasco (E.)—Don Saturnino, monólogo. En 4.°, 12 págs.: 1 peseta.

Boletín de la Real Academia de la Historia. *Tomo XXXIV. Cuaderno III.* Marzo de 1899. En 4.°, páginas 177 á 272. Cada cuaderno, 1,25 pesetas.

Boniquet (J.)—Higiene razonada de la boca, ó sea consejos útiles para su conservación. *Primera parte.* En 8.°, 174 págs. con grabados, tela: 2,50 pesetas.

Carracido (J. R.)—El Padre José de Acosta y su importancia en la literatura científica española. En 4.° mayor, 167 págs.: 3 pesetas.

Carrión (M. R.)—Zarzamora, novela. En 8.° estrecho, 205 págs.: 2 pesetas.

Colección elzevir ilustrada, vol. XVII.

Casañ y Alegre (J.)—Los Congresos bibliográficos y sus resultados en el adelantamiento de la ciencia bibliográfica. En 4.° mayor, 16 páginas.

No se ha puesto á la venta.

Cortés (R.) y Escacena (A.)—Juanilla, zarzuela en un acto, prosa y verso. En 4.°, 40 págs.: 1 pta.

Cristóbal Colón. Cartas que escribió sobre el descubrimiento de América y testamento que hizo á su muerte. En 16.°, 192 págs.: 50 céntimos.

Chedomil Mijatovich (E. S.)—Estado social y moral del Imperio griego á la toma de Constantinopla por los turcos; versión española y prólogo de M. Walls y Merino. En 4.°, x-185 págs.: 2,50 pesetas.

Díez y Pinedo (E.)—Anuario de la Bolsa, del Comercio y de la Banca para 1899. En 8.° mayor, 520 y 117 págs, de anuncios, más XVIII de índices: 5 pesetas.

Elola (J. de). —Eugenia, novela. En 8.°, 311 págs.: 3 pesetas.

Fernández Duro (C.)— El Doctor D. Marcos Jiménez de la Espada, naturalista, geógrafo é historiador. Necrología. En 4.°, 32 páginas.

Flores García (F.) y Briones (G.)— Rosario; comedia en tres actos, en prosa. En 4.°, 59 págs.: 2 pesetas.

Funes (E.)—Segismundo; estudio crítico. En 8.°, 159 págs.: 2 pesetas.

Gallego Ramos (E.)—El municionamiento de la infantería en el combate moderno. En 4.°, 62 páginas: 2 pesetas.

García del Real (L.)—Tradiciones y leyendas españolas. *Vol. IV.* En 4.°, 274 págs.: 1 peseta.

Gaztambide y Zía (J.)—Literatura dramática y musical. En 8.°, 40 páginas: 1 peseta.

González Cando (L.) y López Alvarez (A.)—El suicidio de anoche; juguete cómico, en un acto y en verso. En 4.°, 34 págs.: 1 peseta.

Imbert de Saint-Amand.—Napoleón III. En 4.°, dos tomos, 332 y 360 págs.: 15 pesetas.

Larrubiera (A.) y Casero (A. —El querer de la Pepa; sainete lírico, en un acto, dividido en tres cuadros. En 4.°, 45 págs.: 1 peseta.

López-Ballestero (L.)—Raza vencida; drama en tres actos y en prosa, original. En 4.°, 73 págs.: 2 pesetas.

Múgica (S.)—Indice de los documentos del archivo del Ayuntamiento de San Sebastián. En 8.° mayor, xv-513 págs.: 10 pesetas.

Olmedilla y Puig (J.)—Estudio histórico de la vida y escritos del sabio médico, botánico y escritor del siglo XVI, Cristobal Acosta. En 4.°, 93 págs., con el retrato y un facsímile: 2 pesetas.

Oller (N.)—Le Rapiat; étude d'une passion; ouvrage couronné aux Jeux Floraux de Barcelone, traduction du catalán, par Albert Savine. En 8.° estrecho, 225 páginas: 2 pesetas.

Ossorio y Bernard (M.)—La vida en sociedad. En 8.°, 232 páginas: 3 pesetas.

Pérez Galdós (B.)—Episodios nacionales. *Tercera serie. Luchana.* En 8.°, 396 págs.: 2 pesetas.

Perrín (G.) y Palacios (M. de).— Bettina; juguete cómico-lírico en un acto. En 4.°, 35 págs.: 1 peseta.

Pidal y Mon (A.)—Discurso en elogio de D. Manuel Tamayo. En 4.° mayor, 41 páginas.

Piquer y Martín-Cortés (R.)—Formularios para la instrucción de los procedimientos militares. En 4.°, 270 págs.: 7 pesetas.

Ribot (Th.)—Las enfermedades de la voluntad; traducción española de Ricardo Rubio. En 8.°, 180 páginas: 2,50 pesetas.

Romero Quiñones (U.)—Principios de organización racional y productiva del ejército. En 12.°, 128 págs.: 1 peseta.

INDICE

Págs.

Tierras vírgenes (novela), por Ivan Turgueneff..... 5
¿Estudió Cervantes en Salamanca? por Blanca de los Ríos de Lampérez..... 44
Las Colonias Universitarias, por J. Scott Lidgett, W. G. Field, J. Russell y C. Roger..... 71
Discursos á la Nación Alemana, por Juan Fichte..... 96
Poetas americanos: El fin de Satán, por José S. Chocano..... 123
Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 129
Revista Hispanoamericana, por Iob..... 164
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 188
Notas bibliográficas, por P. Dorado, Adolfo A. Buylla y A. Posada 198
Obras nuevas..... 206

España moderna

AÑO 11. NUM. 126.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

JUNIO 1899

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

TIERRAS VIRGENES

(CONTINUACIÓN).

VI

—Dispénseme usted, Valentina Mikhailovna—dijo la joven dirigiéndose á Madama Sipiaguin: — estaba ocupada y he tardado algo.

Saludó en seguida á Kallomeitsef, y separándose un poco fué á sentarse en un taburete cerca del papagayo, el cual, en cuanto la vió, se puso á mover las alas, extendiendo el cuello hacia la joven.

—¿Por qué te has sentado tan lejos, Mariana?—preguntó Madama Sipiaguin, cuyos ojos la habían seguido hasta el asiento.—¿Es para estar cerca de tu amiguito? ¿Querrá usted creer que el loro está enamorado de Mariana?

—No me asombra.

—En cambio, á mí no me puede ver.

—¡Eso sí que es sorprendente! ¡Le castigará usted alguna vez!.....

—Jamás. Todo lo contrario. Le doy terrones de azúcar, que por cierto nunca quiere tomar de mis manos..... No..... no es más que cuestión de simpatía..... y de antipatía.

Mariana miró de reojo á Madama Sipiaguin, y Madama Sipiaguin la miró también del mismo modo.

Las dos mujeres no se amaban.

En comparación de su tía, Mariana podía pasar casi por fea. Tenía la cara redonda y la nariz grande y aguileña, los ojos grises, grandes y muy claros, las cejas finas y los labios delgados. Llevaba, como hemos dicho, cortados sus espesos cabellos de color castaño. Su aspecto revelaba testarudez. Toda su persona expresaba no sabemos qué aire de fortaleza, de pasión y de imperio. Pies y manos eran extremadamente pequeños. Su cuerpo robusto, y al mismo tiempo suave, traía á la memoria el recuerdo de las estatuas florentinas del siglo XVI. Sus movimientos eran ligeros y armoniosos.

La posición de la señorita Smetskaia en casa de Sipiaguin resultaba bastante difícil. Su padre, casado é inteligente, de origen semipolaco, había llegado á general; por aquel tiempo se descubrió su participación en un robo enorme contra el Estado, se le formó causa, se le condenó y perdió sus grados y su nobleza, enviándosele á Siberia.

Indultado luego, volvió á Rusia; pero no logró recobrar lo perdido, y murió en la última miseria. Su mujer, hermana de Sipiaguin y madre de Mariana, hija única, no pudo soportar aquel golpe que había destruído la felicidad de su existencia, y murió poco después que su marido.

Sipiaguin recogió á su sobrina Mariana en su casa. Mas, para la joven, esta dependencia en que se veía colocada la disgustaba mucho: aspiraba á la libertad con toda la energía de su alma indomable; entre ella y su tía existía una lucha constante, aunque disimulada. Madama Sipiaguin la tenía por nihilista y atea; por su parte, Mariana veía en Madama Sipiaguin una perseguidora inevitable. Tenía poca intimidad con su tío y con todo el mundo. Evitaba los hombres, pero no los temía. Su temperamento no pecaba de tímido.

—¿La antipatía?—repetía Kallomeitsef.—Sí, es una cosa muy extraña. Todo el mundo sabe, por ejemplo, que yo soy profundamente religioso, ortodoxo en toda la acepción de la palabra, y sin embargo, no puedo ver con sangre fría la cola de rata de un clérigo. Me bulle aquí dentro, me bulle.....

Para expresar bien este bullir de la antipatía que sentía en el pecho levantó dos veces el puño.

—Es, sin duda, el pelo cortado lo que le disgusta á usted, señor Kallomeitsef—dijo Mariana.—Segura estoy de que no puede usted ver con sangre fría á las que llevan el cabello cortado como yo.

Madama Sipiaguin arqueó lentamente las cejas, y movió la cabeza como para expresar su admiración, considerando el atrevimiento con que las jóvenes del día se mezclan en la conversación; mas Kallomeitsef se sonrió con aire de condescendencia.

—En efecto—dijo,—no puedo menos de lamentarme de que bucles tan hermosos como los de usted, señorita Mariana, caigan al filo implacable de la tijera. Mas esto no me inspira antipatía. Por el contrario, el ejemplo de usted podría convertirme.

Kallomeitsef no encontraba la palabra rusa, y como no quería hablar francés, recordando la observación de Madama Sipiaguin, improvisaba una especie de idioma franco-ruso.

—Gracias á Dios, Mariana no usa todavía lentes—dijo Madama Sipiaguin,—y hasta ahora no ha renunciado aún á los cuellos y á los puños. En cambio, con gran disgusto mío estudia las ciencias naturales y muestra al propio tiempo gran afición por cuanto se refiere á la cuestión feminista. ¿No es así, Mariana?

Decía esto con intención de contrariar á Mariana; mas la joven no se turbó.

—Sí, tía mía—respondió:—leo todo lo que sobre ese punto se escribe, y me esfuerzo en comprender en qué consiste esta cuestión.

—¡Oh! ¡Lo que es la juventud!—dijo Madama Sipiaguin á Kallomeitsef.—Usted y yo no nos ocupamos de semejante cosa. ¿No es verdad?

Kallomeitsef se sonrió en señal de aprobación. Le convenía asentir á la alegría juguetona de la amable dama.

—La señorita Mariana—dijo—está todavía imbuída de este idealismo, de este juvenil romanticiamo... que... que... con el tiempo...

—Entonces yo me he calumniado—dijo Madama Sipiaguin.—No me considero tan vieja para que se me tenga por atrasada. Estas cuestiones también me interesan.

—También yo me intereso por esa cuestión—se apresuró á decir Kallomeitsef:—sólo que, si el asunto estuviese en mi mano, hubiera prohibido que se hablase de ello.

—¿Hubiera usted prohibido hablar de ello?—replicó Mariana.

—Sí, y hubiese dicho al público: No impido que te intereses cuanto quieras por ese asunto; mas, en cuanto á hablar... chitón. (Puso un dedo en los labios.) Y en lo que hubiera puesto todo mi empeño habría sido en prohibir que se imprimiera cosa alguna sobre el particular, absolutamente. ¡Ab... so... lu... ta... mente!

Madama Sipiaguin se echó á reir.

—¡Cómo! ¿No podría usted haber hecho que se nombrase una Comisión en el Ministerio para resolver esta cuestión?

—¿Una Comisión? ¿Por qué no? ¿Cree usted que no podríamos nosotros resolver la cuestión tan bien por lo menos como esos emborrona-cuartillas, muertos de hambre, que no ven más allá de sus narices, y que se figuran que son genios de primer orden? De esa Comisión hubiéramos nombrado relator á su marido de usted.

Madama Sipiaguin seguía riéndose.

—Atención: Boris se las echa á veces de jacobino.

—Jaco... jaco... jaco...—chilló el loro.

Madama Sipiaguin agitó el pañuelo para hacerle callar.

—Se conoce que no le desagrada la conversación de las gentes de ingenio. Mariana, distráelo.

Mariana se volvió hacia la jaula y se puso á rascar con la uña el cuello del papagayo, que se dejaba de muy buena gana acariciar.

—Sí—repitió Madama Sipiaguin:—algunas veces Boris me llena de asombro. Tiene la fibra... la fibra del tribuno.

—*Esto consiste en que es orador*—dijo Kallomeitsef.—Su marido de usted posee el don de la palabra más que nadie y está acostumbrado á brillar. Sus propias frases le excitan, y en San Petersburgo el deseo de la popularidad... A propósito, ¿no está ahora algo incomodado? *Algo disgustado,* ¿eh?

Madama Sipiaguin dirigió una mirada á Mariana.

—Pues no lo había notado—dijo después de una pausa.

—Si—continuó Kallomeitsef con aire pensativo.—Se han hecho algunos comentarios en Packnes.

De nuevo Madama Sipiaguin miró á Mariana.

Kallomeitsef se sonrió, y guiñó un ojo para indicar que había comprendido.

—Señorita Mariana—dijo de pronto, en voz más alta de lo que era necesario.—¿Tiene usted este año intención de dar algunas lecciones en la escuela?...

Mariana, volviendo la espalda á la jaula, contestó:

—¿Tiene usted curiosidad por saberlo, Simeón Petrovich?

—Sí, señorita, mucho.

—¿Pues no ha dicho usted que hubiera prohibido eso de buena gana?

—Diré á usted: á los nihilistas les prohibiría hasta pensar en las escuelas; mas, bajo la dirección del clero, bajo la vigilancia del clero, sería yo el primero en crearlas.

—En rigor, no sé lo que haré este año. El último todo ha salido mal. ¿Qué clases quiere usted que haya en el verano?

Cuando hablaba, Mariana se ponía colorada, como si la palabra le produjese esfuerzos, como si le costase trabajo continuar. Tenía mucho amor propio.

—¿No estás suficientemente preparada?—preguntó Madame Sipiaguin con cierto tono de ironía.

—Acaso.

—¿Cómo?—exclamó Kallomeitsef.—¿Qué es lo que oigo?

¡Oh, Dios! Para enseñar el alfabeto á los aldeanillos, ¿es precisa una preparación anterior?

En este momento Kolia se precipitó en el salón gritando:

—Mamá, mamá, ya está aquí papá.

Detrás del niño entró andando penosamente una señora ataviada con una gorra y un chal amarillo, la cual señora anunció también que Boris estaba al llegar.

Esta señora era una tía de Sipiaguin, llamada Ana Zakharovna.

Todos se levantaron y se dirigieron á la antecámara, bajaron la escalera y atravesaron la puerta principal. Una larga avenida de abetos recortados conducía desde la carretera al pie mismo de la escalera. A lo largo de esta avenida rodaba un coche tirado por cuatro caballos. Valentina, que se había adelantado, agitaba el pañuelo.

Kolia gritaba con voz penetrante. El cochero detuvo en firme sus caballos al pie mismo de la escalera. El lacayo saltó del pescante, abrió la portezuela del carruaje de tal modo, que faltó poco para que saltasen los goznes y la cerradura, y con la sonrisa en los labios, en los ojos, en todo el semblante, arrojando alegre y vivamente el abrigo que cubría sus hombros, Boris Sipiaguin echó pie á tierra.

Valentina le rodeó el cuello con los brazos con un movimiento rápido y gracioso, y los dos esposos se dieron tres besos en las mejillas. Kolia saltaba y llamaba la atención de su padre tirándole de los faldones del gabán; pero Boris, habiéndose quitado previamente una horrible gorra escocesa de viaje, tan incómoda como fea, abrazó primero á Ana Zakharovna, saludó á Mariana y á Kallomeitsef, que permanecía al pie de la escalinata (dió á este último un vigoroso apretón de manos á la inglesa, imprimiendo al brazo un movimiento parecido al que se emplea para tocar una campana), y después de todo esto fue cuando se volvió hacia su hijo, lo cogió por debajo de los sobacos, levantándolo del suelo y acercándoselo á la cara.

Durante esta escena, Nejdanof se había deslizado fuera del coche como un delincuente, y colocádose cerca de la rueda de atrás, sin quitarse la gorra y con los ojos fijos en el suelo. Valentina, mientras abrazaba á su marido, había echado una ojeada escrutadora por encima de los hombros de su esposo para mirar aquella cara nueva. Sipiaguin le había anunciado que le acompañaría un preceptor.

Después todos, sin cesar de cambiar cumplimientos y apretones de manos con el dueño de la casa recién llegado, se dirigieron á la escalera, flanqueada á uno y otro lado por los principales criados y criadas. No besaron la mano del amo, costumbre asiática abolida ya de tiempo atrás, limitándose á saludar respetuosamente. Sipiaguin les devolvió sus saludos, más bien con la nariz y las cejas que con la cabeza.

Nejdanof, á su vez, subió por la ancha gradería, y al llegar á la antecámara, Sipiaguin, que le buscaba con los ojos, le presentó á su mujer, á Mariana y á su tía, diciendo después á Kolia:

—He aquí tu preceptor. Es necesario que le obedezcas: dale la mano.

Kolia alargó tímidamente la mano á Nejdanof; miróle después fijamente; mas no encontrando sin duda en él nada de particular ni de agradable, volvió á cojerse de su papá.

Nejdanof se sentía contrariado. Llevaba, como en el teatro, un gabán bastante viejo; su rostro y sus manos estaban cubiertos del polvo del camino. Mad. Sipiaguin le dirigió una frase cariñosa; mas el joven no la entendió bien, fijándose solamente en que miraba á su marido de un modo acariciador y que se apretaba contra él.

El cabello de Kolia, lleno de pomada, no le agradó mucho, y, respecto de Kallomeitsef, pensó:

—¡Qué hocico más relamido!

Y no reparó en las demás personas.

Sipiaguin volvió dos veces con dignidad la cabeza á derecha é izquierda, como para reconocer sus penates. Entonces,

con voz grave y sonora, que no había alterado la fatiga del viaje, dijo á uno de sus domésticos:

—Ivan, conduce al señor preceptor al gabinete verde, y lleva allá su maleta.

A continuación manifestó á Nejdanof que podía descansar, instalarse y asearse: la comida se servía á las cinco en punto.

Nejdanof se inclinó y se dirigió en seguimiento de Ivan hacia la cámara verde, situada en el segundo piso.

Todos los demás entraron en el salón, donde se repitió la bienvenida.

Una criada anciana, casi ciega, entró á saludar al señor.

Por respetos á la edad, Sipiaguin le dió á besar la mano, y suplicando á Kallomeitsef que le perdonase, se dirigió á su habitación, acompañado de su esposa.

VII

El gabinete, limpio y espacioso, á que el doméstico condujo á Nejdanof, daba al jardín. Las ventanas, que eran grandes, estaban abiertas, y un viento apacible movía suavemente las blancas cortinas, que se hinchaban como velas de barco, avanzando unas veces, levantándose algunas y cayendo otras.

Reflejos dorados se dibujaban de cuando en cuando en el techo. Todo el ambiente estaba saturado de un olor de primavera fresco y algo húmedo.

Nejdanof despidió al criado, sacó los útiles de aseo de su maleta y se lavó y peinó.

El viaje le había puesto nervioso: la presencia continua, durante dos días, de un desconocido con el cual había hablado de todo y de nada, aquella conversación deshilvanada é inútil, le había fatigado los nervios. Sentía algo de amargura, de fastidio, de cólera, que se agitaba sordamente dentro de su ser.

Se indignaba de su falta de valor, de su debilidad... y persistía su malestar.

Se aproximó á la ventana y se puso á mirar el jardín.

Contaba éste ya larga fecha de existencia, un siglo ó poco menos. Plantado en «tierra negra», no se encontraba otro que se le pareciese en toda la región de Moscú. Situado en la falda de una espaciosa colina, se componía de cuatro partes completamente distintas. Enfrente de la casa, y hasta una extensión de doscientos pasos, se extendía el parterre, con sus paseos enarenados y tirados á cordel, sus redondos canastillos y sus macizos de acacias y lilas; á mano izquierda, bordeando la caballeriza hasta la granja, se veía el huerto con sus frutales cargados de manzanas, de peras y de ciruelas, alternando con los groselleros y frambueseros; más lejos, enfrente de la casa, se veía una larga fila de altos tilos, que en conjunto formaban un rectángulo grande y regular. Limitaba la vista por la parte de la derecha una doble hilera de álamos blancos, que sombreaban el camino. El techo agudo de un cenador se alzaba detrás de un ramillete de sauces llorones.

Estaba como revestido todo el jardín de ese verde suave de los primeros días primaverales; no se oía todavía el zumbido vigoroso de los insectos, que llena el aire de rumores durante el calor del estío; algunos pájaros piaban aquí y allá; dos tórtolas se arrullaban en un mismo árbol; un cuco solitario cantaba á lo lejos, y más allá, detrás del estanque del molino, sonaba el graznido de cuervos, inmenso y continuado, semejante al rechinar de una multitud de ruedas al rozar con ejes de madera. Por encima de toda aquella vida joven, retirada y solitaria, pasaban grandes nubes de color claro, semejantes á aves enormes y perezosas.

Nejdanof miraba, escuchaba, aspiraba el aire, que refrescaba sus labios entreabiertos. Se sentía entonces á gusto; aquella calma que le rodeaba le penetraba por completo.

En tanto, en el piso de abajo se hablaba del joven. Sipia-

guin contaba á su mujer cómo le había conocido, lo que le había dicho el Príncipe S..... y la conversación que los dos viajeros habían sostenido durante el camino.

—Es un muchacho inteligente é instruido—repetía Sipiaguin.—Algo exaltado en sus opiniones, es verdad, mas ya sabes que á esto le doy yo poca importancia. Estas gentes poseen, por lo menos, una cosa en su favor: tienen amor propio. Por otra parte, Kolia es aún muy pequeño: las lecciones de su preceptor influirán poco sobre él.

Madama Sipiaguin escuchaba á su marido con una sonrisa cariñosa y algo burlona á la vez, como si hubiese oído de labios de su esposo la narración de una calaverada, algo extraña, sí, pero al mismo tiempo divertida. Experimentaba cierto placer al considerar que «su esposo y señor», un hombre tan reposado, tan grave, había sido capaz de cometer una ligereza como si tuviese veinte años.

De pie, delante de un espejo, y luciendo sus tirantes de seda azul sobre una camisa blanca como la nieve, Sipiaguin se disponía á peinarse con dos cepillos, á la inglesa, mientras que Valentina, medio recostada, con los pies puestos sobre un diván turco, le daba cuenta de una porción de cosas: de la administración de la finca; de la fábrica de papel, que ¡ay! no marchaba como era de esperar; acerca del cocinero, á quien había que sustituir; de la iglesia, cuyo revoque estaba en malísimo estado; de Mariana y de Kallomeitsef.

Ambos esposos se tenían un cariño sincero, vivían realmente en amor y concordia, según la fórmula antigua, y cuando Sipiaguin, después de terminada su *toilette,* y con aire caballeresco pidió, para besarla, la mano á su mujer; cuando ella le presentó las dos y miró con orgullosa ternura cómo besaba una y otra, el sentimiento que expresaban los rostros de ambos esposos era honrado y bueno, aunque en los ojos de ella brillaban resplandores dignos del pincel de Rafael, y en los del marido «destellos» de funcionario.

A las cinco en punto Nejdanof bajó para comer, no llama-

do por el sonido de una campana, sino por las vibraciones de un timbre chinesco.

Todos estaban reunidos en el comedor. Sipiaguin saludó de nuevo desde lo alto de su corbata á Nejdanof, y le señaló su puesto en la mesa entre Kolia y Ana Zakharovna.

Ana Zakharovna era una solterona, hermana del difunto Sipiaguin padre; exhalaba olor de alcanfor, como esos vestidos guardados en el cofre durante mucho tiempo; su aspecto era inquieto y taciturno. Desempeñaba en la casa el papel de aya de Kolia. Cuando Nejdanof se colocó entre ella y su discípulo, su mirada ceñuda expresó disgusto.

Kolia, por su parte, miraba con el rabillo del ojo á su nuevo vecino; el avispado chiquillo adivinaba que su profesor estaba cortado.

En efecto, Nejdanof no levantaba los ojos del plato, y apenas comía. Kolia no parecía muy descontento, pues siempre había temido que su profesor fuese un señor severo é irascible.

Valentina miraba á Nejdanof. «Tiene el aspecto de un estudiante—pensaba,—y se conoce que no posee hábitos de sociedad; pero su aire es interesante, y sus cabellos tienen un color original, parecido al de ese Apóstol que pintan siempre rojo los pintores. Las manos son de persona fina.»

Todos los comensales miraban también á Nejdanof, mas nada le decían. El joven se daba cuenta de la curiosidad de que era objeto, y sentíase al propio tiempo satisfecho é irritado, sin saber por qué.

Kallomeitsef y Sipiaguin sostenían la conversación. Hablaban del *zemstvo,* del gobernador, del peaje de los caminos, de los Bancos de redención, de sus amigos de San Petersburgo y de Moscú, del Liceo Kalkof (1), que acababa de abrirse, de la dificultad de encontrar jornaleros, de las multas, de los estragos causados por las bestias del campo, de Bismarck, de

(1) Kalkof, director de *El Mensajero Ruso* y de *La Gaceta de Moscú.*

la guerra de 1866 y de Napoleón III, á quien Kallomeitsef calificaba de simpático.

El joven cortesano profesaba opiniones retrógradas, llegando hasta á repetir—aunque como en broma—el brindis pronunciado por uno de sus amigos en un banquete de carácter íntimo: «Bebo á la salud de los dos únicos principios que reconozco —decía, algo excitado por las libaciones—el potro y el *knout*.»

Mad. Sipiaguin frunció las cejas, haciendo notar que aquella cita era de *muy mal gusto*, de *très mauvais gout*.

Sipiaguin se expresaba en sentido muy liberal, y refutaba las teorías de Kallomeitsef con cortesía, no exenta de cierta llaneza un tanto festiva.

—Sus ataques á la emancipación, mi querido Simeón Petrovitch—le dijo, entre otras cosas,—me recuerdan cierta relación que el excelente y respetable Tocritinof presentó en lugar muy elevado, allá, por los años de 1860, y que leyó después en los salones de San Petersburgo. La frase más saliente de aquella relación era la que decía que «los aldeanos emancipados no dejarían de desparramarse, con una tea en la mano, por toda la extensión de la patria.» Era necesario haber visto entonces á Tocritinof con los carrillos hinchados y los ojos desmesuradamente abiertos, y de par en par su boca infantil, gritando: «¡La tea, la tea.....! ¡Una tea en la mano! Pues bien, la emancipación se ha hecho. ¿Dónde están los aldeanos con sus teas?»

—Tocritinof—replicó Kallomeitsef con voz opaca—se engañaba en una sola cosa. No son los aldeanos, son otros los que llevan las teas.

En este momento, Nejdanof, que hasta entonces no había visto á Mariana, colocada en el mismo lado de la mesa que él, cambió con ella una sola mirada, comprendiendo inmediatamente que ambos tenían las mismas convicciones y coincidían en la misma tendencia. Cuando Sipiaguin le presentó á ella, no había experimentado la más leve sensación: se conocieron al cambiar aquella mirada.

En el mismo momento se sintió acometido de viva inquietud. ¿No era vergonzoso, ignominioso más bien, estar allí, escuchar semejantes palabras y no protestar, dando á entender con su silencio que participaba de aquellas opiniones?

Sus ojos se encontraron de nuevo con los de Mariana, y le pareció leer en ellos una respuesta á su pregunta. «Hay que esperar: no ha llegado el momento..... Eso no vale la pena..... Más tarde..... Siempre habrá tiempo.»

Le agradó que la joven le comprendiera, y se dispuso á seguir atendiendo á la conversación. Mad. Sipiaguin reemplazaba entonces á su marido, y casi le aventajaba en libertad de opinones y en radicalismo. No comprendía cómo un joven instruído podía dejarse llevar de una rutina tan anticuada.

—Por lo demás—añadió la dama, — estoy convencida de que dice usted todo eso por el placer de llevar la contra. Alejo Dmitrich y usted—añadió con amable sonrisa dirigiéndose á Nejdanof, muy asombrado de ver que Mad. Sipiaguin supiese su nombre y apellido,—ya sé que no participan ustedes de las inquietudes del señor Kallomeitsef: mi marido me ha hablado de la conversación de ustedes durante el viaje.

Nejdanof se ruborizó, se inclinó sobre su plato y pronunció algunas palabras confusas, no por timidez, sino por falta de costumbre de hablar con personas tan distinguidas. Madama Sipiaguin continuaba sonriéndole, mientras que su esposo movía la cabeza con aire protector. Kallomeitsef, con lentitud, se caló el monóculo y se puso á contemplar á aquel estudiante que se permitía no participar de sus inquietudes.

Mas no se intimidó entonces Nejdanof. Por el contrario, el joven levantó inmediatamente la cabeza y sostuvo la mirada del vano burócrata, adivinando que, así como la de Mariana le había dado á conocer un amigo, la de Kallomeitsef le anunciaba un enemigo.

La misma impresión experimentó Kallomeitsef. Dejó caer su monóculo y se volvió, buscando en su imaginación un chiste; pero no se le ocurrió ninguno. Ana Zakharovna, que sen-

tía por el aristócrata una especie de veneración secreta, tomó interiormente su partido y se sintió aún más hostil que antes hacia aquel maldito huésped que la separaba de Kolia.

Acabada la comida, que no fue larga, pasaron todos á la terraza para tomar el café. Sipiaguin y Kallomeitsef encendieron un cigarro. Sipiaguin ofreció á Nejdanof una regalía auténtica, pero el joven la rehusó.

—¡Ah, sí!—dijo Sipiaguin.—Lo había olvidado: usted no fuma más que cigarrillos.

—Es un gusto bastante raro — dijo entre dientes Kallomeitsef.

El estudiante estuvo á punto de saltar diciendo: «Conozco perfectamente la diferencia que hay entre un cigarro de regalía y un cigarrillo de los que yo fumo; mas no me gusta deber nada á nadie.»

Se contuvo, sin embargo, no sin inscribir en el *debe* de su enemigo esta nueva impertinencia.

—¡Mariana!—dijo en alta voz Mad. Sipiaguin.—No andes con ceremonias con el señor: fuma tu cigarrillo, tanto más—añadió volviéndose hacia Nejdanof—cuanto que en el círculo de usted, según he oído, todas las señoritas fuman. ¿No es verdad?

—Es verdad, señora—respondió secamente Nejdanof.

Esta fue la primera vez que dirigió la palabra á Mad. Sipiaguin.

—Yo no fumo—continuó la señora, entornando con expresión cariñosa sus ojos aterciopelados.....— Estoy algo anticuada.....

Mariana, lenta y metódicamente, como haciendo alarde de ello, tomó un cigarro, sacó un fósforo y se puso á fumar. Nejdanof encendió también su cigarrillo, pidiendo la lumbre á Mariana.

La reunión no podía ser más agradable. Kolia y Ana Zakharovna se fueron al jardín. Los demás permanecieron cerca de una hora en la terraza respirando el aire puro de la tarde.

La conversación fue muy animada. Kallomeitsef dió una carga á la literatura; Sipiaguin, siempre liberal, defendió la independencia de las letras, demostrando su utilidad y citando á Chateaubriand, á quien el Emperador Alejandro Paulovitch había conferido la Orden de San Andrés.

Nejdanof no se mezcló en la conversación: Mad. Sipiaguin le miraba, manifestando en su semblante que aprobaba, no sin cierto asombro, aquella discreta reserva.

A la hora del té, todo el mundo volvió al salón.

—Querido Nejdanof — dijo Sipiaguin, — tenemos por la noche la mala costumbre de jugar á los naipes, y además á un juego prohibido, la Houkolka (1). No le invito á usted. Mariana tendrá la bondad de tocar el piano. Estoy seguro de que le gusta á usted la música..... ¿No es verdad?

Y sin esperar respuesta cogió una baraja. Mariana se sentó al piano y tocó, ni bien ni mal, algunas tocatas de Mendelshon.

—¡Encantador, bravo! ¡Qué modo de tocar!—gritó Kallomeitsef, como un energúmeno, desde el otro extremo del salón.

En rigor, esta exclamación era hija tan sólo de pura galantería.

Nejdanof, por su parte, á pesar de la suposición de Sipiaguin, no sentía el menor entusiasmo por la música.

En tanto, Sipiaguin, su esposa, Kallomeitsef y Ana Zakharovna se habían puesto á jugar. Kolia acababa de dar las buenas noches, y cuando hubo recibido la bendición de sus padres y tomado un buen vaso de leche, en lugar del té, se fué á acostar.

Al tiempo que se marchaba, su padre le anunció que al día siguiente comenzaría sus lecciones con el Sr. Nejdanof.

Poco después, notando que Nejdanof estaba sin saber qué hacerse, enmedio del salón, hojeando por recurso un album

(1) Parecido al *Lansquenet.*

fotográfico, Sipiaguin le dijo que no se violentase, y que se fuese, si quería, á su cuarto, puesto que debía estar cansado del viaje. Ya se sabía: la divisa de su casa era: ¡Libertad!

Nejdanof, aprovechando el permiso, se despidió de todos, y salió. Al pasar el umbral de la puerta, se cruzó con Mariana, que le miró frente á frente. La joven, no sólo no se sonrió, sino que frunció ligeramente las cejas. A pesar de esto, el joven pensó de nuevo que Mariana sería para él un amigo, un compañero.

Al entrar en su cuarto, lo encontró saturado de frescura y de perfume: las ventanas habían estado abiertas durante todo el día. En el jardín, y frente por frente de sus ventanas, cantaba un ruiseñor; en el cielo, por debajo de las redondas copas de los tilos, brillaba una luz temblorosa y rojiza: era la luna que despuntaba.

Nejdanof encendió una bujía; varias mariposas grises, de alas afelpadas, salieron á bandadas del jardín, girando y desapareciendo, y el viento que las impulsaba hacía oscilar la llama azul y amarillenta de la bujía.

—¡Cosa más extraña!....—pensó Dejdanof ya acostado.—Los dueños de la casa, los criados, todo el mundo parece aquí bueno, liberal, humano..... ¿Por qué desconfío?.... Un chambelán, un gentilhombre de cámara..... ¡Bah! Por la mañana se piensa con más claridad que por la noche..... No conviene tanta sensiblería.

En aquel instante oyó golpes redoblados que alguien daba en el disco de metal, y una voz gritó:

—¡Alerta!

—¡Alerta!—repitió otra voz á lo lejos.

—¡Caramba!—dijo Nejdanof.

Le parecía que estaba en una fortaleza.

VIII

Nejdanof despertó temprano, y sin esperar á que el criado entrase en su cuarto, se vistió y bajó al jardín.

Era grande y admirablemente cuidado. Varios jornaleros arreglaban los paseos. Por entre la brillante verdura de los setos se entreveían los pañuelos rojos con que cubrían su cabeza los aldeanos, armados de sus rastrillos.

Nejdanof llegó al borde del estanque. Había desaparecido ya la niebla de la mañana; pero el agua humeaba todavía en los rincones sombríos de la ribera. El sol, bajo aún, arrancaba reflejos dorados de aquel espejo plomizo de superficie tersa y como bruñida. Cinco carpinteros iban y venían cerca del estanque.

Un barco nuevo y recién pintado bogaba lentamente de un lado á otro. El agua formaba en torno de él ligeros pliegues. De tiempo en tiempo se oían voces discretas y distintas. Todo revelaba la calma natural, la asiduidad laboriosa del primer trabajo, el compás y la regularidad de una vida tranquila y bien ordenada. Al tomar por una de las avenidas, Nejdanof se halló de manos á boca con la personificación misma del orden y de la regularidad: Sipiaguin en persona.

Llevaba un largo gabán color de tierra y una gorra de varios colores, y se apoyaba al andar en un bambú de origen inglés. Su rostro recién afeitado mostraba satisfacción. Había salido á visitar su finca.

Spiaguin preguntó afablemente á Nejdanof qué tal había pasado la noche.

—¡Ah, ah!—le dijo.—Tiene usted la buena costumbre de madrugar. Es usted un joven madrugador (1). Tomaremos el

(1) Empleaba la palabra madrugador en el sentido figurado que esta palabra tiene en el proverbio ruso *Joven, pero madrugador;* es decir, sabio prematuro. Su intención era la de felicitar á Nejdanof, que, como él, no había abusado del lecho.

té juntos, á las ocho en el comedor, y almorzaremos al medio día. A las diez dará usted á Kolia la primera lección de ruso, y á las dos la de Historia. Mañana, 9 de Mayo, día de fiesta, no habrá lección; mas le suplico á usted que comience hoy.

Nejdanof hizo una señal afirmativa. Sipiaguin se despidió de él á la francesa, y agitando rápidamente su mano delante de la cara se alejó, moviendo el bastón y silbando, más bien como un labrador acomodado que como un alto dignatario.

Nejdanof permaneció en el jardín hasta las ocho, escuchando el canto de los pájaros, aspirando la frescura del aire y disfrutando de la sombra de los añosos árboles. El golpe del timbre chinesco le atrajo hacia la casa. Toda la familia estaba en el comedor.

Mad. Sipiaguin le saludó cariñosamente. En traje de mañana, hizo á Nejdanof el efecto de una belleza sin tacha. Mariana mostraba en su semblante la expresión concentrada y casi ruda que le era habitual.

A las diez en punto empezó Nejdanof á dar su lección, en presencia de la señora Sipiaguin. Ante todo suplicó á Nejdanof le dijese si estorbaba. Durante el tiempo que duró la lección interrumpió lo menos posible.

Kolia se mostró inteligente. Después de las primeras vacilaciones y de las equivocaciones inevitables, la lección marchó perfectamente. Valentina se mostraba contenta del profesor, y varias veces le dirigió la palabra con tono muy afectuoso. Nejdanof se mantuvo reservado, aunque no con exceso.

Mad. Sipiaguin asistió también á la explicación de Historia de Rusia. Según decía sonriendo, en punto á Historia tenía casi tanta necesidad de profesor como el mismo Kolia. Durante toda esta lección estuvo tan callada como en la anterior.

De tres á cinco, Nejdanof se estuvo en su cuarto para escribir á San Petersburgo. Se sentía contento; ya no experimentaba disgusto ni angustia; la tensión de sus nervios había cedido poco á poco, volviendo al fin á su estado normal. Mientras duró la comida volvieron á excitarse, y eso que no estaba

Kallomeitsef y que la señora de la casa le guardaba amables atenciones; mas precisamente esas mismas atenciones le molestaban. Su vecina, la solterona Ana Zakharovna, le era hostil, y le miraba con antipatía; Mariana seguía en su actitud seria; Kolia, en fin, con demasiada confianza, le daba puntapiés en las piernas.

Sipiaguin mismo estaba de mal humor. Hallábase muy descontento con un alemán, al que había llamado recientemente para que dirigiese la fábrica de papel.

Púsose á hablar mal contra todos los alemanes en general, y con este motivo dijo que era eslavófilo..... hasta cierto punto, porque no se tenía por fanático. Habló de un joven ruso llamado Solomine, del cual se decía que había montado perfectamente la fábrica de un industrial de las cercanías, y se manifestó muy deseoso de trabar conocimiento con él.

A eso de las seis de la tarde llegó Kallomeitsef, cuya propiedad sólo distaba unas diez verstas de Arjanoie, que éste era el nombre de la finca de Sipiaguin. Vino también el juez de paz, y á poco un propietario, de aquellos que Sermentof ha descrito en dos versos célebres: «Metido dentro de su corbata, el gabán hasta los talones, bigotudo, con voz de falsete y turbia la mirada.»

Llegó además otro vecino, de rostro sumamente triste y boca desdentada, pero bien vestido, y no tardó en presentarse el doctor del cantón: un pobre médico que gustaba de emplear términos técnicos: así, por ejemplo, aseguraba que prefería el poeta dramático Koukolnik (1) á Pouchkine, porque aquél tenía mucho protoplasma. Pusiéronse todos á jugar á las cartas, y Nejdanof entró en su cuarto, donde estuvo leyendo y escribiendo hasta media noche.

El día siguiente, 9 de Mayo, era el santo de Kolia. Los «señores» ocuparon tres coches descubiertos, con sus lacayos

(1) Poetastro dramático.

detrás, dirigiéndose á la iglesia, que no distaba 300 metros de la finca.

Todo resultó muy bien. Sipiaguin lucía su gran cordón azul. Su esposa vestía un soberbio traje de París, color de lila claro, y durante la ceremonia religiosa estuvo leyendo en un librito encuadernado en terciopelo carmesí. Este libro preocupó mucho á los aldeanos, alguno de los cuales le preguntó al que estaba al lado:

—Dios me perdone; pero ese libro, ¿no es de los que sirven para decir la buena ventura?

El perfume de las flores de que estaba llena la iglesia se mezclaba con las emanaciones de azufre y de la brea de las botas y zapatos de los aldeanos, sobresaliendo entre todos estos olores el del incienso, agradable, aunque un poco sofocante. Los sochantres y sacristanes cantaban en el coro con laudables esfuerzos, gracias á los auxilios de los obreros de la fábrica que se les habían juntado con objeto de dar aquella especie de concierto. Hubo un momento en que todos los asistentes experimentaron una impresión algo penosa. Una voz de tenor, perteneciente al obrero Khine, raquítico y contrahecho, se lanzó sola, sin que nadie la ayudase, en escalas complicadas.

Estas escalas fueron terribles; pero, si se hubieran suprimido, todo el concierto se habría echado á perder. Al cabo, la cosa pasó sin que hubiera accidentes que lamentar. El Padre Cipriano, clérigo muy digno de estimación, revestido de sus arreos sacerdotales, predicó un sermón muy instructivo, que iba leyendo en un cuadernillo. Desgraciadamente, el predicador, demasiado concienzudo, se creyó en el deber de citar los nombres de ciertos reyes de Asiria que le trabaron bastante la lengua; de modo que, si bien dió pruebas de erudición, en cambio, en materia de pronunciación, anduvo poco menos que á nado.

Nejdanof, que desde tiempos atrás no había puesto los pies en la iglesia, se había ido á un rincón, entre los aldeanos,

los cuales apenas si le miraban, muy preocupados en hacer la señal de la cruz, en inclinarse en muestra de reverencia y en sonar ruidosamente las narices á sus hijos. Mas las aldeanillas, con zapatos nuevos y sus adornos de vidrio en la cabeza, y los chicuelos, con sus camisas sujetas á la cintura, bordadas en los hombros, y con cuadros encarnados en los sobacos, no cesaban de mirar con la boca abierta al nuevo feligrés, volviendo á cada momento la cabeza. Nejdanof también los miraba y pensaba..... en una porción de cosas.

Terminada la misa, que duró mucho, puesto que ya se sabe que la oración á Nicolás Taumaturgo es la más larga, ó poco menos, de las que forman el rito ortodoxo, todos los oficiantes, invitados por Sipiaguin, se dirigieron á la casa señorial. Una vez allí, hicieron algunas ceremonias propias de las circunstancias, tales como rociar de agua bendita las habitaciones. Después se les agasajó con un espléndido desayuno, durante el cual se habló de los asuntos de rigor en tales casos, asuntos muy edificantes, pero también muy pesados.

Los dueños de la casa, aunque aquélla no fuese ya la hora para desayunarse ellos, tomaron, por cortesía, algún bocado y bebieron ó hicieron que bebían algún sorbo de vino.

Sipiaguin se dignó contar una anécdota muy moral, pero ligeramente cómica, que, por venir de labios de un dignatario condecorado con el cordón rojo, produjo una impresión que podríamos calificar de deliciosa. Con este motivo el Padre Cipriano experimentó hacia el narrador un sentimiento de admiración y gratitud.

Por justa reciprocidad, y para mostrar que él también era capaz de referir alguna cosa instructiva, el Padre Cipriano contó la conversación que había sostenido con el Arzobispo cuando éste, visitando su diócesis, hizo acudir al monasterio de la ciudad á todos los clérigos del distrito.

—Es un hombre severo, muy severo—aseguraba el Padre Cipriano.—Nos preguntó primero por nuestra parroquia y por nuestras rentas; luego nos hizo sufrir un examen. «¿Cuál

es la fiesta patronal de tu iglesia?» me preguntó á mí. «La Transfiguración.» «¿Y cuál es el cántico de este día? ¿Le conoces?» «¿Cómo no?» «Cántale.» Me puse enseguida á cantar: «Cristo Nuestro Señor se transfiguró en la montaña....» «Basta. ¿Qué es eso de la Transfiguración, y cómo debe interpretarse?» Yo respondí: «Cristo mostróse en toda su gloria á sus discípulos.» «¡Muy bien! Toma esta medalla, que te doy como recuerdo.» Me arrodillé entonces delante de él, diciéndole: «Gracias, monseñor.» De modo que, como ven ustedes, no me separé de él con las manos vacías.

—Tengo el honor de conocer personalmente á Su Eminencia—dijo Sipiaguin con gravedad.—¡Es un Obispo de mucho mérito!

—¡De muchísimo!—apoyó el Padre Cipriano.—Tiene, sin embargo, demasiada confianza en los decanos.

La señora Sipiaguin habló de la escuela del pueblo, de la que iba la señorita Mariana á ser institutriz. El diácono inspector de la escuela, hombre de unos pulmones privilegiados, y cuya larga cabellera recordaba confusamente la cola bien peinada de un caballo de la posada de Orlof, trató de expresar su aprobación; mas, calculando mal la fuerza de su aparato vocal, lanzó un vozarrón tan terrible, que todo el mundo se asustó, y hasta él mismo se quedó turbado. Terminado este incidente, el bueno del clérigo se marchó.

Kolia, con su elegante blusa con botones de oro, fue el héroe de la fiesta; se le colmó de felicitaciones y de regalos, y en la escalera de honor y en la de servicio, los obreros de la fábrica, los libertos (1), los criados ancianos, las muchachas, fueron á besarle la mano. Los campesinos, siguiendo la anti-

(1) Antes de la emancipación, en cada dominio había sido elegido por el señor cierto número de siervos que se perpetuaban en la casa de padres á hijos, como criados, caballerizos, carreteros, carpinteros, etc., etcétera. Estos libertos formaban clase diferente de la de los campesinos. Cuando la emancipación en 1861 fueron declarados libres, mas no se les

gua práctica de los tiempos de la servidumbre, zumbaban confusamente delante de la casa, en torno de mesas cubiertas de pastas, dulces y botellas de aguardiente.

Kolia, á un mismo tiempo vergonzoso y complacido, arrogante y tímido, tan pronto iba á abrazar á sus padres, como echaba á correr fuera de la casa. Al fin de la comida, Sipiaguin mandó que destapasen el Champagne, y antes de felicitar á su hijo pronunció un *speech*.

Empezó explicando lo que debía entenderse por la frase «cumplir los deberes de aquí abajo», y cuál era el camino que deseaba que emprendiese su Nicolás (le llamaba así por lo solemne del acto), y qué cosas eran las que tenían derecho á esperar de él, primero su familia, después la sociedad y luego el pueblo. «Sí, señores, el pueblo, y, por último el Gobierno.»

Poco á poco se fue elevando, hasta llegar á la verdadera elocuencia. Al propio tiempo que se granjeaba la admiración, con la mano en el forro de su gabán, á semejanza de Roberto Peel, pronunció la palabra ciencia con enternecimiento, poniendo fin á su discurso con la exclamación *laboremus,* que tradujo inmediatamente al idioma ruso.

Kolia, con el vaso en la mano, fué en torno de la mesa para dar las gracias á su padre y abrazar á todos los convidados. Nejdanof cambió una mirada con Mariana..... Probablemente ambos experimentaban la misma impresión, pero no cruzaron una sola palabra.

Este espectáculo parecíale á Nejdanof divertido, y al propio tiempo de interés, quizás más bien que repugnante ó desagradable. La simpática dueña de la casa, Mad. Sipiaguin, le hacía el efecto de una mujer inteligente que sabe que tiene que representar un papel, y que al mismo tiempo se considera

---

adjudicó lote alguno de tierras, como á los agricultores. Al cabo de quince años, estos libertos han quedado reducidos á la categoría de proletarios, que se contratan como criados ó como jornaleros en los dominios señoriales.

secretamente feliz de que haya alguien bastante perspicaz que la comprenda..... Nejdanof, sin duda, no sabía hasta qué punto halagaba su amor propio aquella suposición respecto de Mad. de Sipiaguin con relación á su persona.

Al día siguiente se reanudaron las lecciones y volvió á comenzar la vida ordinaria.

En un soplo pasó una semana. ¡Cuántas impresiones experimentó y cuántos pensamientos tuvo Nejdanof durante este tiempo! El mejor medio de dar idea de ello es reproducir un fragmento de la carta que escribió á cierto Siline, antiguo compañero suyo de colegio y su mejor amigo.

Este Siline vivía, no en San Petersburgo, sino en una capital de provincia muy distante, en casa de un pariente suyo, de quien él dependía por completo. Su situación estaba tan visiblemente determinada, que no era posible imaginar siquiera que pudiese el tal Siline apartarse de aquella ciudad. Era un joven enfermizo, tímido, de espíritu poco activo, pero de un alma excepcionalmente cándida. Desdeñaba la política, leía poco, tocaba la flauta por recurso, por no aburrirse, y huía de las mujeres. Era íntimo amigo de Nejdanof y un corazón muy propenso al afecto.

Nejdanof no se franqueaba jamás con nadie, á no ser con Vladimiro Siline: cuando le escribía, era como si hablase con un ser querido, pero habitante de otro mundo; como si conversase con su propia conciencia. Nejdanof no imaginaba que pudiera vivir de nuevo al lado de Siline en la misma ciudad. Si este caso hubiese de llegar alguna vez, se hubiera sentido contrariado en su presencia, porque existían entre los dos caracteres pocos puntos de contacto; pero, en cambio, le escribía largamente y con entera franqueza. Con sus otros amigos habría tratado de disimular algo y contenídose algún tanto; con Siline, jamás.

Siline, poco hábil en el manejo de la pluma, respondía rara vez, y en frases breves y mal perjeñadas. Mas Nejdanof no sentía necesidad de recibir largas respuestas: sabía, y esto

le bastaba, que su amigo absorbía cada una de sus palabras como el polvo de los caminos absorbe las gotas de lluvia; que guardaba sus secretos como cosas santas, y que, abismado en una soledad profunda y sin salida, vivía únicamente de la vida de su amigo. Nejdanof no hablaba á nadie de esta correspondencia con Siline, que le era más preciosa que todo en el mundo.

«Vamos, mi buen amigo, honesto Vladimiro (le llamaba así en sus cartas, y no sin razón), felicítame. Me he venido al campo, y esto me permitirá desquitarme. Estoy en casa de un rico funcionario llamado Sipiaguin; doy lección á su hijo; como admirablemente; jamás he comido como ahora; duermo como un plomo, me paseo por donde quiero, y, sobre todo, me veo libre por algún tiempo de la tutela de mis amigos de San Petersburgo. Al principio me fastidiaba soberanamente; pero ya me voy acostumbrando á este género de vida.

Será preciso volver pronto á coger la mochila, ó, en otros términos, á dejar la vida buena.

Mientras tanto que esto dure, puedo disfrutar de esta hermosa vida animal; puedo aquí hasta echar barriga, y á poco que me sople la musa, hasta te escribiré versos.

De las observaciones que he hecho locales, ya te hablaré más tarde. La finca me parece perfectamente ordenada, excepto la fábrica, que no marcha muy bien. Los campesinos emancipados por suerte son inconquistables; por el contrario, la gente que está á jornal tiene un aspecto muy aceptable. Los dueños de la casa son tan corteses, ¡tan liberales! El señor me parece muy condescendiente, y al propio tiempo distinguido y llano; es persona muy culta. Su mujer es una belleza. ¡Posee un tacto para tratar á todo el mundo!..... Y al mismo tiempo, ¡qué redondez de formas! Diríase que no tiene un solo hueso. Me da miedo, créeme. Tú ya sabes también lo galante que soy con las damas. Hay unos vecinos insoportables, y una vieja que no me puede ver. Pero la persona que aquí me interesa más es una joven, no sé si pariente ó señorita de compa-

ñía, con la cual no he cambiado ni dos palabras siquiera, mas á la que creo tener de mi parte.

(Aquí venía la descripción del físico de Mariana y de su modo de ser.)

Es desgraciada; mal carácter, fácil de irritarse, y de genio muy reconcentrado. Sobre todo, ya te lo he dicho, me parece desgraciada: de esto no tengo la menor duda. ¿Por qué no es feliz? He aquí una cosa que ignoro todavía. Que es honrada, lo tengo por seguro. ¿Es buena? Este es para mí el problema.

¿Pero es posible que existan mujeres completamente buenas sin ser tontas? ¿Es necesario que las haya? Yo no conozco á las mujeres..... La dueña de la casa no la quiere, y yo creo que la otra la paga en la misma moneda. Pero ¿quién de las dos tiene razón? No lo sé. Mas me inclino á creer que es de la señora la culpa, porque siempre está cariñosa y cortés con Mariana, mientras que Mariana, cada vez que tiene que hablar con la esposa de Sipiaguin, se muestra disgustada. Es muy nerviosa. En esto sí que nos parecemos. Es una desheredada como yo.....

Cuando todo esto se desembrolle te escribiré.

Ya te he dicho que casi no nos hemos dirigido la palabra; mas, en las pocas veces que me ha hablado (siempre bruscamente y de una manera inesperada), me ha parecido notar cierta franqueza como de compañero. Esto me satisface.

A propósito: ¿sigue tu pariente teniéndote á pan seco? ¿Cuándo piensa hacer su maleta? ¿Has leído en *El Mensajero* un artículo sobre los últimos falsos pretendientes del Gobierno de Oremburgo? ¡Eso sucedía en 1834, querido amigo! No me gusta esa revista, y el autor del artículo es conservador; pero el hecho que refiere es muy interesante y sugiere no pocas reflexiones.

IX

Terminaba el mes de Mayo, y, por consiguiente, se aproximaban los calurosos días del estío. Nejdanof, después de acabada su lección de Historia, salió del jardín y entró en la inmediata alameda. Once años antes se había cortado una parte del bosque, y en el terreno despejado había vuelto á brotar una multitud de renuevos.

Los nuevos árboles se elevaban apretados y derechos, formando como una especie de columnata de un blanco de plata mate con vetas grises; sus hojas, pequeñas aún, pero numerosas, brillaban como si se las hubiera lavado y untado después de goma; la hierba primaveral asomaba sus tallos á través del extenso lecho formado por las hojas muertas con que el último otoño había cubierto el suelo. Por entre los árboles se cruzaban multitud de sendas. Varios mirlos negros, con el pico amarillo, largando ásperos gritos de espanto, atravesaban volando junto á la tierra, entre los senderos, precipitándose después en la espesura.

Al cabo de una media hora de paseo, Nejdanof se sentó en un tronco de árbol derribado y rodeado de astillas ennegrecidas, que yacían en montón, como si hubiesen caído á los golpes del hacha. Muchas veces las había cubierto la nieve, que la primavera había fundido otras tántas, sin que nadie las hubiese tocado.

Nejdanof, de espaldas á una muralla formada por álamos jóvenes, cuya sombra corta y completa se extendía á todo lo largo de la fila, no pensaba en nada; estaba entregado en cuerpo y alma á esa impresión que hace experimentar la primavera, y á la cual, en un corazón, joven ó viejo, se mezcla siempre no sabemos qué especie de melancolía: la melancolía

agitada de la esperanza en la juventud; la honda melancolía del recuerdo en la vejez.

De repente, Nejdanof oyó ruído de pasos que se acercaban. No era un hombre solo el que venía; no era un campesino con zuecos ó con tosco calzado. No era tampoco una aldeana con los pies desnudos. Dos personas avanzaban á pasos mesurados y sin apresurarse. Notóse luego ruído de faldas.

Resonó una voz sorda, una voz de hombre.

—¿Es esa la última palabra de usted? ¿Jamás?

—¡Jamás!—repitió una voz de mujer que no le fue desconocida á Nejdanof. Y un segundo después apareció en el recodo del sendero que daba vuelta á este paraje de los álamos, Mariana, acompañada de un hombre de tez curtida y ojos negros, á quien Nejdanof no había visto hasta entonces.

Al ver al joven, ambos paseantes se quedaron como petrificados, y á éste le sorprendió tanto la aparición, que hasta se olvidó de levantarse del tronco en que estaba sentado. Mariana enrojeció hasta la raiz de los cabellos; mas, haciendo un esfuerzo, se sonrió con aire de desprecio.

¿A quién iba dirigida esta sonrisa? ¿A ella misma por haberse sonrojado, ó bien á Nejdanof? Su compañero frunció sus negras cejas, mientras brillaba un vislumbre en el blanco amarillento de sus inquietos ojos. En seguida el hombre cambió una mirada con Mariana, y ambos, volviendo la espalda á Nejdanof, se alejaron silenciosos, sin apresurar el paso, mientras el joven, asombrado, les seguía con la mirada.

Al cabo de media hora regresó á la casa, y entró en su cuarto: y cuando, llamado por el timbre, penetró en el salón, encontró allí al mismo desconocido de rostro atezado que había visto en el bosquecillo. Sipiaguin presentó á Nejdanof el recién venido como cuñado suyo, hermano de Valentina Mikhailovna, Sergio Mikhailovich Markelof.

—Les suplico á ustedes, señores, que estén en buena armonía y que se estimen—dijo Sipiaguin con la sonrisa majestuosamente afable y un tanto distraída que le era familiar.

Markelof saludó silenciosamente, y Nejdanof le imitó. En tanto, Sipiaguin, enderezando su cabeza y encogiéndose de hombros, se alejó, como diciendo:

—Os he presentado mútuamente; ahora, que os estiméis ó que os odiéis, me es de todo punto igual.

Valentina se acercó á su vez á los dos hombres, permaneció un momento inmóvil, é hizo de nuevo la presentación, al mismo tiempo que, dirigiéndose á su hermano con la expresión dulce y cariñosa que sabía dar á su rostro y á su acento, dijo:

—Querido Sergio, nos olvidas. No has venido el día del santo de Kolia. ¿Tienes mucho que hacer?—Se ocupa ahora en estudiar no sé qué reglamentos para los campesinos—añadió dirigiéndose á Nejdanof.—Es muy original. Les da tres cuartas partes de todo lo que posee, reservándose solamente lo restante, y aun cree que conserva demasiado.

—Mi hermana gusta de bromas—dijo Markelof á Nejdanof,—aunque convengo con ella en que, reservarme la cuarta parte de lo que á los campesinos les pertenece es verdaderamente demasiado.

—Y vos, Alejo Dmitrich, ¿os habéis hecho cargo de que soy aficionada á bromas?—preguntó Mad. Sipiaguin con su acostumbrada dulzura en la mirada y en la voz.

Nejdanof no supo qué responder, y en el mismo instante se anunció la llegada de Kallomeitsef. La señora de la casa fué á su encuentro, y algunos minutos después un criado anunció con voz solemne que los señores estaban servidos.

Durante la comida, Nejdanof no cesó de mirar, á despecho suyo, á Mariana y á Markelof.

Estaban sentados el uno al lado del otro, con los ojos bajos y los labios cerrados, con cierta expresión sombría y severa, casi irritada. Nejdanof se preguntaba cómo podía ser que Markelof fuese el hermano de Mad. Spiaguin. ¡Existía entre ellos tan poca semejanza!

Ambos, es cierto, tenían la tez algo curtida; pero el tono

mate del rostro, de las manos, de los hombros, era una de las perfecciones que realzaban la belleza de Mad. Sipiaguin, mientras que en su hermano esa misma tonalidad se había convertido en el color negro que las gentes de buena sociedad llaman color de bronce, pero que para un ojo ruso es el lustre que pudiera llamarse de bota.

Markelof tenía los cabellos crespos, la nariz algo encorvada, gruesos los labios, las mejillas enjutas, el cuerpo delgado y las manos nerviosas. Su cuerpo era también seco y nervioso; hablaba con voz metálica, áspera, vibrante; notábase en su mirada cierta somnolencia. Aquel aspecto perezoso denunciaba su temperamento, en que predominaba la bilis.

Comía poco, entreteniéndose en hacer bolas de miga de pan, y de cuando en cuando miraba de reojo á Kallomeitsef. Este acababa de llegar de la ciudad, donde había visitado al gobernador á propósito de un suceso desagradable; negocio sobre el cual guardaba un discreto silencio, hablando de cosas indiferentes.

Sipiaguin, según costumbre, le tiraba algo de la rienda cuando el otro se extralimitaba demasiado; pero se reía de muy buena gana con sus cuentos y con sus frases, tratándole al mismo tiempo de violento reaccionario.

Kallomeitsef contó, entre otras cosas, cuánto le había hecho reir el escuchar que los campesinos—los simples *moujits* —llaman á los letrados ladradores.

—¡Ladradores!—repetía con gozo.—Este pueblo ruso es delicioso.

Refirió también cómo, durante una visita que había hecho á una escuela popular, había preguntado á los discípulos qué quería decir la palabra *jirafa*, sin que ninguno hubiera sabido responderle, incluso el mismo maestro. Añadió que había hecho otra pregunta: «¿qué es un mono?», teniendo cuidado de citar al mismo tiempo el verso de Khemnisser:

El imbécil mono pintarrajeado de rojo,

Nadie tampoco supo responderle.

—¿Para qué—decía—sirven nuestras escuelas populares?

—Mas permitid—observó Mad. Sipiaguin—no sé qué clase de animales son esos.

—¡Oh, señora!—exclamó Kallomeitsef.—Usted no tiene necesidad de saber semejantes cosas.

—¿Y el pueblo sí?

—Pues es claro; y mejor sería que supiese distinguir un mono de una jirafa que á Proudhon de Adam Smith.

Sipiaguin interrumpió á Kallomeitsef diciéndole que Adam Smith era una de las lumbreras del espíritu humano, y que se debían chupar sus principios (al decir esto se sirvió un vaso de Château Iquem) con la leche (aproximó el vaso á su nariz y lo olió) maternal.

Después bebió; Kallomeitsef hizo otro tanto, y juró y perjuró que el vino era exquisito.

Markelof no prestaba gran atención á las lucubraciones del gentilhombre de Cámara. Mas en dos ocasiones miró á Nejdanof con aire bastante singular, y una bolita de pan que había lanzado al techo fue á dar en la nariz del orador.

Sipiaguin se ocupaba poco de su cuñado; Mad. Sipiaguin no hablaba apenas con él.

Ambos esposos consideraban evidentemente á Markelof como un ente original á quien no convenía disgustar.

Después de la comida, Markelof fue á fumar una pipa á la sala de billar; Nejdanof se dirigió á su cuarto.

En el corredor se encontró con Mariana; trató él de evitar el encuentro, mas ella le detuvo bruscamente.

—Señor Nejdanof—le dijo con voz poco segura,—no debía importarme mucho lo que usted piense de mí; sin embargo, creo..... creo (buscaba una palabra)..... creo oportuno decirle que esta mañana, cuando me ha visto usted en el bosquecillo con Mr. Markelof..... ha sentido usted algo de curiosidad, ¿no es verdad?, por saber cuál era la causa de que estuviésemos un poco turbados y por qué estábamos allí como si hubiésemos acudido á una cita.

—En efecto—comenzó á decir Nejdanof,—me pareció un poco extraño que.....

Mariana le interrumpió.

—Mr. Markelof me proponía que me casase con él, y yo le he dicho que no. Esto es lo que tenía que decir á usted. Buenas noches, y piense usted de mí lo que quiera.

Se volvió bruscamente y atravesó el corredor á pasos presurosos.

Nejdanof entró en su cuarto y se sentó delante de la ventana, muy pensativo. ¿Qué clase de mujer era aquella? ¿A qué venía tan extraña salida? ¿Por qué aquel arranque de franqueza que él no había buscado? ¿Era deseo de singularizarse, gana de hablar ú orgullo? Probablemente esto último. No quería, sin duda, dar motivo á la más pequeña sospecha; no quería que se formase acerca de ella un juicio equivocado..... ¡Muchacha más rara!

Así pensaba Nejdanof, y mientras tanto se hablaba de él en la terraza. El joven oía perfectamente lo que decían.

—Me da en la nariz—afirmaba Kallomeitsef,—me da en la nariz que es un rojo. En otro tiempo, cuando desempeñaba yo una misión especial al lado del general gobernador de Moscú, Ladislao, tuve ocasión de conocer algo á esos señores, los rojos, y á los raskolniks (1). Tenía un ojo especial para descubrirlos.

Kallomeitsef á este propósito contó cómo un día, en los alrededores de Moscú, había atrapado «por el talón» á un viejo raskolnik, en cuya casa entró de improviso con la policía, saltando por una ventana..... Hasta el momento de apresarle, el muy gandul no se movió de su asiento.

Kallomeitsef se olvidó de añadir que aquel mismo viejo, encerrado en una prisión, renunció á tomar alimento hasta morir de hambre.

—En cuanto al nuevo profesor—siguió el celoso gentil-

(1) Disidente, sectario.

hombre,—es positivamente un rojo. ¿Ha notado usted que jamás es él el primero que saluda?

—¿Y por qué ha de ser él quien salude primero? A mí me parece que es muy natural lo que pasa—objetó Madame Sipiaguin.—Me parece que hace muy bien.

—Yo soy una persona que viene de visita á la casa en que él sirve—dijo Kallomeitsef;—sí, sí, en donde él sirve por dinero, como un asalariado. Soy, por tanto, su superior, y su deber es saludarme primero.

—Es usted *muy* exigente, querido amigo—dijo Sipiaguin, recargando el acento en la palabra *muy*.—Todas esas ideas—permítame usted que se lo diga—son ya bastante anticuadas. Yo pago su trabajo, sus servicios, pero él es un hombre libre.

—No sienten el freno—replicó Kallomeitsef:—esos rojos siempre son los mismos. Tampoco esta vez me engaña mi olfato. En este punto no conozco á nadie sino es á Ladislao que pueda rivalizar conmigo. Si ese maestrito hubiese caído en mis manos, ya le hubiese arreglado.... Ya le hubiese yo hecho cantar al son que es debido: ¡ya le hubiera permitido que se calase el sombrero en mi presencia! ¡Hubieseis visto entonces!.... Hubiese sido un verdadero encanto.

—¡Maldito fanfarrón!—iba á gritar Nejdanof desde su ventana.

Mas en este momento se abrió la puerta de su cuarto, y con gran sorpresa vió entrar á Markelof.

X

Nejdanof se levantó para salir á su encuentro. Markelof se dirigió á él, y, sin saludarle ni sonreir siquiera, le dijo:

—¿Es usted Alejo Dmitrich Nejdanof, estudiante de la Universidad de San Petersburgo?

—El mismo—respondió Nejdanof.

Markelof sacó del bolsillo una carta abierta.

—En ese caso, lea usted: es de Vasili Nicolaievitch—añadió bajando la voz.

Nejdanof abrió la carta y la leyó. Era una especie de circular semioficial, en la cual se recomendaba á Sergio Markelof como «uno de los nuestros», digno de toda confianza. Seguía después una instrucción acerca de la necesidad inmediata de una inteligencia común y la conveniencia de activar la propaganda de las ideas.... conocidas. Esta circular iba dirigida á Nejdanof, como hombre también de toda confianza.

Nejdanof tendió la mano á Markelof. Le ofreció una silla, y se sentaron ambos. El visitante, antes de pronunciar una sola palabra, encendió un cigarro. Nejdanof siguió su ejemplo.

—¿Ha tenido usted tiempo y ocasión de entrar en relaciones con los campesinos de la comarca?—preguntó al cabo de un rato Markelof.

—Todavía no.

—¿Hace mucho que ha llegado usted?

—Quince días.

—¿Tiene usted mucho trabajo?

—Poco.

Markelof tosió con señales de mal humor.

—Apenas si se puede contar con los campesinos de aquí: son gentes que no valen para nada. Es necesario instruirlos. Reina entre ellos la pobreza, y no hay quien les explique las causas de ella.

—Sin embargo, por lo que yo he podido observar, los antiguos siervos del cuñado de usted no viven tan miserablemente—apuntó Nejdanof.

—Mi cuñado es un hombre muy diestro en arrojar polvo á los ojos. Con los campesinos de aquí no hay que contar; pero Sipiaguin tiene una fábrica; ahí es adonde debemos encaminar nuestros esfuerzos. Un azadonazo en ese hormiguero, y ya verá usted cómo todo retiembla. ¿Tiene usted folletos?

—Si, pero no muchos.

—¡Yo se los facilitaré..... Mas ¡qué descuido!

Nejdanof no respondió. Markelof permaneció un momento silencioso, y lanzando por la nariz el humo del cigarro, dijo:

—¡Qué canalla es ese Kallomeitsef! Durante la comida he tenido intención de levantarme é irme derecho á él y plantarle unas cuantas bofetadas en el hocico, para que sirvieran de lección á los que se le parecen. Pero no: actualmente hay cosas más importantes que abofetear á un gentilhombre de Cámara. No ha llegado aún la hora de chocar con los imbéciles que dicen semejantes tonterías. De lo que se trata es de impedir que cometan iniquidades.

Nejdanof movió la cabeza afirmativamente, y Markelof se puso á fumar.

—Entre la turba de libertos hay aquí un mozo útil—repuso de nuevo.—No vuestro Iván, que no es ni carne ni pescado, sino un cierto Cirilo.

Este Cirilo era tenido por un solemnísimo borracho.

—Fijaos en él: es muy amigo de francachelas; mas no es cosa de que nos andemos con repulgos. ¿Y qué decís de mi hermana?—dijo bruscamente levantando la cabeza y fijando sus ojos amarillentos en Nejdanof.—Es más rusa aún que mi cuñado. ¿No le parece á usted?

—Lo que digo yo es que me parece encantadora, y muy amable y muy bella.

—¡Hum! ¡Ustedes los señores de San Petersburgo tienen una manera tan fina de decir las cosas! Admiro á ustedes. ¿Y qué me dice usted de?...

Markelof frunció el entrecejo, su faz se contrajo y no acabó la frase comenzada.

—Quiero—continuó—que hablemos mucho, mas no en este cuarto. ¡Quién sabe si hay alguien que nos espía detrás de la puerta! Escuche usted: hoy es sábado, supongo que mañana no tendrá usted obligación de dar lección á mi sobrino. ¿No es así?

—Le tengo que dar un repaso, una *repetición*, mañana á las tres.

—¿Una repetición?.... ¡Vamos, como en el teatro! Eso de repetición debe de ser cosa de mi hermana, que es muy aficionada á inventar palabras.... Mas es igual. Quiero que partamos en seguida. Mi propiedad dista solo diez verstas. Tengo buenos caballos, y que trotan bien; pasará usted la noche en mi casa y toda la mañana, y antes de las tres de la tarde estará usted aquí de vuelta. ¿Consiente usted?

—Como usted guste—respondió Nejdanof.

Desde la llegada de Markelof, Nejdanof se encontraba sobrexcitado é inquieto. Aquel encuentro inesperado le preocupaba, y, sin embargo, Markelof le inspiraba simpatía. Le parecía que este hombre, probablemente de no muchos alcances, era honrado y fuerte. Por otra parte, aquel extraño encuentro en el bosquecillo.... aquella inesperada declaración de Mariana....

—Está bien—dijo Markelof.—Voy á que preparen los caballos. Supongo que no tendrá usted necesidad de pedir permiso á los dueños de la casa.

—Se lo advertiré. Me parece que no está bien que me aleje sin decírselo.

—No se inquiete usted: yo lo arreglaré todo—replicó Markelof. En este momento están jugando á las cartas y no notarán la ausencia de usted. Mi cuñado se cree un hombre de Estado y no se preocupa más que de una cosa: de que juega bien á los naipes.... Después de todo, hay muchas personas que han prosperado sólo por eso. Aguarde usted aquí. Voy á disponerlo todo.

Markelof se alejó. Una hora después, Nejdanof y su compañero estaban instalados, el uno al lado del otro, en el ancho almohadón de cuero de un carricoche, muy viejo y destartalado, pero muy cómodo: un cochero microscópico sobre el pescante silbaba sin cesar, de modo parecido al gorjeo de un pájaro. El tronco, de tres caballos, dándose con las patas en la cola y en las trenzadas crines, corría rápidamente sobre la plana carretera, y entre las primeras sombras de la noche

(habían partido al dar las diez) veían deslizarse con movimiento uniforme hacia adelante ó hacia atrás, según la distancia, matas, árboles, campos y zanjas.

La finca de Markelof, que no tenía más de 200 hectáreas, y que rentaba unos 700 rublos anuales, se llamaba Bozionkowo, y estaba situada á tres verstas más allá de la cabeza del distrito, de la cual distaba siete la posesión de Sipiaguine. Para llegar á Bozionkovo era necesario atravesar el pueblo.

Los nuevos amigos no habían tenido tiempo de cambiar cincuenta palabras, cuando distinguieron las mezquinas casas del villorrio, con sus techos de tablas mal unidas y los resplandores de luz amarillenta que se escapaban de las ventanas lejanas. A poco el suelo del poblado resonó bajo las ruedas del carruaje, que empezó á traquetear de derecha á izquierda. Después comenzaron á deslizarse delante de ellos, dando brincos á cada vaivén, las tiendas, las iglesias con sus columnas, los mesones....

Era víspera de domingo: apenas si había gente en las calles; mas, en cambio, las tabernas estaban de bote en bote. Se oía salir de allí voces roncas, canciones vinosas mezcladas con los sones nasales de los acordeones. Cada vez que se abría una de aquellas puertas se recibía en la cara una desagradable bocanada de calor, mezclada con el tufo del aguardiente y el rojo reflejo de las lámparas.

Delante de las puertas de la mayor parte de las tabernas se veían carros de campesinos enganchados á rocines ventrudos y de largo pelo, que, con las cabezas inclinadas, parecían dormir. Algunas veces se veía un campesino todo desabrochado, cayéndosele las bragas, con el forro de la gorra sobre la espalda, como un saco; se le veía salir de una taberna, apoyar el pecho en unas angarillas y quedar inmóvil, extendiendo débilmente sus manos en torno suyo, como buscando á tientas alguna cosa.

Otras veces era un obrero de fábrica, delgado y enclenque, que, con la gorra medio derribada y los pies desnudos

(sus botas se habían quedado en prenda en la taberna), daba algunos pasos inciertos, se detenía, se rascaba la nuca, y, lanzando una exclamación súbita, volvía sobre su camino.

—He aquí lo que mata al campesino ruso... el aguardiente —dijo Markelof con acento sombrío.

—Es para ahogar las penas por dentro—gritó sin volverse el cochero, quien, al pasar por delante de cada taberna, cesaba de silbar y parecía quedarse absorto.

—¡Anda, anda!—replicó Markelof, sacudiéndole con fuerza el cuello de la capa.

El carruaje atravesó la plaza del pueblo, llena de olor de berza y de estera de lino; pasó por delante de la casa del gobernador, flanqueada de garitas pintadas de rayas blancas y negras; ante el puesto de policía, instalado en una torre de señales; siguió por un paseo recientemente plantado de árboles nuevos y ya medio secos; recorrió el barrio de los tenderos, que retemblaba con los ladridos de los perros y el rechinar de sus cadenas; salvó, en fin, la barrera, después de haber pasado delante de un largo convoy de carros que se había puesto en camino después de media noche para disfrutar del frescor nocturno, y se encontró de nuevo en pleno aire libre y rodando más rápida y regularmente sobre el gran camino flanqueado de sauces.

Markelof (conviene que hablemos un poco de él) tenía seis años más que su hermana Madama Sipiaguin. Había sido alumno de la Escuela de Artillería, de la cual salió cuando fue nombrado oficial; pero pidió su licencia absoluta, ya de teniente, á consecuencia de algunos disgustos que tuvo con un alemán jefe del Cuerpo. Desde aquella época no podía ver á los alemanes, sobre todo á los alemanes de Rusia. Su dimisión le había enemistado con su padre, que no le volvió á ver hasta su muerte, dejándole la finca de que hemos hablado.

En San Petersburgo había frecuentado el trato de hombres inteligentes y de ideas avanzadas, que le inspiraban una

especie de veneración, y que habían acabado por dar á su espíritu una dirección definitiva.

Leía poco, y casi exclusivamente trabajos políticos, principalmente los de Herzen. Habiendo prescindido de sus hábitos militares, hacía en Spartiato vida poco menos que de fraile. Algunos años después se enamoró perdidamente de una joven; pero ella le dejó burlado con la mayor frescura del mundo, casándose con un ayudante de campo, también alemán.

Markelof detestaba á los ayudantes de campo.

Trató de escribir alguna vez artículos técnicos sobre los defectos de la artillería rusa; mas, careciendo de talento para exponer sus ideas, no pudo terminar jamás un solo trabajo, lo que no le impidió seguir emborronando cuartillas.

Era enérgico, obstinado, de una intrepidez rayana en la desesperación, no sabiendo ni perdonar ni olvidar, constantemente contrariado por sus propias desdichas y por las de los oprimidos, y siempre dispuesto á todo. Su estrecho espíritu se concentraba en un solo punto: lo que no comprendía, era como si no existiese; despreciaba y odiaba la falsedad y la mentira. Con las personas de alta clase, á quienes llamaba reaccionarios, se mostraba brusco y hasta grosero; con las gentes del pueblo, sencillo; con los campesinos, tan afable como si fueran sus hermanos.

Era un mediano propietario. Daba vueltas en su cabeza á planes socialistas, que jamás pudo concluir, como le había pasado con sus artículos sobre los defectos de la artillería rusa. Regla general: nada le salía bien. Sus compañeros de regimiento le habían puesto el mote de *Sin suerte*. Carácter franco y leal, naturaleza apasionada y poco feliz, podría en un momento dado mostrarse implacable, sanguinario, y hasta merecer el nombre de monstruo, siendo al mismo tiempo capaz de sacrificarse sin dudas ni vacilaciones. A tres verstas del pueblo, el carruaje penetró en la masa obscura de una alameda: rumor de hojas invisibles y temblorosas; amargo y fresco olor de aire inmóvil; vagas claridades arriba, sombras abajo.

Tal era el bosque que atravesaban los viajeros. La luna, roja y grande como un broquel de cobre, se levantaba con lentitud en el horizonte. Inmediatamente después de haber salido el carruaje de la sombra de los árboles, se encontraron los viajeros delante de los muros de la finca. Sobre la fachada de una casa de poca altura, cuyo techo ocultaba el disco de la luna, se destacaban los rectángulos luminosos de tres ventanas abiertas; la puerta-cochera, abierta también de par en par, parecía que nunca había estado cerrada.

Se entreveía en el corral, á través de la obscuridad, una alta *kibika,* detrás de la cual había dos caballos de posta, blancos; dos perros, blancos también, salidos no se sabe de dónde, llenaron el aire de ruidosos ladridos, aunque poco hostiles. Al llegar delante de la casa, el carruaje dió un vaivén, se detuvo delante del zaguan, y buscando con la punta de la bota, no sin esfuerzos, el estribo, colocado, según la costumbre de los herreros domésticos, en el lado más incómodo, Markelof descendió del vehículo, diciendo á Nejdanof:

—Hemos llegado: ahora verá usted mis huéspedes, que le son muy conocidos, y que, de seguro, no pensaba usted encontrar. Pase usted.

XI

Los huéspedes eran Ostrodumof y Machurina. Sentados en un saloncillo modestamente amueblado, tomaban cerveza y fumaban á la luz de una lámpara de petróleo.

No se asombraron de la llegada de Nejdanof, porque sabían que Markelof tenía la intención de traérselo; pero Nejdanof se sorprendió mucho de verlos. Cuando entró en la sala, Ostrodumof le dijo sencillamente:

—Salud, hermano.

El rostro de Machurina se coloreó súbitamente. La joven le tendió la mano sin decir nada.

Markelof dió cuenta á Nejdanof de que sus dos amigos habían sido enviados para la «obra común» que bien pronto debía realizarse; que habían salido de San Petersburgo hacía una semana; que Ostrodumof permanecería en el Gobierno de S... para hacer propaganda, y que Machurina iría á K... para celebrar una entrevista con un afiliado.

Aunque nadie le contradijo, Markelof se exaltó repentinamente: con los ojos inflamados y mordiéndose los bigotes, se puso á perorar con voz agitada y sorda, pero perfectamente distinta, sobre las infamias que se cometían en todas partes, sobre la necesidad de una acción inmediata, y afirmando que en realidad todo estaba dispuesto, y que el menor retraso sería una cobardía; que era indispensable un movimiento de fuerza, como en un absceso ya formado es necesario el corte del bisturí. Esta comparación del bisturí, sin duda le gustaba, porque la repetía muchas veces; sin embargo, no era de su cosecha: la había leído en alguna parte. Sin esperanza de ver sus sentimientos correspondidos por Mariana, parecía que no tenía nada que conservar, y que no pensaba en otra cosa más que en apresurar lo más pronto posible el momento de comenzar la obra.

Hablaba como á hachazos, sin ningún rodeo, yéndose derecho al asunto, y con cólera: sus palabras, pesadas y monótonas, salían una á una de sus labios pálidos, semejantes aquéllas al ronco ladrido de un perro de campo viejo y vigilante.

Declaró que conocía perfectamente á los campesinos y á los obreros de fábrica de los alrededores, y que había entre ellos personas de confianza. Por ejemplo, Heremey el de Galapliok, que estaba pronto á cuanto fuese necesario.

El nombre de Heremey, el de Galapliok no se le caían de la boca.

A la terminación de cada párrafo daba un golpe en la mesa, no con la palma de la mano, sino con el borde de la derecha, al mismo tiempo que levantaba el índice de la izquierda.

Causaban fuerte impresión sus manos huesosas y velludas, aquel dedo levantado, aquella voz ronca y aquellos ojos de fuego. Durante el trayecto, Markelof no había hablado apenas con Nejdanof. Se le había llenado el cuerpo de bilis. Entonces la derramaba.

Machurina y Ostrodumof mostraban su aprobación con la sonrisa, con la mirada, y á veces con una breve exclamación. En cuanto á Nejdanof, experimentaba un fenómeno singular. Al principio trató de hacer objeciones; llamó la atención sobre los inconvenientes qúe podía acarrear el precipitarse y el peligro á que estaban expuestas las empresas prematuras insuficientemente preparadas; se asombró sobre todo, de que hubiese tomado tal resolución sin vacilar y sin tener en cuenta las circunstancias, y aun sin preguntar al pueblo lo que deseaba. Mas poco á poco sus nervios, tirantes como cuerdas, empezaron á vibrar violentamente, y entonces, con un ardor desesperado, casi con lágrimas en los ojos y gritos en la garganta, se lanzó á perorar en el sentimiento de Markelof, yendo aún más lejos que él.

IVAN TURGUENEFF.

(Se continuará).

LAS INSTITUCIONES POLITÉCNICAS

LA INSTITUCIÓN POLITÉCNICA DE BATTERSEA

La Institución politécnica de Battersea es el resultado de los esfuerzos del *South London Polytechnic Commitee,* Comité formado para establecer Instituciones politécnicas en los distritos populosos é industriales del Sur y Suroeste de Londres.

Estatuto orgánico.—Como sus hermanas de Borough Road y de New-Cross, la Institución de Battersea se administra, según un estatuto-modelo (scheme) dictado por los *Charity Commissioners,* en 23 de Junio de 1891. Recibe una subvención de 2.500 libras esterlinas—62.500 francos—al año, de los fondos de las *City Parochial Charities*: esta suma se le ha concedido á condición de obtener, por medio de suscripciones voluntarias, la suma de 60.000 libras—1.500.000 francos—para levantar y acomodar la Institución.

El *Polytechnic* está gobernado por un Comité directivo—*Governing Board*—constituído según el estatuto-modelo, y compuesto en el actual momento por representantes del Comité central de las *City Parochial Charities,* del *London Comity Council* y del *London School Board*, y de varios miembros elegidos por coaptación, representantes de los intereses locales.

El objeto de la Institución politécnica, tal cual está definido por el *South London Polytechnics Commitee,* y recordado en el estatuto, es procurar á los habitantes de Battersea, Clapham, Wandsworth y sus alrededores, un complemento de instrucción general, científica y profesional (1), y al propio tiempo propagar las ciencias y difundir la salud y el bienestar entre los jóvenes y las jóvenes más pobres de la sociedad.

Como en las demás Instituciones, se pide á ésta que haga algo por la educación social bajo forma recreativa, fuera de lo que pueden llamarse sus funciones de educación primaria.

Edificio.—La Institución está edificada en un terreno de dos acres y medio de extensión, tiene una fachada en el camino del parque de Battersea—lado Sur—y que antes formaba parte de los terrenos del Albert Palace, hoy propiedad de los comisarios reales—*H. M. Commissioners of Works.*—Este emplazamiento ha sido elegido á causa de su posición favorable en la línea de uno de los más grandes tranvías del Sur de Londres, y cerca de tres estaciones de ferrocarril y de grandes establecimientos industriales. La Institución está inmediatamente rodeada de una población de obreros y de pequeños empleados, de cerca de 15.000 habitantes en un radio de nna milla, sobre poco más ó menos. Después del establecimiento de la Institución, se han construído muchas pequeñas casas y habitaciones útiles para la clase obrera. Estos edificios se han levantado en otras partes del antiguo dominio de Albert Palace, y tocan casi con el *Polytechnic.*

El edificio cubre una superficie casi de 57.000 pies cuadrados, con una fachada de 310 pies. La porción principal es de tres pisos sin el subsuelo. El edificio llama la atención por su

(1) Según el censo de 1881, las principales industrias de las cercanias se distribuían en esta proporción:

Diferentes oficios de la industria de edificación.....	10,7
Diferentes oficios de industrias mecánicas y metalúrgicas..	2,9
Industria química.....	9,98
Comercio y empleados.....	5,1

magnífico aspecto, estilo renacimiento del siglo XIX, en ladrillos rojos y piedra blanca de Bath; el tejado es de tejas rojas. Está decorado con diez estatuas, que representan las Ciencias y las Artes. En el interior del edificio, la obra es más sencilla y más sólida, no habiendo decoración sino en el gran vestíbulo, que posee un hermoso techo y un piso de mosáico.

La economía general del edificio puede ser considerada como constituída por dos grandes cuerpos de edificación, colocados paralelamente al camino del parque de Battersea y unidos por tres edificaciones más pequeñas, una al centro y las otras dos á los extremos, formando así dos espacios cuadrangulares de 60 pies por 50, que sirven para dar aire y luz á las piezas que los rodea.

En el interior son de notar las amplias galerías clarísimas, que van de un extremo al otro de cada piso, paralelamente á la fachada. Estas galerías, de 10 pies de ancho, comunican en ángulo recto con otras que conducen á otras más pequeñas en la trasera de la casa. Se llega á los pisos superiores por una escalera principal que parte de la galería del bajo, cerca del gran vestíbulo de entrada, y por otras escaleras más pequeñas al Este y al Oeste. A la derecha de la entrada principal, que se encuentra en el centro del edificio, están colocadas las oficinas de la administración (1.450 pies cuadrados). El final del edificio al Este está ocupado por el laboratorio de la electricidad (35 pies por 33). A la izquierda están las salas del Consejo y del personal del establecimiento (700 pies cuadrados), el salón de música de los hombres (45 pies por 23), la biblioteca y la sala de lectura (35 pies por 33). El corredor ó galería central conduce de la entrada principal á los roperos y lavabos de hombres, luego al gimnasio, con gabinetes tocadores (95 pies por 40) á la derecha; el *restaurant* y la cocina están frente al gimnasio, á la izquierda.

El lado Oeste del edificio está reservado para las mujeres.

Esta ala comprende los roperos, lavabos, habitaciones de las maestras, salas de refrescos y un lavadero (1.250 pies cua-

drados) en el bajo, con un gimnasio al lado (61 pies por 31). En el primer piso hay una sala donde se enseña el arte de la cocina, talleres de costura y una sala de reunión (2.300 pies cuadrados). Existe una entrada reservada para esta parte del edificio, pero no se ha estimado necesario obligar á las mujeres á entrar sólo por esta puerta. Comunicaciones practicadas en la galería principal conducen á las salas de las mujeres, pero en el bien entendido que los hombres no deben penetrar por ellas.

El cuerpo del edificio que forma la parte posterior del *Polytechnic* está ocupado por siete talleres (5.200 pies cuadrados) de máquinas, calderas, dinamos (2.000 pies cuadrados) encima de los cuales están colocadas las salas de lectura, de dibujo y el laboratorio de mecánica (cada uno de 43 pies por 25), y que, junto con los talleres, forman la mayor división para las industrias de las máquinas y del edificio.

La fachada del primer piso está ocupada por siete clases que pueden contener de 30 á 60 alumnos cada una. La parte al Este del primer piso, comprende: un laboratorio de ciencias físicas (34 pies por 22 y medio), una sala de conferencias (35 pies por 33) para esas ciencias y para la electricidad; esta última se encuentra inmediatamente encima del laboratorio de la electricidad.

El piso primero y el segundo del centro del edificio parten directamente de la escalera principal, y comprenden respectivamente salas de música (1.600 pies cuadrados), un taller y una cámara obscura para la fotografía (1.000 pies cuadrados). Las salas de delante y del centro del edificio, en el piso segundo, están destinadas á las artes, y comprenden salas de modelado y talleres para los escultores en madera, los pintores de edificios y al yeso (200 pies cuadrados).

La extremidad Este de este piso contiene una sala de conferencias (42 pies por 33) dedicada á las clases de Geometría práctica y de otros objetos relativos al arte de la edificación, mientras que toda la parte Oeste está dedicada á la Química

(4.000 pies cuadrados), incluso una sala de conferencias, el gabinete del conferenciante, el laboratorio (50 pies por 40), que puede contener 49 alumnos, y otro laboratorio, más pequeño, para las ciencias naturales.

Existe el propósito de edificar un gran *Hall* para las reuniones y los conciertos, al límite extremo Este del edificio, tan luego como se reunan los fondos necesarios. De ese modo se completará el plan original.

El edificio está alumbrado todo él con electricidad, y su sistema de calefacción es el de vapor. La instalación de la electricidad comprende la máquina de vapor, el gasómetro, los acumuladores y los dinamos, de los que se puede hacer uso para la enseñanza.

La primera piedra fue colocada por el Príncipe de Gales, el 20 de Julio de 1891, y el edificio fue oficialmente inaugurado por Su Alteza Real el 24 de Febrero de 1894, seis semanas después de la apertura de las clases.

En el momento en que escribimos—Diciembre de 1895—se habían gastado 48.000 libras esterlinas (1.200.000 francos) en la construcción y 10.700 libras (267.500 francos) en las instalaciones. Si se considera la existencia relativamente corta de la Institución se advertirá que sus laboratorios y sus talleres están bien provistos. Han prestado á este efecto un precioso concurso el comité directivo y el *Technical Education Board*.

Escuelas nocturnas y escuelas diurnas; cursos profesionales.—El fin principal del *Polytechnic* es dar clases nocturnas para uno y otro sexo, y sobre todos los asuntos de tecnología, ciencia pura ó aplicada á las artes, al comercio, á la industria, á la economía doméstica y á la música; pero hay, además, una escuela de día para la enseñanza técnica y científica, un curso normal de economía doméstica y una escuela—elemental—de economía doméstica para las jóvenes.

La adición de esas clases de día á las nocturnas, que son el único objeto de las instituciones de este género, ha permi-

tido emplear un personal de profesores cuyo tiempo todo está consagrado al servicio del *Polytechnic,* y establecer en las cercanías, y por primera vez, una buena escuela secundaria para la instrucción de las muchachas y muchachos que, habiendo pasado ya por la escuela elemental, desean desenvolver y perfeccionar con el ejercicio sus conocimientos técnicos y científicos en atención á sus futuras ocupaciones, sin perjuicio de continuar su educación general y literaria.

Esta escuela de día—*Technical and Day School*—inauguróse en 1894 con 45 alumnos. Al principio del trimestre corriente—Septiembre de 1895—abrióse para las jóvenes, y ahora tiene 102 alumnos (92 hombres y 10 mujeres). La cuota es de tres libras (75 francos) por año, comprendiendo los libros y el material de clase; es el precio máximo autorizado por el estatuto. La escuela se halla organizada ya, tanto para las ciencias como para las artes, y los jóvenes de uno y otro sexo trabajan juntos en salas comunes.

El curso normal de economía doméstica se ha inaugurado en Febrero de 1894; sirve para formar profesores en todas las ramas de la economía doméstica. El tiempo de la instrucción varía desde quince semanas para el lavado y planchado, á seis trimestres para todas las demás ramas—cocina, corte, costura, colada y economía casera,—con ciertos asuntos científicos combinados para procurar una educación teórica y práctica. Las cuotas varían desde ocho y media libras á 18 por cada asunto, ó bien 45 (1.125 francos) por todos los cursos. La escuela tiene hoy 35 alumnas, y varias de ellas, terminados sus estudios, sirven de maestras.

Los cursos de economía doméstica para las jóvenes inauguráronse al mismo tiempo que el curso normal. Dedícanse á las que deseen tener una instrucción especial sobre las diferentes materias de economía doméstica, y la duración de esta instrucción es de veinte á veintiuna semanas. La cuota de matrícula es de una y media libra (37,50 francos) por todo el curso, comprendiendo el gasto de los libros y materiales en él

empleados. La escuela tiene ahora 34 alumnas, y las que la han dejado ocupan puestos ya de criadas, bien de auxiliares de costureras, ó bien son directoras muy entendidas de sus propias cosas.

Las dos escuelas—normal y práctica—de economía doméstica están sostenidas especialmente por el *Technical Education Board,* que envía allí la mayoría de las alumnas con pensiones confiriéndoles la gratuidad completa. Deben añadirse á esas escuelas diurnas ciertos cursos dados en el día, y que se refieren á la enseñanza de las artes y de la música, á los cuales asisten unos 300 alumnos diariamente.

El trabajo principal del *Polytechnic,* el de los cursos nocturnos, comenzó el 4 de Enero de 1894, durando el primer período desde esta fecha hasta el 30 de Junio.

Durante este espacio de tiempo se han dado 115 cursos sobre 64 asuntos diferentes, y se han anotado más de 4.000 matrículas. El segundo período, abierto en Septiembre de 1894, continuó hasta Junio de 1895; celebráronse 200 cursos sobre 82 asuntos. El total de matrículas elevóse á 7.465.

Estas matrículas representan unos 3.000 individuos: de ellos eran 1.100 mujeres. La mayoría de los alumnos es de diez y seis á veinticinco años de edad. Las matrículas se distribuyen de este modo:

Matemáticas é industria de la edificación	1.315
Electricidad y física	287
Química	250
Matemáticas	261
Ciencias naturales	86
Fotografía	75
Artes	520
Comercio é instrucción general	1.509
Música	4.427
Cursos para mujeres	725
Gimnasia	1.010

En el momento actual el trabajo del tercer período está en plena actividad, y se han añadido otras materias profesionales, tales como cursos de confección de vestidos de hombres, cursos de ebanistería, etc., que siguen 2.300 personas ordinariamente.

El precio de matrícula de esas clases es el mismo que en las demás instituciones análogas. Un alumno de materias técnicas y científicas paga 5 chelines por los cursos teóricos, y 7 por el trabajo práctico de talleres y de laboratorio durante todo el período: unas treinta semanas.

Los que estudian el comercio pagan unos 10 ó 12 chelines por el período de nueve meses, estando las otras cuotas en la misma proporción. Se pagan éstas, por lo general, en dos ó más veces, y son menores para los miembros del *Polytechnic*. La admisión á los cursos comerciales está limitada á las personas destinadas á la rama del comercio de que se trata.

Acción educativa, recreativa y social: admisión de los estudiantes como miembros de la Institución.—Respecto de la acción recreativa y social, se advertirá que el *Polytechnic* reserva los privilegios que implica la cualidad de miembros, á aquellos que son efectivamente alumnos de sus clases, diferenciándose en esto totalmente de las instituciones análogas, en las cuales la calidad de miembro se da á todos aquellos que lo deseen fuera de las clases.

Se procede así, porque el *Polytechnic* estima la educación como su primer tarea y cuidado, y quiere que el recreo y las relaciones sociales se coloquen en segundo lugar y como suplemento de la obra principal. Todos los alumnos de diez y seis á veinticinco años pueden llegar á ser miembros del *Polytechnic* pagando una pequeña cuota de 6 chelines por año los hombres y 3 las mujeres. Esto les permite el uso de las salas de recreo—billares, ajedrez y otros juegos,—de la sala de lectura, de los diferentes clubs y sociedades de cuota reglamentaria, y de los cursos ordinarios, conferencias, conciertos y

otros medios de entretenimiento á precios reducidos. Los clubs y las sociedades están dirigidos por una *Athletic and social Union,* que tiene como vicepresidentes los miembros del Comité directivo. El Comité de la *Unión* está compuesto por representantes de cada club y sociedad: son elegibles los estudiantes ó miembros del personal. El principal del *Polytechnic* es el presidente del Comité. La *Unión* favorece y auxilia en su funcionamiento los diversos clubs y sociedades, organiza deportes atléticos, conciertos, reuniones, y hasta dirige una revista.

El Comité acude á los fondos del *Politechnic* para subvencionar la *Unión,* para alentar, en particular, los deportes de la *Unión* durante las vacaciones de verano, como un medio de relacionar entre sí los estudiantes. En la actualidad, el número de miembros es de 527 (313 hombres y 214 mujeres). No se separan los sexos, excepto en los cursos profesionales, reservados especialmente á las mujeres: en todo lo demás, los jóvenes de uno y otro sexo trabajan juntos, con provecho de todos.

Dirección.—Atendiendo al personal necesario para los trabajos del *Politechnic,* los directores han decidido elegir un principal que sea el único y directamente responsable ante ellos, de la organización y de la dirección de todo el trabajo, estando los demás miembros del personal á sus órdenes. De esta manera quieren «garantir el imperio constante de una idea principal dominante que haga de la obra un todo orgánico, que la anime con espíritu de unidad y de coordinación, y que regule la marcha de las diferentes clases, determinando sus relaciones mutuas, combinando los cursos de instrucción, armonizando el trabajo, y proyectando, en caso necesario, las ramas nuevas en direcciones diversas». El nombramiento del principal se hizo en Junio de 1893; de suerte que, desde el contrato celebrado con el constructor, todo se ha efectuado bajo la dirección personal del principal actual.

Añádase á eso que las principales secciones, las de física, máquinas eléctricas, química y artes, están bajo la dirección

inmediata de un jefe, cuya posición y trabajos son los de un profesor en un colegio de la Universidad. El principal es también jefe de la sección de máquinas y de edificación.

La sección de las mujeres está dirigida por una señora: el secretario del *Governing Body* desempeña el puesto de secretario y está al frente del personal burocrático. Actualmente el número de profesores es de 68, entre los cuales 24 (14 hombres y 10 mujeres) dedican todo su tiempo á los trabajos del *Polytechnic;* los demás profesores sólo acuden, de vez en cuando, á los cursos nocturnos.

Presupuesto.—Los gastos de la Institución se cubren mediante: 1.°, la subvención de 2.500 libras, de que hemos hablado; 2.°, las subvenciones del *Thechnical Education Board,* que ascienden de 3.000 á 3.500 libras; 3.°, de las cuotas de los alumnos (unas 2.500 libras); 4.°, de una subvención de 800 libras á 1.000 del *Science and Art Department* y de la Corporación *City and Guilds* de Londres, en atención á los resultados de los exámenes. Las tres últimas dotaciones aumentan con el trabajo del *Polytechnic;* pero como los gastos durante el año último han excedido de 10.000 libras, bien se ve que serán necesarios más fondos, antes de que la Institución pueda extender su acción y cumplir las grandes cosas para las cuales ha sido fundada.

La historia de la Institución es aún hoy demasiado corta para que se pueda pedirle grandes resultados. Los estudiantes, sin embargo, han logrado buen éxito en varios exámenes de ciencias y de artes; un gran número de ellos han comenzado estudios serios, de tres ó cuatro años de duración, y un número muy importante sigue los cursos más adelantados. Se han tomado precauciones especiales á fin de que nuestros discípulos que se preparan para los *grados* de la Universidad de Londres, puedan tener clases aparte, sobre todo el sábado por la mañana, y hemos tenido la satisfacción de leer los nombres de algunos de nuestros candidatos en la lista de los admitidos en las ciencias.

Gracias á sus numerosos talleres y laboratorios y á las ocasiones excepcionales que ofrecen para la práctica del trabajo, la Institución goza de buena fama, siendo preferidos sus cursos, y día llegará, de seguro, en el cual logrará un puesto entre las Instituciones que quieren ser las «Universidades del pueblo», en el verdadero sentido de la palabra (1).

SYDNEY A. WELLS,
Principal.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

NOTA V

A título de documento, en apoyo de la noticia que precede, se ha juzgado que tendría un real interés reproducir algunas páginas del prospecto publicado por el *Battersea Polytechnic Institute,* para 1895-96.

Recorriéndolas, podrá el lector formarse una idea bastante exacta de los trabajos á que se dedican los alumnos de uno y otro sexo, que frecuentan durante algunos años consecutivos los cursos del Instituto. Encontrarán ahí la enseñanza técnica seguida siempre de la enseñanza práctica ó profesional. Como base general, el cálculo, la geometría aplicada, el dibujo artístico ó lineal, á menudo ambos; al lado, cursos especiales apropiados á los diferentes oficios, y por último, talleres en los cuales, á la vista y con el auxilio de expertos ejercitados, todos los obreros, desde el albañil y el carpintero hasta la lavandera y la costurera, pueden, mediante su trabajo manual, metódicamente dirigido, llegar á adquirir, cada cual en su profesión, una habilidad más completa, y por tanto, más remuneradora.

El traductor,
H. CAMMARTIN,
Profesor en el Colegio Chaptal.

(1) Traducido este estudio para la edic. franc. por la señora de Verbizier.

EXTRACTOS DEL «REGLAMENTO»

PARA 1895-96.

Puede ingresar en el Instituto toda persona, sea cual fuere su sexo, que desee seguir una de las clases organizadas por el establecimiento. En principio, las clases se destinan para alumnos de más de quince ó dieceséis años.

Las clases comenzarán, y el Instituto estará abierto para los estudiantes, el lunes 23 de Septiembre de 1895. Funcionará una oficina de informaciones todos los días, desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde. Hay en ella prospectos y hojas para solicitudes de ingreso. La misma oficina está abierta todos los días laborables, desde las seis y treinta hasta las nueve de la noche, á partir del 16 de Septiembre, para distribuir las tarjetas y cobrar las matrículas escolares.

El Instituto estará abierto todos los días de la semana —excepto el sábado—á las seis y treinta, y el sábado á las dos y treinta, y cerrado á las diez y treinta. El gas se disminuirá cinco minutos antes de la hora de cerrar, debiendo los alumnos proceder á desalojar las salas.

Las personas que deseen ser miembros del Instituto deberán llenar una segunda hoja especial.

El director tendrá mucho gusto en recibir á todo aspirante, ó bien procurarle todas las noticias útiles acerca de los medios de que el Instituto dispone, y después del 16 de Septiembre, los profesores estarán, en cierta medida, á disposición del público, para recibir á los estudiantes que deseen seguir sus clases.

Todo alumno debe presentar su tarjeta de tal, ó de miembro, al entrar en el establecimiento, y cuando se le pida.

Los alumnos pueden frecuentar la biblioteca, el refectorio, el ropero y los gabinetes tocadores, pero no pueden penetrar

en las salas señaladas con la indicación «Reservadas para los miembros.»

Puede ser miembro del Instituto, todo alumno de diez y seis á veinticinco años de edad, mediante el pago de un chelin (1,25 francos) como derecho de matrícula, y una cuota calculada en esta forma:

Hombres, 2 chelines (2,50 frs. trimestre), ó 6 chelines (7,50 frs. año).
Mujeres, 1 — (1,25 — —), ó 3 — (3,75 — —).

Los Directores pueden admitir como miembros un número limitado de alumnos, de más de veinticinco años, mediante el pago de un chelín (1,25 francos), como derecho de matrícula, y de una cuota:

Hombres, 3 chelines (3,75 frs. trimestre), ó 10 chelines (12,50 frs. año.)
Mujeres, 1,6 - - (1,35 — —), ó 5 — (6,25 — — .)

Los alumnos que inutilicen su tarjeta, deben pagar un nuevo derecho de matrícula para hacerse miembros.

Las tarjetas de miembros no se expiden sino á condición de que el miembro asista á una ó varias clases, y el que dejara de asistir á una, debe estimar que su tarjeta ha caducado.

Los miembros gozan de las siguientes prerrogativas: admisión á las clases, con rebaja de un chelin (1,25 francos), para cada clase; admisión, con rebaja de cuota, á las conferencias ó fiestas; entrada á las salas de lectura, provistas siempre de periódicos y revistas; acceso á las salas comunes, en las cuales pueden disponer de los billares, tableros de ajedrez, damas, etc.; admisión á las escuelas atléticas y demás sociedades de amigos.

Todas la cuotas se deben pagar por adelantado, y toda suma pagada se estima como ingreso realizado.

El director ha recibido de los gobernadores plenos poderes para retirar temporal ó definitivamente sus tarjetas de admisión á todo alumno culpable de una falta grave al espíritu del reglamento. Cuantos frecuentan el Instituto deben mantener el orden y conducirse personalmente de manera que contri-

buyan á afirmar los intereses del establecimiento y á mostrar que aprecian los beneficios que les ofrece.

Está prohibido fumar en toda la extensión de los edificios.

AVISO Á LOS ALUMNOS

Todas las clases, con algunas excepciones, están abiertas para los estudiantes de uno ú otro sexo.

Las clases llamadas *anuales* duran de Septiembre á Mayo y suponen unas treinta lecciones. Terminan por un examen, en razón del cual los aspirantes, según su mérito, reciben medallas, premios en dinero, libros ó certificados. Todos los alumnos matriculados en esas clases deben asistir á veinte lecciones á lo menos, y sufrir el examen si fuesen llamados.

Las demás clases, llamadas *clases trimestrales,* duran doce semanas:

Del 23 de Septiembre al 21 de Diciembre.

Del 4 de Enero al 1.° de Abril.

Del 13 de Abril al 4 de Julio.

Los alumnos pueden ser llamados á sufrir los exámenes de la Sociedad de Bellas artes, de la Cámara de Comercio de Londres y de cualquier otra Sociedad.

Todos los alumnos deben seguir los cursos con regularidad y hacer en ellos una preparación seria.

Las clases «elementales» acerca de un objeto, cualquiera que él sea, convienen á aquellos que no tengan nociones relativas á la materia que desean estudiar. En las clases «superiores» no son admitidos más que aquellos que pueden probar que han adquirido conocimientos especiales suficientes.

ADVERTENCIA Á LOS ALUMNOS SOBRE LA ELECCIÓN DE LOS CURSOS QUE DESEEN SEGUIR

A los alumnos que se propongan asistir al Instituto durante varios años, se les recomienda que sigan progresivamente

toda una serie de cursos durante dos, tres ó cuatro años. Se les pone en guardia contra el peligro que correrían empeñándose en abarcar demasiadas materias de una vez. Depende esto mucho de las circunstancias en que cada alumno se encuentre; pero la experiencia ha demostrado que un alumno no puede seguir con aprovechamiento más de dos noches por semana, á menos que las materias elegidas no estén íntimamente relacionadas; y nadie debe olvidar que una noche, cuando menos, por semana, debe consagrarse á la preparación de los cursos y á ordenar las notas tomadas, y eso para cada materia.

Los alumnos «de comercio» se imaginan con excesiva facilidad que los únicos cursos á que deben asistir son los que se refieren de una manera especial á su profesión. Lo cual es un gran error, porque algunas ciencias puras ó aplicadas, están íntimamente ligadas con ciertos asuntos técnicos, y no se debe, en manera alguna, prescindir de ellas por quien desee tener conocimientos sólidos y completos sobre su profesión. Algunos de esos estudios son necesarios antes de abordar los cursos técnicos ¿cómo, en efecto, esperar progresos suficientes de aquellos que se aplican al estudio de las máquinas ó al arte de levantar planos de construcción, si no tienen á lo menos algunas nociones de Geometría aplicada? Y el alumno que ignora los cálculos de la cubicación y de la agrimensura, que no posee ya de una manera suficiente el cálculo, ¿será capaz de seguir útilmente los cursos dados sobre todo lo que se refiere á la maquinaria, al vapor, al dibujo de máquinas, á las operaciones de arquitectos y empresarios?

Ningún alumno deberá echar al olvido que el cálculo, la cubicación, la agrimensura son conocimientos de adquisición indispensable antes de seguir cursos técnicos especiales, siendo á tales estudios preliminares á los que debe consagrarse ante todo, si más tarde desea lograr buenos éxitos en ciencias y en tecnología.

Desde el momento de la matrícula, los estudiantes no de-

berán olvidarse de que casi todas las materias técnicas implican tres etapas: curso *elemental*, curso *medio*, curso *superior*. Pocos serán los que puedan realizar con entera distinción y provecho las dos primeras etapas en menos de tres años, y así los más distinguidos que obtienen el certificado final no alcanzan tal fin sino pasados cinco ó seis años.

PRINCIPIANTES

Las clases que en el cuadro que sigue se indican se recomiendan á los alumnos á quienes sus ocupaciones diarias entretienen en los trabajos de construcción en general, y que no saben nada acerca de cubicación, matemáticas y dibujo. Los que durante el día trabajan con sus manos en las fábricas, obrarán adecuadamente durante el primer período—curso—absteniéndose de asistir á los talleres profesionales de noche.

Los mecánicos, los cerrajeros, los ladrilleros, los albañiles, los plomeros, los carpinteros, deberán asistir á las clases de matemáticas—cursos elementales—de mediciones y de dibujo lineal. A los yeseros, pintores, decoradores y ebanistas les interesa asistir á los cursos de dibujo lineal y de dibujo de estampa.

PROGRAMA DE LOS CURSOS ELEMENTALES

Las materias de estudios que forman el cuadro siguiente están divididas cada una en tres partes: I. Enseñanza científica indispensable para emprender la enseñanza profesional.—II. Enseñanza profesional.—III. Enseñanza general cuya utilidad se hará notar á medida que se aumente la cultura general.—Las materias están clasificadas en el orden según el cual deberán estudiarse, y todo alumno deberá en el curso de un año cualquiera, dedicarse á lo ménos al estudio de las materias I y II, es decir, deberá seguir la enseñanza científica y la enseñanza profesional.

Para los mecánicos.

I. *Enseñanza científica elemental:* Matemáticas.—Cubicación.—Geometría aplicada.—Dibujo de estampa.—Mecánica aplicada.—Mecánica teórica.—Calor.—Vapor.—Dibujo de máquinas.—Resistencia de materiales.

II. *Enseñanza profesional:* Taller de mecánica y de ajuste.—Obras de cerrajería.—Construcción de modelos.—Obras de mecánica.

III. *Enseñanza más elevada y general:* El sonido.—La luz.—Magnetismo y electridad.—Química inorgánica.

Para los ladrilleros y albañiles.

I. *Enseñanza científica elemental:* Matemáticas.—Cubicación.—Geometría aplicada.—Dibujo de estampa.—Construcciones.—Mecánica.—Resistencia de los materiales.

II. *Enseñanza profesional:* Construcciones en piedras ó en ladrillos.

III. *Enseñanza general:* El sonido.—La luz.—Química inorgánica.

Para los enyesadores.

I. *Enseñanza científica elemental:* Cubicación y medidas.—Geometría aplicada.—Construcciones.—Dibujo y modelaje.

II. *Trabajos prácticos* con los yesos.

Para los plomeros.

I. *Enseñanza científica elemental:* Matemáticas.—Cubicación.—Geometría aplicada.—Casa: habitaciones.—Medidas mecánicas.—Equilibrio y presión de los líquidos.—Calor.—Química inorgánica.—Mecánica aplicada.

II. *Enseñanza profesional:* Trabajos de los plomeros.

III. *Enseñanza más elevada y general:* Higiene.

Para los carpinteros.

I. *Enseñanza científica elemental:* Matemáticas.—Cubicación.—Geometría aplicada.—Construcciones.—Resistencia de los materiales.—Mecánica aplicada.

II. *Enseñanza profesional:* Carpintería.—Escaleras y tramos de escalera.

Para los pintores y decoradores.

Curso de dibujo.—Geometría aplicada.—Casa.—Composición de pinturas y barnices.

Para los ebanistas.

Curso de dibujo.—Geometría aplicada.

Para los electricistas.

I. *Enseñanza científica elemental:* Matemáticas.—Medida de superficies. Geometría aplicada.—Dibujo.—Magnetismo y electricidad.—Mecánica.—Calor.—Alumbrado eléctrico: transmisión de las fuerzas.—Vapor.—Mecánica aplicada.—Dibujo de máquinas.—Resistencia de materiales.—Construcciones.

II. *Enseñanza profesional:* Talleres de electricidad.—Tendido de hilos en las calles y casas.

III. *Enseñanza general:* Química inorgánica.

Para los obreros que trabajan en las fábricas de productos químicos.

Matemáticas.—Química.—Más tarde, manipulaciones.—Mecánica teórica.—Fuerza y equilibrio de los líquidos.—El sonido.—La luz.—El calor.—Magnetismo y electricidad.

Para los fotógrafos.

Química.—La luz.

Traducido del prospecto de 1895-96
POR M. H. CAMMARTIN.

OTROS EJEMPLOS Y OTRAS FORMAS

DE INSTITUCIONES POLITÉCNICAS.

Bien hubiéramos querido poder consagar algunas páginas á otros *polytechnics* de Londres, pero no hemos recibido la noticia original referente á ellos. Nuestros lectores suplirán en amplia medida esta laguna con recordar la *Introducción*. Allí encontrarán el *Polytechnic* de Regent Street y el de Borough Road, descrito de una manera animada por M. Chevalley.

Pero creemos ofrecerles un útil complemento de informes, reproduciendo aquí dos cortos documentos que revelan el mismo movimiento, provocando creaciones muy diferentes.

Esperábamos poder añadir también una noticia relativa á las obras de interés popular de Manchester, que, por sí sola, pueda constituir uno de los resúmenes más instructivos. Mas ese trabajo no ha llegado aún á nuestras manos, y forzosamente tenemos que renunciar, por el momento, á su publicación, con mucha pena, eso sí.

A continuación damos un resumen de las últimas Memorias anuales de la *Technical School* de Sheffield; luego va, á título de mero ejemplo tomado entre otros cien, una nota sobre el *Polytechnic* fundado por tres pequeñas poblaciones de los alrededores de Londres.

ESCUELA TÉCNICA DE SHEFFIELD

Rerum cognoscere causas: Tal es la divisa de la Escuela técnica de Sheffield. Elevar el nivel intelectual del obrero, hacerle capaz de comprender lo que trabaja, fijar en su espíritu, además del cómo, el por qué de las cosas, y por tal manera interesarle por su oficio, hacer que se perfeccione en él

y mejore su situación material; tal es el fin de las diferentes instituciones populares puestas al alcance del pueblo de las ciudades, y tal es el que veremos dibujarse en la Escuela técnica de Sheffield, después de una rápida ojeada á través de su historia y de su organización actual.

No es de ayer, como es sabido, el movimiento en favor de la educación técnica de los adultos en Inglaterra, movimiento que en el momento actual está en su apogeo, aun en Londres, que, sin embargo, parece marchar más despacio, en este respecto, que algunas grandes ciudades manufactureras, en las cuales la industria alcanza de día en día una más alta perfección. Sheffield, el centro más importante de la industria del acero, de la cuchillería y armería, no podía hacer menos por su población obrera que sus grandes rivales.

Hace más de treinta años—si hemos de dar crédito á un periódico local, de quien tomo algunos detalles sobre la Escuela que nos ocupa,—que se intentaron los primeros ensayos; algunos hombres distinguidos, interesados por la prosperidad industrial de Sheffield, y observando los perfeccionamientos que lentamente se realizan en las fábricas, hablaron de la utilidad de establecer una escuela de enseñanza técnica que, dando á esos perfeccionamientos una base científica, pudiera multiplicar su alcance. Pero no llegaron, sin duda, á una solución práctica, pues hasta fines de 1883 sus ideas no lograron una aplicación efectiva.

Un *meeting* celebrado el 13 de Diciembre de 1883 bajo la presidencia del alderman Brittain, decidió establecer, en relación con el *Firth College*, «una enseñanza técnica especialmente apropiada á la industria del distrito», y se designó un comité ejecutivo para elaborar un plan.

El asunto fue llevado con rapidez y muy en serio; el *Town Council* (Consejo municipal) fue el primero de los consejos de este género que se decidió á utilizar las facultades que la ley le confería, en materia de instrucción técnica, para la organización del nuevo establecimiento. Los *City Guilds*—gremios

de oficios—de Londres concedieron un donativo anual de 300 libras (7.500 francos) durante cinco años; la Compañía de pañeros de Londres, otra de 250, por ocho años; la de los cuchilleros de Sheffield, 100 por año, durante cinco, así como los *Town Trustees*—administradores de las fundaciones de la ciudad.—La Escuela tuvo, además, generosos suscriptores, tales como Sir Federico Mappin, baronnet, miembro del Parlamento, cuyo nombre está enlazado con las más importantes cuchillerías de Inglaterra, y á quien se debe en gran parte el éxito actual de la Escuela, los S. S. Cammell y Comp., Firth é hijo, R. A. Harfield, de la Compañía de fundición de acero de Harfield, etc.

Un gran número de donativos facilitaron la obra del Comité, entre ellos los siguientes: el duque de Norfolk, 3.000 libras esterlinas (75.000 francos); Sir F. T. Mappin, 2.000; los *Town Trustees*, 2.000; el duque de Devonshire, 500; Thomas Jessop, Esq., 500; Sir Enrique Stephenson, 250, etc.—En el prospecto para el curso de 1895-96, encuentro los nombres de 38 sociedades, casas de comercio ó particulares ricos, cuyas suscripciones, generalmente por cinco años, varían entre una guinea y 7.500 francos, y el de 130 donantes que han entregado desde 125 francos hasta 7.500, sin contar 860 francos procurados por los donativos menores de cinco libras. Una tercera lista comprende los donativos adicionales, y en ella también figura Sir F. T. Mappin con la suma de 250 libras (6.250 francos). El total de los ingresos se completa con el fondo de 1.000 libras para los premios Mappin, y el de 122 libras para los premios concedidos por los mecánicos de Sheffield.

El llamamiento hecho á la generosidad pública había sido bien acogido; seis meses después de la formación del Comité, comenzó la construcción de la escuela—16 de Junio de 1884—y se abrió en Febrero de 1886, por sir Federico Bramwell. El edificio no tiene pretensión alguna en cuanto á su belleza arquitectónica, habiéndose preferido prescindir de la apariencia exterior, en beneficio de la organización interior y de las facilidades dadas al estudio.

El establecimiento está dirigido por un Comité, del cual es Presidente sir Federico T. Mappin; Vicepresidente, sir Enrique Stephenson; Tesorero, M. Skelton Coles, y Secretario, M. Walter Swift — *Sheffield Technical School*, Ste. George's Square, Sheffield. — Este Comité es auxiliado por miembros nombrados por la Corporación de Sheffield, y á su frente el alcalde de la ciudad, un alderman y consejeros. Los iniciadores están representados por sir J. T. Mappin, y los Sres. Cole, Sorby, Hicks, Moss y el Presidente de la Compañía de pañeros de Londres.

La enseñanza está confiada á más de treinta profesores ó conferenciantes, casi todos provistos de títulos comprobantes de su saber profesional, y bajo la dirección del Sr. Ripper, principal y profesor de ingeniería civil.

El trabajo se divide en tres *Departments:*

1.° El *Junior Day Department* ofrece á los muchachos de doce á quince años una enseñanza de un carácter general, tal como puede darse en las escuelas profesionales de Francia. Los profesores atienden á conocer y desenvolver las aptitudes especiales del niño, y también á guiar á los padres en la elección del trabajo á que deben dedicar á su hijo. La lista de materias comprende: aritmética, álgebra, geometría, trigonometría, mecánica, electricidad, química teórica y práctica, fisiografía, calor, dibujo á mano alzada, dibujo geométrico, dibujo según modelos y dibujo de máquinas, empleo de útiles en los talleres, sistema métrico y sus principales aplicaciones—sabido es que Inglaterra empieza á adoptarlo—lenguas francesa y alemana y taquigrafía. La instrucción manual, en los laboratorios y talleres, está fundada en los principios científicos comprobados por el mismo discípulo mediante numerosos experimentos; fusión íntima y fecunda de la teoría y de la práctica. Para asistir á esos cursos del *Junior Department*, es preciso poseer ya una buena instrucción primaria—en aritmética, por ejemplo, ser capaz de resolver los problemas que entrañan fracciones ordinarias y decimales.—El trabajo hecho en clase

se completa con lecciones estudiadas en casa, y se insiste de una manera especial en la cooperación de los padres; se les envían informes en Navidad y en verano, demostrativos de los progresos de los discípulos en cada materia. Los alumnos permanecen, por lo regular, todo el día en la escuela, y allí toman su comida, bajo la vigilancia de un profesor. Los cursos se dan los lunes, martes, miércoles, jueves y viernes, de nueve á doce y treinta, y de una á cuatro. La cuota escolar es de 10 chelines (12,50 francos por mes). Las vacaciones son: tres semanas en Navidad, una en Pascua, una en Pentecostés y seis en verano, antes del primer lunes de Septiembre.

Esta parte de la escuela está en relación con el Departamento de Ciencias y Artes de South-Kensington. Se conceden anualmente, previo examen, tres pensiones de «Ciencia y Arte» de 9 libras al año para la primera, 12 para la segunda y 15 para la tercera. Se conceden otras seis pensiones de estudiantes de la Escuela técnica, mediante concurso, á los alumnos de las escuelas elementales de Sheffield; dan derecho éstas á las lecciones gratis por un año, y pueden renovarse por el año siguiente, pero á voluntad del Comité. Por último, se otorgan premios todos los años al alumno que obtuviese el número uno en el examen que en la misma escuela se celebra.

2.° Como continuación de esta instrucción general dada á los niños, está la instrucción industrial práctica, en las clases de día para adultos—*Senior Day Department*—con dos secciones: ingeniería—*engineering*—y metalurgia. La cuota exigida á los alumnos es de 16 guineas (420 francos) por año para la mecánica, la electricidad, los estudios relativos á las minas, y 18 para la metalurgia del hierro, del acero y de los demás metales preciosos. Puede asistirse á una ó varias clases sin estar obligado á seguir todos los cursos, variando las cuotas en proporción. Por otra parte, puede recibirse una instrucción más amplia que la del curso en las diferentes ramas, á petición de los alumnos. El estudio completo de la *engineering* pide tres

años y comprende las clases, las conferencias, los experimentos en los laboratorios, los trabajos prácticos en los talleres manuales y las salas de dibujo. Todos los alumnos siguen los mismos cursos durante los dos primeros años, y el tercero se especializan en «*engineering*», mecánica, eléctrica ó civil. Tienen á su disposición un laboratorio muy bien organizado, provisto de una caldera de acero tubular y que trabaja á una presión de 100 libras por pulgada cuadrada; de una máquina de vapor horizontal con condensadores, frenos, manómetros, etcétera, etc.; de una máquina marina vertical, hecha en la misma escuela; de un motor de vapor de una fuerza de 20 caballos, de un motor de gas, de una bomba hidráulica, etc., etcétera. Al lado, el taller donde se trabaja la madera ofrece la instalación necesaria para 36 discípulos á la vez; contiene seis tornos de madera movidos al vapor. Hay también una forja con todos los útiles necesarios para forjar, soldar, templar, recocer, etc. La sala de dibujo es soberbia, bien alumbrada, y caben en ella 80 alumnos á la vez.

El estudio de la metalurgia, bajo la dirección de Mr. Arnold, es quizá el rasgo dominante de la Escuela, y le asegura uno de los primeros puestos entre las grandes escuelas técnicas de Europa. Se ha querido instalar un taller modelo, en el cual se haga un trabajo razonado y científico, y que reuna los aparatos y el *modus operandi* de las mejores manufacturas y fábricas metalúrgicas. Un espíritu esencialmente práctico ha presidido la organización de este taller: ha sido construído para los obreros de Sheffield y para ellos sólo; no se rechazan los jóvenes que acudan de otras partes, pero doquier se siente el influjo de la industria propia de Sheffield, y todo concurre hacia el mismo punto: hacer al alumno capaz de procurarse más tarde una posición preeminente entre los empleados de los grandes establecimientos industriales de la ciudad. Y allí encuentra un admirable conjunto de lecciones prácticas, de nuevas y curiosas experiencias, de investigaciones científicas fecundas, de donde sin cesar surgen nuevos perfeccionamien-

tos. Nada más interesante para un ingeniero ó para un constructor de máquinas, que una visita á este taller; verá allí un enorme crisol á fuego abierto, con tres sistemas distintos para producir el gas: carbón mineral, aceite y mezcla de hidrógeno y de oxígeno; gruas hidráulicas; un horno para la producción de fundición de hierro; un taller para la fabricación de calderas; una fundición completa de hierro, con chapas de hierro, y otros aparatos necesarios para fundir el hierro ó el acero, etcétera, etc. El laboratorio está provisto de aparatos de los más modernos para los análisis metalúrgicos, especialmente de aparatos para el examen químico, rápido y exacto del hierro, del acero, del carbón mineral y de las materias refractarias. Se dedica una atención especial á la determinación de los elementos microscópicos del acero. La Escuela es hoy la más completa en su género para la enseñanza relativa á la constitución química, á las propiedades físicas y á la fabricación práctica del acero.

Aun cuando la principal industria de la ciudad ocupa, según se ha podido advertir, el primer lugar de la Escuela técnica, las demás ramas de la industria local no están allí abandonadas, sino que están especializadas en una enseñanza distinta que se ocupa con los metales distintos del hierro y del acero. Los alumnos pueden así elegir un estudio que le será de una utilidad inmediata. Por lo demás, al lado de una enseñanza esencialmente práctica, hay una enseñanza teórica muy elevada; testigo de esto las series de investigaciones realizadas por el profesor Arnold y sus discípulos, en 1890-91, sobre la acción del aluminio en la fabricación del acero.

La actividad que reina en esta parte del establecimiento, y el interés que cada cual pone en ello, han provocado la formación de la Sociedad metalúrgica de la Escuela técnica de Sheffield, compuesta de alumnos antiguos y nuevos y de industriales en número hoy de más de 200.

Además de esos dos *departments*—clases de día para adultos y para jóvenes,—hay el tercero, más importante aún, á lo

menos en cuanto al número, que es el de las clases nocturnas—*Evening Department*—que comprende las divisiones y ramas siguientes:

A.—Clases de ciencias y artes: aritmética y mediciones; dibujo á mano alzada; dibujo de modelos, geometría, estudios de sombras; matemáticas; mecánica teórica; geometría práctica, plana y del espacio; sonido, luz y calor; magnetismo y electricidad; química inorgánica.

B.—Sección de ingeniería: geometría del espacio; dibujo y construcción de máquinas; mecánica aplicada; vapor, calderas, locomotoras; experimentos en el laboratorio; máquinas eléctricas; talleres.

C.—Sección metalúrgica: química; conferencias sobre la metalurgia; conferencias sobre el carbón mineral; metalurgia práctica; curso sobre la calefacción de máquinas; geología y mineralogía; electro-metalurgia.

D.—Sección relativa á las minas: geología; examen de minas.

E.—Sección de edificios: geometría del espacio; construcción y dibujo de edificios. Plomería: conferencias y trabajos manuales. Carpintería: conferencias y trabajos manuales.

F.—Sección general: fotografía, copiador; taquigrafía; francés, alemán; trabajos manuales—taller de maderas—para los maestros.

Como se ve, en las clases nocturnas la enseñanza no es exclusivamente industrial; es más teórica y su esfera más amplia. La cuota exigida es de cinco chelines (6,25 francos) por período para un curso especial, y de dos y medio por cada curso más. El trabajo en los laboratorios y talleres tiene cuotas especiales, siempre más elevadas, lo que se comprende, porque el alumno no tiene que procurarse por sí mismo las materias primeras y los útiles. Uno de los cursos más interesantes es el de *electrical engineering,* con aplicaciones especiales á las fábricas de Sheffield. Y el propio pensamiento domina en toda la enseñanza: procurar á la ciudad obreros hábiles y contramaestres instruídos.

Además, parece ser que el Comité ha querido dar á todos los establecimientos de enseñanza de Sheffield un impulso común, con tendencia á hacer de la educación general dada en las escuelas elementales, una educación eminentemente industrial y científica. Todos los sábados por la mañana, en efecto, los maestros pueden acudir á la Escuela técnica á ejercitarse y á perfeccionarse en el trabajo manual: la suma exigida es de 13,50 francos por período ó curso, con el uso de materias primeras y útiles. Un examen hecho ante el *London Institute* concede á los maestros el derecho de enseñar el trabajo manual en la escuela primaria.

En cuanto á los alumnos propiamente dichos, reciben también certificados expedidos después del examen, los cuales les facilitan el ingreso en las fábricas. Si han asistido á los cursos durante tres años y aprobado en los diferentes exámenes, se hacen miembros de la Asociación de ingeniería ó de la de metalurgia; pero se cuida mucho de dificultar la admisión para que la posesión del título de asociado sea un honor y una garantía para el porvenir.

También deben mencionarse las numerosas pensiones de estudios otorgadas mediante ciertas condiciones á los alumnos de los tres *departments;* los aspirantes deben haber residido en Sheffield lo menos durante un año antes del examen y ser de familia honorable, y que merezca la solicitud del Comité; deben tener más de trece años para el *Junior Department*—á menos que antes hayan pasado la sexta división de la escuela primaria—y más de catorce años para los otros dos departamentos; su pensión podrá prolongarse si se muestran dignos de ello y obtienen cuando menos 60 por 100 de los puntos que pueden darse en los exámenes; cada alumno no tiene derecho más que á una sola pensión, etc.

Entre los demás beneficios pecuniarios y honoríficos, deben citarse las dos medallas otorgadas en ingeniería y metalurgia y acompañadas de 15 libras esterlinas cada una, que anualmente ofrece, previo examen, sir Federido Mappin,—y

el premio de 75 francos otorgado al alumno de las clases nocturnas ó de las de día, que presente la investigación científica más original acerca de algún asunto relativo á la ciencia de las máquinas.

Por fin, añadiremos las pensiones concedidas por South Kensigton, por el *City and Guilds of London Institute,* el premio anual de tres guineas (78,75 francos) ofrecido por la Compañía de alumbrado eléctrico de Sheffield, etc., por donde vemos que de todas partes se procura alentar á los alumnos de la Escuela técnica.

Y así no deberá sorprender que nos encontremos con las cifras siguientes en el informe del principal para el curso de 1894-95; mientras que el número de alumnos no se elevaba en 1886 más que á 99, de los cuales 74 eran de las clases nocturnas y 25 de las de día, en 1894-95 esa cifra se eleva á 658, 74 para el *Junior Day Department,* 76 para el *Senior Day Department* y 508 para las clases de la noche. El año anterior siguieron sus cursos nocturnos 715 jóvenes; el principal atribuye esta ligera diferencia á la apertura de las clases científicas gratuítas en los barrios extremos de la ciudad; pero la Escuela sigue siendo siempre el centro de la instrucción técnica, y no hay en rigor competencia.

Los alumnos que salieron en 1894 están en su mayoría en los talleres de Sheffield; algunos en Hull, Manchester, Belfast; uno se fue á las Antillas á poner su instrucción científica al servicio de la explotación de una mina de oro. Algunos alumnos se hacen maquinistas jefes en los buques, pero todos estos son excepciones; casi todos están en Sheffield, y allí siguen concurriendo al continuo perfeccionamiento de las industrias de la gran ciudad. Por tanto, no debe sorprendernos que la Escuela no esté abierta por el momento más que á ciudadanos ingleses.

Resúmen según las Memorias anuales por

M. Benard.

UN PEQUEÑO CENTRO LOCAL DE EDUCACION TECNICA

CONDADO DE MIDDLESEX, DISTRITO DE HOUNSLOW, CERCA DE LONDRES

En casi todas las poblaciones algo importantes se ha seguido el ejemplo de Londres y de las grandes ciudades, ofreciéndose á los jóvenes deseosos de instrucción los medios de adquirir, sin demasiados gastos, nociones nuevas ó de perfeccionarse en el ejercicio de su profesión. Así, por ejemplo, las tres pequeñas poblaciones de Hounslow, Twickenham é Isleworth, que componen uno de los distritos del condado de Middlesex, se decidieron, hace tres ó cuatro años, á dar á los jóvenes de uno y de otro sexo series de cursos y de conferencias en diversos locales y en diferentes horas, á fin de multiplicar los puntos de contacto de la ciencia con los obreros. Pero ¿dónde encontrar los recursos necesarios? El Comité tuvo una idea feliz, que por lo demás muchos otros habían tenido antes que él (1); conceptuó que un impuesto sobre el alcohol tendría la doble utilidad de combatir un vicio tan terrible en Inglaterra y proporcionar el suplemento necesario. El *Whisky money* no podía recibir un destino mejor. Los borrachos murmuraron, pero las gentes jóvenes estudiosas aplaudieron y se aprovecharon de los medios que se les ofrecían.

Este año, sobre todo, ha sido cuando el Comité de la educación técnica ha realizado repetidos esfuerzos para llegar á

(1) No modificamos la redacción de nuestro colaborador, pero conviene recordar que un *Act* del Parlamento es quien ha concedido á las autoridades locales el derecho de elevar el impuesto y consagrar el producto á la enseñanza técnica.

un resultado serio, proviniendo el impulso principalmente de un profesor de una escuela normal cercana, muy á propósito para aconsejar y dirigir á los jóvenes, y para organizar las clases de un carácter práctico. El hecho creo que merece ser señalado, y el ejemplo aplaudido.

No se ha querido acometer una empresa brillante. Nada de edificio soberbio, donde los obreros pobres apenas se hubieran atrevido á acudir, sino varias salas de reuniones á que todos tenían costumbre de ir, y en la que unos diez profesores, hombres ó mujeres, se distribuyen el trabajo: el *Polytechnic Institute* y la sala de la escuela confinando con una iglesia en Hounslow; el *Public Hall,* en Isleworth; la *Lecture Room,* en Twickenham.

Nada de programa aparatoso ni de cursos inútiles, sino todo muy sencillo y al alcance de todos: trabajo en madera, que llega hasta la ebanistería, encuadernación, dibujo, taquigrafía, cocina, el cuidado de los niños, el *dressmaking*—arte de las modistas—y el lavado. He ahí todo; pero es bastante para prestar grandes servicios á los jóvenes de quince á veinte años, en los cuales la educación primaria necesita algunos complementos, si quieren elegir una posición más ventajosa.

Nada de largos estatutos tampoco: se reduce todo á las instrucciones sencillísimas que siguen:

«Las cuotas se deben pagar al comenzar la asistencia á los cursos.

»Se espera que los alumnos asistan con regularidad y puntualidad á las clases, y que pongan constante cuidado en el uso de los útiles y aparatos.

»Pueden modificarse, á discreción del Comité, las distribuciones del tiempo.

»El secretario, M. J. Roscoe, del Training College de Isleworth, está ordinariamente en el Polytechnic de Hounslow los lunes, de noche, de siete á ocho.

»Las peticiones de informe hechas por el correo serán atendidas y despachadas por el secretario.

»Las cuotas exigidas para todo el curso de 1895-96 son: 6,25 francos, para el dibujo—dos clases por semana;—3,10 francos, para el trabajo en madera—cursos elementales, dos clases por semana en cada una de las tres poblaciones, curso superior, una clase en Hounslow;—3,10 francos, para la encuadernación—una clase en Hounslow,—y la misma cuota para el corte de maderas. El pago de esos 3,10 francos da derecho al uso de los útiles y materiales. La cuota de la taquigrafía se eleva á 1,85 francos por curso de una clase semanal. La enseñanza de la cocina, higiene de la infancia, costura y lavado, es enteramente gratuita.»

Resumen según la última Memoria por
M. Bénard.

BAJO LOS AUSTRIAS

DE LA CRIMINALIDAD EN CASTILLA

CABEZA DE ESPAÑA

Y DEL ESTADO DE LAS COSTUMBRES SOCIALES EN MADRID, SU CORTE

DURANTE EL REINADO DE FELIPE II

(Continuación.)

CLASIFICACIÓN SISTEMÁTICA DEL DELITO Y DE LA PENA. EL ESPÍRITU FILANTRÓPICO.

Una clasificación metódica y racional, ya acerca del delito, ya acerca de la pena, no existía realmente en el siglo XVI ni en el nuevo cuerpo legal recopilado por Felipe II, ni en los tratadistas del tiempo, ya teólogos, ya juristas. La diferencia esencial que hay entre el delito y la falta sólo se resolvía en la aplicación práctica y en la graduación del castigo. La ciencia penal se hallaba en una situación demasiado embrionaria, y era harto distinguir en aquel tiempo lo que ofendía á la naturaleza, á la sociedad ó á la ley, según unos, ó lo que dañaba á la religión, al soberano, á los ciudadanos ó á la constitución social, según otros. El derecho penal escrito no salía del derecho romano y del derecho bárbaro, reflejados uno y otro en

nuestros códigos de la Edad Media, y el derecho filosófico no rompía, ni en el obispo Covarrubias (1), ni en el jurisconsulto Acevedo (2), los moldes demasiado abstractos de la teología cristiana. A pesar de la *Nueva Recopilación,* se sentenciaban aún los procesos criminales por el *Fuero Juzgo* de los godos y por las *Partidas* de D. Alfonso el Sabio, y el espíritu caritativo de la religión sólo llevaba á los afligidos del delito y de los tribunales consuelos espirituales que no mejoraban su situación, puesto que por ellos nunca se arrancó una víctima al patíbulo ni se aminoraron los dolores del condenado á la reclusión perpetua ó á la cadena perpetua del trabajo, y sus auxilios materiales no bastaban al apetito ó á la necesidad de un día. Con todo, aquella era la ley, y aquella, por lo tanto, era la justicia (3).

---

(1) Didaci | Covarrvvias a Ley | va Toletani, episcopi | Segobiensis, Philippi Secundi, Hispania | rum Regis, Summo Præfecti Prætorio | *Omnia opera*..... Salmanticæ | In ædibus Dominici á Portonariis de Vrsinis, Sacra | Catholicæ Maiestatis Typographi | 1578.—*De pœnis.*—Omn. libr.

(2) *Commentario* | *rum jvris civilis in* | *Hispaniæ Regiæ constitv* | *tiones tres primos libros* nouæ recopilatio | nis *complectius* | Avtore doctore Alphonso de Azebedo, sine aduocatoque eximio Placentiæ | inclitæ Hispaniæ civitatis | .—Ex officina Ioannis Gratiani apud viduam. Compluti. 1594.—*De pœnis.*— *Leg.* II, III, IV, V, IX, X, XI, XII-XIII, XXVII y XXXIII.

(3) Cerdan de Tallada, en su *Visita de cárceles,* y Pradilla Barnuevo, en su *Tratado y suma de todas las leyes penales,* se ocupan extensamente del sistema imperante de punición, y enumeran los castigos legales, su graduación, y los casos en que se aplicaban; pero Cerdan de Tallada lo hacía concordando el derecho penal foral del Reino de Valencia con el general y ordinario de Castilla, y Pradilla Barnuevo los dos derechos, civil y canónico, apuntando los casos *mixti fori* de delitos *mixti fori.* Es notable la coincidencia en que incurren estos dos criminalistas, que escribían el uno en Valencia, de 1564 á 1580, y el otro en Sevilla en 1613, los cuales dan gran valor á las modificaciones introducidas en la aplicación y ejecución de las penas, para hacerlas menos crueles, por las costumbres, á pesar de los textos escritos, y no menor á la facultad de los tribunales de atenuar su rigor con entera libertad de criterio y de acción,

Hoy, al volver sobre los hechos de aquellos tiempos, reflejados en la estadística criminal, no podemos menos de lamentar la extraña confusión en que yacían las cosas. La falta y el delito se confunden en su clasificación, y la misma nota criminal cobija la comisión de una falta ó de un delito *del acaso*

---

según las templadas sugestiones de su conciencia en cada caso particular. Con todo, el derecho escrito en Castilla y sancionado por la obra insigne de la *Recopilación*, prescribía castigos como los que someramente vamos á reseñar, siguiendo á los dos autores referidos.

La BLASFEMIA había tenido pena de muerte por derecho civil desde las más antiguas modificaciones; pero el derecho nuevo de la *Recopilación* (ley II, título 4, libro viij), cuando se había pronunciado en la corte ó cinco leguas alrededor, disponia cortar la lengua del delincuente, y además cien azotes públicamente. Si el delito se cometía fuera de la corte y de su radio, la pena era cortar la lengua del reo y la confiscación de la mitad de sus bienes, una parte para la Cámara y otra para el denunciador. Luego se conmutó este terrible castigo en tres grados: por la prisión continua durante un mes, por la vez primera; seis meses de destierro y mil maravedís, por la segunda; y á la tercera se le clavaba la lengua, no siendo persona de calidad, pues á las de fuero privilegiado la pena se reducía á destierro y dineros.

El crimen LESÆ MAJESTATIS implicaba siempre muerte infame en horca, aunque el reo fuese noble ó hidalgo; más la pérdida de los bienes, la infamia para los hijos, que quedaban inhabilitados, no sólo para todo oficio real ó de república, sino hasta para heredar y suceder á los padres, y, por último, el arrasamiento de la casa, que se sembraba de sal. En la reducción de Portugal se castigaron algunos de estos delitos, pero con penas más blandas, aunque siempre graves, pues nunca se prescindió de la muerte.

Al HEREJE, además de la pena de excomunión canónica, la ley civil le condenaba á muerte, y los hijos eran privados de los beneficios ó empleos que gozasen, desde el tiempo que el delito se cometió. La opinión de los juristas, en este caso, no admitía divergencias de opiniones, que hubiera sido lo mismo que caer en el delito y su pena: todos nuestros juristas, desde Villadiego hasta Covarrubias, sostenían la equidad de esta pena, que no admitía atenuación ni tolerancia.

El ESTUPRO cometido por hombre de calidad era penado con pérdida de la mitad de los bienes; y si por hombre ordinario, con azotes y cinco años de destierro. Si el delito se cometía por fuerza y en despoblado, tenía

que la de los los crímenes nacidos de la depravación natural, de la depravación adquirida ó de la depravación estimulada por las necesidades sociales ó de la vida, ansiosas de satisfacción.

---

pena de muerte, y pena de muerte también para el criado que delinquía en la familia de sus amos. El rey Felipe II conmutó en 1567 estas penas por la de doscientos azotes y destierro por dos años en personas ordinarias, y si hijodalgo ó noble, con vergüenza pública y un año de destierro del reino y cuatro del pueblo donde el delito se cometió.

El ADULTERIO, por el derecho nuevo, ponía á los reos á merced del marido para que los perdonara ó los matara; pero en caso de pena, había de ser común para los dos delincuentes.

El AMANCEBAMIENTO, por la ley V, tít. XIX, lib. VIII de la *Recopilación*, se castigaba con destierro y pérdida de la mitad de los bienes; pero si la mujer estaba amancebada con clérigo, fraile ó religioso, por primera vez se le imponía un marco de plata y un año de destierro; por la segunda, el marco de plata y dos años de destierro, y por la tercera, el marco, cien azotes y destierro por un año.

En los delitos de LENOCINIO, ALCAHUETES y ENCUBRIDORES, las penas eran las siguientes, mandando en ellas las costumbres, más que las leyes: á los reos del primer delito, considerados hombres viles é infames, se les azotaba públicamente por mujeres con rastras de ajos, llevando ellos mitras y corozas en la cabeza, con muchos cuernos al cuello. Otros eran untados de miel, y se les emplumaba. Estas penas constituían una verdadera diversión popular. A los *alcahuetes*, «por la general costumbre», dice Pradilla, se les emplumaba llevando coroza en la cabeza, y eran públicamente avergonzados. A los *rufianes*, por la ley antigua, por la primera vez se les azotaba, por la segunda eran desterrados perpetuamente, y por la tercera ahorcados; pero Felipe II trocó estas penas por la de vergüenza pública y diez años de galeras. Las mujeres incursas en estos delitos ó sus similares, sufrían vergüenza pública y doscientos azotes.

La SODOMÍA Ó PECADO NEFANDO se castigaba con el fuego, y los delincuentes eran quemados vivos: así se les ve castigados en todos los *autos de fe*. Si eran casados, se procedía al divorcio civil y canónico. Si el delito era de *bestialidad*, el reo perecía en las llamas juntamente con el animal con el que cometió su delito.

Los BIGAMOS, por la ley antigua eran marcados en la frente con la letra Q. *La Recopilación* de Felipe II (ley VIII, tít. XX, lib. VIII) trocó esta pena cruenta por vergüenza pública y diez años de galeras.

Al LADRÓN siempre lo buscaba la muerte (*Recop.* l. j, tít. XXIII, li-

NOMENCLATURA DEL CRÍMEN.—CUADRO DE SU CLASIFICACIÓN, NOMENCLATURA Y ESTADÍSTICA DE 1557 Á 1599.

La nomenclatura de la delincuencia aparece infinita en estos procesos, y aunque deseando conservar su característica originalidad, para presentar un cuadro que mantenga los atributos del orden, hay que someter aquella variedad de nombres á un método de clasificación, ya agrupando, ya incorporando bajo

---

bro VIII); mas los acuadrillados y salteadores del campo y de los caminos, por las *Leyes de la Hermandad* se les ahorcaba y se les descuartizaba, sembrando los miembros por los lugares de mayor paso, ó se les asaeteaba después de muertos ó se les abandonaba pendientes de los árboles para que fueran devorados por las aves de rapiña.

El ESTELIONATO, LA USURA, EL LOGRO (L. jv, tít. vj, lib. viij) se castigaba con la pérdida de bienes y la declaración de infamia, inhabilitando á los transgresores para obtener honras y perdiendo las que tuvieren.

Los FALSARIOS perdían sus oficios y sus bienes.

El HOMICIDIO era uno de los delitos en los que los jueces habían de poner más su conciencia al crisol. La pena era *la muerte;* pero las circunstancias atenuantes disminuían la pena, hasta anularla casi completamente en algunos casos. No obstante, para los *asesinos*, los que toman dinero por matar, la ley era inexorable, así con el ejecutor del delito como con el instigador de él. Los juristas del tiempo de Felipe II creían que *el envenenamiento* no tenía defensa natural. La pena era como la del que mata á traición y con alevosía: la horca y el cuerpo arrastrado públicamente á la cola de un animal.

Las INJURIAS y los LIBELOS INFAMANTES entran en la jurisdicción de la L. ij., tít. X, lib. viij de la *Recopilación*. El que dijere á otro gafo ó sodomita, ó cornudo, ó traidor, ó hereje, ó á mujer que tenga marido puta ú otras palabras semejantes, se ha de desdecir ante el juez y hombres honrados y pagar 1.200 maravedís.

Las HECHICERÍAS se castigaban también, más por costumbre que por ley, aunque la *Recopilación* las abraza en la l. v y vj, tít. III, lib. viij. Eran un delito lindero de la herejía. Se castigaba con azotes y emplumaje con coroza, y después con pérdida de la mitad de los bienes y siempre con vergüenza pública.

una denominación común los delitos entre sí más afines (1). El siguiente cuadro se comparte en trece divisiones: la primera comprende los delitos contra LA RELIGIÓN; mas como estos entraban, si se cometían por personas eclesiásticas, en la jurisdicción de su derecho y de sus tribunales privativos, y si correspondían á la pureza de la fe al tribunal de la Inquisición, en el período que aquí se estudia sólo aparecen perseguidos por la justicia ordinaria algunos delitos de *blasfemia* y algunos de *hechicerías*.

---

(1) De algunas palabras en desuso de esta pintoresca nomenclatura vamos á dar alguna idea, sirviéndonos principalmente de la interpretación que les da el *Tesoro de la lengua castellana ó española*, compuesto por el licenciado D. SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS Y OROZCO, capellán de S. M., Maestrescuela y canónigo de la Santa Iglesia de Cuenca y Consultor del Santo Oficio de la Inquisición. (Madrid, por Luis Sánchez, 1611).

EMBAIDOR, del verbo *embair*, vale tanto como *engañador* que procura persuadir con mentiras, con razones ó cosas aparentes. Procede del verbo latino *imbuo*, y según Covarrubias, de la palabra italiana, ya castellanizada, *baya*, que equivale á mentira y burla en lengua vulgar.

EMBUSTERÍA es palabra de la germanía criminal, y es lo mismo que *embuste*, ó sea la mentira con invención y artificio para engañar, enredando muchas cosas. «Díjose—escribe Covarrubias—del verbo *imbuo*, porque nos hincha la cabeza de mentiras.»

ESTELIONATO es término esencialmente forense, y según Covarrubias, los juristas daban el nombre de este delito al que arranca del proceso alguna escritura ó maliciosamente la oculta. El *Diccionario* llamado *de Autoridades* la explica en estos términos: «Delito que comete el que maliciosamente defrauda á otro, encubriendo en el contrato la obligación que sobre la hacienda ó la alhaja que vende tiene hecha anteriormente; y también si se defrauda adulterando y viciando la misma alhaja que vende ó empeña, y al tiempo de la venta ó empeño encubre el dolo y el engaño.» NAVARRETE, en la *Conservación de la Monarquía*, § 14, dice que en la imposición de censos se cometían muchos estelionatos.

FULLERO, según Covarrubias y Orozco, es «el jugador de naipes ó dados que, con mal término y conocida ventaja, gana á los que con él juegan, conociendo las cartas, haciendo pandillas, jugando con naipes y dados falsos, andando en compañía de otros que se entienden para ser, como dicen, tres al mohíno.» Se deriva del gerundio latino *fallendo*, enga-

La segunda división, que abarca los delitos contra LA SEGURIDAD DEL ESTADO, también aparecen en número muy reducido y en una sola forma: *el espionaje*. No se ha hecho división determinada para los delitos de LESÆ MAJESTATIS. En el período que se estudia no existieron entre nosotros. Felipe II en su tiempo no sólo fue inviolablemente respetado en su autoridad, sino amado y querido de la opinión, que á su muerte lo calificó hasta de *santo*.

ñando, porque engaña á los que juegan con él. El Brocense atribuye el origen de esta palabra á la francesa *fouier*, del griego *phaulizein*.

LANDRERO es término de la germanía criminal. Se deriva de *landre*, enfermedad que, según Covarrubias, da en las ingles y debajo del sobaco, siendo voz corrompida de *glande*, porque aquella consiste en un tumor ó seca en forma y del tamaño de una bellota. Es contagiosa, y la que constituyó la peste llamada de las bubas. La última edición del *Diccionario de la Academia Española* la define así: «Ladrón que, trocando algún dinero, recibe el ajeno y no da el suyo, sosteniendo que ya lo ha dado, ó el que hurta abriendo la ropa donde ve que hay bulto de dinero.»

MOHATRA, según Covarrubias, es la compra fingida que se hace vendiendo á más precio del justo y teniendo otro de manga que lo vuelva á comprar con dinero contante á menos precio. Con ser esta definición tan deficiente, no son más claras ni las del *Diccionario de Autoridades* ni las del último de la Academia. Pero el delito que el *mohatrero* comete estaba severamente castigado por las leyes del reino, y en la *Recopilación* por la ley 29, tít. 4.°, lib. iij y ley 22, tít. 19, lib. V. El Brocense creía que se derivaba de *mofar*, esto es, vender de burlas. Covarrubias, del verbo hebráico *hatar*, *fodere* latino y Gayangos del arábigo.

RUFIÁN es, según Covarrubias, el que trae mujeres para ganar con ellas y riñe sus pendencias. Atribuye al francés el origen de esta voz.

TAHUR lo define Covarrubias el que continúa mucho el juego, y añade que si la palabra se repite de este modo: *tahur-tahur-tahur*, suena *hurtar*, porque el tahur es ladrón cuando no tiene qué jugar. La *Partida* VII, Ley vj, tít. 14, dice en confirmación de esto: «*Cá todo ome deue asmar qve los tahures é los bellacos, vsando la tahureria por fuerza conuiene que sean ladrones é omes de mala vida.*» La ley VIII, tít. 16, parte 3, llama á estos tahures y los cuenta entre los infames. CASTILLO DE BOBADILLA, en su *Política de Corregidores*, lib. ij, cap. XIII, dice que el origen de la palabra es arábigo.

Las faltas y delitos contra EL ORDEN SOCIAL, que abraza la tercera división, son ya bastante numerosas, aunque algunas denominaciones se han suprimido. En esta división indistintamente se enumeran, ya como faltas, ya como delitos: 1.°, *el abandono de autoridad;* 2.°, *el abandono de hogar;* 3.°, *el allanamiento de morada;* 4.°, *el desafuero contra la mujer;* 5.°, *la desobediencia;* 6.°, *el escalamiento de casas;* 7.°, *el escándalo público;* 8.°, *la extracción de criados;* 9.°, *la inducción al delito;* 10.°, *el mal ejercicio profesional;* 11.°, *la usurpación de estado civil;* 12.°, *la vagabundez.*—Con el nombre genérico de *excesos varios* se califican en el *Inventario* una multitud de procesos, cuyo pormenor nos es desconocido por no existir las causas que los originaron: se incluyen aquí. También se incluyen *los encubridores*, *los fulleros*, *los que hacen reniego* y *los sospechosos.*

La cuarta división comprende los delitos y faltas contra EL ORDEN PÚBLICO, y se subdividen en *alborotos*, *asonadas ó motines*, *tumultos y uso de armas prohibidas y arcabuzazos.*

A las faltas y delitos contra LA POLICÍA CIVIL corresponden los de la quinta división. Estos son: *andar en mulas con gualdrapas; cazar con mascarilla; chalanear; contravenir á las pragmáticas sobre calzas, coches de mulas, cortesías, cuellos, bordados, lutos y trajes; embaidores, esclavos fugitivos, juegos prohibidos, jugadores de ventaja, moriscos disfrazados, moros disfrazados, rufianes, tablaje de juego, tahures y usurpación de oficio civil.*

La sexta división es la que abraza las causas promovidas por delitos ó faltas contra EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD, y comprende *el abuso de atribuciones, el abuso de autoridad, el desacato, la deserción de milicias, la resistencia, la usurpación de atribuciones y la usurpación de autoridad.*

Contra LA FE PÚBLICA aparecen muchos procesos que forman la séptima división. Comprenden *los depósitos en la cárcel, la extracción de documentos públicos, las falsedades, la falsificación de cédulas y documentos públicos, la falsedad en de-*

claración judicial, la falsedad en fianza privada, el incumplimiento de obligaciones ó documentos públicos, la ocultación de documentos públicos, el perjurio, la retractación de documentos públicos, la suplantación de firmas y el testimonio falso.

Contra EL PODER JUDICIAL hay en la división octava los procesos sobre *escalamiento de cárcel, evasión de cárcel, presidio ó galera, inobediencia, quebrantamiento de sentencia, quebrantamiento de destierro y quitación de presos.*

En el noveno grupo se hallan los delitos CONTRA LA PÚBLICA ADMINISTRACIÓN, esto es: *el abandono de cargo público, la contravención á la pragmática sobre granos y público abastecimiento, el contrabando, la defraudación de intereses ó derechos del fisco, la malversación de caudales públicos, la malversación de depósitos públicos, el cohecho y el soborno.*

La división décima contiene las faltas y delitos contra EL HONOR Y LA BUENA REPUTACIÓN. Comprende: 1.°, *la calumnia;* 2.°, *la difamación;* 3.°, *la delación falsa;* 4.°, *las embusterías;* 5.°, *los libelos infamatorios;* 6.°, *las palabras injuriosas;* 7.°, *las palabras infamantes;* 8.°, *la querella falsa;* 9.°, *las sátiras;* 10.°, *el testimonio falso.*

Los delitos contra LA HONESTIDAD se agrupan en la división oncena. Estos son: 1.°, *adulterio;* 2.°, *alcahuetas;* 3.°, *amancebamiento;* 4.°, *bigamia;* 5.°, *deshonestidades;* 6.°, *estupro;* 7.°, *estupro inmaturo;* 8.°, *estupro incestuoso;* 9.°, *incesto;* 10.°, *lenocinio;* 11.°, *mancebías;* 12.°, *mujeres escandalosas;* 13.°, *pecado nefando;* 14.°, *persecución de mujeres;* 15.°, *palabras deshonestas;* 16.°, *rapto;* 17.°, *solicitaciones para trato ilícito;* 18.°, *violación.*

El grupo ó división docena clasifica los delitos contra LA PROPIEDAD: 1.°, *abuso de confianza;* 2.°, *abuso del salario profesional;* 3.°, *alzamiento de bienes;* 4.°, *caza en bosques vedados;* 5.°, *daños en propiedades ajenas;* 6.°, *engaño;* 7.°, *estafa;* 8.°, *exceso de precio;* 9.°, *estelionato;* 10.°, *extracción de bienes;* 11.°, *fraudes;* 12.°, *forzar el salario;* 14.°, *hurtos;* 15.°, *incendiarios;* 16.°, *landreros;* 17.°, *ladrones;* 18.°, *ladrones ca-*

peadores; 19.°, *ladrones cuatreros*; 20.°, *letras falsas;* 21.°, *logreros;* 22.°, *mohatras;* 23.°, *monederos falsos;* 24.°, *ocultación de bienes;* 25.°, *quiebras fraudulentas;* 26.°, *raterías;* 27.°, *restitución de bienes;* 28.°, *restitución de salarios;* 29.°, *reventa de abastos;* 30.°, *salteamiento;* 31.°, *usura.*

La última división comprende los delitos CONTRA LA VIDA: 1.°, *agresión con arma de fuego;* 2.°, *amenazas;* 3.°, *asesinato;* 4.°, *bofetadas;* 5.°, *conato de homicidio;* 6.°, *conato de parricidio;* 7.°, *cuchilladas*; 8.°, *desafíos;* 9.°, *envenenamientos;* 10.°, *heridas;* 11.°, *homicidio;* 12.°, *infanticidio;* 13.°, *imprudencia temeraria;* 14.°, *lesiones;* 15.°, *malos tratamientos;* 16.° *muerte alevosa;* 17.°, *muerte repentina*; 18.°, *palos*; 19.°, *pedradas.*

Realmente, dentro de este mismo orden de clasificación debiera haberse preferido para el método de la subdivisión al procedimiento ó nomenclatura alfabética, aquella enumeración más racional que hubiera ido demostrando desde el génesis de la falta, la progresión y graduación del crimen; pero esta tarea chocaba con la dificultad de la misma nomenclatura de la delincuencia en el período histórico que se analiza, por el empeño de conservarla con su carácter pristino y original.

Véase ahora el cuadro de la criminalidad desde el año de 1557 al de 1599, que también se incluye, aunque Felipe II murió el 13 de Septiembre de 1598, por comprender hasta el término de aquel siglo.

CUADRO ESTADÍSTICO de la crimi

I.—*Delitos contra la Religión.*	1557	1569	1570	1571	1574	1576	1578	1579	1580	15
Blasfemia	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Hechicería	»	»	»	»	»	»	»	1/3	»	
II.—*Contra la seguridad del Estado.*										
Espionaje	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
III.—*Contra el orden social.*										
Abandono de autoridad	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Abandono del hogar	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Allanamiento de morada	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Desafuero contra damas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Desobediencia	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Encubridores de delitos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Escalamiento de casas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Escándalo público	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Excesos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Extracción de criados	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Fulleros	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Inducidores de delitos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Mal ejercicio profesional	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Recepción de malhechores	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Sospechosos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Usurpación de estado civil	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
IV.—*Contra el orden público.*										
Alborotos y asonadas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Motines	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Uso de armas prohibidas y arcabuzazos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
V.—*Contra la policía civil.*										
Andar en mula con gualdrapas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Cazar con mascarilla	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Chalanear	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Contravención á la pragmática de los bordados	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Idem á la pragmática de las calzas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Idem á la pragmática de los coches de mulas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Idem á la pragmática de las cortesías	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Idem á la pragmática de los cuellos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Idem á la pragmática de los lutos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Idem á la pragmática de los trajes	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Embaidores	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Esclavos fugitivos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Juegos prohibidos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Jugadores de ventaja	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Moriscos encubiertos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Moros encubiertos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	

(1) La partida superior del quebrado indica el número de procesos, y la inferior el de procesados.

ad civil en Castilla — 1558-1599 (1).

1583	1584	1585	1586	1587	1588	1589	1590	1591	1592	1593	1594	1595	1596	1597	1598	1599
»	»	1/3	1/1	1/2	2/3	»	1/1	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1
»	1/4	1/1	»	1/6	1/1	1/3	1/4	1/13	1/2	»	»	»	»	»	»	»
»	»	1/1	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	1/2	1/1	2/7	»	1/1	1/1	»	»	»	»	»	»
»	»	1/2	»	»	»	»	»	1/3	»	»	»	»	»	»	»	»
1/1	»	1/2	»	»	»	»	»	»	»	»	1/5	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/4	»	»	»	»	»	»
»	»	1/1	»	»	»	»	1/2	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	1/1	2/4	»	»	3/6	»	2/3	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	2/3	»	1/1	1/1	»	1/4	»	»	2/5	»	»	»	»	»	»	»
»	4/7	3/5	4/10	4/10	5/9	7/23	2/5	7/17	14/36	7/29	6/14	9/25	12/49	11/33	4/18	9/25
»	8/14	3/3	5/9	4/13	8/21	4/17	5/8	6/11	12/19	4/8	3/6	5/9	1/1	6/10	»	5/8
»	»	»	»	»	»	1/2	1/3	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	1/4	»	»	»	»	1/2	»	1/1	»	»
»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/3	»
»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	»	»	»	»
4/9	1/1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	1/2	»	4/8	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	1/19	»	»	»	»	»	1/3	»	»	»	»
»	»	1/4	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/10	»	»	»
»	2/2	»	»	»	»	»	1/1	1/2	»	»	»	»	»	»	1/2	2/2
»	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	1/11	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/4	»	»
»	»	»	»	»	»	»	2/4	»	»	»	»	»	1/3	1/6	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	3/13	»	1/3	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/4	»	»
1/1	»	»	2/2	»	»	»	»	»	»	»	2/2	1/1	1/1	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	5/5	2/2	»	1/1	2/2	2/2
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/2	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	3/10	2/3	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	1/1
1/1	»	»	1/1	»	»	»	2/3	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	1/1	»	»	1/5	1/2	»	»	»	»	»	»	»
2/5	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	2/6	1/11	»	1/6	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	1/2	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»

	1557	1569	1570	1571	1574	1576	1578	1579	1580	158
Rufianes	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Tahures	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Tablaje de juego	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Usurpación de oficio civil	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	»
VI.—*Contra el principio de autoridad*										
Abuso de autoridad	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Abuso de atribuciones	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Desacato	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Deserción de milicias	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Resistencia á la autoridad	»	»	1/5	»	»	»	»	»	»	»
Usurpación de autoridad	»	»		»	»	»	»	»	»	»
Usurpación de atribuciones	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
VII.—*Contra la fe pública.*										
Depósitos en la cárcel	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Extracción de documentos públicos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Falsificación de cédulas de S. M.	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Falsificación do documentos públicos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Falsificación de fianzas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Incumplimiento de documentos públicos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Ocultación de documentos públicos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Perjurio	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Retractación de documento público	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Suplantación de firmas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Testigos falsos	»	»	»	»	»	1/2	»	»	»	»
VIII.—*Contra el poder judicial.*										
Escalamiento de cárcel	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Evasión de cárcel pública	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Falsedad en declaración judicial	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Quebrantamiento de cárcel	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	»
Quebrantamiento de destierros	»	»	»	»	»	»	»	1/1	1/1	»
Quebrantamiento de galeras	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Quitación de presos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
IX.—*Contra la pública administración*										
Abandono de cargo público	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Contravención á la pragmática de los granos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Contrabando	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Defraudación de derechos del fisco	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Malversación de caudales públicos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Cohecho	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Soborno	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
X.—*Contra el honor.*										
Calumnia	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Difamación	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Delación falsa	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Embusterías	»	»	»	»	»	»	»	»	»	
Libelos infamatorios	»	»	»	»	»	»	»	»	»	

1582	1583	1584	1585	1586	1587	1588	1589	1590	1591	1592	1593	1594	1595	1596	1597	1598	1599
»	»	»	»	1/4	»	»	1/4	»	»	1/1	»	1/3	»	1/1	1/1	»	»
»	»	»	1/7	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
1/3	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	2/3	»	2/7	»	»	1/2	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	1/1	4/7	»	6/16	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	»
»	3/10	3/3	1/6	1/2	1/1	»	2/2	3/3	1/2	1/1	2/5	2/7	1/1	»	1/1	»	1/1
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/4
»	5/6	1/11	4/12	1/1	4/7	»	1/1	»	6/11	1/12	1/1	1/2	2/5	1/3	1/5	1/4	1/1
»	1/2	»	2/3	1/3	»	4/6	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
2/4	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1
»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	1/3	»	»	»	»	»	»	»	1/2	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	3/4	1/1	1/1	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/3	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/3	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/2	1/1	»	»	»	»	»	1/1	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/2	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	2/3	»	1/3	»	1/8	»	3/6	1/3	2/6	»	1/1	2/8	»	1/1
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/2	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/4	2/2	1/5
»	»	»	»	»	2/4	1/1	2/2	4/6	1/1	»	»	1/2	1/1	»	»	1/1	»
»	1/4	»	1/1	2/2	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»
»	3/3	4/5	2/4	»	1/4	2/1	2/6	5/15	4/4	2/2	3/3	7/7	2/2	3/4	2/5	2/2	»
»	»	1/4	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	1/1	1/1	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	1/1	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	1/1	»	»	»	»	»	»
»	17/21	1/2	2/6	3/6	1/10	»	»	»	»	1/4	»	»	»	1/1	1/1	»	2/4
»	»	»	»	»	»	»	1/1	1/3	»	1/1	1/1	»	»	1/1	»	1/1	»
»	»	»	»	»	1/3	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	4/16	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	1/1	»	»	1/3	»	»	»	1/1	»	»	1/1	»	»	»	»	1/1
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/11	1/1	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	1/5	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	1/2	»	1/1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	1/6	»	»	»	»	1/2	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1
»	»	1/2	»	»	»	»	1/2	»	»	»	»	1/1	1/7	»	»	»	»

	1557	1569	1570	1571	1574	1576	1578	1579	1580	1581
Palabras injuriosas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1
Palabras infamantes	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Querella falsa	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Sátiras	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Testimonio falso	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
XI.—*Contra la honestidad.*										
Adulterio	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Alcahuetas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Amancebamientos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/2
Bigamia	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Deshonestidades	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Estupro	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1
Estupro incestuoso	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Estupro inmaturo	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Incesto	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Lenocinio	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Mancebías	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Mujeres escandalosas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Pecado nefando	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Persecución de mujeres	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Palabras deshonestas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Rapto	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Rufianes	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Solicitaciones para tratos ilícitos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Violación	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
XII.—*Contra la propiedad.*										
Abuso de confianza	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Abuso de salario profesional	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Alzamiento de bienes	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Caza en bosques vedados	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	»
Daños en propiedades ajenas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/4
Engaño	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Estafa	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1
Exceso de precios	»	»	»	»	»	»	»	1/2	»	»
Extelionato	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	»
Extracción de bienes	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Fraudes	»	1/2	»	»	»	»	»	2/6	»	1/1
Forzar el salario	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Hurtos	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	1/2
Incendiarios	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Ladrones	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/3
Ladrones capeadores	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Ladrones cuatreros	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Landreros	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Letras falsas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Logreros	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Mohatras	»	»	»	»	»	»	»	1/2	»	»
Monederos falsos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Ocultación de bienes	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Quiebras fraudulentas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Ratería	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»

1582	1583	1584	1585	1586	1587	1588	1589	1590	1591	1592	1593	1594	1595	1596	1597	1598	1599
»	12/16	12/16	11/15	17/24	10/46	20/33 3/4	19/37 3/8	10/15 1/1	12/15 »	4/5 »	2/4 »	9/13 »	11/25 »	3/9 »	4/11 »	15/15 »	2/4 »
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/2	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	2/3	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	1/3	»	1/8	»	3/6	»	1/1	»	»	»	»	1/1
»	2/3	»	3/8	1/2	2/9	2/8	»	1/2	2/4	4/9	1/2	»	»	1/2	2/7	2/4	2/9
»	4/6	2/3	4/5	6/10	»	2/2	»	3/3	5/6	»	2/2	2/2	1/1	»	»	»	2/2
2/4	3/9	10/20	11/30	5/10	7/10	10/20	3/8	3/6	5/10	8/16	3/7	9/25	16/32	13/23	8/18	3/6	7/11
»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	1/1
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»
»	7/9	3/6	7/7	10/11	10/16	7/7	9/17	7/7	4/6	5/5	4/4	10/11	6/11	4/4	5/5	12/13	11/11
»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	1/3	»	»	»	»	»	1/2	»	»	1/2	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/20	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	1/3	»	»	»	2/6	1/2	»	»	»	1/2	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	2/2	1/5	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/2	»	»	»	»	»	»	»
»	»	1/1	1/1	1/2	»	»	»	1/2	1/1	»	»	»	1/2	1/1	»	1/3	»
»	»	»	»	1/1	1/4	»	»	»	»	2/2	»	1/1	3/3	2/2	3/3	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2/2	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	3/14	»	1/3	»	1/3	»	2/5	2/2	»	1/1	»	»
»	3/8	»	»	»	»	»	1/4	»	»	1/1	»	1/3	»	1/1	1/1	»	»
»	1/2	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	2/2	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»
»	»	1/1	»	»	»	6/10	1/1	»	1/1	2/2	1/2	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»
»	»	»	1/1	3/4	»	»	4/12	7/9	4/5	»	2/3	5/7	3/3	1/1	2/2	3/3	11/13
1/6	2/5	»	1/1	»	2/6	»	3/6	2/13	2/4	»	1/15	1/2	»	1/1	»	»	»
»	»	»	6/12	8/15	3/8	3/6	2/14	3/6	2/4	3/7	3/12	3/35	3/7	1/1	1/2	1/4	2/4
»	»	»	»	»	1/1	»	1/1	»	»	1/1	»	»	1/1	»	»	»	»
»	4/7	3/3	2/2	2/2	2/4	3/3	5/6	3/4	3/3	1/1	2/3	2/3	»	3/5	2/4	3/3	4/5
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/2	»	»	»	»
1/2	1/1	1/1	1/1	5/8	4/5	5/7	3/5	6/11	5/10	5/7	2/2	3/5	2/5	3/3	3/4	3/5	1/2
»	»	»	»	»	»	2/2	»	»	»	»	»	2/5	»	2/5	»	»	»
»	»	7/8	3/3	1/1	»	1/1	1/2	1/1	1/1	»	1/3	»	1/4	1/1	4/13	1/3	2/2
»	»	»	»	»	»	1/7	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
10/10	11/27	12/25	18/30	21/48	25/39	35/59	31/69	28/56	25/47	26/50	21/31	13/32	25/56	13/25	13/30	16/47	28/48
»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	»	1/5	»	»	»
2/12	9/40	9/45	11/36	8/14	5/10	»	6/16	10/15	11/21	9/16	4/8	3/10	8/16	3/4	3/6	5/8	7/5
»	»	1/7	»	2/2	»	»	3/5	»	»	»	»	1/1	»	1/1	»	»	1/3
»	»	»	»	»	»	5/39	»	»	»	»	»	1/2	1/3	1/1	»	»	»
»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	1/1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2/2	»	»	»	1/3	2/2	»	»
»	»	»	»	»	1/2	1/1	»	»	»	»	»	1/1	»	»	2/2	»	2/2
»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	»	1/1	»	1/1	»	»	»	»
»	»	»	1/1	1/2	1/1	»	»	1/3	»	1/1	»	2/2	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	2/2	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	1/1	»	»	»	»	»	1/1	»	1/2	»	»	»	»	»	»	»

	1557	1569	1570	1571	1574	1576	1578	1879	1580	1581
Restitución de bienes	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Restitución de salarios	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Reventa de abastos	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	»
Salteamientos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Usura	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
XIII.—*Contra la vida.*										
Agresión con armas de fuego	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Amenazas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Asesinatos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Bofetadas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Conato de homicidio	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	»
Conato de parricidio	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Cuchilladas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/5
Desafíos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Envenenamientos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Heridas	1/1	»	»	»	1/2	»	2/4	»	»	3/3
Homicidios	»	»	»	»	»	»	»	»	1/2	»
Infanticidios	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Imprudencia temeraria	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»
Lesiones	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Malos tratamientos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Muerte repentina	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Palos	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Pedradas	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Denunciaciones generales	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Procesos	1	1	1	1	1	3	2	10	3	14
Reos	1	2	5	1	2	4	4	18	4	25

El resumen del cuadro estadístico que se acaba de presentar y el perfil gráfico que fácilmente podría trazarse sobre los datos que contiene, darían por evidente resultado: primero, que la criminalidad durante el primer tercio del reinado de Felipe II, sobre todo en su corte y aun en todo el reino de Castilla, bien que aquí no se consignen los de las dos Chancillerías de Valladolid y de Granada, y la Audiencia de Sevilla, ni las dos Inquisiciones de Llerena y de Toledo, es casi nula y revela un estado social decorado con un gran sello de templanza y moralidad común; segundo, que desde 1580 la criminalidad crece sin descanso en número de delincuentes y en variedad y en gravedad de delitos; pero que, á pesar de todo, pueden hacerse las siguientes observaciones:

1582	1583	1584	1585	1586	1587	1588	1589	1590	1591	1592	1593	1594	1595	1596	1597	1598	1599
»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	1/1	1/1	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	»	»
»	»	1/4	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	1/4	1/7	»	1/3	»	»	»	»	»	1/1	»	»
»	»	4/4	»	1/1	1/2	»	1/1	2/2	1/1	1/1	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	1/1	»	»	»	1/1	1/1	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
1/6	1/1	»	2/4	6/8	3/5	5/5	2/6	2/2	2/2	1/3	1/1	2/2	3/5	»	1/2	»	3/7
»	»	»	1/1	»	»	»	»	1/1	»	1/4	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	1/1	1/1	»	»	»	»	»	»	»	»
»	2/3	4/5	4/7	5/15	1/4	3/4	1/1	2/2	2/2	2/3	»	1/2	2/3	5/14	1/4	2/5	2/5
»	2/5	1/2	1/1	»	»	»	»	»	1/4	2/4	»	»	1/6	1/2	»	3/11	»
»	»	»	»	»	»	»	1/4	»	3/4	1/1	»	»	1/1	»	2/6	»	1/11
16/26	18/26	20/37	19/35	27/66	24/46	40/86	43/72	27/57	23/41	17/20	17/39	19/31	21/27	14/26	20/41	16/37	23/42
1/3	5/10	9/13	9/19	10/20	10/21	9/18	10/30	9/16	11/46	14/30	13/49	10/25	11/29	17/54	19/65	14/20	12/26
»	»	»	»	1/1	»	»	»	»	»	»	»	»	1/3	»	»	»	»
»	»	1/2	»	»	»	3/4	1/1	1/1	»	1/1	»	1/3	2/2	»	3/7	2/2	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	5/8	»
16/19	3/3	4/4	6/9	3/6	3/4	8/11	13/26	7/14	5/6	4/6	3/6	2/4	2/2	9/17	3/5	»	7/10
»	»	»	»	»	»	»	»	1/0	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	2/3	1/3	2/8	2/5	1/10	2/4	»	2/3	»	1/1	»	1/1	»	»	»	3/4
»	»	»	»	1/6	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	3/	»	3/	9/	2/	»	2/	6/	4/	»	»	4/	8/	6/	»	3/	»
56	133	149	162	184	164	217	209	192	180	169	114	160	174	132	145	117	167
101	240	287	306	339	310	444	484	361	465	305	257	351	331	298	329	237	267

En los cometidos contra *el orden social,* alcanzan su máxima cifra *los escándalos públicos,* que se reducen á meras reyertas de índole particular, á veces puramente domésticas y de familia, si bien en algunos casos, como en los de elecciones de cargos populares, toman en algunas poblaciones el carácter de tumultos y asonadas, bastando la intervención de los ministros de justicia para aquietarlos, y recibiendo de los tribunales ordinarios su absolución ó su castigo. Fuera de la rebelión de los moriscos del reino de Granada y de las alteraciones del reino de Aragón á causa de la fuga de Antonio Pérez de sus prisiones de Madrid, *el orden público* nunca se alteró por causas políticas ni sociales en la Monarquía de Felipe II. Y respecto á *la policía civil,* del cuadro estadístico transcrito

no se destacan vicios que realmente contradigan el crédito de equilibrio y disciplina en que entonces se vivía en la sociedad española, aun existiendo, como por aquel tiempo existían, tantas diferencias esenciales en la división de clases, y por lo tanto tan grandes antagonismos de intereses entre los elementos privilegiados y los elementos de servidumbre ó sumisión. El desacato y la resistencia á la autoridad, que son los dos delitos que en mayor número se persiguen en lo tocante *al principio de autoridad*, se cometen en el mayor número de los casos contra alguaciles y otros ministros de índole inferior, y aunque en ellos suelen incurrir personas de la jurisdicción privilegiada, esta causa procedía de la idea que esta misma clase tenía de sus privilegios, y de la oposición que manifestaba á someterse á la subordinación del fuero común, idea que Felipe II á todo trance sustentaba, ya para tenerla más sometida, ya como base de la igualdad de derecho, á que ya comenzaba á inclinarse la dirección de toda la jurisprudencia civil.

La *fe pública* alcanzaba en aquel tiempo un gran prestigio y fuerza; por lo tanto, eran contados los casos en que se hizo criminal su transgresión. Contra *el poder judicial* sólo se rebelaban los criminales de oficio, que quebrantaban sus cárceles y destierros para volver á insistir en sus delitos. Los que se cometían contra *el honor* alcanzan una cifra considerable ante un mundo para el que las simples palabras injuriosas, aun sin ser infamantes, constituían una afrenta insoportable. Los vicios de la naturaleza y del amor tienen también un desarrollo extraordinario. Es frecuente el adulterio, común el amancebamiento, penosamente numeroso el estupro, hasta el incestuoso y el inmaturo, y el corretaje de los tratos ilícitos se estimula, en su degradación y en su culpabilidad, con los alicientes de la granjería. La prostitución de los apetitos desordenados toca sus más asquerosas deformidades, y el pecado nefando cuenta execrables transgresiones.

La propiedad es, sin embargo, la mayor palanca del cri-

men. El alzamiento de bienes, el estelionato y la extracción de bienes, así como las quiebras fraudulentas, son delitos á que en su mayor parte arroja la avaricia á personas que por su posición y clase parece debieran estar exentas de la carcoma de la codicia. La estafa y el fraude, aunque más comunes, son delitos que el ingenio disfraza por medio del engaño, y el hurto y el robo el abismo de la criminalidad, cada día más hondo conforme iba creciendo la población de la corte. El número de ladrones de ambos sexos, unos agremiados en cofradías, otros disciplinados en cuadrillas, es desconsolador, sin que lograra limitarlo el rigor de la horca, que era su castigo legal en aquel tiempo. Los aprendizajes del crimen lo hacían entonces los landreros, los mohatras, los capeadores, los logreros, los rateros y toda esa nomenclatura de criminales incipientes, que son después los héroes de los escalamientos nocturnos, de las sorpresas de encrucijada, de los robos sacrílegos y del terror de los caminos. Esta propensión, sin revestir formas tan graves, contaminaba también á los que cometían abuso en el salario ó los derechos de los servicios profesionales; al cazador furtivo que invadía los bosques reales y los vedados de los señores; á los pastores, boyeros y yegüeros que dañaban la propiedad por cuyos lindes pasaban; á los acaparadores y revendedores de abastos que procuraban encarecerlos para acrecentar sus ganancias, y á otros delincuentes semejantes. Todos caían bajo el peso de la justicia y eran criminalmente juzgados, así como los que ponían sobreprecio á las entradas de los toros, y hasta á los lacayos que *se declaraban en huelga* para obtener de sus amos *salarios forzados*.

El delito nacional, á pesar de todo, era el atentado contra la seguridad personal y contra la vida. La estadística de los homicidios desde 1580 es terrible, y sumada con la de las heridas á consecuencia de lances y pendencias, arroja una cifra que impone pavor. En ella está el fondo de nuestro carácter. Pocas alevosías: muchos desafíos y contiendas singulares. Como preparación para estas sombrías hecatombes, se halla

también la cifra de las cuestiones en que hubo cuchilladas, los lances del mal humor que se resolvieron por palos ó bofetadas y la más numerosa aún de lesiones por malos tratamientos, de que regularmente eran víctimas las mujeres propias y las extraviadas. Si aún hoy la idea del valor personal que conduce á todos estos conflictos subsiste tan exagerada, prestando, como entonces, su mayor contingente á la corrección de los tribunales; ¡qué sería en aquel tiempo en que la mayor parte de los hombres eran ó habían sido soldados, y en todos los campos de batalla de Europa se habían acostumbrado á hacer menosprecio de la vida y jactancia y puntillo de honor el enajenarla ó exponerla sólo por adquirir el título de valientes! No todos los lances de muerte fueron producto del combate ó de la colisión; pero por los apuntes del *Inventario* de aquellas causas que nos quedan, en pocos casos queda la sospecha de la traición y de la alevosía, ni mucho menos del tipo de la antropología criminal que engendra el destripador y el asesino por instinto. ¡Y eso que de aquel tiempo fue la muerte alevosa de Juan Escovedo, para la cual Antonio Pérez halló una cuadrilla de criminales en la propia servidumbre de su casa: en el alférez Insausti, en su mayordomo Diego Martínez, en su paje Antonio Enríquez, en su sirviente aragonés Juan de Mesa, en el pícaro de su cocina Juan Rubio, y en Miguel Bosch, medio hermano de su paje!

La estadística presentada contiene una omisión insuperable. En el *Inventario* de la Sala de Alcaldes del Consejo de Castilla, al término de los procesos finidos de cada año desde el de 1583 inscribe algunos procesos, que entran en la suma total de los que aquí se han enumerado, con las denunciaciones generales de los contraventores á los autos del Gobierno, prisión de mujeres escandalosas, vagabundos y gariteros. Como á reos de meras faltas de policía no se les formaron causas personales, ni siquiera se hizo de ellos nómina, ni se consignó número. Esta cifra falta en el conjunto general.

Esto en cuanto á lo estadístico; en cuanto á lo moral, con-

fesamos que no puede ser completo el cuadro en que falta el cuerpo del proceso y la sentencia. El sistema de denunciación, investigación y testificación que entonces se empleaba; el contradictorio de la acusación y la defensa y las bases á que se sometiera la aplicación de la pena en sus diversos grados, quedan desconocidos, siendo de tanta mayor importancia estos datos, cuanto que por ellos habría de apreciarse si en aquel sistema procesal se reconocían diferencias entre el delito venial, la contravención y la falta y el delito capital, y dentro de uno y de otro, la calificación entre el delito voluntario y el involuntario, pues en esta última graduación vemos instruídos muchos procesos por imprudencia temeraria. Así y todo, los datos expuestos son de una importancia indiscutible.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

(Continuará).

DISCURSOS Á LA NACIÓN ALEMANA

DIFERENCIAS FUNDAMENTALES ENTRE EL PUEBLO ALEMÁN Y LOS DEMÁS PUEBLOS DE ORIGEN GERMÁNICO.

Queda ya dicho en estos discursos, que los medios de formar una raza nueva deben ser empleados por alemanes para alemanes, y que convienen actualmente de una manera especial á nuestra nación. Necesita esto ser demostrado, para lo cual partiremos, como antes hemos hecho, de principios superiores y muy generales, mostrando qué cosa sea un alemán, en sí y para sí, independientemente de su actual condición: es decir, lo que *es* en sus caracteres esenciales y lo que *ha sido* desde que existe; y así veremos que ya su propia individualidad le hace particularmente apto, con exclusión de otros pueblos europeos, para recibir la educación referida.

En primer término, el alemán es una rama germánica, es decir, una rama del pueblo que tuvo por misión enlazar de nuevo el orden social establecido en la Europa antigua, con la verdadera religión conservada en el Asia, inaugurando así una nueva época, completamente distinta de la antigüedad decaída. Más adelante, llegaremos á diferenciar la raza alemana de las otras naciones directamente salidas del mismo tronco; porque ciertos pueblos europeos nuevos, como v. gr.,

los eslavos, no parece que hayan adquirido todavía en Europa una personalidad definida, resistiéndose á toda descripción precisa, mientras que otros de origen germánico, por ejemplo los escandinavos, no ofrecen verdaderos caracteres nacionales, y deben ser contados entre los alemanes; por lo cual, les aplicaremos todas las consecuencias de nuestra argumentación.

Debo hacer, antes de empezar este examen, una observación. El origen de este carácter que ha distinguido al alemán de sus hermanos, lo buscaré en un hecho indiscutible, del cual indicaré algunas manifestaciones aisladas que podrían pasar también por sucesos de poca trascendencia. En cuanto á su relación con el hecho principal, no puedo prometerme demostrarla con igual evidencia para todo el mundo. No voy á formular, por otra parte, ningún principio completamente nuevo, habiendo sin duda, entre nosotros, muchos hombres perfectamente preparados para comprender de este modo las cosas, y tal vez familiarizados con ellas. Pero las ideas de la mayoría difieren mucho de las nuestras, y para justificarlas y refutar todas las objeciones que podrían oponerles en cada cuestión particular las gentes que carecen de ideas generales, preciso es salir de los límites de nuestro tiempo y de nuestro plan. Por lo que toca á esas gentes, me contentaré con abandonar á sus reflexiones ulteriores todo cuanto hay que decir á este propósito, y que yo afianzaré con pruebas robustas; dejando, pues, á un lado todo esto, no obstante su utilidad para el conjunto y la unidad de mi construcción. Las importantes deducciones que más adelante resultarán en mis discursos, constituirán la parte principal de los planes que pronto hemos de desarrollar.

La primera diferencia que existe entre el destino del pueblo alemán y el de las otras ramas del mismo origen, es que el primero ha permanecido en el domicilio del pueblo de origen y ha conservado el idioma de éste, mientras que los otros han emigrado á tierras extrañas y han adoptado idiomas extranjeros, adaptándolos á su propia individualidad. Este ca-

rácter distintivo y primitivo servirá para explicar los que aparecieron más tarde, tales como la persistencia, en la patria de origen, de la antigua costumbre germánica que hace solidarios á todos los Estados en una alianza común, bajo la suprema dirección de un jefe cuyas prerrogativas son muy limitadas, mientras que en los países extranjeros ha prevalecido la costumbre romana anterior á la llegada de las nuevas poblaciones, convirtiéndose las constituciones en monárquicas, lo cual explica otros acontecimientos del mismo orden; sin que pueda admitirse la recíproca.

Entre los cambios anteriormente indicados, el primero, ó sea el cambio de clima, carece totalmente de importancia. El hombre conserva fácilmente sus costumbres nacionales cualesquiera que sea el cielo bajo el cual vive, y aun estas costumbres, en lugar de ceder á este trasplante á suelo extranjero, llegan con frecuencia á dominar todavía más, y á veces á convertir á su propio sentido las de los mismos huéspedes. Por otra parte, las influencias naturales no han sido muy diferentes en los diversos países ocupados por los germanos. Tampoco atribuiremos importancia á las alianzas de la raza germánica, en los países conquistados por ella, con los habitantes anteriores; porque, en definitiva, venían á ser siempre germanos los vencedores, dominadores y creadores del nuevo pueblo resultante de la mezcla, y, además, esas combinaciones que en país extraño se produjeron con los galos, cantábrugos, etc. se produjeron igualmente en la madre patria con los eslavos, de tal modo, que en la actualidad ningún pueblo de origen germánico puede probar que conserve, mejor que otro alguno, la pureza primitiva de la raza.

Mucho más significativo es el segundo cambio, el de la lengua, que establece una diferencia completa entre los alemanes y los demás pueblos de origen germánico; y quiero hacer constar desde ahora que no proviene esto de los caracteres particulares de este ó el otro idioma, dimanado de tal ó cual origen, sino de que entre nosotros lo que se ha conservado

es un bien personal y propio de la raza, mientras que los demás lo han sustituído por una cosa extranjera. Ni tampoco procede esa diferencia del origen primitivo de los que siguen hablando una lengua madre, sino, más bien, del empleo continuado de esa misma lengua, ya que los idiomas antes forman á los hombres que son formados por éstos.

Para dar toda la claridad posible á las consecuencias de la diferencia indicada sobre la formación de las nacionalidades y su evolución ulterior, debo llevaros á considerar conmigo los caracteres esenciales del lenguaje.

El lenguaje en general, y particularmente la designación de las cosas por medio de ciertos sonidos, no es obra de convenciones arbitrarias, sino que depende esencialmente de una ley primordial, según la que el lenguaje humano debe expresar cada noción por un sonido determinado y no por otro cualquiera. De igual modo que los órganos de los sentidos de un individuo distinguen los objetos, gracias á ciertas nociones de la figura, del color, etc., bien determinadas, el lenguaje de la humanidad civilizada distingue cada objeto por signos determinados. En definitiva: no es el hombre quien habla, es la naturaleza humana quien, por medio de él habla y se comunica con sus semejantes. Así, cabría decir que no existe más que una lengua, única y necesaria.

Pero, aunque la lengua no pueda en ningún tiempo ni lugar apartarse de esta unidad, si se considera el hombre en general, no se libra, sin embargo, de ser modificada y transformada por una doble influencia, viniendo á reflejarse sobre ella el clima y el uso más ó menos frecuente de las palabras, á la vez que la sucesión de los objetos observados y designados influye sobre los mismos signos. Esto no ocurre de una manera caprichosa y arbitraria, sino en virtud de una ley fija; siendo, pues, absolutamente imposible que en un idioma sometido á las condiciones anteriormente indicadas la palabra permanezca una y fija para todos los hombres, sino que debe variar y cambiar conforme á las reglas que dirigen el idioma mismo. Si

se da el nombre de pueblo *(Volk)* á una comunidad de hombres que viven en iguales condiciones exteriores capaces de influir sobre su idioma y que están constantemente trabajando por perfeccionar este idioma mediante un comercio continuo, debe decirse que la lengua de este pueblo es como es necesariamente, y que no es el pueblo quien *expresa* sus conocimientos, sino los conocimientos mismos los que se expresan mediante su palabra exterior.

Esta ley permanece inmutable á través de todos los cambios producidos por estas circunstancias, y rige juntamente las palabras que se transmiten de generación en generación y las expresiones creadas por cada una de éstas. Al través de miles de años, después de todos los cambios que se ha hecho sufrir á esas manifestaciones exteriores del idioma de aquel pueblo, la potencia natural de la lengua madre, una y original, queda intacta, habiéndose convertido necesariamente, en cada nueva situación que se ofrecía, en lo que se ha convertido, como llegará á ser necesariamente, dentro de algunos siglos, lo que deberá ser. La lengua actual de un pueblo no es más que la lengua madre de la Humanidad influída por los órganos de ese pueblo cuando articuló los primeros sonidos, é influída más tarde por los acontecimientos que han modificado esos primeros sonidos. Permanece, pues, la lengua idéntica á sí misma. Sin duda, después de transcurridos muchos siglos, los descendientes no comprenderán el idioma que en tiempos pasados hablaban sus antecesores, porque no alcanzarán á comprender las transiciones; pero eso no impide que este idioma haya seguido siempre, desde su origen, una marcha gradualmente progresiva, sin dar jamás ningún salto brusco. Esta marcha progresiva, imperceptible si se observa día por día, revélase de tiempo en tiempo por transiciones que parecen bruscas, pero que no lo son en rigor, puesto que los contemporáneos no han cesado jamás de entenderse, habiéndose expresado merced á esa fuerza natural que da á todos un mismo lenguaje. Tal es el lenguaje considerado como facultad de designar los objetos

que caen inmediatamente bajo nuestros sentidos, y así se muestra todo lenguaje humano en su origen. Pero si el pueblo á que nos referimos se eleva hasta comprender las cosas suprasensibles, necesita entonces, para expresar esas cosas, sin confundirlas con las sensibles, y para hacerlas comprender á los demás, exigir que se distinga bien y suficientemente el Yo órgano del mundo sensible del Yo órgano del mundo suprasensible; en suma, hay que oponer al cuerpo material, el alma, el carácter y otras cosas parecidas. Además, los diversos objetos de este mundo suprasensible, en tanto que se muestran tan sólo en ese lenguaje suprasensible y sólo mediante él existen, podrán designarse diciendo que son, respecto de su lenguaje, lo que los objetos sensibles bien definidos son respecto del lenguaje sensible, y de este modo se establecería, entre las relaciones del orden suprasensible y las del orden sensible, una ecuación que determinaría el lugar correspondiente al objeto suprasensible en el lenguaje de este mismo carácter. En este punto, la lengua no puede dar más de sí; suministra una imagen sensible de objetos suprasensibles, advirtiendo que no es más que una imagen: quien quiera percibir el objeto mismo, deberá aplicar su actividad intelectual en el sentido que le indica la imagen sensible. Resulta de todo, que esta designación mediante imágenes de las cosas suprasensibles, deberá acomodarse al grado de desarrollo del conocimiento de las cosas sensibles que tiene un pueblo dado; de donde el comienzo y el progreso de un trabajo semejante serán diferentes en los distintos idiomas, según la propia naturaleza de la relación anterior existente entre la cultura intelectual y la cultura material del pueblo que hable el idioma en cuestión.

Ilustraremos, mediante un ejemplo, esta observación, ya evidente por sí misma. Todo lo que proviene del conocimiento claro, que se ejerce sobre los objetos suprasensibles, y no del sentimiento ciego,—de conformidad con lo que hemos dicho en el discurso anterior en punto á la comprensión de la tendencia natural,—se llama con una palabra griega, que también en

el idioma alemán se usa frecuentemente, idea *(eidos)*, y esa palabra nos da precisamente la misma imagen sensible que la alemana visión (Gesicht), según se advierte en las siguientes citas de la Biblia de Lutero: «Veréis visiones *(Gesichte)*, tendréis ensueños.» La idea ó visión, en el sentido sensible, será, pues, lo que pueden percibir sólo los ojos del cuerpo, con exclusión de todo otro sentido, como el tacto, oído, etc.: por ejemplo, el arco iris ó los fantasmas que vemos en sueños. En el sentido suprasensible, esta palabra significa un objeto percibido, no por los ojos corporales, sino por los del espíritu, y que no podrá ser conocido, como tantas otras cosas, por el sentimiento ciego de ese espíritu, sino únicamente por sus ojos, es decir, por el conocimiento claro. Si admitiéramos ahora que los griegos designaron como cosa sensible el arco íris, ó cualquier otro fenómeno del mismo género, sería preciso confesar que su conocer sensible supo ya distinguir lo que cae bajo el dominio de todos los sentidos ó de varios, de lo que sólo puede ser conocido por uno de ellos, por la vista, etc.; porque no hubieran designado así esta noción de no haberla percibido en toda su claridad. Esta clarividencia de su espíritu, se mostraría aún mejor si los comparásemos á otro pueblo todavía incapaz de distinguir lo sensible de lo suprasensible mediante una imagen sensible sacada de las cosas vistas durante la vigilia, y reducido á buscar, entre los objetos percibidos en sueños, imágenes capaces de aplicarse al mundo de las ideas; siendo igualmente evidente que esta diferencia no procede de la fuerza más ó menos grande del sentimiento de lo suprasensible en ambos pueblos, sino más bien de la mayor ó menor claridad que las cosas sensibles adquieren en su espíritu, cuando llega el momento de designar las suprasensibles.

Así, toda expresión referente á las cosas suprasensibles, se adapta á la extensión y claridad de nuestro conocimiento en punto á las sensibles. Cuando la imagen sensible aparece con toda claridad á nuestro espíritu, le hace comprender inmedia-

tamente su relación con el lenguaje suprasensible, porque tal relación le es explicada mediante otra directamente enlazada con su lenguaje sensible. Así, fundada esta nueva designación, pasa al lenguaje con la nueva claridad que de ella recibe la propia inteligencia sensible, gracias á esa extensión dada al conocimiento del signo.

. . . . . .

. . . . . .

He aquí lo que respecta á una lengua que, desde sus primeros sonidos, ha sido producida por el pueblo que la habla, sin admitir jamás elemento alguno de la vida real que no pueda entrar en el círculo de ideas general y habitual en ese mismo pueblo. Si á ese pueblo primitivo se le aproximan otros descendientes de su misma raza, que hablen una lengua extraña, y estos recién venidos no son capaces ni aún de penetrar en el círculo de ideas de que ha partido la mencionada lengua nacional, permanecerán aislados, sin influencia alguna sobre ella, hasta el día en que puedan, al fin, comprender sus ideas originales; sino que entonces resultarán formados por ella, en vez de haberla ellos formado.

Completamente al contrario ocurriría en el caso de un pueblo que abandonase su idioma propio para adoptar uno extraño muy adelantado en lo que se refiere á las cosas suprasensibles, pero sin entregarse á este nuevo idioma antes de haber penetrado su propio círculo de ideas; y aún hay que suponer que el pueblo impone al idioma la corriente de ideas que le es propia, á tal punto, que el idioma abandona la dirección de antiguo seguida para amoldarse á la nueva. Desde el punto de vista de la parte sensible del lenguaje, esto no traería modificación alguna. En todos los pueblos deberán los niños aprender esta parte del lenguaje como si fuese enteramente arbitraria, rehaciendo por sí mismos toda la evolución lingüística realizada anteriormente por la nación, ya que pueden esclarecerse los signos de las cosas sensibles mediante la visión directa ó el contacto de los objetos designados. De aquí

resultaría, á lo sumo, por lo que respecta á la primera generación que hubiese cambiado de lenguaje, un retroceso obligado de la edad madura á la niñez, pero con las generaciones siguientes todo volvería á entrar en el antiguo orden de cosas. Las consecuencias del cambio serían mucho más importantes por lo que concierne á la parte suprasensible del idioma. Queda ya dicho cómo han llegado á formar esta parte los poseedores primitivos del idioma; para los nuevos, toda imagen sensible contiene una comparación con la cosa sensible, que han dejado apartada, sin reemplazarla en la inteligencia por la forma suprasensible, ó que jamás han poseído ni poseerán. Todo lo que pueden conseguir es que les expliquen esa imagen sensible y su significación suprasensible, con lo cual sólo alcanzarán la historia seca y árida de esa formación, respecto de la cual permanecerán siempre extraños; no ofreciéndose pues, nunca, esas imágenes inmediatamente claras á sus ojos, y no pudiendo, por tanto, influir fatalmente en su vida. Para ellos serán esas imágenes arbitrarias como toda la parte sensible del idioma, pues limitándose á hacerse explicar teóricamente la génesis de las imágenes sensibles en la nueva lengua, llegan á perder su potencia original de imaginar, deteniendo su progreso, y aunque, sin duda, podrán hacerla vivir todavía, será amoldándola á su propia manera y fuera de su círculo primitivo. Limitarse á estudiar la historia del lenguaje en vez de formarlo, es como elevar un muro contra el que se estrellará fatalmente el empuje original de la lengua como fuerza natural y viva y que impedirá toda reversión á la vida real. Un idioma así aprendido, podrá agitarse todavía superficialmente con un soplo de vida, pero su parte íntima ve próxima su muerte, porque se ha torcido hacia una nueva corriente de ideas, abandonando la raíz primitiva de su vitalidad.

Explicaremos mejor todo esto mediante un ejemplo, y para darle más fuerza, no olvidemos que un idioma muerto así en sus raíces y convertido en incomprensible, fácilmente se deja

desnaturalizar y emplear en todas las sutilezas de la corrupción humana, cosa imposible tratándose de idiomas realmente vivos. Tomaré como ejemplo las tres célebres palabras: Humanidad, Popularidad, Liberalidad. Estas palabras, para un alemán que nunca aprendió otro idioma, producen el efecto de simples sonidos que no evocan cosa alguna conocida y que le arrancan en absoluto de su círculo habitual de ideas. Si esas palabras desconocidas atraen su atención por sus desinencias extrañas, que suenan fuertemente, y si llega á creer que las tales palabras, por sonar así, expresan algún pensamiento elevado, le será necesario hacerse explicar todos sus significados desde su origen, y limitarse á prestar á esta relación una fe ciega. Se acostumbrará de este modo á aceptar en silencio, como cosa real y digna de respeto, lo que por sí propio, abandonado á sus solas fuerzas, tal vez jamás hubiera juzgado merecedor de la menor atención. No vaya á creerse que ocurre de otro modo en los pueblos neolatinos, para quienes estas palabras proceden de su lengua madre. Sin un conocimiento profundo de la antigüedad clásica y de su verdadera lengua, serán tan incapaces de comprender el origen de esas palabras como los mismos alemanes. Si á un alemán se le dijese la palabra *Menschlichkeit,* en lugar de la palabra *Humanidad,* que la traduce literalmente, comprendería inmediatamente, sin auxilio de ninguna explicación histórica; pero diría por su cuenta: «No se dice, ciertamente, gran cosa con decir que somos hombres y no bestias salvajes.» Lo que jamás un romano hubiese podido expresar, lo dice un alemán, porque la palabra Humanidad *(Menschheit)* ha permanecido en su idioma en el estado de cosa puramente sensible y sin servir jamás para designar, como entre los romanos, una cosa suprasensible; porque nuestros antepasados han notado y designado, bajo la forma de imágenes sensibles, las cualidades humanas mucho antes de hacer con ellas una noción sintética que caracterice á la Humanidad y la distinga de la animalidad, y no cabe sin duda censurarlos por este retraso, á pesar del ejemplo en contrario

de los romanos. Quien pretendiera imponer artificialmente á los alemanes esta imagen sensible extraña, de origen romano, con pretexto de que para los romanos es preferible, rebajaría su sentido moral, porque les presentaría como mejor y digna de elogio una cosa que sólo es tal en el idioma de quien eso pretende; y en efecto, sólo él, en su cualidad de extranjero, es capaz de ver en esa imagen sensible, por la fuerza natural de su poder nacional de imaginación, una idea que conviene conocer y conservar. Un examen más profundo quizá mostraría que, al adoptar imágenes extrañas, las demás razas germánicas que se aproximaron á la lengua romana rebajaron su valor moral; pero este examen no tiene, de momento, gran importancia.

Si en vez de emplear, tales como son, las palabras popularidad y liberalidad, las tradujéramos literalmente á un alemán, diciéndole: «Apetecer el favor de la mayoría,» y «apartamiento del servilismo,» estas expresiones no le darían la imagen sensible, clara y viva que tenían los romanos antiguos. Veían éstos á diario las adulaciones rastreras que prodigaban al populacho los candidatos ambiciosos, y eran testigos de los excesos de la servidumbre, de manera que aquellas palabras les representaban cosas vivas y vividas. El cambio de Gobierno, el advenimiento del cristianismo, hicieron desaparecer este cuadro de la vista de los romanos, los cuales, principalmente á causa del cristianismo formado por elementos extraños, y que no podían ni rechazar ni aceptar, vieron cómo su propia lengua perdía, en su misma boca, sus elementos constitutivos. ¿Cómo había de ser posible que una lengua medio muerta en su propia patria pasara á un pueblo extraño en forma de lengua viva? ¿Cómo puede pensarse, sobre todo, que sucediera así con los alemanes? Si consideramos ahora la parte suprasensible de esas dos imágenes sensibles, veremos que la palabra popularidad supone originariamente una cosa mala que sólo ha podido convertirse en buena merced á la corrupción del pueblo y de su constitución. Jamás aceptará el alemán semejante transformación, mientras le sea presentada

únicamente en su idioma. En cuanto á la traducción de la palabra «liberalidad»—no tener alma de esclavo, ó, según el idioma moderno, alma de lacayo,—el alemán responde que es decir bien poca cosa.

Pero hay algo más en esto: las indicadas imágenes sensibles que los romanos, una vez alcanzado un grado superior de cultura moral, emplearon en su acepción pura, ó empleaban ya para designar cosas malas, han recibido otros significados á medida que los idiomas neo-latinos se han ido desarrollando, y así han servido para designar la falta de seriedad en las relaciones sociales, el envilecimiento personal, la ligereza ayuna de carácter, transportándolas de este modo á la lengua alemana para forzarnos á conocer su última acepción, con el pretexto de hacernos contemplar la antigüedad y admirar en silencio al extranjero, sin que nadie comprendiese claramente de qué se trataba en rigor. El único resultado obtenido de todo esto ha sido, por de pronto, sumergir al auditorio en lo obscuro é ininteligible, apartándolo de las nociones claras de su idioma original; acudir luego únicamente á su ciega buena fe, para esclarecer las nociones transportadas de este modo á su lengua, y mezclar, en fin, los vicios con las virtudes, confundiendo sus expresiones orales de tal suerte, que el distinguirlas es ya un trabajo difícil. Si á un alemán se le hubiera explicado en su propia lengua y dentro de su círculo ordinario de imágenes sensibles la significación exacta de aquellas tres palabras extrañas de este modo: filantropía *(Menschenfreundlichkeit),* afabilidad *(Leutseligkeit),* nobleza de carácter *(Edelmuth),* hubiera comprendido perfectamente, y entonces no hubiera sido posible, jamás, introducir una significación corrompida en esas expresiones. En algunos discursos alemanes reina, por torpeza ó malicia, una atmósfera de obscuridad y de tinieblas; esto debe evitarse, y el verdadero remedio consiste en el empleo del alemán bueno y puro. Pero las lenguas neolatinas poseen naturalmente y de raíz esta obscuridad, que con nada puede desaparecer, puesto que carecen de algo vivo

susceptible de someter á examen las expresiones muertas, faltándoles, como les falta, una lengua madre.

Este ejemplo—que cabría repetir en punto á cada expresión del idioma—os demuestra, con toda la claridad apetecible, lo que ya indicaba previamente con referencia á la parte suprasensible del idioma, pues no hay que decir que no se trata de sus elemeutos sensibles. Tratándose de un idioma que esté realmente vivo, esta parte pertenecería esencialmente á la facultad imaginativa, la cual á cada paso verifica la síntesis de la vida sensible y de la vida espiritual de la nación, realizadas en el idioma, y saca de ella una idea que arranca, naturalmente, de la existencia anterior de la nación; y en esta idea cabe que un observador experto lea la historia entera del desarrollo del pueblo en cuestión. Pero en una lengua muerta, que mientras estaba viva poseía los mismos procedimientos de desarrollo, esta parte suprasensible está ya reducida á un conjunto de naciones y de signos arbitrarios que es necesario aprenderse pura y simplemente.

Tal es la solución de nuestra pregunta acerca de la diferencia que existe entre el pueblo alemán y los demás pueblos de origen germánico. La diferencia se hizo sensible desde la separación del tronco común, porque los alemanes continuaron hablando un idioma que vivía siempre con su vida natural y original, mientras las demás ramas germánicas fueron á tomar un lenguaje cuyas ramas parecían vivir aún, pero cuyas raíces estaban muertas en absoluto. En esto reposa la diferencia entre unos y otros, habiendo nosotros conservado esta vitalidad que los demás han perdido; pero no insistiremos ahora sobre las cualidades intrínsecas de la lengua alemana. Entre la vida y la muerte no cabe comparación alguna: la primera excede infinitamente á la segunda. Toda comparación, pues, entre el alemán y los idiomas neolatinos resulta inútil. Sólo cabría comparar el idioma alemán con un lenguaje tan primitivo como él, el griego por ejemplo; pero nuestro propósito actual hace innecesaria semejante comparación.

¡Qué influencia tan inconmensurable ejercen sobre el desenvolvimiento humano de un pueblo las cualidades de su idioma! El idioma acompaña al individuo hasta en sus pensamientos y deseos más secretos, en las profundidades de su ser, reteniéndolos ó dándoles expansión libre, y hace de la nación entera que lo habla un todo compacto, sometido á sus leyes. Constituye el único lazo verdadero entre el mundo de los cuerpos y el de los espíritus, cuya fusión produce de tal modo, que no cabría decir á cuál de los dos pertenece realmente. ¡Qué diferencia, en la vida práctica, entre los pueblos que se inclinan así hacia la vida y los que tienden á la muerte! En primer término, el alemán puede comparar su lengua viva con el latín, esa lengua muerta tan diferente desde el punto de vista del poder imaginativo, y le es posible así ahondar mayormente en las fuentes de ella y comprenderla de un modo más perfecto que los neolatinos, que no salen nunca de una misma lengua. Estudiando así una lengua madre como el latín, el alemán posee, por consecuencia, todos los idiomas que de ella se derivan, y como la comprende mejor que los extranjeros, comprende también mejor sus derivaciones; y en último término resulta que el alemán conoce y comprende las propiedades de una lengua extranjera mejor que el mismo que la habla, y si utiliza las ventajas que posee, la podrá traducir mejor que el extranjero podría jamás comprender, y sobre todo, traducir el alemán. Por otra parte, todo lo que un alemán puede sacar del estudio de esas lenguas extrañas, se limita á algunos giros nuevos de frases nacidas del capricho ó de la dejadez. En lugar de acudir á su escuela, podría enseñarse á los extranjeros cómo deberían hablar conforme á las leyes de la lengua original, y cuán inútil y contradictorio del antiguo buen sentido de las costumbres tradicionales es el nuevo giro de sus frases.

Las consecuencias generales y particulares que resultan de la posesión de semejante tesoro, se desprenden por sí mismas.

Pero nuestro propósito es formar con todo esto un conjunto y penetrar hasta el fondo, para oponer la descripción del pueblo alemán á la de otros pueblos de origen germánico. Voy, pues, á resumir brevemente todas esas consecuencias en los puntos siguientes: *1)* En un pueblo cuya lengua está viva, la cultura intelectual penetra en la misma intimidad de la vida, y por el contrario, en los demás, la cultura del espíritu y las condiciones de la existencia caminan cada una por su lado, separadamente. *2)* En virtud del mismo principio, el primer pueblo indicado lleva á toda su cultura un carácter serio y grave, y quiere que esta cultura intelectual penetre en su vida real, mientras que para el segundo la cultura es un juego genial, sin duda, pero al cabo un simple juego, al cual la voluntad no desea por su parte añadir nada. El primero tiene espíritu y carácter; el segundo sólo tiene espíritu. *3)* De este segundo punto resulta que el primer pueblo es en todo tenaz y se esfuerza por conseguir el fin, mientras que el segundo se deja ir á la buena de Dios. *4)* Del conjunto de lo expresado se sigue: que la masa del pueblo, en una nación comprendida en el primer caso, es susceptible de cultura y de que los pedagogos le apliquen sus descubrimientos y deseen influir sobre sus condiciones de existencia, y por el contrario, en una nación comprendida en el segundo caso, las clases cultas se separan del resto del pueblo, y no lo consideran sino como un instrumento ciego para la ejecución de sus planes. El desarrollo de estas observaciones, se verá en el próximo discurso.

*
* *

CONTINUACIÓN DE LAS DIFERENCIAS INDICADAS

Para facilitar la determinación de la personalidad del pueblo alemán, hemos expuesto los caracteres que lo distinguen de los otros pueblos de origen germánico, á saber: que aquél

ha continuado hablando el idioma germánico, desarrollado según las tendencias naturales de la vida real, mientras que los otros han adoptado una lengua extranjera, convertida, desde luego, bajo su influencia, en lengua muerta.

Al final del precedente discurso, hemos consignado las consecuencias que derivan de este principio; y ahora vamos á desarrollar estas consecuencias, dándoles toda la significación que por sí propias tienen.

Cuando en una investigación se desea ir al fondo de las cosas, cabe dejar á un lado todo lo que sea discutible ó contradicho. Así lo haremos en la presente, como lo hemos hecho en las anteriores. Deduciremos paso á paso las consecuencias de esos caracteres distintivos, limitándonos á sacar tan sólo deducciones exactas, y dejando la preocupación de decidir si tales diferencias, así deducidas, se ofrecen ó no en la práctica. Mas, por lo que toca particularmente á la nación alemana, mostraremos que su conducta ha sido tal como debía ser. Si algún otro pueblo de origen germánico, advertido de lo que aquí se trata, pretendiera probar que él ha realizado lo mismo que hicieron los alemanes, sincerándose así de la acusación contraria, nada responderíamos á ello. Nuestra exposición de las citadas diferencias no se propone, ni perjudicar á nadie, ni expresar odio alguno, cosa que hace la victoria más fácil que honrosa; nos limitamos á deducir consecuencias innegables con toda la reserva que la verdad pide.

La primera consecuencia que he señalado, es la siguiente: en todo pueblo que posee una lengua viva, la cultura intelectual penetra en la vida real; en los demás, la cultura intelectual y la vida real marchan por caminos diferentes. Necesario es, en primer término, precisar el sentido de esta proposición. Entendemos por vida aquella existencia tipo cuyo origen se halla en las fuentes mismas de toda vida espiritual, en Dios, y que, desarrollando las relaciones humanas conforme á su ideal, crea una vida nueva. No se trata, pues, de conservar esas relaciones tal como se hallan establecidas actualmen-

te, y menos aún de ayudar á ciertos elementos, retrasados respecto de la civilización general.

Entendemos por cultura intelectual la Filosofía—según la palabra usada por los extranjeros, pues los alemanes no han querido apellidar esta cultura con el nombre que, desde hace mucho tiempo, les ha sido propuesto—la Filosofía, digo, única que penetra científicamente el ideal eterno de la vida espiritual. A ella y á la ciencia que sobre ella se funda, corresponderá la gloria de dirigir la vida del pueblo que se halla en posesión del idioma vivo. Pero se dice con frecuencia—y nosotros mismos lo hemos dicho, pareciendo que esto se halla en oposición con lo precedente, que la filosofía, la ciencia, las bellas artes, etc., llevan en sí su propio fin y no sirven para la vida, viniendo en rigor á rebajárselas,—si se aprecian desde el punto de vista de la utilidad para la vida. Es ahora la ocasión de fijar más exactamente el sentido de estas afirmaciones, para evitar todo error de interpretación. Son verdaderas, en los dos siguientes sentidos concretos: la ciencia y el arte no podrían, en manera alguna, servir para una vida inferior como la vida terrestre ó material, y así no cabría emplearlas, como algunos lo creen, para *edificación* del vulgo; el individuo, después de haberse separado de un determinado mundo espiritual, puede absorberse completamente en esas emanaciones de la vida universal divina, sin necesidad de ninguna otra guía, y hallar en ellas plena satisfacción. Pero en sentido riguroso, ya no son tales afirmaciones conformes con la verdad, puesto que es imposible existan muchos fines en sí, como es imposible que haya muchos absolutos. Únicamente la vida intelectual es fin en sí, y fuera de ella no cabe que exista otro. Esta vida se exterioriza en parte y aparece como una corriente constante de que ella misma es la fuente, y entonces constituye la actividad eterna. Recibe esta actividad, en la sucesión de los tiempos, su modelo de la ciencia, y del arte recibe la aptitud para realizar ese modelo: y he aquí en qué medida puede decirse que la ciencia y el arte son *medios* para la vida activa consi-

derada como *fin*. Pero, bajo esta forma de actividad, la vida no llega á ser nunca completa, y jamás alcanza la perfecta unidad, sino que continúa siempre avanzando hacia el infinito. Si la vida, pues, ha de existir como unidad definida, será bajo la forma del pensamiento puro que suministra el conocimiento religioso descrito en el discurso tercero; forma que, como unidad definida, se diferencia claramente del hacer ilimitado, y jamás podrá expresarse completamente en ese hacer. Ambos modos, pensamiento y actividad, sólo se diferencian en el mundo de los fenómenos, fuera del cual uno y otro son la misma cosa, la vida una y absoluta. No cabe decir que el pensamiento exista en función de la actividad ni inversamente, sino que ambos deben existir con igual título, ya que la vida debe ser una misma, tanto en el mundo de los fenómenos como fuera de él. Hechas estas consideraciones, parecerá poco decir que la ciencia influye sobre la vida: es mucho más que ésta, puesto que constituye una vida que existe en sí y para sí misma, una vida independiente en sí.

¿Para qué sirve toda la ciencia si no sirve para obrar?, óyese decir á menudo. En este sentido, la ciencia sería un medio para la acción, y ésta constituiría el fin propio de aquella. Mas podría preguntarse, volviendo la frase del revés: ¿acaso se puede obrar bien sin conocer antes el bien mismo?, y en este sentido, la ciencia se convertiría en la condición del obrar. Pero ambos puntos de vista son parciales; la verdad es que una y otra, la ciencia y la acción, son, con igual título, elementos esenciales de la vida razonable.

Según más arriba hemos dicho, la ciencia no constituirá una vida independiente en sí, sino en tanto que el pensamiento sea, juntamente, el sentido real y el pensar propio del sujeto que ve y juzga por instinto, conforme á ese pensamiento fundamental. Esa visión y ese juicio derivan de este pensamiento fundamental, que dirigirá sus acciones, si su influencia llega á tanto. Pero en manera alguna podrá ser la vida y el pensar del sujeto que piensa, por muy grandes que sean la

claridad y la precisión con que éste lo conciba, si es tan sólo pensado como pensamiento de una vida extraña..... En este caso, existe entre nuestro pensamiento puro y nuestro pensamiento efectivo, un abismo de contingencia y de libertad que no sabríamos llenar; y así, aquel pensamiento puro queda fuera de nosotros, en estado de simple posibilidad, sin obligarnos jamás á nada indefinidamente. En el caso distinto en que el pensamiento se haya apoderado directamente por sí mismo de nuestro yo, y lo haya asimilado, por virtud de ello obliga á nuestra inteligencia; y este dominio debe constituirse por sí mismo y espontáneamente formarnos á imagen suya.....

Esta influencia vivificante del pensamiento hállase singularmente favorecida cuando el pensador adquiere el conveniente grado de profundidad y de fuerza mediante un pensar y una expresión en una lengua viva. En ésta, la palabra es directamente viva y sensible, representa la totalidad de la vida, la abraza y obra sobre ella; y el poseedor de un signo de expresión semejante, conversa directamente con el espíritu, que se descubre á sus ojos como un hombre á otro hombre. Por el contrario, una lengua muerta sólo obra indirectamente; y para penetrar en la corriente viva de esta lengua, es preciso de antemano poseer conocimientos históricos en punto al mundo ya muerto, del cual se adoptan los signos y el pensar que él usaba antes. Mas sería preciso que nuestro pensamiento estuviese movido por una actividad muy poderosa, para que no se fatigase pronto enmedio de ese vasto campo de la historia, y tener una gran voluntad de pensar. El poseedor de una lengua viva, si no piensa de una manera viva, es porque se limita, en vez de pensar, á errar á la ventura, como el enjambre fuera de la colmena. El que usa una lengua muerta, no debe asombrarnos que, pensando conforme á ella, y desarrollando cuidadosamente las nociones que suministra, no llegue á hacer milagros, y sólo obtenga pensamientos muertos.

Una lengua muerta, que no sea perfectamente clara, cons-

tituye, para pensar, un poderoso móvil, y puede producir hermosos resultados; pero una vez que se convierta en clara y fija, el pueblo que la posea perderá toda iniciativa, y su filosofía habrá de contentarse con explicar el Diccionario, convirtiéndose, como me decía un espíritu no alemán, en una *metacrítica* del lenguaje; y en fin de todo, este pueblo llegará á conceptuar como su mejor obra filosófica, un mediano poema cómico sobre la hipocresía.

De esta manera, decía, la cultura intelectual, y especialmente en nuestro caso, el pensar, no será solamente causa de la vida, sino que será la vida misma del sujeto que piensa. El cual se esforzará necesariamente por pasar, de la vida que piensa de este modo en su interior, á la realización exterior de ella, amoldándola á ese modelo. En efecto: dado que ese pensar es la vida, el que lo posee experimenta una íntima satisfacción, y comprende toda la extensión de su fuerza, que vivifica, ilumina y liberta. El que de este modo haya llegado á la felicidad, deseará necesariamente que otros la alcancen también, y procurará conducirlos á esa fuente de que le ha venido la dicha..... Cualquier otro hombre que tenga un pensar extraño, no será por él feliz ni desgraciado; por tanto, no podrá conceptuarlo capaz de hacer á nadie ni lo uno ni lo otro, teniéndolo tan sólo como una ocupación buena para llenar los ratos de ocio.

Entre los medios útiles para transportar á la vida general ese pensamiento que ha nacido en la vida privada, ocupa la poesía el primer puesto, siendo, en la cultura intelectual de una nación, el segundo de los elementos principales. El sujeto pensante que expresa su pensamiento por medio de la palabra, cosa que no cabe hacer sino usando imágenes sensibles y ensanchando el círculo de la plasticidad de la lengua, es ya un poeta; de no ser así, desde el primer pensamiento le faltaría esa expresión, y al segundo habría perdido la misma facultad de pensar. Componer un todo homogéneo de las numerosas imágenes aportadas de primera intención por el sujeto

al círculo imaginativo del idioma así ensanchado y desarrollado; colocar cada cosa en su sitio y distribuirle su papel en el ennoblecimiento de la cultura intelectual; hacer que toda la vida parezca bañada hasta lo más profundo de su esfera terrestre por ese nuevo rayo de sol, y de este modo se complazca y ennoblezca por sí misma, ilusionada en punto al origen de esta transformación, he aquí la obra de la verdadera poesía. Sólo una lengua viva puede poseer semejante poesía, y sólo en ella el círculo de las imágenes sensibles puede ser ensanchado por ese pensamiento creador, en el cual las cosas ya creadas pueden subsistir siempre vivas y abiertas al soplo de una vida común. Un idioma semejante lleva en sí el poder de crear una poesía capaz siempre de nueva juventud y de renovación, de modo indefinido, porque todo acto de pensar abre en ella nueva fuente de entusiasmo poético, y así es para ella la poesía el mejor medio de extender á la vida general la cultura espiritual. Una lengua muerta es incapaz de poseer poesía en tan elevado sentido, porque carece de las condiciones indispensables para su formación.

Posible es que en determinado momento llegue á poseer algo que ocupe el lugar de la poesía. La inspiración poética contenida en la lengua madre continuará despertando la atención durante algún tiempo. Pero en verdad, el pueblo nuevo no será capaz de continuar poetizando en el mismo sentido que sus antecesores, puesto que su vida real lleva ya dirección distinta; le será preciso transportar su propia vida con su nuevo aspecto al círculo imaginativo y poético en que sus antecesores desarrollaron su existencia, y, por ejemplo, vestir sus caballeros de héroes, y viceversa, mezclar los dioses antiguos con los modernos. Sólo á través de esta extraña vestidura de su vida ordinaria podrá alcanzar una ilusión de ideal, y así aparecerán á sus ojos encantados hermosas pinturas. Pero una y otra cosa, es decir, tanto el poder imaginativo y poético de la lengua madre como la existencia nueva que en ella se desarrolla, son en extremo limitados y alcanzarán pronto

sus límites extremos. Entonces aquel pueblo celebrará su siglo de oro, y se secará la fuente de su poesía. Hay siempre un momento en que se establece acuerdo perfecto entre las palabras y las ideas muertas, las imágenes sensibles y las condiciones de existencia de igual carácter. Una vez transcurrido ese momento, sólo puede el pueblo escoger entre estas dos cosas: ó repetir, modificándolas, las obras maestras de otros tiempos de modo que parezcan nuevas, ó si desea á todo trance crear algo nuevo, encaminarse hacia el mal gusto y la desarmonía, mezclar en su poesía lo bello y lo feo, entregarse á la caricatura y al género humorístico, como ya lo ha hecho en la prosa, confundiendo las nociones del vicio y de la virtud sólo por hallar nuevos giros de expresión.

En un pueblo así, la cultura intelectual y la vida van por caminos diferentes; las clases populares, que carecen de aquella cultura, de la cual nada tienen que esperar, se colocan fatalmente en oposición con las clases cultas y son consideradas como de una raza distinta que posee originariamente aptitudes diferentes, al paso que esas clases cultas no experimentan ni simpatía por las populares, ni el menor deseo de ayudarlas, porque juzgan toda ayuda como imposible á causa de su inferioridad original, sintiéndose más bien inclinadas á utilizar, tal como se presentan, las cualidades originales de esas clases. Una religión filantrópica y la carencia de habilidad en las clases cultivadas, pueden atenuar, en los comienzos de la existencia del pueblo nuevo, los efectos de una lengua muerta; pero á medida que avanza el tiempo, acúsase más y más el menosprecio hacia las clases populares. Este principio general de la supremacía intelectual y el rango superior de las clases cultas se ha complicado luego con otro hecho que, por la gran influencia ejercida sobre los alemanes, no podemos pasar en silencio. Los romanos, que con relación á los griegos considerábanse como *bárbaros,* y que llamaban *bárbara* su propia lengua (1),

(1) A mi juicio, no debería juzgarse del grado de eufonía de una lengua por mera impresión de momento, en que el azar puede influir tanto,

trasladaron con el tiempo este epíteto á otros pueblos y hallaron en los germanos tanta inocencia como en otro tiempo habían mostrado ellos mismos relativamente á los griegos. Creyeron los germanos no poder dejar su condición de bárbaros sino convirtiéndose en romanos, y así lo hicieron con toda la energía de su alma. Pero, además, en su poderosa imaginación vino á ser la palabra bárbaro tanto como vulgar, bajo,

---

sino más bien conforme á principios fijos. En este sentido, el mérito de una lengua debería consistir, ante todo, en formar adecuadamente el lenguaje y sus órganos, luego en dotarles de sonidos y desinencias conforme á su naturaleza propia. De aquí resultaría que las naciones que han formado su idioma á medias y desde un punto de vista limitado, proscribiendo ciertos sones á causa de su imperfecta consonancia y por razones de eufonía, juzgando conforme á sus costumbres de la armonía de lenguas extrañas, correrían grave riesgo de no obtener voto en semejante averiguación.

Una vez establecidos estos principios de orden superior, el juicio definitivo de la lengua alemana, mirada desde este punto de vista, debe quedar en suspenso. La lengua latina afecta formas distintas de pronunciación en cada una de las naciones modernas de Europa, y es, por tanto, muy difícil restaurar la verdadera pronunciación. Y aunque eso fuera posible, quedaría siempre por examinar si realmente la lengua alemana es, en comparación con las neolatinas, tan desagradable, dura y erizada de sonidos ásperos, como generalmente se cree.

Mientras se resuelve definitivamente el problema, cabe, por lo menos, explicar provisionalmente la razón del efecto que produce en los extranjeros, y aun en los alemanes mismos que juzgan con toda sencillez, sin odio ni prejuicio. Un pueblo todavía inculto, que esté dotado de imaginación vigorosa fácilmente excitable y de una sensibilidad infantil, exento de toda vanidad nacional (los germanos parecen poseer todas estas cualidades), y que vaya á países lejanos para guerrear, llevará consigo, naturalmente, á esos llanos, islas y regiones apartadas, las ideas de grandeza y magnificencia con que sueña. Desarróllase en él un espíritu romántico (la palabra es suficientemente expresiva por sí misma, y toda explicación que se intentara sólo podría perjudicarle). A su oído llegan sonidos y desinencias que le despiertan en la mente todo el mundo maravilloso que soñaba, y la lengua que se los da, le complace. Así es, probablemente, cómo nuestros antecesores emigrados cambiaron tan fácilmente su propia lengua por esta otra extraña; y todavía hoy, á nosotros sus descendientes, que tan alejados de ellos estamos, tales sonidos nos agradan extraordinariamente.

torpe, al paso que la de romano se convertía en sinónimo de distinción. Estos principios penetraron desde los fundamentos á los menores detalles del idioma, y así, donde se fundaron escuelas para la cultura razonada y reflexiva de la lengua, se llegó á rechazar las raíces germánicas y á formar las palabras con raíces latinas, constituyendo el romance en idioma de las Cortes reales y del mundo culto; y en los sinónimos, la raíz germánica representó el sentido innoble y malo, mientras que la raíz latina tuvo la acepción noble y distinguida.

Por otra parte, este mismo defecto se encuentra incluso en la madre patria, entre ciertos alemanes débiles, como si esto fuese una enfermedad original en toda la raza germana. Nuestros oídos escuchan con placer las frases romanas, y nuestros ojos hallan nobleza en las maneras romanas, todo lo contrario de lo que es alemán; y además de esto, como si no fuéramos capaces de recibir directamente esas cosas, las aceptamos por mediación de los pueblos neolatinos. En tanto en cuanto somos alemanes, nos consideramos como hombres ordinarios; pero á poco que dejemos de hablar alemán, aunque sólo sea á medias, adoptando maneras y trajes distintos de los nuestros, ya nos tenemos por gentes distinguidas, y nuestro mayor goce consiste en no parecer alemanes, sino ingleses ó españoles, según la moda del día. Tenemos razón. El carácter alemán es natural, lo arbitrario y artificial es lo extranjero; permaneciendo naturales, seríamos como nuestro pueblo, que nos comprendería y nos consideraría como iguales á él, mientras que, adoptando las cualidades extranjeras, nos convertimos en incomprensibles para nuestros compatriotas, que nos creen así de distinta naturaleza que ellos. El extranjero puede tener esa falta de natural como condición de su propia vida, porque desde un principio dejó de seguir las leyes de su naturaleza; tratemos de imitarlo y habituémonos á creer que sólo es bello, conveniente y atractivo lo que aparece en desacuerdo con la naturaleza. Resulta esto de nuestra ciega creencia en la excelencia y superioridad de los países neolatinos—junto

con el deseo de distinguirnos y de ahondar artificialmente en Alemania el abismo que de suyo separa, en el extranjero, á las clases cultas del resto de la nación.—Basta por ahora con haber mostrado la fuente de esta manía de querer parecer extranjeros que tienen los alemanes; más adelante mostraremos cuán profunda influencia ha ejercido, y cómo todos los males que nos ahogan y causan nuestra ruina vienen de esa mezcla de un principio extraño, malo, con el carácter alemán, cuya seriedad penetra tan profundamente en la vida real.

De este modo, según los casos, la cultura intelectual ejerce ó no influencia en la vida del pueblo, y las clases cultas se hallan ó no aisladas del resto de él; en el primer caso, el pueblo, dueño de una lengua viva, posee un fondo de valor y de seriedad que es capaz de aplicar á todas las cosas; en el segundo, siendo su lengua muerta, considera las ocupaciones intelectuales como un simple juego del espíritu, y se deja llevar por su buena estrella..... En los pueblos cuyo idioma está vivo, toda investigación tiene su raiz en tendencias vivas que sólo así pueden satisfacerse, y conservan toda la energía que esta vida lleva en sí misma. Por el contrario, el pueblo cuyo idioma está muerto, desea simplemente pasar el tiempo de manera agradable y hermosa, y si lo logra, cree haber alcanzado todo su fin. El extranjero adopta esta última posición; el alemán que acepta esta ilusión prevaliéndose de su genio y de buena naturaleza, da pruebas de un entusiasmo indigno por los contrasentidos extranjeros. Sin duda, en ningún pueblo del mundo puede darse nada notable si no nace de una inclinación original que los extranjeros llaman, en tanto que principio suprasensible, genio. Pero esta inclinación sólo es capaz de despertar el poder imaginativo y suscitar en él formas todavía indecisas. Para darles cuerpo y fijarlas en la vida práctica, es necesario el pensar reflexivo, razonado y que obra conforme á una regla fija.

El genio suministra á la actividad la urdimbre que debe tejer, y sin él no tendría más que los tejidos antiguos, ó quizá

nada en que trabajar. Pero á su vez la actividad da vida á lo que, sin ella, hubiese quedado en puro juego; así, reunidos ambos principios, son capaces de algo; aislados son, uno y otro, impotentes. Además, el pueblo cuya lengua está muerta, no puede tener verdadero genio creador, puesto que carece de la facultad de dar nuevos símbolos á las cosas, no siéndole dado otra cosa que continuar las imágenes ya iniciadas y modificar las que existen y á menudo se hallan en punto de perfección.

En cuanto al esfuerzo que hay que aportar, natural es que sea mayor en el pueblo cuyo idioma está vivo. Un idioma vivo puede, comparado con otro muerto, alcanzar un alto grado de cultura, pero nunca poseerá ese perfección y desarrollo acabados que una lengua muerta logra con tanta facilidad. En ésta, las palabras han adquirido ya todo su sentido; todas las frases posibles han sido ya empleadas, y quien quiera hablar esta lengua, deberá hacerlo tomándola tal como es, y una vez aprendida, ella propia es quien hablará por boca de él, pensando y poetizando en vez suya. Por el contrario, en una lengua viva, las palabras y su significación progresan siempre, cabe inventar á todas horas nuevos giros de frases, porque la lengua no permanece inmóvil, sino que se está continuamente formando y se desarrollará sin fin. En vez de hablarse ella por sí propia, quien la emplea deberá hablarla á su modo, creándola de cada vez, según sus necesidades personales. Esto exige, sin duda, más esfuerzos y más ejercicio, porque la lengua viva hace penetrar nuestras investigaciones hasta las fuentes mismas de las nociones, en la naturaleza suprasensible; contrariamente, el pueblo cuya lengua está muerta, tratará pura y simplemente de apoderarse de nociones extrañas y comprenderlas históricamente, al paso que el otro hará realmente filosofía. Es evidente que cualquier investigación irá más deprisa en el primer caso que en el último.

En estas condiciones, el genio extranjero, cuyo trabajo es fácil, cubrirá de flores los caminos trillados de la antigüedad,

y tejerá un rico manto á ese saber de la vida que para él ocupa el sitio de la filosofía; y por el contrario, el espíritu alemán abrirá cada vez nuevas minas, hará penetrar en sus profundidades obscuras oleadas de luz y claridad, y amontonará, unas sobre otras, montañas de pensamientos, con las cuales podrán los tiempos futuros construir obras monumentales. El genio extranjero, como un silfo amable, se balancea con vuelo ligero por cima de las flores abiertas sin cultivo, á través de una alfombra suave de hierba; sin doblarlas, inclínase sobre ellas y aspira su fresco rocío, ó bien, como la abeja, toma de esas flores la miel perfumada, y con arte de aprendiz la deposita en celdas construídas con toda regularidad. El espíritu alemán, semejante á un águila, eleva con ala poderosa su pesado cuerpo á las regiones superiores, sube sin cesar más y más alto, arrastrando tras de sí cada vez mayor cantidad de aire, para aproximarse más á cada momento al sol, cuya vista le inunda de entusiasmo.

Sinteticemos ahora todo lo que hemos dicho hasta aquí. Consideremos la historia del desarrollo de una raza humana, que, históricamente, se ha excindido en dos mundos, uno antiguo y otro nuevo, y de los cuales, uno ha envejecido, mientras el otro permanece joven, y veamos cómo procederá cada cual. La parte extranjerizada de la nación, merced al hecho de haber tomado de la antigüedad el idioma, ha establecido con ella muy estrechas relaciones. Al principio le será más fácil á esa porción comprender ese idioma ya inmutable, penetrar los secretos de su formación y estudiar sus obras, comunicándoles la savia joven que saca de su participación en la vida nueva. Por ella se esparcirá en toda la Europa moderna el estudio de la antigüedad clásica. Las cuestiones todavía pendientes de resolución, le excitarán al trabajo, pero las estudiará tan sólo por amor á la ciencia, y no empujada por las necesidades de la vida, y así no dedicará á ello con todas las fuerzas de su alma, sino con cierta ligereza, tomándolas simplemente con la imaginación, como para darles una forma cor-

poral ligera, hecha de aire y de luz. Poseedora de estos ricos materiales que le legó la antigüedad, y sobre los cuales trabaja fácilmente en aquella forma, esparcirá á torrentes esas imágenes en la corriente de ideas del mundo nuevo. Tomadas del mundo antiguo, aunque sostenidas con nueva forma, estas imágenes se presentarán á la parte de la raza primitiva que conserva la lengua madre, en un continuo progreso, y excitarán así su atención y su actividad personal, mientras que en su antigua forma quizá hubieran pasado inadvertidas ante sus ojos. Y esta parte de la raza, cuando llegue á asimilarse verdaderamente en su inteligencia las citadas imágenes, en vez de continuar recibiéndolas simplemente de mano ajena, las concebirá conforme á su propia naturaleza, no como simples conocimientos de origen extraño, sino como partes constitutivas de su existencia propia; y entonces, en lugar de limitarse á tomarlas prestadas, las incorporará á su vida misma y les dará vida, en vez de aquella pura apariencia que antes tuvieron.

Merced á esta transformación, de que nunca hubiera sido capaz el extranjero, recibirá éste á su vez, en el momento preciso, estas imágenes, y, mediante tal devolución, la cultura intelectual de esta raza humana continuará en la propia esfera de la antigüedad, y con esto las dos mitades del tronco se fusionarán para asegurar el progreso regular del género humano. En este nuevo orden de cosas, la madre patria no obtendrá nada propiamente, y aún habrá de confesar que camina bajo la dirección del extranjero, quien, á su vez, obedece á la antigüedad; pero la madre patria aceptará con toda seriedad, y mezclará á su vida diaria, lo que para el extranjero sólo eran nociones fugitivas. No hemos de detenernos ahora á demostrar estas relaciones mediante ejemplos, por no ser el momento adecuado y constituir el asunto del discurso siguiente.

De esta manera las dos partes de la raza común vendrán á formar un todo; distintas y unidas, persistirán como brotes de la civilización antigua que los tiempos modernos han destruí-

do, y la humanidad prosigue su viaje seguida por la antigüedad. Diferentes en sus destinos por el punto de partida, y semejantes por el fin, ambas fracciones deben reconocerse y ayudarse mutuamente; pero muy particularmente debe cada una procurar que la otra conserve su más pura individualidad, si es que el todo ha de llegar á una cultura completa y perfecta. El conocimiento de todas estas cosas deberá, bien entendido, emanar de la madre patria, en quien únicamente se da un sentido bastante profundo para comprenderlas. Si, por el contrario, la ignorancia de estas verdades impeliese alguna vez al extranjero á arrebatar la independencia á la madre patria, á aniquilarla y absorberla, caso de lograrlo cortaría al propio tiempo la última raíz que todavía le enlaza á la naturaleza y á la vida, y vendría á ser por completo víctima de esa muerte espiritual que se ha apoderado ya de lo que había en él de más vivo; el progreso de la civilización se detendría en absoluto, y la barbarie renacería fatalmente y se desarrollaría sin ninguna esperanza de salvación, prosiguiendo su obra hasta que, por fin, nos viésemos reducidos á vivir como las bestias salvajes en cavernas, y á devorarnos mutuamente como hacen ellas. Sólo un alemán puede comprender la necesidad y la verdad de estas consecuencias; el extranjero, que no conoce otra civilización y que tiene el campo libre para recrearse con la suya, debe y puede considerar esto como una calumnia de mal gusto inventada por una ignorancia cuidadosa y maliciosamente sostenida.

El país extranjero es la tierra de donde emanan vapores vivificantes que suben hasta las nubes; y mediante ellos, como antiguamente en el templo de los oráculos, las viejas divinidades religiosas continúan poniéndose en relación con los mortales. La madre patria es ese ciclo eterno que se extiende por todos lados y en que los vapores ligeros se condensan en nubes, las cuales, cargadas de electricidad por el rayo que Júpiter tonante forma en otros mundos, caen sobre la tierra en refrescante lluvia que todo lo purifica, elementos terrestres y

celestes, y hace germinar en el suelo los frutos del cielo. ¿Querrán algunos nuevos titanes escalar el cielo? Ese cielo hermoso no será para ellos, hijos de la tierra, sino que dejarán de verlo y sólo les quedará su tierra fría, tenebrosa y estéril. ¿Mas qué pueden—decía un poeta romano—qué pueden Tyfeo ó Mimas el poderoso, ni Porfirios el del gesto amenazador, ó Retos ó Encelado el atrevido lanzador de troncos de árboles arrancados de cuajo, cuando Palas agita no más su escudo? Este escudo será nuestra salvaguardia, si sabemos comprender el poder que encierra y ponernos bajo su égida.

JUAN T. FICHTE.

POETAS AMERICANOS

LOS CAMELLOS

Lo triste es así.....

PETER ALTENBERG.

Dos lánguidos camellos de elásticas cervices,
De verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
Los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
A grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
El soñoliento avance de sus vellosas piernas,
Bajo el rojizo dombo de aquel cénit de fuego,
Pararon silenciosos al pie de las cisternas.

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico,
Y ya sus ojos quema la fiebre del tormento:
Tal vez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
Perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando, taciturnos, por la dormida alfombra,
Cuando sus ojos cierra el moribundo día,
Bajo la virgen negra que los llevó en la sombra,
Copiaron el desfile de la Melancolía.

¡Son hijos del Desierto! Préstales la palmera

Un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
Y en sus marchitos ojos, que esculpe la Quimera,
Sopló cansancio eterno la boca de la Esfinge.
Dijeron las Pirámides que el viejo sol rescalda:
—«Amamos la fatiga con inquietud secreta.»—
Y vieron desde entonces correr sobre una espalda
Tallada en carne viva su triangular silueta.
Los átomos de oro que el torbellino esparce
Quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
Y unidos en collares por invisible engarce
Vistieron del jiboso la escuálida figura.
Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
La sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
De caravanas, huesos en blanquecino enjambre,
Todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.
Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
Ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
Ni el ruido sonoroso de claros cascabeles
Alegran las miradas del rey de la fatiga.
¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio,
Que amais pulir el dáctilo al son de las cadenas!
¡Sólo sus ojos pueden deciros el cansancio
De un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!
¡Oh artistas! ¡Oh camellos de la llanura vasta,
Que vais llevando á cuestas el sacro monolito!
¡Tristes de Esfinge! ¡Novios de la palmera casta!
¡Sólo colmais vosotros la sed de lo Infinito!
¿Qué pueden los ceñudos? ¿Qué logran las melenas
De las zarpadas tribus? Cuando la sed oprime
Sólo el poeta es algo sobre este mar de arenas;
Sólo en arteria rota la Humanidad redime.
Se pierde ya á lo lejos la errante caravana,
Dejándome, camello que cabalgó el Excidio;
¿Cómo buscar sus huellas al sol de la mañana
Entre las ondas grises de lóbrego fastidio?

¡No buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
Hoy á mi labio exhausto; y aguardaré paciente,
Hasta que suelta en hilos de mística dulzura
Refresque las entrañas del lírico doliente!

Y si á mi lado cruza la sorda muchedumbre,
Mientras el glauco fondo de sus pupilas miro,
Dirá que vió un camello con honda pesadumbre,
Mirando silencioso dos fuentes de zafiro.

GUILLERMO VALENCIA.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.=Literatura: Los grandes plagios del siglo.=Psiquiatria: La labor de Gabriel d'Annunzio ante la Psiquiatria.=Costumbres: El mundo de los archimillonarios.=Enseñanza y educación: Las reformas del bachillerato.=Impresiones y notas: La humanitaria Albión.—Cómo trabaja Ibsen.—Juez con gracia.—Los alimentos y la voz.—Los animales domésticos en el Japón.—Solución inesperada.

LITERATURA

Los grandes plagios del siglo.—En literatura—dice Paul Deberdt en la *Revue des Revues*—vale más copiar que innovar. Los creadores de fórmulas nuevas mueren siempre desconocidos y desdeñados; pero tras ellos vienen los listos, que se apoderan de la idea medio aclimatada ya y la hacen popular. Justo es dar á cada cual lo suyo, y sin quitar su mérito á nadie, la posteridad debe devolver su parte de gloria á los explotados, realizando una obra de reparación, y demostrando que si fue grande el genio de los explotadores, la primera materia de sus obras maestras les fue suministrada por escritores olvidados, que bien merecen un recuerdo y una compensación por la colaboración forzada y anónima á que se vieron sometidos.

Chateaubriand y la señora de Stael rompen la marcha á comienzos del siglo, forjando á fuerza de reclamos sus grandes reputaciones usurpadas. La ilustre baronesa inspira su *Corina*

en el *Ardinghello*, de Heine (1787), que á su vez había encontrado en *Los amores rivales*, de Bastide (1775), el prototipo de esas obras en que el amor se asocia á la geografía y á la arquitectura con brillantes digresiones estéticas. Bastide era un pobre diablo que creía que bastaba escribir hermosos libros para llegar á la posteridad, y que había escrito diez tomos de primer orden sin pensar jamás en organizarse una camarilla literaria de elogios mutuos, y cuyo nombre, por consiguiente, no se encuentra en ningún catálogo. En cuanto á Chateaubriand, la mayor parte de sus fórmulas novelescas se encuentran en *La recién casada de la isla Formosa*, de Marcassus, en el *Abenaki*, de Saint-Lambert, y en el *Orinoco*, de Aphra Behn, traducido del inglés por Laplace.

Víctor Hugo, que con tanta desenvoltura trata á la generación del primer Imperio y de 1815, es un refundidor maquiavélico; su *Han de Islandia* está compuesto de reminiscencias del irlandés Maturino; *Nuestra Señora de París,* lanzada con bombos sin precedentes, no es más que un eco tímido de multitud de novelas medioetáneas que habían servido de pasto al público de 1810 á 1830; *El monje*, de Lewi, le dió su tipo de Claudio Frollo, y las novelas históricas de Montorval, Dinocourt, Augusto Lafontaine y otras le proporcionaron el pintoresco escenario en que se mueven sus personajes, no siendo su *Esmeralda* otra cosa que la reproducción de *La gitanilla* de Cervantes; *Ruy-Blas* se inspira en la *Angelina Kauffmann*, de Wailly, del que también sacó Bulwer-Lytton en el mismo año el argumento de *La dama de Lyon;* en *Los burgraves* se hallan importantes plagios de *El tribunal secreto*, de Thiessé, y *El rey se divierte* se inspira en *Los dos locos*, de Pablo Lacroix, ese Lacroix á quien Nodier, el jefe de la camarilla romántica, no podía perdonar que fuese más erudito que él, y en torno del cual se organizó el silencio por los grandes mangoneadores del romanticismo.

Alejandro Dumas, padre, no cedía á Hugo en falta de escrupulosidad: la situación capital de *Antony* está tomada de

La prima donna y el mozo carnicero, de Burat; *Angela* es la misma tesis que *El hombre de mundo*, de Ancelot; *Ricardo Darlington* está arreglado con trozos de Walter Scott y de Schiller; *La torre de Nesle* está sacada de *El estudiante de Cluny*, de Beauvoir; *Las señoritas de Saint-Cyr* de la *Gilita de Narbona*, de Fontan; *El matrimonio bajo Luis XV*, de una novela de Alfonso Bret; *Los tres mosqueteros* están tomados del *D'Artagnan*, de Courtil de Sandraz, siendo un despojo de la *Novela satírica*, de Delannel, el capítulo primero, y hallándose toda la historia del verdugo de Béthune en *Imbert de Bourdeaux*, y la famosa intriga de los herretes de diamantes en *La reina, el cardenal y el paje,* del siempre saqueado y desdeñado Ancelot; *La reina Margarita* está sacada íntegramente del drama de Lockroy *Los carnavales bajo Carlos IX*, y *La dama de Monsoreau* procede de *El enano político*, de la señora de Choiseul-Meuse, y de *Los descontentos*, de Depagny.

¿Cómo tener escrúpulos cuando Julio Janin mismo, el gran pontífice de la crítica, era condenado por los tribunales por haberse apropiado descaradamente el cuento *Gaspar Hauser*, en vista, sin duda, del buen resultado que le había dado el robo de la novelita de Godard *Themidora*, convertida en *Rosita*? Jorge Sand no es más escrupulosa: *Santiago* no es más que la refundición de los *Desórdenes de amor*, de la señora de Villedieu, como su novela sobre Lamennais se inspiraba en el *Espiridion* de Camus, obispo de Belley.

Eugenio Sué, rico vividor empeñado en llegar á ser escritor célebre, dedicando al lanzamiento de su gloria no escasa parte de su fortuna, comenzó por copiar á Cooper y á Marryat, obteniendo su primer éxito en *El vigía de Koat-Ven,* tomado de *El dandy*, de Ancelot, y sugiriéndole sus famosos *Misterios de París* la novela de la señora Monborne *Dos originales*, y *Mentira*, de Miguel Masson, como *Salambó,* de Flaubert, se inspiraba en la *Historia céltica de Omendorix y de Celanira*, de Hofman, y como las *Escenas de la vida de Bohemia,* que tanta reputación dieron á Murger, eran reproducción de la *Plaza Ven-*

tadour, de Paul de Kock, donde se encuentran ya todos los tipos copiados por Murger, tipos tomados antes por Federico Soulié en *Los estudiantes*, de autores olvidados de los primeros años de la Restauración.

Dumas (hijo), con toda su excelsitud, es un asimilador de primer orden: su *Dama de las Camelias* está sacada de *Fernanda*, obra atribuída á su padre, pero producto en realidad de Hipólito Auger, preceptor en Rusia, que vendió su manuscrito por un precio irrisorio, y de *Beatriz*, de Arsenio Houssaye; *Demi-monde* está tomada de *Las Cortesanas*, de Palissot y de las *Cartas del Marqués de Roselle*, de Elías de Beaumont; *El señor Alfonso* está sacado de *Un joven encantador*, de Paul de Kock; el tipo principal del teatro de Dumas, el Olivier de Jalin, el Ryons, el Lebonnard, que figura en todos sus dramas, no es otra cosa que el Spindler de *Las loretas vengadas*, de Enrique de Kock, como la famosa señora Clackson de *La Extranjera* está copiada del *Godolfin*, de la señorita Bury, traducido al francés en 1837.

Victoriano Sardou es también de los que más se dejan «impresionar»: sus *Buenos aldeanos* están tomados de *El mercader del Havre*, de Paul Lacroix; *Las manzanas del vecino*, de *Un estreno en la Magistratura*, de Julio Sandeau; la escena principal de *Casa nueva*, de una pieza de Gozlan, *La duquesa de Montemayor;* la mayor parte de los tipos de *La familia Benoiton*, de la *Renata Mauperin*, de Goncourt; los chistosos personajes de Clotilde la casamentera y de la grotesca solterona Adolfina, de la novela *Los Cincuenta*, de Carlos de Bernard; *Fernanda* es la refundición de un soberbio episodio de *Santiago el fatalista*, de Diderot; *Los solterones* son reminiscencias de *El hombre de mundo*, de Ancelot; *El tío Sam* debe toda su substancia á los *Butterfly*, de Assolant; *La Marquesa* es una adaptación de *El buhonero*, de Chenier; *La suegra* una copia de *Los inválidos del matrimonio*, de Dumanoir; *Nuestros íntimos* está sembrada de plagios de Mery y de Julio Lacroix, y *Divorciémonos* es la amplificación de *Bruto suelta á César*, de

Rosier. La obra de Sardou que tiene más antiguos y conocidos ascendientes es, sin embargo, *Marcela*. Sardou ha tomado el argumento directamente del *Tancredo*, de Voltaire, que á su vez lo ha tomado de *La condesa de Saboya*, de la señora de Fontaine, que lo tomó de *El sitio de Calais*, de la señora de Tencin, que lo extrajo de las tres comedias: *Madonta*, de Auvray, *Madonta*, de La Charnaye y *Polisena*, de Behourt, que lo tomaron de la *Astrea* de Urfé, que lo sacó del sexto cuento de Bandello, que lo tomó del episodio de Ginebra de *Orlando furioso*, de Ariosto.

PSIQUIATRÍA

La labor de Gabriel d'Annunzio ante la psiquiatría.— En el estudio de la literatura moderna—dice Scipión Sighele en una notabilísima conferencia publicada por la *Rivista politica e letteraria* de Roma—se sorprende el hecho de que toda novela y todo drama es un estudio de vicios más bien que de virtudes, un análisis de sentimientos anormales más bien que de sentimientos normales, una obra, en fin, que en lugar de entonar un fácil himno á lo que es bueno y bello, describe lo feo, lo morboso y lo malo. Tómese la novela naturalista de Zola ó la psicológica de Bourget, tómese el simbolismo nórdico ó la pericia psiquiátrica de los volúmenes de Dostoyewski, tómese, por último, la labor entera de d'Annunzio, y decid si esas formas literarias no se refieren á la patología y la fisiología del cuerpo social. ¿Por qué?

No en vano la ciencia experimental ha combatido la creencia en el libre albedrío, al que se imputaban las causas de los fenómenos humanos: delito, prostitución, vagabundería, alcoholismo, formas todas de miseria y degeneración, se estimaban, no hace muchos años, como efectos de la libre voluntad del hombre; hoy la ciencia afirma que no son sino la resultante fatal de condiciones antropológicas y de medio ambiente,

síntomas dolorosos de enfermedades morales imputables al individuo como las físicas, aunque muchísimo más difíciles de curar. De aquí, naturalmente, que al miedo y al odio del mal haya sustituído la compasión del mal, y en esta obra santa de prevención y depuración sólo el artista podía ayudar eficazmente al sabio. Las llagas no se curan si no se descubren; y para revelar al mundo de los honestos y de los felices el mundo ignoto de los delincuentes y desventurados, se necesitaba, no tanto el libro árido y poco leído del hombre de ciencia, como el libro apasionado del artista que con el lenocinio de la forma supiese hacer correr por el alma de sus numerosos lectores un estremecimiento de piedad.

La novela naturalista es una aliada de la ciencia moderna. Cálido soplo de altruismo atraviesa la conciencia contemporánea: lo que hoy ocupa todos los espíritus es ese ejército de miserables que hasta ahora han sufrido callando y cuyo silencio hemos recompensado con desdeñosa despreocupación, y ese otro ejército de delincuentes que despreciamos sin estudiarlo y para el que creemos remedio suficiente las ilusorias penas de la cárcel. Hoy sentimos que ya es hora de abandonar aquella despreocupación y este desprecio, y tratamos de oponer á la creciente miseria y criminalidad diques más fuertes que los hasta el presente construídos. El arte no podía permanecer extraño á esta preocupación general, y de aquí que los artistas se hayan convertido en clínicos.

Claro es que no es esta ninguna novedad, y que el genio de Shakespeare, por ejemplo, ha dado en *Otelo,* en *Macbeth* y en *Hamlet* los tres tipos insuperables del delincuente por pasión, del delincuente nato y del loco. Nada hay nuevo bajo el sol en la substancia, pero sí en la forma y en el método, y la novedad del arte moderno consiste en que los artistas de antes obraban por intuición, inconscientemente, y los de hoy realizan sus obras con plena conciencia de lo que hacen. Por eso puede hoy estudiarse si los tipos ideales de delincuentes y degenerados, creados por la fantasía de un artista, son tipos rea-

les y exactos ante la ciencia, y si la ciencia puede sancionar esas obras del arte (1), inspiradas en sus propios análisis y conclusiones.

Releyendo las obras en prosa de d'Annunzio, ha sacado Sighele de su lectura esta impresión sintética: artísticamente, le ha parecido salir de un magnífico concierto de música clásica; intelectualmente, ha creído haber terminado alguna obscura página de Nietzche ó algún lúcido capítulo de un filósofo griego; moralmente, se ha preguntado si realmente todos los progresos de la civilización han sido inútiles, y si, después de haber abatido tantas tiranías, teníamos que sujetarnos á la novísima é inmoralísima del *superhombre*.

Hay, sí, en la tierra caracteres imperiosos y malvados que saben imponerse á los débiles; hay parias degenerados, compuestos de un individuo fuerte (el íncubo) que sugestiona á un débil (el súcubo), aniquilando su voluntad y arrastrándolo al

(1) Esta sanción de la ciencia no se refiere sino al aspecto puramente científico de las narraciones y descripciones, no al aspecto moral, cosa enteramente aparte. En la misma Revista ha tratado Pelissier este aspecto en el artículo *La mujer casada y el adulterio en la novela contemporánea*, mostrando que toda la vida de la mujer en estas novelas se reduce al adulterio y al *flirt*, que no es, en suma, sino el camino del adulterio. Los motivos principales que impulsan á la mujer son el amor, la sensualidad, la necesidad de dinero y la distracción, siendo generalmente la mujer la que seduce al hombre. En el fondo de todas estas novelas palpita un gran desprecio á la mujer, y los más grandes despreciadores son, sin que de ello se den quizá cuenta, Dumas, Prevost y Bourget. Los novelistas, con sus pinturas y sus relatos, trabajan, consciente ó inconscientemente, por la corrupción de la mujer, siendo perniciosísima la influencia de sus obras, porque la continua pintura del vicio acaba por habituar al lector con él. ¿Qué señora puede aspirar sin peligro la atmósfera de una literatura en la que apenas aparece una mujer honrada, ó en la que todas cuantas aparecen se pasan la vida en cambiar de amantes y en desenvolver intrigas amorosas para satisfacer su lujuria ó su vanidad? Pronto ó tarde se acostumbra á lo que consideraba como una vergonzosa depravación, y acaba por parecerle la cosa más natural el adulterio. ¿Y quién entonces puede retraerla de hacer lo que las demás?

vicio, al delito y á toda especie de abyecciones como un autómata, y d'Annunzio ha reproducido admirablemente en sus obras esos tipos degenerados, entre los que deben figurar, en primer término, los de *Juan Episcopo, Julio Kermil* é Isabel, la demente del *Sueño de una mañana de primavera.*

En *Juan Episcopo* se encuentra el tipo del neurasténico moral, en quien el vicio de beber ha embotado las ya débiles facultades volitivas, y que se convierte de pronto, por un huracán psicológico, en homicida; Juan, después de soportar que Wanzer le robase la mujer; después de haberse convertido en complaciente siervo de los dos amantes; después de consentir que Wanzer golpease á su esposa, encuentra de improviso un átomo de ferocidad: oye un día un grito de su hijo Ciro, y, creyéndolo producido por algún golpe de Wanzer, corre, penetra en la habitación, y al ver, en efecto, al niño en manos de aquel hombre, coge un puñal, y dos, tres, cuatro veces lo hunde hasta el mango en el pecho de Wanzer. La víctima se había vengado del verdugo, y la venganza era psicológicamente naturalísima, como de rara precisión científica el análisis de la vida de aquel neurasténico.

En *El Inocente*, la figura de Julio Kermil es la del delincuente nato, que comete un infanticidio por frío cálculo, y en quien todas las facultades están despiertas, faltando sólo una: el sentido moral. Julio es un egoista, que proclama que el sueño de todo hombre de talento es «ser constantemente infiel á una mujer constantemente fiel», y que se complace en atormentar á su esposa con la insultante publicidad de sus desórdenes, llegando al absurdo de sostener que hace bien en hacer sufrir á su mujer, porque así le da ocasión de llegar á la resignación, al heroismo y á la santidad. Pero llega un día en que Julio descubre que Juliana ha cedido también á un amor culpable y que tiene un hijo, y esta revelación hiere á Julio, no en su afecto de marido, sino en su egoismo de hombre, y entonces siente rencor, no contra la adúltera, por la que siente indulgencia, sino contra el inocente, fruto de su falta. Un día

oye toser al recién nacido, y aquella tos le da la idea de hacerle morir de pulmonía; la idea se abre paso, y, cogiendo al niño en ocasión oportuna, y con toda clase de precauciones, abre una ventana y lo expone á una corriente de aire helado que acaba con la vida del recién nacido. Quizá Julio Kermil no haya existido nunca; pero es indudable que tiene todos los caracteres psicológicos de un delincuente real.

La loca Isabel del *Sueño de una mañana de primavera* era felicísima cuando mataron á su amante entre sus brazos, dejándola largo tiempo en el lecho con aquel cadáver y con aquella sangre; la locura hizo presa de aquel cerebro, y todo se borró de aquella memoria: sólo la percepción de lo rojo, color de la sangre, le producía una emoción de angustia; pero cuando la loca reconoce en Virginio al hermano de su amante, los recuerdos se despiertan, y el drama entero surge en la mente de Isabel y es narrado por sus labios, siendo esta maravillosa escena del drama casi una fotografía de lo que á veces ocurre en los manicomios. Este poema trágico es un *sueño,* una cosa inverosímil; pero la locura de Isabel está pintada en sus grandes líneas con rigurosa exactitud psiquiátrica.

Después de estos tipos, en vano se buscarán otros que en las obras de d'Annunzio les igualen en verosimilitud científica. Jorge Aurispa, del *Triunfo de la muerte*, no puede clasificarse entre los tipos de los verdaderos degenerados, como no sea entre los locos abortivos; menos exacto aún es Claudio Cantelmo, el protagonista de *Vírgenes de las rocas*, hombre poseído por el sueño ambicioso de estar destinado á perpetuar su raza aristocrática dando vida á un hijo perfecto, y que no sabe elegir entre tres doncellas la que ha de realizar su aspiración. En la *Ciudad muerta*, el hermano que, para conservar pura á su hermana, huyendo del incesto, la mata, es una figura que está fuera del campo de la psicología, y en las demás obras no se encuentran tipos de delincuentes ni de locos.

El concepto que informa toda la labor literaria de d'Annunzio á la luz de la moral, es el concepto del superhombre, teoría

soberbia y aristocrática que debe rechazarse, porque si la superioridad del talento da en cierto sentido mayores derechos, también impone moralmente mayores deberes.

COSTUMBRES

El mundo de los archimillonarios.—¿Cómo se llegan á adquirir esas fortunas colosales de los reyes del billón americanos? He ahí un estudio curioso que nos ha hecho Norvins en la *Revue des Revues* y que, por la magnitud de las cifras que entran en juego, y por lo extraordinario de los medios y de los recursos de que se dispone para llegar á la creación de esas fortunas fabulosas, apenas se acierta á creer en esta vieja y rutinaria Europa. Y sin embargo, nada más sencillo, pues todo queda explicado con una sola palabra, verdadera solución del enigma: el *Trust*.

¿Qué es el *Trust*? *Trust* es un antiguo vocablo que antes quería decir *confianza*, *fidelidad*, *esperanza*, y que hoy es sinónimo de *sindicato acaparador*, de *monopolio*. El *Trust* actual, como fenómeno económico, es el acaparamiento de uno ó varios productos en sí mismos y en los medios de producción, circulación y consumo. Organizado un *Trust* con todas las reglas del arte, no hay nada que pueda oponerse á su avasalladora influencia, y lo mismo las fábricas en que se elabora el producto acaparado, que los almacenes en que se aglomera, que las tiendas en que se vende al por menor, que los medios de transporte en que circula, todo cae en manos del *Trust*, y á todo pone el *Trust* la ley sin compasión por el fabricante arruinado, ni por los obreros despedidos, ni por el consumidor explotado, sin freno alguno en los tribunales ni respeto ninguno á las leyes, porque el *Trust* se desarrolla en condiciones privilegiadas, y todo cede ante su omnipotente voluntad, de grado ó por fuerza.

Sólo así se comprende esa rápida acumulación de millones,

por lo inmenso de la explotación, y esas fortunas, increibles, del rey del petróleo, del rey de los ferrocarriles, del rey del azúcar, del rey del acero, del rey del algodón y de tantos y tantos otros archimillonarios de los Estados Unidos.

Juan D. Rockefeller es el rey del petróleo, el hombre más rico de los Estados Unidos. En 1855 sólo tenía 5.000 duros, en 1870, 50.000, y hasta 1875 no llegó al primer millón de duros; desde entonces su fortuna creció como la espuma, llegando en 1885 á 50 millones de duros; en 1890, á cien millones, y en el año actual á 256 millones de duros, sin contar sus inmuebles y sus partes de interés en varios Bancos, lo que hace subir su capital á unos 1.500 millones de francos. Cada mañana, por el sólo hecho de existir, se levanta Rockefeller con 220.000 francos más que los que tenía la víspera, y por sólo su cualidad de jefe del *Trust* del petróleo, posee 200 vapores y 70.000 vagones de mercancías, pasando de 50.000 el ejército de operarios y empleados de todas clases, en las minas, en los almacenes, en los vapores y en los trenes, que obedecen sus órdenes y están pendientes de su capricho.

Para llegar á este resultado, Rockefeller no ha retrocedido ante ningún medio; organizado el *Trust* del petróleo, la Compañía ofreció el aceite mineral á 10 ó 12 por 100 más barato que los otros fabricantes, y obligaba así á los vendedores á entenderse con ella; si en alguna ciudad se resistían, el *Trust* abría tiendas por su cuenta, y el público, atraído por la rebaja, abandonaba á sus antiguos proveedores, forzándolos á capitular; entonces el *Trust* proponía á los fabricantes y refinadores la venta de sus fábricas, y todos tenían que ceder para evitar su completa ruina; un gran ingeniero, entre otros muchos Jorge Rice, que poseía una refinería con venta de más de 100.000 barriles por año, se resistió y fue vencido y arruinado, teniendo que cerrar su fábrica y acabando de gastar en pleitos su mermado capital. ¿Cómo luchar con el *Trust*, si disponiendo éste de los ferrocarriles, tenía un precio para el transporte de los petróleos del *Trust* y otro para los demás,

que les daba una ventaja de 500 francos por vagón? En 1885, el ferrocarril de Macksburg á Marietta, hacía pagar 1,75 francos á Rice por cada barril de petróleo, mientras el *Trust* no pagaba más que 0,50, y como si eso no fuera bastante, la compañía del ferrocarril entregaba al *Trust* 1,25 francos de los 1,75 que percibía. Este escándalo y otros mil, originaron multitud de procesos; pero Rockefeller seguía siempre adelante sin pararse en esas pequeñas mordeduras del papel sellado.

Rockefeller se siente ya fatigado, y desea descansar; pero ¿dónde encontrar un hombre que le sustituya? Si lo encuentra, acaba de anunciar que le dará de sueldo anual CINCO MILLONES de francos, ofreciendo 500.000 francos al que le proporcione el hombre que necesita. Sus exigencias no son muchas; se conforma con que el hombre en cuestión conozca bien la producción del petróleo y de su refinación, el negocio de los ferrocarriles, el hierro industrial y las minas de hierro, el valor de la propiedad inmueble, la navegación de vapor, la dirección y explotación de una Compañia de transportes marítimos, los misterios de la Bolsa y los negocios de banca, debiendo ser de probidad ejemplar y al mismo tiempo hombre sin escrúpulos, que no se impresione porque unos miles de familias queden en un momento dado en la miseria; en fin, otro él, un segundo Rockefeller, cosa que hay que confesar que no se encuentra fácilmente, aun con el anzuelo de los cinco millones de francos de sueldo.

Otro rey del mismo linaje que Rockefeller, es el rey del azúcar, Enrique Havemeyer, fundador, con su hermano Teodoro, en 1888, del *Sugar Trust*. Al principio acapararon sólo los azúcares, haciendo bajar ó subir los precios á su capricho, y realizando así sus primeros millones; después pensaron en acaparar las fábricas, y en 1890 comenzaron su campaña contra la refinería de azúcar más importante de América, la *North River*, que se negó á cerrar sus puertas; los Havemeyer se pusieron á vender azúcar un 20 por 100 más barato, y la *North*

River tuvo que entregarse, subiendo entonces los precios á la antigua tarifa más un 25 por 100. Así continuó sus operaciones el *Trust*, y hoy posee Havemeyer más de mil doscientos millones de francos, componiéndose su reino de 22 refinerías de azúcar con 20.000 obreros, más otras tantas tonelerías, nueve fábricas de negro animal y varias canteras de carbones con un ejército de 30.000 operarios á su disposición. En estas fábricas se emplean al día 2.800 toneladas de carbón y 17.000 metros cúbicos de agua, consumiendo al año, sólo el empaquetado del azúcar, 220 millones de duelas, 16 millones de pares de fondos, 100 millones de aros y 20.000 barriles de clavos, siendo la producción diaria del azúcar 45.000 barriles.

No es menos maravillosa la fortuna de los reyes de los ferrocarriles, Jay Gould y Cornelio Vanderbilt. Estos dos hombres operaban, sin embargo, en campos muy distintos, y conociéndose, respetándose y temiéndose, procuraban no encontrarse en su camino. Gould operaba exclusivamente sobre los títulos, acciones y obligaciones de ferrocarriles, comprándolos y vendiéndolos, y enriqueciéndose siempre á costa de la ruina de los demás con la baja y el alza, cuyo secreto poseía. Vanderbilt operaba sobre los ferrocarriles mismos, empleando los procedimientos corrientes de los *Trust* y acaparando el mayor número de líneas. Cuando Jay Gould se hizo propietario del ferrocarril *New-York Erié*, que hacía la competencia al *New York Central*, propiedad de Vanderbilt, los especuladores esperaron el choque, que prometía ser tremendo, entre tan poderosos rivales. Nada, sin embargo, sucedió durante años enteros, hasta que un día, en el club, estalló una discusión entre ambos con motivo de una linda bailarina recién llegada de Italia; la discusión se agrió, y los rivales se declararon la guerra.

Fue una lucha homérica. Las dos líneas competidoras tenían por tráfico principal el transporte de ganado por vagones completos entre el Canadá y Nueva York, rigiendo en ambas la misma tarifa de 125 francos por vagón; Vanderbilt rompió el fuego, bajando el precio á 100 francos, y Jay Gould le con-

testó bajándolo á 75; Vanderbilt replicó con la tarifa de 50 y así fueron bajando los precios, hasta quedar triunfante Vanderbilt con la tarifa de 5 francos por vagón. Este triunfo, sin embargo, era un triunfo á lo Pirro: cuantos más vagones contrataba, más perdía; la línea de Jay Gould no transportaba nada, y Gould, sin embargo, no se rendía ni pedía acomodos. No explicándose aquel mutismo, Vanderbilt procuró enterarse, y se encontró con que Gould, en lugar de arruinarse transportando ganado á 5 francos el vagón, lo que hacía era acaparar todo el ganado disponible, haciéndolo viajar por los trenes de su rival, y vendiéndolo después á los carniceros de Nueva York con enorme ganancia.

El rey del algodón, Roberto Knight, es uno de los más aborrecidos por los obreros, á quienes estruja y explota. A los ocho años ganaba en una filatura 6,25 francos por semana, trabajando catorce horas diarias; inteligente y laborioso, el director se interesó por él, y llegó á ganar 80 duros al mes, no tardando el propietario en cederle á crédito, por 700.000 francos la mitad de la fábrica, quedándose con toda ella, mediante insignificante indemnización, á los veintiséis años. Knight comenzó en el acto á desenvolver sus grandes aptitudes de acaparador, y á los dos años dió en tierra con la Sociedad «Sprague», la más poderosa razón social de la industria algodonera en América, arruinando con ella más de 3.000 familias. Desde entonces Knight desarrolló sus negocios de un modo colosal, estableciendo en el valle de Pawtuxet su reino, compuesto de quince aldeas con veintiuna fábricas, y 7.300 familias que tienen que obedecerle como señor absoluto, no pudiendo comprar alimentos ni vestidos que él no les dé, ni leer más libros ni periódicos que los que él autorice, ni tener más opiniones políticas ó religiosas que las que él imponga, ajustando su vida á la reglamentación más tiránica.

El rey del acero, en cambio, es relativamente un hombre de conciencia, y hasta humanitario; Andrés Carnegie no es americano, pues nació en Dunfernline, en Escocia, hace se-

senta y dos años, habiéndose trasladado con su pobre familia á América á los doce de edad. Carnegie empezó entonces ganando 6 francos semanales en una filatura de Alleghany, marchando tres años después á Pittsburg, donde se hizo repartidor de telegramas, no tardando en hacerse telegrafista con 125 francos mensuales. En este empleo empezó á realizar sus primeras economías, y cuando tuvo 5.000 francos se asoció á Woodruff, inventor de los *Sleeping-car*, no tardando en hacerse millonario y organizando á los cuarenta y cinco años su primer *Trust*. Hoy posee 300 millones de francos, y sólo en el distrito de Connelsville tiene 20.000 hectáreas de carbón, empleando en sus acerías 15.000 obreros y otros 10.000 en sus minas.

José Leiter, el rey del trigo, es hijo de un archimillonario de la 5.ª Avenida de Nueva York, y apenas tenía veinte años cuando inauguró su formidable *Trust* el 2 de Abril de 1897, haciendo subir el trigo desde 3,77 hasta 9,87 francos el bushel, y realizando en unos meses 25 millones de ganancia. En Noviembre último ha organizado otro nuevo *Trust* para el monopolio de la leche, y ya ha obligado á rendirse á todos los grandes especuladores de este producto. Su madre goza en los Estados Unidos de gran notoriedad por sus simplezas, que la han valido el nombre de la «señora Despropósitos».

En uno de sus últimos viajes á Europa encargó el retrato de su hija, casada después con el virrey de la India Curzon, al gran Meissonnier, y cuando el ilustre pintor lo terminó, le dijo:

—¿No podía usted indicarme el nombre de un buen escultor? María tiene un brazo delicioso, y yo quisiera tener un busto de él.

Meissonnier indicó un nombre, y la señora Leiter enseña á todas sus visitas con orgullo «el busto del brazo» de su hija.

De regreso de un viaje á Oriente, una amiga á la que refería tan grata expedición, la dijo:

—¿Ha visto usted los Dardanelos?

—¿Los Dardanelos?.... ¿Que si hemos visto los Dardanelos?—respondió la señora Leiter casi indignada.—Son gentes encantadoras. ¡Hemos comido dos veces con ellos!

ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN

Las reformas del bachillerato.—Tan grande es el malestar que en Francia se siente por la actual organización de los estudios de segunda enseñanza, que han venido á entregar la educación de la juventud francesa á las Corporaciones religiosas, suscitando el movimiento de reacción que tan alarmado tiene al país, que en libros y periódicos, *meetings* y conferencias, se discute con calor la necesidad de reformar lo existente para levantar los estudios de la lastimosa postración en que yacen.

El Congreso de la Liga de la Enseñanza en Rennes, el profesor Aulard en su conferencia de la Sorbona, Gebhardt en su libro *El bachillerato y los estudios clásicos,* el abate Constantín en su conferencia del Hotel Continental sobre «El bachillerato y sus reformas», multitud de Revistas en sus artículos y la *Revue Bleue* especialmente abriendo una información en sus columnas sobre la conveniencia de derogar la ley Falloux, todos estudian el problema y proponen soluciones desde sus especiales puntos de vista, revelando las contradicciones resultantes de la polémica, lo difícil que es acertar en la solución de problema tan complicado y que tan hondas raíces tiene en los factores más importantes de la vida social.

En lo que puede decirse que se hallan conformes casi todos los que discuten es en la absoluta necesidad de reforzar los actuales exámenes para la obtención del grado, que son pura farsa, con exámenes de asignaturas, que servirían para garantizar el saber del alumno y para advertir con tiempo á los padres previsores de la conveniencia de lanzar ó no á sus hijos por el camino del bachillerato; personas de ideas tan opuestas

como el abate Constantín y Juan Barés, el director de *El Reformista*, se hallan en este punto completamente de acuerdo: «Cada uno de los tres últimos años de estudios—dice el abate—debería terminar con un examen que diera derecho á un certificado de aptitud, que permitiera pasar á la clase superior; los padres sabrían así al fin de cada año—añade Barés—si sus hijos sacaban partido del dinero que con ellos gastaban.»

Lo sensible es que la pasión política envenene estas discusiones, que requieren altura de miras y serenidad de juicio para pesar con imparcialidad el pro y el contra de cada opinión. ¿Cómo evitarlo, sin embargo, cuando—como dijo Leibnitz—«el dueño de la educación es el dueño del mundo», y todos quieren apoderarse de ese instrumento de poder que se llama la enseñanza, filtrando en ella su espíritu y sus aspiraciones para asegurarse el goce del poder y el triunfo de sus doctrinas?

El estado de la cuestión, perfectamente resumido en cuanto á los hechos en la Conferencia dada por Aulard en la Sorbona y en el artículo con que Parsons abre la información sobre la derogación de la ley Falloux en la *Revue Bleue*, es el siguiente:

El decreto imperial de 17 de Marzo de 1808, atribuyó al Estado el monopolio de la enseñanza ejercido por la Universidad, sin cuya autorización no podía fundarse ningún establecimiento docente, ni nadie podía dedicarse á la enseñanza. Según los términos de este decreto, nadie podía graduarse de bachiller sin acreditar, por medio de un certificado de estudios, que había aprobado «la retórica y la filosofía en un Instituto ó en una Escuela autorizada para esta doble enseñanza.»

Organizado el monopolio, la Iglesia intentó aprovecharlo para sí, y Luis XVIII entregó al clero la Universidad, elevando á la jefatura al Obispo de Hermópolis Fraissinous. La reacción contra la Iglesia fue tan violenta, que el partido clerical comprendió que necesitaba tomar otro camino para conquistar la supremacía, y se vistió de liberal proclamando la liber-

tad de enseñanza. Lamennais, Chateaubriand, Constant, Berryer y Barrot adoptaron aquel procedimiento, y la *Sociedad de la moral cristiana*, dirigida por el duque de Broglie y Guizot, fue el campeón de los nuevos principios, emprendiéndose una verdadera cruzada en favor de la libertad de enseñanza.

En 1833 obtuvieron la primera victoria emancipando Guizot del monopolio universitario la enseñanza primaria; en 1837 Salvandy volvió por los fueros del Estado; en 1840, Cousin somete los pequeños seminarios á la tasa universitaria, y poco después Villemain rechaza la libertad de enseñanza, exigiendo de todo profesor la declaración de no pertenecer á ninguna congregación religiosa. El episcopado protesta, el anunciado proyecto de Villemain se retira, y la polémica se agría. Los sucesos políticos se precipitan, y tras la formación del Comité de acción católico vienen las declaraciones de Thiers, el proceso de Veuillot, la discusión de Villemain, la expulsión de los jesuítas, la reacción de 1846, la suspensión de Edgard Quinet, la disolución del Consejo universitario y la revolución socialista de 1848.

La turbación de los espíritus producida por aquella revolución fue aprovechada hábilmente por el partido clerical, y la famosa ley Falloux de 27 de Marzo de 1850 estableció la libertad de enseñanza, pero de modo que sólo pudieran aprovecharse de ella el clero y las congregaciones religiosas, mediante la intervención de los obispos en el Consejo de Instrucción pública, en los Consejos nniversitarios y en la Inspección académica. Bartolomé Saint-Hilaire y Víctor Hugo lucharon en vano contra el Gobierno.

«Vuestra ley—decía Víctor Hugo—es una careta: dice una cosa y hace otra; es un pensamiento de servidumbre que se encubre con la máscara de la libertad; es una confiscación con nombre de donación. No, no quiero esa ley, porque esa ley es un arma. Un arma no es nada por sí, sino por la mano que la tiene. ¿Cuál es la mano que ha de apoderarse de esa ley? Esa es toda la cuestión; y esa mano es la mano del partido clerical,

el partido que prohibe á la ciencia y al genio ir más allá del misal, y que quiere encerrar el pensamiento en el dogma. Todos los pasos que ha dado la inteligencia en Europa, los ha dado sin él y á pesar de él.»

Por hermosos que fueran los párrafos de Víctor Hugo, no impresionaban al público, que acababa de pasar el tremendo susto socialista de 1848, como los argumentos aducidos por el gran orador católico Montalembert: «Bajo la Restauración—decía éste—el monopolio universitario ha hecho lo que entonces se llamaban liberales y revolucionarios; bajo el régimen de Julio ha hecho republicanos, y bajo la República ha hecho socialistas. La educación, tal como se da en Francia, desarrolla necesidades ficticias que es imposible satisfacer; forma multitud innumerable de ambiciones, vanidades y codicias, cuya posesión aplasta á la sociedad; divide á la mayor parte de los que educa en dos grandes categorías: los medianos y los descontentos.»

Los hechos han venido á dar la razón á los temores de Víctor Hugo, y hoy los republicanos franceses se sienten alarmados por los progresos que, á la sombra de la libertad de enseñanza, ha hecho el clericalismo, y el Gobierno mismo se inclina á abolir, ó por lo menos á restringir el alcance de la ley Falloux, ya no poco desvirtuada con las reformas de Pablo Bert y de Julio Ferry. De aquí que en el Congreso de la Liga de la enseñanza de Rennes se haya votado la derogación de la ley Falloux, para que todos los cargos públicos fuesen obtenidos por alumnos procedentes de los Institutos del Estado; que la Unión republicana del Senado haya nombrado una comisión para estudiar los medios de combatir los progresos del clericalismo en la enseñanza; que el Consejo general ó Diputación provincial del Sena, por 70 votos contra 17, haya también votado la derogación de la ley Falloux, exigiendo á los alumnos para ser admitidos en los grandes establecimientos del Estado, que hubiesen estudiado cuatro años por lo menos en los Institutos, y que la Comisión de enseñanza del Congreso de los Di-

putados proceda á una amplia información para averiguar los motivos presuntos de las variaciones del número de alumnos existentes en la enseñanza oficial y en la congregacionista.

La información pública, abierta á su vez por la *Revue Bleue*, va demostrando por fortuna que si la opinión se siente inquieta y alarmada, y se inclina á tomar determinaciones radicales, los hombres de ciencia sensatos, sin dejarse arrastrar por la pasión política, opinan en general, que en un país liberal y republicano como Francia, no debe atentarse contra ninguna libertad, y menos contra la libertad de enseñanza, que es una forma de la libertad de pensar, pues semejante atentado no tardaría en convertirse en arma peligrosa contra los mismos que lo cometieran, privándoles de la más formidable defensa de que pueden disponer para obrar sobre los espíritus y las conciencias. Es como si en España, país eminentemente tradicionalista, en el sentido propio de la palabra, se quisiera, para evitar la acción liberalizadora de cierta parte del profesorado oficial, decretar la plena libertad de enseñanza otorgando á los establecimientos libres la facultad de examinar ó de expedir certificaciones de suficiencia; por el momento, dadas las corrientes actuales, quizá diera esta reforma el resultado de entregar á las corporaciones religiosas la enseñanza de la juventud; pero la reacción no tardaría en producirse, y el arma de la libertad de enseñanza se volvería seguramente contra esas corporaciones. Ni Francia, dadas las condiciones en que su vida intelectual, social y política se desenvuelve, puede, sin grave peligro para el porvenir de sus instituciones, abandonar la libertad de enseñanza de que goza, ni España tampoco, dentro de su especial modo de ser, puede, sin gravísimo riesgo, lanzarse al ensayo de una importación de la ley Falloux más ó menos disfrazada. Lo que ambas naciones necesitan no son reformas hondas en la enseñanza, sino sincera voluntad de cumplir á conciencia las leyes á que la enseñanza se halla sometida.

IMPRESIONES Y NOTAS

La humanitaria Albión.—Con el título de *Las atrocidades inglesas en el Soudan* publica el inglés Ernesto Bennett un artículo en la *Contemporary*, mostrando hasta dónde llega en su salvaje ferocidad esa raza que tanto blasona de humanitaria.

«Después de la batalla de *Ondurman*—dice el testigo ocular Bennett,—los derviches que tenían las piernas ó los brazos rotos, y que eran absolutamente inofensivos, fueron rematados á bayonetazos ó fusilados sin compasión. Yo vi á un viejo derviche de blanca barba herido en la pierna y extendido en el suelo, á unos metros de su hijo, un muchacho de diez y siete años, con la pierna rota por una bala; ninguno tenía armas, y sin embargo un highlander salió de las filas y fué á hundir su bayoneta en el pecho del viejo; en vano la víctima de tan inútil crueldad pedía misericordia cogiendo la bayoneta del soldado y empapando sus manos en su propia sangre para evitar el segundo golpe; ningún oficial intervino, y el pobre viejo fue rematado á presencia de su hijo, que contemplaba aquella escena con horror. Después de la rendición de Ondurman y de la entrada pacífica del Sirdar, comenzó un saqueo que duró tres días, y un degüello en que niños y mujeres fueron asesinados sin piedad. Sobre el cuerpo de un derviche muerto lloraban dos mujeres; un sargento inglés se acercó y saltó la tapa de los sesos á una de ellas de un tiro de revólver.»

*
* *

Cómo trabaja Ibsen. — El gran dramaturgo escandinavo trabaja solo, en secreto y sin interrupción, según refiere Ortensi en el *Emporium*. Todos los días escribe durante cinco horas consecutivas, desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde. Un drama suele ocuparle cinco meses en escribirlo; los otros siete meses del año los invierte en la gestación de

la idea y en la elaboración del escenario. Este se hace en tres versiones distintas, entre las cuales Ibsen adopta la que más exactamente se acomoda á su pensamiento.

Cuando Ibsen se sienta á la mesa para escribir su obra, es porque ya no tiene que realizar ningún trabajo mental más: tiene la obra entera en su cerebro construída del todo, y distribuída en actos y escenas. El primer manuscrito es el brote de la concepción, el bosquejo del drama, sin atender á las convenciones ni á las reglas escénicas, la expresión libre de todo lo que el autor quiere decir. En segunda lectura, el escenario sufre los primeros arreglos; es el período de apropiación y adaptación del asunto á la escena, de distribución del diálogo. En tercera lectura la forma se precisa, recibe su giro definitivo, y cada palabra se pesa y examina severamente. Es, en conjunto, una ocupación asídua de seis meses, durante los cuales nada deja Ibsen á lo imprevisto, arreglando matemática y severamente su vida, apartando toda distracción para no comprometer la unidad de la idea, imponiéndose, en fin, un régimen riguroso de vigilia, de descanso, de comidas, de paseo, para poder estar pensando siempre en su obra.

*
* *

Juez con gracia.—El juez inglés Hawkins, según el *Green Bag,* juzgaba un día á un asesino cogido *infraganti*. Para cumplir con la fórmula del ritual, Hawkins preguntó al reo:

—¿Os declarais culpable ó no culpable?

El asesino, adoptando una postura teatral, y levantando al cielo la diestra, exclamó:

—¡Que el Omnipotente me castigue de muerte si no digo la verdad! ¡Soy inocente del crimen!

Hawkins le escuchó muy atento, y se quedó mirándole durante un minuto, como si esperara algo; y luego, lanzando una ojeada al reloj, dijo con la mayor sangre fría:

—Puesto que el Omnipotente no quiere intervenir, voy á tratar de emitir mi sentencia.

En otra ocasión, presidía Hawkins los debates de un largo y fastidioso proceso sin ningún interés, y escuchaba, aparentando la mayor atención, el interminable alegato de un abogado. Al cabo de cierto tiempo, escribió algunas palabras con lápiz en un papel, y se las envió por un hujier al abogado. Este desdobló la misiva y leyó: «Concurso de paciencia. Gran medalla de oro: Sir Enrique Hawkins. Mención honorífica: Job.»

***

Los alimentos y la voz.—No es posible dudar que la alimentación influye directa y poderosamente en el timbre, sonoridad, extensión y demás particularidades de la voz humana.

La voz del alcoholizado y la del fumador son típicas y sintomáticas en su género, según las revistas *Good Health* y *La Naturaleza;* la saliva, por sus efectos lubrificantes, suaviza los tonos, produciendo el vinagre el efecto contrario. Las voces más ásperas entre los hombres son las de los bebedores de sidra, y entre las mujeres las de las comedoras de peras y manzanas. Hay ácidos, sin embargo, que pueden considerarse como favorables, como la naranja y como el mismo jugo del limón, que, diluído en agua y no fermentado, es excelente.

Para tener buena voz hay que evitar cuidadosamente la pimienta, así como las salsas con demasiadas especias y las bebidas excitantes. La glucosa produce á menudo la inflamación del paladar y la flacidez de las cuerdas vocales. Los platos azucarados, las cremas, los entremeses y los jarabes deben prohibirse á las personas que necesiten hacer uso de la voz en el teatro, en la tribuna ó en el púlpito.

***

Los animales domésticos en el Japón.—Montecourt, en *El Reformista* de París, revela pormenores poco conocidos acerca del Japón, país casi desprovisto de animales domésticos.

Los japoneses no comen carne ni beben leche; así es que la vaca apenas tiene aplicación en el Japón. Los japoneses no montan á caballo, pues sus carruajes de dos ruedas y sus palanquines son llevados ó tirados por criados ó servidores especiales, de modo que allí tampoco se necesitan para este uso ni caballos, ni mulas, ni asnos. Hay muchos perros en el país, pero en estado salvaje, pues el japonés no domestica al perro ni para la caza ni para la defensa ó guarda de la casa, siendo muy raro encontrar allí perros domesticados. En cuanto á carneros, cabras y cerdos, tampoco los crían los japoneses; la lana que pudieran darles los corderos es sustituída por la seda, que se vende muy barata, y de la que todos los japoneses hacen sus trajes. Ni siquiera gallinas, patos ó palomas suelen criar los habitantes del Japón, pues los que lo hacen es para atender los pedidos de la gente forastera, sobre todo de los europeos. Algunos propietarios de los alrededores de Yedo crían bueyes, pero no para fines de economía rural, sino para las ceremonias religiosas.

*
* *

Solución inesperada.—Se cuenta que el famoso crítico Carlos Nodier asistió cierta noche al estreno de una obra titulada *Buey á la moda*. Nodier la escuchó atentamente, y cuando cayó el telón, sin que en la escena ni en el diálogo hubiera aparecido buey alguno ni cosa semejante, Nodier, muy *intrigado*, preguntó á una acomodadora la solución de aquel enigma.

—¿Tendría usted la bondad—la dijo—de explicarme por qué esa pieza tan detestable que acabamos de oir se llama *Buey á la moda*?

—¡Caballero—respondió la acomodadora con altivez,—se llama así, porque ese es su título!

Y el que quiera saber más, pudo haber añadido, que vaya á Salamanca.

Fernando Araujo.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: Los vaticinios de Cecil Rhodes y el *Washington Post*.—Las revoluciones de la América latina.— La política de Roca en el sentido de la política interior y exterior de los Estados hispanoamericanos.— BOLIVIA: Término y triunfo de la revolución.—El terror del indio.— Las operaciones de Alonso.—El último combate.—ECUADOR: Término y derrota de la revolución contra Alfaro.—URUGUAY: Consecuencias de las agitaciones políticas.—ARGENTINA: Apertura de sus Cámaras.— El Concilio plenario del Episcopado hispanoamericano en Roma.— La jerarquía de la Iglesia.—La Marina española en América.—Moción del *Financial News* hacia una alianza hispanobritánica comercial en el Nuevo Mundo.—Noticias literarias y artísticas.

Aún se están discutiendo en la prensa americana las famosas profecías del no menos famoso Cecil Rhodes, que hace algunos meses publicó el *Herald* de la edición de París, concernientes á la política de expansión ó imperialista con que los Estados Unidos han querido entrar en la corriente de las grandes potencias coloniales, usurpando á España sus posesiones, y poniendo los ojos de su ambición en todos los puntos geográficos del planeta. Cecil Rhodes, apoyado en la doctrina hasta aquí tan cacareada de los Estados Unidos, «la América para los americanos», trató de circunscribir la aspiración de estos al dominio entero del continente que descubrió Colón, á costa de los Estados latinos independientes del Norte, del Centro y del Sur, y haciendo única excepción del Canadá. «No existen en el mar, decía, más islas adquiribles: todas han sido

tomadas ya. El territorio de las razas salvajes está prácticamente ocupado por las civilizadas. La obra ulterior de los Estados Unidos será el Gobierno del Sur de América. Los americanos probablemente empezarán por Méjico; adquirirán los Estados centrales y acabarán por apoderarse del continente meridional. Estos Estados tienen gobiernos incompetentes, en realidad gobiernos bárbaros, y será deber de los americanos del Norte darles el gobierno del hombre blanco *(white's man government)*. Méjico está bien gobernado; pero una nación no puede depender de un hombre y á la muerte del general Porfirio Díaz será dirigida como lo fue antes. El Sur es la dirección lógica de los Estados Unidos. Antes de un siglo éstos poseerán todos los estados iberoamericanos por derecho de conquista».

Después de observar la impresión que tales pronósticos han debido producir en aquellos Estados de nuestra raza, donde con atención se vigila la dirección absorbente de toda la raza anglosajona confederada en los dos mundos, y constituída en una amenaza permanente para los pacíficos dominios de los demás, en Washington mismo se ha querido neutralizar los efectos de tales vaticinios y el *Washington Post*, afectando una actitud protectora hacia los Estados del Sur, con justicia alarmados, y de aparente desvío hacia la aliada de la sangre y de las piraterías del mar, ha contestado recientemente, volviendo sobre un tema que hubiera convenido olvidar: «Si realmente tuviéramos un apetito insaciable y estuviéramos ansiosos de expansión de propiedad territorial, Cecil Rhodes sería el perito de quien menos tomaríamos el consejo. Su pronóstico de nuestro futuro debe ser rechazado como un absurdo vano y vicioso, y tan palpablemente está destituído de fundamento, que apenas debiera ser tratado con seriedad. En la América del Sur no existe ni una sola República que tema nuestra agresión, y la experiencia les ha enseñado á conocer que no tienen amigo más sincero que los Estados Unidos, que en vez de robarles su territorio, no han hecho más que arran-

carlas de la tutela de Europa. Si hubiéramos querido apoderarnos de Méjico, la tarea habría sido fácil al concluir nuestra gran guerra. Hubiéramos podido mandar un ejército veterano á través de la frontera, que no sólo hubiese podido barrer á Méjico, sino llegar en triunfo hasta el itsmo de Panamá. En vez de esto, obligamos al emperador Napoleón III á evacuar el territorio de esta República y dejamos al país libre de disponer de su falso imperio y entrar en una carrera de paz y prosperidad sin semejante en la historia de los países latinoamericanos. No sabemos si el destino ulterior de nuestro continente será su anexión en masa á los Estados Unidos, pero bien puede asegurarse que antes que Méjico, á pesar de su debilidad, y antes que Centro América, á pesar de sus desórdenes, y antes que los Estados del Sur con sus eternas revoluciones, el Canadá entrará á formar parte de la Unión Americana. Hay mil razones en favor de la unión política del Canadá y los Estados Unidos, por cada una de las que podría invocarse en favor de la anexión de cualquier República del Centro ó de Sud de América. Y aunque el pueblo americano no desea apresurar el cumplimiento *del destino manifiesto* que lo impulsa á esa unión, aun cuando nada pide sino buena vecindad y amables relaciones con los canadienses, existen no pocos americanos que creen que no está muy lejos el tiempo en que el Canadá y los Estados Unidos se unirán en paz y amistad, con el consentimiento *gracioso* de John Bull para este enlace».

Si de estas manifestaciones conviene tomar nota, no hay, sin embargo, que fiar mucho en ellas, pues como el Príncipe de Bismarck decía, una es la política de los periódicos y otra la de los gabinetes. Cuestiones que mucho se discuten, son cuestiones que están sobre el tapete, y las cuestiones que están sobre el tapete son problemas á resolver. La seguridad de su propia independencia no puede descansar en la América de raza latina, sino de la solidaridad común de toda ella, mediante un pacto solemne de unión y de defensa, y de la proscrip-

ción absoluta del espíritu aventurero y revolucionario que informa la política interior de casi todos sus Estados. Realmente esta perpetua anarquía da derecho al sentido de una crítica severa que puede convertirse fácilmente en una severa intervención, y es indiscutible el adagio político que dice: «Estado intervenido, Estado perdido.» Sean cualesquiera que sean las causas á que se impute la responsabilidad, ora provengan del estado moral de los partidos interiores, ora se deban á sugestión de fuerzas extrañas y á influencia de fuera, ello es que el mal no se contiene, y que apenas hay una sola sociedad, entre los pueblos formados de nuestra raza, que no se halle profundamente desmoralizada y carcomida por estos hábitos de indisciplina civil que constituyen en ellas una segunda naturaleza. En el Salvador, el General Regalado, por medio de un acto revolucionario, destruye el estado de federación creado de común consentimiento por tres Repúblicas débiles para fortalecerse en la unión, y expulsa del poder y del territorio al primer magistrado constitucional del país, á quien sucede en la Presidencia usurpada. En Nicaragua, el Presidente Zelaya acaba de derrotar al General Reyes, su adversario político, que se asiló en un buque norteamericano después de la acción de Bluefields. En Costa Rica se descubrió á tiempo una conspiración de cuartel, cuyos cabecillas quedaron muertos sobre el campo de la insurrección. El ejército venezolano acaba de sofocar un movimiento revolucionario encabezado por uno de los gobernadores de los Estados de aquella República. Todos los sinsabores de Colombia en el tristísimo asunto Cerruti, que todavía se mantiene ante el peligro de soportar nuevas afrentas y hasta una probable agresión armada por parte de Italia, provienen de una de estas insurrecciones viles, en que, á costa del honor de sus patrias respectivas, hacen su carrera política algunos detestables ambiciosos. En el Ecuador acaba de dominarse, al pie del Chimborazo, una revolución que probablemente renacerá en breve. La República Oriental ha mantenido un largo período de agitación perenne,

cuyos desahogos febriles algún tanto acallados, no es seguro que el mejor día no vuelvan á reproducirse. En Bolivia acaba de triunfar del poder legal una insurrección inhumana, apoyada en el número y en la crueldad de las indiadas salvajes. Al Perú no le basta tener en perpetua asechanza á su General Cáceres, aliado de todos los insurgentes vecinos, sino que, á pesar del elogiado Gobierno de su Presidente Piérola, con motivo de la sucesión del poder supremo por la proximidad del término del período constitucional, surgen nuevos elementos de agitación, que demuestran que los instintos están dormidos, pero que no se extinguen. Toda esta suma de hechos, ¿no se resuelven en definitiva en una gran razón, en que se apoyen las críticas severas que hablan de ineptitud para gobernarse, de intervención para corregirse y de anexión para regenerarse?

Tan temibles son, bajo este estado de cosas, los fatídicos vaticinios de Cecil Rhodes, como las defensas sagaces del *Washington Post*. Sólo puede salvar los derechos de la América de raza ibérica de las contingencias peligrosísimas *del destino manifiesto* que el periódico de la Casa Blanca aplica al porvenir del Canadá, la imposición de la política de Roca, consagrada en los pactos de Punta Arenas, en los brindis de los marinos del *Zenteno* y la *Sarmiento* en Buenos Aires y Valparaiso y en las manifestaciones de los diplomáticos que con Piérola asistieron en el Callao al banquete de los marinos argentinos, manifestaciones que ya se habrán repetido en las aguas de Colombia, si la política de Roca en la América latina no sólo incluye el pacto de solidaridad en toda la raza ibérica que habita aquel vasto continente, sino á la vez la intervención moral en la política interior de sus Estados para que se ponga inmediatamente definitivo término á la era trastornadora y sombría de las revoluciones políticas. La anarquía, en cualquiera parte de la América latina, compromete la seguridad de toda ella.

*
* *

La revolución de Bolivia, cuyos comienzos y cuyas primeras horribles jornadas ya hemos descrito en estas páginas, ha tenido, al fin, término por el triunfo del partido revolucionario y de las indiadas desenfrenadas. Aunque la opinión común, así en Bolivia como en los Estados vecinos, era que el Presidente vencido, Fernández Alonso, tenía buena estrella, contaba con la razón del derecho y sumaba á su lado, con las fuerzas legales, toda la opinión sana é ilustrada del país, el astro de la fortuna llegó á obscurecérsele, correspondiéndole en este eclipse una parte importante de la responsabilidad. No ha tenido la audacia, á la cual sigue la fortuna. No ha perseguido la revolución con los mismos medios con que le hería. El país le dió cuantos recursos tenía, y él se encerró en Oruco en una inacción tan tenaz, que al cabo le han ido enajenando las simpatías con que se le vió investirse de la primera dignidad del ejército y salir á combatir personalmente la revolución. Después de las tristes desventuras de Corocoro, y de las bárbaras hecatombes de Cosmini y Ayo-ayo, parecía lógico que Fernández Alonso á todo trance hubiera tratado de vengar aquellos desastres. No ha sucedido así, y mientras su papel se reducía á pedir, á pedir sin término recursos de todo género, en dinero, en hombres, en armamento, en provisiones que el país no le escaseaba, sin que se diera jamás por definitivamente organizado para la lucha, deja á su rival el coronel Pando levantar y organizar las indiadas, hablar á la opinión en su manifiesto de Sicasica, haciendo á su modo la crítica de los abusos políticos y administrativos de que acusa al Gobierno existente, y obligando á escuchar el programa de ideas regeneradoras que prometía para atraerse el apoyo de aquellos elementos de la opinión que se habían alarmado ante la bandera de la federación. A estos actos añadía Pando otros de temeridad, de insolencia, sin duda, como el reto formulado y dirigido á Alonso para una batalla campal que decidiera la suerte del problema planteado, y luchando con la falta de recursos y con otras contrariedades, se mantenía siempre en la brecha,

mientras sus agentes desplegados por Chile, el Perú y la Argentina, de donde se sabía que Alonso recibía apoyo y auxilios materiales, propagaban el eco de los levantamientos sucesivos de Ayopaya, Tapacarí, Cliza, Totora, Tarata, Punuta, Arani, Mizque, que con otras poblaciones de la provincia de Cochabamba se plegaban á su bandera, desertando de la causa de legalidad.

A los primeros días de Marzo, las fuerzas que había reunido Fernández Alonso se consideraban suficientes para combatir con éxito á los revolucionarios de Pando. El ejército legal se había organizado en tres divisiones: la primera, al mando del general Julián María López, se componía de los batallones Arce, núm. 2; Alonso, núm. 3 y 25 de Mayo, núm. 4; escuadrón de Junin y regimiento de artillería de montaña, teniendo al coronel Lisandro Peñarrieta por jefe de Estado Mayor. La segunda división, al mando del general Pedro P. Vargas, teniendo al coronel Juan B. Ayorca por jefe de Estado Mayor, constaba de los batallones Sucre, núm. 1; Oruro, núm. 5, y Olañeta, núm. 6, el escuadrón de Bolívar y piquete de vanguardia y otro escuadrón de artillería de montaña. El mando de la tercera división lo ejercía el coronel Deterlino Echarzú, teniendo por jefe de Estado Mayor al coronel Waldo S. Galvarro, y compuesto de la columna Betanzos, de los batallones de Cochabamba y de Chichas y de las columnas de Cinti y de Tarija. Todas estas fuerzas estaban bien dotadas de armamento moderno, fusiles Maüser, doce cañones Krupp y ocho ametralladoras Maxim y las municiones correspondientes. Su espíritu era inmejorable, y estaban muy exaltadas las tropas con la proclama de Fernández Alonso, en que les había dicho: «Mi mayor gloria será morir en el campo de batalla, junto á vosotros, en defensa del orden, de la ley, de la unidad boliviana y de los fueros de la civilización.» Las fuerzas revolucionarias, organizadas por Pando, formaban dos divisiones, una al mando del coronel Clodomiro Montes, y la otra al del igual graduación Fermín Prudencio, más las indiadas. Las

fuerzas regladas tenían fusiles Mannlicher y carabinas Winchester. Las regulares de Fernández Alonso eran superiores á las regladas de Pando en número y armamento; pero Pando tenía una superioridad enorme sobre Alonso por las indiadas, y el pánico que infundían á causa de sus excesos. Todos los días la prensa de la Paz y de Sucre y el telégrafo de Antofagasta anunciaban la proximidad de una acción general, y en la guerra de la opinión los periódicos federales acusaban de *cobardía* á los unitarios, y los periódicos unitarios á los federales del desconocimiento absoluto de los derechos de la humanidad. La posición de Alonso era siempre Oruro, donde, desde el 2 de Febrero, había establecido su cuartel general, y Pando se mantenía en Sicasica, para cubrir la ciudad de la Paz, teniendo sus avanzadas en Caracollo.

El coronel Pando tuvo el 4 la idea de proponer por escrito á Alonso un término de transacción. Escribióle una carta, y por la relación que en *Los Debates*, de la Paz, ha publicado el Dr. Juan O. Monasterios, que le sirvió de mensajero, pueden deducirse las cualidades personales del Presidente de la República de Bolivia y Capitán general de su ejército en campaña. La primera vez que Monasterios vió á Alonso, después de anunciar el objeto de su viaje, estaba éste para montar á caballo á fin de salir al encuentro de una fuerza que debía llegar de Cochabamba. Al presentarse Alonso, pareció á Monasterios: «bien plantado, garboso, en traje de paseo, el pantalón color avellana, al justillo, negro el dormán, las presillas con gruesos redientes de Generalísimo y el kepis lleno de bordados. Apareció calzándose los guantes con femenil donaire.» Invitado á volver de tres á cuatro de la tarde, no pudo volver á ver á Alonso hasta las ocho de la noche; vestía entonces «gabán largo, con una gorra como la que usan los salesianos». Le mandó esperar en la sala de sus ayudantes, y á la hora volvió á recibirle en su gabinete de trabajo, vestido de levita. Sostuvo con el mensajero una larga conversación sobre sus deseos de evitar la efusión sangre, de su ningún afecto al poder y de

su propósito de abdicarlo cuando la tranquilidad pública estuviese restablecida, y despidiéndole nuevamente hasta otra hora más tarde, á fin de entregarle la contestación para Pando, cuando, casi á la media noche, fue llamado Monasterios por última vez, le encontró vestido de frac. Estos nimios detalles acerca de un jefe de Estado que se halla al frente de un ejército en campaña, bastan para formar el concepto cumplido de lo que son, por desdicha de aquellos países, algunos de sus jefes de Estado. No es extraño que ya Monasterios viera, al recorrer las calles de Oruro, escrito en muchas paredes con carbón ó con lápiz *¡Viva Pando!*, ni que en el restaurant en que entró para comer y en algún otro establecimiento donde tomó una copa de *guariflé*, oyese conversaciones que demostraban el quebrantamiento que sufría el prestigio en aquel Capitán general que se calzaba los guantes con femenil donaire y que para cada hora del día, estando ante el enemigo, tenía un traje de figurín.

Pando hablaba en su carta de proceder por cuenta propia, con independencia de la Junta de gobierno, y no sólo describía los daños que pesaban sobre el país, sino que hacía resaltar el peligro de que sobreviniera, como resultado inevitable de la lucha, y por impulso propio de los indígenas, la guerra de razas en condiciones tales, que serían indispensables los esfuerzos unidos de las fuerzas de uno y otro para contener y esterilizar la que ya se iniciaba de los indios. Pando proponía la reunión de una Constituyente de libre elección, pues el partido liberal solamente había tomado las armas para combatir por la pureza del sufragio, y que Alonso renunciase en D. Belisario Boeto el mando del ejército unitario y la presidencia de la República. La contestación de Alonso correspondía á su papel: lamentaba los sucesos, y se disponía á contribuir á toda solución pacífica con la mejor voluntad, pero dentro del régimen legal. A la convocación de una Constituyente que proponía Pando, oponía la de un Congreso extraordinario, y de todas maneras, protestaba de que su persona en ningún

caso sería óbice para llegar á una inteligencia pacífica y deseada, mas observando en sus acciones el carácter constitucional de que estaba investido, y evitando todo Gobierno *de hecho,* cuando para las elecciones de 1900 ya se habían establecido garantías, no por medio de la revolución, sino mediante los acuerdos á que se había llegado antes de la insurrección de la Paz entre el mismo coronel Pando, D. Eliodoro Villazón y su persona. Esta carta, estimada como una negativa, fue contestada telegráficamente por Pando, anunciando que se ponía en marcha con su ejército, habiendo aprobado sus actos la Junta de gobierno formada por D. Serapio Reyes Ortiz, D. Macario Pinilla y D. Fernando Guachalla.

Verdaderamente, la correspondencia que queda extractada venía á demostrar que desde aquel momento ni la revolución ni el poder constitucional merecían siquiera el respeto que puede exigir un pueblo dividido en dos opiniones y que busca en el combate el predominio de una de ellas. Por una y por otra parte no había más que una patente confesión de impotencia, en la que la revolución declaraba su profunda postración física y moral, y el mismo poder público la falta de vitalidad moral para imponer el imperio de la ley. La carta del coronel Pando no contiene más nota saliente que la del miedo al indio, que él mismo había ido á despertar en sus guaridas, instigándole á la ferocidad de sus instintos. Por parte de Alonso, y esto tal vez explica la incógnita de sus irresoluciones y de su inmovilidad, ese mismo miedo era tan grande, que en la relación de Monasterios, que hemos citado, cuando le expresó, al recibir la carta de Pando, que salía á recibir la fuerza que venía á Oruro, de Cochabamba, le preguntó con cierta ansiedad:—*¿Sabe usted si existe alguna indiada en el camino?* —A lo que Monasterios contestó:—*Yo no he encontrado á nadie, ni una sola persona desde Caracollo acá.*

*
* *

¡El terror del indio! ¿Quién desconoce ó puede desconocer en la más joven de las Repúblicas hispanoamericanas los antecedentes históricos? Bajo el Gobierno de España, el indio Tomás Catari provocó, á mediados del siglo XVIII, la insurrección de Chayante, contra el cual se mandó marchar, sin éxito, de Buenos Aires, 200 hombres de tropas regladas. Esto sirvió de base á la gran conflagración encabezada por el cacique de Tungusaca, nombrado José Gabriel Tupac Amarú, que capitaneó y ajustició al gobernador Arriaga y sublevó numerosas provincias del alto y bajo Perú, intentando acabar, no ya sólo con los europeos, sino con todos aquellos que no fuesen legítimamente indios, y aun con estos mismos, si no les eran adictos y fieles. A causa de una divergencia entre los jefes de la sublevación, en Ayoayo se alzó, independientemente de Catarí y de Tupac Amarú, otro indio llamado Julián Apasa, que tomó el título de Virrey con el nombre de Tupac-Catarí, con lo cual reunía el de los dos cabezas de los insurrectos, mandando dar muerte á todos los españoles y abolir la religión católica. La ciudad de la Paz fue cercada por enormes masas de indios que formaban verdadera muralla, y durante sesenta días entablaron combate diario, reñido, feroz, incendiando las casas fuera de las trincheras. El hambre y las enfermedades hicieron presa en la ciudad, y la mortandad fue inmensa á comenzar del 31 de Marzo de 1780 hasta Julio de 1782.

¡El terror del indio! Bolivia forma en el corazón de la América meridional una estrella de cinco puntas que penetran en la Argentina, el Paraguay, el Brasil, Perú y Chile: los salvajes orillan esas puntas disminuyendo cada vez más su número y su fuerza. Con todo, aun sin necesidad de insurrecciones armadas, su encono contra los blancos hace frecuentemente víctimas: las últimas de su imprudente arrojo en servicio de la ciencia han sido el francés Crevaux y el español Ibarreta. Las dos razas predominantes en Bolivia son la de los *Aymaraes* al Norte, y al Sur la de los *Quichúas,* que se prolongan é internan en el territorio del Perú, donde antes del descubri-

miento predominaron en el país, habiendo salido los Incas de su seno. Aunque no hay gran diferencia en sus caracteres físicos, por lo que con razón pudo decir el famoso D. Antonio de Ulloa que visto un indio de cualquier región que sea se han visto todos en cuanto al color y contextura, no son iguales ni el lenguaje, ni las costumbres, ni los instintos. La altivez del aymará le hace indomable, mientras el quichúa es más humilde; aquél es más fuerte, y éste más racional y tratable: se confunden sólo en la impasibilidad admirable ante el sufrimiento del hambre ó del clima, y en aquel tinte de profunda melancolía que llevan en su rostro, en su alma, y trasfieren hasta á sus expansiones del baile y del canto. El aymará, menos conforme con la odiosa esclavitud del blanco, es más vicioso y confunde su abyección en el total abandono de su persona, que lo hace asqueroso y sucio: el quichúa es más limpio. Los dos tienen el vicio de la embriaguez, y el alcohol y la coca los hace degenerar hasta embrutecerlos. Cómo el joven republicano del país prosigue, en el trato del indio, la herencia del coloniaje, lo demuestra el modo como lo trata y como lo emplea. El indio boliviano no huye á las selvas; vegeta enmedio de la sociedad, de una sociedad en cuyos derechos y beneficios parece no toma parte. En los periódicos de la Paz es frecuente leer anuncios que dicen: *Se alquila un pongo con combustible.* ¿Qué es un *pongo?* Un *pongo* es un indio aymará que se alquila por un tanto al año. Los dueños de las fincas, de donde ahora Pando ha sacado las indiadas, los alquilan por 80, 100 ó 120 bolivianos, y el precio de este alquiler lo recibe el propietario del *pongo,* aún sumido en la esclavitud. A la menor falta, se les flagela inhumanamente. Si reside en la ciudad, ocupa el espacio de un par de ladrillos en el zaguán, de donde nunca se mueve sino para abrir la puerta al que entra en la casa del amo. Sobre aquel duro suelo come, duerme y vive, con su sombrero que nunca ha sido nuevo, su camisa de tocuyo, pantalón y chaqueta de lana del país, y siempre descalzo.

¿Cómo se venga de su abyección? En una carta escrita re-

cientemente en Cochabamba por el Sr. M. Baptista, que ha sido Presidente de la República de Bolivia, así describe, enmedio de tanta degradación, su suprema altivez: «El aymará, dice, pasa al lado del blanco sin mirarlo ó mirándole de reojo. En las altas cimas, en las inmensas estepas, crúzanse sólo con él el transeunte *cholo* ó *viracoche*. Parece que en tales ocasiones la simpatía es espontánea, y que el instinto social aproxima el hombre al hombre; pero el aymará no saluda jamás. De su garganta no sale una nota del dialecto bárbaro, y apenas oímos su timbre gutural cuando agazapado, en cuclillas, á la puerta de la choza, que es su tugurio, nos responde hoscamente, un *janihua,* lo que es la negación de todo servicio.»

Lo que hay en el fondo tenebroso de esos seres, la revolución del coronel Pando lo ha descubierto. En la misma ciudad de la Paz, antes que las salvajadas de los últimos acontecimientos tuvieran lugar, la clase letrada y cristiana, la que vive dentro de la atmósfera de la civilización, ha tenido siempre hacia los indios *aymaraes* cierto instintivo horror. Ha habido siempre un desasosiego secreto en el alma del propietario, del hacendado paceño. En todo contrato de transmisión de fundos siente el comprador un vago estremecimiento; porque allí, á lo lejos, flotan en posible y sombría perspectiva la casa incendiada, el patrón degollado, la familia sacrificada; porque las granjas de la alti-planicie están rodeadas, sustentadas, servidas por hordas no sin protesta encorvadas á los pies de su señor, besando serviles las manos que los gobiernan duramente, porque saben que hay en la ciudad y en los cantones *viracoches* que manejan *rifle,* y se dan cuenta, aunque confusa, de su impotencia. Con todo, de vez en cuando se oye la relación trágica de desafueros parciales, asesinatos crueles y dueños de fincas que huyen despavoridos de ellas para no volver más. Estos instintos, tan á duras penas contenidos en aquella sumisión degradante, han logrado mostrarse ahora con toda su desnudez, y el Sr. Baptista bosqueja sus excesos al delinear los cuadros terribles de esta salvaje insurrección. En la ma-

tanza de Ayoayo, Melitón Sanginés, segundo jefe del batallón de Sucre, es asaltado en el lecho en que curaba las heridas recibidas en el combate. Lleva en el dedo una sortija de brillantes, y se le corta el dedo para arrancársela; después lo mutilan, y, por último, lo trituran con un mazo. Aún no muere; le rompen las canillas, hasta que, por último, el cuchillo le degüella. Al cura de Viacha le rasgaron las carnes con alambres cortados del telégrafo; le dieron de puñaladas, *á no matarlo;* le arrancaron las tripas, y con esto murió. A otro cura, el de Ayoayo, anciano, valetudinario, casi impedido, se le pone boca abajo, se le ata una cuerda y se le arrastra por la población, donde quedan dispersos sus miembros. Dos bellos muchachos hallan más que la muerte. Andrés Roza se ha batido y está herido en cama, y lo cuida su hermano Belisario. El primero, moribundo, no da lugar al tormento; lo rematan á puñaladas. De su hermano Belisario..... sólo dejan los huesos..... La carne..... ¡qué horror!

¿A qué proseguir? Toda la campaña del indio han sido escenas de Ayoayo, en Conque, en Serabuyo, en Garci-Mendoza, en el camino de Cochabamba, en Poopó, donde no quisieron reconocer la autoridad de Pando y sus federales, en Conti, en todas partes. Tenía razón el intendente de Antofagasta, D. Tomás Walker, cuando telegrafiaba á Chile: «El ejército de Pando lo componen 1.500 soldados y 30.000 *antropófagos.*» ¿Cómo no sentir el terror de los indios?

***

Desde las proposiciones del coronel Pando al Presidente Fernández Alonso, sobre la opinión de todos aquellos bolivianos pacíficos, cuya fortuna ó cuyos deberes no les permitían poner en salvo á sus familias en espontáneas corrientes de deserción hacia las fronteras más próximas, solamente pesaba el último telegrama de Pando en que decía: «*Bolivia se hundirá. La indiada hace la guerra motu proprio á toda la raza blanca, apro-*

vechando los despojos de los beligerantes, y se hará poderosa. Nuestras fuerzas, unidas ahora, podrán dominarla.» Estas palabras, que dadas á la publicidad sembraron el pánico, fue el mayor ariete que Pando pudo descargar sobre su rival. Desde aquel instante Alonso se fue quedando solo. Se le hizo sospechosa la lealtad de sus tropas. Agentes de Pando esparcidos por todo el país anunciaban cada día el pronunciamiento de nuevos pueblos y provincias en favor de su causa. Los recargos del Ministerio de Hacienda sobre los derechos de las Aduanas, enmedio de la ruinosa paralización del comercio, fueron mal recibidos. Se anunciaban casi á diario desavenencias entre el Capitán general Fernández Alonso y el Vicepresidente Peña Vicep, que había quedado al frente del poder ejecutivo. Los jefes militares que se mostraban inclinados á la paz eran depuestos de los mandos que tenían. Pando hacía propagar sus propósitos de atacar á Oruro, en tanto que Alonso se veía obligado á disminuir la fuerza de su ejército en el frecuente envío de refuerzos para atender los puntos por donde se le amenazaba, mientras que personas caracterizadas de uno y otro lado emprendían repetidas negociaciones cerca de los jefes respectivos y de la Junta revolucionaria de Gobierno á fin de llegar á alguna transacción. Los periódicos de Sucre y Oruro publicaban encuentros victoriosos, como el sangriento combate de Colquechaca y la defensa de Cochabamba; pero á fines de Marzo, habiendo Alonso hecho una salida de Oruro con dirección al Norte, y llegado á Paria, después de enviar algunas fuerzas en dirección de Caracollo y otros destacamentos sobre Cochabamba y Charcas, al descubrir trabajos de conspiración en algunos de los batallones que llevaba, se apresuró á regresar á la base de operaciones, esterilizando así todas sus tentativas.

Así llegó Abril, sin que nada se adelantara ni por una ni por otra parte. El cansancio y el disgusto se manifestaban sin disimulo hasta en la misma capital unitaria. El día 1.° la juventud de Sucre dirigió al Presidente un mensaje adhiriéndose á la bandera de la revolución. Esto era la deposi-

ción moral de Alonso, á quien Sucre había dado, con lo más escogido de sus hijos, toda su confianza; y aunque se procuró neutralizar oficialmente este suceso con la noticia de que el general López había causado una gran mortandad á la indiada, adelantando hasta Panduro, de que todo estaba dispuesto para la movilización del ejército de Oruro, de que en Cochabamba y Chayanta se había restablecido el orden legal, de que las montaneras que amenazaban al Potosí habían sido castigadas y que Tupiza y Cotagaita habían vuelto á la jurisdicción del Gobierno, el Vicepresidente Peña, el día 6, tenía que anunciar á Alonso que en Sucre todo el mundo había perdido la confianza en el éxito de la campaña, que los arbitrios pecuniarios estaban agotados y que el vecindario de la capital iniciaba un movimiento cuyo objeto era obtener la dimisión de Alonso y de sus Ministros y formar un Ministerio liberal con Belisario Boeto, Federico Díez de Medina, Juan Crisóstomo Carrillo, el general Camacho y Eleodoro Villazón. Alonso, con esto se decidió á salir á todo trance de Oruro para atacar á Pando en Atita de San Juan, y encontrando de improviso las fuerzas de Pando se trabó el combate el día 10 en las cercanías de Oruro, cuyo resultado fue tan desfavorable al Presidente constitucional, que, derrotado enteramente, tuvo que fiar su salvación á la fuga, en tanto que Pando estaba á las ocho de la noche del mismo día en Oruro entre las aclamaciones del pueblo, que escribía su nombre con lápiz y con carbón en las calles de la ciudad, como vió un mes antes su emisario Monasterios. La acción se desarrolló en el paraje denominado Crucero de Paria, distante cinco leguas y media de Oruro, y lo particular del combate es que ni Alonso conocía la situación estratégica de Pando, ni Pando la de Alonso; es decir, que los dos ejércitos se encontraron por casualidad y lucharon á ciegas.

El primer lance al divisar las descubiertas de Pando, protegidas por pelotones de indios en número de unos trescientos, fue ventajoso para Alonso. Los escuadrones de Bolívar y

Húsares, montados en mulas, avanzaron y arrollaron al enemigo, que pareció dispersarse. Alonso iba en coche; pero apenas se trabó la escaramuza montó á caballo. Como su objeto era pernoctar en el Crucero, á la mitad del camino de Caracollo, puesto en fuga el enemigo, prosiguió avanzando en la dirección determinada; pero á los pocos pasos volvió á presentársele una nueva partida montada, á la que tuvo la fortuna de desorganizar otra vez con el fuego de las ametralladoras; pero al pronunciarse aquella fuerza en retirada, Alonso pudo ver por su izquierda el ejército de Pando, uno de cuyos cuerpos avanzaba protegiendo la retirada de los al parecer vencidos, y se trababa el combate, sin tiempo para desplegarse en orden, y haciendo el General López entrar en fuego á las tropas conforme adelantaba la columna en marcha. El comportamiento de los primeros batallones fue tan bizarro, que el denominado Alonso había logrado arrollar por completo el ala izquierda del ejército federal, poniéndolo en derrota; pero Pando acudió con numerosas fuerzas que le obligaron á retroceder, viéndose á su vez envuelto por las que Alonso desplegaba. En este aspecto del combate el batallón 25 de Mayo y el de Olañeta sufrieron la contrariedad de ver agotadas sus municiones, y al querer avanzar á la bayoneta, Pando, que se apercibió de la situación de su enemigo, supo aprovecharse de ella decisivamente. El General López ordenó á los batallones de Sucre y Aroma avanzar rápidamente en defensa de sus compañeros comprometidos, pero el batallón de Sucre no obedeció. Su actitud desmoralizó al de Olañeta, y el de Aroma tiró los fusiles. La artillería paró el fuego á pretexto de estar las piezas inutilizadas, y en esta disposición se puso término al combate, no quedando tiempo á Alonso sino para desertar apresurado del lugar de la batalla, seguido únicamente del General López, del coronel Eizaguirre, del Ministro de la Guerra Herrero, del coronel Benavides, del comandante de las ametralladoras Cabrera Valdés, del coronel de artillería Sevillano, y de los coroneles Argandoria y Aramayo y el jefe

de su escolta Arturo Quesada. En el campo quedó muerto el coronel argentino Martínez Campos, que con otros oficiales de la misma procedencia servían en el ejército de Alonso. Al día siguiente llegaba proscripto á Antofagasta, acompañado de D. Tomás Ichazo y de aquel corto número de amigos leales que con él se separaron del palenque de la refriega.

¿Ha terminado con esto la revolución de Bolivia? Alonso, retirado á la Serena para evitar las indiscreciones del reportage periodístico, pronto llegará á Europa. Aquí tratará de vindicarse; tal vez al hacerlo conozcamos todo su pensamiento político, y la necesidad de que aquel continente, si en un porvenir no remoto ha de salvar la independencia de sus jóvenes nacionalidades, entre ampliamente en la política de unión y defensa iniciada por el General Roca, en los intereses de la salvaguardia común y en la política de la paz, el orden y la economía en la administración interior de cada una de ellas, para evitar los pretextos de donde puede brotar la ruina de todas.

*
* *

La proligidad de detalles con que hemos referido los accidentes de la revolución de Bolivia, nos excusa proceder con la misma dilatación en el término de la del Ecuador. Todas las revoluciones de la América latina se parecen en su esencia, y sólo varían en los accidentes de localidad y en los éxitos de la fortuna. En Bolivia han combatido los liberales contra los conservadores, y ya hemos visto cómo los han vencido. En el Ecuador se han levantado los conservadores contra los liberales, sin haber logrado derrocar del poder al General Eloy Alfaro. Aún ignoramos las actitudes y conducta que en Bolivia adoptan los vencedores. En el Ecuador, el General Alfaro, vencida la revolución clerical y salvada la República, porque aunque parezca anacrónico é inverosímil, en el fondo de aquella revolución palpitaba el alma de nuestros pretendientes es-

pañoles, D. Carlos y D. Jaime de Borbón, pretendiendo recobrar en América un territorio de dominación para nuestra bandera, el Presidente victorioso se ha apresurado á publicar un decreto de amnistía. Pero, no tenemos confianza ni en la paz generosa del Ecuador, ni en la paz sangrienta de Bolivia. Ni en Bolivia ni en el Ecuador, por desdicha, las revoluciones han acabado. ¿Qué decimos las revoluciones? Ni en el Ecuador ni en Bolivia ha concluído la revolución triunfante en el Crucero de Paria, ni la revolución vencida en el combate del Chimborazo. ¡Ojalá nos equivoquemos en nuestro vaticinio!

***

La primera responsabilidad que debe imputarse á estas revoluciones es la de la rémora que producen al desenvolvimiento de los propios medios de prosperidad y de progreso de que están tan ávidas aquellas sociedades. La República Oriental, que lleva largos años de una perturbación casi continua, y que en los últimos ha sostenido entre blancos y colorados esa lucha que no ha tenido término hasta que las últimas elecciones constitucionales han legitimado en el Presidente Cuestas el poder que había ejercido durante una larga interinidad, nos ofrece hoy un documento fehaciente de los daños que su progreso y su prosperidad han sufrido durante el tiempo de esa prolongada agitación. Su Dirección general de Estadística acaba de publicar su *Anuario* correspondiente al año de 1897, en disposición de computar todas las cifras que contiene, con los de años anteriores, que reflejan tiempos más felices. No hay argumentos de mayor elocuencia para la tesis que sostenemos, que las cifras comparadas que se estampan en ese documento.

¿Es una de las primeras necesidades de los nuevos Estados sudamericanos, que se dilatan en extensísimos territorios, dotados de todas las dádivas de la naturaleza, y que están habitados por una escasísima población, el movimiento de las in-

migraciones de procedencia europea? Pues la inmigración que tanto contribuye al aumento de la población de las Repúblicas americanas del Atlántico, ha sufrido de 1889 á 1897 una disminución tan notable, que habiendo ascendido en 1889 á 27.349 individuos, en 1897 sólo llegó á 9.140, y para que el dato sea más depresivo todavia, si en 1897 desembarcaron en el puerto de Montevideo 9.140 inmigrantes, del mismo puerto salieron repatriados para los de España é Italia y los demás países de Europa, 6.779; de modo que el efectivo de aumento demográfico sólo fue realmente de 2.367. La población total de la República en 1897, es sólo de 850.000 almas.

El estado económico del país, según el *Anuario*, es otra prueba de los obstáculos que crean las agitaciones políticas al incremento de la prosperidad pública y á los desahogos de la fortuna del Estado. La revolución política en el Uruguay ha dejado en su Administración las huellas más deplorables de los sistemas de rapacidad y de desorden que explotan los estados de confusión. La Deuda pública, en 31 de Diciembre de 1897 era de 120.765.000 pesos, ó sean 605.215.000 pesetas, lo que no puede considerarse como una cosa baladí, en una población de 800.000 habitantes. Las rentas públicas llegan á 15 millones anuales, de los que 6 se invierten en el servicio é intereses de la Deuda; y las Aduanas suministran otros 8 millones de pesos y, poco más ó menos, otros 5 los demás impuestos sobre inmuebles, industria, tabacos, etc. Para el pago del impuesto inmobiliario, en 1896, fueron evaluados los capitales pertenecientes á ciudadanos orientales en 143 millones, mientras los extranjeros, en su mayor número españoles é italianos, llegaron á 187, hallándose casi toda esta riqueza en Montevideo, pues el resto del país entra en pequeña proporción en las cifras totales.

El comercio exterior siguió una marcha ascendente hasta 1889, el año de mayor prosperidad según todos los datos, en que alcanzó á sumar 62 millones de duros, tomando conjuntamente la importación y la exportación, y siendo la primera

superior á la segunda en 10 millones. Pero desde entonces puede decirse que la cifra total ha descendido casi constantemente, hasta ser en 1897 de 48 millones, con la diferencia también importante y muy elocuente de que la exportación ha superado en 10 millones á la importación; de modo que, aunque el Uruguay, en suma, no ha exportado ni más ni menos, el total de su actividad comercial ha disminuído en lo que han disminuido las importaciones, lo cual significa un empobrecimiento evidente y tangible.

En su producción, la vinícola, ha sido objeto en el último *Anuario* de una estadística especial muy prolija. En la República Oriental se cultivan viñas en una extensión de 3.610 hectáreas, con una producción de 3.227.678 litros de vinos tintos, 123.618 de vinos blancos, 24.149 de alcohol de orujo y 9.367 de alcohol de vino. Esta producción no se exporta, sino se consume totalmente en el país, economizando la importación que antes se hacía de vinos españoles, italianos y franceses.

Los datos que realzan el crédito de la Administración en el Uruguay son los relativos á la Instrucción pública. El Estado sostiene 535 escuelas primarias, á que asisten 45.000 alumnos, que tienen 11.013 maestros para su educación. Es interesante el hecho de que los alumnos han disminuído en los últimos años, á pesar de haber aumentado el número de escuelas; en 1896 el número de alumnos llegaba á 50.000. Las escuelas particulares son en número de 346, con 21.773 alumnos y 859 maestros, lo que revela que en la enseñanza primaria el esfuerzo privado casi iguala al de la pública Administración. Hay, además, una Universidad con estudios preparatorios para las Facultades, una Escuela de Artes y Oficios y una Academia militar.

El Uruguay tiene 1.624 kilómetros de ferrocarriles en explotación y 17.672 de telégrafos.

Recorriendo las páginas del *Anuario,* se hace la reflexión de que el Uruguay sería una nación próspera y feliz, si logra-

ra cimentar su estabilidad política interior, si pudiera proscribir sus desastrosas revoluciones, y si saliera de la constante anarquía en que se agita con estériles convulsiones, que dificultan todo progreso, todo prestigio y toda respetabilidad. Y lo que decimos del Uruguay lo aplicamos á los demás Estados hispanoamericanos, corroídos de los mismos vicios de constitución. Todos cuentan para su prosperidad fuerzas vitales de primer orden: ¡si las supiesen aprovechar en su propio beneficio y engrandecimiento!

También al triunfo del Presidente Cuestas ha seguido una ley de amplia amnistía, que sinceramente practicada puede contribuir á que se restañen las pasadas heridas y á que un nuevo régimen de común concordia dilate los horizontes del porvenir. Esta amnistía no ha tenido exclusiones, y no hay obra más benemérita que invitar á todos á colaborar sincera y noblemente en la obra espléndida de la prosperidad y de los progresos de su patria.

***

Las Cámaras argentinas reanudaron el 1.° de Mayo sus trabajos legislativos, oyendo con aplauso el Mensaje del General Roca. Tres puntos esenciales abrazó este importante documento: los arreglos pacíficos con Chile, remitiendo á los arbitrajes del Ministro Buchanam y de la Reina Victoria de Inglaterra las divergencias pendientes al uno sobre la Puna de Atacama, á la otra augusta señora las del trazado general de la frontera andina; la visita presidencial y las expediciones de los Ministros al reconocimiento de la Patagonia y de los otros territorios del Sur, y, finalmente, el planteamiento de un sistema general económico que resuelva los problemas con que lucha la Hacienda nacional. Las impresiones que el telégrafo ha transmitido á Europa acerca de este Mensaje, son muy laudatorias. Su texto íntegro no se ha reproducido aún ni en los periódicos de Londres, y hemos de esperar para conocerlo

á que el correo nos lo traiga. Mas conociendo la dirección íntima del pensamiento político del General Roca, fácil es adivinar que el Mensaje habrá sido una nota elocuente más de la política de redención que el Presidente de la Argentina representa desde su última ascensión al poder supremo constitucional de su país.

***

Los programas de las festividades pontificias son inflexibles. El día 28 de Mayo, como se anunció en la invitación papal del 24 de Diciembre del año pasado, se ha verificado en la gran basílica de San Pedro la solemne inauguración del Concilio plenario iberoamericano al que concurrieron 61 prelados. La asistencia de los prelados de América es numerosa y espléndida. Todos sus titulares vienen acompañados de sus sabios consultores teólogos y de los familiares de su servidumbre. Roma, acostumbrada secularmente á estos espectáculos, engrandece el gran acto que perfecciona la obra apostólica admirable de León XIII.

El Concilio plenario de la Iglesia iberoamericana es enteramente disciplinario y no dogmático; pero urgía la rehabilitación de la Iglesia de la América de la Sur, que desde la emancipación de aquellas jóvenes Repúblicas de la soberanía de España estaba sedienta de vínculos de cohesión, de uniformidad, de jerarquía.

De no existir la situación coercitiva que para la independencia del Pontificado creó y mantiene la capitalidad política de Italia en Roma, tal vez el Concilio actual de los prelados de América hubiera tenido mayor amplitud y ensanche, formando parte de un Concilio universal ó ecuménico, de que están necesitadas las Iglesias de España, Francia, Italia, Bélgica, Irlanda, Alemania, Hungría, Portugal y Polonia, á las que se incorporan las demás porciones del catolicismo triunfante en todos los círculos del planeta. En materia disciplinaria, la

Iglesia católica aún vive organizada á tenor de los cánones de Trento. El mundo desde entonces ha dado muchas vueltas sobre su eje; las sociedades modernas se han rejuvenecido con las auras de las revoluciones geográficas, políticas y civiles que han trastornado la base de la vida moral de los pueblos, de las razas, de la humanidad en masa; y el alto pensamiento de León XIII ha comprendido que la Iglesia en esta parte de su disciplina, no puede permanecer estacionaria en aquella obra de concentración que constituye la labor esencial del gran Concilio que juntos hicieron el Pontificado que lo convocó, el Imperio entonces teutónico-español que lo sostuvo y el espíritu de defensa que lo informó contra la irrupción del luteranismo.

Hoy la política de la Iglesia ni es enteramente la defensa, ni es enteramente la resistencia: hoy la política de la Iglesia es la conquista, y en realidad es un mundo nuevo de seres emancipados y de ideas rejuvenecidas lo que hay que conquistar.

El epicospado americano ha acudido al pie del trono de León XIII animado á la vez de un gran espíritu de unidad, y de un gran espíritu de conquista. La santa labor á que viene dispuesto será por largo tiempo fecunda. Entre tanto, al regresar á sus diócesis después de la festividad de San Pedro, llevará encarnado en su seno este símbolo de unidad, este símbolo de orden y disciplina y este símbolo de conquista, que constituye la misión eterna de la Iglesia de Cristo: al volver á sus diócesis y á sus respectivas metrópolis nacionales, uno de sus metropolitanos regresará investido de la alta jerarquía de la Iglesia. El telégrafo nos comunicó primero el nombre del Sr. Soler, metropolitano del Uruguay, para el capelo cardenalicio; después el del Sr. Casanova, metropolitano de Chile; más tarde el del Sr. Castellanos, que lo es de Buenos Aires. Como esta jerarquía no se vincula en ningún país determinado entre las varias Repúblicas concurrentes, lo mismo es que el designado sea el metropolitano de Chile, que el del Uruguay,

el de la Argentina, que el del Perú, el de Colombia que el de Méjico: todos son igualmente dignos por su saber y virtudes del honor de esta investidura. La distribución sucesiva establecerá la más noble de las emulaciones entre sus aspirantes: el pugilato de la virtud, del saber y de las dotes supremas de autoridad y gobierno.

Toda la América, que se vigoriza con la sangre de nuestras razas peninsulares, está de enhorabuena.

***

Por medio de la representación diplomática de España en las Repúblicas de nuestro orígen, el Gobierno español ha girado en América la siguiente resolución:

«Deseando S. M. el Rey (q. D. g.), y en su nombre la Reina Regente del Reino, dar una nueva prueba de amistad y consideración á los súbditos de las Repúblicas hispanoamericanas, estrechando así más y más los lazos de unión, ha tenido á bien disponer se les haga saber, que tanto los guardias marinas como los oficiales que deseen ampliar sus estudios en academias especiales y hacer prácticas de mar en nuestros buques de guerra, podrán solicitarlo por conducto de sus respectivos Gobiernos, debiendo sujetarse á las siguientes bases, ínterin permanezcan en nuestros establecimientos científicos y buques: 1.° Serán presentados por un delegado de su Gobierno, exhibiendo sus despachos militares y demás documentos. 2.° Estarán bajo el patronato de su país, que deberá abonarles los sueldos correspondientes á sus empleos, por lo menos en equiparación con los de su igual categoría en España. 3.° Se someterán á la disciplina establecida á bordo de nuestros buques y Academias especiales. 4.° Vestirán uniforme español con las insignias equivalentes á su empleo. 5.° Toda falta será castigada según las leyes y códigos vigentes en España. 6.° La duración de comisión de los guardias marinas será de tres años y de cuatro la de los oficiales. 7.° El Gobierno de

España se entenderá con los Gobiernos de los respectivos países por conducto del delegado, que á su vez velará por los intereses de sus respectivos súbditos».

***

El *Financial News* de Londres ha publicado un interesante artículo acerca del comercio inglés y del español en la América del Sur. En él invita á los elementos comerciales de la Gran Bretaña á unirse con los españoles para realizar empresas y negocios en las Repúblicas hispanoamericanas.

Esta idea fue emitida por la Cámara de Comercio española de Londres y cuenta con el apoyo de los Gobiernos de ambas naciones. Sus resultados pueden ser excelentes, pues ambos comercios disponen de medios importantes y en cierto modo se completan. La *Financial News*, fundada en datos oficiales é informes de cónsules, cree que de esta manera se podrá hacer frente en los países hispanoamericanos á la competencia siempre creciente del comercio norteamericano, que tiene declarada guerra á muerte á toda la concurrencia europea».

***

Las relaciones intelectuales entre toda la América de nuestra raza y España, su antigua metrópoli, son cada día más activas y paternales. Nuestra literatura sigue ejerciendo en la cultura de aquellos pueblos el magisterio secular que la ennoblece, mientras aquí, como La España Moderna hace, nos complacemos en hacer conocer su juvenil renacimiento reproduciendo las obras de sus escritores ilustres. La España Moderna se ha impuesto la tarea de abrir el ámbito de la publicidad á sus poetas distinguidos; *La Época* anuncia la publicación en su folletín de la novela titulada *Promisión,* del distinguido escritor argentino D. Carlos María Ocantos, actual Secretario de la Legación de su país en España. En la actuali-

dad publica también folletines españoles *El Tiempo,* de Buenos Aires, que acaba de dar á sus lectores una novela de Armando Palacio Valdés y anuncia otra inédita de Luis Taboada, que ya tiene en cartera. De Pérez Galdós es el folletín que está publicando *La Voz de Méjico* y de J. Octavio Picón la que inserta *El Tiempo*, del Perú.

El Gobierno chileno ha dispuesto que la Tesorería Fiscal de Santiago ponga á disposición de D. Enrique Nercasseau y Morán la cantidad de mil pesos (oro) para una espléndida edición de *La Araucana*, de Ercilla, y en Méjico, al inaugurarse el 18 del pasado Abril la *Biblioteca de la Maestranza Nacional de Artillería*, se ha dispuesto proponer el cambio de las obras científicas de los Artilleros mejicanos con los de España. En la última sesión celebrada en Méjico también por la *Academia de Legislación y Jurisprudencia*, incorporada á la de Madrid como correspondiente, se han expedido títulos de académicos honorarios á algunos ilustres jurisconsultos de España, y en la capital de la Argentina, el Dr. Pastor S. Obligado acaba de dar á la estampa el tomo V de sus *Tradiciones de Buenos Aires,* encabezado con un brillante prólogo de D. Juan Valera.

En la capital de la Argentina se ha anunciado también la próxima llegada á Buenos Aires de nuestro festivo escritor D. Felipe Pérez; y en nuestra actual Exposición de Bellas Artes, que se celebra en el Palacio del Hipódromo, tenemos el honor de contar entre los expositores, á la Srta. D.ª Teresa Álvarez, de Puerto Rico, que ha presentado un cuadro de *Flores* (núm. 35), D. Pedro Bianes Viales, del Uruguay, con otros dos cuadros de género (núms. 120 y 121), D.ª Mercedes García Marieu, también de Puerto Rico, que ha pintado la *Antecámara de S. A. R, la Infanta* (núm. 307), y D. Nicanor Riego, de Matanzas, (núm. 683). En la sección de Escultura, D. Rómulo González Rici, del Ecuador, ha presentado además una *Estatua de Alonso Cano* en yeso (núm. 948), y la Sra. D.ª Francisca de Roda, de Guatemala, un *Busto de*

barro cocido, retrato de su hija (núm. 978). En la de arquitectura, D. Manuel Busto y Delgado, de Pinar del Río, tiene tres obras en planos, las de los núms. 1.000 á 1.002, y finalmente, de D. Constantino Fernández Guijarro, de Puerto Príncipe, se consigna en el *Apéndice* un *Apunte de paisaje*, señalado con el número 1.182.

Iob.

CRÓNICA LITERARIA

Escritos acerca de la «Regeneración».—Razones de su abundancia. — El culto á la actualidad.—Tradición de arbitristas.—Selección necesaria en estos libros.—*El problema nacional*, por D. Ricardo Macías Picavea.—Sobre el *Austracismo*.— Programa de remedios.— El idealismo de los escritores y la realidad de la vida práctica.

Sería larga, relativamente, la lista de los libros y folletos recientes que tienen por asunto lo que ahora suele llamarse la *Regeneración*, ó hablando en términos más precisos, que estudian la situación actual de España, ya en general, ya bajo alguno de sus principales aspectos, é investigan remedios ó paliativos de los males que cualquier observador, por poco perspicaz que sea, descubre fácilmente en aquella.

Las consecuencias dolorosas (aún no experimentadas en toda su extensión) de nuestra guerra con los Estados Unidos, la reacción en sentido de arrepentimiento y propósito de enmienda que suele seguir á los desaciertos individuales ó colectivos, cuando la experiencia nos hace ver sus resultados; la reunión de asambleas populares; la orientación de la prensa, movida por los vientos reinantes en la opinión pública y otros hechos concurrentes, han dado gran actualidad á aquel tema, y han creado, por decirlo así, atmósfera favorable para ese género de escritos, que en otras circunstancias habrían pasado acaso inadvertidos.

La *actualidad* es en todas partes circunstancia importante, que lleva hacia determinados asuntos la atención de los escritores, y contribuye al buen éxito de sus obras ó les da al menos algunas probabilidades de obtenerlo. En el fondo, lo que se llama *actualidad,* no es sino uno de los aspectos de la oportunidad, nacida aquí de la existencia de motivos reales y *presentes* que prestan especial utilidad é interés al estudio de algún asunto. Lo actual nos interesa más que lo pasado ó lo que está por venir, porque nos toca más de cerca como presente que es, en el sentido relativo en que puede hablarse de presente, siendo la vida continuo movimiento en que lo futuro se va haciendo pasado sin detener su marcha en el límite móvil que separa esos dos estados. Lo que llamamos presente compónese en realidad de los estados pasados y futuros más inmediatos; de lo que *acaba de pasar* y lo que *pasará pronto*, fundidos en una impresión subjetiva de presencia y de permanencia.

No es, pues, mero espíritu de imitación ó de *reata* el seguir la actualidad. Tiene su fundamento real. Pero también debe observarse que nosotros los españoles estamos particularmente predispuestos para ese culto á la actualidad, á nuestra actualidad, que no siempre es la actualidad de otras partes. La razón de esto es que somos al presente muy poco originales, lo cual nos inclina á los asuntos ya tratados, á las ideas admitidas y hasta á las frases hechas.

Donde principalmente y con más facilidad puede observarse este fenómeno, es en la prensa periódica, por lo mismo que refleja el nivel medio de la cultura. En mi ya larga experiencia de periodista político, he podido convencerme, no sólo del extremado poder de los prejuicios, sino de que la tendencia á la imitación y á la copia irreflexiva es tan fuerte, que la más disparatada idea ó la más absurda noticia, como salgan en letras de molde en algún periódico, tienen probabilidades de ser creída y copiada la segunda; de ser discutida en serio y hasta aprobada la primera.

No es sorprendente, pues, que se escriba y se imprima mu-

cho sobre la regeneración, puesto que es esta nuestra actualidad del día. ¿Nos regeneramos? ¿No nos regeneramos? Optimistas y pesimistas andan dándole vueltas al problema. Y todavía hay otra razón, si esa no bastara, para que semejante tema atraiga á los espíritus, y es nuestra tradicional abundancia de arbitristas, nacida, acaso, de los continuos apuros en que, desde hace siglos, nos hemos visto, principalmente en materias económicas, así en nuestras épocas de aparatosa grandeza como en las de declarada decadencia. El arbitrista de que habla Berganza en el *Coloquio de los perros*, ha dejado herederos y continuadores, no faltando entre los actuales quien proponga arbitrios más disparatados que el del ayuno mensual con que aquél contaba proporcionar al rey tres millones de reales cada mes del año.

Dicho sea de paso, el recurso no podía ser más castizo. Con el ayuno nacional han solido resolverse las dificultades del Erario, aunque no se dispusiera por pragmática, y bueno será que no paren también en ayuno los arbitrios que prevalezcan ahora. El arbitrista de Berganza no era, en realidad, un loco que propalase cosas absurdas; á su modo se inspiraba en la realidad, sólo que él compendiaba y concretaba en un día de completa abstinencia, la privación parcial de todos los días del año. El ayuno existe, pero diluído, en forma de déficit alimenticio, de falta de nutrición suficiente para las clases pobres, y principalmente las agrícolas, de las que podría decirse, sin gran exageración , que el aire, la vida sana y tonificante del campo, las alimenta en parte y las permite tolerar un régimen de tan excesiva sobriedad, que no le pondría peros el arbitrista de marras. Pese á todos los idealismos, uno de los aspectos capitales del problema nacional consiste en ver el modo de disminuir esa dieta forzosa, en hacer que coman más y mejor los millones de españoles, á los cuales llega la civilización, no en forma de bienestar, de cultura y de riqueza, sino tan sólo en forma de tributos, exacciones y cargas.

Bien sé yo que estos razonamientos suelen ser tachados

desdeñosamente de sanchescos ó pancistas, principalmente por aquellos que, disfrutando de las dulzuras de la vida, no ven un problema en la abstinencia ajena y prefieren considerarla como el resultado de una ley fatal, que ellos, por su parte, aceptan filosóficamente. Los estómagos llenos difícilmente entienden los clamores de los estómagos vacíos. Pero no ya nuestra situación mezquina, de grandes caídos en la miseria, sino los más asombrosos adelantos de la civilización más espléndida, tienen algo de odioso, de aborrecible, de inicuo, cuando se apoyan en los sufrimientos de los más, en la abreviación de la vida, en la degeneración física y moral, en la ignorancia y en el embrutecimiento, en la mortandad de la infancia, en la esclavitud de una vida sin atractivos, en las torvas desesperaciones que arman á veces el brazo de la anarquía, ó en la degradación que más calladamente mina á la sociedad con el crecimiento de la delincuencia ordinaria y del vicio. Sobre cimientos amasados con lágrimas sólo pueden levantarse monumentos de vanidad y de ignominia.

***

No he leído yo todos los libros y folletos publicados recientemente que tratan de nuestra reforma, ni habría sido quizá prudente emplear así el tiempo y la diligencia que requeriría el acopio y examen completo de todos estos escritos. Pero probablemente han llegado á mis manos los principales, si se ha de juzgar por la resonancia que han alcanzado, y de todos modos los bastantes para formar una lista de relativa extensión, como decía al principio. Mas con estos escritos hay que hacer un escrutinio y auto, si no tan grande y rigoroso como el que hicieron el cura y el barbero en la librería de *Don Quijote,* suficiente para dejar á un lado, ya que no condenar al fuego, á muchos de ellos, indignos de mejor suerte. Folletos inspirados en una ciega parcialidad política ó un egoista y obtuso espíritu de clase, escritos extravagantes de esos re-

dentores ignorados que en las situaciones críticas salen de debajo de las piedras, líbelos destinados á abogar más ó menos embozadamente por el general X, el político Z ó el pretendiente N; toda esta variedad de impresos, en que la regeneración, el remedio de los males de España no es más que un pretexto, un barniz con que dorar cualquier píldora desabrida y compuesta de materias impuras, políticas ó no políticas; todo eso debe ser echado implacablemente *al carnero,* como decían los antiguos.

Hecha esta limpieza, todavía hay que eliminar otra clase de escritos menos reprensibles, pero tan inútiles. Me refiero á aquellos en que se repiten todos los lugares comunes que estamos hartos de escuchar. El autor nos revela, en confianza, que lo que necesitamos es estirpar los abusos, castigar á los malos, premiar la virtud y estimular el mérito, fomentar la riqueza pública y privada, implantar el imperio de la moral, etcétera. Y, satisfecho con darnos estos sabios consejos, no se cuida de mostrarnos la senda por donde hemos de alcanzar tales bienes, ni se preocupa tampoco de explicarnos por qué, si fuesen tan fáciles y accesibles, nos vemos privados de su disfrute y posesión. A estos escritores los suelen llamar los periódicos sesudos, acaso porque no hay miedo de que se les sequen los sesos con tan arduas meditaciones.

Es obvio que después de estas restas la lista de los escritos en cuestión ha de quedar muy reducida, tanto, que casi no habrá necesidad de lista para recordarlos. De algunos de esos libros que quedan, después de hecha la selección, pienso hablar, empezando por el de D. Ricardo Macías Picavea (1), *El*

(1) Después de escrito este artículo llega á mi conocimiento la noticia del fallecimiento del Sr. Macías Picavea. Es una pérdida para la cultura española, que podía esperar mucho de este distinguido profesor y notable publicista, dotado de vasta ilustración, de clara inteligencia y de buen gusto literario, así como de condiciones morales que le hacían en extremo simpático. ¡Descanse en paz!

problema nacional, que es el más completo y el más importante de los que conozco.

El Sr. Picavea divide en tres partes su estudio: *Hechos, Causas, Remedios.* El asunto de la primera parte es amplísimo, como que comprende el estudio de las condiciones naturales del territorio español, de los caracteres étnicos del pueblo que le habita, de nuestra organización y estado social en punto á la cultura, á la vida económica, á la moral, á la religión y á las instituciones y régimen político, terminando con un capítulo especial dedicado á la guerra (que según el señor Macías ha determinado un estado agudo en nuestros males) y á sus consecuencias en la opinión pública y en la situación del país.

La segunda parte, más breve, es un estudio de interpretación histórica. En la historia va á buscar el Sr. Picavea las causas de nuestra sucesiva decadencia y el punto inicial del movimiento que nos han conducido á la postración presente. Como la mayor parte de los escritores que no pertenecen á la que pudiera llamarse escuela tradicionalista, el Sr. Picavea se fija con preferencia en la dirección que imprimió á nuestra historia y á nuestros destinos el advenimiento de la casa de Austria. Con un neologismo designa el autor esta influencia, introducida en nuestra historia por el azar de los enlaces reales, si nos atenemos á las apariencias exteriores: el *Austracismo* llama á éste *cuerpo extraño* que se introdujo en el organismo nacional. Y esta metáfora del cuerpo extraño puede decirse que condensa toda su teoría y la expresa de un modo tan gráfico como breve.

La última parte, aunque no muy extensa por el número de páginas que en el libro ocupa, lo es mucho por su materia. Traza primeramente el autor un programa de reformas cuyo índice, acaso demasiado minucioso para una obra de esta clase, pues abarca desde el aprovechamiento de las aguas pluviales hasta el arreglo de las clases pasivas, llena 40 páginas de la obra. Viene luego una explicación general de estos remedios,

y, por último, se aborda la cuestión más difícil en el terreno de la realidad y la práctica: la de cómo han de plantearse esas reformas y quién ha de ponerlas en ejecución.

No es igual, á mi juicio, el valor de estas tres partes del libro. La exposición de los hechos me parece la mejor; la investigación de las causas es ya materia más controvertible, y más todavía la enumeración de los remedios, no por lo que toca á la naturaleza intrínseca de éstos, sino por lo que hace á la posibilidad de su aplicación. Los remedios sociales deben ser algo más que meros *desiderata,* pues sin la condición de ser practicables, ¿cómo han de remediar cosa alguna?

Esta gradación es muy conforme con la naturaleza respectiva de los objetos de esas tres secciones. Los hechos son lo que más fácilmente se nos muestran, aunque el percibirlos y apreciarlos bien no es pequeño mérito. Más difícil es siempre la indagación y esclarecimiento de las causas, que en todos los fenómenos sociales suelen ser muy complejas y á veces obscuras y enredadas. Por último, mayor es todavía la dificultad de la terapéutica social, no sólo porque aquí el campo de la experiencia es limitado y los sujetos distintos, pues todos los pueblos se diferencian más ó menos entre sí, sino porque hay que contar con la posibilidad de aplicar las fórmulas que el médico receta. Todo el secreto de la prudencia política y de las artes de gobierno está en esto: en descubrir, no lo mejor, sino lo realizable, y en llevarlo á ejecución. Es muy difícil calcular en este punto la extensión de la *vis naturæ medicatrix.* Por lo general, los pueblos se curan solos, como los labriegos que no llaman al médico hasta la última enfermedad....., de la que, naturalmente, no se curan.

*
* *

Es tan amplio, tan abundante el contenido de este libro; tienen tanta substancia sus 500 páginas, encierran tantas noticias, tantos juicios sobre materias tan varias y tan diferen-

tes, que, empleando un símil moderno, podría decirse que es un acumulador de datos y de ideas. Quizá esta plétora llega hasta á perjudicar la armonía del conjunto, pues algunas materias no están más que esbozadas. Al revés de lo que sucede comúnmente en nuestros libros, pródigos en palabras, raros en ideas, hay en este más médula que corteza.

Para hacer un examen detenido de una obra de esta clase, para discutir algunas de las cuestiones que abarca, necesitaría varios artículos. Me limitaré á indicar, muy brevemente, algunos de los puntos de vista y algunas de las conclusiones de este original y vigoroso trabajo.

La parte geográfica está magistralmente tratada y es de lo mejor de la obra. El estudio de las lluvias en España, cuestión tan debatida, de tan evidente interés vital para un país agrícola, está expuesta con gran lucidez. El Sr. Picavea entiende que las lluvias (que dan un promedio de 0,582 milímetros en la Península) no son escasas, sino mal repartidas, y que del estudio de las aguas peninsulares en sus tres aspectos pluvial, fluvial y subterráneo se deduce que «España, como Egipto por un concepto y como Holanda por otro concepto, es un territorio que exclusivamente puede ser civilizado á expensas de grandes obras hidráulicas, de carácter nacional, reconstructivo, casi geológico, cual las de los citados pueblos.» En una palabra, por medio de lo que se llama ahora política hidráulica, practicada por dos grandes civilizaciones que florecieron en España: la romana y la árabe.

El capítulo V, consagrado á la descripción general del país, es de los más notables. Toda la geografía física de España está allí compendiada en pocos pero seguros y expresivos rasgos, que dicen más y sugieren más á la imaginación, que las largas descripciones de los geógrafos. Los artículos titulados *Aspecto monumental, Aspecto urbano* y *Aspecto social*, merecen también particular mención. En la parte relativa á nuestro estado social, la pintura de la enseñanza es severísima, pero forzoso es confesar que los datos son de una tan dolorosa

como persuasiva verdad. «Nuestra cultura—dice el autor resumiendo su pensamiento—es sólo cultura de segunda mano, epidérmica, yuxtapuesta, no nacional, advenida casi exclusivamente por el arcaduz francés».

Paso por alto lo relativo á la situación de nuestra agricultura, industria y comercio, secciones que llevan como complementos sendos resúmenes estadísticos. En el estudio de nuestro temperamento moral es acertada la observación referente á la falta general de valor cívico. Inferiores á lo anterior me parecen los capítulos que tratan del estado religioso y del régimen político; el primero es incompleto y hasta un tanto superficial; el segundo también penetra poco en la explicación de los fenómenos del caciquismo, organización y modo de ser de los partidos, predominio del poder ministerial, etc. Es una recapitulación de los cargos que comunmente se formulan contra nuestras costumbres políticas; mas falta allí la obra de la crítica histórica y sociológica, que ahondando debajo de las apariencias descubre la razón de ser de estos fenómenos, mostrando cómo no dependen de la dominación de una oligarquía, sino que más bien es ésta el efecto, nacido de remotas causas que han ido produciéndose en el curso de nuestra historia, y por otra parte de deficiencias del carácter nacional en punto á iniciativas y á espíritu político, que hacen que la masa social sea colaboradora y cómplice de todos los vicios que el vulgo atribuye, no siempre con razón, á los políticos, como antes se achacaban todos los males á los privados y favoritos de los reyes.

Está más cerca de la verdad quien cree que los gobernantes son obra de los gobernados, que quien piensa que son éstos la creación de aquellos. Al fin y al cabo, la acción de los Gobiernos no pasa de la superficie de la sociedad, ni regula más que lo más externo de la vida individual: no modela almas. Las costumbres son, sí, el verdadero troquel en que se acuñan los tipos sociales. El tipo del político, reproduce más ó menos acentuados, en razón á su especialidad profesional, los rasgos

generales. No es una excepción ni una escrescencia; es un producto normal de nuestra sociedad presente. Como tampoco son una excepción las costumbres políticas, sino que marchan al unísono con el estado moral é intelectual del país. El caciquismo, por ejemplo, no es sólo una forma de organización política, sino que se extiende á toda la sociedad y á todas las profesiones. El moralista le condena, mas el historiador se lo explica fácilmente como una forma de clientela propia, de un pueblo de escasas iniciativas individuales en los tiempos presentes y desprovisto del espíritu de asociación privada, que es la palanca de los débiles y de los pequeños. En cierto modo, el caciquismo es un feudalismo atenuado, ó, mejor dicho, un fenómeno social que guarda con el feudalismo la relación remota de parentesco que las modernas especies zoológicas tienen con sus antepasados prehistóricos.

En la segunda parte (el estudio de las causas) creo que el Sr. Macías, dejándose llevar de una opinión histórica muy generalizada, exagera los efectos de lo que llama el *austracismo*, al juzgar que fue la dinastía de Austria un *cuerpo extraño* que paralizó nuestra vida y *germanizó* á España. La transformación de la monarquía, que describe el autor, no fue un hecho especial nuestro ni puede atribuirse á que reinara aquí Carlos V en vez del Príncipe D. Juan, si hubiera vivido. Fue un fenómeno general en la época del Renacimiento, pues una de las cosas que *renacen* entonces es el Derecho imperial de Roma, la teoría del cesarismo que se infiltra en todas las monarquías de Europa y modela á los reyes al estilo de los emperadores antiguos, en los momentos en que la decadencia de la nobleza y la extinción del feudalismo concentraban la soberanía, antes diseminada, en la persona del sumo imperante del Estado, viniendo á facilitar los hechos la labor teórica á que se entregaron los juristas.

Digno de notarse es también que la Casa de Austria, ese *cuerpo extraño,* fue popularísima en España y que aún nuestra escuela tradicionalista hace de ella su ideal. Esto, en un pue-

blo como el español, tan rebelde á toda ingerencia extranjera, confirma lo que ya la historia nos muestra con suficiente claridad: que aquella dinastía, lejos de teutonizarnos, se españolizó rápidamente y llegó á reflejar con exactitud completa las virtudes y los vicios de nuestro carácter nacional. La activa política exterior de la Casa de Austria tenía ya precedentes en las empresas de los reyes de Aragón en Italia. Cierto parece que á no haber venido el cetro de España á manos de Felipe el Hermoso y sus sucesores, nuestra historia habría seguido un curso diferente, desviado acaso de las grandes contiendas europeas, dirigido hacia Africa y hacia América. Pero hay que confesar también que el terreno estaba aquí bien preparado por los largos siglos de guerra de la reconquista para que las empresas bélicas de los Austrias y sus ambiciones de dominio universal, de *monarquía* (en el sentido en que se empleó la palabra en el siglo XVI, de un solo imperante en los Estados europeos) fueran aquí populares y en extremo gratas para la altivez española, si bien los reveses que alternaron con las glorias y bien pronto llegaron á sobrepujarlas, nos abrían de vez en cuando los ojos sobre los males de esta política y de las continuas guerras á que nos obligaba.

No puedo seguir al libro del Sr. Macías Picavea en la enunciación de los remedios, demasiado minuciosa para que se preste á resúmenes. En esta parte, el autor navega en pleno idealismo, y aun en plena fantasía: empréstito nacional de 2.000 millones de pesetas al 3 por 100, clausura de las Cortes por diez años, autonomía regional y municipal, anulación del Concordato, Consejo militar elegido por sufragio de la oficialidad subalterna y otras muchas reformas é innovaciones que preconiza, bien pueden ser discutidas teóricamente, pero su posibilidad práctica, como remedios urgentes de aplicación inmediata, salta á la vista que es una ilusión. Y así esta obra, escrita por un hombre de indiscutible valer, de gran cultura, de juicio sereno é independiente, viene á confirmar una vez más esa observación tan repetida y ¡ay! tan verdadera, de que

los españoles carecemos de sentido práctico. Difícilmente se acomoda nuestro espíritu á las prosaicas *impurezas de la realidad;* prefiere discurrir por el campo despejado y sin barreras de la abstracción, donde no hay obstáculo que logre detener al pensamiento. De ahí que la mayor parte de las reformas que ideamos no pasen de proyectos, por quererlas los reformistas demasiado completas y radicales, con lo cual dan el triunfo á los partidarios del *statu quo*, que tienen de su lado la gran fuerza de inercia de la masa social, y la tendencia misoneista de la mayoría. Pero si en alguien puede disculparse ese exceso de idealidad, esa aspiración á lo que se juzga perfecto, sin reparar en impedimentos ni en obstáculos, es en los escritores, que lanzan la semilla de las cosechas futuras, que al pedir lo mejor (es decir, lo que á ellos les parece mejor), acaso contribuyen á que se implante algo de lo bueno; por manera que hay que perdonarles que se anticipen á los sucesos y á los tiempos, y hasta que salten por encima de los límites que la posibilidad histórica establece en cada país y en cada período. No faltará quien se encargue de rebajar á la medida real, ó á menos de ella, estas aspiraciones y proyectos que la fantasía y el pensamiento engendran libremente y sin trabas, pero que al trasponer los linderos de la realidad han de pagar muy crecido portazgo á las condiciones positivas de lo posible, ó han de quedarse á la puerta.

Si en cuanto al fondo es este libro obra de un pensador, por su forma es obra de un literato. La frase es castiza, vigorosa, *caliente*. En los pasajes descriptivos de la primera parte y en algunos capítulos de la segunda, el estilo raya á gran altura, acreditando una vez más que el Sr. Picavea era uno de los buenos prosistas contemporáneos.

E. Gómez de Baquero.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

LINO FERRIANI.—**Delinquente che scrivono** *(studio di psicologia criminale)*.—Como, V. Omarini, 1899.

El nuevo libro del magistrado italiano L. Ferriani—tan conocido por sus publicaciones sobre delincuencia infantil especialmente—es la interpretación psicológica del epistolario delincuente que, como piezas de convicción, ha tenido ocasión de recoger en la práctica de su magistratura.

Dividido el total de los documentos—después de una introducción donde se tocan una porción de cuestiones siempre interesantes—en «epistolario de los delincuentes precoces», «epistolario del amor criminal», «epistolario de los difamadores y calumniadores», «epistolario de los ladrones y estafadores» y «epistolario de los violentos», el autor va comentando cada uno de ellos con mucha amenidad é ingenio, acertando en el blanco de las psiquis unas veces sí y otras no (naturalmente, como todo escritor y todo psicólogo, por penetrante que sea, más veces lo segundo) y con la intención decidida de poner sus resultas al servicio de una «psicología legal» que echa de menos.

Todo esto está muy bien; y es verdaderamente ejemplar el amor al estudio y á su arte de que da muestras el Sr. Ferriani en libros cuya buena fortuna es merecida. Lo que ya no me lo parece tanto, es que—según se desprende de este y los ante-

riores—tanto interés en conocer el alma del criminal y denunciarle, no sea sino para tratarle penalmente «á la antigua», es decir, para practicar mediante la Antropología y Psicología criminal una especie de «limpieza de sangre» en las sociedades, colocando los seleccionistas (?) artificiales, los puros, á su derecha y á su izquierda los impuros, y derramando á manos llenas premios sobre los unos y sobre los otros penas y privaciones.

Por ejemplo: el Sr. Ferriani se muestra partidario en diversos lugares de su libro, y más explícitamente en su artículo publicado en *Il Pensiero Nuovo* (¡cuán viejo, en cambio, es este pensamiento!) de que se niegue á los criminales el derecho de fundar familia, porque reproducen la casta, perjudican á la sociedad, etc.

Veamos. Si la diferencia entre criminales y honrados es puramente de grado (pues, ¿quién no es más ó menos delincuente?) ¿cómo, sin arbitrariedad, se arreglaría el autor para hacer «gacetable» su proyecto? Por otra parte, según Ferriani, los derechos serían al modo de objetos que los hombres, al nacer, desnudándose de ellos, dejaran en prenda á la sociedad como garantía de su conducta. Repare que si se conciben—lo que es permitido y lícito—como modalidades de sus funciones naturales, el derecho á la familia, que no es en este caso sino una manifestación de su aparato reproductor y sus inclinaciones sexuales y efectivas, no cabe proscribírsele á los criminales, sino hasta tanto que nazcan desprovistos de uno y de otras. Es como si se negara el derecho á llevar cabeza.

CONSTANCIO BERNALDO DE QUIRÓS.

Derechos civiles de la mujer, por Matilde Brandau G.—Un vol. 113 páginas.—Santiago de Chile. 1898.

La autora de este trabajo jurídico, histórico y comparado, acerca de los derechos civiles de la mujer, es la segunda mujer que en Chile ha obtenido el título de abogado. Y á fe que

lo lleva con todo el lucimiento que para sí quisieran muchos, muchísimos, de los abogados de sexo masculino: el libro que la señorita Brandau acaba de publicar, es obra muy bien presentada, que cualquier jurista, varón, podría firmar sin escrúpulo ninguno, con la seguridad de prestar escribiéndola un buen servicio á la difusión de los conocimientos jurídicos de su país.

El objeto del libro, como su mismo título indica, es el estudio de los derechos civiles de la mujer, materia, como es sabido, muy debatida hoy por escritores feministas y antifeministas, y tratada con frecuencia en los congresos de feminismo, y, lo que es más importante, en los Parlamentos de los pueblos más civilizados.

La distinguida escritora chilena expone hasta cinco legislaciones: las de Chile, España, Francia, Inglaterra y Alemania, y con gran detalle, pudiendo considerarse su labor meritísima, como un excelente resumen de las principales disposiciones legislativas de los cinco pueblos. Además, este resumen va precedido de larga introducción histórica acerca de la condición jurídica de la mujer en los pasados tiempos, fijándose principalmente en Oriente, Grecia y Roma.

A. Posada.

Les personnes morales et le problème de leur responsabilité pénale, par Achille Mestre.—París, Arthur Rousseau, éditeur, 1899.—Un volumen de 349 páginas, con dos índices además, uno bibliográfico, al principio, y otro de autores citados, al final; 8 francos.

El problema de las personas sociales, morales, colectivas, jurídicas (que de todos estos modos suelen designarse, con mayor ó menor propiedad) es uno de los que hace ya bastantes años vienen despertando mayor interés en el campo de las disciplinas jurídicas y sociales, respondiendo á la tendencia orgánica manifestada en estas últimas, cada vez con mayor fuerza, y según la cual, al criterio atomista é individualista,

que tuvo su mayor apogeo en la época del liberalismo revolucionario y abstracto, aun cuando sus raíces vinieran de bastante más atrás, tiene que ir sustituyendo el criterio social; á la lucha, la concurrencia y el absoluto *self help*, la cooperación, la solidaridad, el auxilio mutuo; y esto en todos los órdenes, igual en el del llamado derecho privado, que en el del público, en el de la ciencia y la enseñanza, como en el de la industria, la edificación urbana, la higiene ó la ejecución de las penas.

A ese interés obedece la aparición de multitud de trabajos relativos á las personas sociales, su naturaleza y vida (trabajos citados en su mayor parte por M. Mestre en su libro), entre los que merece un lugar de preferencia el libro *Estudios y fragmentos sobre la teoría de la persona social* (Madrid, 1899), dado á luz recientemente por el profesor de Filosofía del Derecho de la Universidad de Madrid, D. Francisco Giner.

A este mismo asunto de las personas sociales, ó morales, según las llama el autor, se halla consagrado el libro de M. Mestre, aunque principalmente se propone dilucidar la importante, difícil y muy controvertida cuestión de la responsabilidad penal de las referidas personas.

Y dicho libro se compone:

1.° De una introducción, en la cual se exponen algunas nociones generales (que, dicho sea entre paréntesis, tienen muy poco de particular) acerca de la *personalidad jurídica* (entendiendo por persona jurídica la persona social, como lo hicieron Savigny y otros jurisconsultos), y también algunas nociones generales acerca de la *responsabilidad del medio y del delito colectivo* (problema que, aun cuando muy interesante y algo relacionado con el de la responsabilidad penal de las personas sociales, es, á mi juicio, perfectamente distinto de este último, y no cabe confundirlos. No es lo mismo estudiar la cuestión de la responsabilidad colectiva y difusa—como yo la he llamado en algunos de mis trabajos,—lo que viene á ser tanto como investigar la cuestión de influjo determinante de

las causas sociales en la criminalidad, que preguntarse si las personas sociales que existen y forman parte de un Estado determinado pueden cometer delitos, infringiendo las leyes de éste, y por lo tanto, si son responsables criminalmente ante los poderes públicos, á la manera como pueden delinquir y se pide responsabilidad á las personas individuales).

2.° De una primera parte, histórica, donde se resume, por lo general, la doctrina expuesta por otros escritores, y se ofrece, además, el fruto de la labor propia del autor tocante á la manera como ha sido considerado y tratado el problema de la persona social y de su responsabilidad penal en el *Derecho romano,* por los *glosadores,* en el *Derecho canónico,* por los *postglosadores* y en el *Derecho francés histórico.*

3.° De una segunda parte, que abraza dos títulos, I: POSIBILIDAD DE QUE LAS PERSONAS MORALES COMETAN DELITOS, donde se estudian las varias teorías relativas á la *naturaleza de las personas sociales* (cap. I); los *órganos* de estas personas (capítulo II); la *influencia de las varias teorías* expuestas en el capítulo primero, *sobre la doctrina del delito corporativo* (capítulo III), y las *condiciones necesarias para la existencia de este delito* (que el autor llama también, inexactamente, «colectivo» (cap. IV); II: POSIBILIDAD DE CASTIGAR Á LAS PERSONAS MORALES.

4.° De varios apéndices sobre: *a) responsabilidad de las personas morales por faltas cometidas por sus representantes* (en derecho francés); *b) responsabilidad penal de los Municipios, en casos de alborotos ó motines, bajo el imperio de la ley de 10 vendimiario, año IV; c), responsabilidad colectiva en Argelia.*

Por esta sola exposición es fácil comprender que, según M. Mestre, las personas sociales pueden cometer delitos y son susceptibles de responsabilidad penal, á diferencia de lo que creen muchísimos otros escritores, entre ellos el citado señor Giner y cuantos en España han escrito acerca del asunto. Por cierto que, interpretando mal M. Mestre una noticia que y o le

dí, á petición suya, sobre el problema de la responsabilidad penal de las personas sociales en nuestro país, parece decir (pág. 227 y nota) que acá, entre nosotros, todos los escritores, así filósofos del Derecho como penalistas, profesan la opinión de que las personas sociales son seres ficticios; lo cual no es exacto. Y es que el autor cree, equivocadamente, que los que niegan la responsabilidad en cuestión no pueden admitir la realidad de las personas sociales y deben considerar á éstas como verdaderas ficciones; y como los publicistas españoles afirman lo primero, induce él que son partidarios de lo segundo. Pero si hubiese leído los escritos de los referidos autores, se habría convencido de que no es así, sino que, antes bien, admitiendo que las personas sociales son entidades perfectamente reales, no creen que puedan delinquir, por aquella misma razón que daba ya Feuerbach y que M. Mestre mismo recuerda en alguna parte de su libro.

En el cual advierto yo—junto á una erudición abundante y de buena ley (aunque tampoco falta la de segunda mano), que no acostumbra uno á hallar en trabajos como el presente, de principiante (se trata de un discurso doctoral), y junto á una competencia que quisiéramos nosotros para buen número de nuestros doctores viejos ó bien entrados en años—ciertos descuidos é inexactitudes y alguna precipitación en la manera de tratar el asunto. Si fuera uno á discutir ahora la doctrina mantenida por el autor en la segunda parte de su obra, y aun en la primera, ¡cuánto tendría que decir!

P. Dorado.

Estudios sobre Instrucción pública, por Miguel Luis Amunátegui.—Edición oficial.—Tres volúmenes.—Santiago de Chile. 1897-98.

Se contiene en estos tres volúmenes una larga é interesantísima colección de trabajos escritos en diferentes épocas, por el distinguido publicista y pedagogo chileno, correspondiente de la Real Academia Española y de la de la Historia,

Sr. Amunátegui. Muerto el Sr. Amunátegui en 1888, cuando acababa de ser nombrado creo que Ministro de Relaciones exteriores, los tres volúmenes de *Estudios* vienen á ser algo así como monumento literario elevado á su memoria. Los numerosos trabajos que en ellos se comprenden tratan de asuntos variadísimos, que revelan la amplia y liberal cultura de aquel hombre público, honra de la enseñanza en Chile. Habla, en efecto, del estudio de las humanidades, de la libertad de profesiones, de los exámenes, de lo que algunos ingenios españoles pensaron del latín, de la instrucción pública gratuita, de los textos de la enseñanza, de los internados, de las pensiones escolares, del mejor método de enseñanza, del cultivo del castellano en Chile, etc., aparte de otra infinidad de cuestiones literarias y pedagógicas que el Sr. Amunátigui exponía en discursos y memorias, cuyos originales se comprenden en los *Estudios*. Era, indudablemente, dicho señor hombre de su siglo, de instrucción vasta y de muy buena orientación científica.

A. Posada.

OBRAS NUEVAS

Academia de la Historia.—Cortes de los antiguos reinos de Aragón y de Valencia y Principado de Cataluña. *Tomo II.* Cortes de Cataluña, II. (Comprende desde el año 1359 al 1367). En folio, 513 páginas: 20 pesetas.

Anales hidrográficos; *4.° volumen.* Publicado de orden del Ministerio de Marina. En 4.°, 176 páginas: 2,50 pesetas.

Anuario Militar de España. Año 1899. Mandado publicar al Depósito de la Guerra. En 4.°, 1079 páginas: 7 pesetas.

Asunción (Fr. A. de la).—Diccionario de escritores trinitarios de España y Portugal. *Tomo I.* En 4.°, XVI-550 páginas: 6 pesetas.

Aznar (J.)—Cuentos de la aldea. *Primera serie.* En 4.°, 64 páginas: 1 peseta.

Bartrina y Capella (J. M.)—Elementos de geometría pura y trigonometría rectilínea. En 4.°, 307 páginas: 7 pesetas.

Benito y Alfaro (A.)—Germán I (ensayo de novela). En 8.°, 198 páginas: 2 pesetas.

Benot (E.)—Diccionario de ideas afines y elementos de tecnología. *Tomo I.* En 4.°, XXIV-1418 páginas: 30 pesetas.

Boletín de la Real Academia de la Historia. *Tomo XXXIV. Cuaderno IV.* Abril de 1899. En 4.° (páginas 273 á 368): cada cuaderno, 1,25 pesetas.

Carrillo (A.) — Catalina Howard; novela basada en el drama del mismo nombre. En 12.°, 121 páginas: 50 céntimos.

Casa-Valencia (C. de).—Varios discursos. En 8.°, 251 páginas: 2 pesetas.

Cicerón (M. T.)—Obras completas. *Tomo XV.* Vida y discursos. *Tomo V.* En 8.°, 377 páginas: 3 pesetas.

Corominas (P.)—Les presons imaginaries. En 8.°, XX-242 páginas: 2 pesetas.

Chapí (M.) y Asensio Más (R.)—La afrancesada; opereta en un acto y en prosa. En 4.°, 30 páginas: 1 peseta.

Díaz de Escovar (N.)—Curiosidades malagueñas. Colección de

tradiciones, biografías, leyendas, narraciones, efemérides, etc. *Cuaderno 5.°* En 4.°, 32 páginas: 80 céntimos.

Espinos y Moltó (V.)—El capitán retirado; comedia en prosa. En 8.° mayor, 44 páginas: 1 peseta.

Foryoursake.—La regeneración social por la mujer. En 8.°, 8 páginas: 10 céntimos.

Ganivet (A.), Ruíz de Almodóvar (G.), Méndez Vellido (M.) y López (N. M.)—Libro de Granada. En 8.°, 216 páginas: 3 pesetas.

García Gutiérrez (A.)—La enseñanza mercantil en España y en el extranjero. En 8.°, 155 páginas: 3 pesetas.

García Icazbalceta (J.)—Obras. *Tomo VIII.* Opúsculos varios. V. México. Impr. de V. Agüeros, 1898. En 8.°, 425 páginas, 6 pesetas.

Biblioteca de Autores Mexicanos. *Tomo XVIII.*

Gaztambide y Zía (J.)—Máximas cristianas en forma de cantares. En 12.°, 15 páginas: 20 céntimos.

Giddings (F. E.)—Principios de Sociología. Análisis de los fenómenos de asociación y de organización social. En 4.°, 544 páginas: 10 pesetas.

Gómez Ocaña (J.)—Historia clínica de Cervantes. En 4.°, 13 páginas.

No se ha puesto á la venta.

Gutiérrez Gamero (E.)—El ilustre Manguindoy; novela. En 8.°, 380 páginas: 3,50 pesetas.

Hernández (J.)—Las de López; juguete cómico en un acto y en prosa. En 4.°, 25 páginas: 1 peseta.

Hurtado del Valle (F.)—El consultor del comerciante. En 4.°, 160 páginas: 2 pesetas.

Jackson Veyan (J.)—La Mari-Juana; zarzuela en un acto y en verso. En 4.°, 49 páginas: 1 peseta.

Labayru y Goicoechea (E. J. de).—Historia general del Señorío de Bizcaya. *Tomo III.* En folio, 769 páginas con 30 fototipias: 17 pesetas.

Lasarte (M.)—La protección de un desvalido. En 4.°, 83 páginas: 1 peseta.

López Navarro (E.)—Los Bancos populares. En 4.°, 43 páginas: 1 peseta.

Llanas Aguilaniedo (J. M.)—Alma contemporánea. Estudio de estética. En 8.°, 344 páginas: 3 pesetas.

Mario (E.) y Santoval (D. de).—La verdadera tía Javiera, comedia. En 4.°, 72 páginas: 1,50 pesetas.

Martínez (T.), Arnau (E.) y Urbina (J.)—Disposiciones sobre obras públicas. *Tomo XVIII.* En 4.°, 618 páginas: 8 pesetas.

Martínez Nacarino (J.)—Ir por lana.....; comedia en un acto y en verso. En 8.° mayor, 53 páginas: 1 peseta.

Martínez Pérez (E.)—Elementos de contabilidad. En 4.°, 83 páginas: 2 pesetas.

Matheu (J. M.)—Carmela Redivivа. En 8.°, 193 páginas: 2 pesetas.

Maura y Montaner (B.)—Discurso leído ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Contestación del Sr. D. Angel Avilés y Merino. En 4.° mayor, 32 páginas. *No puesto en venta.*

Tema: Sobre la conveniencia del Renacimiento en España del grabado calcográfico, llamado también de talla dulce.

Mélida (J. R.)—Discurso leído ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Contestación

del Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado. En 4.°, 73 páginas.
Tema: Génesis del arte de la pintura.

Merino (P. B.)—Contribución á la flora de Galicia. *Suplemento I.* En 4.°, 52 páginas y 5 láminas: 1 peseta.

Monte-Cristo. — Publicaciones de «El Album Nacional». Los salones de Madrid. *Tomo I.* En 4.° mayor, 246 páginas y 67 fotograbados: 75 pesetas.

Moraleda y Estéban (J.)—La ermita del Cristo de la Luz. En 8.°, 15 páginas: 1 peseta.

Murray M. A. (G.)—Historia de la literatura clásica griega, por Gilberto Murray M. A., profesor de griego en la Universidad de Glasgow, exsocio del Colegio Nuevo de Oxford, traducida por Enrique Soms y Castelín, catedrático de Literatura griega en la Universidad de Madrid. En 4.°, 488 páginas: 10 pesetas.

Oller (N.)—La bogería, novela de costums del nostre tem. En 8.°, 190 páginas: 3 pesetas.

Idem.—Perfiles y brochazos; cuadros y cuentos. En 8.° estrecho, 193 páginas: 2 pesetas.

Ovilo y Canales (F.)—La decadencia del ejército; estudio de higiene militar. En 4.°, 63 páginas: 1 peseta.

Bardo Bazán (E).—Cuentos sacroprofanos. En 8.°, 318 págs.: 4,50 pesetas.
Obras completas. Tomo 17.

Parpal y Marqués (C.)—Las ideas del gobierno, sustentadas por Santo Tomás de Aquino, apoyan el Regionalismo. En 4.°, 19 páginas: 75 céntimos

Pérez y Fernández (A.)—La gracia de Dios en el cielo y la tierra, ó averiguar y saber lo que es ser persona. En 12.°, 128 págs.: 1 peseta.

Pérez R. Mínguez (F.)—El problema industrial es el problema de la paz. En 8.°, 52 págs.: 1 peseta.

Pí y Arsuaga (F.)—El Cid Campeador; novela histórica. En 12.°, 192 págs.: 50 céntimos.

Priego (J. M.)—El cultivo del tabaco; generalidades de la planta, clima y suelo, preparación de terrenos, cultivo, recolección, variedades y asolamientos, gastos y productos. En 8.°, 133 págs.: 2 pesetas.

Ramírez (R.)—El hijo del boticario; juguete cómico en un acto. En 4.°, 34 págs.: 1 peseta.

Reina (M.)—El jardín de los poetas. En 8.°, 132 págs.: 2 pesetas.

Retana (W. E.)—Archivo del bibliófilo filipino. Recopilación de documentos históricos, científicos, literarios y políticos. *Tomo IV.* En 8.°, 560 págs.: 6 pesetas.

Retana (W. E.)—Catálogo abreviado de la Biblioteca Filipina. En 8.°, 696 páginas. (Contiene 2.697 números): 30 pesetas.
Tirada de 85 ejemplares; se han puesto á la venta 40.

Rivas (J. P.)—El canto de la Aurora. En 4.°, 30 págs.: 50 céntimos.

Rodríguez Alonso (L.)—Lecciones de doctrina cristiana. En 8.°, XV-232 págs.: 4,50 pesetas.

Rodríguez Pinilla (Dr.)—Mentiras convencionales de la Medicina. En 8.°, VI-109 págs.: 2 pesetas.

Rosa (A. F. de la).—El Zanatóforo y la catástrofe nacional. En 8.°, 118 págs.: 1 peseta.

Ruiz de Ciudad (J.)—Novísimo ma-

nual para la fabricación de jabones. En 8.° mayor, 77 págs.: 1,50 pesetas.

Salazar (A. E.)—Kálkulos sobre las kañerías de agua. Santiago de Chile. En 4.°, XVII-246 págs., tela: 12 pesetas.

Sánchez Pérez (A.)—Santos de barro; comedia en un acto. En 4.°, 33 págs.: 1 peseta.

Administración lírico-dramática

Santiago Concha (P. de).—Breve reseña histórica de la guerra del Pacífico. En 8.°, 26 págs.: 50 céntimos.

Scævola (Q. M.)—Legislación Española. Código civil comentado y concordado extensamente con arreglo á la nueva edición oficial. *Tomo XV.* De la Herencia (J.) De las mandas y legados (K). De los albaceas ó testamentarios. En 4.°, 592 págs.: 6,50 pesetas.

Sellés (Eugenio).—Informe leído ante la Real Academia Española en la sesión pública celebrada el día 12 de Marzo de 1899, para la repartición de premios y socorros de la Fundación de San Gaspar. En 4.° mayor, 11 páginas.

No se ha puesto á la venta.

Soriano (R.)—Grandes y chicos; artículos y cuentos. En 12.°, 223 págs.: 50 céntimos.

Biblioteca selecta. *Tomo 90.*

Torre (E. de la).—Distancias kilométricas desde todas las estaciones de ferrocarriles españoles á los empalmes y bifurcaciones de cada línea. En 4.°, 130 páginas y un mapa. Encartonado: 1,50 pesetas.

Torre Hermosa (M. de).—¿Nos regeneramos?... En 4.°, IV-269 páginas: 3 pesetas.

Torres y Gómez (M. E.)—Gramática histórica comparada de la lengua castellana. En 4.°, XVI-491 páginas: 7 pesetas.

Trápaga y Aguado (A.)—Repertorio alfabético de las disposiciones vigentes para la administración de justicia en el Ejército. En 8.°, 128 págs.: 2,50 pesetas.

Valle Ruiz (R. del).—Raimundo Lulio. Discurso. En 4.°, 31 páginas.

Vico (J.)—El niño; juguete cómico en un acto. En 4.°, 31 págs.: 1 peseta.

Vico y Villada (J.)—Las tablas; sainete en un acto. En 4.°, 37 págs.: 1 peseta.

INDICE

Págs.

Tierras vírgenes (novela) continuación, por Ivan Turgueneff..... 5
Las instituciones politécnicas en Inglaterra, por Sidney A. Well, H. Cammartin y M. Bénard..... 47
Bajo los Austrias, por Juan Pérez de Guzmán..... 78
Discursos á la Nación Alemana, por Juan Fichte..... 100
Poetas americanos: Los Camellos, por Guillermo Valencia..... 130
Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 133
Revista Hispanoamericana, por Iob..... 157
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 185
Notas bibliográficas, por Constancio Bernaldo de Quirós, A. Posada y P. Dorado..... 197
Obras nuevas..... 204

AP
60
E8
año 11
no.124-26

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY